
3 1761 07588603 6

La Nueva Salida del Valeroso Caballero D. Quijote de la Mancha



La Nueva Salida del Valeroso Caballero D. Quijote de la Mancha

…LESMA HERNANDEZ



La Nueva Salida del Valeroso Caballero D. Quijote de la Mancha

Tercera parte de la obra de Cervantes

BARCELONA
CASA EDITORIAL ELZCANO
MCMV

PRÓLOGO

Sorprendido lector: voy á darte algunas razones para justificar mi atrevimiento de sacar á D. Quijote de la fosa, donde dijo Cervantes quedaba «imposibilitado de hacer tercera jornada», y si no te convences y me absuelves, yo al menos dejo con ellas aligerado el peso de mi culpa, y mi conciencia tranquila.

Primeramente te haré saber que soy un enamorado como pocos del Ingenioso Hidalgo, y lo que suele acontecer á los que sienten grande amor, que es copiar la efigie del sér amado, sin presumir de pintores, eso me sucede á mí; que sin facultad para tanto, he sentido invencible obsesión por sacar redivivo al protagonista de ese libro inimitable.

De niño leía sus hazañas, persuadido de que no eran pura novela; creía á D. Quijote de carne y hueso (de más hueso que carne), y á Sancho Panza también, aunque al contrario (de más carne que hueso); seguía sus figuras á través de los manchegos campos; veíales en las ventas, que aquél imaginaba castillos; oía sus entretenidas pláticas; acompañábales con afán en sus aventuras, y dolíame, cuando llegaba al final, de que mi amado héroe muriera tan presto, cuando yo le juzgaba destinado á vida inmortal, como los semidioses.

¡Cuántas veces después, joven, al emborronar mis cuartillas, continuando en aquella pasión, traté de resucitarle y de hacerle enristrar su lanza! ¡Cuántas, hombre ya, enfrascado en las luchas de la vida, eché de menos, entre la co-

bardía y vileza de nuestras gentes, aquel caballero noble y valeroso, para renovación de nuestros ideales y regeneración de nuestra raza!

Pensé que, de vivir Cervantes en estos días, le hubiera sacado él mismo de la tumba, compuesto sus huesos, colocado en su esqueleto la armadura, y enviádole á combatir á los modernos malandrines y á desfacer los nuevos agravios; que tal vez hubiera en él encarnado el genio antiguo español; que acaso habríanosle ofrecido, como símbolo de la nación que conquistó el mundo, al lado de los Sanchos que nos perdieron.

Con estos pensamientos, no he considerado violación de la voluntad de Cervantes, sino más bien interpretación extensiva de su ánimo, componer una Nueva Salida de su héroe á las maravillas de nuestra civilización y al contraste de nuestras miserias; pero aguardaba, antes de intentarlo, que otros lo hicieran con más autoridad, arte y donosura.

Visto que todos callan y dejan enterrado al caballero, como si nada tuviera que hacer en nuestro siglo y en nuestra España, yo en este tercer Centenario de su aparición, que hoy se celebra, he llamado á las puertas de su sepulcro y le he despertado atrevidamente de su modorra, para que se alce y vea lo que hemos perdido con ese sopor de tres siglos, y, á fuerza de imaginar nuevas locuras, nos diga verdades, nos preste alientos y nos infunda esperanzas.

Si esto es vituperable, arrostro la censura; pero quiero antes se me demuestre que Cervantes, de existir, vería mejor á su valiente campeón muerto y comido de gusanos, que vivo y animoso, ejerciendo sus nobles oficios.

Por la mutación de los tiempos no puede tener mi obra, ni era conveniente que tuviese, igual tendencia y pensamiento que la excelsa de que arranca; que ni yo hubiera ganado nada con ello, ni Cervantes en su siglo pudo presumir y abarcar las cosas de éste.

Le tomo solamente prestado su personaje: porque repito que lo creo de esencia inmortal; mas, al traerle al escenario de nuestra época, todo es nuevo ya para él, y por el prisma de

su exaltado cerebro pasan las nuevas luces, esparciendo diferentes colores.

No he tratado de imitar tampoco, ni podría, el bello y copioso estilo cervantesco, aunque he querido que D. Quijote conserve algo de su dejo y manera de decir, para que no sea, según el aforismo de Aristóteles, otro hombre diferente. De su genio y condición, sí he procurado no se desprenda; así como tampoco de su figura.

Á los que á pesar de las grandes dificultades de hacer una Tercera Parte del Quijote, sacándole en nuestros días, denigren mi libro por sus defectos, de que no puede carecer, les repetiré, con el loco de Sevilla: ¿pensarán vuesas mercedes ahora que es poco trabajo hinchar un perro? Y para los que, no obstante mis excusas, no quieran ver disculpa á mis faltas en la sanidad de mis intenciones, pediré á Dios que les ayude en las suyas.

Libre soy como el viento; creyente como ninguno en lo inmortal del Valeroso Hidalgo, no por su rico lenguaje, que es forma y accidente; sino por su alta y humana representación, que es fondo y substancia. A esto me atengo para traerle hoy al palenque. Cervantes creó un paladín tan solo para acabar con los libros de caballerías; pero le resultó de enjundia y bríos para matar muchas cosas más de aquel tiempo, de los presentes y de los futuros. No hay, pues, que imaginar otro para hoy: sino que aquél se levante y prosiga sus empeños, que quedaron, mejor que acabados, suspendidos allá donde su autor quiso.

¡Cosa rara! es un luchador que triunfa á fuerza de fracasos; cada caída suya es una victoria; sus golpes y molimientos resultan redentores sacrificios; sus idealismos ridículos le ennoblecen, y como el Fénix fabuloso, de sus cenizas, álzase siempre glorioso de sus derrotas. Es un loco cuyos ímpetus son necesarios en el mundo; un cerebro desequilibrado que le da un elemento de equilibrio; fuerza dinámica del espíritu que rompe la estática quietud de la materia. Yo al menos así lo entiendo, y veo á la humanidad retratada por sus dos caras, en ese D. Quijote alanceando molinos de viento, y en aquel San-

cho Panza comiendo requesones en el yelmo de Mambrino.

Cada nación se envanece con un loco de esos, creado por el Arte, como fermento espiritual de la vida. Llámanse Hámlet en Inglaterra, Fáusto en Alemania, D. Quijote en España: suprema Trinidad de la locura, en que descuella el Hidalgo Manchego por su más feliz concepción; por ser menos metafísico; más humano y altruísta. Hámlet nada resuelve, sino la venganza de la ultrajada sombra de su padre; el problema del *sér* ó el *no sér* lo deja intacto. Fáusto nada consigue para la humanidad harta de inútil ciencia, con su nueva vida pasional, sino el desencanto y el hastío: D. Quijote, desfacedor de agravios y enderezador de entuertos, tampoco logra su ideal, siempre derribado en tierra, molido por yangüeses ó apedreado por Ginesillos; pero marca más seguramente á los hombres el camino del deber y del amor, de bien social y de la justicia.

Porque estos ideales son eternos, D. Quijote es imperecedero; porque son de todas las naciones y de todas las gentes, es también cosmopolita. Resucitándole, pues, no le doy vida que no tenga; ni haciéndole concebir aspiraciones patrióticas y otras altas ideas humanas, le infundo sentimientos que no aliente.

En el siglo XVII quedó sin ese total desenvolvimiento su espíritu. Ayudando á que gérmenes que en él latían, y que entonces no pudieron desarrollarse, fructifiquen, habré completado su evolución, sin poner más que el impulso.

No obstante estas exculpaciones, me presento voluntariamente á ti ¡oh lector y juez! como reo de desacato. Veo tu ceño adusto, adivino tu hostilidad, y reconozco que es delito mi intento; pero fío en las circunstancias eximentes ó al menos atenuantes que me asisten. Solo te pido que, para juzgarme, no me leas á medias, que si así lo hicieres, mi causa estaría perdida; y espero que no seas demasiado justo, por aquello de *summum jus summa injuria*, sino que uses conmigo de la equidad á que llamó Justiniano *justicia dulcore misericordiæ temporata.*

Y ahora al libro, y plegue á Dios te agrade

saludar de nuevo al buen Alonso Quijana, y seguirle en sus novísimas empresas, en medio de la España del siglo XX, tan mudada de la que él dejó cuando el sol no se ponía para su corona ni para su genio, y asombraban y cautivaban al mundo, á la par su espada y su pluma!

La Nueva Salida del Valeroso Caballero

D. Quijote de la Mancha

LIBRO PRIMERO

CAPITULO I

De la extraña é increible resurrección del nunca bien ponderado Caballero D. Quijote de la Mancha.



UERTO y bien muerto quedó, al parecer, D. Quijote, ante la fé del Escribano presente que dió testimonio de ello al Cura, según se refiere en el último capítulo de la obra de Cervantes, y por tal atestado le tuvo como difunto Cide Hamete Benengeli y dirigió á su péñola aquel bello apóstrofe, después de colgarla de la espetera; pero es el caso que no há mucho, corrió por toda la Mancha la estupenda noticia de que el *Caballero de la Triste figura* había resucitado en uno de aquellos lugares, y aun de que se le había visto vestido de vieja armadura, embrazado el escudo, lanza en el ristre, sobre un rocín más flaco y desmedrado que el antiguo, de color indefinible y trote dificultoso, seguido de otro escudero montado en una mula vieja y remolona.

Dábanse pelos y señales de ambos personajes, y si bien todas las señas del caballero coincidían con las del difunto Alonso Quijana, las

del escudero no cuadraban con la fisonomía y figura de su viejo servidor Sancho, aunque guardaban con él cierto aire de familia. Era el caballero alto de cuerpo y seco de rostro, estirado y avellanado de miembros, y el escudero bajo y rechoncho; el uno erguido y firme y el otro cargado de espaldas y amondongado; y mientras el primero con su lanzón parecía caminar á la pelea, el otro con sus alforjas denotaba ir pacíficamente pensando en los yantares.

Quién les divisó por la carretera polvorosa marchando uno tras otro; quién como dos siluetas negras en la interminable sábana de aquellos campos; y no pocos vecinos de aquellos lugarejos juraban y perjuraban haber topado con ellos al alba, como si aun fueran adormilados, ó á la hora del obscurecer cerca de alguna venta, ganosos de tomar posada.

Cuentos de brujas ó visiones del miedo resultaban esos relatos para la gente pesquisidora: porque unos afirmaban que D. Quijote jamás existió sino en la mente de Cervantes, y otros que aun de haber vivido en los tiempos del Rey D. Felipe II, habiendo muerto, según certificación notarial, y teniendo irremisiblemente que morir aun sin ella, estaría más que deshecho, roído de gusanos y convertido en polvo, sin poder despertar ni levantarse de su tumba.

Túvose, pues, lo de la resurrección por arcaduz y enredo; nadie le dió crédito, sino algunos buenos campesinos de la Mancha; hicieron los periódicos de Madrid gacetillas burlonas; los hombres de letras rieron grandemente y se prepararon á arremeter contra el osado que, contrariando la voluntad del insigne manco de Lepanto, sacase á su héroe de la fuesa, donde real y verdaderamente yacía, tendido de largo á largo, imposibilitado de hacer tercera jornada y salida nueva, y los menos incrédulos supusieron que algún chusco se había disfrazado realmente de D. Quijote, para dar que hacer y decir de su persona, si no llevaba otras peores intenciones.

Resucitar un simple mortal era efectivamente imposible; pero, tratándose de caballeros que solían estar en comunicación con Merlines, Urgandas y Frístones, ya no parecía tan

difícil, y menos para D. Quijote que disponía y llevaba siempre á prevención, contra las heridas y la muerte, aquel maravilloso bálsamo de Fierabrás que, con aceite, vino, sal y romero, Pater noster, Ave Marías, Salves, Credos y bendiciones, compuso en la celebérrima venta.

Si con dos gotas del bálsamo aquel cualquier armado caballero podía curar de un golpe y cuchillada que le abriese en dos mitades la cabeza, ó de una lanzada que le atravesara de parte á parte ¿por qué no había de sanar de igual modo de una calentura ú otra dolencia de menor cuantía, como la que postró en cama al de la Triste figura, por melancolías y desabrimientos?

Así sucedió, según comprobóse y se verá más adelante. Y es que el historiador de las hazañas del valeroso caballero no supo ni refirió en aquel último capítulo de su crónica que, cuando Don Quijote pidió perdón á Sancho, y este llorando le dijo «no se muera vuesa merced, señor mío, sino tome mi consejo y viva muchos años; porque la mayor locura que puede hacer un hombre en esta vida es dejarse morir, sin más ni más, sin que nadie le mate ni otras manos la acaben que las de la melancolía», D. Quijote quedó suspenso, y antes de contestar, con un movimiento instintivo, deseando vivir, bebióse un poco del bálsamo de Fierabrás que en la alcuza le quedaba, como enfermo que á todo recurre, y luego respondió aquello de «vámonos poco á poco, que en los nidos de antaño no hay pájaros ogaño.»

El susodicho bálsamo le fortaleció sin duda para acabar su testamento, que de otro modo no hubiera podido concluir, y luego pareció morirse sosegadamente; pero Sancho que había visto á su amo empinarse la alcuza, quedó con la idea fija de que no estaba muerto, sino dormido, y de que la medicina aquella bien le podía obrar de manera que le conservase sin descomposición, hasta la hora de resurrección de la carne, en que despertaría, y quizás antes, si la maldad de los tiempos lo reclamaba.

Ello fué que, según cuentan los más sabidores, bien por efecto del bálsamo, bien por un fenómeno de catalepsia, D. Quijote quedó tendido de largo á largo, pero no muerto, y que el Cu-

ra le echó en balde sus responsos y lo llevaron á enterrar al cementerio del pueblo, en una antigua bóveda de los Quijanas, donde por unos respiraderos tuvo todo el aire necesario para no morir de asfixia, y así permaneció luengos años en su ataúd, vestido de su armadura, ceñido de espada, y acompañado del viejo lanzón, auxiliar de sus empresas.

Mucho lloró Sancho, por si el fallecimiento era de veras; pero, visitando de tiempo en tiempo la cripta y hallando á su señor acartonado é inmóvil, sin ningún signo de descomposición, fué cobrando alientos en su sospecha de que alguna vez habría de despertar de aquel sueño rígido, si bien se guardó de comunicar á nadie su secreto.

Solo á la hora de su muerte, que fué por cierto de un cólico cerrado, que dicen miserere, llamó á su hijo varón y le hizo depositario de aquella sospecha y esperanza. Tú sabes, hijo, exclamó, cuánto debemos á nuestro difunto amo: por él salí de la obscuridad de este lugarillo, para correr mundos, y si buenos golpes y puñadas recibí, buenos pollinos é ínsula me dió. De él aguardaba mayores logros, si una pena y una calentura no le hubiesen acabado; pero vengo sospechando que tan menguados enemigos no bastaron á arrancar aquel ánima esforzada de aquel cuerpo hecho á prueba de golpes de jayanes, y más porque ví que se bebió el resto que le quedaba de aquel precioso bálsamo, que compuso según recetas de antiguos caballeros, para curar feridas de furibundos fendientes. Así que te digo. que tú y tus hijos y todas tus generaciones estéis á la mira de esa bóveda, donde el caballero más esforzado de la tierra yace tendido; porque, si alguna vez salta y empuña su lanza y le servís como yo, con fidelidad, vuestra fortuna está asegurada, y quién sabe si recibiréis, no una ínsula, sino todo un reino, en premio de vuestros servicios.

Eso dijo Sancho penosamente, dando las últimas boqueadas. y su hijo lo cumplió al pié de la letra y lo trasmitió á los suyos, y así quedó vinculado este secreto en la familia de los Panzas, que siguió aguardando á su Mesías, no

tantos siglos como los hebreos, al suyo.

La astucia de Cide Hamete Benengeli de no haber determinado cuál lugar de la Mancha fué la cuna y hogar del caballero andante, para que todos contendieren entre sí por ahijarle y tenerle por suyo, produjo la desesperación de los historiadores y críticos que lo anduvieron buscando inútilmente; pero evitó que dieran con su momia y la desenterraran, y la llevaran quizás á algún museo, privando á los Panzas de su tesoro. A la vez, el estacionamiento y pobreza de aquellos pueblos manchegos, que siguieron á través de los siglos iguales que eran, ocasionó que la cripta del caballero se conservase sin alteración en el cementerio del pueblecillo de los Panzas, siendo visitada por éstos de tiempo en tiempo, y todo resultó providencial, al decir de los intérpretes, para que nuestro buen Alonso Quijana despertase, en el punto y hora en que más era menester.

Hallábase, según ellos, el último descendiente de Sancho, llamado Juan Panza, de visita en el cementerio el día de difuntos, cuando sintió que aquel caballero acartonado se rebullía en su ataud de podridas tablas, lo que le produjo gran susto. Pero recordando el secreto y aviso de su tatarabuelo, guardóse muy bien de advertir cosa alguna á las gentes, y se quedó por aquellos alrededores hasta la caída de la tarde; y entonces, estando solo y temblando de miedo, pero haciendo de tripas corazón, escuchó un largo suspiro y luego vió incorporarse á D. Quijote y alzarse al fin dando voces.

¡Sús á mí, valientes caballeros, decía: libradme de esta cárcel, en que el vil encantador mi enemigo me tiene sujeto; que yo os juro que, apenas me vea libre de estos sortilegios, he de probarle lo esforzado de mi brazo!

Juan Panza acudió á su socorro, pues con lo enmohecido de la armadura ni aún podía el buen hidalgo andar, y D. Quijote mirándole de hito en hito exclamó:

Ya sabía yo que tú no habías de faltar á mi lado, Sancho amigo; aunque algo mudado te veo. Si eres realmente Sancho, ayúdame como buen escudero á dar juego á estas coyunturas,

que parecen llenas de orín, y alárgame ese escudo y esa lanza y salgamos de aquí para continuar mis empresas, que se quedaron á medias cuando por arte de encantamiento me trajeron sin sentido y me pusieron en ese ataud, creyendo moriría de pavor al verme enterrado vivo.

No soy Sancho, señor, contestó el interpelado, sino un tataranieto de Sancho llamado Juan Panza, que por tradición de familia esperaba vuestro despertar, levantamiento y salida de tan feo sitio. Murió mi tatarabuelo de un atracón, pues ya sabe Usía era algo dado á la gula, y antes de hacer boca de lagarto nos trasmitió su sospecha de que, en su última enfermedad, que fué una calentura é hipocondría, no debió morir Vuecencia, pues el bendito bálsamo de Fierabrás, que apuró, le conservaría el jugo vital en medio de esa muerte aparente. Pero vea Usía en mí al mismo Sancho antiguo, deseoso de servirle, aunque por la degeneración de su raza no tenga igual ingenio que mi antecesor, ni sea elegante y memorioso en traer refranes.

Y diciendo y haciendo ayudó á D. Quijote á poner en juego los resortes de su armadura, y cogió en peso el escudo y cargó con el lanzón á cuestas, porque aquél estaba muy débil por el prolongado ayuno y no pudo, aunque quiso, sostenerlos como antaño.

Ambos se dirigieron á la casa de Panza que estaba extramuros del pueblo, en medio de una labor de un par de mulas que el nuevo escudero tenía, y en el camino D. Quijote preguntó á su servidor por toda la parentela y amigos, que durante su encantamiento había perdido de vista.

¿Sabrás decirme, Panza, qué es de mi ama y sobrina? ¿Están muy aviejadas y encanecidas? ¿Sintiéronme y lloráronme mucho? ¿Y el Cura y el barbero y el bachiller Sansón Carrasco? De buena gana les daría un abrazo, que el no ver á las personas largo tiempo aumenta el regocijo de luego encontrarlas.

Ay Señor, contestaba Panza, á ninguno de esos que Usía menciona conocí ni conocieron mis padres: sé de ellos por cierto libro compuesto por el más grande ingenio de la tierra, libro que

ha corrido el mundo en todas las lenguas, según dicen. Yo lo leía de muchacho en la escuela del pueblo, y todavía lo tengo en casa y presumo que, haciendo siglos ya que vivieron esas nobles personas, estarán más que apolilladas, hechas ceniza, en cualquier rincón de ese cementerio, ó de algunos semejantes.

¡Válame Dios, exclamó D. Quijote, y qué triste es encontrarse solo y sin los suyos! ¡Pobre ama y pobre sobrina mía! Y casi se le escapó una lágrima, que en los salientes ojos contuvo, emocionado por aquel triste despertar....

¡Pero si parece que fué ayer, añadió, cuando me dormí, y que me levanto como lo hacía diariamente, aunque un poco más tarde!

¡Y en este abrir y cerrar de ojos, ya no existen mis parientes, mis deudos, mis amigos, ni mi escudero Sancho tampoco!

No señor, no existen ya, replicó Panza y sí otras personas y cosas nuevas.

¿Cuánto tiempo habré pasado en mi modorra? Aclárameló, por la memoria de tu buen tatarabuelo. ¿Hará mil años? dijo D. Quijote.

No tanto, señor, replicó su acompañante; pero más de trescientos sí, desde que dicen acabó con Usía una calentura.

¡Verdaderamente, añadió aquél, que en años trescientos bien han podido tener tiempo de morirse todos mis conocidos, no siendo Matusalenes! Pero no creas que me apena menos que si hubiera sido ayer; porque los sucesos prósperos ó adversos afectan al ánimo, aun siendo añejos, como actuales, en el punto y hora en que se conocen. Así te digo que siento á los míos como si hubiesen fallecido en este instante, á pesar de tan larga fecha.

Había obscurecido y la sombra veló la angulosa faz del caballero, que á pié y con la cabeza baja andaba dificultosamente, como náufrago sacado á la orilla: mientras su servidor al lado con el escudo en peso y la lanza al hombro, parecía el marinero salvador que lleva el remo á cuestas.

Pasada la primera congoja y convencido don Quijote de que él sólo era vivo de cuantos con él vivieron, hizo nuevas preguntas á Juan Pan-



za, relacionadas con el nuevo estado de cosas á que abría los ojos.

¿No reinaba ya Don Felipe II en España é Indias? ¿Iban todavía los Ginesillos á Galeras? ¿Y la Santa Hermandad, andaba aún por los campos con sus cuadrilleros? ¿Quemábanse muchos herejes? ¿Se daba en los conventos la sopa? ¿Salían muchos sabios de Salamanca? ¿Cuántos galeones cargados de oro nos llegaban allende el Atlántico?

Panza no pudo dar razón de muchos de estos asuntos y calló otros por no malhumorar á su amo: pero sí aseguró que no sabía pelo ni hueso del Rey D. Felipe II; que ya no había Galeras para los criminales, sino jurados absolutorios; que no funcionaba la Inquisición en parte alguna; que no nos llegaba oro de ningún lado,

sino que por el contrario habían emigrado las peluconas y demás monedas amarillas, quedándonos sólo pesetas y perros chicos, y que de Salamanca sólo había oido que salían buenas mantecadas.

Maravillóse D. Quijote, sobre todo de aquello de los perros chicos; pues no se explicaba como servirían de moneda, por muy chicos que fuesen; y, en cuanto á lo de la Inquisición, no dió crédito á su interlocutor, pensando que tal vez quiso tranquilizarle, haciéndole ver que no se le tomaría cuenta de sus pasadas aventuras con frailes y encapuchados.

Todo se lo explicaba: que el Rey D. Felipe II no reinase; que no recibiésemos ya oro de Indias, sin duda porque lo guardábamos allí para mayores conquistas; que no hubiera Galeras; pero no que hubiesen quitado la Santa Inquisición, dejando á los herejes libres y campantes.

En estas meditaciones llegaron á la puerta de la casa de Panza, no sin que les ladrara furiosamente un perrazo, hasta que conoció á su dueño y éste le redujo á la obediencia; y llamando el escudero con dos golpes, acudieron su mujer y su hija á abrir, quedando sorprendidas de ver la catadura de D. Quijote.

Tranquilizólas Panza, diciéndoles aparte que era un caballero á quien había conocido cuando estuvo en el servicio militar y al que debía grandes favores, y ambos entraron; deshaciéndose D. Quijote en cortesías, creyendo que su escudero le ocultaba que aquellas eran dos hermosas Princesas, que en el patio de aquel palacio le aguardaban, para servirle la mesa, después de quitarle la espuela y la loriga, como si fuera llegado á la corte del Rey Lisuarte.

CAPITULO II

De las discretas razones que mediaron entre don Quijote y las dos improvisadas Princesas, y de cómo hubo de convencerlas para que le dejasen de escudero á Juan Panza.

Loado sea Dios, dijo D. Quijote, que puedo, señoras mías, contemplar vuestra fermosura, apenas salido del encantamiento que há tres siglos me tenía embargado. Porque han de saber Vuestras Altezas que, por maleficio de un sabio encantador, que me ha guardado siempre ojeriza, estuve metido en sucio ataud y en bóveda húmeda y mal oliente, todo ese largo tiempo, y me han creido muerto, esparciendo la voz de que una calenturilla de poco más ó menos había acabado conmigo, cuando no pudieron arrancarme la vida los más descomunales gigantes. La divina misericordia, que siempre acorre al cuitado, y cierto bálsamo propio para curar á caballeros andantes, aunque les tajen la cabeza ó les corten en rabanadas, con tal de que se ayunten cuidadosamente sus porciones, hánme dado nuevo vigor, libertándome de aquel maleficio, y aquí estoy otra vez dispuesto á renovar y á sobrepujar mis hazañas, en pró de los menesterosos, de los agraviados y de los débiles.

Mucho agradecemos á Dios, dijo la mujer de Panza, que haya conservado la vida á tan noble caballero; pero he de decirle que no somos Princesas yo y mi hija, sino humildes servidoras suyas.

Así es la verdad, añadió el descendiente de Sancho: porque ésta es mi mujer, prima mía en cuarto grado, con la que me casé por dis-

pensa, y se llama Panza Alegre, y ésta es mi hija, habida de mi legítimo matrimonio, á la que llamamos Pancica.

Pues Panza Alegre y Pancica, á quienes dije Princesas, han de serlo con sólo haberlas yo llamado así, interrumpió D. Quijote; que cuando un caballero asienta una cosa eso ha de ser, y, si no es, obligado queda á que sea por el esfuerzo de su brazo, para no resultar mentiroso. Así que mi primer cuidado, al salir otra vez al mundo de las aventuras y de las fazañas, será proporcionarte un reino ó imperio á tí, Panza amigo, para que, siendo tú rey ó emperador, se cumpla mi palabra, y sean Reina tu mujer y Princesa tu hija, que por lo que veo es hermosa sobre toda ponderación.

Admiróse Panza Alegre de aquella rotunda y halagadora promesa; miró á su marido como inquiriendo quién podía ser aquel caballero, que se obligaba á tanto; ruborizóse Pancica del piropo, bajando los ojos y clavándolos en el delantal de rayas azules que tenía puesto, y Don Quijote se atusó el bigote, que le asomaba por la celada, por donde su efigie aparecía rodeada de un marco de hierro enmohecido.

Para que Usía no se comprometa á cosa imposible, exclamó Panza, he de decirle que en los tres siglos pasados en su encantamiento y por lo que yo sé, todos los reinos é imperios de la tierra están distribuídos y asegurados á los reyes y emperadores que los han; de modo tal que ni la punta de un alfiler puede echarse en península, ínsula, ni tierra firme.

Con ganarle uno á cualquiera de esos reyes y emperadores que los acaparan, negocio concluído, replicó D. Quijote; pues no ha de suponerse que vaya á consistir mi esfuerzo en ir husmeando una ínsula ó tierra desierta y sin valor, para hacerte de ella donación; sino en averiguar cuál sea la más grande, rica y próspera, para ganársela á su Emperador ó Rey, venciéndole con todo su ejército, y haciéndola mía por derecho de conquista. Dime tú cuál sea el imperio mejor y más fuerte, y á él me encaminaré en derechura, para cumplir mi palabra.

Quedó pensativo Panza creyendo que no es-

taba muy en su juicio el caballero y que debieron ser verdad todas las locuras que en su libro se leían; pero, como nada iba perdiendo en contestarle, y no sabía por dónde podría cumplirse la tradición de los Panzas, de que sirviendo á D. Quijote fielmente él les haría ricos y poderosos, le respondió:

Reinos, mi Señor y dueño, hay muchos y muy prósperos, quitando á España. Italia, por ejemplo, é Inglaterra: la primera con muchos soldados, y la segunda con numerosos y grandes navíos. Imperios tenemos á Alemania, que dispone de buenos ejércitos, y á Rusia, que cuenta por millones los hombres de armas; pero además hay Repúblicas poderosas como Francia y los Estados Unidos, que lo reunen todo.

Elige, pues, dijo D. Quijote, que eso ha de ser á tu gusto; y no te amilane la grandeza y poderío de la nación ó ínsula en que pongas el pensamiento; que cuanto más fuerte y grande sea, mayor será mi victoria y más cumplida mi oferta.

Señor, contestó Panza, con el valle de Andorra me contentaba yo; que es una República de poco más de media legua de larga por unas cuantas varas de ancha, donde dicen que reina un Obispo. Eso será mejor para Usía, que podrá vencerle y conquistarla enseguida, y para mí que no tendré los grandes desvelos de un gran reino.

Sea como quieras, respondió D. Quijote; pero, para que no incurras en error sobre el asunto, ni tengas en poco mi empresa, sábete que es más difícil vencer á un Obispo que á todos los reyes y Emperadores: porque éstos sólo tienen la fuerza de las armas, y en aquellos hay que evitar el rayo de las excomuniones.

Creyó Panza que eso de hacerle Emperador de Andorra era más realizable, á pesar de las advertencias de D. Quijote, y Panza Alegre y Pancica, que habían estado sacando los mejores manteles y disponiendo la mesa de la cena para honrar y agasajar á tan generoso huésped, y que habían escuchado en sus idas y venidas la mayor parte de la conversación, holgáronse mucho de poder salir al fin de aquella tierra mísera y de aquella pequeña labor, que no les daba para nada.

Hicieron sentar á D. Quijote á la cabecera de la mesa; Panza se puso en el lugar inferior, pidiendo antes la venia á su amo, y Panza Alegre y Pancica sentáronse á ambos lados del de la Triste figura, á quien quitaron el yelmo y la celada y descalzaron la espuela, según los usos de la caballería.

Pancica se levantaba de cuando en cuando á servir al huésped, y ella trajo la olla, donde la coliflor cocida con garbanzos y algo de tocino, humeaba y saturaba de su penetrante olor el recinto.

Metió D. Quijote la cuchara de palo en la olla, sacándola colmada, y con ella suspendida en alto, exclamó:

¡Amable es la vida, y nunca halládola he más grata, que en aquella plática con los cabreros, con aquel puñado de bellotas en la mano, y ahora con esta cuchara llena y humeante! Y no es que yo crea que en la materialidad de vivir esté el deleite; sino que, viviendo en sanidad satisfecha, retoza libre el espíritu. Tampoco ha de entenderse que pregone que es el vivir de cualquiera manera preferible á la muerte. Vida sin honra, por ejemplo, es muerte vil del ánima é inútil funcionar del cuerpo. Muerte recibida en lucha ó palestra, peleando por la razón ó por otra alta idea, es preferible á obscura vida, que si tal caballero es que por miedo ó cobardía deja de hacer lo que conviene, más le valiera la muerte que en vergüenza quedar. Pero fuera de esas excepciones es por sí el vivir honrado cabal y extremado goce: don celeste que no han disfrutado los que no son; premio concedido á los que nacieron. ¡Alabemos á Dios que nos dió esta vida para gozarla y servirle, singularmente yo, que retorno á ella!

Y acabadas estas palabras descargó el cucharón en el plato, y luego otro y otros, haciendo un gran hoyo en el rancho, y dejando ya paso á la familia Panza para que colmara sus escudillas.

Partióse un pan moreno en rabanadas; se ofreció al caballero además un platillo con aceitunas y otro con pimientos picantes, y enseguida se generalizó el combate contra la coliflor;

emprendiendo todos también encarnizada persecución de los garbanzos, que en sus repliegues se escondían.

Un candil colgado de un madero en su alambre, sobre la mesa, alumbraba con sus reflejos rojizos el banquete, no sin lanzar hacia arriba largo surtidor de humo que ennegrecía el techo, y un gato pardo y escuálido mayaba con zalamera suavidad, pidiendo algunas migajas.

¿Veis este gato? dijo D. Quijote; reparad en él: notad sus ojos dorados expresivos, su actitud resignada, su voz quejumbrosa. Tal vez sea algún caballero encantado que sufre bajo esa felina forma graves desdichas. Mirad y escarbad en su cabeza si tiene clavado algún alfiler de oro; porque tal vez está en eso el secreto de su encantamiento, como suele acontecer, y en sacándoselo vuelva á su estado y sér natural.

Pancica, que había oído en ciertos cuentos de hadas lo mismo, registró la cabeza del gato, y no hallóle alfiler alguno: por lo que siguió gato y no caballero, con toda su triste fisonomía.

Echáronle algunos mendrugos que comenzó á devorar afanosamente, y D. Quijote que había desocupado su plato y la mitad del de las aceitunas, quiso probar aquellos pimientos encarnados, que nadaban en aceite; pero abrasóse de tal modo la boca, que lanzóse enseguida á la jarra del agua, y luego al vino, que le estaba servido en otro jarro blanco pintarrageado.

No quiso dar á entender que aquellas guindillas le habían levantado el paladar y gaznate, para que no le tuvieran por damisela: tosió fuerte; bebió más, y pasó el escozor como pudo; pero cuando Pancica, pensando que le había gustado el manjar y que se relamía de gusto, insistió en ofrecerle otro morrón, él declinó el obsequio diciendo que guardaría aquella legumbre para cuando tuviese que entrar en batalla en la conquista del Imperio de Andorra, á fin de cobrar coraje y ardimiento, y que si ahora se acostumbraba á ella no le surtiría efecto después.

Panza Alegre y Pancica lo tuvieron por bueno y ofrecieron disponer una orza de morrones

y guindillas para la próxima campaña, á fin de que siempre la llevara consigo el caballero, si le había de servir de mayor ardor y empuje en la pelea, y tomando cada cual de postre un puñado de higos secos, se acabó la cena sosegadamente.

Gracias á Dios, dijo D. Quijote, y qué bien he yantado. Tres siglos há que no comía con tanto apetito, y salvo esos pimientos poco apropósito para tiempos de paz, todo lo demás me ha caido como maná en boca de israelita. Pero antes de que se levanten los manteles tratar hemos de otra cosa. Bien sabes, amigo Panza, que vuelvo al mundo sin más que mi armadura y mi valor y ese escudo y esa lanza vieja que me ayudaste á traer. Tu buen tatarabuelo proveía antes á todo; llevaba las alforjas y me servía de escudero en mis andancias. Muerto él, he de buscar otro que le sustituya, y ninguno mejor que tú, ya que para tí va á ser el imperio de Andorra, con todas sus ciudades y metrópolis. Mi hacienda se habrá consumido en mis herederos; mi ama y sobrina son muertas; Rocinante no existirá ya tampoco, que no hay caballo que trescientos años dure, y para la empresa que he de acometer necesito por lo menos aquel palafrén llamado Babieca, que sirvió al Cid á maravilla.

Panza Alegre y Pancica que oyeron tales requerimientos, pusiéronse en alarma sospechando que aquel caballero que hablaba de ínsulas y batallas, de su escudero Sancho y de Rocinante, podría ser, pues mucho también se le asemejaba, el tan traído y llevado en el libro que Pancica leía á la familia en las noches de invierno, con aquellas estupendas aventuras de los molinos de viento y de los pellejos de vino. Si era así, tratábase de un loco de remate, y Panza no debía aventurarse á seguirle en sus desvaríos, ni proveer á ellos con alforjas y caballo, aunque le ofreciesen todos los reinos de Europa; tanto que quedáronse suspensas y se pusieron amarillas y demudadas, lo que fué notado por D. Quijote.

Comprendo, Señoras mías, vuestra turbación, dijo éste. Teméis por la vida de vuestro esposo

y padre sin duda, y también por la mengua de vuestra hacienda; pero no alberguéis tan ruin recelo. Yo soy el caballero D. Quijote de la Mancha, y á mi lado sólo cabe prosperidad y bienandanzas para mis servidores. Para mí serán los trabajos y cuitas, las feridas y los molimientos; para Panza sólo el botín y las ganancias, los gobiernos y las ínsulas.

¡Ah mi Señor D. Quijote! dijo Panza Alegre, si ha de ser todo eso como lo otro que se relata en el libro de vuestras aventuras, que leemos de cuando en cuando, mejor es que mi esposo renuncie á ese imperio de Andorra y á todas las coronas del mundo.

D. Quijote dijo que ya conocía ese libro, y Panza Alegre lo trajo en un grueso tomo lleno de manchas de aceite y lo entregó al caballero, que comenzó á repasarlo, deteniéndose en los capítulos que más le llamaban la atención.

Mientras él lo hojeaba, Panza y Panza Alegre hablaban en voz baja, y Pancica estaba en pie contra el quicio de la puerta, esperando ver en qué paraba lo de su Principado.

Nó, mujer, decía Panza á su costilla: tú no sabes de la misa la media. No iría tan mal á mi tatarabuelo con este D. Quijote, cuando nos dejó el encargo que te tengo dicho. Dijo que le sirviéramos cuando volviese á la vida, y que la fortuna llovería sobre nosotros. Ahora que se nos viene á las manos, no hemos de rechazarla.

Pero tendrás que irte á correr tierras, exclamaba semi-llorosa Panza Alegre, y Dios sabe si te volveremos á ver con vida.

Descuida, contestaba aquél en voz queda. Así como así, yo he sido quinto: conozco las cosas de la guerra, y en esta de mi señor no he de tomar más parte que la de ver, oir y huir, cuando sea necesario.

D. Quijote, que había acabado de repasar el libro, lo echó de mal talante sobre la mesa, y exclamó serio y contraído:

Bien, señoras mías, se me alcanza la causa de vuestra cuita. En este libro se refieren mis hazañas; pero todas en son de burla y no con severidad de cronista. Moro tenía que ser Cide Hamete Benengeli, para no haber encomiado cual

se merecen y sí desfigurado á su sabor las proezas de un caballero cristiano. Sabed que los ejércitos que dispersé no eran de ovejas, sino de valerosos campeones; y que los que acuchillé en el castillo mal llamado venta, eran malandrines y no corambres; y los que combatí á campo descubierto, gigantes y no molinos de viento. Sabed que la ínsula que dí á Sancho fué tal ínsula, y que Altisidora prendóse de mí verdaderamente, y que de lo único de que no estoy cierto es de que aquella afligida doncella y su dueña Quintañona fuesen tales; pero la prueba de la ojeriza que aquel encantador mi enemigo me tiene y el trueque que hizo de ciertas cosas, es la muerte vil á que quiso sujetarme para deslustre de mi nombre, y el tiempo que me ha tenido encerrado en aquella cripta del cementerio. De ella libre, yo probaré que no fuí loco ni visionario, y enmendaré el juicio de las generaciones con mis nuevas hazañas, y mostraré que los locos son los que me creyeron loco á mí; de cuyo pecado á vosotras, ¡oh Princesas!, os absuelvo: porque fuisteis inducidas á él por este libro de risa y fino sarcasmo; que si los Amadises y los Esplandianes hubieran tenido cronista igual, hubieran pasado también, no por valientes, sino por mentecatos caballeros.

Tranquilizáronse Panza Alegre y Pancica con esta explicación, y aunque con gran dolor de su ánima, consintieron en que su esposo y padre respectivo acompañase á D. Quijote á la conquista del Imperio de Andorra, para recibir de él la corona y dominio de ese reino.

Antes que raye el día disponedme, pues, dijo Panza, las alforjas bien provistas, y todo el dinero que podáis, sin quedaros vosotras desmanteladas. Y llevando á D. Quijote á las cuadras, que á éste parecieron caballerizas reales, le enseñó un jaco peloso que podía servirle de Babieca, y eligió una mula vieja y coja para sí, echándoles buen pienso.

Ahora, á dormir. Señor mío, insinuó á su amo; que nosotros también nos retiraremos á descansar hasta el alba: y le señaló un cuarto obscuro que á la derecha había cerca del corral.

Dormid en buen hora vosotros, respondió Don

Quijote; que yo he dormido trescientos años seguidos y no tengo maldito el sueño. Seguro estoy de que en otros trescientos años no he de pegar un ojo; y dando la familia Panza las buenas noches, se retiró sosegadamente por la izquierda, á cierto camaranchón, quedando Don Quijote á la luz del candil en el zaguán midiéndolo á largos pasos.



CAPITULO III

En que se cuenta la nueva salida de D. Quijote, caballero sobre Babieca y acompañado de su escudero.

Clareaba el día, cuando ensillado el jaco escuálido y aparejada la mula coja, montaron D. Quijote y Panza en sendas caballerías, saliendo por la puerta de la cuadra al aire libre.

Acudieron á tenerles los estribos Panza Alegre y Pancica; siguieron al lado de los ginetes, hasta la parte de afuera; retuviéronles con encargos y gemidos, lágrimas y despedidas; y, desprendidos al fin de tan pegajosos lazos, partieron á buen paso, mientras ellas alzaban los pañuelos y los agitaban, saludándoles hasta que los perdieron de vista en la lejanía.

Era la mañana alegre y fría, como suelen las de la Mancha. La tierra rojiza estaba escarchada, y el cielo de un verde claro esperaba, como lienzo de artista, que el pincel del sol dibujase tonos de aurora y rosadas nubes. El aire entumecía las manos no enguantadas de los viajeros; amoratábales la punta de la nariz, y les helaba las piernas. Así que cuando el sol se asomó tras el cortinaje de las lejanas serranías y envió su primera oleada de oro disuelto y cálido, volviéronse ambos viandantes hacia él, para darle mentales gracias por su beneficio, como si fueran Magos idólatras.

Volaban las alondras por el campo cantando al naciente día, algunas golondrinas madrugueras recién llegadas buscaban sus nidos de antaño en los aleros de los cortijos, y varias aspas de molino se agitaban cortando con sus brazos el horizonte y alzándose sobre el paisaje.

Verdaderamente, aquellos eran molinos; pero no los otros á que arremetió en sus mejores tiempos el andante caballero.

Mira Panza, decía éste á su escudero, si yo sé ó no distinguir, cuando ahora veo esos y no se me ocurre pensar que sean gigantes. Ahí tienes con cuanta sin razón escribió aquel moro de burlas mis aventuras, creándome una injusta fama de fantástico y falto de seso. Tú has de ver por tus ojos cuán razonable soy; y tú darás fé de ello á todos los Cide Hametes futuros, que se ocupen en completar mi historia.

Panza oía estas palabras satisfecho de que habían calumniado á su amo y de que no era ningún lunático ni extravagante; en lo que veía más asegurado el cumplimiento de sus promesas, que si se tratase de un loco de atar, y asentía á las palabras de él, mientras iban campo adelante.

Tú sabrás el camino de ese imperio de Andorra, le preguntó D. Quijote, y creo será este por donde vamos; de modo que avisa cuando hemos de torcer por cualquiera de ambos lados, si no es completamente derecho.

Yo nada sé, dijo Panza, sino que por todas partes se va á Roma; de modo que, yendo derecho y preguntando de cuando en cuando para tomar la senda que nos digan, supongo que llegaremos alguna vez.

Pues adelante entonces, respondió D. Quijote gallardamente, que aunque hayamos de salir por los antípodas, topar hemos con ese Imperio que te tengo ofrecido. Mas lo que no comprendo es cómo sea Emperador allí un Obispo, y cómo lo consienten los demás emperadores seglares. Algún misterio ha de haber en eso; y muy fuerte y temido debe ser ese mitrado, para sostener semejantes dominios entre tantos poderosos reyes.

Señor, replicó Panza, por lo que tengo entendido, ese Obispo reina porque le dejan ese poderío de Andorra de merced, pero no vive allí, sino en la Seo de Urgel, en cuya Catedral echa bendiciones; de modo que todo se reducirá á que Usía vaya á la Seo, le desafíe y corte la cabeza, y luego se entre en su territorio triunfante, con lo que todos acatarán su voluntad.

Entre todas mis hazañas antiguas, dijo Don Quijote después de una pausa, no hay ninguna parecida, y en ningún libro de caballerías he leído que un caballero andante pueda desafiar á un Obispo y cortarle la cabeza. Cuando Don Opas se pasó al enemigo, combatió, pero no en calidad de Obispo, sino de guerrero; y siendo así que éste de que hablas viste de pontifical, echa bendiciones y lleva por arma solamente el báculo, no veo medio de matarle en desafío ó en buena lid, como me cumple.

¿Pues á qué vamos entonces, exclamó Panza, si anda Usía con esos escrúpulos? Yo me creía, después de leer la historia de sus aventuras, amén de otros libros de caballerías, y de oir las tradiciones que vienen de mi tatarabuelo, que los caballeros andantes no tenían más ley que su voluntad, ni más ejecutor de ella que su brazo; y ello así ¿qué más da que sea Obispo el que se les oponga, ó Rey ó campeón, si lo principal consiste en esta oposición que aquellos no consienten á lo que determinan?

Te engañas, Panza, en eso de creer que no tenemos más ley que nuestra voluntad, replicó el caballero; pues todo al contrario la supeditamos siempre á nuestra obligación y á las ordenanzas de la caballería andante, que son proteger á los menesterosos, abatir á los soberbios que los oprimen, desfacer los agravios antiguos ó nuevos que suele haber ignorados en el mundo, y enderezar los muchos entuertos que por la malicia y perversidad de los hombres se ocasionan. Verdad que siempre hubo buenos y malos caballeros, como aquellos con que topó el rey Garinter y que estos hacen grandes males y desaguisados; pero los buenos les contrarrestan y vencen y reponen á su sér y estado natural el derecho y la justicia.

Entonces, objetó Panza, ¿por qué los caballeros andantes quitan reinos á los que pacíficamente los poseen y los dan á sus escuderos y pelean con otros caballeros, que ningún entuerto realizaron, y con gigantes que no se meten con ellos?

Eso es otra cosa, respondió D. Quijote; que unas son las leyes de la paz y otras las de la

guerra. En la paz, ejercitan aquellos nobles oficios, y en la guerra combaten con sus enemigos, purgan la tierra de gigantes y de mónstruos, y ganan reinos ó los pierden; pero, aun dentro del estado de guerra, obran caballerosamente, y no con viles artes; y así no matan al indefenso, ni despojan al desvalido, ni cortan la cabeza á los Prelados con báculo y mitra, como tú hallabas tan natural y corriente.

Panza le replicó que en el nuevo tiempo era más fácil quitar á un Obispo de enmèdio: porque se aprovechaba la coyuntura de que saliera una romería ó procesión, á que ordinariamente solían concurrir curas y Prelados, y como eso ofendía á unos que se llamaban libre-pensadores, empezaban éstos una silba y luego una pedrea y disparaban sobre los fieles, para natural desahogo de sus conciencias que no querían esas cosas de Religión, con lo que se quedaba un obispo ó un fraile fuera de combate y nada más pasaba.

Sí pasará, dijo D. Quijote: porque funcionará el Santo Oficio y los herejes irán á la hoguera para pagar su injuria á la Religión y á sus Ministros.

Pero el buen escudero insistió en que hacía luengos años que no había Inquisición en España: y en que si la hubiera no sería para quemar herejes, sino fieles cristianos.

Quedó atónito el de la Triste figura, y respondió á Panza soltando la voz á semejantes razones. Si no fuera porque te tengo por hombre de verdad, no te creyera. Huélgome, de una parte, de que no haya Inquisición, pues así no tendremos que andar con tiento con los cuadrilleros, ni que pensar cada palabra y repensarla, para que no tenga visos de herejía, ni que vivir siempre sobresaltados por si una falsa denuncia nos expone á las llamas del Santo Oficio. Pero, de otra parte, esa soltura y libertad de los herejes y esas asonadas contra la Santa Católica Iglesia y sus Ministros, son tan tiránicas é irritantes como aquella fé impuesta y aquellos expurgos del pensamiento. Sábete, amigo, que la libertad ha sido, es y será siempre precioso derecho del hombre; que lo que Dios

manda es que le creamos y amemos libremente, y que por eso erraban aquellos inquisidores que querían imponer esa fé y amor por la fuerza, y que abrasaban á los que no la tenían; como yerran y delinquen éstos que ahora hacen lo contrario, forzando á los creyentes y fieles á que no crean, ni cumplan, ni practiquen sus deberes religiosos y estropeándoles sus ritos. Bien sabes tú y sabía tu tatarabuelo, que no eran de mi devoción aquellos cuadrilleros, á que yo solía llamar ladrones en cuadrilla; pero tampoco he de tolerar estos de ahora. Católico soy y cristiano me parió mi madre, y júrote por el agua de bautismo que me echaron, que si en alguna de esas romerías que me dices topara con esos impíos y follones, había de arremeterles con mi lanza y aniquilarles, haciendo en ellos más chicha que Santiago en la batalla de Clavijo.

Calló Panza temiendo que se le antojase á su amo ir á desfacer entuertos de estos, antes de proseguir el viaje hacia Andorra, lo que retardaría la conquista de ese imperio, y quiso mudar de conversación, cuando vieron venir por el camino un peregrino, con los pies descalzos, el sayal empolvado, la cabeza cubierta por ancho sombrero, y el báculo y la calabaza en la diestra mano.

Ese vendrá de Roma, exclamó D. Quijote, y podrá decirnos si allí existe Inquisición ahora, aunque yo creo que sí la habrá: porque en la misma Sede de San Pedro no consentirán herejes, ni menos de estos osados iconoclastas.

Paróse el peregrino al ruego y preguntas del caballero, y dijo que no venía de Roma sino de Santiago de Compostela, donde una romería había sido asaltada y dispersada por los enemigos de la Iglesia y él había sido herido, aunque levemente; y viendo D. Quijote corroborado lo que acababa de decirle su escudero, se llenó de asombro, pensando que en su tiempo todos esos herejes hubieran sido tostados muy presurosamente.

Siguió el peregrino su caminata, no sin dar á D. Quijote y á Panza sendos rosarios con indulgencias, que estos besaron y guardaron, y

el caballero insistió en que muy fuerte y valeroso debía ser el Obispo de Urgel, para sostener en medio de aquellas corrientes de herejía triunfadora, el Imperio de Andorra, vinculado á su mitra: por lo que resolvió la duda de la manera de conquistar sus Estados, diciendo que irían á Urgel, y allí tomarían lenguas de quien fuera ese Prelado; que si era de mitra, báculo y bendiciones no más, Panza se las avendría con él, y D. Quijote solo con sus guerreros, que debía tenerlos para resguardar las fronteras de sus dominios, y sin necesidad de atentar al Obispo les vencería y ganaría todos aquellos territorios: en todo lo que Panza estuvo conforme, por encontrarlo muy razonable y conveniente.

Largo rato anduvieron, cuando D. Quijote rompiendo el silencio nuevamente, dijo á su acompañante:

¿Sabes que estoy pensando que ese peregrino que nos hemos tropezado no debe ser tal, sino un espía del Obispo de Urgel, que sospechando que vamos contra sus ciudades le manda á descubrir nuestra ruta, y ó poco se me alcanza ó pronto vamos á tocar el resultado de su espionaje?

No creo que tan pronto se haya enterado de nuestros intentos, respondió Panza.

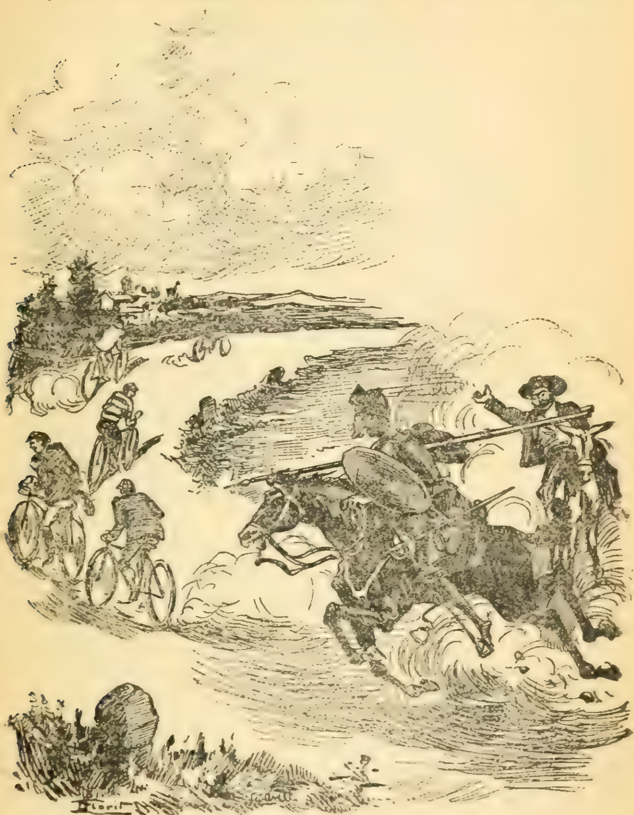
¿Cómo no? exclamó el caballero; mira esa polvareda que por ahí viene, que sin duda la forman ginetes avanzados del ejército enemigo. Esa furibunda caballería ligera tiene que ser destacada del grueso del grande y poderoso ejército de Andorra, que avisado por el espía me sale al encuentro para dar la batalla aquí, fuera de sus tierras, librándolas de mi entrada y devastación. Hazte á un lado y déjame con ellos, que verás cuán presto y bien doy cima á tan peligroso choque.

No había tenido tiempo el escudero de apartarse de la carretera, ni D. Quijote de enristrar su lanza, cuando los enemigos aquellos pasaron como en volandas, en un abrir y cerrar de ojos.

¡Alto! gritó D. Quijote, que se vió imposibilitado de arremeterles por lo imprevisto de su cruce y velocidad. ¡Alto y non fuyades diabólicas criaturas, que un solo caballero os riepta y desafía!

Pero los desafiados habían traspuesto velozmente, sin dejar tras sí más que otra nubecilla de polvo blanquecino.

¿Ves qué cobardes follones? exclamó dirigién-



dose á Panza. Montados en ruedas sutiles han huído del furor de mi brazo, y ni aun me dieron tiempo de acometerles: porque lo de perseguirles hubiera sido inútil con Babieca.

Señor, son ciclistas, respondió el escudero acercándose, algo corrido de haber compartido con su amo la ilusión de tratarse de las avanzadas del ejército del Obispo. Son ciclistas, que montados en esas ruedas veloces corren más que

diablos. De éstos no había tres siglos há y de ahí la sorpresa de Usía.

D. Quijote declaró que jamás vió cosa semejante, y que creía arte diabólica esa que ejercitaban: porque no comprendía como una sola rueda delante y otra detrás, en línea recta, podían mantenerles y llevarles volando sin perder el equilibrio ni hacerles caer de costado ó de bruces.

Eso que montan son bicicletas, le replicó Panza. Cada uno en la suya, dando con los pies á las cigüeñas que las mueven, corren en un minuto una legua como si tal cosa.

¿Y qué prisa llevan para tanto? preguntó el caballero.

Panza le respondió que ninguna, y que era por placer de correr, de salir y regresar y de que les vieran las gentes en ese ejercicio con sus gorras de visera y sus camisetas de listas. Pero D. Quijote no se persuadió de la inofensividad de aquellos diablos, objetando que debían ser guerreros apercibidos al combate; puesto que habían hecho sonar la trompa de Astolfo.

Y como Panza le digera que era una pequeña bocina que llevaban, para avisar á las gentes, é insistiera el caballero en ser aquella sin duda alguna la trompa maravillosa que el Hada Logistila regaló á su protegido campeón, cuando salió para la Arabia y el Golfo Pérsico, el escudero le preguntó qué trompa era esa, con la que confundía la bocina de las bicicletas, y qué poder especial tenía en los combates.

Bien se conoce, respondió D. Quijote, que en eso de libros de caballerías estás *tanquam tábula*. Esa trompa era tal que sus sonidos obligaban á huir al que los escuchaba. Astolfo la guardó en todos sus viajes y correrías, como oro en paño; pero al ser arrojado con Marfisa, Aquilante y Grifón, por una tempestad, á las riberas del golfo de Layas, vieron una gran ciudad defendida por dos torres; la cual ciudad hallábase habitada por mujeres crueles, que degollaban á los navegantes; siendo preciso para librarse de esa muerte vencer cada recién llegado en un día á diez caballeros y triunfar en una noche de diez doncellas. Marfisa, que era

mujer y vestía armadura de campeón, arrostró la primera prueba, venciendo á los diez paladines y haciendo noventa viudas, porque cada vencido tenía nueve mujeres; pero no pudo obtener la segunda victoria. Entonces fueron todos acometidos; y, viéndose en peligro de morir á manos de aquellos ejércitos de furias, Astolfo tocó la trompa y todas huyeron buscando refugio en cavernas y bosques. Así quedaron desiertas las plazas, las calles y la ciudad entera, y pudieron salir á la vela con Marfisa los comprometidos caballeros. Esa trompa, añadió D. Quijote, ha debido caer en manos de esos ligerísimos ginetes, y contra mí la han empleado; pero ya viste como yo, apercibido á todo, escuché impávido sus toques siniestros.

Panza guardó silencio, por no discutir tal imaginación, y viendo que el sol estaba ya bastante alto, se atrevió á decir á su amo que sería bien, pues habían escapado con vida del toque de la trompa aquella, echar pié á tierra para tomar el desayuno; ya que tripas llevan á pies y no pies á tripas. Y hallándose en un vallecillo, por donde corría un fresco riachuelo y al que daban grata sombra algunos árboles, apeáronse ambos y atando el escudero las caballerías á un tronco, y desatacando las alforjas sobre el verde césped que les sirvió de manteles, comenzaron á satisfacer el natural apetito.

Comieron algo de cecina; medio pan moreno y apelmazado, pero gustoso; queso manchego, de que llevaban abundante provisión, y algunas manzanas de conserva. De vino sólo una botella tenían, por lo que acordaron guardarla para una ocasión extrema, como Astolfo su trompa; y cogiendo en una escudilla agua fresca de la corriente, bebiéronla á sorbos.

Lo apacible del lugar, el murmullo del arroyuelo que saltaba entre peñas, el susurro de las hojas de los sombrosos árboles, y la dulce charla de las aves emboscadas, deleitaron al caballero que, recostado muellemente sobre el ribazo, dejó vagar sus pensamientos como otras veces solía: los cuales fueron en derechura hacia la dueña de su corazón, la sin par Dulcinea

del Toboso, culpándose de no haberse acordado antes de ella, cuando su primer suspiro al volver á la vida debió ser para la que era luz de sus ojos, norte de su razón, ayuda de sus empresas é imán de su albedrío.

Panza, que había soltado las caballerías para que se desayunasen también en un prado próximo, volvió al lado de su amo; pero viéndole pensativo, no quiso cortar el hilo de sus divagaciones, hasta que salido él por sí mismo de ellas, habló á su escudero estas palabras.



CAPITULO IV

De la plática que de sobremesa tuvieron D. Quijote y Panza y demás cosas que ocurrieron después.

Habrás visto, amigo, cuán silencioso y meditabundo estuve largo rato, mientras tú disponías de apacentar esas caballerías, como buen escudero. Pues has de saber que es por un recuerdo y un remordimiento que me acometen y que han de variar forzosamente nuestra ruta. ¿No te asombró que al salir de la fosa preguntase por todos, por ama y sobrina y cura y bachiller y no por Dulcinea? ¡Ay! lo más cerca del corazón es lo que suele estar más lejos de las palabras. En mis ímpetus por cumplir la promesa que te hice de ese imperio de Andorra, dejé pasar por alto otra primera y sagrada obligación, que es y estimo ser ir antes de nada al Toboso y avistarme con Dulcinea, á la que no veo tanto tiempo há, y pedirle la venia para todas mis empresas de esta última salida y recibir algún talismán suyo, que me ponga á cubierto de encantamientos y asechanzas. Porque, si por falta de este talismán, que bien pudiera ser un anillo como el de Angélica, que la trocaba en invisible cuando quería, soy víctima de las malas artes de aquel sabio Fristón mi enemigo, y á la mitad de nuestro camino hacia el populoso imperio de Andorra me convierto en piedra negra ó en pájaro, adiós entonces tus esperanzas y mis esfuerzos, y bien puedes despedirte hasta otros trescientos ó tres mil años de verme á tu lado. Es, pues, obligación mía y conveniencia tuya, que volvamos á

desandar lo andado y tomemos el camino del Toboso, y entremos en aquel lugar y nos hagamos anunciar por el enano del castillo, donde llora Dulcinea involuntarias ausencias mías, hasta ser conducidos á su estancia recamada de oro y piedras preciosas y arrodillarnos á sus pies y pedirle su beneplácito y ayuda.

Mi señor D. Quijote olvida, respondió Panza contrariado y puesto en sobresalto, que su señora y mi dueña D.ª Dulcinea del Toboso debe estar, como todos los demás seres vivientes de hace trescientos años, hecha polvo ó con los huesos mondados cuando menos, en cualquier nicho ó fosa común. Y tampoco he visto yo castillo alguno en el Toboso, ni enano que pueda anunciarnos, y por ende vamos á perder los pasos y el tiempo en busca de cosa imaginaria.

¡Qué ideas te saltan en ese desdichado magín!, dijo D. Quijote poniéndose en pie. ¿No sabes que los caballeros andantes son consustanciales con sus damas y que éstas y ellos siguen la misma suerte? Pues si yo he tardado trescientos años en despertar de mi letargo, no dudes que trescientos años me ha estado esperando Dulcinea, llorosa y acongojada, ignorante de mi suerte. Cinco esperó Isabel de Segura la vuelta de Marsilla, y quinientos le hubiera aguardado de ser él armado caballero y haber caído por tantos siglos en cautiverio. Con más y es que, mientras todo cambia y envejece para los demás mortales, las damas de los caballeros se conservan hermosas é incorruptibles. Con que así apresta los caballos y marchemos á prisa al Toboso: que yo te haré ver el castillo que no viste y el enano en que no reparaste y la sin par hermosura de Dulcinea, en la que no han podido hacer injuria los años ni los desabrimientos.

Obedeció Panza, muy presuroso; pero, por no desandar lo que anduvieron, dijo á su señor que el camino del Toboso era aquel que seguían, y que pronto llegarían á él, yendo en línea derecha, sin más que torcer un poco á la salida del vallecillo. Creyólo D. Quijote, porque hacía harto tiempo que estuvo una vez allí, y al falso Toboso se encaminaron, pensando Panza que pa-

ra satisfacer el antojo de su amo cualquier lugar con que topasen era bueno y cualquiera moza garrida le parecería, como en otro tiempo, Dulcinea.

Estrechábase el valle y estaba rematado por una montaña, donde había un túnel, por el que pasaba el ferro-carril á la otra parte de la estrechura, y andando Babieca dificultosamente entre las malezas y no más desembarazadamente la mala vieja con sendos caballeros, llegaron á aquel túnel y vió D. Quijote aquel temeroso y obscuro hueco y asomándose, alargando la cabeza y empinándose sobre los estribos dijo á Panza:

Por lo que veo hay dos caminos para llegar al Toboso: uno fácil, pero largo, rodeando este cerro; y otro intrincado, peligroso y obscuro, pero más corto, entrando por esta sima. Eso suele acontecer á los caballeros andantes, encontrar tan diversas vías, cuando van en busca de sus damas, y es que ellas les ponen á prueba: porque, si eligen la más larga y fácil, es que son cobardes y les tienen desamor, y si la más corta pero espantable, es que á todo se atreven en su valentía, por llegar antes al objeto de sus ansias. Cúmplenos, pues, echar por este agujero para acortar la satisfacción de mis anhelos, pues esta debe ser la sima de Cabra, donde Casildea de Vandalia ordenó entrar al Caballero del Bosque; y vamos á ello, que el Toboso debe estar á la salida de ese antro.

Panza que tal oyó comenzó á mesarse los cabellos y á dar grandes gemidos, temeroso con razón de que, al entrar, por allí con las caballerías, pasase algún tren é hiciera tortilla á caballos y caballeros.

¡Párese Usía y no entre por amor de Dios!, gritaba á D. Quijote. ¡Mire que ese es un túnel y el tren que por él pasa no atiende á razones y nos arrollará y partirá en pedazos tales, que no serviremos ni para embutidos! ¡Oígame á mí, que Usía no conoce eso, ni es de su época!

Pero D. Quijote sin escuchar advertencias espoleó su rocín y entró denodado, teniendo que seguirle Panza, al que no le llegaba la camisa al cuerpo.

¡Ande de prisa, señor; suplicaba éste: por los clavos de Cristo, que esto es más que temeridad!

Calla, hombre, decía D. Quijote, que tienes el corazón de mantequilla. Mírame á mí cuán sereno voy por esta obscuridad, y si viene ese mónstruo de que me hablas no doy por él una paja; como quier que de un golpe de mi lanza



lo dejaré herido y moribundo. Así hizo Perseo con aquella serpiente que iba á devorar á Andrómeda.

Oyóse lejos el silbato de la locomotora y Panza no pudo más; presa del terror, taconeó á su mula, Babieca más avisado que su dueño sintió también el peligro y corrió á la salida, y echando á la derecha de la vía ambos, deslumbrados por la luz á que asomaron, oyeron otro silbido más próximo, que hizo volverse con su palafrén á D. Quijote.

La vía formaba una gran curva á la salida del túnel; así que el caballero estaba fuera de ella, creyendo aguardar de frente al enemigo y embrazando su adarga, enristrando su lanza, y afirmándose en los estribos, esperó la embestida del mónstruo, que ya rugía furiosamente.

Al minuto pasó la locomotora arrastrando sus vagones, ante el asombrado caballero. Espantósé Babieca, saltando hacia atrás y derribándole en tierra cerca de los railes, y cuando D. Quijote se levantó valerosamente echando mano á su espada, para luchar con el mónstruo cuerpo á cuerpo, ya sólo quedaba una larga cinta de negro humo que flotaba y se desvanecía en el aire.

¿Sabes, Panza amigo, dijo emocionado, que jamás he visto más espantable dragón en el mundo? Fuego echaba por sus fauces, humo por sus narices, terribles resoplidos daba, furiosamente retorcía sus anillos y su cola, volando vertiginoso; pero ya viste cuán velozmente se echó á un lado sin atacarme, convirtiéndose en esa nube negra, para escapar del filo de mi espada. El espanto de Babieca tiene la culpa de que yo no le haya rematado aquí. Ya le buscaremos de nuevo por esos montes, donde debe tener su guarida, que parece horadar con sus poderosas uñas.

Rece Usía por haber salido con bien del trance, dijo Panza: porque sólo un milagro divino le ha salvado, y yo le ví ya partido en dos pedazos sobre el tajo de esas barras de acero, de las que cayó cerca.

¡Partido en dos dices! no me conoces, exclamó el de la Triste figura. Pero, aunque así fuera, pudiendo tú poner los dos medios cuerpos míos bien acoplados, de modo que cada hueso y arteria se correspondiesen, y untándoles un poco del bálsamo que te dije, volverían á componerse y pegarse como si tal cosa y quedaría en disposición de pelear de nuevo contra ese dragón; mientras que si tengo la suerte de atravesarle por donde haya la piel más fina, ó le parto en dos mitades, él no tiene compostura posible.

Al contrario, Señor, objetó el escudero; á él

lo componen cuando lo há menester y le echan piezas nuevas, y á Usía no habría fragua en que arreglarlo. Y Panza contó á D. Quijote lo que era el dragón aquél, y cómo llevaba en su vientre pasajeros y mercancías; de lo que el caballero quedó altamente asombrado, pero no convencido.

Bueno que Jonás hubiera estado tan horendo en el buche de una ballena, que al fin era sólo y único; pero que cupiesen dentro de aquella serpiente con alas tantos viajeros y bultos y equipajes, sin ser hechos papilla dentro de su estómago, y depositándoles sanos y salvos luego, en el punto de llegada, eso se le resistía. Porque, no había duda: aquello no era una máquina inerte, tirada por caballerías, ni por bueyes, ni por elefantes; sino un sér vivo, que volaba por sí solo, respiraba y resoplaba y silbaba y rugía á su antojo.

Señor, añadió Panza: como Usía viene de un siglo tan atrasado, no comprende esta maquinaria. No la entiendo yo más; pero lo que me sé es que es máquina y no mónstruo, eso que echa fuego por los ojos y humo por las narices, y que sirve para llevar muchos vagones de viajeros y mercancías, y que dicen está movido por caballos de vapor.

¿Lo ves, Panza? exclamó D. Quijote; eso de los caballos de vapor lo aclara todo: porque, si fuera ese reptil gigantesco alguna serie de carros tirados por caballos naturales, no serían de vapor éstos, sino de carne y hueso; y pues son de vapor, son cosa sobrenatural, vaporosa y mitológica, como aquel caballo Pegaso. Déjame á mí, que yo buscaré á ese monstruo en su madriguera, que creo debe estar soterrada y profunda, y allí donde no pueda escapar pelearé y le cortaré la horripilante cabeza, aunque sea como la de Medusa. Tú la has de ver echando en mi mano los últimos chorros de sangre, con los candentes ojos apagados y dando los últimos resoplidos de humo, y á Dulcinea la llevaremos, para que quede más prendada aun del valor de su temerario caballero.

En esto divisaron un pueblecillo lejano, que dijo Panza ser el Toboso, y D. Quijote, dando

un largo suspiró exclamó:

Tenemos delante la tierra de promisión, ¡oh Panza! y traigo á la memoria aquel bello canto del Tasso, en que describe á Jerusalén contemplada desde excelsa parte por Godofredo de Buillón: cuando dice que descansa en dos collados de desigual altura; que un valle la parte y la muestra eminente; que tiene por tres lados difícil cuesta y que del costado que tiende hacia Boreas la defiende altísimo muro. Mírala igual y digna de ser cantada por otro poeta sorrentino, con más que en esta se halla Dulcinea, lo que la ilumina y avalora.

Panza callaba, á fuer de hombre resignado, esperando ver cómo se las compondría su amo para mostrarle el castillo y el enano y á Dulcinea, allí donde no había nada de esto; y así caminaron largo trecho por la monotonía de aquel campo.

Atardecía cuando se iban aproximando, y veíanse ya distintas las primeras casucas del pueblo; pero de pronto D. Quijote aprestó el lanzón, sujetando por las riendas á Babieca, para asegurarse mejor, y dijo á Panza.

¿No ves ahí, entre la neblina, esos seis ó siete gigantes muy adelgazados pero altísimos, que á nosotros vienen en fila, y aquellos otros que asoman más lejos por el collado? Pues esos sí deben ser verdaderas avanzadas que mi enemigo me presenta, para que me atajen el paso al ya próximo Toboso, y vencerles y derribarles he, para tenerlo franco y abierto, y que pueda Dulcinea mirarlos tendidos y sin vida, desde los ajimeces de su torre. Y dirigiéndose á ellos á grandes voces añadió: «Ya os conozco fementida canalla: no escaparéis con vida.»

No veo tales gigantes, respondió Panza, ni cosa alguna que se les parezca: ni nada hay sino aire y nieblas que se espesan con la caída de la tarde y la vecindad de la noche.

Pues si tú no los ves, porque tus ojos no te alcanzan, yo los tengo de Argos y penetro en la obscuridad, replicó el de la Triste figura, y te digo que, no uno ni dos, sino seis y más gigantes son los que van alargándose y adelgazándose, para hacerse más invisibles y sor-

prendernos, rodearnos y cautivarnos. Tú estáte ahí, que verás cómo los deshago en un abrir y cerrar de ojos; que éstos no parecen tener ruedas veloces, ni caballos de vapor, como los otros.

Dicho eso, dió de espuelas á Babieca, el cual con el escozor echó á galope, y llevando Don Quijote la lanza en el ristre, fué á chocar contra el primer enemigo, que le hizo un gran de-



sollón en la pierna y derribó á Babieca; pero, levantándose el caballero, arremetió con su espada al adversario, que parecía mantenerse á pie firme; hasta que, viendo no le hacían mella los tajos, abrazóse á él para ahogarle y le zarandeó y le hizo dar en tierra con estrépito, cayendo también los otros dos inmediatos que le seguían; lo cual, visto por D. Quijote, gritó con toda la fuerza de sus pulmones:

¡Acude, Panza amigo; vencidos son y en tie-

rra estos gigantes desaforados, y el pie tengo puesto sobre la cabeza del primero, que he de cortarle á cercén!

Acudió Panza, al trote dificultoso de su mula, porque sólo había visto en la distancia y obscuridad el forcejear de su amo, sin distinguir cuál sería su adversario; pero, apenas llegó al sitio, comenzó á dolerse amargamente.

¿Qué ha hecho Usía, mi Señor D. Quijote? le dijo. Más le valiera no haber salido de su ataud, que acometer esta empresa. Mire Usía que esos no eran tales gigantes, ni guerreros puestos en avanzada; vea que son palos del telégrafo, que sirven para sostener los alambres por donde corre la electricidad, y que es cosa prohibida tocarles y delito el derribarlos: porque corta y destruye la comunicación de las estaciones.

D. Quijote que nada comprendía de este lenguaje, insistió en que aquellos largos y enflaquecidos cuerpos, tendidos por su valeroso empuje, eran de gigantes verdaderos; ó que si no, sería artificio y traza de los Fristones que le mudaban el sér de las cosas; pero Sancho le mostró los aisladores de porcelana y los alambres que los unían, por los cuales, al caer un poste, habían venido á tierra con el tirón los otros dos, y le explicó que aquello era un medio de mandar noticias, con una cosa invisible y muy sútil que por esos hilos corría, y que así en un segundo se decía desde Cádiz á la China, por ejemplo, todo lo que se deseaba.

Dígote, respondió D. Quijote, lo que hube de decirte de los caballos de vapor. Cosa es esa fantástica y sobrenatural: porque sale de los términos del humano poder y de los naturales resortes de la materia; de modo que, por lo que veo, hay porción de mónstruos, duendes y gigantes, que han venido ahora á vivir á la tierra, para hacer esas fazañas y que la tienen por suya. Pero ya has visto cuán poco les aprovechan sus artes mágicas, cuando son conmigo en batalla.

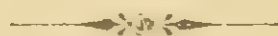
Lo que he visto, Señor, interrumpió Panza, es que ahora será con nosotros la Guardia Civil y nos conducirá maniatados á la cárcel más

próxima, si averigua que es Usía el que ha conseguido esa victoria.

¿Qué Guardia Civil es esa, preguntó D. Quijote, que tan incivilmente ha de tratarnos? La Santa Hermandad no será: porque si por cuenta de ella corrieran hoy estos asuntos, seguro estoy de que no á mí, sino á los fautores de esos embolismos y diabluras de los alambres y de esa electricidad que dices, les hubiera dado caza y acusado de brujería. Pero si tan trocadas están las cosas ahora, vé qué podemos hacer para que esa Guardia Civil no nos interrumpa nuestro camino; que yo soy harto respetuoso de la autoridad y no he venido al mundo para negar al César lo que sea del César.

Lo mejor es, respondió Panza, que no entremos ahora en el Toboso, donde muchas gentes nos verán y darán indicios de poder ser nosotros los autores del desaguisado. Torzamos á la derecha, Señor mío, y apartémosnos de los lugares y proximidades de esos gigantes difuntos; que ya oirá Usía hablar de ellos y los verá otra vez en pie, apenas se note que no corre la electricidad por sus hilos rotos. Mire Usía aquella hoguera que denota majada de pastores, que desde aquí se parece; abordémosla para pasar la noche, como Dios quiera, y por Él le suplico no diga Usía nada de esta aventura; sinó cuente si quiere las otras dos de las ruedas sútiles y del mónstruo de fuego y humo, para que los pastores no den el cante á la Guardia y nos estropée el plan de nuestra visita al Toboso, preliminar de la conquista de Andorra.

Cedió D. Quijote, á quien el desollón de la pierna, ya enfriado, dolía más de lo regular, y andando cosa de media hora llegaron á la majada.



CAPITULO V

Donde se da cuenta del recibimiento que hicieron á D. Quijote unos pastores, y del conocimiento que trabó con el Poetilla.

Aparecer aquel caballero con su armadura, seguido de aquel abultado escudero, y ponerse en alarma la gente de la majada, todo fué uno. Al ronco ladrido de los mastines, que lo anunciaron, salieron los seis pastores que se recogían en dos chozas en aquel sitio, y arremolináronse las ovejas en los rediles, como si temieran el asalto del lobo.

Dieron aquéllos el alto á los recién llegados; contestaron éstos cortesmente y en son de paz, y entonces, creyéndoles viajeros que buscaban descanso, hiciéronles pasar, ayudándoles á bajarse de las caballerías, y muy sorprendidos de los hierros de que iba cubierto de pies á cabeza D. Quijote.

No os alarméis, señores, dijo éste, de mi aparato guerrero y mi talante. Caballero soy armado, que corre el mundo para desfacer agravios y enderezar entuertos, y no podría sin esta mi lanza, en cuya punta está el hierro de la justicia, y sin esta espada, emblema suyo. Este es mi escudero que me sirve y la paz de Dios sea con todos.

Entraron en la más grande de las chozas. donde se reunieron para la cena, y ofrecieron á D. Quijote y á Panza puesto entre ellos, que fué admitido de buen grado; contribuyendo éstos por su parte con algo de las alforjas, para que no se digera que mermaban la comida pobre y tasada de aquellos cabreros.

Preguntó el más viejo qué era aquello de enderezar entuertos; pues él no lo comprendía, creyendo que enderezar era cosa que, no con

los tuertos, sino con los jorobados debía hacerse; y D. Quijote le explicó que no se trataba de tuertos de los ojos, ni de torcidos de la espina, que eso correspondía á la Medicina ó Cirujía, sino de entuertos de la voluntad, de la razón y del derecho, que por el esfuerzo de su brazo podían remediarse; añadiendo que este era el objeto de la caballería, que era una especie de justicia andante, que por todas partes iba ejerciendo su oficio, aparte de la otra justicia de leyes y juzgadores, que no podía llegar á todos lados, ni encontrar para cada caso exacto acoplamiento.

El pastor viejo, que tenía mucha gramática parda, objetó al caballero que eso estaba bien; pero que podía suceder que las dos justicias se tropezaran y encontrasen, una contra otra, la de las leyes y los juzgadores, y la andante de esos caballeros, y entonces alguna tendría que quedar por encima; convirtiéndose la otra en injustica ó yerro: por lo que ó debían ir acompasadas y unidas, ó suprimirse cualquiera de ellas, y en tal caso tendría que desaparecer la de los caballeros andantes.

Protestó D. Quijote, replicando que eso no se podía: porque donde se tropezasen y contrapusieren, debía imperar la de los caballeros, que á cada caso sabían aplicar su ley singular, no escrita en parte alguna, sino en la conciencia y el honor, y no la otra justicia, que con sus determinaciones generales no podía abarcar cada caso específico, trocándose en injusticia manifiesta, al aplicar á la excepción la regla, y á lo singular y concreto lo general y abstracto; y el pastor, que ya no iba entendiendo nada de esto, se calló, por no poder entrar en polémica con hombre tan sabidor.

Bien pronto concluyeron la frugal cena, y entonces otro de los pastores dijo al caballero que un jovencillo que allí estaba y que les ayudaba en sus faenas, era también dado á las letras y á saber las cosas que en los libros se escriben, y que componía muy lindas coplas, que cantaba siempre con mucha afinación y sentimiento, al son de un guitarrillo que tenía; por lo que le harían lucir sus habilidades. Las gen-

tes, añadió, le llaman el Poetilla, y él hace los romances que luego van á imprimirse y corren por los pueblos comarcanos, acudiendo á oirlos mucho golpe de curiosos en cada parte.

Holgóse D. Quijote de conocerle, y el muchacho, que tenía la cabeza gruesa y rubia, los ojos azules y el cuerpo pequeño pero fornido, excusóse con el caballero, diciendo que él sólo componía algunos romances y coplejas de mala muerte y que no valían la pena de mentarlos.

Contó aparte el más viejo pastor al caballero, mientras los otros con su escudero se entretenían, que el Poetilla andaba muy enamorado y que la fuerza del enamoramiento le hacía sacar los mejores versos alusivos á su dama, que era una muy hermosa dueña suya, que no había más que ver; é intrigado D. Quijote quiso oir al pastorcillo improvisar algunas de esas coplas: porque, en viendo como las componía de repente, podría medir mejor la fuerza y espontaneidad de su musa: que en eso se conocen los poetas de nativitate.

El pastorcillo no pudo negarse ya, y cogiendo el guitarro y templándolo, improvisó con mucho calor las coplas siguientes, todas relacionadas con sus amores.

Bien venido caballero
con su espada y su lanzón;
¡ay si enderezar pudiera
entuertos del corazón!

— —

Mire usía si es hermosa,
la dama de mis antojos,
que los santos en la Iglesia,
por verla vuelven los ojos.

— —

Amar y no ser amado
dicen que es tiempo perdido;
voy á perder por su causa
todo el tiempo que he vivido.

— —

Que la olvide me aconsejan
y yo les digo que bueno;
que me den para olvidarla
una copa de veneno.

— —

Ya sabe la dueña mía
que sólo morir me espera:
si me quiere, de alegría,
si no me quiere, de pena.

Agradaron mucho á D. Quijote las coplas, y

se levantó á dar un abrazo al mancebo, y declaró que verdaderamente éste tenía rica vena poética y era lástima la consumiese allí en aquellos campos, guardando ovejas.

Señor caballero, mucho le agradezco su opinión, dijo aquél, y sólo querría haber salido de esta condición humilde en que me veo, por fijar la atención y atraer el ánimo de mi Dulcinea.

¿Dulcinea dices? exclamó D. Quijote alarmado. ¿A ella te atreves, bellaco y mal nacido, sin reparar en su alta alcurnia? ¿Á una Princesa de sangre real osas, disputándola á su fiel caballero, que há más de trescientos años le rinde su albedrío? Si no fueras bellaco y ruin y sí un Reinaldos, Rugiero ó Rodomonto, ahora mismo serías conmigo en singular batalla allá fuera, á campo raso, y quedarías tendido y sin vida.

Esto dijo á grandes voces, poniendo mano á la espada, y dejando atónitos á los pastores y al injuriado Poetilla, que se quedó hecho una pieza.

Señor, rompió á decir éste, pasado el primer aturdimiento; ni soy bellaco, ni ruin, ni sé quien será ese fiel caballero de mi Dulcinea, y si es ó no amigo de Usía, pues tanto le defiende; pero crea que, no á Usía que nada le va directamente en ello, sino á él, si le tropezara, le había de ahogar entre mis brazos, aunque fuese más esforzado que D. Quijote de la Mancha.

¡Mientes tú, repuso éste: Dulcinea es mi dama, y quien ponga en ella los ojos, al filo de mi espada caerá en dos mitades partido, aunque sea más temible y valiente que Angriote!

Interpusiéronse de nuevo los otros pastores y el escudero, porque ya D. Quijote iba á pasar á vías de hecho, y el Poetilla había cogido una cayada para defenderse; y hablando y vociferando mucho sobre el caso, vínose en conocimiento de que todo nacía de un error, y era que el mancebo llamaba su Dulcinea á aquella señora rica y hermosa de que estaba prendado, que era de Villacañas, mientras D. Quijote creía que á la suya del Toboso se refería.

¿Pues cuántas Dulcineas hay? preguntó al fin sosegado el de la Triste figura.

Tantas Señor, dijo el Poetilla, como mujeres amadas en el mundo. Tal fama adquirió la Dulcinea de ese D. Quijote, que cada amador llama Dulcinea á la suya, y no es que se llame precisamente así, sino por sobrenombre, que quiere decir dama de nuestros pensamientos; lo cual, oido por D. Quijote, se descubrió á los pastores y dijo que D. Quijote era él y la Dulcinea verdadera su dama, de lo que quedaron asombrados.

Ahora, añadió, puesto que tan sin razón te ofendí, aunque no con voluntad, sino por trueque y sinonimia de las palabras, dígote que á fé de quien soy he de hacer que te rinda el corazón de esa otra Dulcinea de Villacañas, en que pusiste los ojos, y ello no ha de ser por arte mágica, sino variándote la humilde condición de pastor en la noble y alta de caballero andante, con lo que, al verte ella tan elevado, se le trocará en inclinación el desvío. Tráete armas y caballo y vela aquéllas, como yo hice, y te daré el espaldarazo y quedarás tan caballero como aquellos Orlandos, Rinaldos y Bernardos, que lo fueron valerosísimos.

Los pastores que ya habían sospechado que el hombre aquel tenía trastornado el seso, indugeron al Poetilla á que se dejara llevar de sus extravagancias, para ver en qué paraban ellas, y éste que había leído también el Quijote y creyó al hidalgo un loco posesionado de aquel título, contestóle que sí quería ser cruzado caballero y recibir aquella orden de la caballería, para rendir la voluntad de su Señora.

No había armas á mano; pero el mancebo dijo que sería igual aquella cayada, poniéndosela como espada al cinto, y por lanza una gran caña que allí encontró, y por yelmo el perol en que habían guisado y aderezado la cena, y de esta suerte púsose á pasear y velar sus armas, hasta que D. Quijote creyó que bastaba y le hizo arrodillarse y le dió una pescozada y un golpe fuerte en las costillas, con la espada desnuda, que le escoció bastante, pronunciando antes las fórmulas y oraciones de la orden de caballería.

Esto hecho, exclamó con voz alta y conmo-

vida: ¡Oh Poetilla! acabo de hacerte la merced que el Rey Perión al gran Amadís, y como aquél á éste te digo que en ti sea empleada tan bien y tan crecida en honra como en aquel caballero, y quisiera que aquí estuviese Urganda la Desconocida para que pudiera repetir aquellas palabras: «Este hará estremecer á los fuertes; éste hará tales cosas que ninguno cuidará que pudiesen ser comenzadas ni acabadas por cuerpo de hombre; este hará los soberbios ser de buen talante; habrá crudeza de corazón contra aquellos que se lo merecieren; mantendrá amor y amará en tal lugar, cual conviene á su alta proeza.»

Los pastores que esto oían, quedábanse maravillados de la falta de juicio de aquel personaje, y el escudero lo presenciaba todo amostazado, porque, con ello, unas veces se le venía y otras se le iba su Imperio como ensueño. Así pasaron la corta velada, hasta ser la hora de dormir, y cada cual se acurrucó donde pudo, á esperar el naciente día: unos para sacar las ovejas al llano, y otros para proseguir su camino de andancias disparatadas. Sólo el Poetilla no durmió, pensando tristemente, por qué no había de salir de veras aquella burla, y echando de menos un poco de caballería en el mundo.

La del alba era cuando comenzaron todos á levantarse, y el jaco que no había tenido pienso, á relinchar tristemente; mas la mula, harto sufrida, callaba con la cabeza baja, que parecía meditabunda. Todos dispusiéronse á partir: D. Quijote en Babieca; en su hacanea Panza, y con sus cabras y borregos los pastores, incluso el zagal aquel armado caballero de mentirigillas. Y viendo D. Quijote salir las manadas de ovejas del aprisco, no pudo menos de decir á su acompañante:

¿Ves Panza y qué disparatadas cosas inventaba Cide Hamete, colgándome el milagro? ¿Podía yo pensar, estando en mi cabal juicio como estoy, que esos fueran ejércitos; que aquel carnero cornamentado, por ejemplo, fuese Pentapolín el del arremangado brazo, y aquel otro Alifanfarón de la Trapobana? ¿Cómo iba yo á confundir sus armaduras lucientes y bien templadas con esas zaleas de lanas que llevan, ni

sus esforzados cuerpos con esos mansos y débiles, ni sus altas voces de mando con esos cobardes balidos? ¿Y dónde iba á ver, con todas sus señales, el escudo del valeroso Laurcaldo, las tres coronas de plata de Micocolembo, la puerta del templo de los Filisteos que llevaba Brandabarbarán, y aquella esparraguera de Espatafilardo? Convengamos en que lo que yo vi y alanceé no eran tales carneros, sino ejércitos de esforzados campeones, y que el Sr. de Hamete Benengeli, y mejor aquel manco de Lepanto que siempre le pone por pantalla, debieron ser grandísimos socarrones.

Panza por un lado daba fé á las palabras de su amo; pero por otro la perdía, acordándose de las aventuras espantables de las bicicletas, del túnel y el tren, y de los palos del telégrafo.

Cuando entre los pastores vió D. Quijote salir al Poetilla para apacentar aquellos ganados, atajóle y díjole:

¿En qué quedamos seor poeta? ¿héle yo armado caballero para que prosiga en su humilde oficio de pastor, ó para que, ciñéndose su armadura y embrazando su lanza y montando en algún hipogrifo, comience la era de sus fazañas? Porque para lo primero eran inútiles el velar sus armas simbólicas, con aquel yelmo sobre la cabeza; y en lo segundo, huelga esa pellica y zurrón y esa cayada y ese ir detrás de estos mansos cuadrúpedos.

¿Olvida Usía, respondió el muchacho, que también los caballeros andantes han solido andar de pastores, bien por disfraz, que en ocasiones les conviniera; bien por hacer descanso en sus fatigas y paréntesis en sus aventuras: y que Usía mismo se decidió á serlo, bajo el nombre de el pastor Quijótiz, para renovar é imitar la pastoral Arcadia? Así yo puedo seguir siendo pastor, no para descansar de empresas que aun no acometí, sino para prepararme á ellas y buscar ocasión en que gane con el esfuerzo de mi brazo las armaduras con que he de cubrirme, como Usía ganó el yelmo de Mambrino á aquel barbero, que sin saber que era tal lo llevaba de bacía.

Caballero era y no barbero el que lo llevaba,

replicó D. Quijote vivamente, y bien que le relumbraba en la cabeza; y la culpa de estas burlas y sarcasmos la tiene aquel moro que se encargó de escribir mi crónica, que no parece sino que adrede lo buscaron para que todo lo trocase en daño mío. Bien que hagas de pastor, mientras ganas á algún caballero, como Grifón á Martán, armadura, lanza y espada; que aquellas que velaste, de veras te digo que pocas victorias te darán: ya que son de caña y palo, sin punta ni filo. Ve tú si puedes proporcionarte otro yelmo, si no igual, semejante al que yo gané, y Dios no te dé otro moro á quien se le antoje decir que, no yelmo, sino olla ó perol era, por ejemplo.

Quedó el pastorcillo conforme en ganar otro yelmo, y ofrecióle á D. Quijote mandarle un parte telegráfico de ello, luego que aconteciera, desde el imperio de la Trapobana, para que al minuto lo supiese, aunque se hallase en los antípodas; y como D. Quijote respondiese que eso sí que era burla, porque no en un minuto, ni en un año entero podría saberse la noticia de tan apartadas regiones, corroboró el pastorcillo lo que Panza dijera del telégrafo, y quedó el caballero doblemente confuso.

¿De suerte, exclamó, que es cierto que esos gigantes delgados, que he visto por el camino trasponer por los llanos y colinas, llevan á cuestas los fardos de las epístolas y noticias de todas partes, corriendo tan apresuradamente que en un minuto ya se saben de polo á polo? No lo creyera, habiéndoles visto tan inmóviles y sin ánimos de correr. Y como el pastor insistiese en que las noticias volaban invisibles, no á cuestas de ellos, sino por los alambres que sustentaban, creyó D. Quijote que tal vez éstos se hallasen huecos, y que un soplo sutilísimo las llevaba por dentro de los mismos. Pero no dudó que serían gigantes verdaderos los que tanto peso de alambre sustentaban por todo el mundo, y diabólicos encantadores los que hacían á cada extremo de los hilos el oficio de soplones.

Pusiéronse en marcha las manadas de ovejas con sus mastines y los pastores tras ellos,

dejando cerradas las chozas, y D. Quijote y Panza se despidieron con muy corteses maneras, diciendo aquél al flamante caballero de la cayada y del perol, que esperaba su aviso del Imperio de Trapobana al imperio de Andorra, donde le recibiría sin más que estas señas: «A Don Quijote de la Mancha, Caballero de la Triste figura, Conquistador de Andorra, en la capital de su imperio»; diciendo el pastor que abreviaría algo de ésto, porque cada palabra costaría de trasmitir por lo menos un real de vellón.



CAPITULO VI

De la peligrosa aventura que sobrevino á D. Quijote con cuatro caballeros andantes.

Iban campo adelante, departiendo D. Quijote y Panza una buena pieza, desde la despedida de los pastores, que fué al despertar el sòl, hasta que éste bien asomado por las orientales ventanas teníalas de par en par abiertas á sus rayos sobre la campiña; contento el caballero de ir difundiendo, como Fébo su luz, la orden de caballería y sus beneficios por el mundo; alegre Panza de avanzar hacia el suspirado reino de Andorra, para llegar al cual faltaba menos que cuando salieron.

¿Observas, Panza amigo, decía D. Quijote, qué hermoso oficio y aun saludable es este que yo ejercito y en que tú me sigues como satélite? Andamos todo el día desfaciendo agravios, enderezando entuertos, acorriendo viudas, limpiando la tierra de gigantes y malandrines; reparamos las fuerzas con frugales alimentos bajo los árboles y peñascos; bebemos agua sacada de las límpidas corrientes; departimos con pastores, como si de tiempo en tiempo pasáramos por la felicísima Arcadia; dormimos bien y de un tirón la noche toda, y salimos al alba de nuevo, alborozados, recibiendo aire puro nuestros pulmones, clara luz nuestros ojos, cantos de alondras nuestros oidos, perfumes de tomillo y mejorana nuestro olfato, salud nuestro cuerpo y fortaleza nuestro espíritu.

Todo será como Usía lo quiere, replicaba Panza; pero salvo lo de los alimentos frugales, que ya tanto lo son que mi estómago va algo disminuido de volumen, y salvo también lo de la luz, que en todas partes se recibe por los ojos,

y lo del olor á tomillo y el trato con los pastores, que ninguna utilidad reportan, yo sólo veo que dormimos en dura cama; que molemos nuestros huesos, andando sin saber á dónde; que no acorrió Usía aún á viuda ni doncella menesterosa, ni enderezó entuerto alguno, y que sólo limpió la tierra de tres palos de telégrafo que derribó, creyéndolos gigantes, y que tarde ó temprano nos han de dar alguna pesadumbre.

Necio eres y bellaco, como tu progenitor, exclamó D. Quijote; pues no ves ni sientes las venturas de esta vida de los andantes caballeros. La frugalidad en el comer, es, no sólo virtud sino regocijo; que en estando el estómago muy repleto, el vicio de la gula trae los males del cuerpo y el peor estado del ánimo. Tripas llevan á pies, como dijiste, pero han de llevarlos ligeros y no sobrecargados con el bagaje de un estómago inflado. Cuando éste se halla libre, ó medio vacío, vése la prontitud en el andar, la viveza en el idear, la soltura en el discurrir. Tocante á la dureza del lecho, has de saber que alarga la vida; y si es el olor de las campestres flores y de las silvestres matas, perdido habrás el sentido correspondiente, cuando no te embriaga y embelesa. Nada te digo de mis empresas, porque el libro de aquel Cervantes Saavedra, que has leído, con todas sus burlas y socarronerías, ya dió de ellas alta noticia; y sobre los gigantes que tú dices palos de no sé qué, ignoro qué pesadumbre habrían de darnos, estando como viste tendidos y difuntos, á pesar de sus sortilegios.

Quiera Dios, respondió Panza, no resuciten armados de tricornios.

¿Es que pueden levantarse cornudos después de caídos?, preguntó asombrado el caballero. Explícame esto, que es más enigmático que las metamórfosis que cantó Ovidio. Yo recuerdo haber leído algo del caballero del Unicornio; pero de los del Tricornio nó.

Dígole Señor, añadió aquél, que los tales gigantes pueden resucitar algo disminuidos de altura, más ensanchados de espaldas, vestidos de calzón de paño abotonado á media pierna, ó de botas de montar con relucientes espuelas, con

ceñida levita de plateados botones, adornados de correages amarillos, á pie ó á caballo, armados de sable y mäuser, con unos sombreros que se llaman tricornios en la cabeza, y entonces no habrá más que esconderse de su vista.

No ya de ese talante, replicó el animoso hidalgo, aunque resucitaran vestidos de armaduras invulnerables como Aquiles, no resistirían á mi empuje, como no lo hubieron de contener cuando les arremetí. Ya lo viste por tus propios ojos cual cayeron como cedros del Líbano al golpe de la segur.

Por eso pueden resucitar más pronto de aquella guisa, exclamó el escudero; y mire Usía por allá delante de nosotros, que parece que en nombrando al ruín de Roma presto asoma.

Veo, en efecto, respondió D. Quijote fijándose, que allá en sendos caballos, tordos dos de ellos y castaños los otros dos, van á paso muellemente cuatro de los que dices, con el correaje amarillo, y en la cabeza sombreros de tres picos, puestos de lado.

Son los tricornios, Señor mío, y le pido por nuestra salvación que refrenemos el paso para no alcanzarles, dijo Panza. Tanto más, cuanto que llevan un preso por lo que veo, y en Dios y en mi ánima sentiría se le ocurriese á Usía querer darle libertad, como á Ginesillo de Pasamonte: porque estos tales van mejor armados que aquellos otros guardias con que antaño topó, y tienen peores pulgas, y pueden dejarnos atravesados de un balazo desde media legua de distancia.

¡Cómo te hace el miedo aumentar los peligros! le respondió aquél. Si esos son los gigantes resucitados, dígote que he de derribar á los cuatro de un solo golpe de mi lanza, y no les han de valer esos arcabuces ó mosquetes que usan, que no es posible que, no ya á media legua, ni aun á cien pasos hagan daño alguno. Conozco bien esas armas, inventadas por cobardes follones para contrarrestar la espada y la lanza de los caballeros, y sé que no llegan á más de treinta pasos sus balas, que dan una en el clavo y ciento en la herradura, y que el

miedo de los que las usan las inutiliza para el caso.

¿Qué ha de conocer Usía? replicó Panza consternado. Esos no son mosquetes, sino máuseres; un arma nueva salida de los mosquetes antiguos, pero perfeccionada de modo que hace blanco á la media legua, y dispara cincuenta tiros por minuto. Ahora, dígame Usía cuántos agujeros nos harían en el pellejo esos cuatro, antes de que pudiera Usía acercárseles.

¡Cobarde eres en demasía y visiones ves y abultamientos increibles haces de las cosas! Cincuenta tiros por minuto, no teniendo tiempo siquiera en el primer minuto de meterles la pólvora, ni de hacer las demás trabajosas operaciones para que den fuego. Eso será como lo de darse en un minuto noticias desde los antípodas.

Pues así es, yo se lo juro, insistió Panza; y sobre todo le ruego que no liberte á ese Ginesillo que llevan á pie, y maniatado, y que, si no vá á Galeras como el otro, irá á alguna cárcel ó Audiencia á purgar sus culpas, ó responder de sus delitos.

No le desataré, si vá por criminal, dijo Don Quijote; que otro de los desaguisados cometidos conmigo por Cide Hamete fué suponerme tan falto de seso, que yo libertase al de Pasamonte porque no iba á Galeras por su voluntad, sino forzado. Por mucha que sea la liberalidad de la orden de caballería que profeso, no llega ni ha llegado jamás á protejer á los delincuentes, dejándoles vagar á placer para realizar sus desafueros: sólo se dirige contra la justicia misma, cuando ésta yerra, para que quede de sus manos salvo el inocente; y porque Ginesillo me lo pareció, le hice libre. Así te digo que, si ese que va ahí es culpable, atado seguirá, aunque lo lleven esos de los tricornios, que más parecen ahora que gigantes, andantes caballeros á usanza nueva; empero, si inocente fuera, libre será, aunque lo contrario pidas: porque ese es el natural ejercicio de mi profesión, que como expliqué á aquel viejo pastor de la plática, consiste en enderezar entuertos, aunque los haga la misma justicia ó sus ministros. Con que así, apresuremos el paso, en vez de retar-

darlo, para escudriñar la razón ó la sin razón de ir ese amarrado como malhechor, y cumplamos nuestro deber, sin ningún encogimiento.

Vanamente porfió, suplicó y aun lloró Panza, temeroso del choque de su amo con aquellos cuatro que él decía caballeros andantes de nueva usanza, y que no eran sino dos parejas de guardias civiles de á caballo. D. Quijote puso á galope el suyo hacia la comitiva, y Panza tuvo que espolear á su mula para emparejarse con él y ver si podía terciar é impedir el temido lance.

Los guardias, que oyeron galopar á sus espaldas, volvieron la cabeza, y luego dos de ellos, que eran el cabo y otro, las grupas de sus caballos, para ver á los que se aproximaban, y amartillando las carabinas dieron el alto y quién vive á los recién llegados.

D. Quijote y Panza detuviéronse y el primero con gran cortesanía dijo que no se alarmasen los cuatro caballeros, que él era uno de tantos, y que sólo trataba de saber por cuál motivo llevaban cautivo á aquel que á pie iba, amarrado de los brazos hacia atrás con fuerte cordelaje.

Entonces el cabo preguntó al requirente quién era él, á su vez, para someterles á aquel interrogatorio; no sin mirarle de pies á cabeza y remirarle mucho, como á persona sospechosa.

Imposible parece, contestó D. Quijote, no conozcan vuesas mercedes al renombrado D. Quijote de la Mancha, nata y flor de los andantes caballeros; y si es que por mi largo encantamiento ha mudado algo mi físico, sabed que yo soy ese D. Quijote, que ha vuelto al mundo á remediar muchos desafueros; y no digo más, porque habiendo dado ya clara noticia de mí, espero categórica respuesta á mi pregunta.

La extraña figura del caballero, su inútil y vieja armadura, y más que todo sus palabras, hicieron comprender al cabo que se trataba de algún loco de aquellos lugares, que habría dado en la singular manía de creerse D. Quijote y de imitar en todo y por todo al héroe cervantesco, del que no hay español que no sepa las hazañas y molimientos; así que, en vez de contestarle de otra manera, quiso llevarle la

corriente y ver á dónde alcanzaba su locura.

Ya tenía yo noticia de ese caballero, dijo el cabo; pero para mí que era muerto hace más de doscientos años, por cierto resfriado que le entró, que llaman moquillo.

No es muerto, voto á tal, gritó D. Quijote; ni menos de ese moquillo que suponeis. Vive y subsiste y vivirá cuanto sea menester para limpiar la tierra de malvados, y ayudar al imperio de la justicia.

El cabo respondió que se alegraba de ello: porque así les ayudaría á ellos, si fuera necesario, en su obligación de perseguir malhechores como aquel que llevaban atado para entregarlo en la cárcel pública de Villacañas, que había cometido el delito de derribar tres palos del telégrafo, interrumpiendo las noticias y partes que tenían que circular por todo el mundo; al cual dañador habían cogido infraganti, suspendiendo uno de los referidos postes: todo lo cual, oido por Panza, se le mudó el color de la cara, y le entró sudor frío; y escuchado por D. Quijote le hizo prorrumpir de esta manera:

Ya me figuraba yo que este hombre iba inocente y que sería preciso en este trance mi intervención y ayuda, para enderezar el entuerto, desfaciendo el agravio que sufre. Daos prisa á soltarle y libre sea; que yo os digo que no es culpable de delito ninguno.

Sea ó no sea, replicó el cabo, eso es cosa que lo verán primero el Juez y luego la Audiencia ó el Jurado, según corresponda. Nosotros le hemos encontrado con las manos en la masa, y á que responda de ello le llevamos; y no sabemos por dónde sabe el Sr. D. Quijote que este hombre sea positivamente inocente.

Panza, que comprendió la agudeza de la objeción y su tendencia de hacer mayores averiguaciones del caso, acercóse á su Señor y al oido le suplicó, por toda la Corte Celestial, que se callara; que si no soltarían al preso y los amarrarían y llevarían á ellos al mismo lugar; pero D. Quijote, mirando á su escudero con desdén y aun con ira, le llamó bellaco y mal nacido, y dirigiéndose al guardia le dijo que él estaba cierto de la inocencia del preso; tan

cierto como que esos tres palos de telégrafo, que no eran tales sino gigantes adelgazados, los había derribado él mismo por el esfuerzo de su brazo, primero embistiéndoles á caballo lanza en ristre; luego acometiéndoles pie á tierra y espada en mano á tajos, y por fin, al ver que se mantenían invulnerables, imitando á Hércules, cuando para ahogar á Anteón lo levantó en peso; ó sea, á brazo partido con uno de ellos, asfixiándole y dejándole sin vida, tendido con los otros dos, que sin duda tenían de él pendiente su sino, y que cayeron con estrépito también para vergüenza de su raza.

Perplejo estuvo el cabo sobre lo que hacer debía, tratándose de un loco manifiesto; pero dudando si sería locura suya engañosa cuanto explicaba ó verdad cumplida. Invocó el preso aquel testimonio, que iba en su ayuda, pues él seguía negando ser autor ni cómplice del hecho, y manifestando que, al contrario, sólo trató de levantar los postes derribados; preguntaron á Panza, que bajo la mirada amenazadora de D. Quijote, no se atrevió á negar; recordó otro de los guardias que, en efecto, el palo derribado, según habían visto y descrito en el atestado, tenía cuchilladas y descortezamientos, y entonces el cabo habló quedo con los otros guardias, y dos de ellos se arrojaron sobre D. Quijote, desarmándole, tal que no pudo resistir ni moverse entre los membrudos brazos de ellos; y le ataron codo con codo, dando á Panza las riendas de Babieca, para que lo llevase, con prevención de que viese lo que hacía; y sin desatar al preso salieron por delante todos.

En vano D. Quijote resistió y vociferó, mientras Panza lloraba y el preso pedía que le libertasen á él. Todos fueron conducidos: el uno por loco, para que no hiciese más locuras; el otro por cuerdo, para que no las ayudase ó tolerara; el tercero por curioso, para que dejase estar otra vez el cuerpo del delito intacto; y los tres juntos, para que el Juez averiguara el grado de culpa de cada uno.

¡Ah, cobardes, follones! clamaba D. Quijote; que sólo por sorpresa me habéis aherrojado y

cautivado: desatad estas cadenas, dándome mi lanza y venid uno á uno ó los cuatro juntos contra mí, que yo os haré entender quién soy, co-



mo Mandricardo á los cuatro que venció... Calláis, infames, malandrines... ya sabía yo que no podíais ser caballeros; que eso que habéis hecho está fuera de las leyes de la caballería... Ah, bellacos, hi de putas... Pero no pudo seguir en sus denuestos: porque el cabo, harto ya, le descargó una bofetada, que por poco si le derriba de Babieca.

Calló D. Quijote, tembló de pavor Panza, se conformó el inocente que á pie iba con marchar adelante para que el Juez le diese por libre, y así siguieron por la carretera polvorosa, mohinos y cariacontecidos; jurando D. Quijote en lo íntimo de su corazón tomar venganza de aquellas afrentas, en cuanto pudiese romper sus ligaduras, si no se presentaba antes su compa-

ñero en la orden de caballería, Orlando, desembarcando en un bajel en aquel sitio de la Mancha, como lo hizo en el puerto de Dordrech, para libertar á Bireno, á quien esperaba Olimpia, como á D. Quijote en el Toboso Dulcinea.

¡Oh, valerosos campeones! murmuraba entre dientes D. Quijote; tú Rolando, ardiente enamorado de Angélica, que tal hazaña acometiste, ó tú Astolfo, el de la trompa mágica, que convertiste las piedras en caballos: haced alguno de estos prodigios, por el que sea libre este cautivo caballero y pueda manejar su espada contra los cuatro follones que lo han traidoramente apresado.

Gracias á que el cabo, que era vizco y poco amigo de requiebros, no oía esos nuevos del caballero, se ahorró éste otros bofetones de cuello vuelto, amen de algún sablazo de plano. Ello es que, sin más accidente siguieron la carretera hacia Villacañas, en cuya cárcel habían de ser entregados los detenidos á disposición del Sr. Juez instructor; y así fué acabada esta aventura por el más valeroso caballero de la tierra, enderezando el entuerto que encontrado había y sobreponiendo en tal manera la justicia singular de su esforzado brazo, á la justicia general que mandaban hacer las leyes y los juzgadores en el mundo.



CAPITULO VII

Que trata de la entrada de D. Quijote en Villacañas y de su cautiverio en la cárcel de aquel partido, con otros memorables sucesos que ocurrieron.

Yendo, después de larga jornada, por el camino, vieron, en cabo de una pieza, unas grandes humaredas y sintieron un olor fuerte y desagradable, que el viento les traía.

Iban delante D. Quijote y Panza en sus caballerías, sosteniendo el equilibrio el primero, sin llevar las riendas, por tener los brazos atados por detrás según dijimos, y al lado el otro, que llevaba las de Babieca y las de su mula. Luego iba el preso á pie, sudoroso y lleno de polvo, y detrás los cuatro guardias de á caballo, á paso reposado y gentil de sus piafadores corceles.

¿Sabes Panza, dijo D. Quijote, sin alzar la voz mucho por lo dolorido que sentíase, que me llega de esas lejanas humaredas cierto olor acre, y pienso que tal vez estos que nos cautivaron nos llevarán á asar vivos en algún volcán que por allá habrá, ó en algún resquicio de esa sierra, por donde salga el fuego del Infierno. Pero no tengas cuidado tú, que estoy cierto nos pasará lo que á Ricardet, hermano de Bradamanta, que estando para ser quemado vivo en la plaza de la ciudad dominada por Marsilio, encendida ya la hoguera y él aguardando su suplicio, apareció Rugiero, y creyendo que era Bradamanta misma, á quien amaba y con quien tenía gran parecido la víctima, por su hermosura y juventud, desenvaina la espada, lanza su corcel al centro de la multitud, hiere, corta, atraviesa, hace tajadas á aquella ralea

de sarracenos, de cada golpe que dá caen divididos cuatro ó cinco, y tras de gran carnecería y matanza, desata al cautivo y le da una coraza, un broquel y una espada, que sin duda llevaba á prevención, dando el libertado al par de él pruebas de su valentía, y venciendo y aterrando los dos á la ciudad entera. Eso ha de acontecernos, y ya verás qué fiero é indomable caudillo es ese Rugiero, que ha de llegar en el punto mismo en que nos pongan en el asador á la llama, y como, libre yo, emulo y aventajo sus proezas.

Déjese Usía de Rugieros, contestó Panza, que si no tuviésemos más ayuda que esa cuando nos estuvieran tostando como á San Lorenzo, quedaríamos hechos carbón prontamente. A más de que aquí el Sr. de Rugiero no puede confundir á Usía ni á mí con la hermosa Bradamanta, que fué el motivo de que libertase de los sarracenos á su hermano, y no la piedad propia, según acaba de explicar. La fortuna para nosotros es que aquellas humaredas que dan tan acre olor, no son de volcanes ni de resquicios del Infierno, ni de parrillas en que hayan de asarnos; sino de unas chimeneas de algún alambique, ó de algunas fábricas que por aquí habrá. Donde tal vez nos desuellen vivos será dentro de Villacañas, á cuya cárcel vamos, y á donde toparemos con la Curia, Señor mío; y Usía se tiene la culpa, primero por combatir gigantes que no se habían metido con Usía ni movido de su sitio, y después por enderezar entuertos, á costa de su pellejo.

En aquel punto llegaron á la villa, y atravesando sus calles, agolpábase la gente á verles, fijándose sobre todo en D. Quijote, que parecía persona del otro mundo, tan enjuto y avinagrado de rostro y vestido de aquellos anticuados arreos, sobre aquel jaco tísico y peloso; no dejando de reparar en Panza y en el escudo y lanzón que llevaba atravesados sobre el lomo de aquel vejestorio de mula que montaba; haciendo cada cual su comentario sobre aquel extraño apresamiento.

Pusieron á D. Quijote y Panza en un mismo calabozo de la cárcel, que tenía una alta ven-

tana con fuerte reja de hierro y la puerta asegurada con buenos barrotes, y en aquel cautiverio y prisión, á cada ruido que oía, esperaba el caballero ver aparecer á Rolando rompiendo las puertas y libertándole, creyéndose otro Bireno; tal se le habían metido en los sesos, desde antiguo, los libros de caballerías.

Viendo que no llegaba en el mismo momento el héroe de Ariosto, y pensando cuál pudiera ser la causa de sus desdichas, hallóla muy natural y bastante en haber faltado á su dama: que ese es otro motivo por el que reciben castigo de la fortuna los caballeros andantes.

Ahí tienes, Panza amigo, como una leve falta puede ser ocasión de graves males, exclamó. Todo esto nos acontece, por haber hecho esta salida y acometido en ella empresas, sin haber antes solicitado el permiso de Dulcinea y sin que ella me haya entregado ningún talismán: porque, si como te dije, me hubiera dado algún anillo como el que poseía Agramante, que le fué hurtado á una reina de la India, lo hubiese yo metido en la boca antes de ser maniatado, y me habría hecho incoloro é invisible, como porción de aire sutilísimo, y aquellos cuatro malandrines que me acometieron habrían quedado burlados y desorientados, sin saber donde buscarme, y cuando hubiesen ido lejos habría yo echado fuera de la boca el anillo y seguido mis hazañas y aventuras, como si tal cosa.

Eso es, exclamó Panza, y á mí que me partiera un rayo: porque, no teniendo yo otro anillo igual, habría quedado prisionero y me consumiría ahora en este calabozo á solas, sin el gusto de platicar con Usía.

Nó, voto á tal, respondió D. Quijote: porque aunque no he leído en parte alguna que los escuderos se hicieran invisibles con sus amos y señores, cuando éstos, tu prisión hubiera sido temporal y efímera; que, en estando libre, yo mismo estaría libertándote en este instante y rompiendo esa dura puerta, y poniendo fuego á la ciudad toda, en mi venganza. A lo que Panza le replicó que para él antes de salir de la cárcel les había de sudar el hopo; pero que si tal era su poder, ahora no estaban maniatados,

y que probase á realizar ese rompimiento y liberación dentro del calabozo, que lo mismo era que desde fuera; pero D. Quijote no pudo, porque en esto llegó el Juez con el Escribano y alguacil á tomarles declaración, lo que se hizo en sigilo y á puerta cerrada también; no sabiéndose lo que dirían los presos, sino que se oyeron grandes voces que atronaron la cárcel toda, y por las que la guardia de ella púsose sobre las armas.

Era el Juez de Villacañas cierto regocijado andaluz, que sin oposición, y por la puerta falsa del favor, administraba justicia, cuando no requebraba doncellas. Andaba prendado de una viuda rica, joven, noble y hermosa, que vivía con su madre recogida, y que era nacida en aquel solar manchego. Visitábala el Juez de cuando en cuando, solicitándola en matrimonio, y ella manteníase desdeñosa, aun envuelta en el aroma de su primer amor muerto.

Por congraciarse el Juez con ella, contóle aquel día el extraño suceso de la prisión del caballero. Tenía, según él, en la cárcel, á un demente con la más donosa y extravagante locura: la de creerse D. Quijote de la Mancha, é ir por el mundo renovando y sobrepujando las hazañas del Ingenioso Hidalgo; y no era eso lo más raro, sino que se le parecía en la figura, y llevaba engañado á cierto simplón, que hacía de escudero; y así, según había podido averiguar de las declaraciones tomadas, salió á cortar el paso de unos ciclistas, creyéndoles avanzadas de un ejército, y quiso arremeter á un tren en marcha, suponiéndole un mónstruo, y había llevado á término la peligrosa aventura de combatir y derribar por tierra á tres delgados gigantes, que eran tres palos del telégrafo: por lo que le apresó la Guardia Civil.

Agradó mucho á la viuda lo gracioso del relato, descorriendo como pocas veces el cortinaje de la seriedad, para dar paso á una sonrisa, y el Juez prometió que si le interesaba, sacaría de la prisión y le llevaría al caballero, para que le viese y hablase, y aun le diría que, por la intercesión de ella era libre, á condición de no salir de allí en los días que ella determinase.

Preguntó la viuda cómo se podría hacer eso, dentro de los rigores de la justicia; pues, si era culpable debía ser juzgado y sentenciado, y si no lo era dejarle libre sin traba; y el Juez le explicó que dentro del arbitrio judicial del sumario cabía todo, y que él lo haría como lo prometió.

Sacaron, pues, á D. Quijote y á Panza de su calabozo, y lleváronles á escondidas en carruaje cerrado, casa de la viuda, á quien el Juez mismo, haciendo muy corteses reverencias, dijo que allí le entregaba aquellos dos cautivos, que quedaban á su talante y albedrío; ya que por ella eran libres y no irían á la horca, donde al cabo de un par de días los hubiera colgado, por su atrevimiento; lo que oido por Panza se le pusieron los pelos de punta, pensando cómo había olido á cáñamo su garganta, sin sospecharlo siquiera.

D. Quijote, que había escuchado sin inmutarse lo de la horca, inclinó la rodilla ante la viuda y le pidió la mano para besarla, á lo que ella accedió, y cumplido este requisito, prorrumpió en este breve discurso:

Gracias os sean dadas, Señora de estos Reinos, por vuestra merced, que templando el rigor de la justicia que hoy hacen, que por quítame allá esas pajas apresa y enforca, deja libre y sin costas á D. Quijote y su escudero. Cuando esperaba yo un Orlando que rompiera mi prisión, hállome que desata mis cadenas una Emperatriz, á la que el sol no aventaja en resplandor, ni la luna en melancolía; y si no fuera por estar cautivo mi corazón luengos años há de mi Señora Dulcinea del Toboso, á cuyo palacio iba á rendirle homenaje, hiciera á vos pleitesía, y tomara por divisa vuestros colores. Pero ved en qué puede serviros este cautivo caballero, que no sea defección ni olvido á su dama, y cumplido será como á vuestra fermosura le viniere en talante, aunque sea menester correr desiertos y montes, mares y selvas, ó bajar á los imperios de Plutón, como Orfeo.

La joven dama, que ya estaba al cabo de las aventuras de D. Quijote y de las maneras

con que había de contestarle, por haber leído y releído su historia, si bien suponía que aquel era otro loco que tomaba por desatino el nombre y catadura del imaginario de Cervantes, respondióle que nada deseaba, sino que le contase él mismo sus hazañas, de que ya tenía noticias vagas, y que quedase allí en aquel palacio unos días, hasta reponerse; para lo que había destinado á él y á su escudero, en el piso bajo, suntuosas habitaciones, y buenos pesebres en la cuadra á sus palafrenes.

D. Quijote consintió, y tomando asiento en aquel camarín, frente á la dama, refirió algunas de sus antiguas proezas, y con más detalles las nuevas desde que se levantó de su ataúd en la bóveda de los Quijanas, acabado el sortilegio y encantamiento que le retuvo allá trescientos y más años.

Escucharon regocijadas las dos señoras el relato del caballero, y siendo la hora de la comida, lleváronle á la mesa y le pusieron al lado de la que él creía Emperatriz, y le regalaron, y á Panza en las cocinas le prepararon mesa aparte, con cuanto quiso y apeteció, que fué mucho.

Acabada la luz diurna, encendiéronse las lámparas eléctricas en toda la casa, y D. Quijote sorprendióse mucho de ver salir de la obscuridad, sin mecha aplicada ni pajuela, tantas bombas de fino cristal, de todos colores, que derramaban una luz que ni la del día; con lo que se le arraigó la sospecha de que aquella no era Emperatriz de carne y hueso, sino algún hada que hacía esos y otros mil prodigios para agasajarle.

Acercó por curiosidad el caballero la mano á una de aquellas lamparillas del comedor, y vió que ni daban llama ni quemaban, y más aún, que la luz estaba prisionera dentro de una delgadísima cárcel de vidrio, sin poder salir el humo por parte alguna, ni siquiera haberlo; lo que le maravilló y suspendió en gran manera.

Luego fué servido el thé que se hizo sin llama también, en un recipiente, con solo aplicarle un hilo eléctrico que cerca de la mesa había, y ya no tuvo duda de las brujerías de aquella hechicera, que de todas partes sacaba chispas y cen-

tellas y resplandores, para iluminarse y servirse.

Todavía en el comedor recibió otra sorpresa y demostración del encantamiento de aquel palacio, y fué que, de repente, dentro de los aparadores, se iluminaron con vivísima luz las porcelanas, las copas y las vajillas, como si dentro tuvieran luminarias, y realmente las tenían, y D. Quijote las vió arder, sin que se quemaran las maderas.

En fin, al pasar al gran salón, quedó estupefacto del todo: porque, no solamente estaba iluminado de un modo igual, sino que se puso el hada aquella á tocar una música divina, en un mueble que llamaba piano, hiriendo con sus nacarinas manos las teclas de marfil, y luego retirándose ella poco á poco, dejó las teclas solas, y estas se bajaban y subían como tocadas por invisibles dedos, y dejaban oir con la misma fuerza y sonoridad la música aquella, sin que hubiese dentro ni fuera persona alguna que moviese aquellos resortes.

Pero, aunque vió y notó todo eso el caballero, no quiso manifestar su asombro; porque sabía que era mejor regla el *nihil admirari*, y que no pocos contratiempos habían sucedido á los caballeros andantes, por hacer indiscretas preguntas.

Retirado D. Quijote á sus habitaciones con Panza, no pudo menos de recordarle y echarle en cara sus vaticinios.

¿No te decía yo, Panza amigo, exclamó, que seríamos sacados de la prisión incontinenti? Pues míralo; y si no fué por la ayuda de otro caballero, ha sido por las artes mágicas de esta Emperatriz. No me negarás ahora nuestra libertad, que la gozas, ni los sortilegios de esa hada, pues los has visto. ¿Notaste como hacía volver la noche día, con sólo tocar un botón de aviso á sus servidores del Tártaro? ¿Viste encenderse aquellas estrellas fijas á su voluntad? ¿Reparaste que ni siquiera fuego físico son, pues que no queman ni dan humo? ¿Vístelas encerradas en claras ampollas de sutilísimo vidrio, sin hacerlas saltar ni romperlas? ¿Observaste el enroscamiento que dentro de ellas hacen

aquellos diablillos de luz? ¿y viste luego como entraban por todas partes, hasta en las copas y en las vajillas y dentro de los aparadores, sin saberse cómo? El thé que se hizo ¿no le viste llegar en un abrir y cerrar de ojos de la China, y hervir sin fuego y salir dorado á las tazas? ¿Y aquella música no sabes qué era á la vez angelical y diabólica; pues arrobaba, y brotaba sola por arte de encantamiento?

Panza no contestaba, porque tenía ganas de dormir, y D. Quijote viéndole dar cabezadas, le mandó á su aposento, quedando en vela en el suyo.

Allí empezó á cavilar cuál de las hadas cuyas historias él había leído podía ser aquella dama, hasta que por fin, dándose una gran palmada en la frente, cayó en la cuenta de que no podía ser sino Alcina. Verdad que él no había pasado río ni puente defendidos por la Giganta Erifila; pero quizás echaría por otro lado, evitándola sin saberlo. Lo que no tenía duda era que aquel palacio pertenecía á Alcina misma, y ella era el hada aquella que tan maravillosamente describe Ariosto, con los cabellos de rizos de oro, las rosas en las mejillas y los ojos negros; aquella la opípara mesa del banquete para el caballero recién llegado; aquellos los hachones de cera perfumada, convertidos en invisibles portaluces; aquel el aposento destinado al huesped; aquel en que se tendía el lecho de sábanas tejidas por Aracne, donde en el silencio de la noche iría á buscarle el hada, sin más velo que una gasa diáfana de extremada blancura.

Nó, meditó D. Quijote; no debo dormir, para evitar que ese hada me sorprenda como á Rugiero. Y puesto el pensamiento en Dulcinea pasó la noche en vela, echando bien el pestillo de la puerta, por temor de que la flaqueza de su corazón se rindiera á aquella hermosura encantadora, como el otro esforzado caballero; faltando á su dama la Emperatriz del Toboso, como el otro á Bradamanta, para hallar luego que la tal Alcina era una vieja fea y desdentada, á lo más de seis palmos de estatura, de arrugado rostro, más antigua que Hécube y que la Sibila Cumea,

que por artes mágicas conseguía aparecer hermosa y joven.

El sueño le rindió, sin embargo, y soñó que había sido infiel á Dulcinea, cayendo en las redes de aquel hada, como el Rugiero del Orlando.



CAPITULO VIII

De las otras maravillas de que oyó hablar D. Quijote en el palacio de Alcina, en Villacañas, y de los coloquios que con ella tuvo el valeroso caballero.

¡Qué cosas son los sueños, Panza! dijo Don Quijote al despertar y ver delante de él á su escudero. ¡Y cómo mudan la realidad de las cosas y hacen reales las mentiras! Figúrate que he estado soñando que estaba faltándole á Dulcinea de la más inícua de las maneras, con esa Emperatriz que aquí nos retiene y agasaja.

Lo mismo he soñado yo, dijo Panza, con una de sus doncellas, en que Usía no ha reparado; pero que no le va en zaga á su señora, y si no fuese por el recuerdo de Panza Alegre que se me vino á las mientes y me hizo despertar, á estas horas habría yo caído en adulterio, después de haberla sido fiel toda mi vida.

Pues guarda, Panza, que son podencos, exclamó D. Quijote; quiero decir que ni la hermosura de esa Emperatriz, ni tal vez la de su doncella, deben ser tales, sino cosa de artificio y magia, como la doncellez y juventud de Urganda, que se le apareció á Gandales de lo más diez y ocho años, y era tan vieja y lasa que él se santiguó de verla en su sér natural.

Eso sí que no, replicó el escudero; que yo veía por mis propios ojos á esa doncella, tan joven, limpia y peripuesta, y no había en ella afeite ninguno, sino frescura y lozanía; y en cuanto á esa señora Emperatriz, ya no sé tanto: porque no la pude considerar á mi sabor.

Llamaron en esto á la puerta; D. Quijote se

arrebujó en la cama para resistir cualquier inesperado asalto; Panza abrió y, previo permiso del caballero, apareció una fámula con el desayuno, llevándolo en rico servicio de plata y dejándolo sobre la mesa.

Mira y remira, Panza, cuán mudable es la suerte de los caballeros andantes, dijo el de la Triste figura, mientras se hacía traer la bandeja con la cafetera, el jarro de la leche y el mantequero y comenzaba á echar el café y el azúcar y á moverlos con la cucharilla. Verdaderamente, añadía, sacándolo á pulso, oloroso y humeante, con la rica tostada, que hicieron bien en pintar á la fortuna con una rueda, que ora nos encumbra ora nos abate. Ayer estábamos cautivos y hoy libres; ayer en húmeda pocilga y hoy en este palacio; ayer durmiendo en el duro suelo y hoy en estos colchones de plumas, entre sábanas de holán.

Ayudó Panza á su amo á ponerse sus calzas de veludo y su ropilla de velorí, sus datilados borceguíes y sus encerados zapatos, dejando la armadura arrinconada con la lanza para mejor ocasión, y después de enjabonarse y aderezarse, pues bien lo había menester, salió al patio de aquel castillo, en tanto que Panza en las cocinas tomaba por desayuno, unas magras, medio pollo asado y un enorme tazón de leche relleno de mojicones.

Era el patio de mármol, con fuente de lo mismo, alba como tallada en un bloque de azúcar, y á poco aparecieron la Emperatriz y su madre, que ardían en deseos de escuchar al lunático huésped, y que ya tenían noticia por la servidumbre de que se paseaba vestido de limpio.

Saludáronse con gran ceremonia, arrodillándose de nuevo D. Quijote y besándoles las manos, y allí sentados cabe la fuente reanudaron la conversación de la tarde anterior, diciendo la Emperatriz que ella se holgaba mucho de albergar en su castillo á un tan valiente paladín y preguntándole si acompañó alguna vez en sus temerarias empresas á los siete pares de Francia.

Nó, dijo éste, que si hubiera ido en su comitiva no habrían quedado rotos y deshechos en

aquel desfiladero de Roncesvalles, y más le hubiera valido á Roldán que tajar la roca de su nombre con la espada, al verse vencido, emplear su fortaleza y el temple de su acero en segar cabezas de enemigos; que el coraje se ha de guardar contra estos y no contra cosas inanimadas que nada pueden oponer.

¿Y cómo se hubiera valido el Sr. D. Quijote para salir victorioso de aquel paso? preguntó la madre de la Emperatriz.

¡Ah! Señora, replicó él: muy sencillamente hubiese yo, sin la ayuda de aquel poderoso ejército y hasta sin Roldán ni ninguno de los suyos, forzado aquel paso peligroso: porque con haber separado un poco las montañas de Altabiscar é Ibañeta que formaban la angostura, como Hércules separó el Calpe y el Abila, ya hubiera tenido espacio suficiente para combatir á pie firme contra todos los vascones habidos y por haber.

Disimularon la risa las damas, viendo cuán formalmente lo aseguraba y daba por hecho, y entonces D. Quijote, por averiguar si era Alcina realmente aquella Emperatriz, le preguntó si había visitado ella alguna vez los palacios de Morgana y antes la cueva de los Hados y había conocido á Bernardo del Carpio; á lo que ella contestó que sí, pero que hacía mucho tiempo y no se acordaba de cuanto allí vió, y gustaría de que, si él hacía memoria de esos lugares y personas, le refiriese algo para renovar sus recuerdos; á lo que D. Quijote refirió sobre ello cuanto había leído en el Bernardo del Doctor Balbuena, poema heróico del que sabía de memoria largos trozos de intrincadas octavas reales.

Con ello empezó entre sí á dudar de si aquel hada sería Alcina realmente: porque, de serlo, no había de tener tan flaca memoria, que olvidara cuanto ella había visto por sus mismos ojos y había contado á Morgana del gran viaje á sus palacios y la larga relación aquella hecha del campeón y de su linaje; pues hallándose tan enterada de ello, algo debía conservar en el seso de tan prolijas cosas.

La Emperatriz sacóle de dudas diciéndole que ella era una prima de la Princesa Mico-Micona,

que había conquistado aquel imperio de Villacañas y que tenía mucho conocimiento y amistad con la otra Emperatriz del Toboso, de quien había hablado el caballero; manifestándole éste que al Toboso se encaminaban Panza y él cuando fueron hechos cautivos por aquellos malandrines desaforados de los tricornios, y que allá iba á pedir la venia á su dama, para aquella nueva salida suya y á conseguir cierto talismán, por lo que le rogaba le abreviase el plazo de los ocho días, para poder llegar cuanto antes y obtener de Dulcinea todo aquello, con que ya daría principio con buen pie á sus hazañas.

Díjole la burladora viuda que de grado le dejaría partir antes del plazo; pero que Dulcinea no estaba entonces en el Toboso, sino en guerra contra los Patagones, que eran unos gigantazos muy espantables, que habitaban cerca de la Tierra de Fuego, á los que llevaba derrotados y maltrechos, y que ella en su lugar tenía poderes para hacer y deshacer y dar la venia y el talismán al caballero, como lo dió Mabilia á Gandalín, para su amo, de parte de la Señora Oriana; y contrariado D. Quijote por hallarse tan lejos la dueña de su albedrío, proponiéndose volar á su lado para rematar á los gigantazos aquellos, después que hubiese puesto á Panza en posesión de la corona de Andorra, aceptó recibir de la Emperatriz de Villacañas la venia y el talismán para sus empresas, por los poderes que para ello le tenía dados la Emperatriz del Toboso, alabando la previsión de ésta de haber hecho á su amiga tal apoderamiento y encargo, por si él resultaba alguna vez á solicitar su favor.

Hincó, pues, la rodilla ante la picaresca dama, y le besó la mano por tercera vez, y ésta le entregó un anillo que llevaba en el dedo meñique, de fino y pequeño aro de oro, con una piedra azul, que era una turquesa en él enclavada. Alzóse D. Quijote, puso el anillo en uno de sus dedos enflaquecidos, y dijo: ¡Ay anillo! feliz anduviste en aquella mano, que en el mundo otra que tanto valiese hallar no se podría. Añadiendo que de allí á la noche partiría en derechura al Imperio de Andorra, para conquistarlo y donarlo á la dinastía de los Panzas en cumplimien-

to de su palabra empeñada, y para poder volar enseguida al país de los Patagones, en que hallaría á Dulcinea, como á Marfisa, cubierta de rica y bien templada armadura, saliéndole los bucles de oro por el casco, y manejando diestramente espada y lanza, como el más bravo de los guerreros.

Entonces la viuda le manifestó que, en vez de ir á caballo á tan remotas tierras, lo que le haría perder mucho tiempo, máxime cuando se conocía que su palafrén no era de gran andadura, debía tomar plaza en uno de los departamentos del estómago de aquel dragón que había visto volar con humo en las narices y fuego en los ojos, y al que afortunadamente, por culpa y espanto de Babieca, no había partido en dos mitades con su espada, cuando tuvo con él el temerario encuentro á la salida de aquel antro, según el caballero había referido; y como éste quedase un poco suspenso, pensando si no sería arriesgado en demasía ir á meterse precisamente por las fauces y en el interior de aquel mónstruo de tan extraordinario poder y ferocidad, la Emperatriz le tranquilizó diciéndole que no tuviera cuidado; que ella había leído que Rugiero fué también sano y salvo á la isla encantada, caballero en un hipógrifo, que tenía unas alas colosales, formadas de plumas de diversos colores, y que volaba por encima de las montañas; y si este otro iba por debajo de ellas, por agujeros que las atravesaban y que se llamaban túneles, era para mayor comodidad; pues eso era mejor y más seguro que volar por encima, con riesgo de dejar caer la carga y que se estrellase ésta, contra el pico del Himalaya, por ejemplo.

D. Quijote, que había palidecido algo, pero que hacía de tripas corazón, por no dar á conocer su vacilante ánimo, respondió enseguida que sí iría, aunque aquel dragón fuese más temible que el que devoró á Hipólito cuando iba en su carro rodeado de sus guardias y se le apareció en el camino. Así como así, añadió, yendo dentro de su vientre, á cualquier movimiento de éste con que trate de digerirme, le rajaré la pared abdominal, saliéndome por la espaciosa

erida y luego le cortaré la monstruosa cabeza.

La dama dijo que le parecía bien, aunque no ra menester, porque aquel mónstruo estaba ya encido y domesticado para ella y para todas as Emperatrices cuyos reinos atravesaba, á fin le que no hiciera daño alguno á las personas antes las sirviese sumiso de transporte, como os carros y los navíos; aprovechándose así en stos tiempos los hombres de su poder, cosa que o pudieron los antiguos: y como D. Quijote reguntara cuáles fueron los caballeros andantes ue vencieron y dominaron á ese mónstruo, pues l no los conocía, la dama le respondió que ella abía oido decir que habían realizado sus haza-as mientras D. Quijote dormía su sueño de rescientos años, y que se llamaban Wat y Ste-henson, manifestándole D. Quijote que con gran lacer leería la historia de sus empresas.

Y, ya con el pie de esto, sacó la conversación e aquellas maravillosas iluminaciones del pa-acio, y dijo que sería holgado de saber cómo e podían encender y de dónde provenían aquel uego que no daba humo, aquella luz que no aba llama, aquel resplandor que no abrasaba aquellas luminarias encerradas en ampollas e sutilísimo vidrio; á lo que la dama le dijo ue esos eran milagros del Hada Electricidad, ue corría invisible por larguísimos alambres ora llevaba, en el telégrafo, las noticias y los ensamientos de polo á polo en un minuto, ora on la misma prontitud volaba desde sus pala-ios maravillosos y encendía por todas partes uminarias magníficas, tan sólo con que por me-io de un botón se le avisase; pero añadió que quel Hada, que antes estaba libre y suelta y elampagueaba en las nubes, había sido domi-ada y vencida también por otros caballeros co-o Francklin, Faraday y Edisson, y trocada en ervidora fidelísima, lo mismo de los reyes que e los más humildes ciudadanos.

Hay más, exclamó la Emperatriz, ese Hada lectricidad es la que con sus manos invisibles ocaba en aquel clavicordio anoche, cuando yo e retiraba y él seguía sonando, y la que hace aravillas que ya veréis en una gran ciudad ncantada, á la que habéis de llegar antes de

alcanzar el reino de Andorra. A ella os llevará el hipógrifo que dije, y á vuestro escudero, palafrén y armas, y no os cuidéis de nada, que yo daré mis órdenes para que un paje de los míos se encargue de ello y os acompañe en el hipógrifo mismo, hasta la ciudad maravillosa.

D. Quijote se asombró de oir hablar del Gigante Vapor y del Hada Electricidad, que antes no sonaban en los libros de caballerías, y de aquellos esforzados caballeros que los habían vencido y sujetado á su talante, é imaginó que eso sería después de haber librado colosales batallas, mientras él estaba tendido en su ataúd; maldiciendo á su sabio enemigo el encantador aquél que le había tenido rígido y sin sentido tanto tiempo, para privarle de la gloria de haber acometido él esas hazañas y ganado esos laureles.

Mi desgracia, Señora, dijo á la Emperatriz, me ha hecho permanecer en ese sueño letárgico toda esa época en que otros se me han anticipado á vencer y dominar á esos mónstruos. Todo es culpa de aquel que me persigue y roba las mejores ocasiones de demostrar mi valeroso empuje; mas quisiera preguntaros con qué armas llevaron á cabo esas victorias aquellos otros caballeros más favorecidos de la suerte; si fué con las de Aquiles el hijo de Peleo, ó con las bien templadas de Héctor, ó con el casco de Orlando de que se apoderó Ferragús, ó con el escudo de Sansoneto, ó con la armadura de Rodomonto, ó con la espada Durandal.

Nada de eso, respondió la Emperatriz; fué con otras más finas y bien templadas. Así el Gigante Vapor fué vencido con una marmita y una caldera, y el Hada Electricidad con una cometa, un disco de vidrio, unas pilas de varios ingredientes y unos alambres; á lo que sorprendido grandemente el caballero, no pudo menos de exclamar que eso sería por artes mágicas y no por natural esfuerzo de aquellos campeones como él creyó; replicando la Emperatriz que en la guerra el ingenio ayuda al brazo, y que cada cosa se ha de vencer con la suya apropiada y por su lado vulnerable, como á Aquiles por el talón en que una simple aguja le habría

dado muerte, mientras nada podían contra él en todo el resto del cuerpo la espada de Héctor, ni las lanzas temibles de los Troyanos.

¡Ah! Señora mía, si eso es como lo decís y no lo dudo, exclamó D. Quijote, si una marmita dió á uno de esos caballeros tan señalados triunfos, grandes los ha de alcanzar otro campeón, armado há poco caballero por mí, que es cierto pastor llamado el Poetilla, que no teniendo armadura ni casco á mano, encasquetóse y paseó ufanísimo sobre su cabeza un buen perol. Nunca pude imaginar que aventajara él al tan celebrado yelmo de Mambrino, ni el nuevo caballero creo yo que lo sabe tampoco; tanto que proponíase ganar otro yelmo y dejar ese como inútil y quebradizo.

No lo haga en manera ninguna, respondió la dama, y si ese Poetilla es un pastorcillo que anda por ahí, por los campos manchegos, guardando con otros ganados míos, yo le avisaré que conserve tan invulnerable y precioso casco; que es como el de Minerva, que dicen daba espanto á cuantos enemigos lo miraban.

Así es, respondió D. Quijote, y ya ardo yo en deseos de tener otro yelmo igual, que por lo que veo es más apropósito para las empresas de estos tiempos; á lo que la Emperatriz manifestó que ella tenía uno para él, que se lo había entregado Dulcinea del Toboso, para que lo diera al más esforzado caballero del mundo, sin decirle cuál, y estimando ella que el mayor de todos era D. Quijote, se lo haría traer en seguida; con lo que, llamando á una de sus doncellas y hablándole en voz baja, al cabo de un rato, apareció ésta con una gran marmita de barro cocido y lustroso, que la Emperatriz cogió y entregó á D. Quijote; quien, probándosela y encontrándola bien para su cabeza, dió rendido las gracias á su bienhechora, diciéndole que no se desprendería de tal yelmo y se lo encajaría en las más peligrosas batallas, y con él y el talismán de aquel anillo recibido, estaba seguro de sobrepujar á todos los nuevos caballeros de las marmitas y de las calderas, de los alambres y de las pilas.

Así pasó el día muy regocijado y divertido

para ambas damas, y siendo llegada la hora de partir, que era la del obscurecer, despidiéndose muy cumplidamente D. Quijote y Panza, fueron llevados en una gran carroza hacia la madriguera del dragón, en que habían de ir en volandas, que era la estación de Villacañas, donde daba ya la máquina fuertes resoplidos.

Lo tenebroso de la noche, las luces acá y allá encendidas, el farol rojo de la locomotora, que brillaba en la obscuridad muy vivo y sangriento, el ruido de cadenas de los enganches, el son de la campana llamando á los viajeros, el hervidero de éstos, y aquel mónstruo de largos anillos que de cuando en cuando sacudía inquieto sus ferradas vértebras, estremecieron el corazón de D. Quijote; pero puesto el pensamiento en Dulcinea, saltó al interior del reservado que se le destinó, seguido de su escudero Panza, y en otro vagón montó el paje que se cuidó de encajonar á Babieca y á la mula, y de facturar armaduras y bártulos; y acomodado el caballero en uno de los ángulos, esperó ver cómo arrancaba aquel dragón formidable, dentro del cual iba, y que parecía rugir inquieto y rechinar los dientes amenazadores.



CAPITULO IX

En que se cuenta el viaje que hizo D. Quijote en el hipógrifo y espantables cosas que acontecieron.

Movióse el dragón fuertemente, y D. Quijote, que se había puesto en pie, cayó contra la pared fronteriza del vagón, dándose regular golpe en la cabeza, y fuera por el aturdimiento ó por su natural visionario, creyó ya que iba á ser digerido por aquel mónstruo y echó mano á la espada para tajarle; mas en aquel instante oyó un rugido y un silbo atronador que le paralizó la sangre, y sintió que aquella serpiente andaba primero, y volaba despaés, dejando atrás su madriguera.

Era la noche obscura y entre la sombra universal de los campos vió todos los mónstruos que su imaginación albergaba, pasar sueltos y veloces por delante de sus ojos. Ya eran gigantes, que semejaban oscuras y movibles sierras; ya ejércitos que parecían selvas y pinares en marcha, como los de Macbhet; ya aquellos adelgazados adversarios suyos, en filas numerosas, que no se podían contar. Algunas veces vislumbraba luces siniestras, otras reflejos de incendio rodeando una sangrienta luna medio oculta entre nublos; todo entre masas de séres mitológicos, danzando y amontonándose en un Aquelarre fantástico.

Mira, Panza, decía á su escudero, desatado el Aqueronte con todas sus infernales criaturas; fíjate y repara como están volcados ahí afuera y en torno nuestro todos los círculos dantescos, con todas sus almas precitas, con sus cancerberos y sus furias, y sus diabólicos espíritus, que

ya parecen grandes mariposas negras, ya murciélagos horribles. ¿No descubres, bajo esa luna rojiza y entre esos nublos que hay debajo de su disco, el blanco y desnudo cuerpo de Francesca, la hija del señor de Ríminii, con el puñal de su esposo clavado en el pecho? ¿No ves más allá al Conde Hugolino, royendo el cráneo de sus hijos moribundos, y no divisas al sereno Virgilio y al Dante pálido y huesudo, con los reflejos cárdenos en el rostro?

Nada veo sino obscuridad y montes y campos, respondía Panza asomándose á la ventanilla.

Gran bellaco eres, repuso D. Quijote; pues no sabes distinguir en esas masas de obscuridades los cuerpos y las figuras de esos enjambres de séres y personajes que van en torbellino. Fíjate bien, y dime si no son aquellos Plutón y Proserpina. Contesta si no navega por allí cargada de racimos de condenados la barca de Carón. ¿Y aquellas playas enrojecidas, no son por ventura las que rodean todo un mar de aceite hirviendo?

No señor, replicó Panza; no hay mar de aceite, ni barca, ni nada de lo que Usía dice, sino es que la imaginación le hace ver en las nubes y las sombras de la noche, cosas que parece que existen y que no son.

Y esas, añadió el caballero, ¿no son las Parcas, hilando de los vellones de las que remedan nubes y que son copos de lana, los hilos de nuestra existencia? Míralos salir los más hermosos para adornar el Paraíso y los más toscos para formar las cadenas de los condenados. Y mira á Astolfo, buscando con S. Juan Evangelista al anciano Tiempo que ha de revelarle cosas profundas.

Ciego estoy, respondió Panza, para no disgustar á su amo que iba excitándose y que seguía amontonando en confusa mescolanza almas de la Divina Comedia, y héroes de sus libros de caballerías, en los más disparatados maridajes.

Préparate, oh Panza, gritó al cabo de un rato de delirar de esa manera: que ahora sí que vienen hacia nosotros todos los hijos del Averno. Quieto, que yo desde este hipógrifo he de dis-

persarlos, como enjambre de buhos y demás siniestras aves de la noche. Y era que la columna de humo de la locomotora volaba hacia atrás del lado en que estaba el caballero; pero cuando éste se dispuso á tajarla con su espada, entró el tren silbando desaforadamente en un túnel y quedó D. Quijote frío y paralizado, como si un poder invisible le hubiera arrancado los ojos y dejádole en perpetuas tinieblas.

En tan precaria y temerosa situación acordóse de aquel anillo recibido de la Emperatriz de Villacañas, por poderes de la del Toboso, y sacándolo del dedo y alojándolo en la desdentada boca, fué á punto en que el tren salía del túnel y recobró la visión, creyéndolo debido á la virtud de aquel talismán, por lo que lo sacó de la boca y puso en el dedo de nuevo, con gran cuidado, visto ya su maravilloso influjo para devolveer los sentidos y potencias á los caballeros andantes que lo poseyeran.

¿Has notado Panza el efecto que me ha producido este talismán? exclamó. Ciego quedéme al ir á pelear con esa falange de obscuros enemigos, y apenas usé del anillo recobré la vista y huyeron aquéllos. Mira tú si Dulcinea me tenía dispuesta una eficacísima ayuda para mis batallas. Dígote que con esto y el casco que la Emperatriz de Villacañas háme dado y que es negro como la armadura de Rodomonto, he de ser el terror de los mónstruos y gigantes que ahora pueblan la tierra.

Señor, repuso Panza, que había estado mohino viendo á su amo hacer tanto disparate; ha de desengañarse Usía de que la tal Emperatriz debe ser muy burlona de espíritu, como aquel moro que escribió las hazañas de su anterior vida y milagros: porque, ni esa sortija hizo tales prodigios sino que fueron obra natural de la salida del túnel, ni ese yelmo que dió á Usía es más que una gran olla de barro cocido, más á propósito que para resguardarle en las batallas, para guisarle la puchera.

Ya veo, respondió el caballero, que heredaste la incredulidad y torpeza de tu ascendiente Sancho, aunque no su ingenio, como dijiste. Yelmo es ese y no olla, por más que lo parezca, y

aunque lo veas de figura de marmita y le llames así, sábete que de esa guisa son ahora los cascos guerreros y que con uno semejante y luego una caldera fué vencido el gigante vapor, según la Emperatriz me contó. Y bien desagradecido eres con esta egregia dama, por cierto; pues la llamas burlona y mentirosa, cuando ella nos libertó del cautiverio, nos regaló en su palacio con buena mesa y muelle cama y nos prestó las alas de este hipógrifo para poder arribar más pronto á la metrópoli de Andorra y caer sobre ella como llovidos del cielo.

Si buen agasajo nos hizo, dijo Panza, buen verde se dió á nuestra costa; pues yo sé por sus doncellas que no cesaba de reir y que apenas delante de Usía podía contenerse. Las penas de su viudez se le quitaron, á lo que parece, en esos dos días: con que así, ella nos es más deudora que á ella nosotros, y lo único que le agradezco es el haber convencido á Usía para que vayamos en este dragón, según dice; pues estando el Imperio de Andorra tan lejano, con Babieca y mi mula no llegaríamos en un siglo, y esto ya ve Usía que corre como el pensamiento.

Sí que anda, exclamó D. Quijote, tal que deja atrás á todos esos gigantes, espíritus y diabólicas criaturas de que está el espacio poblado; y yo creo que se vale de esos silbidos horribles, que de tiempo en tiempo dá, para ahuyentar á los que pueden oponérsele, y que se para de cuando en cuando para tomar mayores alientos. Verdaderamente que el dominar á este mónstruo y hacerle tan sumiso á los hombres, honra como alta empresa á aquel caballero andante Stephenson, de que me habló la Emperatriz. Lástima que se me adelantara: porque, de haber yo sido el primero en encontrarle, habría montado en él como Orlando en aquel caballo salvaje, y le habría echado brida y serreta fortísimas y le hubiera domeñado al fin, llevándole dócil y amansado á los pies de Dulcinea.

Llegando á este punto volvió la chimenea de la locomotora á echar grandes bocanadas de humo, entre estruendosos silbidos, y el tren á correr más velozmente; y viendo D. Quijote la

columna negra que pasaba hacia atrás y se desenroscaba en enormes masas, creyó que venían de nuevo sobre él, para acometerle, los vestiglos de antes, y avanzó á la ventanilla sacando la espada desnuda por ella y dando grandes tajos á la negrísima humareda, al tiempo que el tren penetró por otro túnel, dejando en tinie-



blas al caballero y tropezando la espada con la pared de sillería de la bóveda, lo que hizo que se torciese la muñeca delventuroso campeón y medio se descoyuntase, y le quedara partida la espada por la empuñadura, volando el acero en pedazos.

D. Quijote acordóse otra vez, en las tinieblas, de su talismán y quitándoselo del dedo se lo echó á la boca, y no había hecho apenas la operación, cuando pusieron en lo alto del vagón la lamparilla de aceite, que vino á ilumi-

nario; lo que creyó también efecto de aquel anillo prodigioso, que hacía la luz en sus entenebrecidos ojos; pero, viéndose sin acero en la diestra y sí sólo con la empuñadura, no tuvo duda ya de que aquellos enemigos tenebrosos le habían roto la espada para que no pudiera valerse de ella, á la vez que sintió agudo dolor en la muñeca del torcimiento sufrido.

Atame, Panza amigo, alguna venda á esta mano, exclamó; que ya has visto el resultado de esta batalla, en que si bien han quedado en fuga todos los ejércitos enemigos de esos negrazos feroces que por los aires venían contra nosotros, he sacado luxada la muñeca y rota por la empuñadura la espada; tan grande es la matanza que de ellos hice.

Válame Dios, Señor mío, dijo Panza, y que toda la noche ha de estar Usía peleando con fantasmas, cuando podía dormirse y dejarme dormir muellemente sobre estos divanes, mientras llega el día y arribamos nosotros al punto de parada. Traiga acá, le ataré este pañuelo de yerbas á la mano descoyuntada; que así se le aplacará el dolor, y no vuelva á asomar por ahí al aire libre, que lo que le ha sucedido con la espada lo puede acontecer con la cabeza.

Y atando el pañuelo á la mano de D. Quijote, tal que se la envolvió toda, tornó á su rincón y quedó vencido por el sueño, en tanto que aquél se lamentaba de no tener allí su lanza para sustituir al acero perdido en la refriega, y buscaba en su sobreexcitada mente á cuál caballero enemigo suyo habría de ganarle otra espada digna de su invencible brazo.

No teniendo arma de combate, no se arriesgó ya á pelear contra los mónstruos de afuera; si bien les veía claramente salir de todos lados y pasar por delante de él con vuelo vertiginoso. Pero confiaba en aquella luz misteriosa encendida en lo alto del hueco, que iba creyendo sería la lámpara de Aladino.

Panza roncaba, el tren volaba y D. Quijote al ver de cuando en cuando la columna de humo, echábase el anillo á la boca, con lo que creía quedar invisible para tanto gigantazo, y luego se lo sacaba y ponía en el dedo otra vez.

Al pasar un túnel larguísimo se lo echó de nuevo, y creyendo que mejor que hacer á cada paso la operación, sería tenerlo en lo boca mientras durasen tantos peligros, dejóselo en ella y seguro de ser ya invulnerable y rendido por las emociones y el cansancio, quedóse dormido en el ángulo del vagón cerca de Panza.

Pobre visionario caballero: su espíritu, no reposaba en el sueño, ni en la vigilia. Sus arreos eran las armas, su descanso el pelear, y allí, recostado en el espaldar del vagón, y vencido por el dios hijo de la noche, siguió soñando nuevos combates. Vió á aquel encantador enemigo suyo que, seguido de una legión de ginetes negros montados en lechuzas, caía sobre él para arrebatarle su anillo, y él echaba mano á su espada y se encontraba sin ella. ¡Momento supremo! Le rodeaban, le atacaban por todas partes, y no tenía tampoco á mano el yelmo de la Emperatriz de Villacañas. Le cogían, le sujetaban con cadenas tan gruesas como las que sirven para las áncoras de los navíos, y él las rompía todas como si fuesen hilos de ovillo, y volvían á cargarle de otras más fuertes. Al fin le tenían maniatado ya, con unos cables enormes y un nudo parecido al de Gordium, y le registraban las manos para arrancarle el talismán. No se lo encontraban: porque él guardábalo en la boca; pero le reconocían el cuerpo todo y por último llegaban los más esforzados á querer separarle las quijadas. Aquella fué la más desesperada faena; él las ajustaba y apretaba como poseído del tétanos, y ellos querían á la fuerza abrírselas. En esto, hizo un gran esfuerzo para resistir y..... despertó.

Los enemigos habían huído. Fué á sacarse de la boca el anillo y no lo tenía en ella; se miró los dedos y no se lo halló; buscó en el suelo y en los almohadones del vagón, pero no estaba; y dando grandes voces despertó á Panza, contándole lo que le había acontecido y que el anillo se lo habían arrebatado aquellos jinetes negros, mandados por su rencoroso encantador.

Panza buscó el anillo también por todas partes y no lo encontró; pero, después del relato de aquella batalla y de contarle D. Quijote el

esfuerzo supremo que hizo para que no le sacasen el talismán de la boca y el despertarse sin él, el buen escudero rompió á llorar, sin querer declarar á su amo la causa de su congoja.

¡Ay, Sr. mío; decía entre sollozos, esta sí que es desgracia! ¿Qué va á ser de Usía? ¡Con esto si que no llegan á granazón sus promesas! ¡Qué haremos ahora y á dónde acudiremos para salvarnos!

D. Quijote quiso consolarle, diciéndole que no se desesperara, que no era el primer caballero á quien habían arrebatado un talismán, como sucedió á Brunel con Bradamanta, que aconsejada por el alma del gran encantador Merlín buscó á aquél, le ató sólidamente á las ramas de un alto pino y le quitó el anillo de Agramante. Si esto le pasó al sarraceno con una mujer sola, juzga tú, añadió D. Quijote, mi esfuerzo y mi resistencia, al ser atacado por tantos, que no eran hembras sino fuertísimos campeones; á más de que me cargaron de tales cadenas y cables que los más grandes navíos no hubieran podido llevarlas.

¡Ay, mi Señor D. Quijote! continuó Panza. ¡Holgárame yo de que fueran esos enemigos los que se hubieran llevado el talismán; que con él y un cuarto compraba Usía un pájaro! ¡Otro es mi temor y más me arraigo en él cuando menos encuentro el anillo y más oigo á Usía!

Dí, qué temes, exclamó D. Quijote; que cualquiera que sea nuestra desventura deberé yo saberla, ya que no la pueda prevenir, para arrostrarla con ánimo valeroso.

En esto sintió el caballero un gran retortijón de tripas y cierta desazón en el estómago, lo que al saberlo Panza le hizo prorrumpir en mayores quejas.

¡Ciertos son los toros, Señor mío; esos son los efectos de la sortija, que no es que se la arrebataron aquellos fantasmas, sino que Usía con aquel esfuerzo se la tragó! ¡Cuerpo de mí, qué muerte tan perra vá á tener Usía! ¡Mal haya la Emperatriz de Villacañas y toda su corte! ¿Cómo sacarle á Usía ese anillo del estómago, ni cómo ha de poderlo digerir no siendo avestruz?

Palideció D. Quijote, oyendo tales lamentos, y cayó en la cuenta de que en efecto se había tragado el talismán. En esto comenzó á clarear el día, trayendo luz á los ojos, pero no al espíritu de los dos conturbados viajeros.

Con la luz desaparecieron las visiones que habían sobreexcitado á D. Quijote; pero le acometieron otras ideas, pensando que llevaba el anillo dentro del estómago, pues no sabía el efecto que en él haría, ya que estaba destinado á no pasar más adelante de la boca; empero pronto se tranquilizó, diciendo á Panza que se alegraba de que no se lo hubiera arrebatado aquella enemiga falange, y sí de tenerlo tan bien guardado que sólo con la vida pudieran quitárselo.

Iba el tren buscando á Aranjuez, y ya la claridad diurna dibujaba con su pincel hechicero, mojado en la paleta de los más ricos colores, paisajes risueños, por donde se veía correr y ondular la plateada cinta del Tajo.

Alégrate Panza, dijo D. Quijote, y mira cómo vamos llegando triunfantes á las cercanías de la ciudad encantada á que nos encaminó la Emperatriz. Mira allá las azules sierras, que no parece sino que son de pálido záfiro, y esas verdes campiñas y arboledas y ese río delicioso que fluye sereno. Asómate aquí, que vamos á pasar sobre él en alas de este hipógrifo, que por lo que veo lo mismo cruza las montañas que salvaría volando el Amazonas. Ya estamos sobre él y le cruzamos velocísimamente. Repara sus orillas, por donde las alamedas dan sombra, y los pájaros embelesados gorjean, y bajan á abrevar las vacadas. Mira esas quintas y esos palacios y esas huertas y esas largas avenidas de bosques añosos, que parecen plantados el primer día de la Creación; tan corpulentos son sus árboles y de tan gruesos troncos. De buena gana bajárame aquí para hacer alto en esta Capua deliciosísima.

Señor, dijo Panza, ese debe ser Aranjuez: un sitio real de que he oido hablar á uno de mi pueblo que en él estuvo de guarda de sus jardines, y sí decíame que era muy bello y deleitoso; pero muy dado á calenturas. El se volvió,

porque cogió unas tercianas, y tan hermoso y risueño como es ésto, tanto venía él de amarillo, flaco y lleno de melancolía.

No tardó en desaparecer el encanto, pasando el hipógrifo por campos más altos de pobres sembrados y llanuras peladas. El frío los escarchaba á trechos y penetraba el cuerpo de D. Quijote, que mal defendido por su vieja ropilla sentía el entumecimiento de toda la noche, aunque como buen madrugador manchego estaba acostumbrado á inclemencias y vientos ariscos.

Dos ó tres veces sintió D. Quijote sus retortijones; pero no hizo caso, embelesado por los accidentes del paisaje y pensando en la encantada ciudad que iba á visitar cuando bajara en el punto de parada.

Hétela ahí, dijo á Panza, viéndola por fin asomar á lo lejos, con sus altas masas de edificios; mírala suspensa en los aires, con todos sus palacios y torreones. Grande es y magnífica, y seguramente la habrán construído hadas y genios soberanos; pues no de otra manera se mantendría flotante con toda su inmensa pesadumbre.

Señor, respondió el escudero, ese debe ser Madrid; que cerca de Aranjuez no hay más, según aquel amigo guarda me contó, que dos grandes ciudades: una de medio locos, que se llama así, y otra de locos del todo, que se llama Leganés. Y no siga diciendo Usía que esa que vemos está suspensa en el aire, porque entonces más vale que nos quedemos en la otra.

Aminoró el tren su carrera y ya más pausadamente fué acercándose á la estación, no sin mostrar á D. Quijote el curso del humilde Manzanares, con sus tendederos de ropa á las orillas y sus ribazos y praderas, acá verdes, allá terrosos.

Llegó la locomotora á las proximidades de la estación, y maravillaron á D. Quijote sin saber lo que eran, aquellos miles de vagones de todas clases, jubilados unos, de medio uso otros, rotos los más y descoloridos; creyendo que aquella era una inmensa ferrería, donde se arreglaban gigantescos cascos y capacetes y se templaban armas de todas clases; pero cuando dejándolo todo atrás el tren entró bajo la inmen-

sa bóveda acristalada y vió el caballero aquel hormiguero que del dragón bajábase, quedó más asombrado aún, no sabiendo cómo el monstruo había podido correr tan aprisa con toda aquella carga.

Apeóse de él, lo mismo que Panza; acudió el paje de la Emperatriz, que se encargó de desencajonar á Babieca y á la mula del escudero, sacó el equipaje de ambos, lo entregó á Don Quijote con una carta que su Señora y dueña le había dado para que en Madrid un pariente de ella les atendiese, y quiso llevar á los dos viajeros á la ciudad; pero el caballero dijo que prefería entrar en ella á caballo y armado como debía, y el paje hubo de dejar que él y su escudero hicieran lo que les viniera en gana, viéndoles en las afueras montar sobre sus palafrenes y tomar camino opuesto hacia las riberas del Manzanares.



CAPITULO X

Que trata de la correría de D. Quijote á orillas del Manzanares y de su entrada en Madrid y Paso Honroso en que venció á Suero de Quiñones.

Cubierto D. Quijote de su armadura con ayuda de Panza y caballero sobre Babieca, acompañado de su servidor, quiso antes de hacer su triunfal entrada en la Corte recorrer aquellas cercanías, donde había visto tantos tendederos que le parecieron tiendas de campaña de algún ejército acampado.

Repara, dijo á su escudero, ese gran campamento que á orillas de ese río se extiende; mira cuánta bandera al viento desplegada; observa qué inusitado movimiento de gentes, que parecen ser legiones de amazonas. Sin duda aquellas que Astolfo dispersó con su trompa hánse reunido y cayeron sobre esta ciudad, poniéndola sitio con lo que amenazan pasar á cuchillo á sus moradores. Míralas como enjambres rodear esas riberas y hasta se diría que construyen puentes, para pasar y dar el asalto.

Señor, respondió Panza, que entre las sombras de la noche viera Usía ejércitos y legiones pase, porque es cosa de ilusión de los ojos entenebrecidos; pero que ahora con el claro día quiera Usía que yo los vea también, es inútil empeño. Esos campamentos son lavaderos y tendederos, y esos ejércitos de amazonas son grupos de lavanderas, que á las linfas de ese río ponen blancos como copos de nieve los trapos sucios de la Villa.

Eso fingen, interrumpió D. Quijote; pero es artificio de esas mujeres crueles, para dar más sobre seguro el asalto. No dudes que son ama-

zonas de esas que pelean como furias y que, apenas tiendan los puentes de tablas que construyen, caerán con estrépito sobre ese pueblo desprevenido. Vamos hacia ellas y deshagámoslas, poniéndolas en precipitada fuga, y así entraremos como libertadores en esa Troya sitiada.

Y sin esperar á otras razones dirigió á Babieca sobre el primero y más cercano grupo, mientras Panza, según lo ofrecido á su mujer, se quedaba de espectador de aquel lance.

¡Alzad ese sitio y asedio, gritó D. Quijote con toda la fuerza de sus pulmones, y retiráos con vuestro ejército de orillas de este río; que si no un solo caballero os pondrá en fuga!

El grupo de lavanderas, que vió la singular figura del jinete y que creyó que el requerimiento que les hacía era que levantasen sus tendederos y se marcharan, empezó á gritar desaforadamente contra la medida, pensando que la orden provenía del Alcalde de Madrid y que aquel sería algún nuevo ordenanza de á caballo, de que se valía la autoridad.

A los gritos y denuestos acudieron sus compañeras y en toda la orilla del Manzanares se armó el tumulto consiguiente; pero como Don Quijote insistiera en que levantaran el campamento aquel y se retirasen del río, fueron todas á una contra él y con piedras, palos y cañas y demás armas naturales esgrimibles ó arrojadizas, le acometieron y le derribaron y le vapulearon y formando una legión detrás de una bandera improvisada, entraron en la ciudad, dirigiéndose hacia la Alcaldía, á pedir la revocación de la orden que tanto perjuicio les ocasionaba.

Quedó D. Quijote molido en el suelo, con Babieca tendido cerca, y Panza cuando vió despejado el sitio acudió en socorro de su amo, al que levantó exclamando:

¿No se lo decía yo, Señor mío, que no se metiera con esas mujeres, que como decía mi tatarabuelo Sancho, para sopa de arroyo y tente bonete no hay arma defensiva en el mundo? Vea Usía lo que ha ganado con querer hacerles levantar el fingido campamento, que no es más

que una porción de lavaderos y tendederos, en que se buscan la vida.

Calla, Panza, respondió D. Quijote, que estas tales son vueltas de la fortuna, que ninguno las puede huir, y en esto de la guerra no siempre se ha de llevar la mejor parte. Así como así, no puedo avergonzarme de mi derrota: porque no se trata de paladines armados caballeros, sino de esa horda de mujeres, á las que hubiera sido vituperable atravesar á lanzadas. Manos blancas no ofenden, lo que quiere decir que golpes y molimientos de hembras no causan deshonra. Apresúrate á levantar á Babieca y ayúdame á montar sobre él, que por lo que veo ese ejército de furias ha penetrado ya en la Ciudad como me temía y en este instante estará degollando á todos sus moradores.

Cuando D. Quijote se disponía á echar tras ellas, fuese de la caída y sacudimientos sufridos ó natural efecto de la sortija tragada, sintió un nuevo y agudísimo dolor de tripas que le hizo desistir de su propósito.

Regístrame, Panza, dijo echando pie á tierra; que me parece que esas amazonas me han cortado por la mitad del cuerpo, según el dolor que siento, y ahora será ocasión de emplear los beneficios de aquel bálsamo de Fierabrás que te dije, para soldar mis dos mitades, y si no lo tienes á mano, busca por ahí un algebrista que me componga los huesos.

Lo que tiene Usía, respondió Panza, es el famoso anillo de Angélica que le está haciendo operación, y ahora, solos y sin ayuda de nadie, no sé qué vamos á hacer para salir de este embarazo; que es la primera vez que veo embarazado á un varón de esa manera. Si en vez de reñir esa desgraciada batalla con esas amazonas, se hubiese estado neutral dejándolas hacer sus trabajos, alguna de ellas, que puede ser no algebrista, pero sí comadrona, hubiera venido en ayuda de Usía; mas ya que no, yo haré sus oficios y lo mejor será preparar á Usía un abortivo de aceite, que le arranque de las entrañas ese malhadado talismán.

Ve tú lo que haces, dijo D. Quijote, á quien aumentaban los dolores; que yo no estoy para

nada, ni sé que caballero alguno se haya visto en este trance de necesitar comadrona.

Panza buscó en las alforjas, pero no había ni alcuza con bálsamo de Fierabrás, que aun no se había acordado D. Quijote de hacer, ni aun aceite de oliva siquiera; mas pensando que en la orza dispuesta por Pancica iban los pimientos en aceite, ideó escurrir éste de ellos, echándolo en una escudilla, y con él dar á D. Quijote el abortivo.

Así lo hizo en un santiamén y el caballero, deseoso de arrojar el anillo para no morir con él atravesado en algún orificio intestinal, bebió lo que Panza presentóle, abrasándose boca y entrañas; pues, habiendo estado en aquel aceite tan largo tiempo las guindillas, habíanle saturado, y el oleoso líquido ardía como sacado de una caldera de Pedro Botero.

¡Agua! Panza, gritaba D. Quijote con la boca abierta y los ojos extraviados; y Panza bajó á la orilla del Manzanares y llenó otra escudilla y dió de beber á su señor, que se retorcía de dolores; tanto que, anheloso de beber más y viendo como Tántalo el río tan cerca de sus fauces, se arrastró hacia él á ponerse tendido con la boca en la orilla, tan á punto que le sobrevinieron las náuseas y arrojó cuanto había comido desde que salió de la cripta, cayendo todo al río.

Serenóse D. Quijote y sintió aplacados sus dolores, y poco á poco se le pasó la quemazón del aceite picante, y entonces pensó cuán desventurado seguía siendo, pues la sortija, que había sentido salirle por el gaznate, había ido á parar al río, quedándose sin talismán.

No se apene Usía por eso, dijo Panza, que antes creo que con ese talismán nada ganábamos, sino exponernos á otro susto semejante: cuanto más que, en teniendo el yelmo aquel de tan fina alfarería, no puede ser vencido.

Así lo creo, respondió D. Quijote; y sin duda por no haberlo llevado puesto he sido derribado y maltrecho ahora; pero no desconfío de recobrar ese talismán también, porque suele acontecer á los caballeros perder un anillo que recibieron de la dama de sus pensamientos, por caer al mar en una borrasca y tragarse el anillo un

pescado, y luego, al cabo de veinte años, estar el caballero con su dama á la mesa, en suntuoso banquete, y preguntarle ésta por el anillo, y al referir el suceso de su pérdida, y ella dudar, creyendo que lo había dado á otra dama en sus correrías; y en esto traer los servidores un rico pescado á la mesa, cocido y aderezado, y porfiando el caballero que no había dado el anillo á otra alguna sino haberlo perdido en la borrasca del mar, al abrir el pescado, dar éste claro testimonio de ello, mostrando el anillo en el buche; con lo que la dama queda convencida y curada de sus celos y más amante del caballero que jamás. Ya verás como eso me acontece: que dentro de veinte ó más años algún pescado de estos del río me traerá el talismán á la mesa en que esté con Dulcinea.

Si es para esa larga fecha, dijo Panza, vaya con Dios; pero por ahora deje Usía al pescado que se lo trague y lo pasee por todos los ríos y mares del mundo, que no lo hemos de echar de menos.

Sintió Panza ganas de almorzar, y con permiso de su amo sacó de las alforjas lo poco y averiado que quedaba, y allí sobre el ribazo aquel se regaló, mirándole D. Quijote con envidia: pero sin probar bocado, porque aun sentía el estómago dolorido.

Babieca y la mula coja se esparcieron por aquellas orillas, comiendo lo que podían, y en tanto volvieron á sus quehaceres dispersas y más serenadas algunas lavanderas, sin reparar ya en aquellos dos que sesteaban sobre el ribazo, y que allá pasaron el día hasta que llegó la tarde, en que se pusieron en marcha.

¿Ves ese puente, dijo D. Quijote á Panza, señalándole el de Toledo, bajo cuyas arcadas el río corre y por donde se pasa de una á la otra orilla? pues apostaría á que allí me espera aquel caballero del Paso Honroso llamado Suero de Quiñones, que sabiendo mi llegada desea medir su lanza conmigo. Pero á él y á los caballeros que le acompañan les demostraré que yo solo fuerzo la entrada, arrollándolos, y así tomaré desquite de la derrota sufrida con las amazo-

nas: porque no se diga que entro en tan populosa ciudad vencido y humillado.

No creo que haya en Madrid caballeros que se entretengan en disputar el paso de ese puente, respondió Panza; porque nada ganarían con esos empeños y peligros; pero, si los hubiera, sería mejor evitarlos y tomar por otra parte: porque, si nos detenemos á pelear con todos los que hallemos al paso, vamos á llegar á Andorra tan viejos y decaídos, que ni á Usía le quedarán fuerzas para su conquista, ni á mí ganas para su gobierno. Recuerde Usía aquello del árabe, que no pudo llegar á la Meca porque se paraba á pegar á todos los perros que le ladraban; no le imite, y vamos á la Meca derechos, y si es fuerza pasar por Madrid, pasemos pronto y deprisa: que yo imagino que ahí nos aguardan mayores entorpecimientos y desventuras.

¿Torcer yo por otro lado, para huir del peligro? ¿Cuándo viste de mí cosa semejante? replicó D. Quijote. ¿En qué capítulo ó renglón siquiera de esa misma desfigurada historia de mis hazañas, escrita por aquel moro burlador de mi gloria, se dice ni apunta nada de esto? ¿O es que tú crees que en trescientos años he podido mudar de genio y de condición? Dígote que ese que vemos es el puente de Orbigo, y que aquellos que allá se divisan en la entrada de él son el famoso caballero Suero de Quiñones, con los otros nueve que le ayudan; el cual caballero tiene propuesta la empresa de disputar el paso á todos los que por ahí han de ir á Santiago de Compostela, para librarse del juramento que hizo á su dama de llevar al cuello todos los jueves una férrea cadena; y por cierto que ya lleva setenta y ocho caballeros vencidos y seiscientos veinte y siete encuentros; pero, en este que hace el seiscientos veinte y ocho, toda su gloria se ha de obscurecer y acrecentarse la mía; que la gloria no es cosa que entre caballeros se disipa y anonada, sino que pasa de unos á otros y en el más valeroso y firme se suma y acrecienta.

¿Pero de qué tiempo ó época es ese caballero que sólo Usía se acuerda de él, y yo no lo he oído mentar en mi vida? preguntó Panza. Porque,

para que haya memoria de su nombre, habiendo estado Usía trescientos años dormido y despertado ayer mañana, debe ser ese guerrero ya muy viejo; casi tanto como nuestro padre Adán, y no será gran hazaña vencerle ahora, que estará decrépito y temblón.

Ese esforzado caballero, dijo D. Quijote, es del tiempo del Señor Rey D. Juan el Segundo, y está ahí desde el año 1431 de la era cristiana.

¡De modo, exclamó Panza, que además de los que contara cuando comenzó su empresa, le han caído encima cerca de seiscientos años!

Esa es la cuenta, respondió aquél, pero no te espantes, ni creas que por ello han decaído sus fuerzas, ni disminuído su valor; porque trescientos años han llovido sobre mí y ya me ves cuán fuerte y lozano me hallo.

Va diferencia, dijo Panza, porque Usía se los ha pasado durmiendo y el sueño dicen que alimenta y mantiene á la persona; mientras que el de que habla Usía se los habrá pasado en vela sobre esa puente, y no los trescientos, sino el doble, con su caballo y sus nueve acompañantes, y yo le digo que el mismo Matusalén hubiera venido á dar con la boca en el suelo en tan largo tiempo; de donde colijo que ni ese es Suero de Quiñones, ni ese el puente de Orbigo, ni por ahí se va á Santiago de Compostela, ni Usía ve las cosas como son, ni yo seré más Emperador de Andorra que el hi.... de mi padre.

Todo lo has de ver con tus mismos ojos, respondió D. Quijote; porque así que presencies cómo le arremeto y cuán bien se defiende; qué espantoso choque tenemos; cómo saltan en pedazos las lanzas y echamos mano á las espadas, y el trabajo que me cuesta derribarle de un golpe que suene como dado en el yunque de Vulcano, te persuadirás de que, por otras artes de encantamiento semejantes á las mías, ha podido ese noble caballero aguardarme ahí esos seis siglos, para darme ocasión de derribarle y de entrar victorioso en esa grande y populosa ciudad; que en esos seiscientos años se ha formado sin duda de los muchos curiosos que han acudido á presenciar la batalla, y que han tenido que esperar ahí á la otra ori-

illa del río, y alzar casas y viviendas para albergarse, con todas sus generaciones. Considera, pues, que todos están esperando ansiosamente el desenlace de esta aventura, y que sería cobardía retroceder y además engaño y defraudación los que haríamos á tantas gentes.

Conforme hablaba D. Quijote, iba empujando á su palafrén con la espuela, y Panza seguía á su lado con su mula, y así fueron aproximándose á la entrada del puente, donde aquel imaginario Suero de Quiñones, que no era sino un fiel de consumos, estaba con sus acompañantes, ó sea con otros cinco ó seis empleados que constituían el registro, y que llevaban pinchos con que penetrar lo escondido que en cargas de carros y caballerías podía haber y querer los traginantes pasar de matute; y como era ya bien obscuro y se encendieron todas las luminarias de la ciudad, creyó D. Quijote que todos los que en los seiscientos años habían acudido á ver aquel lance del Paso Honroso, encendieron antorchas presurosamente, para iluminar el campo de batalla y no perder de vista detalle alguno del encuentro y acompañarle después de la victoria con aquellos hachones de cera hasta el mejor palacio de aquella metrópoli; así que, orgulloso de tanto aparato y seguro de su triunfo, poniéndose á la entrada del puente muy gallardo, cubierto con el escudo, lanza en ristre, y á pesar de los ruegos y súplicas de su escudero, retó al imaginado Suero de Quiñones y á todo su acompañamiento, diciendo así: «caballeros soberbios, agora veréis quién soy», y cargó sobre ellos y derribó á dos por tierra, uno con la lanza y otro con el ímpetu de Babieca, y Panza tuvo que espolear también á su mula, que sintiendo un pinchazo sacudió varias coces á los caballeros enemigos, y tal fué la confusión de éstos, que D. Quijote pasó el puente con Panza, y en sendas caballerías entraron á galope en el barrio más próximo, agolpándose en el sitio de la refriega tal multitud, que los consumeros, entre el gentío no supieron por dónde habían escapado aquéllos que parecían almas del otro mundo.

Quedaron inciertos y confusos los empleados

del registro; llegaron tarde como siempre los guardias del Municipio, para tomar averiguaciones; hiciéronse mil comentarios sobre el caso por los corros de husmeadores, curiosos y desocupados, golfos y chulapas que por allí pululaban, y miéntras D. Quijote y Panza habían entrado á la ventura por una calle estrecha, sucia y mal alumbrada de los extremos del barrio aquel, procurando Panza ocultar á su amo y él huir también de ser descubierto, como cómplice de aquella fechoría.

En esto vió el escudero que un hombre se le paraba por delante y se abrazaba al cuello de la mula, y el miedo que tenía le hizo creer que ya estaba preso de la justicia, con más rigor y menos fortuna que en Villacañas; mas, oyéndose llamar y saludar por su nombre, reparó y vió que el que tal hacía era aquel amigo suyo de su pueblo, que fué guarda de los Reales sitios de Aranjuez, y que vivía allí próximo, al reparo de un pleito que tenía en las Salesas, sobre una herencia que le llevaba consumidos todos sus ahorros.

Alegróse Panza; paróse D. Quijote á los requerimentos de su escudero, y el ex-guarda de Aranjuez ofreció en su casa albergue á entrambos, diciéndoles que las caballerías podían ir á una posada de al lado y que lo único que sentía era no poder dar á Panza y á su amo buen alojamiento ni cena; pero que compartiría con ellos lo que tuviese, ya que vivía solo, porque su mujer había muerto hacía un año de pena de ver las muchas dificultades que les ocasionaba aquel largo pleito.

Ofrecióle D. Quijote que él acortaría los términos del litigio, porque se enteraría de la justicia que le asistiera y como fuera exacta y cumplida él haría de grado ó por fuerza á los Sres. Jueces y Oidores que no la entretuvieran más y la hicieran pronta y acabada, y sorprendido el ex-guarda más que por las palabras por la figura y armadura del caballero, creyéndole algún militar que vendría á estudiar algún punto estratégico de aquel barrio y que tendría influencia con el gobierno y con la gente de alto copete, se deshizo en palabras de gratitud

con él, y se le puso al estribo hasta que llegaron á la humilde casa.

Allí entraron incontinenti, y mientras Don Quijote en la alcoba única se despojaba de su casco y se tendía medio desmayado del ayuno y las fatigas de la jornada, puesto el corazón en Dulcinea y orgulloso de haber vencido al gran caballero Suero de Quiñones y á todo su séquito de paladines, Panza contó á su amigo la peligrosa aventura corrida, y supo por él que aquellos caballeros del puente eran guardas de consumos sin duda; con lo que se le hizo un nudo en la garganta, pero el ex-guarda le tranquilizó diciéndole que allí estaban seguros de todo riesgo, y que él les tendría y ocultaría hasta que averiguase si habían resultado heridas ó contusiones graves de la refriega y se tomara en su vista otra determinación.

Partióse la cena del ex-guarda entre los tres; acomodóse á D. Quijote en la cama única de la alcoba, y Panza y su amigo durmieron sobre un jergón, que éste tenía de repuesto y con una manta encima, como dos buenos camaradas.



CAPITULO XI

De la gran sorpresa que recibió el cervantófilo D. Lúcas Gómez, y de otras pláticas dignas de memoria.

En la calle del Arenal, número 2, piso tercero, con entresuelo y principal, y con ascensor y divanes para descanso en las escaleras, vivía el cervantófilo D. Lucas Gómez: hombre setentón, miembro de varias Academias, Bibliotecario que fué de la de Buenas Letras de Sevilla, Comendador de las Reales y distinguidas órdenes de Isabel la Católica y Cárlos III, Doctor graduado en Salamanca y autor de otro segundo Buscapié, que pensaba imprimir, como encontrado en cierto estante de la Biblioteca de Alcalá de Henares, en un empolvado legajo, y escrito de puño y letra del propio Miguel de Cervantes Saavedra, para dar gato por liebre á todos los bibliófilos, cervantófilos y quijotófilos del mundo.

Atareado hallábase aquella mañana D. Lucas, releyendo un capítulo de su obra apócrifa y echándole las últimas esencias, que debían oler á Manco de Lepanto, cuando entreabriendo la mampara de su despacho un criado tímido, anunció que allí estaba y esperaba ser recibido el caballero D. Quijote de la Mancha.

Saltó D. Lucas sobre su asiento como empujado por un resorte, y poniéndose en pie preguntó al criado qué había dicho y á quién anunciaba.

Digo, Señor, repitió éste, que acaba de llamar á la puerta y espera ser recibido el caballero D. Quijote de la Mancha. Y D. Lucas, que había creído rumor engañoso y engendro de su

imaginación aquel anuncio, quedó demudado y perplejo, viendo la seguridad con que el fámulo le reproducía el aviso de la inexplicable visita.

Dejó el manuscrito sobre la mesa, y pensando que aquello sería alguna burla de algún crítico o periodista conocedor de sus aficiones y enemigo suyo, respondió de mal talante que dijera á aquel caballero D. Quijote, que él no recibía á personas imaginarias, ni estaba para bromas carnavalescas.

El criado, atenuando la contestación, respondió al que llamó á la puerta, que no era otro que el ex-guarda de Aranjuez, que su amo no estaba en casa; y entonces aquél le entregó una carta para que se la guardara y diera con diligencia, por ser asunto importante, y se reunió con D. Quijote y Panza, que en la meseta de la escalera esperaban, diciendo que volverían, bajando los tres y desapareciendo en un coche de punto que en la calle tenían y en que llegaron escondidos.

Introdujo el criado la epístola, dándola á su amo y diciéndole que el acompañante de Don Quijote se la había dejado para entregarla al Señor con urgencia, y éste conociendo la letra de su sobrina la simpática viuda de Villacañas, abrió prontamente el pliego, pensando que la broma venía de ella, y muy pesaroso de haber dejado ir á aquel emisario.

La carta decía de esta manera: «Queridísimo tío D. Lucas; á la mano lleva la presente el valeroso caballero D. Quijote de la Mancha, que todos creíamos difunto y acabado, y que, habiendo despertado de su sueño mortal la víspera de la resurrección de la carne, ha salido de nuevo al mundo á enmendar entuertos, desfacer agravios, acorrer viudas, enderezar doncellas, y ganar para sí y para Dulcinea, mi colindante la Emperatriz del Toboso, gloria y prez con el esfuerzo de su brazo. El le hará relación de sus nuevas proezas y propósitos, ya que, dirigiéndose á la conquista del populoso imperio de Andorra, para realizar la unidad Ibérica, ha de pasar por ahí; á cuyo fin puse á su disposición ese hipógrifo volador que ahora usamos, y que le dejará en esa estación del Mediodía.

Reciba y honre cual se merece á tan intrépido y generoso caballero, y no dude de su autenticidad; quedando muy obligada á V. por ello, y á mi señor hermano el Príncipe D. Juan, que tendrá esta por suya: Luscinda Garríguez. Emperatriz de Villacañas.»

Vaya que está mi sobrina de humor, murmuró D. Lucas entre los marfiles de su dentadura postiza; y, pasándose la mano por la calavera, volvió á leer la carta pausadamente. No hay duda, pensaba, que esta es una burla más ó menos donosa; pero es lo sorprendente que vaya acompañada la epístola de una persona de carne y hueso, que se hace pasar por D. Quijote. Y tocando el botón del timbre eléctrico, apareció de nuevo el criado, á quien D. Lucas interrogó sobre todos los detalles y figura de aquel caballero, del cual la carta provenía.

El señor que vino y se marchó, dijo el fámulo, y de parte del cual me entregó la carta el hombre que le acompañaba, estuvo esperando con otro gordo y bajo en la primera meseta de la escalera, y por lo que ví, al asomarme y despedirles, era alto y flaco de cuerpo, amarillo de rostro, de ojos y pómulos salientes y mejillas chupadas, largo de cuello y mostachos, vestido con extraña ropilla, que más parecía que á las de ahora, á esas que usan en las comedias los caballeros de espada al cinto, y encima de la cabeza debía traer un capacete; mientras que su acompañante iba á la usanza manchega y con las greñas caidas por las orejas.

Llenóse más de confusión D. Lucas, ante esas pinturas, que coincidían con el hidalgo y escudero de Cervantes, y llamó á consulta á su sobrino, el titulado por la viuda Príncipe D. Juan, que con él vivía y que era un mozo de buen talante, hombre alegre y de lucios cascos, que salvando las apariencias de los respetos á su tío, burlábase lindamente de su cervántico-manía y le había empujado á escribir aquel segundo Buscapié, apuntándole aventuras nuevas disparatadas, para luego solazarse de ellas con sus amigos del Veloz-Club.

Leyó el Príncipe D. Juan la carta de su hermana la Emperatriz, oyó de D. Lucas el extraño

suceso de la presencia de D. Quijote en Madrid, y declaró formalmente que no había en ello dificultad, y que una de dos cosas podía ser: ó que aquel caballero andante que Cervantes pintó hubiera sido persona real, conocida de él y retratada en su libro, y no hubiera muerto, sino quedado cataléptico todo el tiempo transcurrido, cosa no imposible, según él había oído decir en la Academia de Medicina; en cuyo caso su aparición y su paso por Villacañas y su visita á aquella casa de parte de Luscinda era natural; ó que algún asíduo lector del Quijote, de tal manera se hubiera poseído de aquel personaje y de sus ideas y extravagancias, y tanto se lo hubiera metido en los sesos, que cayera en la locura de creerse D. Quijote, como otros locos se creen reyes y potentados, y hubiera salido, como si fuera D. Quijote mismo, á continuar sus empresas. En ambos casos, dijo á D. Lucas, bien puede servir ese personaje para el Buscapié que V. ahora corrige, y quizás para alguna nueva salida del Ingeniosso Hidalgo que V. imagine ó proyecte: porque, si es un loco poseído del papel de D. Quijote, mejor y más á lo vivo ha de representarlo que cualquiera cuerdo que lo finja; y si es el propio D. Quijote, no hay duda de que V. ha de poder copiar más provechosamente de su original, amén de las interpretaciones y pasajes obscuros, que él mismo puede aclararle de la obra cervantesca.

Encontró D. Lucas el dilema puesto en razón y ajustado á las leyes de la dialéctica, y mandó en seguida que preparasen la mejor habitación del piso para el falso ó verdadero D. Quijote, y otra para su escudero; pues habían de volver, y que se le siguiere en todo la corriente y se guardase el secreto de la estancia de aquel caballero allí; ya que, siendo muchos los cervantófilos émulos de D. Lucas, él sólo quería disponer de aquel privilegio caido sobre su casa, que tan bien le había de ayudar á dar á su Buscapié el colorido y matiz del mismo Ingenioso Hidalgo; empresa tan difícil como la de poner el sello del pincel de Velázquez á un cuadro que de él no fuera. Holgóse, pues, el tío de su suerte, y al sobrino, tan humorista como su

hermana la viuda, le retozó la risa en el cuerpo, de pensar cuan sabrosos coloquios y escenas presenciaría entre D. Lucas y el caballero, aquel aferrado á su admiración por el héroe de la Mancha, y éste á su locura de creerse tal.

A la mesa estaban, cuando llamaron recia é imperiosamente á la campanilla, y no pasó un minuto sin que estuviese, por orden de D. Lucas, dentro del comedor, el caballero D. Quijote; á cuya venida tío y sobrino se levantaron y le dieron las manos, y le hicieron sentar en un sillón que en el lugar de preferencia tenía dispuesto allí, por si llegaba, con sus platos y su cubierto por delante.

Agradeció el caballero tan cortés recibimiento, y desde sus primeras palabras D. Lucas, que no cesaba de observarle, comenzó á persuadirse de que aquel era el verdadero y auténtico D. Quijote, sin mezcla de ficción ninguna: porque, si bien no conservaba aquel hermoso y reposado lenguaje que Cervantes le hizo hablar, no era esto óbice para creerlo falso y supuesto; ya que ningún personaje habla tan pulcra y bellamente, como luego sus cronistas ó historiadores suelen ponerle las palabras y discursos; ni aun los mismos que los escriben así, aciertan á pronunciarlos de igual y tan excelente manera.

Refirió el de la Triste figura, por la cual más principalmente le creyó D. Lucas auténtico, su viaje en aquel espantable dragón y su batalla descomunal con todo aquel ejército de negrazos que le habían tronchado y arrebatado la hoja de su espada, en las obscuridades de la sombría noche, mientras volaba muy cerca de las estrellas y pasaba á trechos por debajo de las montañas; contó las maravillas que había visto en el palacio de Villacañas, obra de aquel Hada Electricidad; relató su cautiverio y rescate, y guardándose bien de dar noticias de su descalabro con las Amazonas, puso todo su conato en pintar con calor aquel combate con Suero de Quiñones y sus nueve paladines, y su paso forzado por el puente de Orbigo. Á todo lo que D. Lucas abría desmesuradamente los ojos, y el sobrino apretaba y mordíase los

labios, para no soltar la risa que le rebosaba.

Calla, sobrino, decíale en voz baja D. Lucas: que este es D. Quijote en carne y hueso, y la fortuna se nos ha entrado por las puertas. Y el caballero, sin reparar, seguía contando todas sus hazañas, desde que salió de su encantamiento, y sus propósitos de conquistar el vasto y dilatado reino de Andorra, para hacer merced de él á su escudero, y á su mujer Panza Alegre y á su hija Pancica, y coronarlas Princesas en cumplimiento de su palabra empeñada, y volar en seguida á la Patagonia á rematar á los gigantes de aquel país, que ya llevaba Dulcinea vencidos y maltrechos.

Gran cosa haréis, Señor caballero, rompió á decir el Príncipe D. Juan; porque habeis de saber que, por causa de la separación de ese reino de Andorra y de ese otro poderoso imperio de Portugal, no es una hoy la raza Ibérica, ni la Península que hay de los Pirineos al mar forma un solo estado, lo que nos trae á todos divididos y debilitados; y, en uniendo Portugal á España y sobre todo esos vastos dominios andorranos, que es lo principal, ya está la unidad Ibérica realizada y España salida de sus estrecheces y miserias.

¡Cómo es eso, exclamó D. Quijote; España padece ahora esas desmembraciones y anda por ellas miserable y encogida? Voto á tal, que á tiempo llego todavía de remediar esos desafueros. Pero servíos decirme, Señor Príncipe, por qué ya Portugal no es de España, después de la jura del Rey D. Felipe II en Tomar.

Porque una cosa es *tomar* y otra *ganar* el ánimo y el corazón de las gentes, respondió aquél, y el Rey D. FelipeII fué Rey de Portugal por eso de *tomar;* pero ni él ni sus herederos afianzaron esa corona por el *ganar* de que os hablo.

¿De modo, insistió D. Quijote, que ya no quedan á España de todos sus territorios más que sus propios reinos, y Nápoles, Sicilia, Cerdeña, Milán, el Rosellón y Flandes, el Franco Condado, Orán, Bujía, y Túnez, las ínsulas Baleares, las de Cabo Verde y Canarias, sus posesiones de Oceanía y todas las Américas?

¡Ay! mi Señor D. Quijote, exclamó D. Lucas

incontinenti, para no dejar que contestara con algún dislate su sobrino; ni aun eso tenemos, y ya nos daríamos por satisfechos con la vigésima parte. Nos hemos quedado con nuestra propia casa, y gracias; quiéroos decir sin Italia, y sin Países Bajos, y sin Orán, Bujía y Túnez, y sin Asia, y sin las Américas también, y aún nos pisa Inglaterra un callo en Gibraltar; pero vivimos de nuestras glorias pasadas, y tenemos grandes ejecutorias de nobleza, de que carecen otros pueblos advenedizos.

Señor tío, interrumpió el Príncipe D. Juan; no haga V. tan negra pintura de nuestra pobreza presente á este hidalgo caballero; que todavía nos quedan Flandes en las mantecas que recibimos; Bujías en las fábricas de estearina; los Países bajos de nuestras madrileñas, y las Américas del Rastro.

Sea como quiera, repuso con viveza D. Quijote, lo que resulta es que, mientras yo dormía en mi encantamiento de tres siglos, ha habido malandrines que han menoscabado los territorios reunidos bajo nuestro Rey D. Felipe II, y que ya el sol se pone en nuestros estados, cuando antes no se ponía.

Sí, señor, dijo el sobrino, y se pone apenas sale; pues sólo dura ocho horas en nuestras tierras, como en cualquier pegujar.

¿De manera, añadió el caballero, que con eso, lo mismo el imperio de Villacañas que el del Toboso habrán quedado muy limitados y estrechos?

Del ancho del mahón, Señor D. Quijote, respondió el Príncipe, que no hacía caso de los tirones que de la casaca le daba su tío, deseoso de evitar burlas.

¡Pues yo os juro, gritó D. Quijote poniéndose en pié con el tenedor en la diestra, que aunque no tuviera más arma que esta de tres menguadas puntas con que ahora me veis, con ella he de reconquistar todos esos reinos, ínsulas é imperios perdidos; lo mismo en Asia que en Africa, y en Europa que en Indias, y he de unirlos todos á la Imperial corona del Toboso, dejando intacto por agradecimiento el de Villacañas; del cual lugar del Toboso he de hacer

la metrópoli de tan vastos Estados y el centro de su poderío; y amén del rey de la Patagonia, ya postrado ante Dulcinea, he de poner á sus pies, en hileras de á trescientos, á los reyes y emperadores que hoy nos usurpan aquella herencia, venida en línea derecha del Emperador Carlos V.!

Calla, sobrino, volvió á repetir D. Lucas en voz baja; que ya no tengo duda ninguna de que este es nuestro D. Quijote.

Y el hidalgo en pie, con los ojos salientes y relampagueantes y la actitud de belicosa acometividad, seguía jurando y perjurando que ganaría en una semana todos esos reinos y además el imperio de Andorra, y blandía al aire el tenedor, como si ya estuviera ensartando á docenas á los guerreros y capitanes de los ejércitos enemigos.

Sosiéguese vuesa merced, dijo D. Lucas, que temía que en alguno de aquellos bruscos movimientos le saltara D. Quijote un ojo; sosiéguese y repare que ahora no está declarada la guerra todavía con esos reyes usurpadores, y no dude que le creemos capaz de vencerlos uno á uno y á todos juntos con sus numerosos ejércitos.

Así es la verdad, dijo el sobrino, y yo en nombre de mi hermana la Emperatriz de Villacañas y en agradecimiento á esa promesa de respetarle su imperio, hago donación á vuesa merced de ese arma de tres puntas, con que podrá herir á los enemigos de tres en tres, y que es nada menos, en abreviación, que el formidable Tridente de Neptuno.

Lo acepto gustoso, dijo D. Quijote, cuanto más que ya he recibido un yelmo de vuestra hermana, que guardo para las grandes batallas y que aventaja al de Mambrino, y juntaré con él este Tridente puesto que es abreviación del otro que sirvió á Neptuno para domeñar mónstruos marinos y tritones. Y, para que vieran todos el rico presente de la Emperatriz, hizo traer el yelmo que dentro de la caja de sus armaduras llevaba, y que resultó algo desportillado y con un asa menos, por el traqueteo que había sufrido la caja en que iba.

El Príncipe D. Juan no pudo aguantar más la risa, al ver el celebrado yelmo, y D. Lucas para disculparle hubo de decir que su sobrino padecía esa risa que llamaban sardónica, y que le acometía á lo mejor sin motivo; pues el cervantófilo, que se sabía de memoria el Quijote, se acordó de las malas pulgas del caballero y del golpe de lanza que valió en las costillas á Sancho el haberse extralimitado en la espantable aventura de los batanes.

Anhelaba D. Lucas que se alzaran los manteles y se marchara su sobrino para quedarse á solas con D. Quijote; pues le quería consultar algunos puntos obscuros de su historia, escrita por Cide Hamete, y someter á su aprobación el nuevo Buscapié; pero el Príncipe se anticipó á los anhelos de su tio, porque quiso ir al Veloz-Club á referir á sus amigos la extraña locura del huésped, y combinar con ellos algunas nuevas burlas; así que se despidió del caballero, no sin mandar que se le guardaran cuidadosamente en la caja el yelmo y el tridente neptuniano.

Viéndose D. Lucas á solas con el de la Triste figura, le llevó á su despacho y allí le hizo sentar en un diván y mirándole de nuevo y remirándole, para asegurarse más de que era el propio D. Quijote, le tomó juramento de no contar á nadie lo que iba á leerle y consultarle, y sacando un gran libro de su biblioteca y luego el manuscrito del flamante Buscapié, sentóse á su lado, calóse las gafas de oro y comenzó á referir y leer lo que más adelante se verá.



CAPITULO XII

De la grave y acalorada consulta que celebró el cervantófilo D. Lucas, con el auténtico D. Quijote de la Mancha, y de la Embajada que recibió éste.

Dios sea loado, dijo D. Lucas, de haberme traído esta propincua ocasión de confrontar con el mismo D. Quijote en persona, para preguntarle algunas cosas escondidas de la crónica que de sus aventuras escribió Cide Hamete Benengeli, al decir del preclaro autor del Pérsiles y la Galatea. Y la primera es si son ó no ciertas las interpretaciones que de ese libro hicieron Bouterwech y Sismondi, suponiéndole demostración del inacabable combate de la poesía y la prosa del alma; ó Fóe, creyéndole una sátira contra el Duque de Medina Sidonia; ó el discutido Buscapié, de ser relación ridícula de las empresas de Carlos V; ó el mismo Cervantes de no ser otro su deseo que el de poner en aborrecimiento de los hombres las fingidas y disparatadas historias de los libros de caballerías.

No es fácil averiguar, respondió D. Quijote, los pensamientos secretos de los autores de libros; cuanto más que á las veces descubren unos para encubrir otros; pero por lo que yo sé de esa crónica, nada tiene que ver con la guerra de la poesía y la prosa, que ignoro cuándo se haya declarado, ni donde se libren sus batallas; ni con el Emperador Carlos V, que no tuvo de ridículo en sus empresas, sino de alto y glorioso, aunque cometió el pecado que le marchitó sus laureles de no acudir al desafío de los reyes de Francia é Inglaterra, por vil consejo del Duque del Infantado y por una miseria de maravedi-

ses que el de Francia le debía; como si por deber se dejara de ser caballero y se tuviera el honor en entredicho y solo los ricos que pueden pagar fueran dignos de usar los fueros de la caballería. Y añado más, y es que tampoco sería el pensamiento de ese moro que escribió mi crónica desterrar los libros caballerescos, escribiendo otro de donaire y burla contra ellos; pues, si se lo propuso, le resultó al revés, y es que lejos de desterrarlos, en éste se han resumido y perduran todos ellos y en mi fama se van condensando y trasmitiendo todas las glorias de los caballeros andantes. Creo mejor que, si aquella fué la idea declarada del moro socarrón que me tocó por cronista, la escondida, era ni más ni menos que desfigurar mis hazañas y contrahacer mi figura de caballero cristiano, como hacen todos los moros en sus crónicas, cuando de nosotros se trata; pero que me ha hecho sin querer merced en vez de agravio, como se hace al sol poniendo por delante de los ojos vidrios ahumados para mirarle: porque así se le puede ver en su redondez, sin que cieguen los rayos de su lumbre; que tal ha sido el esplendor de mis hazañas, que vistas de frente y sin esos ahumados vidrios, ninguna humana persona habría podido mirarlas ni comprenderlas, y á través de las burlas y desfiguraciones de ese moro cronista mío, todos en las cuatro partes del mundo me ven, consideran y admiran en mi grandeza; adivinando por natural intuición lo que mi cronista ocultó, y separando de mi figura los falsos aderezos de que vistióla.

¿De manera, replicó D. Lucas, que de este libro hay que quitar las burlas y donaires de que se rodea á vuestra persona y á Sancho, y creer que fueron gigantes los molinos y ejércitos las ovejas y las ventas castillos y princesas las maritornes y verdadera la ínsula que gobernó Sancho, é hipógrifo Clavileño y el mismo Rocinante fogoso caballo como el de Bayardo?

Así lo eran realmente, interrumpió D. Quijote; sólo que no á todos parecían tales, por las mudanzas que los encantadores producen en las cosas más reales y de que somos víctimas muchas veces los andantes caballeros.

El caso es, añadió D. Lucas, que no hay quien crea en esos encantamientos, ni en duendes, hadas ni brujas, y ya se burló muy donosamente de ellos Wieland en su Don Silvio de Rosalva, que por ser posterior á la fecha en que á vuesa merced le acometió aquella calentura y cayó en catalepsia, no conocerá ni habrá oído nombrar.

Ni le he oído, ni le creo más que un embaucador, respondió el caballero; porque negar los encantamientos y las hadas y los duendes, en estos tiempos en que ellos andan sueltos por todos lados, según he visto en el palacio de Villacañas y en mi viaje sobre el dragón y veo ahora mismo en esas carrozas grandísimas y pesadas cargadas de gente, que corren solas y sin caballerías que las arrastren, con un largo y delgado brazo de algún duende escondido, que se agarra á un grueso alambre que va por cima, es negar la evidencia y querer comulgarnos con ruedas de molino.

Esto dijo D. Quijote, porque, estando cerca del balcón, acertó á pasar por la calle un tranvía eléctrico con su *trolley*, y lo vió y se asomó á los cristales para observarlo, creyendo que el *trolley* aquel era un largo y descarnado brazo, que lo llevaba suspendido y en volandas.

Tiene razón vuesa merced, respondió D. Lucas; que tales cosas se ven en estos tiempos que no parecen humanas, sino de otro mundo y de otros poderosos é invisibles séres, y yo por eso defiendo al moro Cide Hamete y á Cervantes, que transcribió su crónica: porque, si á las demás personas parecieron las cosas como él las cuenta, aunque fueran como vuesa merced las vió, no es mucho que aquél las relatara como parecieron á la mayoría y no como en sí fuesen, no viéndolas así sino vuesa merced; ya que las historias se han de referir según el universal asenso, tradición y testimonio de la mayor parte de los que presenciaron los sucesos, siendo testigos idóneos.

Nó, repitió airado D. Quijote; que si la historia es luz de la verdad y maestra de la vida, como yo he leído en mis mocedades en Cicerón, ha de reflejar la verdad misma en sí, y ser lo

que la aclare cuando á los demás parezca enturbiada ó desfigurada, y en vez de dejarse llevar del común sentir, erróneo á las veces, adoctrinarlo y dirigirlo, á guisa de maestra que enseña y corrige. Así que esa mi historia no es historia, sino tejido de desfiguraciones y mentiras, y voto á tal que, si yo cogiera vivo al moro que la escribió, había de desollarle, para que no jugase más con la honra y la fama de caballeros andantes.

Por eso, respondió D. Lucas, he querido yo hacer otro *Buscapié*, diferente de aquel que compuso y quiso pasar por auténtico D. Adolfo de Castro, y cuya falsedad tuvo que descubrir el extranjero Ticknor, más cuidadoso de la pureza de las Letras patrias y más enterado de ellas que los de casa. Y ese nuevo Buscapié es el que quería consultar á vuesa merced, por si le parece bien que lo dé á la estampa.

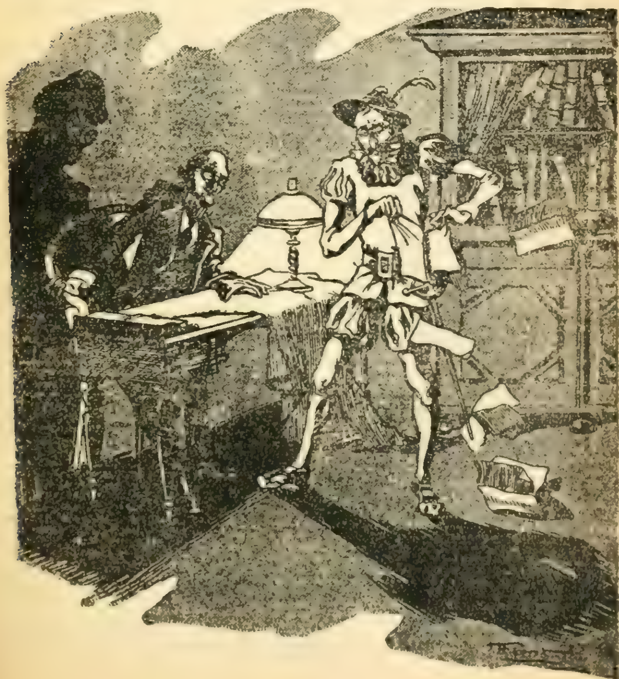
Veamos qué es ello, dijo D. Quijote, y tomando D. Lucas su manuscrito, comenzó á explicar que él suponía allí que había cierto caballero con una enfermedad á la vista, que le hacía ver siempre las cosas mudadas, y que así trocaba los colores como las figuras; y fundado en eso porfiaba él ser cierto lo que veía y contaba, y porfiaban todos los demás que esos eran embelecos y mentiras. Este tal caballero leyó el libro aquel del Ingenioso Hidalgo y lo que en él se descubre que eran ventas él lo veía propiamente castillos, y los que en aquel resultan ser molinos él los veía como D. Quijote gigantes verdaderos, y lo mismo todo lo demás; resultando que bien podía D. Quijote estar enfermo de la vista y no del entendimiento, como el caballero que todo lo veía como él, y que tenía su juicio sano, aunque su retina trastornada.

Este, dijo D. Lucas, puede ser el verdadero Buscapié, ó sea, la disquisición y averiguación de la causa de las aventuras de esa crónica, vista de tan diferente manera, para demostrar esas mudanzas; y por eso, pongo en mi libro un capítulo, como olvidado de incluir por Cervantes en su obra, cuyo epígrafe dice: «De la rara aventura que aconteció á D. Quijote con una

bandada de gorriones, que vió ser dragones alados.»

Alto ahí, seor bellaco, exclamó D. Quijote sin poderse ya contener, que no habeis podido imaginar hermenéutica más disparatada y más ajena á la verdad que pretendéis descubrir: porque ni yo estuve jamás enfermo de la vista, ni gasté gafas siquiera, sino que la tuve siempre muy certera y sútil; ni vuestro imaginado y enfermo caballero podía, de leer solo, mudar las cosas que leía en otras, sin verlas con sus ojos, si la enfermedad era de éstos y no de su magia. Y eso de los gorriones digo que es falso y gratuito: porque yo he cazado muchos en mis madrugadas y puéstolos en mi percha, sin creer jamás que llevara colgados racimos de dragones ningunos.

Acobardóse D. Lucas con las voces y adema-



nes de D. Quijote, y éste le cogió el manuscrito y lo rompió en pedazos, y hubiera pasado á más si en aquel momento no hubiese entrado el Príncipe D. Juan, que venía del Veloz-Club, y que puso paz entre los alterados disputantes, enterándose del caso y dando la razón á D. Quijote.

Cálmese vuesa merced, dijo el Príncipe, que yo quiero ser juez en esa disputa. Este caballero, hizo bien volviendo por los fueros de la verdad histórica y de su propia fama, que usted mi señor tío, sin querer, alteró y puso en nueva confusión y entredicho; que muchas veces los que más saben caen en los lazos más peligrosos: porque ¿cómo habían de ser engendros de sus ojos todas las visiones que se cuentan en su donosa crónica, cuando los tiene tan sanos y penetrantes que las águilas se los envidiarían? ¿Y qué Buscapié es ese que en aquello se funda, ni qué aventura es esa de los gorriones que pudo quedar olvidada á un cronista tan perspicaz, que vió convertida en liebre á Dulcinea?

¡Sobrino! ¡Sobrino! gritó fuera de sí D. Lucas; ¿ahora te vuelves contra mí, tú que fuiste el que me sugirió ese episodio de los gorriones, cuando yo andaba buscando algo que encajara en mi Buscapié?

Lo que yo veo de todo, interrumpió D. Quijote, es que el Sr. Príncipe tomó también de burlas mi persona y hazañas, y á fé que, deseando estoy encontrar á uno que responda por el moro Cide Hamete de aquellos donaires, y si vos, Sr. Príncipe D. Juan, sois ese, decidlo de una vez y salgamos á campo raso, yo á vengarlo, y vos si podéis á mantenerlo.

Tan lejos estoy de ello y de haber querido amenguar el brillo de vuestro nombre, dijo el Príncipe, que ahora mismo os traía á presentar una Embajada, que viene del Real Palacio, para haceros todos los honores y acompañaros á visitar esta gran ciudad y las Américas que nos quedan, después de los descalabros sufridos desde los tiempos del Rey D. Felipe II hasta nuestros días; y si me concedéis para esto vuestra venia, voy á decir á esos señores Embajadores, que en uno de esos salones aguardan, que pron-

to apareceréis ante ellos, para que cumplan su cometido.

Ahora mismo, dijo D. Quijote deponiendo su enojo y orgulloso de verse considerado como un monarca, y dejando á D. Lucas que recogiera y viese de componer los pedazos de su Buscapié, por el suelo esparcidos, salió con el Príncipe á recibir aquella Embajada.

Formábanla varios amigos del Príncipe Don Juan, salidos del Veloz-Club con tal objeto, y disfrazados en la casa misma de D. Lucas con los más extravagantes trajes y mantos escarlata de la guardarropía del Real; y, puestos en pie y adelantado gravemente hacia D. Quijote cuando le vieron asomar, hincaron los hinojos ante él, y después de levantados, por ademán y merced del caballero, uno de ellos le dijo que de parte de S. M. el Rey, que á la sazón allí reinaba, estaban encargados todos de saludarle como á vencedor de Suero de Quiñones, y honra y prez de la andante caballería; rogándole que con ellos, en traje de calle y fuera ya de ceremonia, visitara los lugares y monumentos más célebres de aquella Metrópoli, y sobre todo las Américas que nos quedaban y las pusiese con juramento de caballero bajo la protección de su espada.

Contestó D. Quijote que él agradecía á S. M. aquella muestra de magnanimidad y cortesanía; que sí visitaría esos monumentos y lugares, y que en cuanto á las Américas que nos quedaban él juraba que nadie osaría contra ellas, y que seguirían siendo de la corona de España, con la sola salvaguardia de su lanza; pues que espada no tenía hasta que hallara ó ganase otra digna de su brazo.

Entonces el principal y cabeza de la Embajada dijo que otra muy grave y peligrosa protección tenía que pedir al caballero en su propio nombre y el de la Ciudad toda, y era que ésta hallábase aterrada por cierto moro llamado Otelo, que imponía en ella su voluntad rechinando los dientes y haciendo gala de sus membrudos brazos, llegando el espanto á tal que se temía ahogase á una hermosa Princesa, á la que había confiscado y hecho su esposa á la fuerza,

y de la que había concebido horribles y espantables celos, por cierto pañuelo que se le había perdido; cuya Princesa se llamaba Desdémona y era la más divina y tierna criatura que había debajo de las estrellas, exclusión hecha de Dulcinea del Toboso.

Prométoos, exclamó D. Quijote, que he de libertar á esa hermosísima Princesa del cautiverio en que la tiene ese ogro, aunque rechine los dientes más que Panurgo: aunque sea más feroz que Rodomonto, y aunque tenga más fuerzas que Hércules; y sólo os pido que, así que se realice esa hazaña, vayais á la Patagonia donde está Dulcinea en guerra con otros gigantes, y le contéis el combate singular y extraordinario vencimiento de ese mónstruo, que aterra á todo este reino, y que no ha podido ser vencido por nadie todavía.

Sí lo haremos, respondieron ellos, y fuéronse á mudar de traje y á despojarse en el departamento del Príncipe de sus mantos de ceremonia, para acompañar á D. Quijote á recorrer la Villa y sus monumentos.

Tomaron dos coches, encaminándose á las Caballerizas Reales, y en ellas quedó admirado Don Quijote de ver tantos y tan buenos palafrenes, diciendo solamente que, ó sobraban caballos, ó faltaban allí caballeros. Luego fueron á la Armería y al ver tantas y tan diferentes armas, maravillóse también, echando de menos los guerreros. Y de allí se encaminaron al Museo Naval, donde se conservan otras armas y cascos y coseletes, y además los modelos en pequeño de nuestros barcos de guerra.

Esa es nuestra escuadra Invencible de ahora, dijo el Príncipe mostrándoselos, y D. Quijote se asombró de que tan minúsculos juguetes pudieran ser nuestra única fuerza marítima y llamarse invencibles y señores del Océano.

De allí marcharon á recorrer las Américas que nos quedaban. La admiración del caballero subió de punto al ver que eran una parte del Rastro, con tantos viejos muebles, ropas y libros usados, armas de hierro enmohecido y cacharros y utensilios de toda clase, deshecho de todas las viviendas y escoria de toda la ciudad, que se le acongojó el corazón.

¿Cómo, Señores míos, exclamó con voz conmovida; es esto lo que nos resta de aquel vastísimo continente que Colón descubrió y ganaron para la corona de España Pizarro y Cortés, y tantos invictos capitanes, y que rodeó hasta el Pacífico Vasco Núñez de Balboa, tomando posesión con su caballo de la inmensidad de aquel mar, bañándolo hasta los corvejones en sus olas?

Esto es, Señor D. Quijote, lo que nos han dejado, dijo el Príncipe emocionado también, á pesar de haber dispuesto aquel paso burlesco. Y D. Quijote se arrodilló ante aquel mundo de bártulos inservibles y, poniendo la mano sobre el corazón, exclamó:

¡Yo juro, en estos menguados restos de nuestra grandeza, en estas espadas rotas y cascos enmohecidos, que sin duda son de aquellos esforzados capitanes, devolver á España sus dominios del Nuevo Mundo, para que esas diez y ocho Españas que en su extensión hemos perdido, se junten al eco de un habla sola, y palpiten al unísono de un corazón, y formen la gran raza hispano-americana que fué señora del mundo!

Y los burladores del Veloz-Club que habían ayudado á aquella cómica escena, sintiéndose españoles también, tomaron por lo serio la ceremonia y con las lágrimas en los ojos y la rubor en las mejillas, se abrazaron al caballero y le alzaron del suelo en que hincaba la rodilla, y le dijeron: ¡Verdaderamente que sois el noble y admirable D. Quijote de la Mancha, y que si no hubiérais estado aletargado tres siglos, no nos hubiese acontecido tan grave y bochornosa caída!

Despierto estoy ya, respondió el caballero, y en una noche de velar se hace más que en tres siglos de dormir. Pero ved que perdí mi espada y que hé menester otra para mis empresas, y esa que miro ahí debe ser la de Hernán Cortés, cuando quemó las naves y se quedó con ella no más para morir ó vencer en medio de un país enemigo. Y, descolgándola de un clavo en que estaba prendida, se la ciñó llena de moho; pagándola el Príncipe y saliendo todos de allí pesarosos de la broma.

CAPITULO XIII

De las sorprendentes cosas que vió el caballero en la Villa y Corte.

Pasado el momento de la emoción y dejadas las Américas, los visitantes volvieron, como gente alegre, á sus chanzas, y llevaron al Museo de Pinturas á D. Quijote; el cual á penas se vió en aquella rotonda de la entrada, y luego en aquella amplísima galería de altas ventanas, que derraman luz cenital sobre las inmobles obras de los grandes genios, creyó que todo aquello era vivo y le miraba severamente, y que aquellos reyes y reinas retratados por Velázquez, y aquellas Meninas, y aquellos Bebedores, y aquella Fragua de Vulcano, y aquella Rendición de Breda, maravillas de su pincel; y al igual aquel Hércules de Zurbarán, ora separando los montes Calpe y Abila, ora luchando con el león de Nemea, ó venciendo á los Geriones; y lo mismo aquella Dido y aquella Diana y todas aquellas mujeres, unas vestidas, otras desnudas, y héroes, capitanes y personajes, se habían reunido y congregado para recibirle en aquel palacio maravilloso. Y así fué hablando á cada uno noble y comedidamente, según su clase, tomando el silencio de ellos como muestra de respeto y de admiración á su persona: cosa que le confirmaron los Embajadores que con él iban, cuando saliendo de aquella recepción hubo Don Quijote de mostrarse algo sorprendido de que hubieran callado todos y no respondido á sus palabras, á pesar de ser tantos y de tan diversas condiciones, tal que parecía que estaban todos encantados, pues tampoco notó que hicieran movimiento; explicándole el Príncipe D. Juan

y sus acompañantes que esta era señal de gran cortesía y homenaje, en aquel que se llamaba *Palacio del silencio.*

Pero como el caballero preguntase si era señal de respeto y homenaje también allí, el presentarse sin ropa ó muy lijeras de ella la mayor parte de aquellas damas, tanto que él había tenido que cerrar los ojos, por la fidelidad que á Dulcinea debía, ellos respondieron que sí, y que aquellas eran Princesas venidas de islas y parajes donde, como es sabido, no se usa por el mucho calor más que algún ligero velo, y de otros en que aún sin eso andan las mujeres, por serles incómodo, y porque su misma inocencia les impide creer que así cometen obscenidad, como por su candor no lo creía Eva, antes del grave suceso de la manzana.

Con ello quedó satisfecho D. Quijote, diciendo que eso era verdad, y que la inocencia era el mejor traje de la virtud, y la picardía y corrupción la peor de las desnudeces; con lo que marcharon regocijados al Retiro, esperando ver la impresión que causaría al caballero el hallarse de repente en la casa de fieras.

Pasando por aquellas alamedas frondosas, creyó éste que iba por un bosque y que alguna aventura le sobrevendría, diciendo á los Embajadores y al Príncipe que, si como suele acontecer en tales lugares, les sobrecogía algún peligro, fiaran en él, que ya tenía al cinto aquella espada de Hernán Cortés, que había cortado las cabezas de tantos mónstruos incas, y que él haría con ella lo que el rey Perión delante del rey Garinter con el león que se le apareció en la montaña; diciendo ellos que sí confiaban y que tenían oido que por allí albergábanse temibles fieras, tal que la aventura esa de Perión y la de los leones que dió su más preciado timbre al caballero podían, si topaban con aquellas otras bestias feroces, ser tortas y pan pintado.

Y así diciendo entraron de repente en el Parque Zoológico, y vió D. Quijote ante sí aquella varia colección de tigres reales, y panteras de Java, y leones y leonas, leopardos, osos blancos y elefante, que aunque joven ya llenaba to-

da una gran jaula, mostrando su orejuda cabezota y su trompa disforme; y poniéndose el caballero delante de los Embajadores, como para resguardarles, retó á aquella grey, aun más gallardamente que hubiese podido hacerlo un gladiador esforzado, despreciador de su vida, después de pronunciar con sus compañeros en el romano circo el «Morituri te salutant». Mas, viendo que aquellos temibles animales no le atacaban y sólo daban vueltas en sus estrechos recintos, pidió con voz altisonante abrieran aquellas vallas de dobles rejas, porque él solo acabaría con todos ellos, como vil ralea de encantados enemigos; á lo que los Embajadores le dijeron que, pues estábanse así, más parecía que alguna providente mano había puesto esas barreras para que el caballero no les rematase, y que convendría perdonarles la vida. Volved la espada á la vaina, exclamó el Príncipe; que tal vez sea cierto aquello de la metempsícosis y estéis delante de los espíritus de vuestros abuelos, encarnados en estos leones; ó de vuestra ama que os mira por los ojos de esa pantera, ó de vuestra sobrina que se revuelve en esta cebra, ó del cura que será ese oso, ó del bachiller Sansón Carrasco que ahora animará á ese elefante: á cuya duda, y sabiendo D. Quijote cuán fácil era transformarse los humanos séres en animales de todas especies, desistió de hacer tajadas á toda la grey rugidora.

El Príncipe, para confirmar sus palabras de la conveniencia de no rematarla, dijo á D. Quijote que no sólo era posible aquella encarnación de los espíritus humanos en animales, según creían los indios, sino que, aun sin eso, había que tenerles respeto como á nuestros antepasados; pues conforme á ciertas averiguaciones de unos sabios llamados Darwin y Haëckel, de aquellos irracionales provenía la especie humana por sucesivas transformaciones; tal que el hombre en el materno claustro, antes de hacerse hombre, venía siendo molusco y pez y reptil y ranacuajo y sapo y vertebrado de varias clases, y tanto que él podía poner al caballero allí mismo delante de nuestro padre Adán y de Eva y de Caín y Abel, y de toda nuestra primer fa-

milia paradisíaca; y volviéndole hacia la jaula del centro de aquel parque, le mostró un gran orangután con su hembra, que estaba sentado royéndose las uñas, y muchos monos de distintas castas, que andaban á cuatro manos ó se colgaban de aquellos trapecios y altas rejas. Pero, en eso no estuvo conforme D. Quijote, que, mirándolos detenidamente, afirmó que Adán y Eva no podían ser así: porque entonces no había encantamientos ningunos, y siendo el hombre hechura de Dios y á su imagen, no debió haberlo creado el Todo Poderoso tan esbelta bestia, pues en ninguna de ellas se veía el divino soplo de que habla el Génesis; ni, de ser así nuestros primeros padres, hubiera dejado de resultar la humana especie un enjambre de monos; pues no había razón alguna para que los unos, hijos de Adán, se hubieran hecho hombres sabios, artistas y caballeros, con la luz de la razón encendida en sus cerebros, y los otros hermanos suyos, hubieran quedado siempre monos, como sus padres; de cuyo discurso dedujo el Príncipe y pensaron los demás Embajadores que no era tan loco D. Quijote como creían, ó que por lo menos no lo era tanto como aquellos sabios del *transformismo.*

Ahora, dijo uno de los amigos del Príncipe, debe nuestro señor D. Quijote asomarse á ver, pues de aquí están cerca, los únicos mares que domina la poderosa armada española, hija de aquella Invencible con la que sólo pudieron las tormentas y la divina iracundia, y le llevaron á la orilla del estanque del Retiro, donde algunas inocentes criaturas echaban migajas de pan á los patos.

¿Esos son nuestros mares? exclamó asombrado D. Quijote. En verdad que parecen minúsculos y corresponden á aquellos barcos que antes hemos visto y que creía infantiles juguetes. ¡Por vida! que para tales barcos tales Américas y tal Océano, y por cierto que de resucitar Colón no lo conocería ni cabría en él con sus carabelas, ni las gentes que en ellas llevaba se le habrían revuelto, por lo largo de la travesía. Pero ya los tornaré yo á su inmensidad pristina y natural, y los poblaré de navíos, convirtien-

do en bajeles de guerra las hojas de estos árboles, como hizo Astolfo cuando, para defender la Provenza de los sarracenos y conquistar siete países tan vastos cada uno como toda el Africa, se dirigió con sus soldados á la playa y arrojó á las olas una gran cantidad de hojas de laurel, oliva, cedro y palmera, que en el instante se trocaron en maderos y barras de hierro, que acoplándose tomaron diferentes formas y se hicieron hurcas, bajeles y galeras poderosas.

Ese sería el remedio de nuestra Marina, interrumpió uno de los Embajadores, que sin gravar los presupuestos tendríamos una más numerosa y fuerte que la de Albión, y muy buenos astilleros en cada olivar de Andalucía; y si las hojas de las higueras se pudieran trocar en acorazados de los que ahora se usan, mejor: porque no habría nación más potente que España.

Sí se pueden, contestó D. Quijote; que yo no creo que fué virtud de las olivas, palmeras y cedros tener hojas mudables en navíos; sino facultad de la andante caballería y merced concedida á los campeones de ella, para las más apuradas ocasiones; y pues ésta es de apuro para nosotros, yo haré que salgamos así de él, y cuanto más grandes sean las hojas que se empleen, más formidables serán los navíos que se formen; por lo que creo que esas de las higueras han de resultar muy convenientes. Y para probar á vuesas mercedes lo ejecutivo de mi oferta, ahora mismo haré que esta minúscula hoja se trueque en una pequeña embarcación que aquí navegue: y arrancando la hoja de un árbol de al lado, la arrojó al estanque.

Acertó entonces á cruzar la lancha que en el dicho estanque sirve para recreo, y que salió de la caseta de al lado en punto en que no la vió D. Quijote, y al mirarla luego como por encanto ante él, la señaló á los Embajadores ufano, diciéndoles cómo se había cumplido incontinenti su ofrecimiento, y todos fingieron maravillarse; tanto más cuanto que la barca iba llena de gente, que sin duda había salido toda también de la menuda hoja de árbol, co-

mo convendría saliesen con los nuevos acorazados sus tripulaciones.

En estos y otros esparcimientos pasaron la tarde y obscurecía ya cuando volvieron á la Ciudad, calle de Alcalá abajo, quedando absorto D. Quijote ante aquellas nunca vistas luminarias de arcos voltáicos, que se encendieron á miles al paso de la Embajada, en los confines del cielo, para dar más blanca luz que el sol mismo; por lo que preguntó el caballero si era también el Hada Electricidad la que hacía esas maravillas, y los Embajadores le dijeron que sí y que le llevarían á casa de un Nigromante que tenía tratos con ese Hada y recibía de ella estos y otros favores: conduciéronle realmente á la rica morada del Director de una de las sociedades eléctricas que suministran á Madrid aquel fluído; el cual Nigromante ya estaba avisado de que iría el caballero y quién se decía éste ser, y las maravillas que había de mostrarle. Y con efecto, llegados y hechas las presentaciones, les introdujo en un vasto salón, donde las lámparas de todas clases formaban caprichosas labores por todo el techo y paredes, y un hermoso órgano eléctrico tocaba él solo una música suave, aún más divinamente que en el palacio de Villacañas.

Cesada la música, el Nigromante preguntó á D. Quijote si quería hablar con el Hada Electricidad; y como éste asintiera, llamó al teléfono á cierta dama, también avisada de ello. é hizo que el caballero se pusiera los auriculares y preguntara cuánto quisiere, y éste habló y oyó aquella lejana voz de mujer que parecía salir de aquella cajita misteriosa, y no tuvo duda de que era el Hada; pues por más que registró y le abrieron la cajita, nada vió sino unos carretes y enigmáticos resortes.

Esto así, el Nigromante enseñó á D. Quijote el más perfecto fonógrafo que tenía y le dijo que oiría en él voces y cantos humanos y músicas y cuanto deseara; y el caballero dió un paso atrás cuando escuchó, por el milagro de aquel cilindro rotativo, un cuento con gracia contado, un trozo de oratoria con calor dicho, unos versos con amor recitados, y hasta un tro-

zo de su propia historia, arrancado del libro de Cide Hamete; aquel del discurso de las armas y de las letras.

¿Veis, dijo al Príncipe, con cuánta razón me incomodé con vuestro tío cuando negaba que hubiera ahora hadas y duendes? ¿Qué otra cosa pueden ser estas voces sino recitaciones de ellos, que tan pequeños son que en esa y en la otra caja de allí se esconden, y hablan por aquellos cordones ó por esa bocina, callada ó fuertemente? Sólo que en estos días están más familiarizados con los hombres y les sirven y halagan, y en el tiempo pasado, que yo dejé, se escondían de ellos y los burlaban á cada paso.

Y como preguntara quién era el caballero que los había vencido y sojuzgado, el Nigromante dijo que era un su amigo llamado Edisson, que los vendía encerrados y preparados en aquellas pequeñas cajas, en grandes remesas, como los arenques. Dijo también á D. Quijote, si quería oir su propia voz, que les hablara por aquella bocina de cristal y ellos retendrían de memoria sus palabras y las repetirían sin perder una sílaba, y con el mismo acento y voz de él; y Don Quijote se acercó y dijo sobre la bocina las coplas que le cantó á Altisidora, y luego las escuchó de tal modo reproducidas y tan limpias y bien moduladas, con su mismo tono, que su admiración subió de punto y aseguró que jamás encantador alguno, ni el mismo Merlín, supo hacer cosa semejante.

Entonces, con el mayor comedimiento, dijo al Nigromante que quería saber si él, que gobernaba allí en aquel palacio á todos aquellos duendes y genios, era duende y genio también, ó persona de carne y hueso: á lo que el Nigromante respondió que no estaba seguro de ello; porque, aunque se tocaba y palpaba como persona material, otros nigromantes más sabios que él, llamados Fitche y Hégel habían averiguado que todo era idea inmaterial, con corporal apariencia, y el mundo en que vivían y las mismas personas ilusión de los sentidos solamente.

Quiso, por fin, D. Quijote, saber si podría hablar con Dulcinea, aunque ésta se hallaba en la guerra contra la Patagonia, y el Nigromante

respondió que no había inconveniente, siempre y cuando le avisara un minuto antes, para que acudiera al llamamiento: y telefoneando entonces el susodicho á otra dama, que era una amiga suya, muy alegre, donosa y fácil, le advirtió que allí estaba D. Quijote de la Mancha y que, si ella era Dulcinea y podía dejar un minuto su guerra y matanza de patagones, se quedase allí para que le hablara su idólatra de la Triste figura, aunque fuera una sílaba; y accediendo ella, D. Quijote se abalanzó al teléfono y le dijo que él era su caballero ferido de punta de amor, y que se hallaba postrado ante su fermosura y ansioso de oir de su boca una palabra de esperanza; contestando Dulcinea que esperar era merecer, y que aguardara á que ella concluyese su guerra; que cuando ni un patagón solo quedara con cabeza, volvería á dar la respuesta definitiva de tan fino requerimiento; á lo que se cortó la comunicación, y D. Quijote quedó alegre y confuso á la vez, pensando en aquellas discretas palabras y en su oculto y sibilino sentido, anhelando que fuera rematado el postrer patagón de aquellas remotas tierras, para tener la respuesta prometida.

Cuando regresó D. Quijote con el Príncipe al palacio de D. Lucas era ya entrada la noche, y tantas y tan varias emociones, visiones y audiciones tan sorprendentes y descarriadas del natural curso de los sucesos humanos, le dejaron aturdido el cerebro; tanto que se arrojó sobre el lecho, vestido, sin más que desceñirse la espada de Hernán Cortés, y allí en la sombra de la silenciosa estancia vió todo revuelto y hacinado, cuanto había presenciado y creído ver: armas sin guerreros; caballos sin caballeros; las Américas españolas reducidas á una parte del Rastro; cachivaches, bártulos y tizonas; los mil reyes, personajes y mujeres desnudas del Palacio del Silencio; sus propios abuelos trocados en leones y su ama en pantera de Java; nuestro padre Adán en su primitivo estado de orangután, royéndose las uñas; las hojas de las higueras convertidas en navíos; el Hada Electricidad cabalgando sobre hilos invisibles; los duendes hablando en minúsculas

cajas cerradas y remedando su misma voz por metálicas bocinas; miles de claras lunas bajadas á la tierra, alumbrando la noche y los palacios; y por fin, sobre todo ese hacinamiento de revueltas maravillas, Dulcinea hablándole desde la Patagonia y respondiendo á la tierna y enamorada declaración de él, con el rubor en las mejillas y la castidad en los labios.

Aquello era superior á todas sus aventuras antiguas y le rendía y anonadaba; así que no oyó los lastimeros y débiles quejidos de Panza, que desde otra alcoba próxima destapaba los buzones de un cólico cuasi miserere, como el que acabó con su tatarabuelo; cólico sobrevenido por haber dejado vacía de embutidos la despensa de Don Lucas, mientras su amo andaba en las Américas y en los palacios del Silencio y del Nigromante.



CAPITULO XIV

En que se cuentan los tormentos de Panza y como logró D. Quijote salvar á Desdémona, de manos del feroz Otelo.

¡Oh bien cortada péñola de Cide Hamete Benengeli! ¿por qué quedaste colgada de un hilo, sin reservarte para describir ahora los estupendos hechos de este capítulo? No es que yo ose cogerte, como el desenfadado Ferragús aquel casco de Orlando; sino que, no habiendo de estos sucesos tratado otra ninguna, es preferible que lo haga la mía, á que queden sepultados en el olvido, que es más aborrecible que la muerte.

Dije, pues, que Panza, que había tomado aposento en un desván de la casa de D. Lucas, contiguo con la despensa, y que tenía carta blanca para elegir á su placer los manjares que apeteciese, porque ya se le suponía de buenas tragaderas, cobró afición á unas cuerdas de ahumados chorizos, que colgaban de unas cañas atravesadas en lo alto, y se las hizo sacar bonitamente una tras otra, y algunos panes con que acompañarlas, y viéndose libre aquel día de los cuidados escuderiles, lo dedicó á trasladar á su amplio estómago aquellos embutidos, rociándolos con vino añejo. Mas, sea por no reparar bien la largura de aquellos cables, ó por estar aquel día más endeble de estomacales fuerzas, ello es que se le hizo un nudo gordiano, bien apretado, en el primer departamento de la digestión, donde sintió desde el principio algo así como síntomas de borrasca.

Desencadenóse ésta y entonces fueron sus lastimeros quejidos, que nadie oía, y que él tampoco quería lanzar fuertemente, para no dar pú-

blico testimonio de su gula. ¡Ay mi señor Don Quijote, exclamaba con el nudo sin desatar; de esta muero como mi tatarabuelo Sancho. ¡Qué desgraciada familia la nuestra, que siempre flaqueó por el estómago! ¿Por qué no se nos dió en él la fuerza que Usía tiene en su invencible brazo? Adiós, mujer mía, á la que no veré ya; adiós, Pancica, preparada inútilmente para Princesa; adiós también, reino prometido de Andorra: todo perdido; por unas cuantas cuerdas de chorizos. ¡Qué vil marido soy y qué padre infame! ¡Por un grano de trigo; oh, cara golosina! Y acordándose de la fábula de la codorniz, llamaba grano de trigo á aquella regular partida de extremeños.

Gracias á que el nudo se rompió por los dos extremos, y á que la borrasca descargó en aguacero y granizo por ambos hemisferios de su persona, pudo serenarse; pero mientras desatábanse todas sus cataratas, creyó nuevamente morir, y se despidió otra vez de todos los suyos, menos de un prestamista de quien tenía tomados á gavela tres mil reales, que se llevaba en réditos casi la mitad de su trigo, y del que no quiso acordarse en aquella que pensó ser su última hora.

D. Quijote oyó entre sueños algo como lamentos: pero los creyó unas veces travesuras de duendes, otras ahullidos de aquellas fieras del Parque, aterradas todavía por su presencia; de modo que no se inquietó de ello y siguió durmiendo de tal suerte que parecía haber vuelto al sueño aquel de la cripta.

Al día siguiente, descubrióse todo el origen de los lamentos, y D. Lucas, que también los había escuchado remotos y creídolos ahullidos de gatos, se penetró de la realidad, viendo las lagunas Meótides del cuarto de Panza, y hallando viudas de chorizos las cañas de su despensa: con lo que se percató de que tenía dos temibles alojados: porque el uno le devoraba los embutidos como hambriento lobo, y el otro como furioso demente le destruía los Buscapiés; hablando por ello con toda formalidad á su sobrino el Príncipe de la conveniencia de despedir para el Imperio de Andorra á aquel caballero y á su

escudero, so pena de que le arrasaran su casa; pero el sobrino solicitó una tregua, diciendo que tenían convenido con el caballero que fuese antes á Venecia á librar á Desdémona de las garras del feroz Otelo, y que eso lo haría de fijo aquella misma noche, y él procuraría que Dulcinea despidiese ya para Andorra á su valeroso campeón; contando el Príncipe á D. Lucas todas las aventuras anteriores, para que tomara apuntes para otra tercera parte del Quijote, á la que ninguna aventajaría en autenticidad.

Concedida la ampliación del término hasta el día siguiente, fueron aquella noche misma los Embajadores y otros amigos del Veloz-Club con el Príncipe á reiterar sus respetos á D. Quijote y á recordarle su promesa de libertar á la hermosa Desdémona, de aquel temible morazo, forzador de su voluntad y rechinador de dientes; pero exigiéndole dos cosas para ello: la primera que no había de alterarse ni lanzarse á la pelea, viese lo que viese, como no hallara á Desdémona en peligro inmediato de muerte; pues al fin ésta era esposa del moro y no convenía mediar entre marido y mujer, si ellos se avenían á la buena; y la segunda, que el caballero había de disfrazarse como ellos y su escudero también, para no ser reconocidos; pues era preciso ir así al palacio mismo del moro, donde éste celebraba recepción y no se daba entrada al que fuese vestido de guerrero, por el temor que aquél tenía de que algún esforzado caballero andante se introdujera allí y se pusiera de parte de su esposa.

Lo prometió D. Quijote todo, y reparando en la indumentaria de ellos, que era de frac y corbata blanca, y que jamás había visto, preguntó si aquellos trajes, que parecían de cuervo, hacían alusión al Rey Arturo, que se convirtió en cuervo; y los Embajadores dijeron que sí y que bien podía vestir así D. Quijote, pues no desdecía de aquel esforzado Rey y de sus caballeros de la Tabla Redonda.

Vistióse D. Quijote con el traje de frac que se le proporcionó, y aunque algo corto el pantalón, pues él era zanquilargo, y demasiado holgado el frac, pues era flaco de carnes, llevaba

airosamente el dicho uniforme por la gallardía natural de su continente; pero en cambio Panza hacía la más grotesca figura, con aquel abdomen salido, que no llegaba el frac á recatar; con aquellos faldones de éste, que se le metían entre las piernas, pues las tenía á guisa de paréntesis; con aquel descotado chaleco y aquella blanca corbata torcida, y aquellas manos enguantadas con los diez dedos abiertos y sin atreverse á tocar cosa alguna. Por fin, un ayuda de cámara púsoles sendas chisteras, y los del Veloz tuvieron que salirse á turno de la habitación para descargar la risa, por temor de malograr la preparada broma.

Listos todos, dirigiéronse en tres landós cerrados al Teatro Real, donde ya estaba á medias la función, y enviaron á D. Quijote y á Panza á dos butacas, en que el acomodador les invitó á sentarse; mientras los Embajadores y el Príncipe fuéronse á la platea de proscenio de la derecha, que el Veloz-Club tenía abonada, poniéndose en espera de los sucesos, y no dejando muy regocijados de dirigir los gemelos al sitio del caballero y de su escudero, para espiar los movimientos y sorpresas de ambos.

Cantábase Otelo en el Real, y apenas vió Don Quijote al moro sintióse nervioso y contrariado, por la promesa hecha de no poder salir á retarle allí mismo; impaciencia que se le aumentó al ver á la hermosísima Desdémona, tan blanca y rubia, forzada esposa de aquel negro, en cuya faz charolada brillaban siniestros los ojos y aparecían los dientes rechinantes, blancos como los de una hiena.

¿Ves ese Ogro, dijo á Panza, muy semejante á aquel que encontraron Noradino y sus caballeros, que de cuarenta apenas escaparon diez? pues sigue atento lo que hace y dice, por si yo me distraigo con la brillantez de este concurso; y como vaya á tocar á un solo cabello á esa hermosísima dama, avísame al punto, que yo le ahogaré, como á aquel gigante que tú digiste ser palo de telégrafo.

Veo, dijo Panza, que esto es un teatro resplandeciente de luces y de damas y caballeros, y que eso es alguna comedia que se juega en una

lengua que no entiendo; por lo que debe Usía estar descuidado y no alterarse, que aquí sería grave escándalo: cuanto más que, hablando ese moro en extranjero y no enterándose Usía de lo que dice, puede excusarse de defender á esa dama, aunque la agravie: porque el que no entiende es como el que no ve.

Menguado eres de espíritu, Panza, exclamó D. Quijote en voz baja, para que nadie sino su escudero le oyera: porque supones que yo he de tomar pretexto para rehuir un choque y dejar de cumplir con las leyes de caballería; y si no entiendo todo lo que hablan, porque ahora mismo estamos en Venecia y en el palacio de ese feroz Príncipe, veo ademanes y hechos, y me parece que en ésta, que es verdadera recepción, está ya pasando ese negrazo rico y altivo los términos de la mesura, dándonos claramente á entender las disputas que con su mujer tiene y los celos que le causa: de modo que, como pase á mayores, cuenta con que he de cumplir mi deber de caballero, y si no lo hago antes es por la promesa que tengo contraída con aquellos Embajadores, que nos dirigen aquellos cortos instrumentos y que parece que con ellos nos miran.

¡Ay, Señor D. Quijote! conténgase Usía, replicó Panza, que si no, esta noche nos muelen aquí, ó vamos derechos á la cárcel; sin que ya nos valga la Emperatriz de Villacañas, que yo creo fué antes la que impidió nos pudriésemos en aquel calabozo.

Calla, hombre, que no puedo aguantar más, respondió el caballero, moviéndose inquieto en su butaca y queriendo ya levantarse: mira ahora qué gritos da ese imbécil forzador, por un pañuelo que le bordó su mujer y que no halla, y dime si es bien que esta multitud de caballeros que aquí hay, todos de la Tabla Redonda, presencien impasibles y hasta aplaudan esas injurias y bellaquerías contra una esposa inocente, que harto hizo con no huir con su belleza de ese mónstruo, como otra Helena, con el primer Paris que se le presentara.

Y no sólo le aplauden sino que le festejan con música, añadió Panza; y yo digo que donde fue-

res haz lo que vieres, y que si los refranes son sentencias hay que cumplir ésta, y más nos valdría aplaudir también con los demás.

¡Eso nó! respondió D. Quijote; que si estos cortesanos envilecidos aplauden los desafueros de ese morazo y hasta le festejan, yo no tengo otra ley de cortesanía que mi juramento de desfacer agravios, y esto pasa ya de la regla para que lo tolere y consienta.

Afortunadamente cayó el telón de aquel acto, en el punto mismo en que D. Quijote iba á levantarse iracundo, y, hallándose sin Otelo, miró á todos lados y se asombró de que aquellos caballeros y damas se quedaran tan frescos ante aquel conflicto de familia del que les había invitado y de su divina cónyuge; y como preguntara á algunos de los Embajadores, que habían dejado la platea y acercádosele, dijeron éstos que el moro, porque no se enterasen los invitados de todo aquel altercado doméstico, habíase retirado á otras habitaciones, y su esposa también, y que acaso en aquella tregua se les pasara el disgusto y quedaran en paz, continuando la recepción; á lo que dijo D. Quijote que se holgaría de ello, porque sino, él, que había estado á punto de intervenir y de retar á aquel bellaco, no consentiría más que injuriara y amenazase á tan hermosa dama.

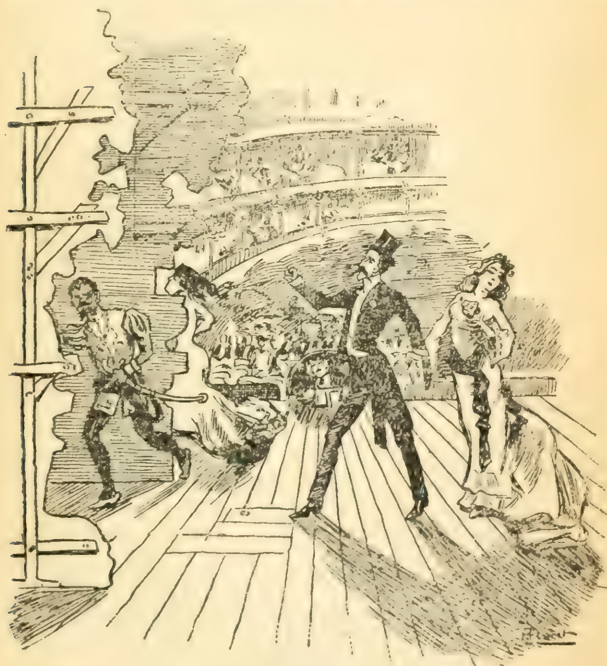
Cuando se levantó el telón del último acto, tal vez se arrepintieron los de la platea de su divertimiento: porque temieron, con fundado motivo, que en el punto en que Otelo fuese á ahogar á Desdémona, formaría el valeroso D. Quijote algún escándalo mayúsculo; y aunque ningún arma llevaba, el solo levantarse y apostrofar á Otelo, que es lo menos que haría, sería causa de que la función se interrumpiera, y hubiera un conflicto: por lo que algunos en la platea prepararon sus abrigos para escapar lo más prontamente, y otros dijeron que se quedarían hasta lo último, á ver el desenlace.

Ya, desde el comienzo de este último acto, al ver D. Quijote la alcoba y lecho de Desdémona y á ésta dormida, se le puso el corazón alterado de que pudiera llegar Otelo y aprovechar cobardemente el sueño de aquella hermosa

criatura para saciar su furia; y, cuando el moro asomó y se acercó á ella, estuvo en un tris que no le llamase y retara; pero cuando ya, despierta Desdémona, recibió su sentencia de muerte y Otelo la mandó rezar, por ser su última hora, y vió D. Quijote á aquel negro cojer á su inocente mujer para ahogarla, no esperó más; sino que en aquel preciso instante se levantó de su butaca y dando una gran voz exclamó:

¡Tente, infame, mal nacido, que aquí está Don Quijote de la Mancha para impedir tu villanía!

Otelo, que oyó aquellos gritos que parecían de un loco, suspendió un minuto su faena, y la orquesta detuvo su música; pero D. Quijote pro-



siguió sus voces y denuestos entre la estupefacción de los espectadores, y saltó á las candilejas, y se dirigió hacia el moro, que al ver la espantable figura de aquel caballero con los ojos fuera de las órbitas y las manos crispadas

y sentir su empuje, huyó por entre bastidores, dejando á Desdémona libre, á la que cogió Don Quijote diciéndole:

¡Libre sois, Señora mía, por la ayuda y valor de este esforzado caballero: non temades, que en fuga es vuestro verdugo!

A las voces de D. Quijote, los espectadores de las butacas, que se habían puesto en pie, se atropellaron por llegar á contener al que creían demente; desmayáronse muchas damas y salieron otras atribuladas de sus palcos, con sus tules y vestidos rotos, y los tramoyistas del escenario creyeron cortar el escándalo echando el telón; pero con tan mala suerte que rompieron uno de los hilos eléctricos, quedando el escenario á obscuras y lo mismo el teatro todo, donde la policía acudió y anduvo á tientas, sin saber qué hacerse.

Salió Panza entre una oleada de gente, llevado en peso, estrujado y pisoteado; con un faldón del frac menos; sin corbata y el pantalón roto; escurriéronse los del Veloz-Club como pudieron, después de haber pasado por las risas y emociones consiguientes; y el Príncipe, que había ido derecho al escenario para librar á Don Quijote de manos de la policía, consiguió topar con él momentos después de quedar á obscuras, y le llevó consigo por una puerta de escape; pues que ya Desdémona había huído y estaba en salvo, según dijo al caballero, para convencerle de que le siguiera.

Así lo hicieron, y de allí fueron á la casa de D. Lucas, donde dijo á D. Quijote, que era el más valiente campeón de cuantos había visto en el mundo; pues ninguno de los que allí estaban habían osado contra el moro, y de no intervenir él hubiera muerto Desdémona extrangulada, sobre aquel lecho de cortinajes de damasco. Le añadió que Venecia toda aplaudía su arrojo, y que el moro no volvería ya en un año lo menos á la ciudad, quedando sus habitantes libres de su tiranía.

Lo que me asombra, continuó, es que hayais tenido el arrojo de acometer esa empresa sin armas; pues no teníais vuestra lanza, ni la espada de Hernán Cortés.

Nunca reparan en eso los caballeros, respondió D. Quijote, y ya os acordais de aquellas hazañas de Vargas Machuca, hechas sin espada ni lanza, con una gran rama de un árbol que desgajó, y con la que machacó cuantos moros se le pusieron por delante.

Y como el Príncipe le objetase que él no había usado contra aquel moro ningún tronco de árbol corpulento tampoco, dijo D. Quijote que así era la verdad; pero que, en el momento preciso, sacó aquel tridente abreviado de Neptuno, que siempre llevaba consigo, y que si huyó el moro fué porque sintió sus efectos en alguna parte blanda de su endurecido cuerpo, á lo que el Príncipe puso la cara seria pensando que acaso el caballero habría hincado á Otelo las puntas del tenedor algo más adentro de la piel, y que pudieran darse complicaciones con la justicia de las Salesas.

Los Embajadores, que se habían dispersado entre el tumulto, fueron llegando uno á uno á la casa de D. Lucas á felicitar á D. Quijote, y el último dijo que venía comisionado de Desdémona misma, á dar las gracias á su libertador, pues por aquella noche no había sido extrangulada, como tenía que haberle sucedido.

D. Lucas tomó notas de todo aquel suceso, referídole punto por punto por su sobrino el Príncipe, y se alegró de haber consentido en la tregua que le solicitó y aun acudió á rendir su homenaje á D. Quijote, que dijo á todos haber cumplido su elemental obligación, y que lo que sentía era que hubiese escapado Otelo; porque sino, le hubiera mechado allí, con aquel tridente, cuya eficacia contra los malandrines era notoria.

Vino diciendo otro del Veloz, en secreto, que el cantante que hacía de Otelo estaba en el Hotel de París, haciéndose mil conjeturas del lance, y mostrando á todos en el antebrazo derecho tres pinchazos regulares, como de tres recias agujas, y que manaban alguna sangre; de lo que no quiso dar aviso al Juzgado por la poca importancia de las heridas y por no aumentar más el ridículo, con lo cual rieron todos grandemente.

Y por fin, llegó el Nigromante, que era de la partida, y manifestó á D. Quijote que había avisado por telégrafo á Dulcinea la hazaña de aquella noche, realizada por su enamorado caballero, y que la Emperatriz del Toboso le había contestado hacía un instante, desde el fondo de la Patagonia, que dejaba la prosecución de aquella guerra á cargo de un general y volvía ella en volandas á ver á D. Quijote y á darle, por galardón de su alta obra, la respuesta á aquella enamorada pregunta que él le hizo. Añadió el Nigromante que se fuesen todos enseguida á su palacio, pues Dulcinea no debía tardar, y él ya le había dicho que D. Quijote estaba allí esperándola.

Vamos, Señores míos, dijo el caballero; que si ésta es la mayor hazaña que he realizado en mi vida, también ese será el mayor premio que pueda recibir; que aún no he podido ver á Dulcinea sino encantada y en tosca figura de labradora, y ahora voy á contemplarla en el esplendor de su gentileza y á hablarle sosegadamente. Y con la priesa de un enamorado doncel, arregló como pudo su estropeado traje y echó á andar detrás del Nigromante, y con él se fueron todos á la casa de éste, donde tenían preparada una espléndida cena.

D. Lucas no quiso ir, por quedarle aún que juntar los últimos pedazos de su Buscapié, cuya restauración llevaba ya muy adelantada y siguió en su gabinete recomponiéndolo á manera de mosaico, con las muchas piezas en que estaba desmenuzado.



CAPITULO XV

De la vuelta de Dulcinea desde la Patagonia y premio que dió á D. Quijote por sus hazañas y consecuente amor.

Brillaba en todo su esplendor el palacio del Nigromante; esperaban los lacayos á la puerta, para servir á los señores, y en la escalera y al lado de cada cortinaje, para levantarlo conforme iban entrando. Estaban los salones llenos de socios del Veloz-Club y otros amigos del dueño de la casa, muchos de los cuales habían presenciado la escena del teatro Real, cuando penetró D. Quijote con su séquito, siendo ovacionado y vitoreado.

Gracias, señores míos, decía aquél á todos con grandes cortesías, y todos le rodeaban y preguntaban muchas cosas referentes á su persona y á sus aventuras de aquella última salida, no esperada por ninguno; refiriendo el caballero cuanto había visto en estos nuevos días y mucho de lo que vió y presenció de los antiguos: que siempre los que han vivido más tienen harto que contar á las nuevas generaciones.

A poco fueron entrando damas vistosa y elegantemente prendidas, del brazo de sus caballeros, y D. Quijote no cesaba de mirarlas por si alguna era Dulcinea; aunque no sabía cómo había de conocerla entre tantas, no habiéndola visto nunca en su sér natural.

Las damas, que eran alegres y fáciles, perseguían al caballero con sus donaires y agudezas, y le requebraban como Altisidora, ó le hablaban todas juntas aturdiéndole; y él se deshacía en galantes é intrincadas palabras de lo

más escogido del repertorio de los caballeros, inquiriendo siempre si alguna había visto á Dulcinea, que ya tardaba en llegar.

Oyó el Nigromante esta queja, y dijo á Don Quijote que no era tardanza ninguna; pues que el país de la Patagonia estaba tan lejos de allí como la estrella Alfa del Centáuro, de la cual empleaba la luz en venir á la tierra cuatro años y pico, andando 77000 leguas por segundo, mientras que Dulcinea tardaría sólo unos tres cuartos de hora; maravillándose D. Quijote de que la luz corriera tanto y Dulcinea más aún.

En esto sonaron todos los timbres eléctricos de la casa y las damas y caballeros quedaron suspensos y á D. Quijote se le pegó la lengua al paladar, diciendo el Nigromante que aquellos timbres eran avisos de que Dulcinea estaba en su carroza, tirada por muchos pares de palomas, á la puerta de aquel palacio, y que él solo bajaría á recibirla, esperándola los demás en el gran salón, donde se haría la ceremonia.

Reían todos entre sí, menos D. Quijote que seguía pálido y paralizado de emoción; y bajando hasta el pie de la escalera de mármol de Carrara el referido Nigromante, apareció á poco con Dulcinea de la mano, seguida de doce damas vistosísimas, entre las que sobresalía ella como entre las estrellas la luna.

Era Dulcinea la más renombrada belleza del mundo galante de la Corte; llamábase de sobrenombre la Venus de la Georgia, y tenía gallarda estatura, busto gentilísimo, blancura nacarina, largos flecos de oro por cabellos, y negros divinales ojos grandes, que contrastaban con el rubio natural de su cabello y el blanco rosa de su cutis.

Sus amigos la comprometieron á representar aquel papel, ya que ella era la que había hablado por teléfono con D. Quijote, y estaba su puntillo de hermosa empeñado en que el caballero la creyera Dulcinea y la hallara tan bella como se la imaginaba, después de tantas lecturas de libros de caballerías y de tantas Orianas, Angélicas, Marfisas y Bradamantas, como había conocido y tratado de imaginación.

Vestía un elegantísimo traje de Corte de tela Pompadour, con flores prendidas y larga cola, y luego caíale desde las espaldas un manto más largo aún, de seda blanca brochada, adornado de tul de plata; llevando gruesos brillantes en las diminutas orejas y una rica estrella de ellos sobre la frente.

Verla D. Quijote, y quedar sobrecogido de tanta hermosura, ponérsele en olvido todas las cosas del mundo, y caer á sus pies de hinojos fué instantáneo; pero Dulcinea, dándole la pequeña mano cuajada de hermosas sortijas, le hizo levantar y le dijo que no podía estar á sus pies aquel valeroso caballero, por quien ella había salido de la obscuridad de un villorío y adquirido fama universal, y á quien debía que tantos vencidos campeones se hubiesen humillado ante ella y tantos Príncipes le hubiesen hecho dejación de sus reinos y coronas para fundar su imperio, haciendo al Toboso centro y metrópoli del mismo; á lo que D. Quijote díjole, entrecortado, porque el corazón de amor preso no deja la lengua en su libre poder, que solamente la adoración que por ella sintió, aun sin haberla visto, por el renombre de su hermosura, y que confirmaba al quitársele de los ojos la venda que se la encubría y contemplarla en su esplendidez, habíale movido á tanto y aun lo hallaba poco para sus infinitos merecimientos; y que ahora se persuadía de que había estado ciego de nacimiento, y que cuanto había imaginado de aquel sol era pálido ante su luz, adquirida ya la visión á su presencia; por lo que se juraba de nuevo cautivo de su fermosura y solo pedía que ella le dijese qué había de hacer para agradarla y servirla; si llevar una cadena al cuello, aunque fuese de áncora de navío, ó renovar las penitencias de Sierra Morena, ó hacer algún ayuno prolongado, como aquel caballero Suero de Quiñones á quien había vencido, y que, según es fama cierta, ayunaba á pan y agua por la dama de sus pensamientos.

¿Qué más, dijo Dulcinea, después de vuestras muchas ofrendas y fina constancia de tres y medio siglos y después de vuestra victoria de

ese Suero de Quiñones, y de la defensa de mi gran amiga Desdémona, que es lo que me ha hecho venir aquí en persona, dejando todavía trescientos mil patagones vivos, aunque en fuga?

¿Vos, soberana Señora, sois amiga de Desdémona? exclamó D. Quijote: ahora me arrepiento de haber esperado tanto á libertarla y de haber oído las injurias que desde el principio le decía aquel moro feroz, sin extrangularlo ipso facto. Ya imaginaba yo, por cierto secreto presentimiento, que algo haría en pro de vos, dueña de mi albedrío, librando á aquella dama desventurada de las garras de aquel mónstruo.

Así es, interrumpió Dulcinea; mas tengo un resquemor con vos y es que, siendo tan rendido caballero mío, cogisteis á Desdémona por la cintura para libertarla de Otelo, habiéndola tenido retenida y aprisionada en el cerco de vuestro brazo; lo que vi desde la Patagonia con ciertos anteojos de larga vista que ahora usamos, y me causó el natural desengaño; pues os creía incapaz de tocar á un cabello á dama alguna, por vuestro amor y constancia conmigo.

¡Yo os juro, respondió D. Quijote juntando las suplicantes manos, que fué movimiento impensado y forzoso, para arrancar á aquella dama de poder de su furibundo marido, y que de ninguna otra manera hubiera podido libertarla, y que toqué sin complacencia y abracé sin intención, como si tocado y abrazado hubiera un cuerpo sin ánima, un tronco sin savia y un pelele sin vida!

Dulcinea se dió por satisfecha de tales explicaciones, que fueron el solaz de los circunstantes; pero aconsejó á D. Quijote que, en lo sucesivo, para libertar damas ó acorrer viudas ó doncellas, si tenía que tocarlas, se pusiera unos guantes de esos que ahora se llamaban de esgrima, que eran muy grandes y rellenos de algodones; con los que nada sentiría de contacto carnal, ni ella tendría motivos de celos y de dudas sobre la intención y complacencia que pudieran mediar en aquellas tangencias tan peligrosas para la constancia de los caballeros andantes.

D. Quijote dijo que sí usaría de esos guantes,

en cuanto pudiera hallarlos, y el Nigromante se ofreció á traerle un par de ellos para aquella fiesta, en que forzosamente tendría que dar la mano al bailar y al despedirse á las otras damas, y le trajo un par de guantes de tirar al florete, y D. Quijote se los puso contento, mostrándolos á Dulcinea, que le dió por ello infinitas gracias.

La figura del caballero, de frac y con guantes de esgrima, provocaba en el salón las risas y los cuchicheos, que él atribuía al regocijo de aquella reunión, y todos alababan el singular donaire y habilidad de Dulcinea, para conseguir semejante burla, sin que el caballero cayese en la cuenta de ello.

Reclinóse la dama sobre un canapé, debajo de un espejo grandísimo de dorado marco, y allí fué D. Quijote á sentarse á su lado en un taburete, y todos se apartaron algo para que celebraran su íntimo coloquio, como dos verdaderos prometidos.

Digísteisme, desde la Patagonia, ¡oh soberana dueña de mi voluntad! murmuró en voz queda D. Quijote, cuando os dirigí desde esta casa, por eso que llaman teléfono, aquella amorosa y tímida pregunta, que esperar era merecer, y yo os ruego que, pues tanto vengo esperando desde que en vos puse mi corazón y pensamiento, merezca ya de vuestra piedad y ternura algo de correspondencia en el puro amor que por vos sentí y seguiré sintiendo hasta exhalar el último suspiro.

A daros vine en persona esa respuesta, ¡oh mi gentil caballero! exclamó Dulcinea bajando los ojos aparentemente de rubor. Mas no es cosa de que os lo diga claramente; sino que os lo dé á entender como hacen las doncellas recatadas; y para significaros cuál será mi inclinación, dígoos que la causa de la guerra que hoy hago en aquel país de gigantes, fué que el rey de la Patagonia solicitó mi mano, prendado decía de mi hermosura, y para unir aquel reino con el imperio del Toboso y hacer el más formidable estado de la tierra, y como por vos le despreció, declaró que vendría sobre mis estados con cincuenta mil navíos, á lo que yo me anticipé yen-

do sobre los suyos con mis guerreros manchegos, derrotándole en la primera batalla, después de la cual he ido tomando sus ciudades y exterminando á sus gentes, que tienen todas cincuenta palmos de estatura.

Eso que me contáis lléname de júbilo, respondió D. Quijote; pues me muestra con hechos, más claros que las palabras, que soy el más feliz de los caballeros andantes y vos, señora de mi alma, la más bondadosa y adorable de todas las Reinas; y pláceme que todavía queden allá trescientos mil patagones vivos, para correr en derechura contra ellos y rematarlos, luego que cumpla mi promesa de ganar el imperio de Andorra para mi escudero Panza y su mujer Panza Alegre y su hija Pancica.

Si eso habéis prometido, replicó Dulcinea, eso es primero; pero yo esta misma noche he de volar á aquellos lugares de guerra y exterminio, á donde llegaré de madrugada, y lo que puedo hacer es entretener un poco la persecución, para dejaros el gusto de combatir y acabar vos solo á la mitad de esos patagones que quedan, y entre ellos al Rey, al que tendréis más ganas que á todos juntos.

Sí que se las tengo, interrumpió D. Quijote vivamente, y tanto que, no ya teniendo él cincuenta palmos de estatura, sino quinientos ó más, le había de derribar en tierra como David á Goliat y luego cortarle la cabeza á cercén, para mostrárosla como ejemplar castigo de su audacia. Mas, decidme ahora, dulce Señora mía ¿cómo podéis ser tan fuerte en los combates, siendo de tan fino y delicado cutis? ¿cómo esas blancas manos, que parecen hechas para ensartar perlas de Golconda, pueden blandir la espada y lanza? ¿Cómo ese bello rostro y gentil cabeza se avienen con el casco, y ese busto hechicero con la armadura?

Todo se avino así, respondió Dulcinea, en las Marfisas y Bradamantas y demás doncellas andantes de los libros de caballería, y nunca fué obstáculo su delicadeza y beldad á que vistiesen los arreos de guerra y venciesen á muchos caballeros, y todos estos anillos que veis en mis

dedos son preseas de mis victorias, sobre los más esforzados.

¿Entonces hacéis vos con ellos, dijo D. Quijote, lo que Annibal con los caballeros romanos en la batalla de Cannas; que fué romper de sus cadáveres los dedos y sacarles la sortija que cada uno llevaba, con lo que llenó muchos *modios*, que eran especie de celemines de medida de granos que entonces había?

Justo, afirmó Dulcinea; eso hago y por cierto que tengo ya reunidas unas tres mil fanegas de sortijas de distinguidos campeones que vencí; solamente que no puedo llevarlas todas en los dedos y elijo unas pocas cada día, para mi adorno.

Quedó D. Quijote suspenso y maravillado de saber eso de las tres mil fanegas de sortijas, y convencido de que Dulcinea era más victoriosa guerrera que Annibal, y aun estuvo por pensar que le aventajaba á él mismo en esfuerzo y valor; pues él no había llegado á juntar ni un celemín siquiera, sino una sortija sola, que fué la que se tragó y echó al río, y para eso era regalada.

Tembló, pues, de que su dama le preguntase por la cosecha de anillos que hubiera él reunido; pues no le podía mentir, ni creía gallardo decirle aquella verdad desnuda: así que trató de mudar la conversación; pero Dulcinea que iba á ese fin no dejó el tema, é hizo al cabo á D. Quijote la fatal interrogación, teniendo que decirle éste que ningún caballero por él vencido llevaba sortija, y que no puso su empeño en reunir cantidad de éstas; pero que en adelante lo haría, prometiendo que cuando fuera con ella al altar, aportaría otras tantas fanegas de aquéllas, empezando por la del Obispo de Urgel, dueño del Reino de Andorra, que tenía que conquistar enseguida.

No dejó de contar D. Quijote á su dama el lance del talismán de oro y piedra azul, y cómo lo había perdido quizás para siempre, según había referido también al Príncipe y al Nigromante en sus conversaciones; pero que aguardaba encontrarlo en el buche de algún pescado, cual suele acontecer, y más si ella dudaba de

su veracidad; y como Dulcinea dijera que no dudaba, pero que bien podía ser que en algún momento de olvidarla lo hubiera dado á alguna otra dama más hermosa que ella, el caballero juró de rodillas que jamás la había tenido ausente del pensamiento, y que la sortija se la había tragado y echado después al río Amazonas, que él llamaba así al Manzanares, sin poder hallarla después en parte alguna.

El Nigromante y sus amigos, que oyeron la última parte de la conversación, aprovecháronla para remate de la fiesta, y buscando entre todas las damas una sortija de piedra azul y de oro, combinaron la última sorpresa del zarandeado caballero.

Después de otro rato de finezas y amorosas palabras entre D. Quijote y Dulcinea, en que ésta le pidió un mechón de cabello y aquél un rubio y largo rizo del suyo, prometiéndoselos mútuamente, interrumpieron la amorosa plática los Embajadores, y el Nigromante dijo que debían todos pasar al comedor, donde les aguardaba la cena.

Así lo hicieron, yendo la primera Dulcinea, de la mano de D. Quijote, y detrás todas las otras damas con sus caballeros, y ocupando aquélla la presidencia, como de mayor categoría, por ser Emperatriz y no tener el Nigromante señora que hiciera aquellos honores, y sentados todos ante aquella mesa amplísima, cubierta de manteles adamascados, llena de flores, con vajillas de porcelana de Sèvres y centros de plata y cristal, de que salían plantas caprichosas, bajo las estrellas eléctricas de una lámpara que parecía de oro y de un techo resplandeciente de bombitas de muchos colores, comenzó el banquete, en que reinó la mayor alegría y posible comedimiento: por estar advertidos todos de que D. Quijote caería en sospecha, si veía algo fuera del natural decoro.

Creyó el caballero buenamente que aquellas eran todas reinas y damas de alto coturno, que hacían honor á Dulcinea, y aquéllos Príncipes y Embajadores por lo menos, é invitado á que refiriera la aventura de la sortija, hízolo con todos sus detalles, menos el de su batalla con las

Amazonas, cuando en aquel momento, en que se lamentaba de la pérdida del anillo, trajeron á la mesa unos lechoncillos asados al horno, y al ir á abrir la garganta del primero se encontró en ella atravesada una sortija con piedra azul, tal que al verla D. Quijote declaró que era el perdido talismán, y que se había cumplido su sospecha de que volvería á encontrarlo, para satisfacer las dudas de Dulcinea.

Verdaderamente, dijo ella, que éste es el talismán que yo di á la Emperatriz de Villacañas y que ella os entregó como al más valeroso caballero, y que el encontrarlo atragantado en ese cochinillo prueba que no lo tenéis vos, cosa que era sabida; pero no es demostración de lo demás de vuestro relato, y eso acrecienta en vez de desvanecer mis sospechas; porque, si os lo tragásteis y luego lo arrojásteis al río, no un cochinillo, sino algún pescado de agua dulce debió traérnoslo aquí, so pena que me demostréis que hay cochinillos acuáticos y que uno pudo debajo del río sorbérselo.

¡Juro á mi Señora Dulcinea, dijo D. Quijote, y á todas estas Reinas y damas que es la verdad cuanto dije! y no sé cómo haya venido ese talismán así, como no sea porque el encantador mi enemigo haya trocado el pescado de agua dulce, que debió tragarse el anillo, en lechoncillo terrestre, para ocasionar estas perplegidades.

Yo os lo explicaré todo, exclamó el Nigromante, que por mi ciencia oculta sé cómo pasan esos sucesos. Lo que dice el Sr. D. Quijote es la verdad, sin mácula, y el primero que se tragó el anillo fué él mismo. De su estómago saltó al río por los retortijones que él nos contó; allí había un pez con la boca abierta que se lo engulló; el pez fué tragado después por un salmón; el salmón navegó río abajo hacia el mar y fué devorado por un delfín; á éste se lo tragó un tiburón, y á éste después una ballena; la ballena murió al arponazo de un pescador; el pescador la deshizo en aceite y arrojó los despojos inútiles al corral de su casa; en el corral tenía un cochinillo que los escarbó, y entre ellos estaba la sortija, que se

le atravesó al lechón en la garganta, y con la que ha venido al horno y á la mesa.

Eso tenía que ser, dijo D. Quijote regocijado, y Dulcinea le devolvió su confianza, desvaneciéndosele sus dudas; de lo que aquél quedó contentísimo, guardándose la sortija para sus futuras empresas.

Siguieron comiendo y bebiendo alegremente, y luego alzados los manteles se bailó un minué, para el que D. Quijote volvió á ponerse sus guantes de esgrima, á fin de no tocar á las otras damas con la epidermis. Dulcinea anunció enseguida que tenía que partir á la Patagonia, y por ruego del sobrino de D. Lucas dijo á D. Quijote que él saliera también al siguiente día hacia el Imperio de Andorra, dirigiéndose á Urgel, á tratar con el Obispo la rendición de aquel ejército.

D. Quijote así lo ofreció; pero antes solicitó rendidamente de la dueña de su voluntad que saliera á la reja de aquel castillo como Oriana le otorgó á Amadís, á darle el galardón y recuerdo ofrecido; en cuyo adiós él le entregaría el mechón de su cabello también; y ella bajó presurosa, y el caballero se despidió de todos, yendo á la convenida reja, donde Dulcinea aguardábale y en la que, haciéndose aún sus últimos encargos y juramentos, ella le cortó con unas tijeras, como Dalila á Sansón, un puñado grande de cabellos, en tres ó cuatro trasquilones, dejándole media cabeza pelada, y á la vez le entregó envuelto, en un perfumado pañolito, el rizo dorado de los suyos, que D. Quijote palpó y besó en la obscuridad; y, llegando acompañado del Príncipe al palacio de D. Lucas, deslió el pañuelo para ver aquella divina madeja, encontrándola algo bronca y estoposa, como si fuera de cáñamo, enseñándola al Príncipe y diciéndole de quien era, y asegurándole éste que era positivamente un bellísimo rizo: por todo lo que creyó el caballero que sólo el sortilegio del encantador Fristón su enemigo, se lo trocaba en vil estopa; pero que era en realidad largo fleco de oro de los cabellos de Dulcinea, y que debía de guardarlo como el tesoro más preciado del mundo.

CAPITULO XVI

De los coloquios y preparativos de D. Quijote y partida hacia el Imperio de Andorra.

¡Ay, Panza amigo! exclamó D. Quijote al despertar aquella mañana del poco sueño que había conciliado, por haber estado en vela la mayor parte del resto de la noche; falsamente dicen que nunca segundas partes fueron buenas: porque ésta de mi vida no puede ser mejor y más venturosa de lo que es; mientras que en la primera todo eran fatigas y molimientos. Lo que antaño brotaba espinas, ogaño como vara de nardo se me florece; entonces se me trocaban los gigantes en molinos para voltearme, y los campeones en carneros para burlarme, y los castillos en ventas para desorientarme, y las princesas en mozas de mesón para ofenderme, y hasta Dulcinea en mal oliente lugareña para causarme desesperación; y ahora los castillos son castillos, y los caballeros son Príncipes y Embajadores, y los gigantes como Otelo no se me hacen agua y sal, sino que los venzo y acribillo, y las damas no pierden su dignidad y prosapia, y he logrado el mayor bien de todos: que es ver en su propio sér y sin velos á Dulcinea del Toboso.

¿Qué es lo que dice Usía? exclamó Panza. ¿Sin velos ha visto á Dulcinea?

Para, bellaco, interrumpióle aquél, que no es que la haya visto en deshonesto traje, ó desnuda; y si así lo denotaron mis palabras, no fué ese mi pensamiento. Quise decir que había visto y hablado en su sér natural á mi dulce amiga y Señora, sin velos, esto es, sin aquellas apariencias de zafia aldeana que la encubrieron, cuan-

do mi visita al Toboso con tu tatarabuelo Sancho. Y dígote que es tan soberanamente divina que no me la imaginaba tanto, con haberme remontado en figuraciones al quinto cielo, y que le hablé más de una hora, y oí tal finura y comedimiento en sus palabras, que no parecía mujer sino diosa olímpica; no de aquellas como Venus lasciva y pecadora, sino como Minerva, personificación de la sabiduría, de la que decía Homero que tenía verdes ojos, que son los más bellos, juiciosos y profundos.

¿Y de dónde vino como llovida del cielo vuestra Emperatriz? preguntó Panza.

En tres cuartos de hora llegó de la Patagonia, respondió D. Quijote.

¡Ay, Señor mío! exclamó aquél, meneando la cabeza, que ya me huele mal ese tan acelerado viaje, y que bien puede ser esa Dulcinea como aquella Desdémona á quien salvó Usía, y aquel Otelo á quien acometió: que para mí eran de teatro.

No me lo repitas, dijo amenazante el caballero; que lo mismo Desdémona que Dulcinea, son verdaderas y no fingidas, y buenos celos despertó en esta mi Señora el que tocase yo la cintura de la otra, al arrancarla de los brazos de aquel moro; y mira si será verdadera Dulcinea, que mi cabeza lo pregona. Y diciéndolo se quitó el gorro de dormir y mostró á Panza media cabeza pelada, el cuál al verla exclamó:

¡Cómo es eso, mi Señor D. Quijote, no ya le han tomado el pelo á Usía, sí que también á trasquilones se lo han rapado, en ese medio cráneo? Y como D. Quijote refiriese á su escudero todo el festival del Nigromante, la llegada de Dulcinea, el coloquio en el canapé y la despedida de la reja, y dijera que allí, en aquel perfumado pañuelo que sobre la mesa estaba, tenía el rizo de ella, comenzó á desliarlo Panza, y hallándolo estopa, rompió á suspirar, creyendo perdido su reinecillo de Andorra, con la razón de su amo, que veía cada vez más dislocada.

¡Juro á todos los santos, dijo Panza, que este no es rizo de dama, sino cáñamo ó lino, y que esa no será Dulcinea, sino alguna encantadora disfrazada de tal, y que Usía deberá tener la

fuerza como Sansón en los cabellos, cuando ha procurado cortárselos, y que esto no va á acabar en bien!

No jures, respondió D. Quijote, que la que vi y hablé era verdaderamente Dulcinea, y la prueba es que aquello que te dije después de perder el talismán, de que solía acontecer á los caballeros, que al dudar de ellos sus damas por haberlo perdido, y creer que lo habrían dado á otras, en algún banquete ó fiesta aparecía la sortija cuestionada en el buche de algún pez, por donde la dama se convencía de la veracidad de su galán y cesaban sus tormentosos celos, ha sucedido punto por punto en el banquete de anoche, en que al vacilar Dulcinea sobre mi fé, por no verme el anillo de la piedra azul, apareció éste en el gaznate de un lechoncillo asado al horno, que se nos presentó en una bandeja de plata.

¿De modo que otra vez tenemos sortija? Eso faltaba, exclamó Panza, contestándose á sí mismo; y D. Quijote la mostró en el dedo meñique de la mano derecha, asegurando á su escudero que no daría más en la flor de metérsela en la boca en los grandes peligros, así lisa y llanamente como antes, sino que le ataría un largo hilo; de modo que al alojársela en la cavidad bucal, si por mala ventura se la tragaba, pudiese quedar el hilo fuera y sacársela con solo tirar de él; lo que sería fácil maniobra.

Esta invención sí la aprobó Panza, para evitarse oficio de comadrón, en otro laborioso alumbramiento como el de antes, y acabó de ayudar á vestir á D. Quijote, el que tropezó en su peinado con la mayor dificultad: cual era la de no poder encubrir aquella media cabeza trasquilada, con parte del cabello de la otra.

¿Sabes que pienso? dijo á Panza mirándose al espejo los trasquilones; que mejor que andar con tapujos, es mostrar la verdad desnuda; que es también deber de andantes caballeros. De manera que me peinaré esta media cabeza como solía, y dejaré la otra pelada como Dulcinea quiso que estuviese: porque, no sonrojo del mal parecer, sino gloria de haber ella querido guardar estos mechones que me faltan, es lo

que debo sentir donde quiera que me descubra.

Eso es de libre elección, dijo Panza; porque ningún mal puede traernos, ni dificultar la empresa en que Usía se halla empeñado. Y si en vez de peinar esa mitad, quiere Usía trasquilarla también, no he de verlo mal tampoco; pues cierto muchacho hijo de un rico señor de mi pueblo llegó á más, y nada le pasó; y fué que, estando lejos de su novia y dándole ella quejas de que podían otras jóvenes enamorarse de él y él corresponderles olvidándola, decidió y puso por obra trasquilarse y afeitarse luego toda la cabeza y las cejas y cortarse las pestañas y sacarse así un retrato que envió á la celosa, á quien amaba, diciéndole: «ahí te envío la muestra de lo que soy y seré, mientras esté ausente de ti; que de esta manera no creo que pueda enamorar á ninguna otra, y aun imagino que se te va á quitar el amor á ti misma.»

No se me había ocurrido eso, exclamó Don Quijote, y te agradezco me hayas contado ese caso: porque lo creo digno de imitación, y puesto que de todas maneras he de estar así muy disparejo, voy á poner yo también por obra lo de trasquilarme y afeitarme todo y mandar otro retrato así á Dulcinea, para que se le quite toda sospecha y resquemor de que Altisidoras y Desdémonas hayan de prendarse de mí y ponerme en peligro de veleidades, mientras padezcamos males de ausencia. Conque así, trae, Panza, unas tijeras y afila bien tus navajas y déjame pelado y limpio como un melón valenciano; que no quiero pase un minuto más sin dar á Dulcinea esta muestra patente de mi fidelidad apasionada.

Porfió Panza en vano, por apartar á su amo de esta idea; pero á él tan grande y singular le pareció, que se le hacía tarde el comienzo de la faena, y tanto obligó á su escudero, que maldiciendo éste su impertinencia de haber traído á cuento el lance de su paisano, no tuvo más remedio que enfrascarse en la maniobra y pelar y enjabonar luego toda la cabeza de Don Quijote, aplicándole la navaja con maestría, pues en sus mocedades había hecho oficio de barbero; dejándosela al cabo tan lisa y blanca co-

mo una gran bola de billar, que sólo tuviera las pretuberancias de ojos, boca y nariz.

Aderezado así y vestido, salió D. Quijote al salón, donde ya estaba el Príncipe aguardándole, y al verle éste casi no le conoció y quedó perplejo: porque Dulcinea le había dicho que había trasquilado lo que pudo de la cabeza del caballero; pero no tanto que se la dejase limpia como un queso, ni menos afeitada; y sobre todo nada le habló de haberle dejado sin cejas ni pestañas también; pero D. Quijote le sacó de dudas, porque le dijo su obra y deseo, á lo que el Príncipe no pudo contener la risa, y como aquél se amostazara, salió del mal paso diciéndole que él le ayudaría en su propósito, propio sólo de un gran enamorado, y que le llevaría en seguida á retratarle; como lo hizo, subiéndolo al gabinete de un fotógrafo que estaba en el piso más alto de aquella casa.

Creyó D. Quijote que tardaría lo menos una semana el retrato, y esto le inquietó, porque Dulcinea le había mandado partir en seguida; pero el Príncipe le manifestó que apenas duraría la operación un minuto, por emplear la fotografía instantánea: por lo que se sorprendió grandemente.

Ya en el Gabinete de fotografía, adoptó Don Quijote una arrogante postura, tal que á no ser por la calavera desnuda le hubiera resultado un retrato de gentil continente; y el fotógrafo, mordiéndose los labios de risa, por no molestar al parroquiano, pero sin poder casi recatarla, le enfocó el aparato, y le dijo que *ya estaba*; por lo que D. Quijote insinuó al Príncipe que aquello debía de ser brujería también; pues sin pincel y sólo con aquella caja obscura y tapándose con aquel trapo negro, había aquel hombre sacado su figura, según decía. A lo que el Príncipe respondió que sí era hechicería, y tanto que aquel hombre, no sólo sacaba las figuras, sino todos sus movimientos; rogando al fotógrafo les llevase al departamento en que tenía un cinematógrafo, y haciéndolo éste, y dejando obscura la habitación, comenzó á ver Don Quijote pasar damas y caballeros, y gentes de todas clases, y caballos y carruajes, y luego vió

el interior de una iglesia de monjas, y el diablo que disfrazado de predicador gesticulaba desde el púlpito, y que tales cosas les diría, aunque no se oían, que aquellas huyeron y luego sacaron la Cruz en procesión, y él se echó de cabeza púlpito abajo, deshaciéndose en fuego y humo; con todo lo que quedó atónito el caballero.

Salieron de allí, y dijo D. Quijote al Príncipe que tales cosas ocurrían y se veían en estos nuevos tiempos que, de saberlo las gentes de los pasados, se arrepentirían de haberse muerto tan pronto, y que ahora sí que afirmaba que este era el siglo de la más desatada brujería y del imperio del infierno sobre la tierra. Pero el Príncipe le replicó que había una diferencia entre los pasados tiempos y los presentes, en ese punto: y era que antes los duendes, brujas y brujos, hadas, encantadores y diablos cojuelos, hacían por su cuenta y sin obediencia al hombre muchas diabluras y cosas inverosímiles; y ahora, vencidos y sojuzgados por el hombre, las hacían por cuenta y en provecho de él, y cuando él lo quería y mandaba, poniendo sus artes mágicas á su servicio. Por eso, añadió, habéis podido hablar con Dulcinea á larguísima distancia, y se le ha avisado por medio del Hada Electricidad que viniera á daros la recompensa de vuestra caballeresca acción con Desdémona, y habéis podido estar anoche, en pleno día, en el palacio del Nigromante, y oir aquella música tocada por aquel órgano sin organista, y ser retratado en un minuto por el Hada Lumen ahora; y si fuéseis á la ribera del mar, veríais surcar velozmente los navíos por las olas, sin remos ni velas, movidos por caballos de vapor, como aquéllos que en el tren os trajeron por cima de los ríos y por debajo de las montañas.

Entonces, objetó D. Quijote, ¿por qué habiendo vencido á esos genios hemos rodado tan abajo, y no ha sabido España sostener los florones de su corona, y ha dejado caer el sol de lo alto de ella, donde estaba fijo?

¡Ah, señor D. Quijote! respondió el Príncipe, ya más seriamente; porque no somos nosotros,

sino otros pueblos los que han perseguido, sometido y vencido con el trabajo á esos genios primeramente, y ellos han aprovechado antes sus servicios; mientras nos estábamos nosotros mano sobre mano, esperando los galeones de oro que nos venían de las Indias, creyéndonos así ricos sin esfuerzo, y además por otras razones que son largas de contar y que ahora nos va descubriendo la Historia.

¡Y porque yo tuve tres siglos de necio sopor, añadió D. Quijote; que es sin duda la causa principal: que aunque mi cronista me haya pintado como loco, creo que al dormirse conmigo la locura, se durmieron también el valor y la bizarría, la acometividad para las grandes empresas, la tenacidad en los propósitos, la sobriedad en las escaseces y la resistencia en las fatigas!

Así es la verdad, dijo el Príncipe, y ahora veremos, ya que habéis despertado de ese fatal sueño, cómo reintegrais á España su poderío y enclavais de nuevo el sol cual piedra preciosa en lo alto de su corona.

Pronto lo veredes, dijo D. Quijote... Primeramente sojuzgaré el vastísimo Imperio de Andorra, preparando pomposamente la unidad ibérica; luego, en un periquete ganaré Portugal y ya es hecha. De allí iré á Flandes y lo conquistaré; tras eso al Milanesado, Sicilia y Cerdeña y los anexionaré de nuevo; y luego embarcaréme para las Indias y traeréme, no las cabezas de sus guerreros, que son nuestros hermanos y tendrán nuestra sangre española; sino sus corazones, reunidos en lazos de concordia y amor para que sea una gran familia de reinos é imperios nuestra raza, presididos todos por la Emperatriz del Toboso, con este pueblo por metrópoli.

Magnífico programa, dijo el Príncipe: mas si ahora vais á Andorra, pasaréis antes por Urgel y trataréis con el Obispo de allí, que es como el Emperador de aquel Estado, y os puedo decir que es gran amigo mío, y que allá estaré yo para mediar entre los dos: que no es bien que con armas desiguales, vos con la espada de Hernán Cortés y él con el báculo

de pastor de almas, empeñéis batalla, por un reino más ó menos.

Eso dije yo á mi escudero, cuando de ello hablóme, exclamó D. Quijote; que no sabía cómo habérmelas con un Obispo que no blande espada ni lanza; pero, puesto que vos queréis mediar entre ambos, decidle lisa y llanamente que me haga entrega por acta formal de aquel imperio, ó que señale los más esforzados guerreros de él, para que yo los venza en singular batalla, uno á uno ó todos juntos, y gane esa corona, sin derramar sangre de Iglesia.

Así lo haré, dijo el Príncipe, y ahora veamos cómo queréis viajar hacia Urgel; si en el hipógrifo en que vinisteis, ó á caballo sobre Babieca, ó por los aires en globo, que es otro medio de locomoción rápido que hoy tenemos.

¿Qué es eso de globo, que yo sólo el terráqueo conozco? interrogó D. Quijote; y el Príncipe le explicó que ahora se podía formar un gran pájaro, sin alas ni cola, alargado como un cigarro, y de tela sutil, pero fuerte, que lleno de cierto gas ó materia sutilísima, se remontaba á lo más alto, y que colgadas de él, en una gran cesta ó barca ligera, podían ir dos ó tres personas, y con un cierto motor que á la barquilla se adhería, ésta se ponía en movimiento y arrastraba al globo y á los viajeros, dando vueltas á placer y tomando camino contrario al viento mismo.

Todo lo creo verosímil menos eso, dijo Don Quijote; porque siendo el viento el árbitro y dominador de las cosas que en él flotan, aunque ese globo flote en él más ó menos alto, no ha de poder hacerse señor del viento mismo, para ir contra la voluntad de éste; sino que tiene que ser su siervo humildísimo, y él lo arrastrará violenta ó sosegadamente, y lo depositará donde se le antoje, ó lo estrellará donde quiera.

Eso ha sido hasta hace poco, replicó el Príncipe; pero ya está el viento vencido también en sus dominios, y Eolo es nuestro esclavo, como lo es Neptuno, y como lo son las Hadas Electricidad y Lumen, cuyos servicios habéis visto.

Ver quiero también eso de Eolo, dijo Don

Quijote, y en esa navecilla que decís iré á Urgel y será más presto que en Babieca, aunque no sé qué vamos á hacer de éste y de la mula de Panza.

Vaya Panza en su mula, repuso el Príncipe y lleve de reata á Babieca por tierra, paso entre paso, y entre tanto vos si osais correr los peligros del globo, subid en él y por los aires volad como saeta y no perdais la ocasión, que hoy se remonta el aparato, para hacer prueba definitiva, con un insigne caballero.

D. Quijote volvió á repetir que sí iría por los aires, tanto más cuanto que ya probó en Clavileño, y habló á Panza de la necesidad de separarse de él para aquella peligrosa aventura; á lo que este fingió resignarse forzada y lacrimosamente, pero dando infinitas gracias al Santo del día de que á su amo no se le hubiera ocurrido querer llevarle consigo en volandas.

Convenido así, Panza dijo al ex-guarda de Aranjuez le llevase la mula y Babieca, y despidiéndose de D. Quijote con muchos lagrimones, salió derechamente por las afueras del Norte de Madrid, no sin haber visto á D. Lucas y pedídole perdón por sus faltas, y haber echado ojo á ciertos jamones de su despensa, que allí se dejaba colgados.

El Príncipe habló al aeronáuta de D. Quijote, presentándole como un intrépido viajero que tenía que ir á Urgel, y aquél ofreció llevarlo, en prueba de haber descubierto realmente la dirección y manejo á voluntad de los aeróstatos, y no se habló en el Veloz-Club de otra cosa aquel día que del arrojo del caballero andante y de todos los episodios pasados, á que ponía digno remate con aquella locura.

Más aún, el Príncipe y otros cinco ó seis amigos de allí, que ya no eran los Embajadores, por ser de D. Quijote conocidos, combinaron irse en tren hacia Urgel á recibir y acompañar al caballero, y seguir las comenzadas burlas y en aquel punto hicieron sus equipajes y tomaron los billetes, para salir, después de remontarse el globo con D. Quijote por los aires.

Llegó el momento solemne, y desde la gran Plaza de toros madrileña, que pareció á Don

Quijote un Circo romano, esperando á cada momento ver salir de sus compuertas leones é hircanos tigres, remontóse el aeróstato ante la muchedumbre de curiosos, y poco antes entró gentilmente en la barquilla el caballero, y sentóse donde le dijo el aeronauta; preguntándose todos quién sería aquel extraño acompañante, que con tal arrojo se prestaba á seguir al inventor del aparato en su prueba definitiva.

Pronto corrió la noticia de que era el mismo del escándalo del Teatro Real: un loco pacífico hasta cierto punto, que se titulaba D. Quijote de la Mancha; mas, cuando todos le dirigieron los ojos y gemelos, ya se balanceaba él por los aires, sin que le llegaran los rumores de los universales aplausos que, como los ecos de la lisonja, no alcanzan á los oídos de los que se remontan sobre la vil corteza de la tierra y van con el pensamiento puesto en las cosas de arriba.



CAPITULO XVII

En que se da noticia del viaje aéreo que realizó D. Quijote en el globo, que le pareció águila caudal.

Cuando D. Quijote se vió arrebatado de te-
as arriba como una pluma, en aquel oscilante
barquichuelo, sin más compañía que el caba-
lero aeronáuta, su primera sensación fué de
nexplicable vacío, luego de mareo, y en seguida
de terror; pero, reaccionando sobre su espíritu y
comprendiendo que él no debía dar cabida á
eso último, se esforzó en sonreir y preguntó
a su acompañante qué águila caudal tan pode-
rosa era aquella, que así les llevaba por las
alturas.

Es un águila que yo he empollado, dijo su in-
terlocutor brusca y solemnemente; y D. Quijo-
te le miró, con fijeza, pensando que tal vez sería
Júpiter el que con tal dominio gobernaba el
águila aquella, tan grande que les tapaba el sol
y tan voladora que les remontaba á los cielos.

Júpiter maniobraba de tal manera con el mo-
tor eléctrico de la barquilla, que ésta viraba
en efecto á su voluntad y describía en las al-
turas con el globo círculos serenos, á manera
de águila verdadera.

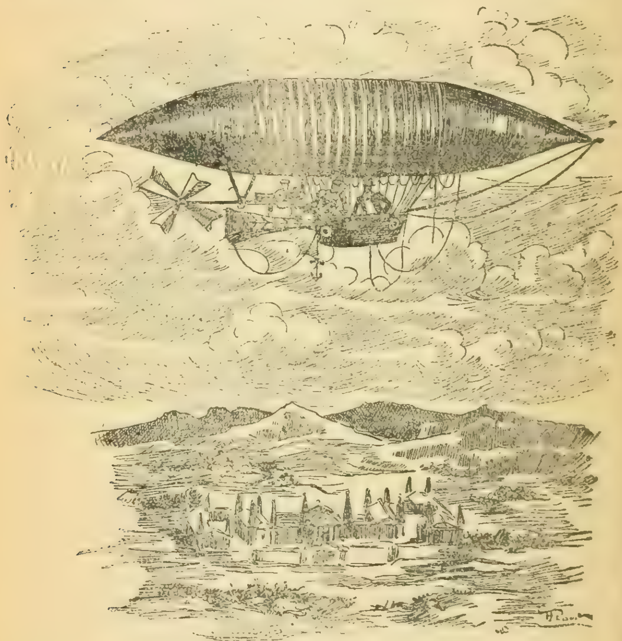
Asomándose D. Quijote por la borda, vió en
a inmensa hondura Madrid todo, como ciudad
de casitas de naipes, como una población ju-
guete, hecha para entretenimiento de un niño.

Allá estaba, en arco con todos sus minúscu-
los picos cercándola, el Guadarrama. Entre es-
ta sierra y la Metrópoli de miniatura, veíanse
pueblecillos esfumados, como blancas ampolli-
tas, y entre ellos descollaba una rotondita tan

insignificante que parecía obra de un topo.

¿Qué es eso? preguntó D. Quijote. Y mirándolo Júpiter con sus gemelos marinos, exclamó: Es el Escorial: ved, Señor mío, el gigante de Felipe II, qué pequeño resulta ante nosotros.

En mis tiempos se estaban labrando los sillares para él, dijo con naturalidad D. Quijote;



y Júpiter hizo un movimiento de sorpresa, que tambaleó la barquilla, por no saber qué casta de loco llevaba consigo.

¿Qué población es esa que se divisa á la derecha, cuyas casas parecen granos de mijo? preguntó D. Quijote.

Es Alcalá de Henares, respondió Júpiter; con su famosa Universidad.

Estuviéronla contemplando un rato, usando D. Quijote por primera vez de aquellos gemelos marinos, que creyó ser los poderosos ojos del Júpiter aquel, el cual se los quitaba y se los

ponía á su voluntad; y verdaderamente se maravilló de ellos, porque lo que apenas con sus pupilas naturales veía como nieblecillas, con aquellos claros ojos se le descubría y detallaba y aun parecía que se le acercaba á la puerta de la nariz.

Pasado un rato, no pudieron ver más de la hondura, porque había obscurecido en ella; pero ambos siguieron el camino del sol todavía, pues aún daba su luz en el globo, cuando ya era noche en lo profundo. Por fin desapareció el luminar entre lejanías nebulosas, y se hizo noche arriba como abajo.

El pájaro empollado por el aeronáuta seguía su rumbo á N. E. inflexible, moviendo sus hélices vertiginosas, y D. Quijote, curtido en el frío manchego, sintió sin embargo el helor de las alturas, sobre todo en su mondada calavera. Por primera vez pidió una manta para arrebujarse, y no tardó en envolverse en otra Júpiter mismo, echándose en el fondo de la barquilla á dormir y dando las buenas noches.

Pasmóse D. Quijote de la seguridad con que aquel hombre abandonaba su águila en la noche y se dejaba arrastrar de ella; y como el que duerme es casi un muerto se vió solo el caballero en la inmensidad del espacio tenebroso. Miró á las estrellas, que semejaban luciérnagas de alrededor, y á los negros nublos que á trechos las encubrían; notó que otros rodaban por debajo del águila aquella, y le parecieron más temibles endriagos que los que libraron con él combate, yendo en el dragón, de que salió con el anillo tragado y la espada rota. No quiso comprometer en nueva batalla la otra espada de Hernán Cortés, y se quedó sin pelear, acurrucado en la barquilla, arrebujado en la manta con la capucha echada por cima de la cabeza, donde sentía un frío horrible. Tan solamente aprestó el talismán para hacerse incoloro, si aquellos espantables enemigos le atacaban.

Después de todo, el no luchar allí no era cobardía. Ningún andante caballero habíase visto en trance tal, y ya hubieran temblado quizás de encontrarse así á mil leguas de la tie-

rra y en las garras de aquel ave, los Esplandianes, Florismartes y Amadises.

Pensando que Dulcinea habría ido á la Patagonia en las alas de un águila parecida, cerrando los ojos para no ver el insondable abismo, mecido por los vaivenes de la barquilla del aeróstato y puesto el corazón en su dama, quedóse también dormido el caballero, y el globo siguió caminando en la inmensidad de aquella noche sin luna, hendiendo el viento de través. . . . .
. . . .

Antes de amanecer para la tierra, amaneció para el montgolfier, y á la claridad diurna despertaron los viajeros atrevidos ¡Celestial mañana! El alba de blanca túnica y de verdes ojos asomaba por un horizonte infinito, y según avanzaba en su carro de nácar, daba paso entre nubes á la rosada aurora, que en otra carroza de coral y muelles de oro iba detrás de aquélla, alzando fino polvo de rubíes; y ambas abrían camino al Sol, rey de la luz, que venía ya, ceñido de su corona, en otro carro aun más resplandeciente.

D. Quijote distinguió con claridad aquellas dos hermosas damas, Alba y Aurora, y vió por fin tras ellas al radiante Fébo, que guiando los caballos de Faetón, salía más temprano á recorrer sus dominios y todo le pareció sorprendente visto desde arriba: el dispersarse de las nubes, el deshacerse de las nieblas, el colorearse de los cielos, el descorrerse el velo nocturno de la madre tierra; y á ella volvió los ojos y no pudo menos de interrogar á su camarada:

¿Dónde estamos?

Buenos días, dijo éste, desentumeciéndose en la barquilla y frotándose las heladas manos, como pudiera haberlo hecho en su camarote de un buen buque de vapor; y tomando la altura, haciendo sus cálculos y mirando con los gemelos, respondió. Hemos dejado atrás Castilla la Nueva; pero nos hemos desviado, por no apreciar bien la resistencia del viento, y estamos en Castilla la Vieja, en vez de habernos puesto sobre Aragón.

Entonces, dijo D. Quijote, ¿qué es aquella

especie de signo ortográfico de admiración que se vislumbra allá!

Esa, respondió el aeronáuta, es la catedral de Burgos.

¡Su grande y gótica torre como una i! exclamó el caballero.

Y gracias que en eso la dejemos, dijo enfáticamente su interlocutor: porque, si queremos subir más, la reducimos á un punto, y con otro poco de ascender se queda en nada.

¿Y qué haremos ahora con esta desviación que tenemos? preguntó D. Quijote.

Sencillamente, respondió Júpiter; rectificamos el rumbo con los timones, y tomamos hacia el Este, avivando la marcha: de modo que son las cinco y estamos sobre Burgos; á las once bajaremos á almorzar á Huesca.

Reanimados D. Quijote y su acompañante, con los cálidos rayos del sol naciente, y con unas cuantas copas de rom, viró el aeróstato tal como había dicho su director, y dejaron la i de la Catedral de Burgos como cosa perdida, dirigiéndose por cima de sierras que parecían topineras, y de ríos que eran como hebras de plata, y de campiñas de trigales maduros, que semejaban pedacillos de topacio, á tomar á Aragón de costado, por donde más unido estuvo con la tierra castellana en los buenos tiempos de los buenos reyes.

Ya estamos en Aragón y en frente de Navarra, exclamó al cabo de un rato el aeronáuta. Mirad, Señor mío, cómo se descubre con estos gemelos el adusto Moncayo, con su santuario en la cumbre, y el Quéiles fecundo y Tarazona sobre sus cimientos de roca, presidiendo una muy rica campiña.

¿Esa, dijo D. Quijote, es la ciudad que tiene en su escudo una vid sobre un castillo, haciendo alusión á aquella vid única que quedó en la península, según cuentan, cuando ésta, por una horrible sequía, se trocó en desierto sin vejetación y sin gentes, y cuando sus ríos Ebro y Guadalquivir quedaron en pobres hilos de agua?

Esa precisamente, dijo su interlocutor; y aun-

que lo demas sea fabuloso, es emblema de la fertilidad de su suelo.

Entonces será fabuloso también, replicó Don Quijote, que uno de los Prelados de esa Ciudad, llamado, si mal no me acuerdo, Miguel de Urrea, era tan sabidor de los enigmas de la Magia, que burló al demonio con sus mismas artes; y que Hércules fabricó su propio alcázar en esas cimas.

Enteramente fabuloso, Señor, respondió el aeronauta, que era muy versado en Historia y muy serio y formal en sus juicios, como hombre de ciencias exactas. Y, no dejándole tiempo de replicar, para no entablar discusión, añadió sencillamente: Mirad ahora el Ebro, que va buscando á Zaragoza, engrosado por todos esos afluentes, y ved que parece la arteria aorta de Aragón, que recoje toda su sangre.

D. Quijote estuvo mirándolo largo rato, hasta perderlo de vista, y siguió con los gemelos todos los pueblos del gran valle aquel, que pasaban por bajo de su bajel aéreo como manchitas blancas ó protuberancias terrosas, con sus tejadillos y campanarios minúsculos.

Así fueron marchando, mientras el Sol se levantaba como un titán por sus propias fuerzas, y á trechos descubríanse los despoblados, las rocas peladas, los montes y las pardiñas, interrumpidos de largo en largo por las villas y aldeas, ó por los monasterios y los castillos derruidos.

Volaba el globo con rapidez, y todo huía al punto de los ojos atónitos de los viajeros.

¡Esa es Huesca! dijo el aeronáuta señalando á la lejanía. ¡Parada y fonda!

Huesca iba, en efecto, delineándose, y de manchita que era, como las otras, se trocaba en la diafanidad del día en población de pequeñísimos gnomos. Parecía fabricada por esos geniecillos en un punto de la sierra, y formaban armonía sus torres y los picos de sus montañas. ¡Engaños de la visión! Cuando estuvieron sobre ella suspensos, halláronla separada de aquel anfiteatro de agrestes picos, y vieron sus noventa y nueve torres de la leyenda desmoronadas y huecas, como extinguidos volcanes.

Ahí estará la célebre Campana, dijo D. Quijote, y á fé que fué gran cobardía de aquel Rey D. Ramiro dar muerte en trampa tan vil á tanto esforzado caballero; y si yo hubiera sido uno de ellos, no hubieran pasado ni el Rey ni el verdugo adelante en su siniestra matanza.

Allí es donde se supone ese hecho fabuloso, replicó el aeronáuta; en aquel edificio que á este lado se descubre, ó sea el Palacio, hoy trocado en Universidad.

Fabuloso no, dijo D. Quijote; que aun se nombra á los caballeros mandados degollar allí por el Rey Monje, y cuyas cabezas fueron puestas en círculo; y digo y repito que, si yo hubiera estado en aquel lugar, la propia cabeza de aquel Rey cogulla hubiera servido á la tal campana de badajo, y le hubiera atado una cuerda para hacerle oscilar y tocar á las paredes, tanto que los golpes de aquel cráneo los contaran todavía los reyes, y sonaran á los tiranos como aviso.

Encontrábase el águila perpendicular á la ciudad, y entonces comenzó Júpiter á hacerla descender; lo que vió D. Quijote con gran sorpresa, porque la población agrandábase ante sus ojos desmesuradamente, y le parecía caer como piedra sobre ella. Pronto se aclaró el panorama de sus plazas y calles y manzanas de edificios, y enseguida se vieron sobresalir las torres de sus templos y sobre todas su Catedral eminente y la Casa del Municipio. Oyéronse ya distintos los sones de las campanas que llamaban á Misa, pues era Domingo, y por fin tocaron tierra los dos viajeros, suave y sosegadamente, en la gran plaza donde está el Obispal Palacio.

Muchedumbre de curiosos acudió á ver el globo, que fué convenientemente amarrado, y á los dos viajeros que fueron grandemente atendidos; y el reloj de la Catedral daba las once en aquella sazón, para no desmentir los cálculos del aeronáuta. Visitaron la ciudad, la Torre de la puerta de Santo Domingo, el Coso, la silla donde el Justicia sentábase á dar sus fallos, y la Iglesia de San Pedro, celda y sepultura del Rey Monge; y después almorzaron convidados por el Alcalde, mostrando D. Quijote gran me-

sura, como si el aire de los espacios le hubiese saneado algo el cerebro.

No tenían tiempo de otra cosa; y como quien desata su caballo y en él monta para proseguir su camino, subieron á la barquilla y desatado el globo les elevó, haciendo evoluciones varias por cima de la torre de la Catedral, para demostrar su dócil manejo.

Dejaron pues á Huesca, y á la derecha caminando hacia el Este á Barbastro, con su remedo de Venecia en aquella calle de los puentes, que sin ser ninguno de los Suspiros, hartos suspiros habrán recogido de amantes pechos aragoneses, ó de dulces ecos de la jota clásica; y atravesando la frontera del antiguo Reino de Aragón y Cataluña, por encima de los ríos y de las sierras y por frente de los viejos condados de Sobrarbe y Ribagorza, tomaron vista á Solsona, le Celsona de la Reconquista, y por fin á la gran llanura de Urgel, divisando la Ciudad de los antiguos Condes de su nombre, con su derruído Castillo Hermoso y sus restos de la casa de la Condesa.

Triste cosa es, exclamó D. Quijote, ver al paso tanto castillo en ruinas en estos poblados, antiguo asiento de la bizarría y de la nobleza. Así que deben ir escaseando los Condes y Señores de horca y cuchillo, y los trovadores que asistían á sus fiestas para recitar sus cantos de amor y sus serventesios, y las damas que los enamoraban, y los caballeros andantes que los frecuentaban y que eran en ellos servidos por hermosas doncellas.

Eso se acabó: dijo el aeronáuta. Cual esas ruinas está aquel espíritu caballeresco de la Edad Media; como no se haya trasladado el tal espíritu á las aves y alimañas que en ellas anidan.

¿De modo que ya no hay trovadores? preguntó con cierta sorpresa el caballero.

Sí, pero son de Juegos Florales, respondió su interlocutor. No van á los castillos como antaño, ni andan con la lira á cuestas de reja en reja; pero acuden á un teatro ó salón, y al que ha presentado la mejor poesía, á juicio de un jurado, le dan una flor con un lazo ó sin él

para que la entregue á una dama que llaman Reina de la fiesta, y luego la ponen en un trono de comedia y se lee la poesía, y alguno que se dice Mantenedor hace un discurso alusivo, y terminado todo se apagan las candilejas y cada cual vase á su casa, sin tener que andar los trovadores á salto de mata.

Será eso más cómodo, replicó el caballero: pero es menos noble, y es lástima que estos castillos estén deshechos y derrumbados; porque, de no ser así, bajaríamos á ellos y veriais abrírsene las puertas de todos, y caer los puentes levadizos y salir los heraldos á las barbacanas, para dar paso y anunciar al valeroso caballero D Quijote de la Mancha, conocido en toda la redondez del mundo.

A estas palabras, hizo un movimiento de sorpresa el aeronáuta, tal que por poco da una vuelta de campana el aeróstato, y no tuvo duda ya de que, á la locura que le achacaban de bogar por los espacios en tan frágil nave, había añadido la otra locura mayor de llevar en tan arriesgado viaje á un loco de remate, por compañero.

Apresuró, pues, la bajada para dejar ese lastre peligroso en tierra y continuar él su camino á París, donde debía descender definitivamente dando tres vueltas á la torre Eiffel, y antes de que atardeciera estaba D. Quijote á pie de la ciudad, donde según lo prometido salieron á recibirle el Príncipe y varios amigos suyos, que hacían de ayudantes.

Saludáronse con efusión y D. Quijote preguntó al Príncipe cuántos miles de años tardaría en llegar su escudero Panza á tal punto, montado sobre su mula coja y llevando de reata á Babieca; porque para la empresa de la conquista de Andorra, hallábase sin escudero y sin caballo, cosa impropia de caballeros andantes; á lo que el Príncipe le dijo que miles de años no, pero que unos quinientos sí tardaría, como no fuera que algún gran pájaro de aquellos le cogiera con mula, reata y todo y los trasportase como á él en un día, volando despacio.

¡De manera, exclamó D. Quijote, que esos grandes pájaros, de la casta del que me trajo,

pueden volar más rápidamente? ¡Pues éste bien que atravesaba el aire como una saeta!

Sí que pueden, respondió el Príncipe; sobre todo cuando cojen un viento favorable, que entonces en un abrir y cerrar de ojos se trasladan á mil leguas ó más.

Comenzaron á subir la cuesta y D. Quijote, despuéss de una pausa, volvió á rogar al Príncipe que le aclarara una cosa obscura que él había oido en su viaje y era la respuesta del caballero aeronáuta, de que él en persona había empollado el huevo de que había salido el pájaro aquél.

Así es la verdad, respondió el interpelado porque el huevo de ese pájaro se empolló dentro de los sesos de ese que lo gobierna, como el gérmen de Palas dentro de la cabeza de Júpiter esto aparte de que hoy se empollan por los hombres los huevos de toda clase de aves, en unos aparatos que llaman incubadoras, y ya no han menester los polluelos para salir del cascarón las alas ni el abrigo de sus plumosas madres; lo que admiró grandemente á D. Quijote, pues manifestó que de eso á echar al mundo séres humanos sin necesidad de madres también, no había sino un paso.

Algo se trabaja para ello, dijo el Príncipe: porque hubo un Fáusto nigromante que fabricó en su laboratorio de alquimia, con los ingredientes de que el sér humano se compone, un hombrecillo llamado *homúnculus*; pero se murió con el secreto, y no se ha podido volver á hacer de esos: si bien hay otras incubadoras de niños, donde se ponen los que nacen á destiempo, que habían forzosamente de morir, y se les da el calor y alimento que en el claustro materno debieron seguir teniendo, y se les saca luego de edad natural, tan sanos y robustos que á todos les tira luego la afición al ejercicio de las armas y de la andante caballería y son los más esforzados en los combates.

Creed, Príncipe, exclamó D. Quijote, que eso de los caballeros andantes salidos de incubador es lo que más me interesa: porque, si ello es así en escogiendo muchos niños nacidos á destiempo y poniéndolos en esa máquina de nueva in

rención, sacaría yo, como llueca, una pollada le andantes caballeros, que bastaría á regenear la decaída afición al noble ejercicio de la aballería, que aquel Cervantes Saavedra, traluciendo la crónica burlesca de Cide Hamete, quiso desterrar y hubiera desterrado del todo, i yo no hubiese vuelto al mundo de los vivos.

En esto llegaron cerca de uno de los tres casillos que hay en la Seo de Urgel, y haciendo un pequeño alto, contemplaron desde allí la ciudad, que conserva sus viejos pergaminos como un oble arruinado: la Orgia de Ptolomeo, con su atedral románica, que parece una fortaleza, deotando la existencia de aquel sacro imperio le sus Obispos proveniente del siglo IX, por ceión de los Condes de Urgel sobre los vastos esados de Andorra, que D. Quijote se proponía onquistar para cumplir su palabra y para haer la unidad Ibérica.



CAPITULO XVIII

De la estancia de D. Quijote en la Seo de Urgel y de su entrevista con el Conde y relación que éste le hizo de sus desdichas.

Cuando D. Quijote vió aquellos castillos eminentes, sobre todo la torre de Solsona y la Ciudadela, pensó que verdaderamente tendría que habérselas con algún Obispo de la Edad Media, guerreador y andante, de aquellos que lo mismo llevaban la mitra á las Catedrales que la lanza de batallas, y entonces no sólo echó de menos á su escudero, sino á su gran caballo Babieca, heredero de las glorias de Rocinante, flaco y peloso como él, bravo como el caballo de Santiago, y sin el cual sería un guerrero de á pie, y había de parecer al Obispo de muy humilde condición.

Tranquilizóle sobre ello el Príncipe, diciéndole que él conocía bien á aquel Obispo, y que le había hallado muchas veces leyendo el libro de Cervantes: por lo que, al ver á D. Quijote en persona, no podía dudar de que, aun sin caballo, era caballero, y de medirle como á tal; tanto más cuanto que su Ilustrísima, á causa de cierta dolencia, no podía sentarse fuertemente, ni menos sobre caballería; de manera que le vendría muy bien tener el duelo á pie, espada en mano, sino prefería rendirse á discreción y entregar en capitulación los Estados de Andorra.

¡Qué me place! dijo D. Quijote: porque si he de esperar á que venga Panza con Babieca de reata, desde donde los dejé, y si éstos han de tardar quinientos años, como digisteis, en tan largo plazo es posible que no exista ya Obispo de Urgel, ni Panza, ni Babieca; dado que yo pueda quedar para contarlo.

Eso opino, respondió uno de los ayudantes

del Príncipe; que no hay que aguardar á escudero ninguno, y que cualquiera de nosotros hará de tal si fuera menester, y entre tanto bueno será que nos encaminemos todos al Palacio del antiguo Conde de Urgel, que enterado de que había de llegar el señor D. Quijote, le tiene preparado alojamiento.

¿Todavía vive el Conde de Urgel que hizo donación al Obispo de su señorío de Andorra? preguntó D. Quijote.

No vive, respondió el interpelado; pero sí un sucesor suyo, que tiene grandes y añejos agravios con ese Obispo: pues, según parece, después que su antecesor hizo la donación de sus Estados, semejante á la de Pipino á los Pontífices, llegó á tal la crueldad del Prelado, que le mandó sacar los ojos y le confiscó su hacienda privada, menos ese castillo, que está protegido por la Justicia celeste contra los detentadores; pues, apenas esbirro, soldado ó asaltante tratan de acercarse á él con intenciones expoliadoras, vomita fuego espontáneamente de sus almenas, y pone en vergonzosa fuga á los forzadores. Así que, primero el Conde con los ojos sacados y luego su hijo, y ahora su nieto ó tataranieto, se han albergado allí como único asilo que les quedó, á donde no pudo llegar la furia de su enemigo; y por ello vos podéis ir, pues que sois como un vengador de esa ingratitud y felonía, y este es el mayor agravio que podéis desfacer.

Oyó D. Quijote atentamente la historia de los Condes de Urgel y de aquel castillo maravilloso, y dijo que enseguida quería visitar al último Conde y ofrecerle su espada y ayuda; alabando la misión cuasi divina de los caballeros andantes, que en casos como estos pueden enderezar en una hora entuertos de luengos siglos, y hacer la justicia ejecutiva y sobrehumana que no alcanzan los jueces de la tierra.

Encamináronse, pues, hacia el castillo del Conde, que no era otro que el de Solsona; cuyo comandante militar, muy amigo de los del Veloz-Club que combinaban aquellas aventuras, y enterado de ellas, consintió en que uno se disfrazara de Conde de Urgel, con una gran peluca

blanca desgreñada y unas luengas barbas postizas que le llegaban á la mitad de la cintura y unas fuertísimas gafas ahumadas y una bata con sus cordones amarrados á la cintura, que parecía un hábito de San Francisco; el cual esperó así la llegada de D. Quijote, en una sala del castillo adornada adrede con las más viejas armaduras y los arreos militares más anticuados.

Llegó D. Quijote con el Príncipe y sus ayudantes, y quedó suspenso al ver al Conde de Urgel, que parecía propiamente ser aquel del siglo IX que hizo la donación; tanto más cuanto que aquellas gafas negras denotaban la ausencia de la visión, y semejaban puestas para encubrir las feas huecas de los arrancados ojos.

Aquí tiene Vuestra Excelencia, señor Conde, dijo el Príncipe, al ínclito y jamás vencido caballero D. Quijote de la Mancha, y aunque con esos ojos muertos no le pueda mirar, creo yo que con los del espíritu lo verá en la plenitud de su bizarría.

Dios sea loado, dijo el Conde,pues que puedo tener ante mí y, si no con ojos carnales, con los otros del alma inmortal y clarividente, contemplar al noble paladín que puedo llamar el Deseado; tanto anhelaba su llegada, y doy gracias á Vuestra Alteza, Señor Príncipe, por habérmele traído y guiado á este castillo del infortunio.

Yo soy, exclamó D. Quijote, el que debo loar al cielo por haber determinado ponerme en camino de venir á esta mansión, á ofrecer mi espada y mi ayuda al noble Conde de Urgel: que si es cierta, y no puedo dudarlo, la historia que me han contado de vuestras desdichas, es la más lastimera de cuantas llegué á escuchar de pechos doloridos, y merece por sí sola la más grande de todas las reparaciones.

Sí es cierta, Señor caballero, dijo el Conde, invitándole á tomar asiento en un sillón de baqueta como á los demás recien llegados en los respectivos suyos, y buscando él á tientas uno y asentándose cabe la chimenea, donde algunos tizones lanzaban resplandores rojizos, añadió: Esa historia la conocen todos en estas comarcas, y pues os la contaron no tengo duda de

que la han referido fielmente. Sólo he de añadir, por si olvidaron algunos detalles de ella, que mi bisabuelo, el último Señor de Andorra, Conde de todos estos lugares, que tenía este Castillo llamado entonces Castillo Hermoso, hallándose en peligro de muerte allá en el año novecientos de nuestra Era, determinó llamar al Obispo y éste, prometiéndole el perdón de sus pecados, consiguió de él la cesión del Imperio de Andorra. Pero, en vez de morir, sanó el moribundo, y dueño el Obispo ya de las plazas de armas y del dominio de aquel Imperio vastísimo, temiendo que de vivir el Conde pudiera pensar en recobrarlos, le mandó matar, prendiéndole sus esbirros y llevándole á lo más intrincado de los Pirineos, donde por lástima le dejaron con vida; pero arrancándole los ojos para que no pudiera volver á aquellos lugares y se encargaran las fieras de lo demás de su cuerpo.

Imaginad ¡oh valeroso D. Quijote! el dolor de aquel anciano, solo, manándole sangre las cuencas horribles de su faz, errante en las tinieblas como otro Edipo, pero sin los amables lazarillos de sus piadosas hijas... Así vagó por peñascos, yendo á tientas y á pique de caer por el borde de los derrumbaderos y abismos, clamando inútilmente auxilio en las noches, y en los días que eran también noches para él, y sin hallar á mano alimento alguno.

Tres días completos vagó de esta manera, por medio de las nieves, azotado de las ventiscas ó expuesto á ser devorado de lobos y osos en los espesos pinares. Pero, al cuarto día, cuando rendido de fatiga y de hambre se echó al suelo para morir, sintió suave calor en su rostro y como un beso húmedo en su mejilla, y luego que una ubre se le acercaba á la boca, que ansiosamente sorbió de aquélla el maná que destilaba. No podía ver lo que era, pero palpó y halló ser una gacela bienhechora, que como enviada del cielo le daba alimento y le calentaba con su vaho.

Así pudo reanimarse y alzarse del suelo; pero la gacela no le dejó de ningún modo, y antes bien aquella Antigona de la selva le guiaba,

apartándole de los peligros, llevándole por las sendas más practicables, hablándole con su quejumbrosa voz y dándole siempre el alimento de sus ubres. Por el día le separaba de las nieves y le conducía por sus pasos á los más apacibles sitios, y por las noches le hacía entrar en las cuevas ó huecarrones de aquellas montañas, donde ella por instinto sabía que no moraban los osos ni los lobos. El entendió bien pronto la voluntad de la gacela, pues con su balido le atraía, é iba delante de él como perro de ciego.

De esta manera bajaron de las riscas de los Pirineos á los valles, y de los valles pasaron á las llanuras, y entraron una noche en el viejo Castillo Hermoso: en éste en que os halláis y que dejó el Obispo desierto de servidores. Todo estaba en su lugar, y fácilmente pudo el Conde subir y recorrer sus estancias, guiando él entonces á la gacela. Allí vivieron la gacela y el Conde, sin ser notados; pero cierto lebrel de fino olfato que iba en una montería delató la existencia de la res, y entonces los cazadores, que eran de la servidumbre del Obispo, se acercaron y descubrieron y reconocieron al Conde, aunque sin ojos.

Súpolo el Obispo y mandó que buen golpe de su gente rodeara el castillo y entrara para dar muerte al anciano; pero, en el punto en que hacia aquí se dirigían, la gacela se transformó en la hija del Conde que éste creía muerta y que estaba recién parida y acompañada de su vástago, la cual le dijo que dejaba su figura de gacela para no ser descubierta más por galgos y podencos; que ella había por mandato divino tomado aquella forma para correr más velozmente hasta los Pirineos y libertarle, y que no tuviese cuidado alguno del Obispo: pues el cielo mismo tenía determinado que nunca pudieran aquel ni los suyos acercarse á tiro de ballesta al Castillo, y que éste se defendería solo, sin guerreros, vomitando fuego de sus almenas por todas las aspilleras y barbacanas, como si estuvieran guarnecidas de mosquetería y de cañones.

Eso sucedió, y fué que al acercarse las gentes de armas del Obispo comenzaron las al-

menas solas á disparar mortífero fuego, que ahuyentó á aquellos. Acudieron más y tampoco pudieron aproximarse á este Castillo, que parecía de pirotecnia; cayendo muertos muchos y otros heridos mortalmente. Seis veces se renovó la batalla y siempre tuvieron que huir los sitiadores. Y por fin, cuando el Obispo mandaba á alguno con siniestra idea, para que en la obscuridad penetrase y degollase al Conde, siempre un certero disparo de alguna aspillera desguarnecida le hacía caer muerto ó moribundo. Así ha venido sucediendo en diferentes tiempos, y es que no hay mejor defensor que el brazo de la divina Justicia, ni ojo más certero que el ojo de la Providencia.

La gacela, ó séase la hija del Conde, había dado á luz su vástago que se convirtió en niño pero ciego, sin duda de tanto considerar ella y mirar con dolor la ceguera de su padre, y así hubo un sucesor de esta casa de Urgel y de sus derechos. Todos los vástagos hasta mí han sido varones, pero ciegos igualmente, y yo el último lo soy también, y como sólo entran aquí por divina permisión los que vienen como amigos ó aliados, ó con intenciones sanas, por eso habéis podido llegar á este salón de mis mayores, donde están todos sus trofeos; y porque he leido mucho de vuestras proezas y yo deseaba un caballero que recuperase de manos del Obispo el Imperio usurpado de Andorra, aunque pase á otros extraños y no á la casa de Urgel, por eso os llamé el Deseado y ahora os puedo llamar el Enviado del cielo.

Todo esto, dicho con la voz temblona propia de la decrepitud del Conde, conmovió á Don Quijote, tanto que levantándose de su asiento y poniendo la mano sobre la cruz de la espada de Hernán Cortés, juró al Conde que él recuperaría el Imperio de Andorra; aunque sentía no poder hacerlo para la casa de Urgel, por tenerlo prometido á otra nueva dinastía, ignorante del caso, y creyendo que los Condes de Urgel lo habían traspasado de grado y no *in articulo mortis*, por episcopales insidias. Pero además prometió al Conde que había de vencer y humillar á todos los ejércitos del Obispo, y

que había de traerle la cabeza de éste, por pérfido y traidor, si dejando á un lado lo de Obispo se le presentaba en palenque como guerrero.

Celebraron mucho entre sí los ayudantes el ingenio y la propiedad con que había referido el fingido Conde la historia de su antepasado y de la gacela y representado aquella escena con ademanes y voz de ciego ochentón, mientras D. Quijote se entretuvo con el Príncipe en mirar todas aquellas armaduras llenas de moho, de cuyos huecos habían desaparecido los cuerpos, cabezas, piernas y brazos de sus campeones.

Temiendo el Príncipe que D. Quijote tratara de cumplir su palabra al fingido Conde sobre llevarle la cabeza del Obispo de la Seo de Urgel, aprovechó aquella coyuntura en que curioseaban solos los trofeos del salón, para decirle que, aunque era verdad cuanto el Conde había referido, había de tenerse en cuenta que el Obispo que tales cosas hizo y que hubiera merecido que pusieran en la picota su cabeza, no era el que ahora vivía, como por mala inteligencia y confusión de fechas podía D. Quijote creer; sino el otro Obispo del año novecientos, á que la historia se contraía; y aunque el Imperio de Andorra fuera usurpado entonces, con el trascurso de más de mil años bien podía tenerse por borrada aquella mancha; cuanto más que todos los imperios del mundo adolecían de iguales ó parecidos vicios de origen, y si queríamos deshacerlos y reintegrar á sus legítimos dueños, los Reyes cristianos de España debían buscar á los sucesores de los Arabes, para devolverles sus reinos que les usurparon en la Reconquista; los Arabes buscar luego á los Visigodos, á quienes los quitaron con la invasión Sarracena; los Visigodos averiguar dónde estaban los Romanos, á quienes despojaron; los Romanos ir en busca de sus anteriores dueños los Cartagineses, y éstos de loss Fenicios, hasta llegar á Tubal y Tarsis, cuyos legítimos descendientes serían los verdaderos señores, á quienes había que hacer la restitución. Y, como se ignoraba dónde estaban esos nietos, tataranietos y últimos descendientes de los primeros pobladores de España, lo

mejor era dejar á cada uno lo que hoy tuviera; pues tan ilegítimo era esto, como dárselo á su anterior en despojo.

Quedó D. Quijote perplejo, oyendo este razonar, y pensando que en efecto los derechos del Conde de Urgel debían pertenecer en últimas á los descendientes de Tubal, y lo difícil que era encontrarles; pero resolvió el caso diciendo que hay diferencia de la conquista por la espada, que siempre ha sido un derecho y que se ajusta á las leyes de caballería, á la usurpación por una absolución *in articulo mortis*, que es lo que allí había acontecido; y que si este Obispo no era el usurpador mismo, gozaba de lo usurpado á sabiendas, y se hacía reo de aquel desafuero; á más de que de los pecados de los padres responden los hijos hasta la quinta generación.

El caso es, respondió el Príncipe, que este nuevo Obispo, que es amigo mío y al que tengo determinado presentaros, tampoco es hijo de aquel del siglo IX, al que se achaca ese desaguisado; y la sentencia de la Sagrada Escritura no reza con los que suceden en un cargo ó beneficio civil ó eclesiástico á sus antecesores que fueron culpables. Así que mejor que cortarle la cabeza será que le hagais vuestra demanda, y si no accede le reteis á ley de caballero, y si es vencido quede despojado de aquel Imperio que no le pertenece, y que por la ley de conquista vendrá á ser vuestro, y respetéis siempre aquella cabeza, de la que no pueden separarse lo sacerdotal de lo marcial.

A lo menos, dijo D. Quijote, el dedo índice de la mano derecha sí he de quebrarle.

¿Cómo es eso? preguntó el Príncipe con extrañeza.

Porque en él, respondió el caballero, lleva el anillo Pastoral, y prometido he á Dulcinea ir quitando á las enemigos vencidos estos anillos de *æquites*, para irlos reuniendo, hasta aportar al matrimonio con mi dama tantos miles de fanegas de sortijas, como ella tiene ya recogidas de igual modo.

Tampoco habrá necesidad de aquello, objetó el Príncipe; porque, si siendo vencido, él os entrega no sólo el Imperio sino el anillo también,

podéis dejarle el dedo sano y en su lugar, pues fanegas de sortijas y no de dedos es lo que habéis prometido acaparar.

Sea como lo decís, exclamó D. Quijote, que aquel día estaba de buenas; con tal de que el Conde me levante mi palabra empeñada de traerle la cabeza del Obispo.

Tal lograré, respondió el Príncipe; pero antes de la declaración de guerra, quiero yo que conozcáis y tratéis á ese Obispo, que es hombre forzudo, y creo que en su juventud debió tirar mucho á la barra y jugar á la pelota, según lo desarrollado de sus brazos. Él se holgará también de veros, y puede ser que, sin choque ni derramamiento de sangre, lleguéis los dos á un razonable acomodo; y yo intercederé con el Conde, según dejó ofrecido, para que haciendo diferencia entre el Obispo que expolió á su progenitor y quiso asesinarle, y este que se lo encontró todo hecho há mil años, se contente con que sea vencido y humillado por vos y desposeído de su Imperio, sin el aditamento de la cabeza, que tampoco el Conde podría ver ni reconocer, por ser ciego de nacimiento.

Consintió D. Quijote, y, consultado el caso con el Conde, éste levantó la palabra al caballero, rogándole que, pues el de que se trataba no era el Obispo de hacía más de mil años, ni el culpable de aquellos crímenes, no se le cortara la cabeza; sino sólo se le venciera y desposeyera, entregando el Imperio de Andorra á Juan Panza, á quien D. Quijote lo tenía prometido.

Comieron alegremente todos en casa del Conde y éste, con su voz temblorosa y acabada por los años, brindó por el caballero, que había llegado empujado por el destino, para enderezar en lo posible aquel antiguo entuerto; exigiendo á D. Quijote que impusiera por condición al Obispo, luego que le venciera, que dejase ir y venir libremente fuera del Castillo á los Condes de Urgel; porque ahora sólo podían vivir dentro, por la natural defensa que en aquel castillo tenían del cielo, sin que les fuera dado trasladarse á otros puntos sin correr riesgo de la vida.

Todo lo aseguró D. Quijote, bajo su palabra, diciendo que era preciso deshacer aquel tuerto á todo su poderío, y el Príncipe quedó en ir de mensajero al palacio Epiescopal, para solicitar la entrevista de aquél y el Prelado, en sitio neutral, cada uno acompañado de dos ayudantes; donde había de parlamentarse sobre el nuevo caso de guerra, que con la presencia del caballero sobrevenía.



CAPITULO XIX

Que trata de cómo parlamentaron D. Quijote y el Obispo de la Seo de Urgel y demás famosos incidentes que ocurrieron.

Cuando D. Quijote, ya retirado á su habitación, oyó los agudos toques de los clarines que llamaban al descanso á la tropa del castillo, creyó que todos los ejércitos del Obispo venían sobre la fortaleza y contra él para sorprenderle y degollarle; así que saltó de la cama y empuñó la tizona: mas viendo que, cesados esos toques, no se oía ya ni movía una mosca, pensó que esos ejércitos eran deshechos ó por lo menos rechazados por la natural virtud de aquella fortaleza de matar ó dispersar á sus enemigos, vomitando fuego espontáneo por todas partes. Mas, como no oyó el estrépito de los disparos de bombardas y arcabucería, supuso que acaso el combate sería aquella noche al arma blanca, y que al asalto de los que atacaban, las piedras todas de la fortaleza se habrían convertido en picas, lanzas y espadas tajantes, para rechazarlos.

Volvióse al lecho, seguro de que no era menester su ayuda, y durmió ocho horas sin sentir el nuevo toque de aquellos clarines á diana. Cuando se levantó, era cerca de medio día, y ya estaba el Príncipe de vuelta de cumplir su misiva con el Obispo.

Su Excelencia, dijo á D. Quijote, me ha recibido muy cortésmente; pero, cuando supo que un solo caballero quería conquistarle su Imperio, se sonrió con desdén, y ya iba á dar por terminada la entrevista negándose á parlamentar. Mas, como yo le dijera que ese caballero era el valeroso D. Quijote de la Mancha, se le mudó la color del rostro, y ya cambió de opinión, diciéndome: Id y contestad al Sr. D. Quijote que

con él sí parlamentaré; que bien sé que, aun yendo solo, será capaz de acometer á todos mis ejércitos juntos, y en caso favorable alancearlos y dispersarlos, como hizo con aquellos escuadrones donde iba Alifanfarón de la Trapobaria y Pentapolín el del arremangado brazo.

¿Eso dijo? preguntó D. Quijote. ¿De manera que él sabía que aquellos eran ejércitos y no manadas de carneros, como los pintaba el moro mi cronista? Conócese, añadió, que ese Obispo debe ser ducho en descubrir, á través de las desfiguraciones de los falsos historiadores, la verdad de las cosas, y se trasluce así mismo que ha de estar muy al cabo de las vicisitudes prósperas y adversas de los caballeros y del alcance de sus temeridades.

Vaya si es ducho y está al cabo de todo, dijo el Príncipe. Como que, según me contó, había sido caballero andante también, cuando más joven; solo que, después de haber realizado mil hazañas por una cierta doncella andariega dueña de su albedrío, hallóla con otro diciéndose ternezas en un bosque, y como ellos huyeron y no pudo darles alcance, ciego de ira comenzó á arrancar de cuajo todos los árboles del bosque aquel, que eran testigos de la infidelidad, echándolos por alto como un huracán, y eso que algunos tenían más de cuatrocientos años y eran de tronco tan grueso como una torre. Y luego de haber dejado el bosque pelado, como Dulcinea os dejó la media cabeza vuestra, decidió hacerse ermitaño, y tal fué su piedad, que llegó su fama á Roma, y de allí salió que fuese nombrado Obispo de Urgel, para que como Obispo tuviera toda la virtud que de ermitaño tenía, y como Emperador de Andorra y jefe de sus ejércitos pudiera renovar, si era menester, sus hazañas y poner en juego sus hercúleas fuerzas.

¿Tantas tiene? preguntó D. Quijote, deseoso de saber con cuál adversario tenía que habérselas: contadme otra hazaña, porque eso de arrancar los árboles de cuajo, ya lo hizo Orlando al ver Angélica con Meodoro, y no es cosa que pruebe nada: pues bien sabido es que el hombre, en accesos de locura amorosa, saca fuerzas desconocidas é increíbles.

Para probarnos sus fuerzas, sin ese aditamento, os diré, interrumpió el Príncipe, que en sana paz, y sin acceso de furia ninguna, es público en Urgel que, sólo al decir *dominus vobiscum*, desde el presbiterio de la Catedral, en un día de fiesta, dió sin querer al abrir las manos al púlpito que á la derecha estaba y que era de piedra serpentina, enclavado en la columna del templo y sostenido por dos grandes angelones de berroqueña, y lo derribó, hallándose encima ya preparado el predicador, lo que produjo el consiguiente pánico y el desmayo de muchas damas; salvándose el predicador por milagro, pues el púlpito quedó volcado y hecho pedazos.

Esa sí es prueba, dijo D. Quijote; que por lo que un hombre hace naturalmente y sin esforzarse, puede colegirse lo que hará poniendo en ello fuerzas y empeño; mas os digo que no han de servirle conmigo en ninguna manera: porque una cosa es la fuerza y otra el valor, la temeridad y la destreza en los peligros, y en eso no ha de aventajarme ni vencerme, aunque haya arrancado más árboles de cuajo que las más formidables trombas. Ello no obstante y sea cual sea el resultado de aquesta empresa en que me encuentro empeñado desde que me levanté de la cripta, iré antes á parlamentar en las condiciones que hayais acordado, y me excederé con mi adversario en cortesanía: que ésta no amengua el valor y antes es su mejor gala.

Explicó el Príncipe á D. Quijote que las condiciones establecidas para celebrar aquel parlamento eran: sitio neutral, un campo próximo al castillo del Conde, al que no podían acercarse los guerreros del Prelado sin que el castillo los destruyera; hora, la caída de la tarde de aquel día; momento preciso, el de la puesta de sol: acompañamiento, D. Quijote iría con dos ayudantes de su confianza y el Obispo con otros dos de los suyos; ceremonia, se acercarían y saludarían, haciendo D. Quijote la fórmula de ir á hincar la rodilla, para besar el anillo Pastoral, levantándole y no consintiendo el Obispo esa reverencia.

Conforme D. Quijote en todo ello, y aveci-

nándose la hora de la cita, vistióse sus armaduras, se ciñó su espada, y á poco volvieron el Príncipe y otro ayudante, que habían de acompañarle, dirigiéndose todos, por detrás de la fortaleza, al campo convenido.

No tardó en aparecer el Obispo con sus dos ayudantes también; el cual iba vestido en traje de calle, con su sombrero de canal negro de forro verde y su túnica de botones morados, y un bastón que le servía de sostén al parecer, pero que bien podía tomarse por maza guerrera. Este Obispo era, como el Conde de Urgel, un camarada del Veloz-Club, que había venido con los demás á continuar aquellas sabrosas escenas, y que, disfrazado de Obispo, acudió con sus compañeros á parlamentar con D. Quijote, y llevaba el bastón aquel, haciéndose el valetudinario, pero en verdad no fiando del todo en la cordura y serenidad del caballero. Por ello habían concertado los del Veloz que hiciera de Obispo de Urgel el más fornido y hábil, ó sea aquél, que además de su fuerza natural, tenia la ventaja de ser un consumado tirador de esgrima y de manejar el palo diestramente, á estilo vascongado.

Avistados los de ambos campos y cumplidas las ceremonias estipuladas, dijo el Obispo que tenía gran placer en ver restaurado, como pintura de cuadro antiguo, al esforzado caballero Don Quijote, y que deseaba saber en qué podía servirle, que no fuera en mengua de la Iglesia y de su Imperio de Andorra.

Vuestra Excelencia, dijo D. Quijote, pone con esa última cortapisa tal embarazo á mi demanda, que veo en ello una anticipada y negativa respuesta: porque es el caso que yo soy el obligado á servir en todo y reverenciar á Vuestra Excelencia, como á Ministro del Altísimo; mas no en lo relativo al Imperio de Andorra, que es la materia de esta entrevista.

Veamos, exclamó el Prelado, qué es lo que sobre ese Imperio deseáis, y si es un permiso de pasar por sus territorios para vos ó para algún ejército vuestro, ó cosa semejante en que suelen servirse mutuamente los Reyes y Emperadores, yo os lo otorgaré de grado.

No es eso, sino más, respondió el caballero; y es que tiene Vuestra Excelencia ese Imperio, por causa de que su antecesor del siglo IX forzó ó inclinó la voluntad de un moribundo á que se lo donase, y yo empeñé la palabra de conquistarlo para donarlo á mi vez á mi escudero Panza y á su mujer é hija, á las que prometí hacer Princesas, y pido deje Vuestra Excelencia de grado esa imperial corona, y me otorgue acta de cesión de todos esos vastos dominios temporales, quedándose con lo de espiritual que le incumbe.

Señor caballero, contestó el Obispo, ya decía Plinio que era tarea ardua dar novedad á lo antiguo y claridad á lo oscuro; y traigo esto á cuento, para persuadiros de que no es fácil averiguar lo que pasare realmente en el siglo IX, con la donación de Andorra; ni si fué por voluntad libérrima de aquel Conde de Urgel, ó por sugestión *in artículo mortis*, como se ha inventado. Aun siendo de origen vicioso, el tiempo y la prescripción, que reconocen las leyes civiles y eclesiásticas, todo lo sanean, y sano ha llegado á mí ese Imperio, en cuya quieta y pacífica posesión me hallo con mis antecesores más de mil años; que no creo haya otro imperio más antiguo, sino es el de la Santa Sede sobre Roma; y lo que vos proponéis es despojo, por la amenaza, y en su caso por la violencia, renovando con estos mis Estados episcopales lo que hizo el Rey Galantúomo con los Pontificios.

No sé qué haría ese Rey, ni nunca oí hablar de él, respondió el caballero, y para mí que todavía el Papa reinaba en sus Estados; pero notad la diferencia de un caso y otro, y es que Roma fué donada sin fuerza ni miedo, por Pipino y Carlo Magno al Sumo Pontífice, y aquí solo por miedo á las penas del infierno y por precio de una absolución fué traspasado ese Imperio; y no es deshacer esa donación dar novedad á cosas añejas, sino restaurar el derecho y la justicia; ni hay obscuridad en el caso, cuando está vivo y parlante ese Castillo de los viejos Condes, donde se conserva la tradición de padres á hijos, y que por permisión divina y como testigo de mayor excepción se alza y subsiste. En cuan-

to á eso de la prescripción, no sé más ley que el natural derecho en mi conciencia escrito, y mi espada dispuesta á defenderlo, y en él no entran tales concesiones á la injusticia y al dolo. Con que así, abreviemos y deme Vuestra Excelencia una categórica respuesta: si ó no; que yo me holgaré sea afirmativa, para evitar todo choque entre vuestros ejércitos y mi lanza.

Pues que queréis una respuesta categórica, dijo el Obispo, os digo que nó; que jamás cederé mi Imperio, como no sea por la fuerza de las armas, que obligado estoy con ellas á sostenerlo; y para que sepáis en cual empresa os metéis, os aviso que tengo medio millón de hombres equipados y armados, que á una señal de mi báculo bajarán de esas montañas, sobre el que atente á mis dominios.

Creía yo que era un millón, dijo D. Quijote, y no me arredraba. Siendo medio nada más, comprenderá Vuestra Excelencia que me siento con más bríos. Con que así, sabida vuestra determinación, demos término á nuestra plática; pero todavía quiero daros un plazo de tres días, para que penséis mejor la conveniencia de evitar á vuestros ejércitos la nunca vista matanza que he de hacerles, y de entregarme ese Imperio, sin que ese río Segre tenga que llamarse en lo sucesivo río Sangre, por la mucha que ha de llevar durante años enteros, si la batalla se libra.

Saludáronse los dos y se retiraron, con sus ayudantes cada cual; D. Quijote hacia el Castillo del Conde, y el Obispo hacia una calesa que esperaba para irse á su Palacio, de incógnito; y de toda la conferencia dió cuenta el caballero al Conde, diciéndole que en aquellos tres días de plazo tenía que buscar caballo y escudero, y hacer que éste le limpiara y preparase sus armas, para tan empeñado combate.

El Príncipe había sugerido á D. Quijote aquello del plazo, porque ya no sabía cómo podría el fingido Obispo salir adelante con su ficción, ni de donde había de sacar aquel medio millón de guerreros, que sin cautela había dicho bajarían en seguida de aquellos riscos á luchar con el caballero, y quiso en esta tregua ver

de buscar á ello solución, aunque fuera aparente. Por fortuna, el Comandante general del Castillo de Solsona, que lo era al mismo tiempo de la plaza de Urgel y que se solazaba mucho con aquellos lances é invenciones, admirando la locura quijotesca del caballero, dijo al Príncipe que tenía orden de hacer con las tropas de la plaza y otras comarcanas un simulacro, y que lo adelantaría, para que fuese á los tres días cabales, y creyera D. Quijote que todos aquellos batallones eran del Prelado, y que todo aquel fuego del simulacro iba contra él, para ver qué hacía, y si se arredraba ó no ante tantos enemigos; por lo que las tropas simularían un ataque para tomar el puesto en que estuviese el caballero y sus alrededores, y luego una retirada, sin llegar á ocuparlo.

Así quedó combinado, esperando todos con impaciencia el vencimiento del término, y propuestos á llevar á D. Quijote al punto estratégico á donde debían dirigir sus operaciones las tropas del simulacro.

Arrepintióse D. Quijote de haber concedido aquel plazo; porque la impaciencia y nerviosidad por acabar aquella empresa y conquista no le dejaban reposo. Así que pasó dos días inquieto y desazonado, requiriendo á cada momento la espada y dando mandobles al aire, para adquirir destreza en su manejo, ó probándose el casco regalo de la Emperatriz de Villacañas, ó blandiendo la lanza contra imaginarios enemigos. Lamentábase de no tener escudero ni caballo, y se habían hecho diligencias de un palafrén, que le pareciese á Babieca, pues lo del escudero no era tan preciso; pero, en la tarde del segundo día, estando el caballero reconociendo por una de las almenas el campo, vió venir por la carretera una pequeña caravana, compuesta de una amazona á caballo, con traje largo de viaje y sombrero de gallardas plumas, y luego uno que le pareció Panza, montado en una mula que cojeaba, y llevando amarrado detrás el ronzal de un jaco *in extremis*. Eran efectivamente Panza y Babieca, y la amazona la Emperatriz de Villacañas.

Avisó D. Quijote la oportunidad de aquel arri-

bo y salieron todos á recibir á la viuda y al escudero y Babieca, con grandes muestras de regocijo, y aquélla les contó cómo habiendo ido unos días al Escorial, encontró al cabo de ellos que Panza llegaba con su recua, extraviado, muerto de cansancio y de hambre, y Babieca harto estropeado y en esqueleto; y que, al referir Panza que se enderezaba hacia Urgel, á donde había ido en globo D. Quijote y le esperaba el Príncipe hermano de la Emperatriz, determinó ella que todos se dirigieran en el hipógrifo de los caballos de vapor desde el Escorial á la estación más próxima á Urgel, y desde ella, caballeros en sus palafrenes, hasta donde Don Quijote y el Príncipe debían estar.

El júbilo les rebosó á todos en los semblantes, y el Príncipe, en un aparte, contó brevemente á su hermana cómo habían entrado todos en bureo y lo que tenían determinado sobre la batalla que D. Quijote había de librar con los quinientos mil hombres del Obispo, prometiendo contarle los sucesos anteriores desde que Don Quijote llegó á casa de D. Lucas, holgándose mucho la viuda de poder ser testigo de aquel combate, y de lo que se combinara para la definitiva conquista de Andorra.

Enseguida la Emperatriz preguntó á D. Quijote si había quedado contento del servicio del hipógrifo, y él le respondió que sí, y que jamás vió monstruo tan espantable y tan bien domesticado; si no es el águila caudal que le había llevado en una noche, desde Venecia á donde había el caballero salvado á Desdémona, hasta Urgel en que estaba ya á las puertas del Imperio apetecido.

Díjole la Emperatriz que ella podía poner en pie de guerra trescientos mil hombres, para ayudar al caballero contra los quinientos mil del Obispo; pero aquél declinó muy agradecido tan valioso ofrecimiento, respondiendo que él había hecho ya ánimo de pelear contra un millón, que creía eran los que el Obispo le opondría, y que reducidos ahora á la mitad no había menestar más tampoco que la mitad de su ánimo y esfuerzo.

En estas conversaciones volvieron al castillo

del Conde, donde fué muy bien atendida la Emperatriz, según su rango, y Panza, según el suyo, y se mandó llevar á las caballerizas la mula y Babieca, y darles todo el pienso que quisieran hasta hartarles, para ver si recobraban fuerzas y podían entrar en la batalla preparada. Y entre tanto D. Quijote obligó á Panza á limpiarle todas las armas, que debían relucir como venecianos espejos; menos el casco aquel consabido, que no podía salir de su color achocolatado, qué el caballero creía ser un especial pavón de su bien templada lámina.



CAPITULO XX

De los coloquios y preparativos de D. Quijote y Panza, y de la reñida y sangrienta batalla del caballero contra los ejércitos episcopales, en el paraje de los Cuervos.

Todo tiene término y remate en este bajo mundo, ¡oh Panza! exclamó D. Quijote al verse á solas con su escudero. Los ha tenido mi encantamiento é inercia de trescientos años y los va á tener mi proyecto de coronarte emperador de Andorra, en la batalla que mañana se ha de librar; y ya me veo, como Annibal á las puertas de la soberbia Roma; solamente que él desaprovechó la ocasión de asaltarla incontinenti, y yo no he de perder minuto.

Y como el caballero explicara á Panza todo el curso de sus negociaciones hasta aquel día, en que había de decidirse la suerte por las armas, y como le dijera que no eran más que quinientos mil guerreros episcopales los que tendría que vencer á la mañana siguiente, Panza se quedó muy melancólico y decaído, temiendo que, aunque no fueran tantos no solo no tendría el reino prometido, sino que se quedaría también sin amo y promisor en aquella jornada.

No pongas cara triste, decía D. Quijote, que las vísperas deben celebrarse como las fiestas. Y Panza seguía sin chistar, limpiando con una gamuza el orín de la armadura y de la espada; por cierto sin poder sacarlo: tan añejo era y bien agarrado hallábase á los envejecidos aceros.

¡Ay, Señor mío! prorrumpió el buen escudero al cabo de una pieza, sin que nada le hubiera dicho más D. Quijote; y dando un gran suspiro se le saltaron las lágrimas de los ojos.

¿Qué, hombre, qué? exclamó aquél; acaba tu discurso, empezado con ese lastimero exordio.

Y Panza le declaró, anudada la garganta de sollozos, que llegados ya á trance tal, él no quería ser causa, por la ambición de un reino de tres palmos de ancho por seis ó siete de largo, de la muerte y descuartizamiento de su amo; manifestando su presentimiento de que allí terminarían todos sus esfuerzos y aventuras.

De hombres es el morir, respondió D. Quijote, y no te niego la posibilidad de que yo sea arrollado y muerto; pero, si ese temor de la muerte debiera encoger el ánimo, dígote que sería el sér humano el más desventurado del planeta: porque no podría dar un paso, ni mover un brazo, ni mudar de sitio, ni comenzar una obra cualquiera, sin que ese siniestro pensamiento se le atravesara para detenerle; con lo que la vida sería una perpétua zozobra y un anonadamiento anticipado.

No entiendo yo de esas filosofías, dijo Panza; pero lo que sí me sé es que no todos los casos de la vida son tan expuestos á la muerte que hagan pensar en ella, y que hay otros como este de ir á pelear un hombre solo contra medio millón, en que el presentimiento de que ese hombre haya de morir es el más natural y el único que se cae de su peso.

Tienes razón, dijo D. Quijote, y por si muero en la demanda, que yo conozco que bien pudiera ser, te haré mis principales encargos, como si otorgara testamento nuncupativo. El primero es que vayas á la Patagonia y des la noticia á Dulcinea, con mucha cautela, devolviéndole este anillo, signo de mi fidelidad; el segundo que vayas á casa de D. Lucas Gómez, á pedirle en mi nombre perdón por mi arrebato de haberle roto su Buscapié; y el tercero que recojas mi cuerpo y le des cristiana sepultura, en un sitio á la orilla del mar, donde están las que llaman Columnas de Hércules, en las que se hallaba escrito *non plus ultra*, indicando que no había tierra ninguna más allá: de las que España borró el *non* después, demostrando que estaba más allá el Nuevo Mundo por ella descubierto y conquistado; y donde, según he sabido, han vuelto á escribir ese *non* otra vez, para significar que de allí en adelante no habrá más

tierra para nosotros. Allí me enterrarás, para que, si es verdad que pueden los muertos volver en alguna ocasión á este mundo á hacer alguna obra grande, por permisión divina, pueda yo levantarme de la fuesa y borrar con las uñas de mis descarnadas falanjes ese *non*, como le borraré, si vivo, con la punta de mi espada.

Esto último lo dijo D. Quijote pensando en su juramento sobre las Américas.

Panza prometió cumplir la última voluntad de su amo, y acabada la limpieza de la armadura y de la tizona, así como de la lanza, retiráronse á descansar caballero y escudero; aquél con el corazón firme, y éste con el ánimo acongojado.

Los clarines de la fortaleza, tocando alegremente á diana, despertáronles de madrugada; sobresaltándose Panza nuevamente y encendiéndose en ardor bélico el ánimo de D. Quijote.

Ea, escudero mío, exclamó, vísteme presto esa armadura, en que el sol va á tener esta mañana espejo clarísimo, y cíñeme esa espada que va á resplandecer de gloria, y apréstame Babieca y mi lanza, y monta tú en tu palafrén, que la hora es llegada del combate.

Hízolo Panza todo á punto, menos lo de montar él en su mula, y D. Quijote le requirió de nuevo diciéndole que él, como escudero, debía seguirle en aquella batalla; aunque no usara de las armas, y sí solo para estar al reparo de lo que le mandara su señor, como recado ó aviso, ó que le ajustara alguna espuela caída.

Panza, que había sido soldado pero flojo, andaba reacio todavía, hasta que preguntó muy humildemente al caballero, si no se podía hacer que él le siguiera como á media legua de distancia: porque él tenía mujer é hija, que perderían esposo y padre respectivamente; y que antes le diera los avisos, razones ó encargos que quisiera y le dejara ajustarle las espuelas, tanto que no hubiera necesidad de reforzarlas, aunque la batalla fuese furibunda.

Veo, dijo D. Quijote, que tiemblas como gacela. Sígueme si quieres, no á media, sino á una legua, con tal de que puedas ver todo el campo del combate y rescatar mi cuerpo, si caigo he-

rido ó muerto: que, si eso no haces, no sé qué puedes poner de tu parte en la conquista de ese reino, acometida en tu provecho.

Sí haré, Señor, exclamó Panza, y si muerto cae Usía ya acudiré yo, antes que los grajos; aunque después de despejado el lugar de enemigos.

Montaron, pues, ambos y ya estaban á las almenas del castillo la Emperatriz de Villacañas y los ayudantes, menos el Príncipe, que bajó á decir á D. Quijote que se dirigiese hacia la eminencia llamada de los Cuervos, señalándola, y que en vez de atacar, aguardara allí á que se desplegaran en guerra los quinientos mil hombres del Prelado, venciéndoles conforme fueran llegando hasta él; aunque creía que muchos, al verle armado de todas armas y caballero sobre Babieca, retrocederían sin atreverse á llegar á aquellas posiciones; en cuyo caso sería la oportunidad de perseguirlos y rematarlos.

Pareció bien á D. Quijote, y con su escudero detrás, que miraba asustado á todas partes, dirigióse á las posiciones de los Cuervos, cuando ya el sol asomaba su redonda cara por los montes escarpados de Oriente.

Vamos, Panza, aviva el paso á Babieca, que esta mañana no obedece á mi espuela como solía, dijo D. Quijote; y oye otro encargo que te hago, por si perezco en esta desigual batalla, y es que el rizo de Dulcinea, que tengo entre mi ropa, donde tú sabes, lo entierres conmigo también junto á las Columnas de Hércules.

¡Volvámonos, Señor mío, exclamó Panza otra vez, antes de llegar, y no pensemos en entierros en esas columnas, y siga viviendo Usía sin más que sus imaginaciones de fantasmas y endriagos! ¡Volvámonos, por las cinco llagas; que yo renuncio á la corona de ese imperio, y si aquí estuvieran también renunciarían á ella Panza Alegre y Pancica!

Calla, corazón apocado, respondió D. Quijote; que París bien vale una misa, y no se tira un reino por la ventana como tú quieres hacerlo; cuanto más que la fama y el honor de los caballeros son tales que, después de haber hecho miles de proezas, si una vez vuelven la espalda,

es como si no hubieran hecho ninguna. ¿Quieres tú, cobarde y afeminado, que yo en este momento, después de tirar tu reino, tire por el suelo también mi honra?

Diciendo esto, llegaron á las posiciones de los Cuervos, lugar eminente, y pronto vieron en la distancia unas manchas obscuras, que por los cerros y valles se movían.



Esos serán los ejércitos episcopales, dijo D. Quijote; apártate tú lo más lejos que puedas para no estar entre el fragor de la pelea, y lo más cerca, para que veas y oigas cuanto pasa.

Hízose Panza á un lado, resguardándose y ocultándose en un risco, y pronto se desplegaron en la lejanía los batallones del simulacro, que tenían por objetivo el amago á las posiciones aquellas, y la retirada desde cerca de sus alturas; por lo que, de común acuerdo, el Príncipe hizo encaminarse á aquellos riscos á D. Quijote.

Avanzaron las tropas por el centro y uno de

los flancos, y comenzó el fuego en toda la línea; tal que Panza, experto en eso de resguardarse, echó pie á tierra, rodando presurosamente de la mula, y se tendió boca abajo en el suelo.

D. Quijote oyó el detonante ruido de la mosquetería, sin esquivar el pecho á las balas, y sí creyó que serían quinientos mil los enemigos que hacían tantos disparos á un tiempo. Pronto tronaron los cañones y se generalizó el ataque, y el caballero esperó impávido, lanza en ristre, la acometida de aquellos enjambres de enemigos; puesto el pensamiento en Dulcinea. y preparado el talismán para un caso de apuro.

Llevaba D. Quijote el casco de la Emperatriz de Villacañas, y ostentándolo en aquella eminencia, y blandiendo su lanza y embrazando su escudo, sobre aquel caballo escuálido, parecía la misma figura de la muerte, presenciando un combate de veras.

Al avance de algunos batallones, fué en dirección á ellos para herir á los de las primeras filas: mas vió con asombro que, sin ser alcanzados, retrocedían y se retiraban, y lo mismo los que iban llegando después, á pesar de sus descargas y tiroteos, y por igual la caballería, que iba escalonada en auxilio de ellos, y por fin el ejército todo.

Entonces comprendió que había infundido pavor á aquellas innúmeras legiones, y que era el momento de perseguirlas, y echó tras ellas al trote de Babieca, dando grandes voces á Panza para que le siguiera; pues los enemigos huían aterrados.

Panza, que rezaba el Credo, tendido en tierra boca abajo, y que creía á su señor acribillado ya á balazos, cuando oyó sus voces y alzó la cabeza y vió que todo el ejército se retiraba perseguido por D. Quijote, no quería dar fé al testimonio de sus propios ojos; y, ya envalentonado, montó en la mula y echó tras su amo, para que viera que merecía la corona de Andorra, por haber puesto algo de su parte para lograrla.

El ejército se retiraba disparando siempre y las columnas de humo de las avanzadas impedían ya ver lo demás; pero, por lo lejano de los disparos, se comprendía que los batallones de-

rrotados estaban lejos, hasta que no sonó ningún tiro, ni entre las madejas de humo se vió un solo soldado.

Jadeantes y sudorosos Babieca y la mula, de tanto correr por aquellos escabrosos sitios tras de los fugitivos; lleno de júbilo y coraje Don Quijote, y de admiración y asombro Panza, hicieron al fin alto en una hondonada de un vallecillo, tributario del Segre.

Quitóse el casco D. Quijote y dijo á Panza que se lo tuviera, y limpiándose el sudor exclamó:

¿Dudas ahora, Panza amigo, del invencible esfuerzo de mi brazo? ¿Eran esos, por ventura, carneros ó soldados de carne y hueso armados de prodigiosos mosquetes y bombardas de gran alcance? ¿Viste ó no los escuadrones enteros de jinetes venir en auxilio de los peones, que ante mí retrocedían atemorizados? ¿Reparaste cómo excusaban al fin todos la batalla, y los más atrevidos se apresuraban al cabo á librarse de mi furor? ¿Hallaste nunca más serenidad en el esperar, más firmeza en el resistir, más fiereza en el provocar, más valor en el acometer, ni más tesón en el perseguir, que los que yo he puesto en este desigual combate? ¿Crees tú que ese Obispo, viendo derrotados sus quinientos mil hombres, no capitulará, entregándome su imperio?

Confieso, dijo Panza, que hasta hoy todo lo creí engendro de la acalorada imaginación de Usía; pero ya tengo que rendirme á la evidencia, y ésta es que realmente Usía ha conseguido la más señalada y nunca vista victoria, peleando solo contra un ejército entero compuesto de infantería, caballería y artillería, y estoy dispuesto á proclamarlo á la faz del mundo, como la más inaudita de las proezas.

No hablemos más de ello, dijo D. Quijote; que el mucho recordar un hecho heróico, en propios labios lo rebaja. Tú cuenta y dí lo que viste, cuando te pregunten, sin añadir comentario ninguno; y ahora vamos á buscar los muertos y heridos que ese ejército ha debido tener, que serán muchos: porque enterrar á los unos y cu-

rar á los otros del campo enemigo, es piadoso oficio de vencedores.

Echaron pues á andar, registrando malezas y monte bajo, por los sitios de la batalla; pero después de más de una hora de rebusca nada hallaron, y entonces dijo D. Quijote que era mejor dejar aquella tarea: porque los vencidos habían retirado sus bajas sin duda, para ocultar la magnitud de su derrota.

Unicamente hallaron en el campo de la refriega una mochila, que es de creer se dejara olvidada un soldado, y una faja y no de general, que otro se desceñiría de su ropa interior, para estar más lijero, y D. Quijote repartió este botín, quedándose con la faja, que creía una bandera sin asta, y dando á su escudero la mochila.

Aquél se la ciñó muy ufano, y Panza abrió la mochila para ver lo que había dentro, encontrando una escudilla, medio pan de munición y un rollo de papeles que entregó á D. Quijote; el cual los desató, viendo que eran versos y coplas todos de amor. Pero, reparando en la firma, halló que acababan con este nombre: «El Poetilla»; cayendo en la cuenta de que la mochila debía ser de aquel pastor á quien él armó caballero; lamentando que por torpeza de éste de haber puesto su espada al servicio del Obispo, hubiera perecido en aquella refriega. Guardó los papeles para continuar por otros medios sus averiguaciones, y volviendo hacia atrás se dirigieron al castillo de Urgel, con los despojos de la batalla: pues era ya más de medio día.

En él preparaban á D. Quijote solemne recibimiento, y al entrar todos pusiéronse en pie y el viejo Conde fué á abrazarle, tan estrechamente que el caballero creyó que le ahogaba. Estaba preparada la mesa para el banquete: pero en ella había una novedad y era un cubierto para Panza, al que ya consideraban elevado de su oficio escuderil á la categoría de Emperador de Andorra.

No quería Panza ocuparlo: pero no hubo más remedio, ante la insistencia de todos y la orden de D. Quijote, que allí mismo le dió una pescozada y un espaldarazo, y le dejó armado caballero.

Al comenzar el banquete todos quisieron oir la relación de la batalla; pero D. Quijote, diciendo que las propias alabanzas envilecen, cedió la palabra á Panza, que la refirió de esta manera:

Salimos con el Sol, mi Señor delante caballero sobre Babieca y yo detrás en mi mula. Llegamos á ese sitio llamado de los Cuervos, cuando vimos venir quinientos mil hombres ó más de todas armas contra nosotros, que llenaban como hormigueros montes y valles. Esperámoslos á pie firme, para no ser rodeados de ellos y sí irlos venciendo de frente. Atacáronnos con coraje, disparando contra nosotros fusiles y cañones y avanzando también á la bayoneta. Mi señor D. Quijote se defendió lanza en ristre, y yo como pude á mordiscos y puñadas, y tantos cayeron atravesados por él y derribados á golpes por mí, que las filas de los primeros batallones flaquearon. Acudieron otros y los deshicimos también. Vino luego la caballería y formamos el cuadro contra ella, estrellándose en nuestra muralla infranqueable. Dispersados los primeros escuadrones, lo fueron todos los demás, y tanto fué el pánico de aquel ejército, que comenzó á tocar retirada y á volverse apresuradamente, protegidos los infantes y caballos por la artillería gruesa y de montaña. No los dejamos escapar tampoco sin castigo, sino que los perseguimos, alanceándolos mi Señor, que era un gusto verlos caer ó ir ensartados de tres en tres en su lanza, y dándoles yo de patadas en las partes posteriores, conforme iban huyendo. En este punto de la batalla hicimos gran carnicería, hasta que cansados Babieca y mi mula de tan sanguinaria persecución y quedándonos con todo el campamento enemigo, desaparecieron en fuga y vergonzosa derrota aquellos ejércitos combinados. Mi señor cogió una faja de general y yo una mochila, y aquí estamos sanos y salvos, él sin un rasguño, y yo con sólo este de la nariz, del tiempo que la tuve pegada en la tierra.

Así se escribe la historia por los vencedores, dijo D. Quijote, y aunque algo exageren, como tú Panza has hecho, el compendio y resumen

de todo es, señores míos, la derrota de ese poderoso ejército, en que este mi escudero puso de su parte realmente eso de la nariz pegada á la tierra y el hallazgo de la mochila, y yo todo lo demás.

Rieron los comensales grandemente, de ver como Panza se adjudicaba una parte igual á la de D. Quijote en el combate y el triunfo, y cómo rectificó éste amostazado, señalando lo único que su escudero hizo. Pero todos les alababan y ensalzaban, diciendo la Emperatriz de Villacañas que con un solo caballero como Don Quijote podrían suprimirse los muchos gastos de los grandes ejércitos permanentes.

Esto afirmaban y trataban, añadiendo el Príncipe que, en vista del resultado de esa batalla, él tenía que proponer el desarme europeo, en la primer asamblea de Reyes que se celebrara; cuando un criado entró con un gran pliego en una bandeja de plata, diciendo que lo había llevado un heraldo para D. Quijote. Tomólo éste y vió que en el sobre escrito había un escudo con una mitra y dos llaves atravesadas en tinta azul, y supuso que sería del Obispo de Urgel y que contendría el acta de capitulación de Andorra; por lo que, con la venia de todos, lo abrió y lo leyó en voz alta allí mismo; el cual pliego decía de esta manera:

«Al Egregio y Victorioso D. Quijote de la Mancha, Caballero de la Triste Figura, de los Leones, etc., etc., salud:

»Después de la derrota sufrida por todos mis ejércitos reunidos, en la batalla de los Cuervos, y de la victoria obtenida sobre ellos por vuestro esfuerzo y bizarría, entregáraos de grado la corona y el Imperio de Andorra, sino me acordara de que un tiempo, antes que ermitaño, fuí caballero andante, y que no es bien me dé por vencido sin haber luchado con vos cuerpo á cuerpo. Derrotado como Emperador en mis soldados, mantengo mis derechos como caballero, y os reto á singular combate, en el cual si soy vencido os entregaré aquel Imperio sin dilación, por no quedarme ya esperanza ninguna de mantenerlo. Mañana, al rayar el Sol, os aguardo con mis ayudantes ante el foso de

ese castillo, fuera de sus fuegos, en la esplanada que hay á la derecha, á pie por no poder usar caballo, y espero vayais lo mismo, para que entre vuestra espada y mi báculo se ventile esta contienda, quedando el vencido á merced del vencedor, con tal de que no sea contra caballeros lo que se le ordenare.»

»Vuestro servidor y capellán.—El Obispo de Urgel.»

Palideció Panza, viendo comprometido de nuevo su reinecillo, que ya creía tener en la mano; quedaron como suspensos los demás comensales, y D. Quijote pidiendo recado de escribir contestó al Obispo que recogía el reto y que iría á la hora y sitio fijados, á pie, aunque no parecía que caballero debía dejar su caballo en cuanto pudiera estar en él; manifestando á los demás no temieran ningún resultado desfavorable; que el que había puesto en fuga á quinientos mil guerreros, bien podía vencer á un Obispo.



CAPITULO XXI

Del desafío de D. Quijote y el Obispo de Urgel, de sus menuditos incidentes, y del resultado de esa singular batalla.

La noche anterior al desafío pasaron la velada en el gran salón del castillo de Solsona el Conde sentado en su sillón de baqueta, y alrededor de la chimenea D. Quijote y Panza, la Emperatriz de Villacañas, el Príncipe, el Comandante de la fortaleza y los ayudantes, comentando la batalla del día anterior y hablando de los arrestos del Obispo.

Celebraron también el botín recogido por el caballero y su escudero vencedores, y D. Quijote dijo entonces que en la mochila que tocó á Panza en el reparto, había encontrado un rollo de papeles que eran de versos, que él había recogido y tenía: por lo que, si querían con ellos solazarse, los mostraría; pues que los llevaba consigo.

Contestaron todos afirmativamente, y D. Quijote puso sobre la mesa el rollo de papeles, que cojió el Príncipe y empezó á leer para sí.

¡Calle! exclamó; en efecto, son versos y no malos, y están firmados con el pseudónimo «El Poetilla.»

Ese, manifestó D. Quijote, es un pastor de la Mancha joven y avisado, que andaba enamorado por aquellos campos de una alta y linajuda señora, según pude saber, y á ella dirije todos sus versos; que más parecen de cortesano que de pastor.

Púsose algo encendida y turbada la Emperatriz con ese descubrimiento, y el Príncipe, pasó á leer algunas de aquellas poesías, que respiraban todas gran pasión amorosa.

Pobre Poetilla, dijo D. Quijote; yo le armé

caballero, y por lo que veo se alistaría en los ejércitos del Obispo, sin saber que tenía que habérselas conmigo en esa sanguinaria batalla. Hagan vuesas mercedes cuenta de lo que habrá sido de él, cuando sólo se ha encontrado su mochila.

Tal vez sea uno de los fugitivos, que por mejor correr se libraría de su peso, dijo el Comandante general del castillo, y con esos antecedentes he de mandar que tomen lenguas de él, para saber si es muerto ó vivo.

Yo me holgaré, respondió D. Quijote; porque sentiré que le haya tocado siquiera la punta de mi lanza, siendo como es ahijado mío, y también creo se holgará la Emperatriz, que si mal no recuerdo me dijo, cuando me alojé en su palacio, que ese Poetilla era un pastor suyo.

Sí que me holgaré, respondió la viuda, que hago memoria de que tenía yo un pastor al que nombraban el Poetilla, por ser muy diestro para sacar coplas. Deme el Sr. D. Quijote si gusta esos papeles, que yo por ellos preguntaré á mis mayordomos de la Mancha, y podrán también darme alguna razón de si es ese el pastor de que hablo.

D. Quijote entregó los papeles á la Emperatriz y ésta los guardó, conociéndosele, aunque trataba de ocultarlo, el interés que tenía; pero nadie paró mientes en ello, sino que todos siguieron celebrando la fácil vena y discretas endechas del vate manchego.

Tornó la conversación á los resultados de la batalla, y el Conde encomió el valor y la temeridad de D. Quijote, de haber él solo puesto en fuga cinco cuerpos de ejército de á cien mil hombres cada uno, que es lo menos que podían formar aquellos combatientes; pero todos decían que, conociendo los puntos que calzaba el Obispo, faltaba todavía lo principal: por ser un Hércules en fuerza, y en fiereza un león de la Numidia.

No le hallé tanto cuando parlamentábamos, dijo D. Quijote; ni tenía la altura del gigante Caraculiambro, ni la fortaleza del jayán señor de la peña de Galtares, ni siquiera la feroz apostura del Rodomonte. Antes bien, parecía

valetudinario ó fatigado en demasía, pues iba apoyándose en un bastón.

No hay que fiarse, dijo el Príncipe. Ya os he referido lo del púlpito, y ahora os diré más y es que tan grandes pulmones tiene, que una noche de Semana Santa, por prueba, apagó de un soplo todas las luces de la Catedral; y otra vez, por gala de su no igualada respiración, subióse al campanario y, no más que soplando, echó á vuelo la campana mayor, que pesa cien quintales.

Oía Panza esto con la boca abierta de espanto, y miraba á su amo escuálido y huesoso, que apenas pesaría tres y media arrobas con armadura y todo, quedándose pensativo luego al considerar lo que podría hacer con él y aun con los dos juntos, aquel Obispo que de un soplo echaba á vuelo una campana.

Cuando se retiraron, mandó D. Quijote se le despertase al alba, para estar al rayar el Sol en el sitio del palenque; ofreciéndole el Príncipe, los ayudantes y el Comandante general asistir de espectadores, y también la Emperatriz, que dijo iría en representación de Dulcinea.

Luego que estuvieron solos D. Quijote y Panza, éste se arrodilló á los pies del primero y le dijo que por Dios le pedía renunciara á aquel desafío con tamaño Obispo; que él daba de grado por perdido su Imperio, pues por lo que había escuchado creía más peligroso aquel combate cuerpo á cuerpo, que la batalla antes librada con todas sus gentes.

Considerad, Señor y dueño mío, añadió, que cuando entre todos los del mundo ha elegido el Papa á éste por Obispo de Urgel, entregándole la defensa de ese Imperio, no será á humo de pajas, ni para que sólo eche bendiciones. Pensad que, si de un soplo apaga todas las luces de la Catedral y hace á una campana que voltée, pesando cien quintales, sólo á un estornudo suyo va á volar Usía por los aires y no va á caer en una semana, y que contra esas sobrenaturales pujanzas no hay defensa ni oposición posibles.

Calla, bellaco, respondió D. Quijote; que des-

pués de lo que has visto, todavía dudas de mí. ¿Por ventura los pulmones de ese Obispo podrán soplar en la vida tanto como los de aquellos quinientos mil hombres que dispersé? Pues si pude con todos, ¿cómo no he de poder con uno solo, que jamás ha de reunir en sí las fuerzas de ese medio millón?

¿Cuántas luces apagarían esos quinientos mil, soplando? Dime si les sirvió de algo ese huracán, sino fué para escapar con más priesa.

Panza se tranquilizó algo con estos argumentos; pero determinó ponerse á un lado de los combatientes y en sitio por donde no soplase el Obispo, temeroso de no tener peso bastante para no salir en volandas como una pluma.

Apenas el rubicundo Febo levantaba una punta de los rosados cortinajes de su lecho, para saltar de él y asomar por los vecinos montes, alegrando las selvas y desatando las arpadas lenguas de mil suertes de pintados pajarillos, ya estaba D. Quijote en el lugar de la cita, vestido de su armadura, espada en mano y con el yelmo de la Emperatriz sobre la cabeza. Cerca de él, el Príncipe y los ayudantes, el Comandante general y la Emperatriz misma, formaban grupo que ocultaba sus risas y cuchicheos, con apariencias de gravedad.

Asomó una calesa á poco y de ella descendió con sus ayudantes el Obispo. Llegó, saludó, nombráronse jueces del campo á tres de cada parte, y á la Emperatriz para que los presidiera, y apenas tomó su sitio el Obispo, tiró la mitra atrás con un gentil movimiento de cabeza y se puso en guardia con el báculo: quedando todos temerosos y colgados de lo que había de suceder.

Creo, dijo D. Quijote mirando á su contrario y sin levantar la espada, que no es bien que yo mida mi tizona con ese báculo del Señor Obispo, máxime cuando aquí no viene en calidad de Prelado sino de guerrero, y como ese arma le constituye en inferioridad, apelo á los jueces.

Señores, dijo el Obispo bajando el báculo de la guardia en que lo tenía: yo no puedo separar mi carácter de guerrero del de Prelado, y si como guerrero peleo, como Obispo sólo puedo

hacerlo con el báculo; y eso de la inferioridad del arma váyase por mi superioridad en fuerzas y destreza sobre mi adversario.

Deliberaron los jueces y resolvieron que no había lugar á la protesta de D. Quijote; pues el báculo era la única arma propia de un Obispo, y estando él conforme con ella y creyéndose, no inferior, sino superior á D. Quijote, no tenían razón atendible las nobilísimas quejas de éste, debiendo cada uno pelear con su arma peculiar, y solamente no sería permitido á D. Quijote cortar con su espada la cabeza al Obispo, una vez vencido, por lo que tenía de sagrada, y porque el Prelado no podía, á la recíproca, si vencía á D. Quijote, cercenar la de éste con el báculo.

Diéronse pues las voces de «adelante, señores», y, puesto en guardia el Obispo con su báculo como antes, le acometió D. Quijote con tal furia que, á no ser aquél un habilísimo tirador de todas las armas, lo hubiera pasado mal. Pero el Pini del Veloz-Club, disfrazado de Prelado, hizo con el báculo tales quites y molinetes, que D. Quijote no pudo tocarle.

Dieron los jueces la voz de ¡alto!, y terminado el primer asalto D. Quijote miraba al Obispo, maravillado de aquella destreza y bizarría; mientras Panza tenía el alma en la garganta, viendo muy cerca de realizarse sus malos pronósticos.

Sonó la voz del segundo asalto, y volvió Don Quijote á atacar furiosamente; pues lo que de esgrima ignoraba, lo suplía de coraje: mas entonces el Obispo no se contentó con sus molinetes y floreos de defensa, sino que dió un pequeño golpe con el báculo en el casco de Don Quijote, y sin herir á éste hizo el perol añicos: con lo que creyó el caballero que los que le caían eran pedazos del cráneo, roto por aquel Prelado furibundo.

Sonó de nuevo el alto de los jueces, y todos acudieron, por si D. Quijote estaba herido; pero éste, que se había metido el anillo en la boca para curarse si lo estaba, se palpó y vió y todos vieron que era sólo el casco regalo de la Emperatriz el que estaba hecho tiestos.

Don Quijote, al verse sin casco y con la cabeza pelada al aire, echó una mirada melancólica á Panza y pensó ya que no era tan fácil vencer á aquel Obispo de los infiernos; pero encomendándose de todo corazón á Dulcinea, para que le acorriese en aquel trance angustiosísimo, pidió seguir el combate y los jueces dieron la señal.

Arremetió pues con nueva furia á su adversario, tirándole ya, no tajos, sino mortales estocadas, que éste paraba con destreza, y dando grandes voces quería el caballero ayudar á la acción y atemorizarle; pero aquél de un revés del báculo, le hizo saltar la espada por el aire desarmándole gentilmente, con lo que quedó Don Quijote abochornado y corrido.

Dispuestos los jueces á interpretarlo todo benévolamente para el caballero, declararon que el desarme no era vencimiento, y que debía el desafío continuar; y otras tres veces reanudaron la lucha los dos campeones, y otras tres voló por el espacio la espada de Hernán Cortés.

¡Matadme! decía D. Quijote á grandes voces, mejor que usar conmigo de esas artes de encantamiento. Dejad libre de ellas mi espada; y ya el Obispo contentóse con dar una regular tunda al caballero, que no sabía lo que le pasaba. Pero, después de bien vapulearlo, y adrede, hizo el Prelado como que flaqueaba y retrocedía y que caía desmayado al suelo, con lo que D. Quijote llegó y le puso la punta de la espada sobre el rostro, gritando: «muerto eres, soberbio Prelado, si no te otorgas por vencido»; acudiendo todos á detenerle, y diciendo el Obispo que, acabadas sus fuerzas y todas sus artes bélicas, había caído vencido y se declaraba tal.

Los jueces decidieron la victoria por D. Quijote, y éste exigió, para dejar libre y con vida á su Ilustrísima, que dejara de perseguir al Conde de Urgel, el cual fuera árbitro de salir de su castillo cuando quisiera; y además que su Ilustrísima le entregara el anillo Pastoral y un acta de capitulación del Imperio de Andorra.

Todo lo prometió el Prelado y dijo que enseguida redactaría en su palacio el acta de rendi-

ción y entrega de Andorra, á fuer de caballero, y daría el salvo conducto al Conde, y remitiría el anillo Pastoral, que á la sazón no llevaba puesto, para que no sirviera de estorbo en la lucha.

Con tales condiciones salió libre del campo, y saludando con profunda reverencia á D. Quijote, se marchó en su calesa con los suyos.

Las felicitaciones á D. Quijote, contenidas por el natural respeto al vencido, salieron al fin de todos los circunstantes y jueces del campo. Panza lloraba de júbilo, abrazado á los pies de su señor; pero éste, alzándole, le dijo que no era bien se humillara así, siendo ya Emperador, como le tenía prometido.

Subieron al castillo del Conde, y allí se renovaron las muestras de alegría y los parabienes, recibiéndolos también Panza, que había ayudado con sus oraciones á la victoria de su amo.

Estando en el gran salón todos, llegaron los enviados del Obispo de Urgel con lo que éste había ofrecido, en tres bandejas de rica y repujada plata. En una venía el salvo conducto para el Conde; en otra el acta de rendición y entrega del Imperio, y en la tercera el anillo pastoral, que era una grande y pesada argolla de hierro, como cuadraba á aquel Príncipe de la Iglesia tan forzudo.

D. Quijote lo recibió todo y despidió con grandes cumplidos á los mensajeros, entregando al Conde su salvo conducto, y probándose aquel anillo que le entraba por toda la mano hasta más arriba del codo, y que pesaba más de ocho libras; pero no se sorprendió de ello, habiendo visto lo descomunal de aquel Prelado, al que con tantas dificultades había vencido.

El acta de rendición decía de esta manera:

«A cuantos la presente vieren y entendieren, y á mí Veguer de Andorra y demás autoridades de aquel Principado, milicias y pueblo, salud: Habiendo sido vencidos primeramente mis ejércitos en campal batalla y después yo en singular combate, por el esforzado caballero Don Quijote de la Mancha, y habiendo quedado yo á su talante con todos mis feudos y señoríos y con cuantos derechos ostentaba al Principado

susodicho, ha sido condición para dejarme con vida que, en nombre de todo ese Principado. capitule y deje á disposición del Victorioso Don Quijote de la Mancha, como lo hago. la corona é Imperio de Andorra, para que como suyos por derecho de conquista los pueda ostentar, donar, ceder ó traspasar á la persona que sea de su agrado; para que los rija y gobierne según las leyes, usos y costumbres de esos Estados. En fe de lo cual, firmo y signo en el campo de batalla, etc.—Luis, Obispo de Urgel.»

Esto iba escrito en pergamino, y D. Quijote escribió debajo:

«Y yo, el infrascrito caballero, aceptando esta declaración y dueño ya por derecho de conquista del Imperio de Andorra, según arriba resulta, vos hago donación de esa corona y Estados, á vos Serenísimo Señor D. Juan Panza. para que vos y vuestros sucesores y los que de vos traigan causa, gocéis y gobernéis ese Imperio, según sus leyes, usos y costumbres, con la ayuda de Dios y su bendición. Dado en el Castillo de Urgel, etc.—Quijote de la Mancha, Caballero de la Triste Figura.»

Una vez signada y rubricada, D. Quijote entregó el acta á su escudero Panza, el cual le besó las manos delante de todo el concurso, que le colmó de plácemes y parabienes.

La fiesta acabó trayendo un trono en que se colocó á Panza, con una corona de talco y un cetro, que era de madera dado con purpurina, y un manto imperial que se le puso por las espaldas, y celebrándose un besamano, conforme á la etiqueta palaciega.

Fué mudado á Panza el aposento, alojándosele en otro más adecuado á su alcurnia, y así acabó aquel día de tantas emociones, hallando D. Quijote al acostarse y verse el cuerpo que si él siendo solo un caballero hacía emperadores, el Obispo de Urgel, sin llegar á Papa, hacía muy buenos y eminentísimos cardenales

CAPITULO XXII

De la partida de D. Quijote á paises desconocidos y del viaje y toma de posesión por la familia Panza del Imperio de Andorra.

Era ya arriesgado seguir más adelante las ficciones, y el Príncipe y la Emperatriz, el Conde de Urgel y los ayudantes de uno y otro campo y el Obispo mismo, determinaron en consejo privado dejar al caballero y á Panza que corrieran su suerte, regresando ellos á Madrid, y á Villacañas la andariega viuda, á quien estuvo á punto se le descubriera su inclinación al Poetilla.

No fué menester pretexto alguno: porque al día siguiente D. Quijote mismo se despidió con solemnidad de los que en el castillo había, y del Emperador Panza I, con las más sentidas y razonadas palabras.

Habéis visto, egregia dama é ilustres señores míos, dijo, cómo no he descansado hasta cumplir la palabra que á mi escudero empeñé. Con ello hice dos bienes, aparte del indispensable de llevar á término mi obligación; uno desfacer aquel antiguo agravio sufrido por los antecesores del Conde y por el Conde mismo, reducido á la condición de un castellano sitiado; y otro, traer al acervo de España ese populoso reino de Andorra, que estorbaba há siglos la unidad Ibérica.

Menguado sería yo, sin embargo, si diese con esto por cumplidos todos mis anhelos y aquel juramento que hice delante de vos, ilustre Príncipe y de aquellos Embajadores, de restaurar todo el perdido poderío del cetro español. He de cumplirlo, volviendo á recojer todas las piedras preciosas desengastadas de él, y cuantos florones fueron arrancados, en el tiempo en que yo dormitaba, de la corona de Hesperia.

Yo la dejé refulgente y rica, con el Sol clavado por remate bajo su cruz, y ahora la hallé decaída y rota y dispersados por todo el mundo sus fragmentos. Culpa fué mía, por aquella modorra que me acometió y letargo en que yací, y ya no debo perder tiempo alguno en reparar lo que estimo resultado de mi inercia.

Hoy mismo, antes que el Sol se ponga, partiré, no sé á dónde, dejando á mi caballo Babieca que elija el sendero y el rumbo, seguro de que siempre he de tropezar con algún pedazo de planeta que fué nuéstro y que deba aquistar y recojer. Si me dirijo á Oriente, allí hallaré desde Italia hasta el vasto Imperio de la Oceanía, que me han dicho acabamos de perder poco antes de mi despertar; si á Occidente, llegaré á las Indias ó Américas; si á Norte, al Rosellón y á los Paises Bajos; si á Mediodía á Orán y Túnez y al Africa toda, que Españoles y Portugueses rodeamos: de manera que no me inquieto pensado que he de extraviarme sin dar con lo que busco.

Adiós pues, Señora y señores míos, y adiós mi bueno y leal escudero, último vástago de los Panzas, cuya fé ha sido premiada en tí, como has visto. Corre á tomar posesión de ese Andorrano reino y rígelo sabia y prudentemente; no como rey, sino como padre. No olvides que el hierro puede conquistar; pero que sólo la templanza y el amor saben conservar y mantener; y, guardando las costumbres y leyes de esa particulár nación pirenáica, no la separes del tronco de la madre común España; que la más lozana rama suya, que creyera tener savia propia, hondamente recíbela del tronco y sin él resultaría estéril leño.

Todos se agruparon en torno del caballero y el Príncipe le abrazó entonces de corazón, diciendo para sí que era lástima no fuese verdad tanta belleza; pero comprendiendo que hacían grandísima falta locos de esos, que á fuerza de disparatar llegan á pensar nobles y elevadas cosas: lo que no ocurre á los sanos y pulcros de entendimiento, que á fuerza de pensarlo y hacerlo todo con número y escrupulosa medida,

no sacan á nadie, ni salen ellos mismos de la vulgar rutina y pequeñez.

Panza no quería dejar á D. Quijote; pero éste le mandó nuevamente quedara al cuidado de su Reino, diciéndole que ya oiría hablar de él á todas las trompetas de la fama: pues hasta allí no había realizado sino breve parte de sus intentos; y estando ensillado Babieca y todos á las puertas del castillo de Solsona, montó resuelto el caballero, se despidió nuevamente del Conde y de la Emperatriz y de todos los demás, y tomó cuestas arriba hacia las cúspides del Pirineo, por cuyos cerros se le vió asomar la alta y flaca silueta, bañado del Sol que se ponía y que le circundaba como aureola de gloria.

Panza quedó triste y acongojado, y pidió permiso al Conde para esperar allí á su mujer é hija y poder partir con ellas hacia Andorra y el Conde otorgóselo, diciéndole que él también saldría aquella noche del Castillo, ya que tenía salvo conducto para ello, por tener ganas de respirar fuera de él otros aires; pero que, entretanto, podía S. M. el Emperador Panza I quedar todo el tiempo que gustare en aquella fortaleza y de él cuidaría el Comandante de la milicia que en ella había.

Panza lo agradeció y en seguida escribió á su mujer una carta que decía de este modo:

«Inolvidable Panza Alegre: ahora sí que puedes alegrarte más que en toda tu vida y brincar de júbilo, al recibo de estas letras. Ya eres Reina y Princesa Pancica. Todo lo cumplió punto por punto mi señor D. Quijote de la Mancha, y mira qué bien hice en entrar á su servicio y desoir tus consejos, que como de mujer eran tímidos y apegados al terruño. Si los hubiera seguido, poco hubiera medrado. Porque yo me guié por mi natural talento y pensé que sólo se engrandece el que se arrima á los grandes; he llegado á lo alto. Ayer ganamos el Imperio de Andorra y anoche me coronaron Emperador. Hecha es nuestra fortuna, y sólo deseo que te pongas en camino con Pancica, para hacer la entrada en nuestros Estados. Vende cuanto tenemos, que para ello te doy poder en

esta carta. La tierrecilla de labor dala por lo que sea; los mulos por lo que den, y los muebles regálalos; que ya tendremos aquí muchas tierras y casa-palacio y tiros de caballos, para vivir y solazarnos á nuestras anchas. No retardes eso que te digo, y toma billete de primera en el tren correo, hasta la estación más próxima á Urgel, y con Pancica vente, que os espero ansioso. Dale besos á ella y tú toma un abrazo de tu Juan.»

Escribió esto reservadamente Panza y mandó la carta al correo, y de allí á tres días presentáronse llenas de alegría su mujer y su hija, con vestidos nuevos, como de fiesta, bien lavadas y aseadas y cabalgando á la mujeriega en sendos mulos.

Corrió Panza á recibirlas, y olvidándose de la gravedad debida á su alto rango, salió solo y á pie y las abrazó y besó y las hizo entrar en el castillo, admirándose ellas de ir á habitar aquella fortaleza.

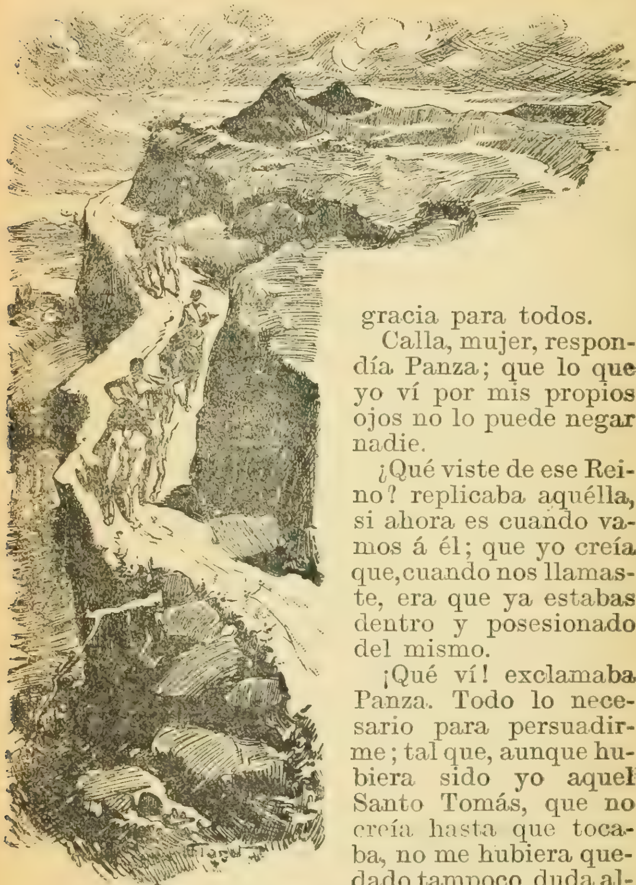
El Comandante general, que se vió con toda la familia Panza de hospedaje, no hallaba medio de despedirla, y aquel día tuvo que sentarla á su mesa; aunque no se arrepintió, tantas fueron las simplezas que oyó de aquellas dos rústicas, que ya se imaginaban Emperatriz y Princesa respectivamente. Pero cuando sintió más las consecuencias de las invenciones de sus amigos del Veloz-Club, fué al saber que aquella familia había malbaratado sus tierras de labor y cuanto en la Mancha tenía, para venir á tomar posesión de la imaginaria corona.

Al día siguiente púsose en camino Panza, con su mujer é hija, hacia Andorra, por el único sendero practicable que á aquel valle conduce. Iban en sus mulos y á la mujeriega las dos Princesas ilusas, y Panza en su mula coja, á la que había cobrado cariño, por haber sido su compañera de aventuras, de zozobras y de alegrías, en toda aquella grande y dificultosa empresa de su amo.

A decir verdad, todavía desconfiaba algo Panza Alegre, y conforme subían por aquellas cuestas y cerros, preguntaba á su marido cómo se había hecho aquello del Imperio, y Panza le con-

taba todo lo sucedido, desde que D. Quijote y él las dejaron acongojadas y tristes.

¡Ay, marido mío! decía Panza Alegre, sino fuera verdad lo de ese trono y corona, qué desgracia para todos.



Calla, mujer, respondía Panza; que lo que yo ví por mis propios ojos no lo puede negar nadie.

¿Qué viste de ese Reino? replicaba aquélla, si ahora es cuando vamos á él; que yo creía que, cuando nos llamaste, era que ya estabas dentro y posesionado del mismo.

¡Qué ví! exclamaba Panza. Todo lo necesario para persuadirme; tal que, aunque hubiera sido yo aquel Santo Tomás, que no creía hasta que tocaba, no me hubiera quedado tampoco duda alguna. Ví y oí al Conde de Urgel hablar de su abuelo, á quien el Obispo de esta Diócesis había quitado por malas artes su Andorra; oí referir el parlamento habido entre D. Quijote y el Obispo, pidiéndole aquél la entrega del Reino y negándosela éste; asistí á la estupenda batalla librada entre D. Quijote y los quinien-

tos mil guerreros del Obispo, de que salió aquél vencedor y recogimos por botín una faja y una mochila, que es ésta que aquí llevo para testimonio de verdad; ví con mis propios ojos huir aquellos quinientos mil soldados episcopales, perseguidos por mi amo, que hizo en ellos gran carnicería; ví el mensaje del Obispo, negándose después de la derrota á la entrega de Andorra, mientras no le venciera á él mismo en desafío D. Quijote; presencié este combate cuerpo á cuerpo, en que por poco si lo perdemos todo, porque el tal Obispo no era manco, pero de que salió D. Quijote triunfante ganando ese Reino definitivamente; y tengo aquí, que Pancica puede leerla, el acta de rendición del Obispo y de entrega del Imperio á D. Quijote, para que él lo rija ó ceda á quien le venga en ganas, y al pie de ella la cesión que me hace de esos Estados y de su corona. Con que ya ves si vamos sobre seguro á la capital del Reino ese, como Reyes y señores; de lo que todas sus gentes, milicias y autoridades estarán ya avisadas.

Todo lo paso, decía Panza Alegre, menos lo de que aquel caballero largo y flaco que apenas podía tenerse en pie con sus hierros, venciera él sólo á un ejército tan grande. Eso me hace desconfiar y pensar si será todo ilusión.

No, madre, decía Pancica; que parece que te empeñas en que yo no sea Princesa de veras.

Muchas cosas me han sucedido de fantasmagoría, dijo Panza, desde que salí de mi casa; pero hay dos en que no tengo más que creer á puño cerrado: una es esta del Imperio, y otra las cuerdas de chorizos extremeños de la despensa de D. Lucas. Y Panza confesó á su mujer, cómo estuvo á punto de morir de un cólico miserere, como su tatarabuelo, y de malograrlo todo, por su inclinación á la gula.

Hicieron alto para almorzar de lo que llevaban, en una angostura que dos montes hacían, parando solamente lo preciso para continuar la ascensión á aquel valle de Andorra, circuido de abruptos y altísimos cerros.

Por fin, á media tarde, lograron dominarlo, y era bello el panorama que ofrecía desde los

empinados riscos de las cumbres, con su río Valira pasando por medio, y sus aldehuelas ó parroquias á ambos lados diseminadas.

Sorprendióse Panza de que no hubieran salido á recibirle á la frontera los Vegueres y demás autoridades y algún gentío, y de que en todas las parroquias aquellas, que se veían de miniatura desde las cimas, no se hubieran echado las campanas á vuelo; pero todo lo atribuyó á que, no habiendo él anunciado su ida, aquellas poblaciones la ignoraban y no tenían hecho preparativo alguno: cuanto más que el Obispo de Urgel, á quien importaba ocultar todo el tiempo que pudiera su derrota, tal vez no había comunicado directamente á aquel Reino su capitulación.

Con grandes dificultades descendieron al valle, en cuyas piezas de cultivo se veían acá y acullá campesinos ocupados en sus tareas, y en cuyas extensiones de pastos y montes se divisaban pastores apacentando sus ganados.

All legar á la falda de la montaña la imperial familia, algunas gentes de aquellas labores, viéndola de lejos, paraban sus trabajos para curiosear quiénes serían aquellos viajeros, que visitaban aquel apartado y poco frecuentado valle.

Por fin, Panza topó con un pastor que venía frente á él con su rebaño, y le preguntó si sabían en aquel Principado que ya no ejercía autoridad ninguna el Obispo de la Seo de Urgel; y como el pastor le contestara que lo ignoraban y que ellos creían lo contrario, tuvo ya por cierta Panza su sospecha de que nada les había avisado el taimado Obispo.

¿Quién hace aquí de autoridad ahora? preguntó Panza al pastor.

Mi amo el Sr. Veguer, dijo éste; que es uno de los dos que esto rigen, y vedle que viene por allí caballero en su percherón.

Efectivamente, con su traje del país y calzadas sus grandes espuelas vaqueras, el Veguer venía por aquella senda, montado en un recio y bajo caballo francés.

Al acercarse al pastor, le saludó éste con gran respeto y le dijo que aquellos forasteros pre-

guntaban por él, en aquel momento en que le vió venir.

Inquirió el Veguer qué deseaban, y entonces Panza le respondió con grave magestad que él era el nuevo Emperador de aquellos Estados, y que iba á tomar posesión de ellos, por haberlos perdido el Sr. Obispo de Urgel, en guerra habida con el famoso caballero D. Quijote de la Mancha, que se los había cedido.

Púsose muy serio el Veguer y tuvo el mentís en el pico de la lengua; pero contentóse con replicar que no admitía burlas ningunas, y que ni el Reverendísimo Obispo de la Seo de Urgel mantenía, que él supiera, guerra con nadie, ni gozaba de facultades para abdicar de sus derechos al Principado.

Insistió Panza, contando al Veguer lo ocurrido y la recia batalla en que D. Quijote había vencido á los quinientos mil soldados del Obispo, y entonces éste tomó barruntos de que era loco; mas como Panza Alegre y Pancica saliesen á la defensa de su razón, y él mostrase el acta de capitulación, leyóla el Veguer con mucha pausa y la devolvió, diciendo que aquel era un papel apócrifo: porque ni el contenido suyo era creíble y más semejaba una mofa, ni el Obispo de la Seo de Urgel que lo subscribía se llamaba Luis, ni aquella era su firma, ni aquel tampoco su sello; como podía verse cotejándolo todo con otras órdenes que llevaba consigo, del Reverendísimo Prelado.

Panza, que las vió con sus propios ojos, no quería creer ya el testimonio de ellos, tan dados somos á no prestarles fé en lo adverso y sí en lo favorable.

Panza Alegre y Pancica habíanse quedado mudas, y Juan Panza, cayendo en la cuenta de que vió una vez al Conde asegurándose las barbas, como si fueran postizas, y de que le pareció cuando el famoso desafío que el Obispo al tirar la mitra hacia atrás no tenía corona ninguna, comprendió toda la magnitud de su torpeza y desdicha, y comenzó á llorar amargamente.

Pronto unieron sus sollozos á los de él su mujer y su hija, y el Veguer conmovido trató de consolarles, diciéndoles que, puesto que iban en-

gañados de buena fé, se fueran con él á su casa; que no les faltaría cena y cama aquella noche, pues no debían pasarla por las peligrosas veredas de aquellos montes; á lo que ellos cedieron, no teniendo otro camino.

En la casa del Veguer comió, aunque desganada, toda la familia real; contando el malogrado Emperador al Veguer sus aventuras, ó por mejor decir sus desventuras, desde que sacó á D. Quijote de la cripta.

¡Ay Señor Veguer! decía el que hacía poco le hablaba como un rey á su vasallo; en mal hora me dejé llevar de la conseja que vino á mí desde mis abuelos, de que sirviendo á aquel caballero de otras edades, si despertaba, me entraría por las puertas la fortuna.

Ya te decía yo, exclamaba Panza Alegre, que no debías meterte en libros de caballerías, ni dejarte llevar de sus arcaduces, embustes y enredos, y que harto mal le resultó de ello á tu tatarabuelo, encontrando por todas partes golpes y puñadas.

No tiene la culpa D. Quijote solo, añadió Panza; sino todos los grandes personajes que nos hemos tropezado, desde la Emperatriz de Villacañas al Conde de Urgel y al fingido Obispo; mas lo que no puedo explicarme es aquello de los quinientos mil hombres; que esos no eran fingidos sino soldados de veras y de todas armas, que yo los ví por mí mismo avanzar, disparando millones de tiros protegidos por el fuego de la artillería, y luego por multitud de escuadrones de caballería, y vi que todos retrocedieron ante D. Quijote y que éste les persiguió y alanceó gallardamente.

Sea como sea, dijo el Veguer, no se os debió ocultar que un solo hombre, aunque fuera el Cid Campeador, era muy poco para tantos.

Lo peor de todo, exclamó llorando Panza Alegre y dirigiéndose á su marido, es que por tu carta tan rotunda, que así lo ordenaba, hemos malvendido nuestra labor de la Mancha y nuestro par de mulos y deshecho la casa y regalado los mueblecillos y gastado en venir en tren con billete de primera, como Princesas, y ahora nos

volvemos, no sólo corridos, sino empobrecidos y arruinados.

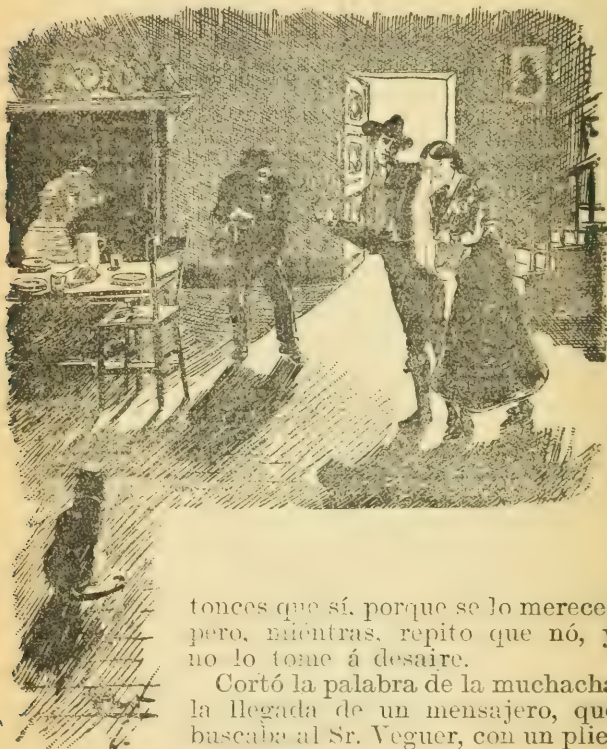
Tienes razón, mujer mía, respondió Panza: que mayor locura que la del loco es la del cuerdo que le oye y crée y sigue en sus maquinaciones. Nosotros vivíamos, sino con holgura, en paz y sin hambre, con el producto de nuestro campo y de nuestro apero, y por subir de aquella humildad á una imaginaria bienandanza lo hemos perdido todo. Salí de mi patria, vendí mi hacienda, caí en la miseria: pero Dios mejora sus horas. Volvámonos como sea á nuestra tierra manchega; que allí, azadón en mano, yo te aseguro que he de recuperar lo perdido; pues esto del trabajo no es ningún libro de caballerías.

Así es la verdad, dijo el Veguer; que nosotros somos cinco mil en estas aldeas, tenemos suelo pobre, estamos rodeados de cerros abruptos y de nieves casi todo el año, y comemos el pan con el sudor de nuestro rostro, prosperamos con nuestro trabajo, nos resulta pródiga la tierra, y como no tenemos ambiciones, vivimos humildes pero tranquilos y somos como ningún pueblo libres y dichosos.

Pancica gimoteaba, á todo esto, viendo desvanecido su Principado; pero el Veguer, que ya había reparado lo gracioso y garrido de la doncella, le dijo que no llorara más y que, si ella consentía, no se iría de allí y sería Princesa de aquellos Estados. Yo, dijo á sus padres, soy mozo y libre; estoy aquí en lugar del Príncipe, y esta vuestra hija me ha encantado por su sencillez y hermosura. Aquí podemos quedarnos todos. Si ella no tiene dote, yo no necesito otra que la de su alma cándida, ni más caudal que su honradez y buenas prendas. Si os vais á la Mancha, volveréis corridos y pobres; mientras que en este valle compartiréis conmigo la medianía y el respeto de las gentes.

Nó, dijo Pancica; muy obligada quedo al señor Veguer, por los buenos ojos con que me mira y el noble recibimiento que nos ha tenido. Pobres somos, y pobres seremos, y yo que me dejé deslumbrar por una fantasía de novela, debo pagar en la pobreza mi poco juicio. Si

mi padre trabaja con el azadón, yo haré labores de aguja con mis manos. Si alguna vez reuno dote y el Sr. Veguer me busca y podemos igualar en bienes de fortuna, yo le contestaré en-



tonces que sí, porque se lo merece; pero, mientras, repito que nó, y no lo tome á desaire.

Cortó la palabra de la muchacha la llegada de un mensajero, que buscaba al Sr. Veguer, con un pliego urgente.

Abrióle éste y vió que decía: «Señor Veguer. Por imaginarias conquistas del caballero Don Quijote de la Mancha, aparecerá en ese Valle, creyéndose Emperador, su buen escudero Juan Panza. Entre desilusionar al iluso caballero, ó hacer caer de sus ilusiones á su crédulo servidor, hemos preferido esto último: porque el primero no podría vivir sin ellas, y el segundo debe ser libertado de ellas para vivir en paz. Pero el daño causado en la modesta hacienda de éste, mal vendida por buscar un fantástico reino, de-

be ser reparado, y así os envío junto un talón del Banco de España, por cinco mil pesetas, cobrable en la sucursal de Huesca, para que os sirváis entregarlo á Juan Panza y que lo pueda realizar, y si no acepta él este donativo, que sirva de dote á su hija Pancica, inocente en todos esos desastres.»

El pliego estaba fechado en Urgel y firmado por la Emperatriz de Villacañas; pero el talón lo estaba por Luscinda Garríguez, viuda de Altamira.

Quedáronse todos suspensos, y entregando el Veguer el talón á Panza, éste lo dió á Pancica, diciéndole: «Ya tienes tu dote», y ella, volviéndose entonces al Veguer, lo miró con rubor, y los dos parecieron entenderse y se dieron las manos.

Así ganó la familia Panza los dominios de Andorra. Para el escudero, que fué por la inesperada dote; para la madre, que todo se debió á la gracia y gentileza de Pancica; pero ésta lo atribuyó y agradeció á D. Quijote, no hallando ya tan mal sus imaginarias empresas; que á lo menos le trajeron esto de positivo, por caminos inesperados y designios ocultos.

LIBRO SEGUNDO

CAPITULO I

De cómo pasó D. Quijote una noche en los Pirineos.



EJAMOS á D. Quijote trepando con Babieca por las más enriscadas cumbres del Pirineo, bañado del sol poniente y propuesto á abandonar á su caballo sueltas las riendas sobre la crin, para que él eligiera el sendero que le agradase, pues que todos habían de conducir á algún pedazo de planeta arrebatado á la corona de España, que estaba comprometido á recoger por el esfuerzo de su victorioso brazo.

Ufano marchaba cerros arriba, como si aquella barrera fuera el único obstáculo que había de franquear para caer en campos y ciudades que á su sola presencia se le rendirían, y hubiérase dicho que deseaba aprovechar los últimos rayos de la luz poniente, para resultar más pronto por el otro lado de aquellas sierras. Pero fuera que el sol caía deprisa, ó que Babieca cansado al fin iba despacio, sorprendiéronle en plenos chaparrales, primero las nieblas y penumbras y luego las nocturnas sombras.

Echó de menos á su escudero, que hubiera podido hacerle compaña en aquella correría ó dádole conversación, con la que á veces las vías más peligrosas se andan sin cuidado, y pensó cuán desinteresado y noble era el ejercicio de la caballería andante, que da á los extraños bienandanzas y reposo; mientras los caballeros si-

guen su azarosa vida, sin otro lucro que su gloria.

Viéndose en aquella enmarañada selva de encinas, de chaparros y de monte bajo que le llegaba á las rodillas y que dificultaba el andar de su caballo; oyendo los temerosos ruidos del bosque, que ya semejaban silbos, donde el viento hallaba camino entre las ramas, ya resoplidos graves, donde las movía sin tener salida; dejó las riendas sobre el cuello de Babieca para que tomara la determinación que el caso requiriese; mas éste se plantó en firme, resistiéndose á pasar adelante y puso las orejas de punta, como si presintiera algún peligro.

Acordóse D. Quijote de Ferragús, cuando perdido en el bosque de igual manera, por término de sus desastrados pasos se halló delante de un castillo, y comenzó á recitar aquellos versos que describen este encuentro:

> **Perdió tras este afán lo que del día**
> **hurtar le pudo al enriscado monte,**
> **hasta que el soplo de la noche fría**
> **todo el oro barrió del horizonte;**
> **que sin trillada senda ni otro guía**
> **los pasos le pusieron, de Claironte,**
> **á las grabadas puertas del castillo,**
> **llamando en duda si querrán abrillo.**

Ya se imaginaba que hallaría otro igual á la salida de aquella selva, y que al hueco de una ventana saldría otro gigante de barba cana y cara denegrida, parejo en estatura al coloso de Rodas, que pondría faz alegre, para atraerle mejor; y ya fantaseaba sobre el castillo aquel imaginándoselo «la torre al cielo junta, las nubes taladrando con su punta»: y en los anchos patios bello enredo de damas, y las salas todas labradas de oro y pedrería, y la cuadra entoldada de brocado; viéndose recibido en palanquín de sándalo y regalado por aquellas damas hermosas, más que lo había sido en la morada del Nigromante; hasta que, apareciendo el gigante señor del castillo aquel, fuése creciendo su horrenda figura, y al tocar al techo del palacio lo deshiciera y se trocara en la Señora Galiana, como se cuenta en el poema de Valbuena.

No dudaba D. Quijote, de que á la sazón el gigante se trocaría más bien en Dulcinea del Toboso; puesto que el convertirse antes en Galiana fué por tratarse de Feragús, tan enamorado de ella; y con estos pensamientos espoleaba á Babieca, para llegar cuanto antes á la salida; á lo que el caballo respondió dando algunos pasos más, pero también algunas coces, haciendo estanco en su camino: cosas que no había hecho hasta entonces, porque tampoco se hubo encontrado en tan medrosso aprieto.

¡Hola, D. Camello! dijo D. Quijote indignado; ¿con que también vuesa merced da coces contra el aguijón y quiere despeñarme como Clariondo á su dueño, y tiene miedo de seguir adelante, después que ha visto por sus propios ojos, tantas hazañas mías? No se me revolvió así en la batalla de los Cuervos, en que batimos á los ejércitos episcopales, y no obstante allí corrimos mayor peligro. Sepa, señor dromedario, que jamás se me desmandó Rocinante en tal manera; ni soy yo para aguantarlo, y que ha de andar por esa obscura selva *velis nolis*, que ya tendrá cuadra, no desmantelada sin toldo ni zarzo, sino con toldos de brocatel y pesebres de plata fina.

Concluído este discurso, espoleó con más fuerza al palafrén y éste se vino á buenas, como si se hubiera convencido á tantas razones; pero cuanto más se internaban en aquel bosque, más difícil se hacía el ir adelante y más densa y temible la obscuridad. Ni ésta, ni los silbos del viento ó de la caída del agua por lejanos barrancos, amedrentaron á D. Quijote, que se acordaba del mucho ruído y poco resultado de la aventura de los batanes; hasta que llegando á un extremo en que no se pudo pasar más, decidió echar pie á tierra y aguardar allí á que clarease el día.

Iba á ponerlo por obra, cuando en aquel instante saltó un corzo, que al caballero le pareció un fantasma endemoniado de la selva, y á poco llegaron unos perros que comenzaron á ladrar y á querer hacer presa en Babieca, teniendo Don Quijote que defender á lanzadas á su caballo; y no tardaron en oirse voces humanas, que eran

de unos monteros que recogían después de la batida de la tarde los perros descarriados, y que creían que aquéllos que allí ladraban tendrían alguna pieza que conviniera recoger. Iban los dichos monteros con linternas, que parecían, entre los encinares, danzas de fuegos fatuos; pero el caballero no se atemorizó tampoco, sino al contrario: los aguardó afirmado en sus estribos, hasta que suspensos aquéllos de ver tan extraña figura á caballo, y él deseoso de aclarar aquel misterio de las luces que se aproximaron, se descubrieron todos, diciéndole éstos que eran monteros y ojeadores á quienes la noche había sorprendido recogiendo las traillas, y manifestando él que era un cierto caballero andante extraviado en aquel chaparral.

Véngase con nosotros, Señor nuestro, dijeron los recién llegados; que este no es sitio apropósito para pasar la noche, como no quiera servir de cena á los lobos, ahora ahuyentados por la batida hecha de estos lugares, pero que volverán presto á sus guaridas. Cerca de aquí están nuestros amos, que son unos cazadores de gran afición y que tienen buena cortijada, excelente mesa y camas de sobra para todos, y este caballo tendrá también cuadra en que dormir y buen pienso que comer, que parece que le hace mucha falta.

Pláceme sobremanera, respondió D. Quijote; si bien yo empujaba á mi palafrén porque á la salida de este bosque debe haber un castillo, en que me aguardan unas nobles damas; pero tan intrincado se ha puesto el camino que á él conduce, que será mejor esperar el día en el albergue de vuestros amos, si en ello son gustosos.

Aquí, Señor nuestro, no hay castillo ninguno, replicó uno de los ojeadores, y nosotros conocemos á palmo estos lugares y no lo hemos visto jamás, y en cuanto á ser nuestros amos gustosos en dar albergue al caballero, lo fiamos por nuestra vida.

Echaron, pues, á andar, atados ya á la trailla los perros, y á D. Quijote le pareció que tal vez le engañaban aquellos mosqueteros de los farolillos oscilantes, y que bien podían ser algu-

nos genios de la selva; pero cuando á la media hora vió unas grandes hogueras salir de un monte, y aproximándose encontró una grande cortijada con sus puntiagudos tejados, y oyó ruido y algazara de gente dentro de ella, pensó si sería el castillo imaginado el que ante sí tenía, transformado por aquellos duendes del bosque en campesina morada.

Formaban la partida de caza que albergábase allí gente dura y avezada á la montería: cinco caballeros navarros, dos aragoneses, un francés avecindado en España y dos viajeros ingleses amigos de ellos, que habían deseado hacer una expedición venatoria de fuertes emociones, amén de los indispensables guías, guardas, ojeadores y monteros. El día había sido feliz, pues se habían cobrado tres corzos y cuatro jabalíes, y en aquella hora se preparaba la comida con las más ricas conservas y las mejor condimentadas viandas, á más del puré y de los asados, salidos de la cocina, donde oficiaban un cocinero y dos marmitones.

Llegar D. Quijote con los monteros, explicar éstos el encuentro de aquel caballero extraviado, y recibirle con grande agasajo y cortesía los circunstantes, fué cosa inmediata; mas cuando le vieron cubierto de su vieja armadura, con espada al cinto y lanza de combate, maravilláronse mucho, no sabiendo qué hombre fuese aquél tan fuera del uso de los otros hombres, y menos el intento suyo al recorrer á caballo aquellos parajes peligrosos.

Los más sorprendidos fueron los dos viajeros ingleses, que venían á caza de cosas de España, y que pensaron si aquel guerrero sería D. Fruela, ó el Cid Campeador, ó el Gran Capitán ú otro personaje histórico sacado de su sarcófago; pero, cuando D. Quijote aligerado de su armadura tomó asiento, y declaró que él era el caballero de la Triste figura, el invicto D. Quijote de la Mancha, y que venía de conquistar el dilatado imperio de Andorra y de donarlo á su escudero Panza, la estupefacción fué general y los ingleses se miraron atónitos.

Uno de ellos era sobrino de aquel Mister Ticknor, que escribió sobre nuestra Literatura con

gran copia de conocimientos, y que descubrió lo apócrifo del Buscapié de D. Adolfo de Castro: así que por ello y por haber leído mucho las obras de su pariente y ser aficionadísimo á las novelas de Cervantes, sobre todo al Pérsiles y al Quijote, tomó más interés en mirar y escudriñar á aquel extraño sujeto, que en lo enjuto de las carnes, en lo largo de los mostachos, en lo triste y amarillo de la faz y en los arreos, actitudes y palabras, parecíase al héroe manchego, sin quitar pinta.

Todos y el sobrino de Ticknor inclusive, creyeron desde luego habérselas con un loco de atar; pero, era aquella su locura tan interesante y tan española, que no pudo menos de excitar viva curiosidad en ellos, singularmente en aquel nuevo cervantófilo y en el caballero navarro dueño de aquellos caseríos y coto; el cual, rompiendo el mutismo que les había causado aquella inesperada presentación, dijo de esta manera:

Sumo gusto tenemos, Señor nuestro y dueño, sea ó no sea el auténtico D. Quijote, en recibirle en esta morada campesina y en que comparta nuestro albergue y aun si lo quiere en que sea de nuestra partida de caza; pero no he de disimularle la sorpresa que sentimos, porque todos pensábamos que el caballero de la Triste figura no fué nunca persona de carne y hueso, sino creación imaginaria de Cervantes, venida á su magín y trasladada á un libro de entretenimiento y enseñanza, escrito en una prisión y acabado en una triste noche sin lumbre ni cena: por lo que deseamos que vuestra merced sea servido de aclararnos este misterio de trocarse en persona real la imaginada por un novelista.

Corren tantas invenciones en lo tocante á mí, respondió D. Quijote, que no encuentro sino muy puesta en razón vuestra demanda, y después de agradecer este hospedaje que se me ha brindado y acepto, quiero aclarar esa dudas. Que soy yo persona de carne y hueso, no creo haya quien lo niegue; que para persuadirse de ello bastará, si no la vista que suele ser engañosa, el tacto y el testimonio de todos los sentidos juntos. Que yo sea D. Quijote de la Mancha, tam-

poco cabe ponerlo en entredicho: que aquí está mi figura que lo pregona y allá por el mundo van los ecos de la fama de mis proezas, en esta nueva salida y tal vez última que hago al mundo de las aventuras. Dígalo si nó la Emperatriz de Villacañas, atestígüelo el Príncipe Don Juan, pregúntesele al mismo cervantófilo Don Lucas Gómez y al Conde de Urgel, que no han de decir una cosa por otra, y al Obispo Señor de Andorra hasta há poco, al que le gané su Sacro Imperio, venciendo á sus ejércitos reunidos de más de quinientos mil hombres; y sobre todo dígalo mi escudero Panza, que está ahora mismo sentado en su trono, gobernando aquel vastísimo Estado y trocado de rústico campesino en Emperador. Y siendo esto así y no cabiendo duda en que yo sea persona real y el mismo D. Quijote, todo lo demás queda contestado: pues se reduce á que ese Cervantes Saavedra, tomándola de la falsa crónica del moro mi enemigo Cide Hamete Benengeli, compuso una novela divertida; pero que á pesar de sus burlas y donaires no ha podido obscurecer el brillo de mis hazañas ni la grandeza de mi persona; ya que en toda aquélla resplandecen mi valor en los peligros, mi fortaleza en los combates, mi constancia en los propósitos, mi fidelidad en los amores, y todas las demás virtudes de la andante caballería.

Pero ¿qué valor ni fortaleza se necesitaban, exclamó el sobrino de Ticknor, para alancear ovejas y molinos de viento y tajar pellejos de vino tinto, y todo lo demás que Cervantes refiere?

Más de la que hubieron menester vuesas mercedes, respondió D. Quijote conociendo que era inglés el que le hablaba, para destruir armadas Invencibles: porque, para esto solo contaron con los vientos y las tormentas, que no tienen ánima ni valor ninguno; mas yo, aun suponiendo que hubieran sido ovejas y molinos y corambres mis enemigos, como al arremeterles les vi y creí ejércitos y descomunales gigantes, necesité igual valor y temeridad que si lo fueran. Por eso el moro mi cronista, queriendo deslustrar mi gloria, la puso bien de manifiesto, y

Cervantes haciendo un libro de burlas le resultó serio y hondo; pues presentándome como un loco inútil, el mundo halló en mí un loco necesario.

¡*Very good!* exclamó el otro inglés, que aunque entendía y hablaba el castellano, no pudo menos de lanzar esta exclamación en su propia lengua; y los demás de la partida se quedaron perplejos, ante el buen discurrir de aquel demente, que había dado en la manía de creerse Don Quijote de la Mancha.

El anfitrión, que quería convencerse de si aquel extraño personaje tenía ó no las condiciones del valeroso caballero, ya que tomaba su nombre, intervino de nuevo en la conversación y dijo que ellos estaban obligados á creer y creían desde luego en su palabra de ser de carne y hueso D. Quijote, en esencia y presencia; pero que, aún les faltaba comprobar si lo era en potencia también, ó con los años pasados había perdido el todo ó parte de aquella su fortaleza antigua; y que para convencerse de lo que hubiera de cierto en ello, creía justo someterle á una prueba; á lo que D. Quijote respondió que estaba pronto á dar pruebas cumplidas de su esfuerzo, á pie y á caballo, con lanza ó espada, y en campo ó torneo.

No es de esa clase, respondió el navarro, la prueba que yo pido: porque no es menester que repita vuestra merced la escena del caballero de los Espejos, al que ya le dió pruebas cumplidas de su invicto valor. La prueba que pido es que, puesto que nos hallamos en este intrincado sitio de los Pirineos, nos acompañe en nuestra cacería, y vea si puede matar un oso que por estos contornos anda, y que es tan descomunal que los perros le huyen, los ojeadores le temen y nosotros mismos no nos arriesgamos contra él. Es el oso que devoró á D. Favila, y que se ha corrido á esta parte desde Asturias y crecido desde entonces en corpulencia y ferocidad.

Sí que le mataré, dijo D. Quijote; cuanto más que no es un oso vulgar, que eso fuera empresa fácil, sino un oso descomunal y regicida; así que digan vuesas mercedes dónde y cuándo he de

buscarle, y déjenme á mí solo con él, sin perros ni mosquete, sino á pie y con esta espada que llevo al cinto, que es la misma que usó Hernán Cortés en sus guerras contra los incas.

Regocijáronse todos con la aventura y propusieron que irían á lo más espeso de la selva de aquellas cumbres al siguiente día, y llevarían al caballero con el intento secreto de darle un susto regular; no dejándole solo sino en apariencia, para ver qué hacía si topaba con algún lobo ó jabalí de los que allá abundaban: y el anfitrión dijo que ellos le acompañarían hasta el sitio por donde el oso ferocísimo había de pasar, y se retirarían hasta ver si el caballero daba término á aquella temeraria empresa.

Comieron en alegre esparcimiento oyendo de él la relación de sus nuevas hazañas, entre las que fué para ellos la más divertida la del Obispo de Urgel, á propósito de la cual otro cazador añadió que acaso anduviera también el tal Obispo por aquellos sitios, convertido en otra fiera, si sabía que D. Quijote se arriesgaba á ellos: porque aquel Prelado le guardaría gran ojeriza por su vencimiento, y querría tomar el desquite; asegurando D. Quijote que él se lo daría, y que no ya transformado en jabalí por ejemplo, sino en león ó dragón le vencería nuevamente.

En estas y otras donosas conversaciones se pasó la velada, y los viajeros ingleses tomaban notas y dibujos de D. Quijote, sin que éste reparase; seguros de poder llevar á su país la más sorprendente novedad de la celebración del tercer centenario de la obra de Cervantes, cual era la de haber aparecido D. Quijote en persona, para presenciarlo y renovar sus aventuras, entre las que había de sobresalir, sin duda alguna, su singular combate con el oso que mató á Don Favila.



CAPITULO II

En que se cuenta la descomunal batalla de D. Quijote en la Selva Obscura.

Apenas amaneció y se desentumecieron las montañas y se alzaron por el espacio apareadas las águilas reales, la tropa de cazadores iba ya camino arriba, á la llamada Selva obscura, donde rara vez se arriesgaban guías, ni monteros.

Espesábase á cada momento el bosque, tal que la luz diurna no lograba esclarecerlo, y borrábanse las sendas, denotando el término donde la planta humana se había detenido, sin proseguir su avance antes de aquella ocasión.

Los cazadores habían dejado atrás sus caballos y D. Quijote á Babieca, en la última choza que encontraron, y marchaban á pie, abriéndose paso acá y acullá con sus cuchillos de monte y el caballero de la Triste figura con su espada. Todos iban armados de carabinas mäuseres ó de rifles, menos D. Quijote, que no quiso usar aquellos que seguía llamando mosquetes, sino su espada sola, á pesar de las recomendaciones de sus compañeros de montería.

Esta es un arma excelente, decía el caballero francés, enseñando su mäuser. ¡Ah! ¡si nosotros la hubiéramos tenido en 1870, no hubiesen entrado los alemanes en París, ni nos hubiéramos entregado en Sedán.

Pensad, amigo mío, decía uno de los dos aragoneses, que los alemanes no se habrían ido á la guerra con fusiles de chispa.

Y como D. Quijote preguntara qué guerra fué aquella de que él no tuvo noticia, se la fueron refiriendo de manera que el francés no se molestara; atribuyendo todas las victorias de los alemanes, á los cálculos matemáticos de Molcke y al mayor alcance del armamento.

¿Cómo es eso? exclamó el caballero de la Mancha. ¡La guerra por matemáticas y la victoria por el mejor mosquete! ¡A fé que si yo hubiera estado allí, hubiera vuelto las cosas á su

sér natural: porque las matemáticas son para astrónomos y agrimensores y no para guerreros, y el triunfo debe ser del soldado y no del arma!

Eso era antes, dijo el sobrino de Ticknor; ahora nó. Antes un león ahuyentaba y vencía á todo un ejército de liebres; pero el progreso ha hecho ya que una liebre, armada de mäuser, ponga en fuga y deshaga una manada de leones provistos sólo de garras y colmillos.

¡De manera, replicó D. Quijote, que todo se conjura hoy para auxiliar á los follones, dar la victoria á los cobardes y desterrar de la tierra á los valerosos caballeros? ¿Qué mundo va á ser éste, vuelto así del revés; ni qué Imperios van á quedarnos, que no parezcan nidadas de ratas?

Caballero, dijo el otro inglés que era dueño de unas minas de carbón en Cardiff; el mundo moderno se debe á la industria y no á la guerra. El progreso, perfeccionando las armas, ha desterrado el imperio de la fuerza, y ahora el pueblo más rico y que puede comprar mejores acorazados y costear mayores milicias como el nuestro, es el más grande y temido. Inglaterra, la más industriosa de las naciones y por eso la más próspera, iza su pabellón en todos los parajes del mundo, y hoy es para ella para la que no se pone el sol nunca.

Ya me habían dicho, respondió D. Quijote, algo de eso y también que nos estaba pisando un callo en Gibraltar; pero yo aseguro que le he de cortar á cercén ese pesado pie que nos echa encima, sin que le valgan sus muchos bajeles ni su oro.

Miráronse los ingleses y uno á otro dijo en voz baja: Verdaderamente que cada español lleva dentro de sí un D. Quijote. A lo que respondió el francés, que lo había oído: Poco á poco, amigos míos, que si á eso vamos, cada inglés lleva un Sancho.

En estas conversaciones llegaron al centro de la selva y se distribuyeron los puestos, tocando á D. Quijote uno cerca del inglés carbonero de Cardiff, que se propuso ser el que le auxiliara caso preciso, y que armado, mejor que

de mäuser, de rifle norte-americano, esperaba ser el salvador del héroe manchego, al que veía á las primeras de cambio indefenso y aturdido con su renombrada tizona de Hernán Cortés, ante la acometida de alguna fiera.

Dirigiéronse los ojeadores con los perros á los puntos por donde creían que debían dar la batida, y con éstos y con estruendosas trompas comenzaron á echar de la Selva obscura la caza escondida, para que saliera por la línea de puestos de acecho, en que la esperaban los tiradores. Media hora tardaron en oirse los ladridos, las bocinas y el tumulto, y en ese espacio de tiempo D. Quijote permaneció en su sitio, espada en mano, aguardando al matador de D. Favila, ó al Obispo de Urgel transformado en bestia brava. Oyó el tiroteo de los distantes puestos y pensó que aquellos caballeros, más afortunados, libraban la batalla preparada para él; pero obediente á su consigna no se movió, hasta que un gruñido aterrador le puso en sobresalto.

Hacia la derecha, habíanse sacudido las ramas como separadas por algún mónstruo corpulento; por allí había sonado el gruñido aquel, y de allí se oyeron sucesivamente ocho ó diez disparos en un instante y luego un grito de socorro. Entonces D. Quijote no vaciló en dejar su sitio, y espada en mano corrió hacia el lugar próximo, en que se desarrollaba la escena, y vió al inglés de Cardiff acorralado por un gigantesco oso. Habíale salido y atacado; había disparado contra él los tiros de su rifle sin herirle, y en aquel momento supremo el oso le había derribado en tierra y se lanzaba sobre su cuerpo para devorarlo.

D. Quijote púsose de un salto entre ellos; el oso, al ver un nuevo enemigo, se revolvió furioso y se alzó en pie para abalanzársele; pero el sereno y valeroso caballero se tiró á fondo y le clavó la espada en el corazón, y el mónstruo cayó hacia atrás dando un nuevo gruñido espantoso. Después no se movió más.

Alzaos, Señor inglés, dijo D. Quijote, dando gallardamente la mano al de Cardiff; y éste, que se hallaba paralizado de terror, se levantó

lleno de barro y estropeado, abrazándose al caballero.

¡Sois mi salvador! dijo con las lágrimas en los ojos: la vida os debo; dejadme que os bese las manos: pero D. Quijote no consintió en esto, diciendo haber cumplido sólo su compromiso y obligación. Ved, exclamó, tendido á mis pies ese mónstruo, que no sé ahora si será el matador de D. Favila ó el Obispo de Urgel metamorfoseado. De una sola estocada le dejé sin vida, y ocho disparos de vuestro mosquete no le detuvieron ni arredraron; y D. Quijote dió con la punta del pie al peludo cuerpo del oso difunto, con nuevo pavor del de Cardiff, que temía que, removiéndole ú obligándole, pudiera resucitar.

Pedidme, decía el inglés á D. Quijote, cuanto queráis por el servicio que me habéis hecho. Rico soy y puedo poner á vuestra disposición miles de libras esterlinas, para cuanto deseéis; puesto que hoy todo con el dinero se consigue.

No todo, replicó el caballero; que vuestras riquezas no hubieran conseguido, cuando estabais caido ante esa fiera, libraros de sus tremendas garras. Pero, puesto que como buen caballero, os consideráis obligado á hacer lo que os pida en pago de mi ayuda, sólo deseo que carguéis con ese mónstruo y vayáis con él al país de la Patagonia, donde se halla mi señora Dulcinea del Toboso, y lo echéis á sus pies, y le digáis: Aquí os traigo, alta y soberana Señora, el testimonio de la más felice empresa llevada á término por vuestro rendido y obligado D. Quijote de la Mancha. El me libró de ser devorado por este formidable enemigo, y por ello vengo con su cuerpo difunto para declararos que, si por vos realizó esta hazaña aquel esclarecido campeón, es á vos á quien debo la vida que tengo y á quien he de rendir mi homenaje.

Confuso quedó el de Cardiff, pensando cómo cumpliría aquella exigencia de cargar con el oso é ir con él hasta la Patagonia: pero un comerciante como él, que pagaba todas sus letras puntualmente, sin términos de gracia ni de cortesía, y que hacía consistir todo su crédito en el exacto cumplimiento de sus prome-

sas y tratos, no pudo rehusar como cualquier Ginesillo de Pasamonte las consecuencias de la obligación aceptada.

Lo haré como lo decís, respondió al caballero estrechándole la mano. Con este oso iré á la Patagonia, y diré letra por letra á esa Señora Dulcinea lo que me dictais; mas sólo quiero una aclaración y es la de que, en vez de cargar yo en persona con el oso á cuestas, permitáis, Señor caballero que lo hagan mis criados, y en vez de llevarlo tal como está, con lo que á los dos días quedaría putrefacto y descompuesto, asintáis á que lo mande disecar y así lo conduzca yo á los pies de esa Señora, que podrá colocarlo en el recibidor de su casa, ó en la primera meseta de la escalera, con una bandeja en las manos, para que en ella depositen sus tarjetas los visitantes.

D. Quijote consintió, diciendo que no se debía entender que la obligación de llevar el oso á Dulcinea era de cargárselo el Sr. inglés á las espaldas é ir así á la Patagonia; sino de conducirlo allí por medio de sus servidores, yendo él en persona á arrojarlo á los pies de Dulcinea, y que no veía reparo en que fuera disecado, conservándosele sus propias garras y colmillos.

No pasó más rés ni fiera por aquel sitio en el tiempo que duró esta escena, y siendo hora de almorzar, comenzaron á reunirse los cazadores, y llegando al lugar donde se hallaba D. Quijote y viéndole abandonado, creyeron que el miedo le habría hecho dejarlo y refugiarse en algún puesto vecino. Cuando se dirigieron al de la derecha encontraron al de Cardiff, que aún quería abrazar al caballero de la Triste figura; á éste que le daba los últimos encargos para la Patagonia, y al oso muerto delante de ellos.

Señores y amigos, dijo el inglés del carbón de piedra señalando á D. Quijote; hé aquí mi salvador. Este oso estaba á punto de devorarme, y este caballero llegó y le clavó en el corazón su espada de Hernán Cortés. Verdaderamente es un bravo: se tiró á fondo como en una sala de esgrima, y tuvo que herir con fuerza y valerosamente: porque la piel era dura y la espada enmohecida.

¿Y los tiros de vuestro rifle? preguntaron los cazadores.

Todos los disparé sin hacer blanco, repuso.

Hay que convenir, exclamó el navarro, jefe de la montería, en que vale más el corazón que el arma que se maneja.

Todos vitorearon á D. Quijote, y á la cabeza de las reses cobradas pusieron los monteros y ojeadores el cuerpo del oso muerto, cargándolo en un palafrén; volviéndose triunfalmente todos y haciendo á D. Quijote una corona de hojas de encina.

Un músico inspirado hubiera podido componer á aquella escena del regreso, en tal guisa, una marcha fúnebre; donde á los graves acentos que dieran impresión de la fiera muerta, se mezclaran los gritos de alegría de los cazadores, las efusiones de gratitud del inglés salvado, y la majestad y gentileza del Caballero de los Leones, que desde aquel día podía llamarse también el caballero del Oso, el de la Buena estrella, ó el vengador de D. Favila.

Cuando llegaron á la casería, las gentes que en ella quedaron salieron con grande alborozo, y al saber que aquel caballero tan raramente ataviado era el que había dado muerte al oso, cuerpo á cuerpo, con su espada, se admiraron de tanta bizarría y le rodearon llenos de curiosidad.

Reconozco, dijo el cazador navarro cuando ya entraron en el comedor, que no vais á la zaga en arrojo y temeridad al D. Quijote cuyas hazañas hemos leído, y en nombre de todos los presentes os damos las gracias, por haber salvado á nuestro compañero; mas, según me ha referido éste mientras regresábamos, creo le habéis impuesto una muy dura obligación, porque eso de ir á la Patagonia con este oso, para arrojarlo á los pies de Dulcinea, es muy largo y penoso viaje, y yo os pregunto si no será mejor que le mandemos el oso desde aquí, con un expresivo mensaje, siempre que seáis servido de decirnos las señas y domicilio de esa egregia dama.

¿Cómo ha de ser largo viaje el de la Patagonia, exclamó D. Quijote, cuando en quince minu-

tos vino de allí Dulcinea hasta Venecia, según yo mismo presencié?

No hay que discutir, exclamó el inglés de Cardiff. Me obligué en pago de la vida salvada á lo que este caballero de mí deseara, y yo pago siempre al vencimiento. Iré á la Patagonia y llevaré el oso y buscaré á Dulcinea, si el señor D. Quijote me dice en qué parte de la Patagonia habita; y ya allí, veré si hay en aquel territorio alguna cuenca carbonífera. Espero hacer negocio, al mismo tiempo.

Salvo lo del negocio, lo demás es propio y natural de buenos caballeros, dijo D. Quijote; y por ello, si el hacer bien á villanos es echar agua al mar, hacerlo á nobles y dignas personas es sembrar hoy para recojer mañana. Id á la Patagonia, como lo habéis prometido, con ese mónstruo que ha de ser testimonio de vuestras palabras, y si queréis saber quién es Dulcinea y dónde habita, no tenéis que preguntar nada, á mí ni á nadie; sino, cuando lleguéis á aquel país, entrad de noche y sin luna en la más opulenta de sus ciudades, y al palacio de que veais salir un gran resplandor, llamad: que será que la luz de los ojos de Dulcinea lo ilumina y brota por todas sus celosías y resquicios, y alumbra toda la metrópoli. Así no hay error, porque en cuanto, guiado por el resplandor aquel, deis con ella, no podréis dudar un momento que ella es la hermosura que me esclaviza, y por la que acometo las más increíbles empresas.

Apuntó el inglés de Cardiff en su libro de memorias lo del resplandor y dijo que al amanecer partiría hacia la más próxima ciudad, para disecar el oso y empezar su expedición, acompañado de sus criados.

Yo también, añadió D. Quijote, debo sin tardanza abandonar la amable compañía de estos señores: porque, aun cuando es uno de los oficios de la andante caballería limpiar la tierra de mónstruos como ese que cayó á mis pies, á otras mayores empresas tengo prometido dar cima, y estas son principalmente engarzar de nuevo á la corona de España todos los diamantes sueltos que le han arrancado, y hacer del imperio del Toboso el centro de unión de la pe-

nínsula ibérica y de la gran raza hispano-americana.

¡Eso sí que es más difícil que matar osos á estocadas! respondió uno de los caballeros aragoneses: porque están esos diamantes, arrancados ó desprendidos de nuestra corona, en manos tan fuertes, que es imposible ahora recuperarlos.

No digáis imposible, objetó D. Quijote; esa palabra no existe en el Diccionario de la andante caballería. ¿Por ventura no conocéis las hazañas de cien caballeros como Palmerín de Inglaterra, Palmerín de Oliva, Amadís de Gaula, los Siete pares de Francia, Bernardo del Carpio y tantos otros, como hicieron posibles las cosas más estupendas? ¿Qué creeis que sería Hércules sino un caballero andante de los tiempos más remotos, enviado á la tierra para limpiarla de dragones y de monstruosas serpientes? ¿Y Anteón qué era sino otro caballero enemigo suyo, al que venció aquél suspendiéndole en peso, y ahogándole, sin que tocasen sus pies á la tierra, que era la que le daba fortaleza invencible? Siempre ha habido, señores míos, caballeros de estos, y los unos han desterrado del mundo las alimañas más feroces; los otros han defendido á los perseguidos y menesterosos; muchos han ganado reinos é imperios á su talante, y en mí se resumen los bríos y la vocación de todos ellos: porque por igual destruyo alimañas, que amparo á menesterosos; que recojo territorios é imperios perdidos, como ese de Andorra que há poco gané, ó acometo otras empresas á felice fin conducidas por el esfuerzo de mi brazo.

Reíanse todos interiormente de la locura de aquel pobre vesánico; pero el de Cardiff pensaba que, á no ser por ella, no estaría él ya en el mundo de los vivos, y que tal vez convenía que hubiese locos: porque su arrojo y sus locuras podrían traer algún provecho á los demasiado cuerdos y timoratos.

¿No le parece á vuesa merced, preguntó el navarro, que todos esos trabajos y fatigas en pró de los demás son una especie de violencia del natural razonar y obrar: puesto que los bene-

ficios se olvidan, los agradecidos son pocos, y la vida propia se gasta y consume fuera de sí, sin recompensa?

Si no tuviéramos ánima inmortal, dijo Don Quijote, estaría la razón de vuestra parte; y, no violencia del natural sentir, locura plena sería sacrificarse por nadie, ni hacer el bien ajeno y no el propio; pues, siendo la vida terrena la única, en sí y para sí tendría su fin, y debería poner todo su conato; mas, cuando en nosotros alienta este espíritu que aguarda otra vida eternal y ésta con hacer el bien se gana y asegura, el sacrificio y el trabajo y el amor á los otros es más razonable que el propio y egoista bien de la tierra, que es el efímero; porque da y proporciona el otro bien, que es el definitivo y estable.

¿Pues no dijo vuestra merced, respondió el de Cardiff, que todo lo hacía por Dulcinea del Toboso? ¿Cómo si es por ella y por su terreno amor y goce, ha de ser á la vez por el bien eterno de vuestra ánima inmortal?

Muy claramente, replicó D. Quijote; que aunque no soy graduado en Salamanca, esto no se me obscurece. Las cosas dificultosas se acometen por Dios ó por el mundo, ó por entrambos á dos. Acometo por Dulcinea mis empresas, por su amor, no terreno sino puro, inmaterial y platónico; pero las enderezo al bien ajeno, por ese otro bien eternal de mi ánima; y así junto y concuerdo los dos bienes y gano la bienaventuranza y Dulcinea, que son reunidas y sumadas dos glorias.

Celebraron todos la ingeniosa salida del caballero, y en estas y otras disquisiciones, en relatos de aventuras increíbles, siempre puestas en boca de cazadores, pasaron el día, hasta que la noche les reclamó al sueño; y, al rayar el sol, levantáronse para un nuevo ojeo y D. Quijote se despidió de todos para proseguir sus empresas, y el inglés de Cardiff se separó de la partida, para marchar con el oso á la Patagonia.



CAPITULO III

De cómo encontró D. Quijote un tercer escudero.

Quedáronse los cazadores haciendo mil conjeturas sobre el extraño acompañante que habían tenido, mientras éste, cerros abajo, descendía en busca de campos abiertos y más fáciles caminos para el andar de Babieca.

Dos días erró el caballero, de acá para allá, vagando á la ventura, durmiendo en las majadas, mal comiendo de los restos de provisiones que le habían puesto los cazadores, tras el sillín del caballo en unas alforjas muy sutiles para ser disimuladas, y disparatando á sus solas sin



que le ocurriera cosa alguna de importancia; mas, yendo por el camino de Jaca, vió venir en una blanca pollina á horcajadas un rústico, al parecer acomodado, con traje más propio de la Mancha que de Aragón; el cual, al emparejar con él le rogó se parase á contestarle á una pregunta.

¿Podéis decirme, Señor y dueño, dijo, dónde andará cierto famoso caballero llamado D. Quijote de la Mancha?

¿Qué le queréis? preguntó á su vez el interpelado, sin descubrirse, por saber como si fuera un extraño lo que de él pensaban y deseaban.

Tengo que verle con suma urgencia, contestó el rústico, y voy detrás de sus pasos, porque el asunto que me trae es de la mayor importancia y reserva.

¿Se trata, exclamó D. Quijote, de acorrer alguna viuda ó huérfano, de desfacer algún agravio ó de enderezar algún entuerto?

No, señor, respondió aquél; que las viudas de hoy no necesitan que las acorran, pues ya saben ellas socorrerse; los huérfanos tienen sus tutores y protutores y consejo de familia; de los agravios cada cual se toma el desquite cuando cabe, y los entuertos, como los hace quien puede, hechos se quedan sin remisión.

Eso no será así, dijo el caballero; á lo menos donde llegue el alcance de mi brazo: que yo soy ese D. Quijote á quien buscáis, y mi oficio es enderezar entuertos, para que no se queden hechos, por mucho poder que tengan los torticeros y malandrines.

¡Usía es el Sr. D. Quijote? exclamó asombrado el rústico: gracias sean dadas á Dios, por haber abreviado el término de mi peregrinación: porque ha de saber Usía que yo vengo en su busca desde la Mancha, montado en esta pollina, sufriendo toda suerte de inclemencias, tan sólo para ponerme á su servicio é ir con su persona al fin del mundo, si fuese necesario.

¡Cómo á mi servicio! preguntó el de la Triste figura.

Sí, mi Señor D. Quijote, prosiguió el otro. Quiero decir á Usía, que me ha entrado tal afición á la caballería andante que profesa, que por

ella he dejado las comodidades de mi casa, mi mujer que es una santa y mi suegra que es un modelo de suegras, y me he venido detrás del rastro de Usía hasta dar con él en estos lejanos parajes. Y para que se persuada de los grandes motivos que tengo para esta determinación y me acepte por escudero, que es lo que yo puedo ser de caballero tan excelente, le diré quién soy; de dónde, cómo y cuándo he sabido de su persona y hazañas. Pero vamos andando, si le place, y yo iré dando á Usía la derecha, por este camino, para referirle todo esto y que no se interrumpa su marcha triunfal á donde se dirija.

Parecióle bien á D. Quijote esto último, y con la curiosidad de saber todo lo demás, consintió en que el rústico fuera en la pollina á un lado de él, y puso atención á su relato, que fué de esta manera:

Me llamo Pedro Bartola, soy del lugar de la Mancha en que Usía fué nacido y resucitado, ó sea nacido dos veces, y ejerzo allí la profesión de Alcalde; esto es, que vengo siendo Alcalde de aquel lugar diez años há sin interrupción, por tener el cacique de la provincia buenas agarraderas en la Corte, y yo gozar con él de privanza y preeminencia, volcando siempre á su favor las ollas electorales. Por sobrenombre me dicen Tragaldabas, y en verdad que es injusto apodo: porque ni una sola me tragué en mi vida y puedo jurar que están todas íntegras, en las ventanas de las Casas consistoriales.

Yendo yo de ronda, en el ejercicio de mi autoridad, para mandar apagar cualquier farol que hubiese encendido en el pueblo, porque corre á mi cargo la contrata del alumbrado, vi que se comentaba en un corro de la plaza, al amparo de la sombra, la desaparición de nuestro convecino Juan Panza y el viaje de su mujer Panza Alegre y de su hija Pancica; los cuales habían malvendido sus tierrecillas y su apero, por haberles caído en suerte un reino, que había ganado para ellos nuestro antiguo caballero andante D. Quijote.

Entré en conversación con los que referían el caso, y supe y comprobé luego que, habiéndose

puesto al servicio de Usía, en calidad de escudero, el Juan Panza, tataranieto de aquel Sancho de que nos hablan las historias, Usía en poco tiempo le había recompensado haciéndole Emperador, y dándole un reino con todas sus ciudades y riquezas: por lo que, habían partido su mujer é hija alborozadas, á ser Emperatriz y Princesa respectivamente.

Visto esto, eché mis cuentas con la almohada aquella noche, al acostarme, y me dije que, si sirviendo al cacique de mi provincia, con toda solicitud y perseverancia, sólo había llegado á triste Alcalde de un pueblo, y Juan Panza, sin tantos méritos ni trabajos, sirviendo á Usía había subido en un tris á Monarca, me era más conveniente dejarme la Alcaldía y el servicio de mi dueño, y venirme al lado de Usía y ejercer de escudero; pues no tendría ahora quien hiciera de tal, y así, ayudándole con mis oficios escuderiles, Usía en algún día no lejano me haría igual merced de otro reino ó imperio, según la ocasión se presentase.

Con estos pensamientos dejé mi casa, y aquí me tiene Usía á su servicio, si quiere recibirme, que yo se lo pido y suplico: ofreciéndole que he de ser en todo y por todo más ejecutivo que su otro servidor, menos temeroso y más avisado: porque el constante ejercicio de la autoridad, á la vez que la obediencia á mi superior, la premura en cumplir sus órdenes, y el valor en ejecutarlas, que algunas veces llega á temeridad, amén de varios libros que me he leído y novelas y artículos de política, me dan, sin que yo me alabe, mayores condiciones para los trabajos y fatigas del servicio de la andante caballería, que á cualquier simplicísimo gañán, como lo fueron sus dos escuderos anteriores.

De Panza á Bartola poco va, respondió Don Quijote, y como sin escudero estoy, no hallaría impedimento en recibir para ese oficio á maese Tragaldabas; pero sea ó no sea merecido éste su sobrenombre, algo sospechoso es para llevado por quien ha ejercido autoridad y manejado bienes del común, y además eso de la ronda que me dijo, para no dejar farol encendido, por correr de su cuenta el alumbrado del pue-

blo, me pone en recelo también de que no habrá jugado muy limpio el aspirante á escudero mío, en sus diez años de profesión de Alcalde. Ahora bien, siendo uno de los empeños y obligaciones de la orden de caballería que profeso, el enderezar entuertos, como he dicho, y desfacer agravios, nada puede ser más contrario á ella que tomar de escudero al que tales agravios y entuertos puede tener á su cargo, que sea la negación más rotunda del lema de nuestra orden; así que pienso que, desde ahora, no he de tomar por escudero á ninguno que no venga confesado, absuelto y comulgado; quiero decir, sin pecado alguno; ó por no haberlos cometido, ó por haberlos lavado con un buen arrepentimiento y acto de contrición.

Tan pronto estoy á ello, respondió Bartola, que si hubiera en este despoblado ermita ó confesor, echárame á sus pies, contrito de mis culpas, para quedar libre de ellas y poder ser admitido de escudero, como pretendo. Mas, ya que no hay confesor y dicen que en caso extremo y en lugar desierto puede administrar el sacramento este, como el del bautismo, cualquier seglar que se hallara, yo ruego al Sr. caballero que, en vista de mi confesión y arrepentimiento, me absuelva y me eche la penitencia que sea, para que pueda yo, libre de esa pesadumbre y desaparecido el impedimento que tuviera, servir á los de esa orden de caballería.

Empieza tu confesión y ya veré yo qué cabe hacer, dijo D. Quijote; que todo será que, si los pecados son tan graves que correspondan á la reserva Pontificia, tengas que ir á Roma y allí declararlos de nuevo.

Señor, dijo Tragaldabas, yo no tengo pecados mortales, sino veniales, y sería cosa triste que por esos escrúpulos de monja Usía perdiese un tan leal servidor y yo el reino que persigo.

Yo amo á Dios sobre todas las cosas; no juro su santo nombre en vano; santifico los días de fiesta y los de trabajo también, por añadidura; honro padre y madre, y cumplo todo lo demás de los mandamientos de la ley de Dios, y aun el séptimo que es no hurtar, porque si el que roba al común no roba á ningún, como dice

el adagio, no puede llamarse hurto lo que yo garbeé en el ejercicio de mi Alcaldía. El que sirve al altar debe vivir del altar, y el que sirve al común de vecinos parece justo que viva y prospere á costa de él, y eso es lo que yo hice, ni más ni menos. La casa en que vivo la edifiqué con el repartimiento de consumos; una huerta que tengo la compré con ciertos arbitrios municipales; con el susodicho alumbrado y otras contratas adquirí unos secanos y viñedos, y del monte comunal hice un coto para mí. Me arrepiento, Señor, y no volveré á incurrir en tales faltas; así que espero me reciba Usía en sus brazos, ya limpio de ellas.

¡Ah! insigne Tragaldabas, exclamó D. Quijote; lo que yo veo, de todo eso, es que sólo han quedado en la casa del Concejo las aldabas, al cabo de esos diez años de profesión de Alcalde mayor. ¿Y cómo es posible pensar que todo un caballero andante tome de escudero á un Rinconete? ¿Con qué fuerza y autoridad podría yo ir á enderezar un entuerto llevando tras mí á un torticero semejante? ¿Por ventura no sería yo cómplice en esas malas artes, trayéndole conmigo, á sabiendas de ellas? ¡Id con Dios y no presentaos ante mi vista, si no queréis que de una lanzada os ensarte con pollina y todo!

Señor, exclamó Tragaldabas con voz suplicante, arrojándose de la caballería y postrándose de hinojos; ved que yo he confesado mis pecados con verdadera contrición; que santos hubo que fueron pecadores, antes de ir á los altares; que estoy pronto á todos los sacrificios del Sacramento de la penitencia, y que si Dios perdona por él á quien le ofendió, Usía en este desierto, como Ministro suyo, debe perdonar también, y, ya perdonado, quedo limpio y puro de toda mancha.

Tienes razón, respondió más serenado D. Quijote, y si es tu arrepentimiento verdadero y Dios te perdona, yo no he de ser más riguroso; pero quedar limpio de culpa y á la vez con el fruto de tus rapiñas, no puede ser. Devuelve tu casa y tu huerta y tus secanos y tus viñedos y tu coto á ese común de vecinos de donde los sacaste, y entonces yo te perdonaré y recibiré por

escudero, y acaso, acaso tendrás pronto el reino que apeteces; con tal de que prometas no gobernarle en aquella manera, que no es gobernar, sino desbalijar á mansalva.

¿De modo, dijo alzándose y suspirando Tragaldabas, que tengo que quedar como há diez años, cuando entré en la Alcaldía del pueblo?

Absolutamente igual, respondió D. Quijote. Cosa es esa en que no se puede hacer la más mínima concesión.

Pues bien, exclamó Bartola, haciendo mentalmente el balance de lo que daba y lo que esperaba recibir, pronto estoy á devolver al común de mi pueblo todo eso. A Jaca vamos por aquí; me presentaré á un notario, y declararé que todos esos bienes míos son y pertenecen al común de vecinos de Argamasilla, como sacados de él, y que á él los devuelvo en mi sano juicio y para descargo de mi conciencia.

Eso es lo justo, respondió el caballero; y para que veas, y ahora ya puedo hablarte sin enfado, cuán grande y magnífica es esta orden de caballería á que pertenezco, no tienes más que mirar á tí mismo y á este caso ya resuelto entre nosotros. ¡Qué leyes podrían hacer recuperar á ese común sus intereses! ¡qué justicias obligarte á devolvérselos? ¡qué reyes ni emperadores tornar á cada uno lo suyo y desfacer el agravio de esos diez años? Ningunos. Y al lado de la inutilidad de esos poderes humanos, armados de esbirros, de escribanos, de corchetes y de ejércitos, impotentes para tanto, un solo caballero ha vuelto las cosas á su justo estado y ha deshecho el agravio antiguo y escondido, con negar la entrada y aproximación al servicio suyo al autor de aquellos desafueros. Es que el resplandor de la orden que profeso te ha atraído y devuelto la luz de la razón y del bien obrar, y esto sin fuerza, sin miedo, sin amenaza: con sólo una firme repulsa.

Calló Tragaldabas, pensando que, á no ser por la idea de alcanzar otro reino ó imperio, como Juan Panza, se hubiera quedado el común sin reintegro y la orden de caballería sin resplandor ninguno, y al cabo de larga pausa preguntó, si sería servido D. Quijote de decir có-

mo era el imperio que donó á Panza; cuánto tiempo tardó en proporcionárselo, y qué sueldo y gajes tenía allí, como Emperador: y D. Quijote le contestó cuán grande y populoso era, tal que tenía quinientos mil hombres de ejército, y de qué manera en cosa de una semana lo había ganado para su escudero. y su propósito de conquistar otros reinos enseguida, para hacerlos tributarios ó adjuntos á España; pero con la independencia necesaria á cada cual.

En lo tocante al sueldo de Panza, añadió, no lo sé á punto fijo: pero de un millón de doblones ha de pasar, seguramente: á lo que Tragaldabas abrió unos ojos desmesurados y se decidió con más firmeza á cambiar su casa y tierras por otra pingüe corona, sintiendo en su ánima no haber tomado antes aquel partido.

Dime ahora una cosa, le habló al cabo de un rato el caballero, por no haber caído en la cuenta hasta aquel instante. Y esta pollina en que vas ¿es también del común? porque si lo es has de devolvérsela con todo lo demás y venirte á pie, hasta que ganemos en buena lid un caballo ó hacanea. Pero Tragaldabas lo negó rotundamente, por no tener que ir de peón; aunque en su conciencia y para sí, quedaba que la borrica era también del común de vecinos.

Contéstame á otra pregunta, dijo D. Quijote, ¿todos los Alcaldes mayores de los demás pueblos de España hacen lo propio que tú?

Con decir á Usía, respondió aquél, que casi ninguno podría ser escudero de caballero andante, está todo dicho.

Y D. Quijote movió la cabeza tristemente, pensando que con tal polilla no era milagro anduviese España decaida y andrajosa.

¿Pero los Consejeros del Rey nada sabrán de eso? exclamó; que, de estar enterados, mandarían á las Justicias que encarcelasen y ahorcaran á los depredadores.

Como enterados, dijo Tragaldabas, lo están; pero hacen la vista gorda: porque, aquí entre nosotros, y sin que nadie más me oiga, ellos, y todos los que andan en eso de la política, de la Administración y del Gobierno, también ne-

cesitarían confesar, comulgar y reintegrar para ser escuderos de Usía.

¿Y el Rey, qué hace á todo esto? insistió Don Quijote. Pero Tragaldabas le explicó que el Rey de ahora reinaba y no gobernaba, y que, como tiene que gobernar por medio de esos hombres y todos eran iguales, nada podía hacer, sino cambiarlos á turno, con lo que alternaban en ese disfrute solamente.

¿De modo que el Rey no gobierna? dijo asombrado el caballero. No era así el que yo dejé en España, cuando ésta venció al turco en Lepanto: que aquel reinaba y gobernaba, y por menos mandaba encarcelar á su privado Antonio Pérez y á su propio hijo el Príncipe D. Carlos. Ese Rey era Felipe II.

¡Era ése? exclamó Tragaldabas; valiente tirano, inquisidor y mala persona era el tal Rey, según he oido.

Calla, imbécil, dijo D. Quijote: que no sabes lo que te pescas. ¡Por ventura si te hubiera mandado ahorcar á tí en su tiempo habría sido tirano y no justiciero? ¡Y si ahora fuese vivo é hiciera lo propio con todos los de tu ralea? Llamar tiranía al mantenimiento firme de la justicia, es como llamar buen gobierno á la tolerancia con los torticeros y á la suelta de los delincuentes. Pero ya que al Rey de ahora le han puesto ese *inri* de reinar y no gobernar, y le han maniatado y colocado ese cetro de caña, yo le desataré, y á tajos y mandobles limpiaré su palacio de sayones y de mayordomos, que, como aquéllos del decaído imperio de Carlo Magno, suplantaron á su amo, siendo servidores de él.

Aproximábanse á Jaca: bajaba el río Aragón fecundando el valle, é iba á buscar los puentes bajo los cuales aún cuenta sus rancias historias; quedaba allá atrás Vergosa, en las faldas de las montañas, y Castielo emboscado en sus nogaleras, y al ver D. Quijote la ciudad con sus viejas murallas y las torres que de ellas sobresalen: ¡Esta es, dijo, la cuna de la Reconquista, por este lado de Aragón, y la Corte que los Ramiros engrandecieron! ¡Imposible parece que tanto tesón y la bizarría de tantos

guerreros indomables, que de aquí llevaron sus estandartes hasta Granada, y luego de ella al Nuevo mundo y á toda la extensión del Viejo, se hayan malogrado, dejándonos reducidos al esquilmado solar propio, y éste lleno de plagas y tristezas! ¡Limpia tu corazón ahí mismo, cerca de esos altares consagrados por nuestros antecesores, y comencemos juntos, oh Tragaldabas, otra reconquista moral: porque la moralidad y la justicia son las columnas que mantienen los reinos, y por cuya flaqueza han venido éstos abajo. Sea esta la peña de Uruel, y juremos, como aquellos trescientos sitiados por Taric, vencer á toda la vil ralea que nos rodea y desterrarla de la haz de la tierra hispana! Y diciendo esto entraron por las calles de Jaca, siendo ya obscurecido, y tomaron albergue en una posada que ostentaba en la puerta un heráldico escudo, para demostrar que también los palacios habían venido allí á menos, como la Patria y la Monarquía.



CAPITULO IV

De la renuncia que de lo garbeado en su Alcaldia hizo Tragaldabas y de su pronto arrepentimiento.

Durmieron lindamente en la posada caballero y escudero, y ya por la mañana encamináronse á casa del Notario de la Villa que, pluma en ristre, estaba en su escritorio para dar fe de todo lo que viese y oyese, y también de lo que nó, esto último mediante el pago del doble del Arancel; el cual Notario, apenas vió llegar á aquellos dos personajes, se puso á disposición de ellos para prestarles sus servicios; y como oyese de Tragaldabas el acta de dejación que quería hacer á favor del común de su pueblo, de todos sus bienes ganados en la Alcaldía, se maravilló mucho; pues era el primer caso que se le presentaba, é hizo varias preguntas al otorgante, para averiguar si estaba ó no en su sana razón; mas, hallando que en todo contestaba acorde, extendió el acta como deseaba y le dió una copia, en papel sellado, para que la hiciera valer donde le conviniese.

Cobrados sus honorarios y cuando iban á marcharse cliente y acompañante, preguntó el Notario que si podía saberse la causa de aquella determinación; pues era lo primero y único que había visto y oido; y si obedecía á temor de la justicia, ó á consejo de sacerdote ó Prelado; pero Tragaldabas, con muy sencilla manera, dijo que nó, y que todo consistía en que él quería ser escudero de un caballero andante llamado D. Quijote de la Mancha, y éste no le admitía sin que lavara en su persona aquella mancha que por toda España hallábase tan extendida.

Cuando el Notario oyó esto, comprendió que el otorgante Pedro Bartola tenía enredado el ovillo de los sesos y que había hecho mal en dar fe de que estaba en su cabal juicio; pero, como ya no había remedio, volvió á preguntar qué iba ganando aquél con ser escudero de caballero an-

dante, para renunciar á toda su hacienda, bien ó mal adquirida.

Déjame á mí lo explique al Sr. Escribano, dijo D. Quijote terciando en la conversación. Sabed que más vale ser, al revés de lo que se piensa, cola de león que no cabeza de ratón, y que yo soy ese D. Quijote de la Mancha, al cual ha venido atraído este maese Bartola, para purificación de su conciencia, salvación de su ánima y encumbramiento de su persona: porque sabiendo que á otro escudero mío le dí un Imperio há poco, el estímulo de recibir otro y saltar al goce de una corona bien ganada, le hizo aborrecer lo mal adquirido; y este es otro de los beneficios de la andante caballería, de que quiero deis fe.

Con este breve razonamiento se persuadió el Notario de que el loco principal era aquél, que hasta entonces había callado, y que el otro era un loco accesorio, hecho por la mayor locura del primero; y, temiendo que entre los dos le volvieran también el juicio, no replicó nada y les acompañó á la puerta, donde muy finamente se despidieron.

Vueltos á la posada, Tragaldabas puso en un sobre la copia de la escritura notarial, y la dirigió á su mujer con una epístola explicativa para que entregara el documento al Alcalde accidental del pueblo, á fin de que de él diera cuenta en el Concejo. En la carta á su costilla decíale lo que pasaba, y que hiciera entrega al Concejo de la casa, huerta, secanos, viñas y coto, y no temiese, que hambre que espera hartura no es hambre ninguna, y él esperaba nada menos que un Reino ó Imperio, del Sr. Don Quijote de la Mancha, que ya había dado otro á Juan Panza, como era público y notorio.

Echó el pliego al correo, bien sellado y certificado, y entonces D. Quijote le dijo que de allí fuera á la Catedral que estaba enfrente y se arrodillara, confesase y comulgara y volviese limpio del todo con la absolución de cura habilitado para ello; porque él no se creía con facultades de atar y desatar las cosas del alma, ni de limpiar lo de adentro, sino lo de afuera: á lo que Bartola, sumiso, se encaminó

al templo aquel y volvió á poco rato, diciendo que ya lo había confesado todo y estaba limpio como una patena y que el cura le había echado de penitencia ayunar á pan y agua diez lunes, en castigo de haber tragado á placer diez años.

A lunes por año no es mucho, dijo D. Quijote; pero no habrás de esforzarte para cumplir esa penitencia, que más de diez lunes y de diez martes tú y yo nos quedaremos en ayunas, por no hallar castillo en que refugiarnos; que estos son los azares de los caballeros y escuderos, cuando salen á lo que la fortuna les depara. Y pues te recibo definitivamente por mi escudero, te llamaré Tragaldabas, en nuestras pláticas, como algunas veces te dije, no por mofa, sino por aviso de lo que otro tiempo fuiste, para que no des en la tentación de serlo ya jamás. Y ahora ensilla á Babieca y á tu pollina, que por lo que he visto este mi caballo de hoy, más casto que Rocinante, se aviene con tu hacanea sin cortejos ni requiebros; y salgamos de Jaca prontamente, que no hay tiempo que perder en lo que tengo proyectado, para gloria definitiva y eterna de mi nombre.

Atravesaron la calle Mayor, y saliendo por las afueras, acertaron á divisar la ermita alzada á la Virgen de la Victoria, y viéndola Don Quijote y habiéndole dicho Tragaldabas que se la titulaba así, lo tomó á buen augurio, creyendo que ella había de protegerles. Y para que su escudero no lo dudara, contóle cómo, librada Jaca del yugo agareno por el Conde de Aznar, volvieron los sarracenos sobre ella con un grande y poderoso ejército, tal que eran ciento contra cada uno de los del Conde, y cuando éstos se hallaban arrollados y casi deshechos, apareció otro ejército de cristianos en su ayuda; lo que al ser visto por los sarracenos les sobrecogió y quisieron huir; saliéndose los ríos de madre y ahogándolos, y viéndose luego que el ejército de ayuda era formado por las mujeres de Jaca; debiéndose la victoria á ellas y á la Virgen de su devoción, á la que se habían encomendado.

Ahora, dijo D. Quijote, vamos hacia San Juan de la Peña, á que comiences tu penitencia de ayunar; y, á poco de andar por malezas y bosques, vieron en la altura la Torraza, sobre unas rocas, y luego aldeas risueñas y castillos y monasterios derrumbados, todo hablando grandiosamente, á los ojos de D. Quijote, de aquellos gloriosos tiempos en que el Conde Galindo defendía la entrada á la morisma, y le ganaba palmo á palmo el terreno luchando por la patria y por la Cruz. Descendieron al valle y subieron por las rocas, muchas veces echando pie á tierra y llevando las caballerías de reata; atravesaron nogaleras y pinares, y por fin llegaron al célebre monasterio, desierto á la sazón; lleno de matorrales; vacíos sus claustros; pero en torno del cual veía D. Quijote rondar sombras de antiguos caballeros, de monjes y de valerosos campeones; toda una orden de Benedictinos y toda una dinastía de los Berengueres.

Allí pasaron el primer lunes de ayuno de Tragaldabas, vagando á pie por aquellos corredores, asomándose á aquellos lienzos de muros derruidos, viniendo la noche á aumentar el pavor del novel escudero con las negruras que añadió á las proyecciones de grave sombra de aquellos claustros.

El viento frío de la sierra que penetraba por ellos, y el suelo por dura cama y el ayuno obligado, hicieron á Tragaldabas, pensar que no era tan suave el oficio escuderil; sobre todo con antojadizos caballeros como D. Quijote. ¿Qué necesidad había de vagar todo el día entre aquellas ruinas, y luego querer pasar la noche también debajo de aquellas arcadas y junto á aquellos paredones que amagaban desplome; ni recibir el viento de cara en cualquier ángulo que se buscara de aquéllos; ni de estar amenazados de alimañas y de mordeduras de serpientes, que por allí andarían; ni de ver en cada sombra un vestiglo? ¡Cuánto echó de menos su casa, hecha á toda su comodidad con el repartimiento de consumos, y aquel blando lecho suyo, y hasta la última plática con su suegra durante la cena humeante! A aquellas horas se recogía él á descansar de las tareas del Concejo, des-

pidiéndole el Secretario á la puerta. Siempre entraba después de haber hecho algún beneficio; librado algún quinto, por ejemplo, por menos de cien duros; y con la satisfacción del bien realizado y el dinero en el bolsillo, dejaba la vara de autoridad detrás de la puerta, y sentábase con su mujer y su madre política, á la limpia mesa cubierta de blancos manteles. La sopa de almendra, el conejo en adobo, la ensalada y la taza de leche, confortaban su estómago: y luego, cuando no había ronda, por estar bien apagados todos los faroles del pueblo, á la cama con la costilla, bajo tres mantas de Palencia que daban suave calor. ¡Maldita ambición de una corona y un reino, que le había hecho cambiar todo aquello por las malezas, el suelo duro y el dormir al raso, en las ruinas de aquel monasterio! ¡Menos mal si esas fatigas ú otras semejantes eran por pocos días, como las de Juan Panza, y luego podía con su mujer subir á un trono y llamar á su suegra Reina madre!

Barajando estos pensamientos, durmióse al fin Tragaldabas, envuelto en la manta con que enalbardaba á su pollina, que ya estaba desaliñada á la sazón; y D. Quijote, dando largos paseos por aquellos corredores obscuros, comenzó á su vez á pensar en Dulcinea y en lo muy olvidadizo que era con ella; pues le tenía prometido, luego de dejar á Panza en su Andorrano Imperio, ir á la Patagonia á ayudarla para matar al osado Rey de aquel país, que había querido ultrajarla. ¡Oh, mi Señora! murmuraba, suspirando en la noche y la soledad; perdona á éste tu cautivo caballero el olvido que tuvo; pero aquella batalla con el oso de D. Favila y este encuentro de Tragaldabas han sido la causa de que no esté ya en ese enemigo reino, rematando al último patagón.

Allá, á más de media noche, un rayo de amarilla y escasa luna dió en uno de los paredones del monasterio, y D. Quijote creyó ver en él á Dulcinea, en cabellos, que los tenía muy hermosos, y vestida de blanco; por lo que rendidamente le ofreció de nuevo sus excusas, y creyó oir que ella le decía: Basta de protestas, mi

gentil caballero, bien hicísteis en no abandonar esas empresas; que la de Patagonia ya la tengo yo acabada. No quedó con cabeza ni uno solo de aquel Estado, y ya impuesto tan merecido castigo, dejo anexionado aquel reino al Toboso, y héme de vuelta junto á vos, para cumpliros mi palabra, si algún maleficio de encantador no nos separa de nuevo. Allá nos reuniremos en el castillo de Loarre, magnífica mansión donde celebraremos nuestras bodas. Sus techos son de sándalo, sus paredes de jaspe, sus puertas de marfil y sus barandajes de plata. Allí acudirán los reyes y emperadores de las cuatro partes del mundo, y en la capilla de ese castillo, que es toda de oro puro, tendrán lugar nuestros desposorios.

El viento había cesado y la luna traspuesto, y el caballero no vió ni oyó más; pero quedó esperando la aurora, que nunca tardó tanto en llegar para él; y, apenas clareó el día, despertó á Tragaldabas, que roncaba, y le dijo: ¡Pronto y en marcha: vamos hacia el castillo de Loarre, que allí me aguarda Dulcinea! A lo que el escudero, desperezándose, creyó buenamente que aquel otro sería castillo habitado, y que tendrían tregua sus malas noches.

El sol naciente, dorando las gigantescas ruinas de San Juan de la Peña y despertando las agrestes cumbres en que se halla, reanimó también á los dos aventureros, aunque mejor lo hubiera hecho algún caliente desayuno, de que se vieron privados. Con los estómagos vacíos, pero en la esperanza Tragaldabas de muy suculenta mesa, montaron en sendas caballerías, tomando el camino de bajada hacia el Sur, más por instinto y azar que por conocimiento de aquellos parajes; y allá, á la mitad del día, vieron descollar los Mallos ó Riglos, colosos de piedra que se cree serían monumentos de los celtas, pero que á D. Quijote le parecieron gigantes.

Ya tenemos á nuestro alcance el nuevo reino que buscamos, dijo á Tragaldabas: porque esos tres que allí ves son gigantazos de veras, y el mayor debe ser un poderoso rey de una grande ínsula, y los otros dos sus más esforzados ca-

pitanes; así que, en venciéndoles juntos, hemos ganado esa ínsula sin dificultad, y puedes ir de mi parte á tomar posesión de ella.

Usía está equivocado, respondió Tragaldabas; mire que digo que mire bien lo que hace, que esos son tres túmulos de piedra, ó cosa parecida, y no gigantes ningunos; y vamos acercándonos y se desengañará de su ilusión y hallará que por ahí no nos puede caer reino alguno.

¿Vas tú á decirme, respondió D. Quijote, lo que son ó no son esos colosos? Novato eres, pues es la primera aventura en que te hallas. Yo me sé bien que son gigantes, y no me repliques; que tú entenderás de apagar faroles y sisar al común sus gabelas; pero no de achaques de andante caballería.

Loco está este hombre de remate, pensó Tragaldabas al verle ir denodado con la lanza en el ristre y á galope de Babieca, contra los tres Mallos. ¿Qué he hecho yo, cuerpo de mí, confiando en su poder, para que me dé un reino; cuando si todo es como esto, debe ser pura fantasia? ¡Haber renunciado á mis ahorros de la Alcaldía, por la promesa de un demente! ¡Ya sospechaba yo anoche, cuando nos alojamos en ese inhospitalario monasterio, que este caballero no estaba en su cabal razón!

Cuando aquí llegaba de sus silenciosas quejas Tragaldabas, vió el choque de D. Quijote con el primero de los gigantes, y vió caer al caballo de bruces y al caballero por las orejas; dándose tan fuerte golpe contra las piedras, que se quedó sin sentido, si es que por ventura podía llamarse sentido al que llevaba, en su ciego acometer.

Acudió al pronto, como buen escudero, y rociando con agua fresca la cara de D. Quijote, que estaba demudada y lívida, le volvió al sér, y luego ayudó á levantarse á Babieca; y allí los tres, ó sea, Babieca en pie cojeando de una pata, D. Quijote vuelto en sí pero sentado en tierra cerca del Mallo, y Tragaldabas á su lado, catándole las feridas como un buen algebrista, volvió éste á insistir en que no había habido tales gigantes, sino aquellos pedruscos, y D. Quijote á porfiar que fueron gigantes y que

uno debió ser el encantador Arcaláus, que al verle llegar y conociendo que no podía resistir su ímpetu, permaneciendo de carne y hueso, había usado de sortilegio para convertirse él, con sus acompañantes, en piedras; á lo que Babieca parecía asentir, al andar cojeando, pues hacía signos afirmativos de cabeza.

Calló Tragaldabas, volviendo á sus meditaciones sobre el mal negocio que había hecho dejando lo cierto por lo dudoso; pero resuelto á ver en qué paraban aquellas fantasías de D. Quijote; pues sin duda que con Juan Panza tuvo las mismas y al fin, á fuerza de hacer locuras, había pescado para él una corona. Así como así, pensaba el nuevo escudero, todos los que han ganado reinos han tenido grandes ilusiones y hecho temeridades, que de verdaderas locuras podían calificarse, como aquel Napoleón I, cuyas hazañas él había leído, desembarcando con un puñado de hombres en la Francia que tenía perdida y recobró; y aquel Hernán Cortés, al quemar sus naves y quedarse solo con escasas gentes de armas en un Imperio salvaje y enemigo. La verdad es, decía para sus adentros, que de los cobardes no se ha escrito nada, y que esas personas muy sesudas que todo lo consideran no han pasado de vulgares medianías.

Ensilló, pues, de nuevo á Babieca, que se había quedado en su desnudez natural por habérsele roto la cincha; compuso ésta como pudo, y ya repuesto D. Quijote, dejaron los Mallos y siguieron adelante, y después de dos penosas jornadas, en que agotaron las provisiones de las alforjas, llegaron á divisar la villa de Loarre, y sobre su montaña vecina, el castillo que deseaban.

Ese debe ser, dijo D. Quijote, y ahora puedes ver en él el término de nuestras fatigas. En sus cómodos salones nos esperan Príncipes y caballeros; en una de sus olorosas estancias, Dulcinea asistida de sus doncellas, se prepara para la fiesta nupcial. Mira desde aquí los cubos de esas torres que sobresalen, dos á vanguardia y dos á retaguardia, como si fueran en el mismo orden de un ejército. Mira el poderoso centro con su torre del homenaje, y allá

su picudo polvorín: todo bien artillado, aspillerado y coronado de mosquetería. Repara, en fin, en lo más defendido de esa mansión, aquellas puertas de cedro, aquellas paredes de jaspe, aquellas rejas de plata, que serán del dormitorio de Dulcinea, y aquellas cúpulas de oro que la cobijan. Y Tragaldabas que no veía sino almenas aportilladas, torreones á medio caer, lienzos de murallas confundidos en la vertiente de la montaña con los cantos rodados, y en medio un macizo de negruzcas fortalezas que parecían tan desiertas y arruinadas como San Juan de la Peña, se llamó definitivamente á engaño sobre la sanidad de juicio de D. Quijote, y volvió al tema de sus íntimas lamentaciones.

Vamos allá, dijo el caballero, y no pararemos en esa villa, que dá nombre al castillo, y allá se encaminaron, dejando nuevamente posada, cama y cena, por escombros, duro suelo y nueva noche de frío y de hambre.



CAPITULO V

De la estancia de D. Quijote y su escudero en el Castillo de Loarre, y del extraordinario encantamiento de Dulcinea.

Llegaron al castillo, cuando el sol se ponía dorándole con sus últimos rayos; el cual castillo sobresalía entre el fantástico incendio de las nubes de Occidente, aumentando la ilusión de D. Quijote, que le creyó de pórfido con vistosas cúpulas. ¡Ah del castillo! gritó, no viendo que enano ni centinela le anunciaran; pero solamente lejano, repitiéndose de roca en roca, respondió el eco.

Echaron pie á tierra caballero y escudero, dejando cerca de los dos avanzados torreones, que se hallaban medio caídos, sus palafrenes, para que pacieran la yerba; y pasando la puerta principal, subieron el primer tramo de la amplia escalera, hallando á la derecha una iglesia, que D. Quijote pensó sería la destinada á la nupcial ceremonia. Mas como no viera en ella ni santos, ni ornamentos, ni lámparas, ni fieles, se le acongojó el corazón, sospechando algún maleficio.

Salieron de ella é internáronse en un dédalo de ruinosas torres, pasadizos aspillerados, patios desiertos, inmensos salones, algunos bajo bóvedas temerosas, plataformas y barbacanas, desde las que se podía seguir al sol mucho más allá del punto por donde se creía puesto, y abarcar panoramas magníficos; pero todos aquellos lugares se hallaban en silencio imponente, vestidos de musgos y malezas, festoneados de yedras, y rodeados de melancólica quietud.

Todo lo recorrieron en la hora de luz que les quedaba, y al hallar D. Quijote el castillo vacío, las torres medio derruidas, las puertas de cedro desaparecidas y las rejas de plata arrancadas, y sobre todo, al no ver servidumbre, ni convidados, ni damas, ni Dulcinea, no pudo menos de volverse á Tragaldabas y decirle con tristísimo acento:

¿Ves qué desafortunados somos á las veces los caballeros andantes, cuando de nuestro bien y nuestra ventura se trata? Este castillo tan animado há poco, lleno de convidados y de alegría, soberbio y bien aderezado, con Dulcinea que me esperaba en él como te dije, por rencor de aquellos tres gigantes encantadores con que hemos topado y que creíste promontorios de piedras, háse trocado como ellos en piedras áridas, y desmanteladas torres, y lo peor es que no sé qué habrá sido de Dulcinea en esta repentina mutación.

Veo, dijo Tragaldabas, que si Usía es el más desventurado caballero del mundo, yo soy el más estúpido hombre: porque ¿qué necesidad tenía mi persona de sufrir los rigores de estas mutaciones y de tres días que llevamos casi sin comer, ni de haber renunciado á mi casa y hacienda, por un reino que cada vez está más lejano que la luna?

¡Ah, flaco de espíritu!, exclamó D. Quijote; ¡cuán pronto te acobardan las contrariedades! ¿Y eras tú el que te me brindaste como más animoso que Juan Panza, más acostumbrado á la obediencia, y más fuerte en el infortunio? ¿Y aún echas de menos, como tiempos felices, aquellos en que merodeabas por el común de vecinos de Argamasilla?

Pongámonos en razón, mi Señor y dueño, respondió Tragaldabas, y diga Usía si no es vida perra esta que llevamos, desde nuestro encuentro, y si no se nos desvanece cada vez más la esperanza de mejoría. Yo he perdido una arroba de peso desde que le conocí: mi borrica está desmejorada también, y en cuanto á Babieca, no sé cómo puede tenerse en pie, cuando sus costillas y huesos acusan que no ha probado la cebada lo menos en un quinquenio. ¿Es mucho que yo eche de menos mi casa, entre estos lienzos de muralla sin abrigo, y mi hacienda en esta pobreza y desamparo?

Puedes lamentar lo que te venga en gana, dijo malhumorado D. Quijote. Ningún contrato te liga á mí, y si te place coje tu pollina y déjame. El escudero de caballero andante ha de ser sufrido y callado: no pensar en los malos

tiempos, sino en los mejores que puedan venir, y sobre todo nu echar en cara á su señor sus desdichas, que él quisiera no fueran sino bienandanzas.

Ninguna obligación tenemos de pagar mesadas á los que nos sirven; pues lo han de hacer con gusto y sin otro lucro que lo que del botín de las batallas y conquistas se les diese; pero si quieres renunciar á esto y al reino que deseas, aún pudiera pagarte tu ruín trabajo de estos días, con mayor esplendidez que un monarca: porque has de saber que Dulcinea, previsora del caso, ha debido dejarme aquí algún oculto tesoro, para pagar y despedir á escuderos mal avenidos.

Vaciló Tragaldabas, viendo la firmeza y seguridad de D. Quijote, y le respondió que nó; que él no se ausentaba, ni tomaría mesada ninguna: sino aquel reino que buscaban; pero que le rogaba abreviase la busca y captura de esa corona, pues entre monasterios sin monjes y castillos sin castellanos, podían pasarse la vida, y más allí en Aragón, en que tanto abundaban.

Hay que apresurarse despacio, replicó D. Quijote; que no el anhelo de inmediata recompensa, ni el perseguirla impacientemente, traen más pronto su logro. Caballeros hubo que pasaron mil fatigas, antes de llegar al término de sus afanes. Yo mismo, ya me ves cuántas vengo sufriendo, desde que dejé en tiempos del Rey Don Felipe II mi campo y hogar, para entrar en la orden de la caballería andante; y eso que en esta segunda etapa me sopla la fortuna y voy viento en popa en todas mis empresas. Sin embargo, mira la contrariedad en que me hallo ahora, que pensaba encontrar á Dulcinea ataviada para la ceremonia nupcial y el tálamo en este castillo, según me ofreció no há mucho.

Pero ¿cómo puede pensar Usía que estas desmanteladas fortalezas fueran há poco castillo habitado y resplandeciente; que esa capilla en ruinas estuviera aderezada y en pie para la boda, y que mi señora Dulcinea se hallase aquí con toda la comitiva de convidados, cuando el polvo de los siglos lo cubre todo y las ortigas y jaramagos pregonan su estrago?

Puedo y aun debo creerlo, dijo D. Quijote; porque Dulcinea no puede mentirme y ella me avisó, y porque no es maravilla una mudanza semejante, cuando un encantador que nos tiene ojeriza se lo propone: que en sus artes y sortilegios, como en los del sabio Esquife, caben las cosas más estupendas é inverosímiles; y cuando, no con uno, sino con tres encantadores hemos topado, que se han hecho piedra viva en un santiamén, para embotar la punta de mi lanza, bien puedo sospechar que ellos, en un abrir y cerrar de ojos han llevado á cabo esta otra mutación para vengarse; y, ¡vive Dios! que no lo siento por el castillo y por el albergue de que nos privan; sino por Dulcinea, que acaso habrá quedado encantada entre estas ruinas, trocada en pájaro azul ó en fuente sollozante.

A esto oyeron entre las malezas cierto ruido, lo que les atrajo hacia la parte de que salía, que era una de las plazas de armas del piso bajo en que andaban, y fué grande la sorpresa del caballero y escudero cuando vieron saltar de las quebradas cubiertas de matorrales que allí había, una cabra blanca de largos y retorcidos cuernos, que en vez de escapar y huir fué hacia D. Quijote, y se le acercó sumisa y tímidamente, lanzando un tierno balido.

¡Hinca en tierra la rodilla! dijo el caballero á Tragaldabas: que ésta que ves es mi reina y Señora Dulcinea del Toboso. ¡Bien decía yo que estaría encantada por estos lugares, y que no podía faltar á la cita que me dió! Y el caballero obligó á su servidor á doblar la rodilla ante la blanca cabra aparecida, mientras él de hinojos también le decía:

Ya os reconozco, soberana Señora de mi albedrío: ya veo que habéis esperado á vuestro rendido caballero en el castillo que dijísteis; esos son vuestros ojos dulces y serenos: todas las artes diabólicas del encantamiento no han podido privarles de su hermosura, ni á vuestra piel de su blancura de armiño. Venid á mí, que yo desharé al cabo el maleficio que os trueca en una bestiezuela, siquiera sea cándida, dulce y bella como vos.

Y la cabra, como si realmente fuese Dulci-

nea y entendiera el enamorado discurso, se acercó más al caballero, hasta dejarse cojer de él mansamente.

Señor, ¿puedo ya levantarme de mi postura de oración? dijo Tragaldabas al cabo de un rato: porque ya las rodi-



llas me duelen y creo cumplido el homenaje.

Sí, respondió D. Quijote, y ahora has de tener y considerar á esta cabra como á lo que es, suprimida la apariencia de tal; como á tu reina y mi prometida Dulcinea. De modo que la llevaremos con nosotros, guardándole el mayor respeto, y cuidaremos de ella hasta que yo encuentre modo de destruir su encantamiento. Tú le servirás la comida en finos manteles; tú harás los oficios de paje de esta noble dama; y empieza cogiendo para su ali-

mento las más suaves y olorosas yerbas de estos prados.

Obedeció Tragaldabas y trajo al punto un haz de yerbas de las más tiernas que halló á mano; mas como no había manteles en que servirlas, las puso en el suelo cerca de su encantada Señora, y fué de ver á Dulcinea, cómo se dedicó á rumiar con gran apetito aquellos verdes tallos de largos céspedes y de otras silvestres matas.

¿Le parece á Usía, preguntó Tragaldabas, que ate un cordel al cuello de mi Señora Dulcinea, para poder conducirla mejor con nosotros? Y D. Quijote, que iba á negarse á semejante desacato, reflexionando que, salvos los respetos debidos á su dama, tenía que tratársela como á cabra en todo lo demás, otorgó, con harto dolor de su ánima, el permiso reclamado, para que su escudero echara un cordel al cuello de Dulcinea.

Asegurada así, observó Tragaldabas que aquella era una cabra recién parida, y que de sus infladas ubres podrían obtener rico alimento para sus estómagos; pero no sabía cómo abordar con su amo tan escabroso asunto, estando éste en la creencia de que aquella era su prometida Dulcinea del Toboso.

Después de dar á su magín muchas vueltas, se atrevió á explorar el ánimo de D. Quijote, con algunas preguntas; y la primera fué si en las mutaciones que los encantadores hacen de las cosas humanas cabía que una doncella, por arte de encantamiento, se trocara en madre de buena y robusta prole.

No tal, respondió D. Quijote: que á tanto no llega el poder de los magos y nigromantes. Pueden éstos convertir á una doncella en roca, pero no en hembra casada y con hijos: que la doncellez no es sólo prenda corpórea, sino espiritual, y no alcanza la influencia de los maleficios al ánima inmortal y á las virtudes que la adornan. Así que, podrán éstas quedar escondidas en una piedra, fuente, ó cosa semejante en que el encantador convierta el cuerpo de una doncella; pero siempre estarán vivas y perennes las singulares prendas de la virtud, pa-

ra volver á su primitivo estado, y no se avendrían con ello otros estados diferentes, el de maternidad, por ejemplo, en una doncella de veras.

Entonces, dijo Tragaldabas, esta cabra no es Dulcinea: porque no tiene Usía más que reparar en ella y ver que há poco ha sido madre, y que no conserva la doncellez de mi reina y Señora.

Palideció D. Quijote densamente, y viendo que era verdad lo que decía Tragaldabas, quedó sumido en un Ponto Euxino de confusiones. De una parte, no podía dudar que aquella cabra fuese Dulcinea; pues lo pregonaban aquella cita á que acudía, aquellos dulces ojos que le miraban y aquella mansedumbre con que se le acercó, como queriendo revelarle el secreto de su transformación; pero de otro lado, aquellos ubérrimos signos de reciente alumbramiento contradecían la creencia y la fé del caballero sobre los límites del maleficio.

Pensar en la infidelidad de Dulcinea era cosa imposible, y cosa abominable admitir que, trocada como debía en cabra doncella, hubiese sido requebrada después de algún chivo, ignorante de habérselas con la Emperatriz de la Mancha.

Pero, como en el breve espacio de un día en que se operó el encantamiento, no era posible que hubiese concebido y alumbrado Dulcinea, ni era admisible que el trueque de forma se hubiera hecho fuera de los límites del poder de los encantadores, pensó D. Quijote mejor que eso de la ubérrima maternidad era meramente apariencia del encantamiento mismo, para más mortificarle y aturdirle.

¡Ah! Bartolo amigo, dijo, encontrada la solución del intrincado problema; no dudes que esta es Dulcinea en persona, tan doncella y pura como la hubo su madre, y no prestes fé al testimonio de tus ojos que te la hacen ver de otro modo. Para conseguir mejor su intento, mudaron aquellos encantadores en cabra á la dama de mi albedrío; pero luego le dieron una ilusoria apariencia de maternidad, que en sí no tiene. Todo es engaño de ellos y visión errada de nues-

tros ojos, y no hablemos de ello más; que sólo la duda me encoleriza y ofende!

Tragaldabas calló y tragóse, ó por mejor decir, fingió tragarse ésta que parecíale la mayor aldaba que podía pasar por su gaznate, á pesar de tenerlo amplio y bien acondicionado; pero no dejó de meditar cómo haría para aprovecharse él solo de aquel engaño de los encantadores, ya que su Señor no creía en cosas tan notorias.

Anocheció y D. Quijote quedó en vela vigilando á Dulcinea, que acostada en un ángulo de aquel castillo, seguía rumiando en sueños las yerbas de la tarde; pero Bartola, que fingía dormir y que estaba con un ojo medio abierto, maldecía la vigilia de su amo y acechaba la ocasión en que el cansancio le rindiera, para utilizarse de la imaginaria maternidad de aquella bestiezuela baladora.

Tarde fué, mas al cabo la flaqueza de la carne se sobrepuso al vigilante espíritu del caballero, y quedó éste vencido por Morfeo, que le dejó caer las compuertas de los ojos; y entonces Tragaldabas, arrastrándose con sigilo hasta el lugar en que se hallaba Dulcinea, la ordeñó repetidamente, echando en una escudilla el delicioso néctar de sus ubres, y sació el hambre de tres días, siendo el primero y único mortal al que fué permitido, por las leyes caprichosas del azar, indemnizarse de los ayunos y dietas de sus correrías, con leche auténtica de la Emperatriz del Toboso.



CAPITULO VI

De la no menos sorprendente aparición de un hijo de Dulcinea, y de las demás cosas que se verán.

Bello fué el amanecer en aquel castillo, que dominaba aún más que San Juan de la Peña admirables panoramas. Tragaldabas con el sustancioso néctar de la cabra dormía aún, y D. Quijote hubo de despertarle diciéndole que debían salir, sacando á Dulcinea de aquellos lugares donde se había operado su encantamiento, para ver si, trasplantada á otros, era más fácil con alguna penitencia como la de los azotes impuesta á Sancho en otra ocasión, deshacer el maleficio y tornarla á su sér natural.

Pronto estoy, dijo Tragaldabas, á eso de mudar de paraje, y creo que será muy favorable para el mal que padece mi Señora; que el mudar de aguas sienta bien á todas las enfermedades, según físicos y doctores: pero, en lo tocante á que le aproveche alguna penitencia parecida á la que Usía impuso á Sancho, niégolo, en razón, no sólo á las que este donosamente daba, sino á la demostración de la misma experiencia de entonces, según la que de nada sirvieron los azotes que se descargó en las nalgas. A más de eso, como toda penitencia cumplida sin gusto y todo sacrificio hecho sin fe son inútiles y baldíos, los míos resultarían estériles; ya que confieso que nunca tuve vocación de fraile disciplinante.

Bien está, respondió D. Quijote, y no repetiremos la suerte; que, en efecto, penitencia hecha sin fé ni voluntad no es provechosa para alcanzar el divino favor; pero creo que bien pudiéramos hacer alguna promesa, por el natural deseo de ver desencantada á Dulcinea: porque en ello, no sólo va mi gozo y anhelo, sino tu provecho mismo; ya que, vuelta á su sér, no puedes tú calcular las cercedes que esta elevada Señora te haría, como suelen y más que suelen ha-

cer las damas de caballeros andantes á escuderos y servidores de ellos. Cátate ahí, por ejemplo, que de la alegría de verse libre del maleficio, te donara una provincia, ó dilatadas y fértiles posesiones; ú ordenase á su tesorero que pusiera á tu disposición tres ó cuatro carretas cargadas de oro. Dime tú si todo esto, dejando á un lado mi satisfacción, vale ó no la pena de que pongas algo de tu parte.

Sí que lo merece, dijo Tragaldabas, y en eso de hacer promesa no tengo dificultad; así que ofrezco restituir á la ermita que costea el Municipio de Argamasilla, todo el aceite que en los diez años de mi Alcaldía ahorré, del destinado para sus lámparas; que á libra diaria que es lo que calculo retenía yo en calidad de Alcalde para el gasto de mi casa, hacen trescientas sesenta y cinco libras por cada año, ó sean tres mil seiscientas cincuenta libras en los diez; esto es, ciento cuarenta y seis arrobas justas y cabales, y esas las repondré en especie ó en dinero, al precio que corra el aceite en la cosecha; bien sacándolo de las posesiones que mi señora Dulcinea me destine, que le rogaré sean de olivares, ó si no há lugar, dedicando para comprarlo un puñado del oro ese de las cuatro ó cinco carretas que cargadas de peluconas ha de enviarme.

Miró D. Quijote á Tragaldabas, muy sorprendido de la sisa del aceite, y le dijo que eso de restituirlo ó pagarlo con los donativos de Dulcinea, era un juego de toma y daca y no una ofrenda; sobre todo si ésta no había de cumplirse hasta el desencantamiento y obtención de aquellas munificencias; y que si maese Tragaldabas había sido también aprovechada lechuza, no por vía de promesa, sino de ineludible é inmediata obligación tenía que vomitar todo ese aceite chupado, restituyéndolo á la ermita consabida; y que si no lo hacía, allí había acabado de ser escudero suyo; pues si lo recibió á su servicio, fué por creerlo libre de toda mancha, no sospechando que aun quedaba sobre él una mancha de aceite de ciento cuarenta y seis arrobas.

Quedó Tragaldabas muy confuso, viendo que

si no hacía esa restitución todo era perdido, y al cabo de un rato dijo humildemente á D. Quijote que sí estaba dispuesto á devolver su aceite á la ermita; pero que no sabía cómo hacerlo, no teniendo ya bienes ningunos, pues de todos había hecho dejación al Concejo.

Aun te queda esta pollina, exclamó D. Quijote; véndela y emplea su importe en aquello, hasta donde alcance; y Tragaldabas se conformó en hacerlo en la primera ocasión, muy pesaroso de haber declarado él mismo los secretos de su despensa.

Acababa de ensillar su hacanea y ya estaba pronto á subir en ella, por haberlo hecho Don Quijote en su caballo, cuando sintieron voces de pastores, penetrando tres de ellos entre aquellas ruinas y malezas, y quedando bastante sorprendidos de ver al caballero y escudero.

¿Qué buscáis? dijo D. Quijote adelantándose y saliéndoles al paso.

Buscamos, dijeron ellos, una cabra blanca recién parida que es la mejor de nuestro hato y que ayer tarde se extravió por estos lugares; y reparando en la que iba cerca del caballero atada con su cordel, añadieron que aquella misma era y que no tenían duda de ello.

Imaginóse D. Quijote que aquellos tres pastores serían los gigantes del día anterior, que disfrazados de cabreros querían apoderarse de Dulcinea para conseguir por maña y artificio lo que por la fuerza no hubieran podido, y blandiendo su lanza respondió que eso era buscar pan de trastrigo y que tornaran á su sér natural, para reanudar la batalla de antes, que habían esquivado trocándose en peñas: pues no quería alancearlos y vencerlos en forma de pastores humildes; y que en lo tocante á aquella cabra él sabía que en tal la habían convertido por sus hechicerías y sortilegios, pero que no era cabra verdadera, sino la egregia Emperatriz Dulcinea del Toboso.

Miráronse los tres cabreros atónitos, y respondieron que ellos estaban en su natural sér; que eran tales pastores; que ninguna batalla habían librado la víspera, y que ninguna hechicería tenía la cabra aquella, ni era tal Señora ni

Emperatriz, sino cabra; y en prueba fué uno por un choto y lo trajo en brazos y lo dejó suelto, y éste enseguida, balando y contestándole la cabra amorosamente, fué á su madre á prenderse de la ubre, que por cierto encontró exhausta, por haberse anticipado á ello de madrugada Pedro Bartola.

Cuando D. Quijote vió al hijo de Dulcinea, amamantado por ella, estuvo ya por creer en la infidelidad de la Señora de sus pensamientos; que en hallar á los hijos perdidos, aunque revesados y mal acondicionados sean, reciben sus padres satisfacción y alegría, tales como Dulcinea las había mostrado: por lo que sospechó el caballero que al llamarle tan presurosamente para la boda, citándole á aquel castillo, sería quizás para cubrir aquella falta y desliz de ella; pero desechando esta ruín idea volvió á su interpretación de que todo aquello debía ser ficticio, incluso el hijo aquel, que en figura de choto había resultado.

¡Echaos á fuera, gente mala y soberbia! gritó á los pastores; é iba ya á arremeter contra ellos, sin aguardar á más explicaciones, cuando Tragaldabas, que le conoció la furia en lo descompuesto de la faz, se puso delante de él y le dijo que se sosegara, y que si era cierto, como dijo á Sancho en otra contienda, que tratándose, no de caballeros sino de jayanes, podían intervenir los escuderos de igual á igual y ventilar con éstos las querellas, en aquel caso él recababa para sí el derecho de solucionar aquella cuestión; de tal modo que Dulcinea quedase como estaba, libre y sin costas. Y añadió que, puesto que aquellos tres persistían en ser pastores, no había por qué descendiera á contender con ellos todo un caballero andante.

Y diciendo y haciendo, fué hacia el grupo de los tres cabreros, mientras D. Quijote quedaba detenido en sus ímpetus con tales razonamientos; y, conversando con los tres jayanes el flamante escudero, llegaron á buenas, ajustando que ellos le vendían la cabra en cinco duros en una pieza isabelina de oro, y que en el trato entraría también el choto recién nacido; lo que

quedó consumado, entregando Tragaldabas la moneda.

Despidiéronse los pastores quitándose los sombreros, y D. Quijote, que sólo había visto los ademanes y la secreta conversación que con Bartola tuvieron, preguntó á éste cómo les había convencido de que se retirasen, y él le contó que, por cortar una batalla desigual y descomunal con ellos, pues eran tres contra uno, les había comprado á Dulcinea por cinco duros, incluyéndose también á su vástago en el precio, por si D. Quijote quería criarlo y educarlo en el oficio de la caballería andante, luego que estuviese desencantado.

¿Pero tú crees, bellaco mal nacido, respondió el caballero iracundo, que este es hijo de Dulcinea, ni ella ha dejado de ser doncella, ni eso que ves que la sigue es choto tampoco, sino apariencia y figuración de tal? Tócalo y verás cual se desvanece de las manos, como condensado trozo de neblina. Y Tragaldabas tuvo que hacer la maniobra de ir á cojer al choto, que se le escabulló; con lo que su amo afirmóse más en su interpretación de que era puro fantasma.

Dejaron el castillo y bajados de sus enriscadas cumbres continuaron campo adelante, con la cabra de reata y el cabrito saltarín que la seguía; y sea que Tragaldabas observase cómo amargaba al caballero la presencia de aquel vástago de la que creía Dulcinea, sea que viera que éste, con su tercería de dominio sobre las ubres de su madre, las dejaba flácidas y sin leche que ordeñar para desayuno y cena, pensó librarse de él de algún modo provechoso, librando también á su amo de la presencia de aquel fantasma mortificante.

Habían llegado á un sitio plácido en extremo, y echando pie á tierra determinaron de sestear allí. Sacó Bartola las alforjas y ya estaban casi agotadas, y viendo á D. Quijote sentado á la sombra de una gran peña ensimismado y entregado á melancólicos pensamientos, se apoderó del cabrito y se retiró tras unas quebradas y lo degolló y descuartizó y encendiendo lumbre con su pajuela y unas ramas secas puso á asar

los tasajos, con sal y algo de manteca que de las alforjas había sacado, y apareció después con aquel suculento almuerzo; no cayendo en la cuenta D. Quijote de lo que sería, sino en que olía bien y despertaba el apetito, que ya de tres días había pasado á la categoría de hambre, para el sufrido caballero.

Sirvió Tragaldabas aquel delicioso manjar á su amo, cabe la peña en que se reclinaba; el cual comió con ganas creyendo serían viandas de las alforjas, recién calentadas al fuego, y Tragaldabas á su vez devoró cuanto pudo; tal que en menos de diez minutos habíase trasladado el choto á entrambos estómagos, más principalmente al del escudero.

¿Sabes, dijo D. Quijote relamiéndose, que eres el más diestro cocinero que he topado en mi vida, y que veo aventajas á todos mis escuderos anteriores en esto de preparar un banquete? Porque Sancho sólo sabía engullir lo que pinches y marmitones le adobaban en la ínsula, después que arrojó de su mesa el Doctor Recio de Agüero, y Juan Panza más vulgar todavía devorar en crudo cuerdas de chorizos. Pero tú, de la nada, como quien dice, pues esas alforjas estaban ya casi desocupadas, has sacado estos tasajos y los has preparado tan sabrosamente que con ellos me ha entrado un león en el cuerpo.

Un león nó, respondió Tragaldabas; pero un cabrito sí, que á pesar de su cobardía y timidez ha dado al estómago de Usía la fuerza de un león, en estos instantes.

¿Cómo un cabrito? preguntó el caballero. Y reparando en que Dulcinea no tenía ya su vástago al lado, se levantó en pié y dirigió á Bartola una mirada interrogativa llena de terror.

Señor, dijo Tragaldabas, como observé que era enfadosa para Usía la presencia del choto, y además afirmaba que no era tal sino condensada neblina, creí mejor adobarlo y asarlo y que nos sirviera esta mañana de almuerzo.

¡Ah, traidor, infanticida, bergante y mal mirado! exclamó D. Quijote; ¡qué has hecho bellaco antropófago, y qué me has obligado á comer? ¿Cómo te has atrevido á preparar este criminal almuerzo, desde que viste que no neblina

sino carne del hijo de Dulcinea era lo que desollabas?

Señor, respondió Tragaldabas huyendo de los avances y manotadas de su amo, como Usía venía negando que éste que nos hemos comido fuera hijo de mi Sra. Dulcinea, yo lo creí cabrito, y lo asé sin temor; pues siendo doncella mi Señora y dueña, cual Usía reconoce ¿cómo podía ser éste hijo suyo, ni carne de su carne? Vea Usía, por Dios, que no era posible que para los efectos de la honra de la Emperatriz del Toboso no fuera ese su vástago, y para los de nuestro almuerzo sí.

¡Calla, caribe! repetía D. Quijote. ¿Sabes tú, por ventura, si deshecho el error de ser neblina y apariencia ese cabrito, puesto que lo hemos triturado y masticado y era tal choto, podrá haber ocurrido que realmente sea hijo de Dulcinea, sin que ésta me haya faltado de propósito, y quedando incólume su honor en lo inmaterial? Figúrate tú que algún patagón aprovechando el sueño y descuido de mi dama la haya forzado y ésta haya dado á luz un hijo. ¡Horrible desgracia sería para mí; pero, siendo ella inocente, no tendría por que culparla, y en cambio ella á mí sí, por haber hecho este festín con trozos asados de su tierno infante!

¿Pero no ha sacado Usía, en el paladar, que no era infante sino choto? insistió Tragaldabas. ¿No le vió Usía mismo saltar y balar como cabrito?

Sí que le ví, prosiguió el caballero; pero en eso estaba la mutación del encantamiento: que de igual modo que trocó á Dulcinea en cabra, transformó á su hijo en cabrito saltarín. ¡No tengas duda, que yo no la tengo ya, de que nos hemos comido á ese infante nacido de Dulcinea; de que esos huesos que dejamos roídos y chupados son de él y de que hemos realizado el más salvaje acto de antropofagia! Esto nos obliga á tomar ahora otra determinación y es una de dos: ó ir en derechura á Roma y echarnos á los pies del Pontífice, para confesar nuestro horrendo pecado y obtener la absolución, ó retirarnos á un desierto y hacernos anacoretas, lavando nuestra fea culpa con una vida de ora-

ción y flagelaciones, sin dormir más en mullidas camas, sino en el duro suelo, ni habitar palacios sino alguna cueva desmantelada, y sin comer carne ni otros manjares apetitosos, sino raíces y yerbajos.

Tragaldabas, que vió que emprendiendo el viaje á Roma, se malograba ó dilataba mucho la empresa de ganar el reino apetecido, y que sabía que de monje podía pasarse á monarca, declaró que sería mejor hacerse anacoreta; tanto más, cuanto que ya venían siéndolo; pues ni tenían tales camas mullidas, ni tal aposento en palacios, ni tales suculentas comidas: ya que lo del choto había sido una excepción.

Conforme D. Quijote en hacerse anacoreta, dijo que debían buscar algún paraje deshabitado y selvático, para comenzar la vida de penitencias y privaciones, y Bartola le aseguró que, siguiendo aquel camino en derechura, darían con el lugar apetecido.

Pasaron, pues, aquel día y el siguiente andando mohinos, sin comer más ni desayunarse, sino es del viento; porque el atracón de choto no les dejó ganas; y, llegada la segunda noche, se albergaron en una gran cueva que había entre unas riscas, en lugar desierto y salvaje; pero antes de acomodarse para dormir, no dejó Tragaldabas de ordeñar la cabra á escondidas de su Señor, y de regalarse con un par de escudillas de leche, pensando cuán acertado estuvo en asegurarse este recurso, con el que bien podía hacer vida de anacoreta mientras su amo comía raíces.

Allá á la madrugada, despertóse Tragaldabas para dar otro tiento á las ubres de Dulcinea, y arrastrándose sigilosamente, fué al sitio en que la dejó atada del cordel; pero con gran sorpresa suya no la vió allí, buscándola vanamente por aquel lugar y los alrededores.

Enseguida comprendió que la cabra habíase desatado y tirado al monte, y el corazón se le encogió, meditando cómo perdía con ella el sustento que creyó asegurado, y además qué gran estrépito iba á promover su amo, por la desaparición de Dulcinea.

Temiendo aún más á esta inmediata tormenta que á lo otro, tomó el partido de irse á dor-

mir á su rincón, ó mejor á fingir que seguía durmiendo, para espiar en aquella postura lo que haría D. Quijote al verse sin dama encantada; el cual, efectivamente, así que despertó y halló que no estaba ella en su sitio, y salió fuera de la cueva y no la vió tampoco, y buscó y rebuscó por todas partes sin hallarla, comenzó á dar grandes voces, diciendo á Bartola que despertase, que Dulcinea había desaparecido, y que no pudiendo ser robada porque allí no había huella de persona alguna, tenía que ser que, enterada de que ellos eran los asesinos y mónstruos que se habían comido á su hijo asado, llena de horror, había huído del lado de ellos y escapado por aquellos montes.

Fingió Bartola mucho dolor de esto y mucha sorpresa y hasta derramó lágrimas, que en parte eran verdaderas por quedarse sin desayuno, y juntos renovaron la busca de la encantada señora de los retorcidos cuernos. Mas, siendo inútiles las pesquisas, reconoció Bartola ser propio y natural de una madre tierna y amorosa, como Dulcinea, no querer estar con los asesinos de su hijo, al enterarse del suceso de su descuartizamiento y asado.

Perdida Dulcinea, dijo D. Quijote con dolor, no me queda más que hacerme monje de la Trapa, y por ello insisto en que dejemos ya las correrías de la vida mundanal, y nos retiremos á un desierto á vivir y morir, como ermitaños. Tú, por tu ligereza en desollar y adobar ese cabrito, has tirado un Imperio por la ventana, que un día cualquiera de estos te hubiese yo proporcionado; y yo, por mi desdicha, he quedado sin la dama de mis pensamientos; que es para un caballero andante quedar sin la luz de sus ojos, sin el ánima de su sér y sin el estímulo de sus empresas.

Y viendo en la lejanía un edificio ruinoso, que parecía un monasterio, no tan soberbio como aquel de San Juan de la Peña que habían visitado, pero sí en lugar más enriscado y salvaje, á él se encaminaron, llevando D. Quijote la cabeza caída sobre el pecho, y yendo cariacontecido Bartola, á horcajadas en su borrica.

CAPITULO VII

De cómo D. Quijote y Tragaldabas se hicieron ermitaños y del suceso de la copa maravillosa.

Cuando iban ya cerca y distinguían claramente los muros sombríos del monasterio, alzándose entre peñascos rodeados de bosques semivírgenes, D. Quijote salió de sus abstracciones y dijo á Bartola:

Ese que vemos debe ser el Priorato de los Trapenses, y ninguno más á propósito para nuestros intentos de vida de penitencias y austeridades: porque has de saber que esa orden la fundó el noble conde de Perché, Rotrú, allá en Normandia, y la reformó el Abad Armando, restableciendo las antiguas costumbres de los monjes del Cister, por lo que se llaman Cistercienses reformados; y su regla es la oración y el trabajo físico, las yerbas por alimento, la cabeza afeitada, una calavera delante de sus ojos siempre, la visita diaria á la fosa en que han de enterrarlos, y el silencio absoluto y contínuo; tal que sólo se saludan al encontrarse, diciendo uno *morir tenemos*, y contestando el otro, *ya lo sabemos.*

Señor, dijo Pedro Bartola parando la borrica en firme; por lo que escucho creo que hemos tomado muy precipitadamente esta determinación de hacernos ermitaños; sobre todo de esos de la Trapa, y que sería bien antes de avanzar parar aquí y reflexionar un poco sobre esas reglas y nuestra vocación ó fuerzas para cumplirlas: porque todo estaría bien, las yerbas que es lo que tenemos por manjar ahora, la cabeza afeitada que ya la lleva Usía, la calavera delante, que yo la tengo siempre desde que le encontré, y la visita á la fosa, que es lo que creo nos aguarda; pero asaz de locura sería comprometernos á ese absoluto silencio, no pudiendo soportarlo y no siendo bien obligarse á cosa que no se ha de cumplir.

Tienes razón, dijo D. Quijote, que es lo más

dificultoso, y yo no sé por qué han de haber puesto en esa regla el silencio, cuando la palabra es don del cielo y el emplearla comedida y sabiamente necesidad imprescindible del ánima. Conforme estoy contigo en eso de que nos ha de ser casi imposible estarnos mirando el uno al otro sin decir más que *morir tenemos*, y ello una sola vez en todo el día. Pero este sacrificio es el que acaso valga más, por lo mucho que cuesta, y no hemos de ser nosotros reformadores de la orden. Entremos en ella como novicios y probemos en el término que nos darán si podemos ó no soportar ese mutismo, y sinó tiempo hay de que busquemos otro monasterio, donde no haya ese mandato riguroso, y podamos hablar á nuestro sabor, aunque suframos las otras mortificaciones de ayunos y abstinencias.

Siendo como prueba, dijo Tragaldabas, no tengo inconveniente, y yo me creo que á la media hora habremos salido echados de esa regla estrechísima, por no poder contenernos.

Y andando á más andar llegaron á la puerta del monasterio, á eso del medio día; llamando con tres fuertes aldabonazos.

El lego portero salió á abrirles, sacudiendo unas llaves que hacían harto ruído, no sin preguntar antes quién iba y qué quería; y como oyese, pues así lo expresó D. Quijote, que era un caballero, más que si fuese de la orden de Calatrava, con su escudero y servidor, pasó á avisar al Prior del convento y volvió abriendo presurosamente la puerta, haciéndoles entrar, y guiando á los recién llegados al locutorio.

No tardó en aparecer el Padre Prior, con su sayal azul y la cabeza raída, sin más que un cerco de cabellos canosos; y al ver á caballero y escudero, quedó suspenso, pues aquél iba armado como no se acostumbraba.

Hízole ademán de que se sentase, y por su movimiento resignado le dió á entender que estaba dispuesto á oir su demanda.

Padre Prior, dijo D. Quijote, aquí tiene vuestra Reverencia contritos y arrepentidos á dos pecadores, que desean entrar en esta Orden de penitentes. Sabed que yo soy uno de los caba-

lleros más famosos del mundo, y éste mi escudero que me sirve, y que hemos cometido el más horrendo pecado que puede caber en criatura humana.

Miróle el Prior fijamente, con expresión de piedad, y como le hiciera otro signo para que continuara su relato, prosiguió D. Quijote:

Aquel famoso crimen de Edipo, que produjo la guerra tebana; aquella traición de Bruto, que destruyó los proyectos de César; aquel despeñamiento de los hermanos Carvajales, que dió al Rey D. Fernando IV el sobrenombre de Emplazado, no tienen comparación con nuestro delito. Solamente se le asemeja el del Conde Hugolino, y más propiamente, para hallarle igual, había que ir á morar entre los salvajes de Sierra Leona.

Abrió el Prior unos ojos desmesurados, y dió á entender en su expresión de asombro y de duda que deseaba saber concretamente el caso; por lo que D. Quijote continuó:

Sí, Reverendo Padre, es positivo; vuestra Reverencia tiene delante á dos caníbales: porque esta mañana nos hemos comido, no así como se quiera, sino adobado con manteca y asado á la llama, el cuerpo descuartizado de un tierno infante.

El Prior, que estaba sentado, cayó hacia atrás lleno de estupor, y apenas pudo sostenerse contra la pared en el taburete.

Ese tierno infante, añadió D. Quijote, era el hijo de una dama de elevada alcurnia, que me estaba prometida en matrimonio, y que sin duda lo hubo de otro que la forzara; y aunque yo sólo me comí una tercera parte, y éste escudero mío los otros dos tercios del vástago, me reconozco culpable con él por igual, pro-indiviso é insólidum, y venimos ambos llenos de arrepentimiento á purgar nuestra culpa con el Sacramento de la penitencia, y á ingresar en esta estrecha orden para todo el resto de nuestra vida.

Quedó el Prior meditabundo, sospechando si aquellos dos, más que arrepentidos, irían deseosos de entrar en el convento, como lobos en redil de carneros, para seguir saciando su

apetito; pues los monjes trapenses, que eran allí diez, á pesar de las yerbas cocidas, estaban gordos y bien cebados; pero obedeciendo ante todo al deber cristiano, que á nadie niega el Sacramento de la penitencia, levantóse, extendió las manos sobre D. Quijote y su escudero, co-



mo para absolverles, mientras éstos se arrodillaban, y les hizo traer por medio de otro monje las reglas impresas de la orden, para que se enterasen si á ellas querían someterse; todo sin pronunciar ni una sola sílaba.

Conformes D. Quijote y Bartola, fueron llevados al departamento de los novicios, y allí quedaron en dos celdas contiguas, separados de

los otros, con sus propias vestimentas, mientras se les disponían sus sayales.

Estaban esas celdas en el más alto piso del monasterio; eran estrechas, con ventanas de muy espesas celosías, y todo el ajuar respectivo era un banquillo de palo, un camastro de tabla con su manta, y en frente un reclinatorio para la oración, de madera y pintado de negro, sobre el que descollaba un Crucifijo, y la reglamentaria calavera enseñando sus huecos ojos y desdentada boca.

Allí se sentó D. Quijote, entregándose á la meditación de su culpa; mientras Bartola en la otra celda esperaba el desenlace de aquella aventura, vuelto de espaldas á la calavera de su reclinatorio; por no verla ni pensar en plena salud, sin enfermedad ni calentura, en una muerte anticipada.

¡Válame Dios, decía entre sí el caballero: cómo se han cebado en mí las malas artes de mis enemigos, hasta hacerme dar en esta celda que es un sepulcro en vida! ¡Quién me dijera há poco, en aquella fiesta del Nigromante, cuando tuve aquella dulce plática con la Señora de mi alma, que había de verla en figura de estulta bestia, y que habían de pasarle cosas tales que ya no pudiera venir á mí cándida y pudorosa, como en aquel entonces, sino brutalmente atropellada y con un hijo, para mi tormento! ¡Y quién me diría que se había de agrandar más el abismo entre ella y yo, con el descuartizamiento de ese hijo suyo y el infernal almuerzo que hice de sus tasajos! Y reflexionando en esto, aún le parecía que llevaba en su estómago, sin digerir, al hijo de Dulcinea, que se le revolvía en él lanzando tiernos quejidos.

Apartó al fin de su mente ideas y recuerdos mundanos, y quiso consagrarse sólo á la oración, como cumplía á su estado nuevo.

Reinaba en el convento silencio universal; tanto que no se oía el vuelo de una mosca, y sólo se interrumpió por el toque de la campana llamando al refectorio. Allá fueron los dos novicios, D. Quijote y Bartola, mirándose de reojo y casi sin poder contenerse ya en el hablar,

y tomaron unas yerbas cocidas y una ración de espinacas.

Después la campana llamó á coro y todos con sus sayos blancos, destinados especialmente para ello, estuvieron orando calladamente.

Admiraba el Prior la devoción de los dos novicios; pero el lego, que había estado escuchando de oculto al principio, la confesión que de sus culpas hizo D. Quijote, les seguía atemorizado, creyendo que no podía parar en bien la intromisión en la regla de aquellos dos antropófagos.

No dejó ese lego, que era el portero, de comunicar sus temores al otro lego que mangoneaba en la cocina, y ambos se dedicaron á observar, cuando podían, á los dos sospechosos novicios.

¿Sabe, hermano cocinero, dijo aquél, que ese hombre tan alto, flaco y descarnado me huele á azufre?

También me ha dado á mí ese olor, y bien pudiera ser Lucifer en persona.

¿No ha visto qué ojos tan vivos y saltones los suyos, y qué cara tan angulosa y satánica?

Sí que los vi, y aun me parece que llevaba unas largas y encorvadas uñas y que le asomaba por las calzas la pata de cabra.

¡Ave María Purísima!

Sin pecado.

Y los dos se santiguaron al mismo tiempo.

Después del coro, el hermano portero aprovechó una ocasión y subió á observar á ambos catecúmenos, mirando alternativamente á sus celdas por el ojo de las cerraduras.

D. Quijote se paseaba ya, nervioso y excitado, no pudiendo aguantar tanto silencio, y Bartola había cogido con un papel de estraza la calavera y en aquel momento la metía debajo del reclinatorio.

¡Hola! ¡hola! murmuró el lego para sí. ¿Esas tenemos? ¿Con que escondes la calaverita? ¿Y tú te paseas á zancadas manoteando? ¡Cómo se conoce que os pone alterados la presencia del Crucifijo!

Al cabo de un momento, Tragaldabas no pudo contenerse más y llamó con los nudillos al ta-

bique que separaba su celda de la de D. Quijote, y éste acudió y los dos se pusieron al habla, sin que dejara de escuchar el lego.

¡Ay, mi Señor y dueño; que yo no puedo estar más aquí y prefiero las calderas del infierno! dijo Bartola.

¡Calla Luzbel! respondió D. Quijote; que ya tendremos tiempo de tomar nuestro partido.

¡Visto está, murmuró el lego; este gordo y greñudo es Luzbel, disfrazado de rústico; y este su Señor y dueño debe ser Satanás! Y huyó por los pasadizos y escaleras, haciendo cruces y echando latinajos, para contar á su compañero lo que había visto y escuchado.

¡Reverendo Padre, dijeron los dos á coro, apareciendo é hincándose de rodillas en la celda del Prior. Por la sangre de Nuestro Señor Jesucristo echemos pronto del monasterio á esos dos novicios que han entrado hoy. No son séres humanos, Reverendísimo Padre, sino personajes diabólicos. Por donde van dejan un rastro de olor á azufre quemado!

Pero el Prior no hizo el menor caso, mandando salir á los legos con un ademán imperioso, y por la tarde fueron todos otra vez al coro, al son de la esquila que tañía quejumbrosa.

La piedad de D. Quijote, que de hinojos oró larga y fervorosamente, alejó toda sospecha del Prior. Más vocación tenía aquél, á pesar de su andante caballería, para monje, que el impaciente Tragaldabas.

Ya entrada la noche, tocó la campana al descanso, y Bartola y D. Quijote se acostaron en sus respectivos camastros, en la obscuridad profunda de sus celdas. Todo el Monasterio pareció quedar sumido en un doble silencio, en el fondo de las tinieblas.

Tragaldabas se durmió descuidadamente; pero D. Quijote tuvo una larga pesadilla. Creyó que pasaba como Reinaldos por las orillas del Pó y que, como á él, se le apareció un mago y le preguntó si amaba á alguna mujer. Sí, respondió D. Quijote, y el mago le convidó á comer en su palacio, prometiéndole poner en sus manos una copa maravillosa. Accede D. Quijote,

y entra en el palacio aquel, cuyas paredes son de pórfido y mármol serpentino. En el patio vé ocho magníficas estátuas, que tienen el cuerno de Amaltea. En un gran salón está la mesa dispuesta, y los manjares del banquete servidos por pajes, son deliciosos y suculentos. A los postres, un servidor trae una copa de oro, incrustada de piedras preciosas y llena hasta el borde de un vino riquísimo. Esta es la copa maravillosa, dice el anfitrión: si vuestra amada os guarda fidelidad, bebed que no se derramará ni una sola gota. Si os es infiel, el líquido se verterá por vuestro pecho, negándose á vuestros labios. Ante esta prueba decisiva, Don Quijote que recuerda las perplejidades que le había producido el estado de Dulcinea encantada, casi no se atreve á tomar la copa entre sus manos; pero por fin se resuelve, y al aproximarla para beber todo el vino se le derrama. Entonces, iracundo, arroja la copa por la ventana al mar que ruje al pie del castillo, y el mago prorrumpe en burlonas carcajadas.

¡Has de decirme quién es mi rival! grita Don Quijote, tirando de la espada, y el mago retrocede riendo. ¡Has de decirlo, infame encantador! repite D. Quijote, y á estas siguen otras voces desaforadas que atruenan el convento y despiertan en sus celdas á los monjes. Tragaldabas se despierta también. Todos acuden: la comunidad en ropas menores; los legos en calzoncillos, y cuando asoman por la galería donde está la celda de D. Quijote, ven á este salir en camisón, espada en mano, gritando y persiguiendo al imaginario nigromante.

¡Es Satanás! dicen los legos, haciendo la señal de la cruz.

¡Huye, Luzbel! gritan los monjes, pronunciando exhorcismos.

Algunos traen hisopos llenos de agua bendita, y lanzan rociadas en dirección al caballero; otros sacan la Cruz, con los dos ciriales, oponiéndola á la flamígera espada de aquel ángel de las tinieblas.

Varias gotas del agua bendita dan en la faz de D. Quijote, que despierta, y al hallarse rodeado de fantasmas, pues eso crée, prosigue con

más coraje sus cuchilladas, que hienden el aire sibilantes.

Bartola se interpone y le abraza y conduce á la celda; los monjes huyen aterrados, unos á refugiarse en la capilla, y otros á tocar á rebato la campana.

¡Salgamos de aquí! dice Tragaldabas á Don Quijote, vistiéndose y ayudándole á vestirse presurosamente, y éste se ciñe su armadura, y, espada en mano, sale con su escudero, del que todavía cree castillo del nigromante dueño de la copa maravillosa. Franquean pasadizos y corredores, claustros y patios inmensos, y en fin la puerta, sin encontrar alma viviente; pues los monjes, unos están debajo del altar mayor de la capilla, y otros en la torre repicando desesperadamente, y los legos han salido del monasterio y volado á avisar al pueblo más próximo para que acudan los vecinos en somatén.

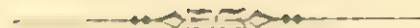
El aire de la madrugada serena el ánimo de D. Quijote. Fuera del convento, entre las peñas en que los dejaron, estaban Babieca y la borrica, calentándose mútuamente con el vaho de sus hocicos. D. Quijote monta en su caballo y Bartola en su hacanea. Entre la húmeda niebla matutina, que les moja y les entumece, parten á buen paso, contando D. Quijote á su escudero el engaño que había sufrido en aquel que creyó monasterio de la Trapa, y con aquel que imaginó Prior, y que no era sino un mago enemigo suyo, que le había atraído allí para hacerle saber la infidelidad de Dulcinea, por medio de una copa maravillosa, y burlarse de su dolor y desventura.

Pero tú puedes atestiguar, añadió, cuán pronto herí y derribé al filo de mi espada á él y á todos los de su ralea, no quedando uno para contarlo, apesar de los toques de aquella campana encantada, que llamaba á la pelea y en su ayuda á todos los servidores del Averno.

Veo, respondió Tragaldabas, que no está de Dios que seamos trapenses, y que, si los encantadores han dado en la flor de disfrazarse de monjes, será mejor que tomemos otro partido que el de hacernos ermitaños, para no caer en sus arteros lazos.

Tienes razón, respondió D. Quijote, y es preferible ir á Roma á pedir al Santo Padre absolución de nuestras culpas; pero antes procede que averigüemos en definitiva qué es de Dulcinea, porque ya no estoy seguro de nada: ni si aquella copa del mago sería un artificio para hacerme creer en su infidelidad; ni si será también cosa imaginaria cuanto de mi dueña y Señora vimos en el castillo de Loarre, y hasta el festín que hicimos con su vástago. Sigamos el camino á Zaragoza, que todo se aclarará y despejará, y ya haremos aquello que convenga, según lo que resultare acreditado y cierto.

Nunca ha hablado Usía más en su juicio, respondió Tragaldabas, que deseaba eso precisamente; y, perdiendo de vista el monasterio donde los monjes creían haber tenido de novicios á Luzbel y Belial, mientras aquéllos rociaban de agua bendita sus celdas y todos los claustros exhorcisando á los infernales espíritus, buscaron ambos jinetes la carretera, para ir en derechura á la ciudad del Ebro, donde les aguardaban otras sorprendentes novedades.



CAPITULO VIII

De la breve estancia de D. Quijote en Zaragoza, y de las varias y continuadas sorpresas que allí recibió.

En poco más de dos jornadas, pusiéronse en la populosa villa del Pilar los dos viajeros, entrando bien de noche y alojándose en una posada, cuya cama y cena parecieron á Tragaldabas deliciosas, y de perlas á D. Quijote, que no había dormido en colchón ni jergón hacía tiempo, ni comido nada substancioso, desde el festín del cabrito.

Tenía la tal posada un ancho patio interior descubierto, con un pilón en medio, en que se daba agua á las caballerías; y en el piso alto, en unos corredores que daban vistas á aquél, y que le rodeaban, adornados de barandas de madera, alineábanse las habitaciones para los huéspedes. Así que, al observar D. Quijote, desde el corredor alto, cuando se levantó por la mañana, tantos jacos llevados á aquel abrevadero, pensó que se aposentaba en algún Alcázar real y que aquellos serían los caballos de los poderosos escuadrones de la escolta; imaginando que los carros y diligencias desenganchados que abajo había eran carrozas y sillas de posta del servicio del Rey.

Entre las caballerías de las cuadras sobresalía por su esqueleto Babieca; mas como siempre hay quien le diga en las posadas á cualquier caballo por ahí te pudras, sucedió que unos gitanos que iban reclutando jacos para los toros, ora comprando, ora cambiando, pusieron sus ojos en el de D. Quijote y subieron á hablar con éste del asunto.

Su mercé, dijo el más viejo, que parecía hacer cabeza en la tribu, tiene ahí abajo un caballo que está dando las boqueás, y nosotros venimos á ver si quiere tomarse algo por él, ó cambiarlo por otro que traemos, que es el caballo de Santiago en persona.

¡Vender mi caballo, nó! dijo D. Quijote, que en ningún libro de caballerías he leído que tal hicieran los caballeros andantes; pero, dejarlo por tomar el caballo de Santiago, eso no me parece mal: tanto más cuanto que lo necesito tan fogoso, para ciertas campañas que he de emprender de aquí á poco tiempo.

Bajó uno de los gitanos á sacar el caballo de Santiago al patio, y de allí á un poco apareció con un rocín color barquillo, estropeado, melancólico, hético confirmado y decaído, tan flaco como Babieca, con toda la veterinaria en vejigas, frentes, sobre huesos y esparavanes, como el del bufón del Duque de Borso.

¿Ese es el caballo de Santiago, exclamó Don Quijote, cuando es fama que era blanco, alto y poderoso, con luengas crines y cola?

Entiéndame su mercé, respondió el gitano viejo; yo no quise decir que fuera el caballo de Santiago Apóstol, sino de Santiago, este gitanico que está aquí á mi vera; pero, salvo sea lo del pelo, no crea su mercé que tiene nada que envidiar éste al otro: y fíjese y verá qué viveza la del animal; qué remos; qué figura; qué limpieza de sangre, y qué movimientos.

El gitano, que lo había sacado, montó de un salto sobre él, y en seguida se puso á trotar y galopar y á hacer evoluciones, tal que parecía resucitado.

¿Vé su mercé lo que le digo? exclamaba el gitano viejo; si eso no es caballo, sino un fenómeno. Sin espuela ni otros menesteres, hace cuanto le piden, y todo lo entiende, y no le falta más que el habla. Tómelo su mercé pa correr liebres, ó pa ganar el premio en las carreras, y no lo piensse más, sino haga el cambio á cierra ojos; que aquí estoy yo para responderle, y me dará las gracias encima: cuanto más que sólo tiene que abonar por la diferencia cinco mil reales, y lo que sea de razón por correduría.

Terció Tragaldabas en la conversación, diciendo al gitano que sólo se podía hacer el trato pelo á pelo, y después de mucho porfiar, los dos convinieron en ello, consintiendo Don Quijote, por haber visto que, en las tres oca-

siones en que puso á Babieca á prueba, había venido al suelo con un soplo.

Puesto que estos hombres requisan caballerías, dijo D. Quijote á su escudero, ahora es ocasión de que vendas tu borrica y emplees su importe en aceite, para devolverlo á la ermita de Argamasilla, como te obligaste. Y después del trato del caballo, tuvo Tragaldabas, con harto dolor de su ánima, que entrar en el otro de la pollina, por la que tras mucho tira y afloja le dieron quince duros.

Salieron los gitanos con Babieca y otras varias estantiguas semejantes, recogidas de aquellas y otras posadas, amén de la burra, á la que despidió Bartola desde el corredor con las lágrimas en los ojos, y después quiso D. Quijote probar su nuevo palafrén en aquel patio, que él creía plaza de armas, para lo que hizo á Bartola lo ensillara, y muy gentilmente montó el caballero sobre el rocín color canela, que vaciló y estuvo para caer, sólo á su leve peso. Abrigóle un poco las piernas para hacerle andar, y luego le aplicó las espuelas, sin conseguirlo; y viendo que era inútil y que agachaba la cabeza, como agobiado, creyó que cuando antes iba tan despabilado y entonces no se movía, algún encantamiento le mantenía fijo y clavado allí, cerca del pilón, como á Narciso en la fuente.

Primero á las carreras del gitano y luego á los esfuerzos y brega del caballero, fueron saliendo y asomando á los corredores los huéspedes de la posada, entre ellos varias hembras de rompe y rasga, que animaban el cuadro con sus risas y cuchufletas; y, al verse D. Quijote rodeado de ese concurso, que creyó ser de nobles damas y caballeros, puso mayor empeño en que saliera el caballo sobre las piernas caracoleando; pero éste, que ya se dolía de los espolazos, dió tres relinchos y dos botes acarnerados, dejando caer la carga, de modo que al segundo bote vino á salir D. Quijote por las orejas y á dar dentro del pilón lleno de agua, de donde su escudero y otros dos tratantes, que estaban allí, le sacaron con gran dificultad y chorreando; á lo que la gritería y risas fueron

estrepitosas en las alturas del corredor, quedando el jinete corrido del lance.

¡Qué verdad es, Bartola amigo, que más vale malo conocido que bueno por conocer! exclamaba el caballero metido en la cama en su cuarto de la hospedería, mientras le secaban la ropa al fuego. Hubiérame yo podido lucir con Babieca, ante ese brillantísimo concurso de damas y gentiles donceles, haciéndole trotar, galopar, partir el campo, caracolear, marchar sobre las piernas, saltar vallas, y pasear la tela en alegres justas, si no hubiese mudado de palafrén, por necio deseo de novedad. Y no es eso lo peor, sino que con este caballo mal llamado de Santiago, que por lo visto se niega á llevarme, no sé á dónde podremos ir; cuando yo pensaba que en él, yo á galope, y tú á pie, llegaríamos pronto á las fronteras de los reinos que pienso conquistar.

Señor, respondió Bartola; eso es sin duda que la Providencia, apiadada de mí y viendo que he de seguir á pie á Usía, no ha consentido que pueda Usía ir á galope, ni aun á trote siquiera, con lo que forzosamente me hubiera quedado atrás. Así iremos los dos paso entre paso, y aun creo que llegaré á las fronteras de esos reinos con algunas jornadas de adelanto, á pesar de mi obesidad, y que podré tenerle preparado con tiempo en ellas alojamiento y toda suerte de noticias, como soldado de vanguardia que va á la descubierta.

Pero lo que me asombra, exclamó D. Quijote, es que el caballo de Santiago no anduviera llevándome á mí y sí con aquel jinete greñudo.

No se asombre su mercé, dijo el posadero, que acababa de entrar y de oir estas palabras. Esos pícaros son muy diestros para esas tretas. A una caballería muerta se le acercan á la oreja, le dicen unas cuantas palabras y la resucitan, y yo creo que al jaco no le hacía andar el gitano con espuela ni látigo; sino con una mecha de yesca encendida que le iba aplicando donde le convenía.

¡Ah, malandrín! gritó D. Quijote.

No pensemos más en ello, interrumpió Bartola; y lo mejor será dar ese caballo de Santiago

por lo que quieran pagar, porque no merece el pienso que se come y con él no saldremos de Zaragoza ni en un año de espolearle, á no ser que recurramos al estímulo del fuego.

El posadero y Bartola se arreglaron, y en seis duros quedó cerrado el trato entre ellos; con lo que á poco volvió un gitanillo, habló con el posadero, y montó sobre el caballo de Santiago, sacándole á buen trote de la plaza de armas, no se sabe si con mecha ó sin ella.

Veo, dijo D. Quijote á Bartola, que con tus cambios y ajustes te pareces á aquel pastor que, llevando una manada de cabras negras, quiso trocarlas por otras blancas, y dió dos por una, y luego pensó en trocar las blancas por las negras y dió dos por una también; y así en tres cambios se quedó sin cabras, acabándosele tan útil negocio. Por seis duros nos hemos quedado sin Babieca, en resumen, y me asombra seas el mismo Tragaldabas de la contrata del alumbrado y del aceite de la ermita.

Perdone Usía, replicó el escudero, pero cada uno es maestro en su oficio, y yo, ocupado toda mi vida en administrar el común de vecinos, no es mucho que no entienda de estas gitanerías. Ponga Usía á aquel viejo greñudo del caballo de Santiago en el sillón de una Alcaldía, y verá como se la dan por boca, como él nos la ha dado con esos cambios de cuadrúpedos; pero como de los malos negocios hay que salir presto, por eso corté éste, perdiendo, que es como siempre se acaban.

Volvieron D. Quijote y su escudero á asomarse al corredor, para tomar el sol del medio día, que daba de aquel lado, cuando sintieron gran estrépito de gente en el patio y vieron salir de una de las cuadras á tres picadores de toros, montados en sendos estafermos; con sus sombreros anchos de moña, sus coletas recogidas atrás, sus chaquetillas llenas de alamares y bordados de metal, y sus piernas bien rellenas y defendidas, cubiertas de calzones de bayeta pajiza.

Llevaban los pies metidos en enormes estribos, iban encajonados en sus sillas de montura de peto y espaldar altos, y sostenían las riendas

con la mano izquierda, mientras la derecha libre se cubría á medias por una badana atada con correas, que servía para afianzar la pica mejor.

¿Qué caballeros son esos, preguntó D. Quijote, y qué yelmos los que llevan?

No son caballeros, respondió Bartola, sino picadores, que deben ir á la corrida de toros de esta tarde, y por cierto que debiéramos verla porque le había de agradar á Usía.

¡Corrida de toros! exclamó D. Quijote como quien oye cosa nueva. No entiendo qué significa eso, como no sea algún lance de rejonear, esquivando al toro con el caballo, que es lo que se hacía en mi tiempo; y si es así, vamos allá que ese es oficio de caballeros principales, y acaso tome yo caballo prestado para terciar en tan hermosa fiesta, y has de ver entonces qué gallardamente libro á mi corcel, dejando muerto á sus pies el cornudo bruto.

Hoy se hace todo esto de otro modo, aunque también algunas veces se ven caballeros en plaza, dijo Tragaldabas; y puesto que á Usía le agrada y tenemos el dinero de la venta del caballo de Santiago, vámonos en derechura al circo. Y tomando un cochecillo descubierto, y dejándose D. Quijote espada, lanza y armadura en la posada, encamináronse á la plaza.

Cuando el de la Triste figura se vió en un tendido, en medio de aquel concurso, y reparó en aquellas inmensas graderías cuajadas de gente, quedó muy asombrado y suspenso y comenzó á mirar á todas partes, singularmente á los palcos, que estaban llenos de elegantísimas damas, con mantillas blancas ó de madroños y vistosas flores, lo que le deslumbró.

Salía en aquel punto la cuadrilla y no es para decir qué sorpresa ocasionó á D. Quijote ver al alguacilillo caracoleando en su bridón, á los toreros ceñidos de sus trajes de luces y lujosas capas, y á los picadores que él creía famosos caballeros, con aquellos yelmos más anchos que el de Mambrino.

Hicieron el saludo, cambiaron los capotes, tomaron los caballeros las picas, sonó el clarín y salió el primer toro; y apenas lo vió D. Qui-

jote levantóse de su asiento, queriendo saltar á la plaza á rejonearlo y dejarlo muerto, como solía hacerse en su época. Mas cuando vió cómo le capeaban y burlaban y huían los peones, y cómo el toro se enseñoreaba del circo polvoroso, haciéndoles á todos escapar, pensó que aquello era impropio de caballeros, y que esos debían ser titiriteros y funámbulos.

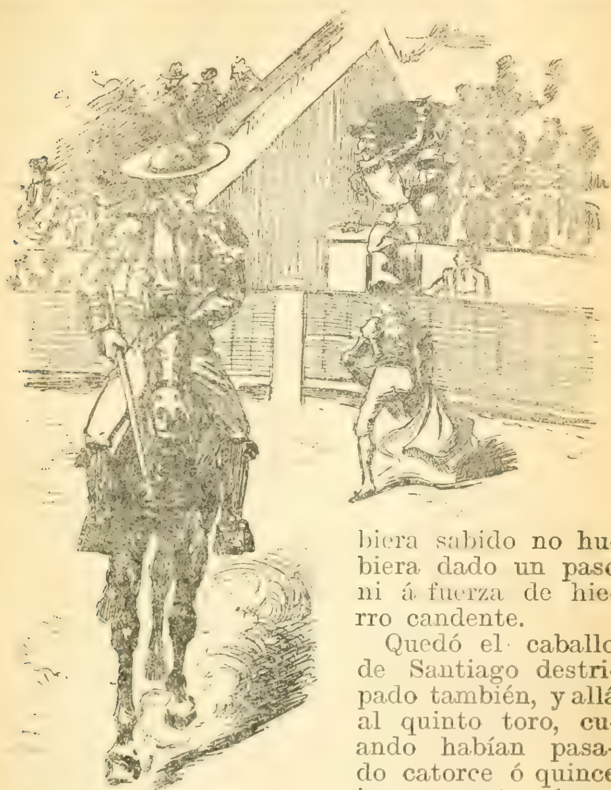
En aquel momento el toro tomó la primera pica y D. Quijote pudo ver que no tenía el jinete, como antes, la hidalguía de salvar al caballo con hábiles movimientos; sino que lo ponía como bulto para ser embestido, mientras él clavaba su pica; cosa que le indignó, viendo como el caballo salía destripado del lance, y el jinete orgulloso de su cobarde hazaña, en que no había ni arte, ni ingenio, ni caballerosidad, ni destreza.

Cuando en breve tiempo miró rodar á aquellos jinetes con sus palafrenes, á éstos quedar moribundos unos y otros cadáveres en el hemiciclo, al pueblo gritar pidiendo más caballos para el sacrificio, y salir nuevas víctimas ignorantes de su inmediato fin á sostener á aquellos tan desgarbados rejoneadores, su cólera creció y estuvo á punto de estallar. Y cuando vió cómo aturdían al cornúpeto con capotes y con rehiletes y luego le daban muerte engañándole con un trapo encarnado, y no frente á frente y con nobleza, dijo á Tragaldabas que eso no lo podía él aguantar, y que en España se había perdido el valor y la hidalguía de los caballeros.

Al segundo toro, experimentó D. Quijote una nueva sorpresa. Uno de aquellos caballeros, de enorme yelmo, salió á duras penas por la puerta, montando un caballo color barquillo. Era el caballo de Santiago, que se resistía á andar, y el Hidalgo Manchego, aunque recordó el remojón, no pudo menos de sentir noblemente que destinaran á muerte tan necia y vil á un palafrén que había sido suyo unos instantes.

¿Ves, Bartola, qué villanía? dijo á su escudero. ¡Ni al caballo de Santiago respetan estos malandrines! Con razón ese viejo corcel no quería moverse del lado del pilón, presumiendo que le traerían aquí.

Nó, mi Señor y dueño, respondió Bartola; porque, con aplicaciones de yesca encendida, anduvo diligente y hasta aquí llegó, y si él lo hu-



biera sabido no hubiera dado un paso ni á fuerza de hierro candente.

Quedó el caballo de Santiago destripado también, y allá al quinto toro, cuando habían pasado catorce ó quince jacos muertos ó moribundos por delante del pueblo soberano, y la fiera en el centro de la plaza pedía pelea, y el gentío reclamaba ¡caballos! con espantosa gritería, asomó otro picador de reserva, montando un esqueleto hípico, cuya vista sublevó á D. Quijote hasta hacerle protestar frenéticamente y prorrumpir en denuestos contra aquellos cobardes y miserables follones.

¡El caballo era Babieca! El mismo valeroso palafrén que arrostró la acometida del hipógrifo de vapor y embistió á los gigantes adelgazados, y resistió impávido el ataque de las amazonas, y se cubrió de gloria en la batalla de los Cuervos. Babieca, émulo de Rocinante, traido de deshecho á la plaza, presentado como estafermo inútil á un toro y llevado allí á morir corneado, sin defensa ni protección, con manifiesto olvido de su alcurnia, de su historia y de sus brillantes servicios.

D. Quijote no pudo más; corrió á salvarle; pero en aquel momento tomaba el toro aquella pica de reserva, y caía Babieca abierto en canal, con el jinete debajo, al que sacaron con gran peligro; mientras el noble palafrén, en las últimas convulsiones de la agonía, alzando la cabeza, lanzaba una mirada de dolor al tendido en que estaba su dueño.

¡Venguemos la muerte de ese noble animal! dijo éste levantando á Bartola de su asiento, y queriendo empujarle hacia el redondel; pero en aquel instante, cuando todos en el tendido creían que estaba loco ó embriagado y se arremolinaban en torno suyo, alzó los ojos á uno de los palcos y cambiando de tono dijo á Tragaldabas:

Detengámonos. ¡Ahí está Dulcinea!

No se engañaba el caballero. En el palco á que había mirado por casualidad, en medio de alegres amigas, asomaba su bellísima faz y su lindo busto, adornado de rica mantilla blanca, la sin par Dulcinea del Toboso. Era la misma que habló con D. Quijote en la fiesta del Nigromante; viajaba con éste, y habían ido á las fiestas tradicionales de Zaragoza, y por ende á la corrida de toros.

D. Quijote no pensó ya en vengar á Babieca, que fué arrastrado al spoliarium de los jacos difuntos. Sólo sintió ansia infinita de volar al lado de su dama, de arrojarse á sus pies, rendirle nuevamente su homenaje y poder aclarar las horribles dudas que le suscitó su encantamiento. Aguardemos á la salida, dijo Tragaldabas; y D. Quijote impaciente y de pie, no hacía más que clavar sus ojos en aquel palco, donde Dulcinea desencantada aparecía como una reina rodeada de su corte.

¿Ves, objetó D. Quijote á su escudero, cómo debió ser falacia todo aquello de la maternidad de mi dama, del hijo habido de algún forzador, y de haber hecho nosotros festín de sus tiernos miembros? ¿Crees tú que estaría ella tan risueña ahí, en ese elevado asiento, si tales cosas le hubieran acontecido; y no vestida de negro ropaje, con la faz contristada y los bellos ojos llorosos?

Veo, respondió Tragaldabas, que tiene Usía razón y que á una madre á quien se le comen há poco un hijo asado con manteca, no está para venir á estas fiestas tan gozosa y tan ricamente ataviada.

No sabes qué pesadumbre se me alivia, prosiguió el caballero; porque aunque nunca dudé de la fidelidad de la señora de mis pensamientos, la sospecha de haber sido forzada ó robada y de haber concebido contra su albedrío, me roía el corazón y amargaba mis horas. Mas ya puedo respirar libremente, y veo que todo ha debido ser figuración de aquellos tres magos que encontramos, que al ser atacados por mí se convirtieron en piedra granítica, y aún creo que uno de ellos debió ser el que me llevó á su palacio y me ofreció la copa maravillosa, para más convencerme de la traición de Dulcinea.

Había terminado la corrida y la muchedumbre comenzó á salir en avalancha. D. Quijote quiso ir en busca de su dama á la puerta del circo; pero, entre tanto gentío y carruajes, no la pudo encontrar, y allí se estuvo hasta que todos desfilaron; deplorando su mala fortuna, que había convertido de nuevo en sombra y gota de agua á la Emperatriz del Toboso.

Nadie quedaba en los alrededores de la plaza, cuando el caballero y su escudero los abandonaron; pero, no pudiendo aquél negar fé al testimonio de sus ojos, juró no comer pan á manteles hasta dar con Dulcinea, que seguramente había volado por el aire en aquella carroza tirada por palomas blancas en que fué á casa del Nigromante, y que de fijo debía aposentarse en algún palacio maravilloso de aquella ciudad del Pilar y de la Seo.

CAPITULO IX

Que trata del encuentro de D. Quijote con el Nigromante y del hallazgo de Dulcinea desencantada.

Habiendo jurado D. Quijote no comer pan á manteles hasta que diese con Dulcinea del Toboso, cuidóse mucho Tragaldabas, que era muy avisado, de que no pusiera la mariforneres mantel en la mesa del cuarto donde su amo y él habían de comer; así es que la cena les fué servida sobre el tablero de pino, no muy aseado, quedando á eso reducido el voto.

¡Qué varios é intrincados sucesos los de la vida de los caballeros andantes! exclamó Don Quijote metiendo la cuchara en el arroz; pues es sabido que en tales ocasiones era dado á estos discursos.

Los encantadores enemigos se les truecan en piedras; los palacios magníficos en melancólicas ruinas; las damas de su pensamiento, en cabras baladoras; y cuando lloran estas mudanzas, los enemigos vuelven á su sér natural y son vencidos; las ruinas recobran su gentileza de palacios, y las damas se aparecen á lo mejor desencantadas y seguidas de sus doncellas.

Es muy verdad, respondió Tragaldabas, que ya estaba dispuesto á tragarse todas las aldabas y pestillos que D. Quijote le ofreciese; pero lo que no creo le haya sucedido á caballero ninguno es imaginarse equivocadamente que se había comido á un hijo de la dama de sus pensamientos.

Cierto es, murmuró D. Quijote, si es que Saturno no era caballero andante; porque, si lo era, le ocurrió más, que fué comerse á sus propios hijos. Pero en fin, ensueño y figuración resulta lo mío, y verás cuán presto queda todo aclarado, en cuanto demos con el palacio de Dulcinea del Toboso, y celebre yo con ella la entrevista que deseo. Así que vámonos á recorrer la ciudad, aunque sea de noche; que no

quiero perder minuto en satisfacer mis impacientes ansias.

Salieron á vagar por las calles y plazas de Zaragoza, y en la del Coso, brillantemente iluminada, vió D. Quijote venir frente á él al Nigromante, que marchaba al hotel donde se hospedaba con Dulcinea, y en que ésta le aguardaba para ir á ver las iluminaciones de las fiestas.

¡Señor Nigromante, dijo D. Quijote deteniéndole; el cielo le envía en mi ayuda, para que con sus ciencias ocultas averigüe y me comunique una cosa importantísima que quiero saber!

¡Oh, mi señor D. Quijote! exclamó el interpelado, reconociéndole, pero muy contrariado de aquel tropiezo; en vuesa merced iba yo pensando ahora mismo, y aquí me tiene para servirle; aunque sólo puede ser mañana á la hora que convengamos, porque tengo esta noche cita con unos duendes y hadas, que me esperan para ciertos asuntos de mi oficio.

Está bien, respondió el caballero, y no quiero detenerle, ni embarazarle; pero le diré por anticipado y por si miéntras puede preparar sus artes maravillosas para esta averiguación, que lo que deseo saber y voy indagando por toda la ciudad, es el paradero de Dulcinea del Toboso, á la que he visto con sus doncellas en su trono en el circo, donde se han rejoneado toros esta misma tarde.

Comprendió el Nigromante lo expuesto que sería un encuentro del caballero y de él, llevando del brazo á Dulcinea, y la facilidad con que si salían aquella noche á recorrer las iluminaciones toparía con ellos D. Quijote, y, reflexionando un momento, añadió:

Si es cosa tan importante como esa y en que tanto placer tengo en ayudar á vuesa merced, dejo ahora mismo la entrevista con los duendes y las hadas que me esperan, y vámonos á mi palacio; que allí haré yo que busquen mis servidores á Dulcinea donde se halle y la traigan á vuestra presencia, como la otra vez aconteció, cuando estaba en la Patagonia.

Dirigiéronse, pues, al hotel, donde el Nigromante habitaba; no sin que presentase D. Quijote á Tragaldabas como á su nuevo escudero,

ya que el otro había quedado de Emperador en Andorra. Pero, antes de llevarles á la presencia de Dulcinea, les hizo entrar el Nigromante en el salón de recibir, y que allí esperasen, mientras él voló á avisar á la descuidada dama del peligro que corría, si D. Quijote se penetraba de que vivían allí en dulce amor y compañía, y á decirle que inventara cualquiera diablura, para alejar de Zaragoza al Hidalgo Manchego y que les dejase en paz gozar de las fiestas.

Combinado todo con ella, pasaron D. Quijote y Tragaldabas del salón de recibir á la sala del Nigromante, que estaba ya resplandeciente de luces eléctricas, y entonces le explicó D. Quijote brevemente cómo había bajado desde los Pirineos, en que mató al oso asesino de D. Favila, á las márgenes del Ebro, en que había visto á Dulcinea desembarazada de cierto encantamiento en que la encontró en el castillo de Loarre; pero se guardó de contar los detalles de ésto, por ser cosa referente al honor de su dama.

Voy, dijo el Nigromante, á avisar á mis servidores, que son dos hadas y un enjambre de duendes, que vuelen por la ciudad y busquen á Dulcinea y le avisen que venga aquí al instante; pues la espera su enamorado caballero D. Quijote. Y tocando un timbre, aparecieron dos criadas del hotel, ya bien advertidas, á quienes con un ademán mudo dió sus órdenes el Nigromante.

No habían pasado cinco minutos cuando, con gran contento de D. Quijote y asombro de Tragaldabas, que no quería dar crédito á lo que oía y veía, pues antes pensaba que todo eran imaginaciones de su amo, apareció Dulcinea, con rico traje de seda azul, descotado, hermoso collar de perlas ceñido al cuello, y sobre el rubio cabello la estrella de brillantes que llevaba la noche en que volvió de la Patagonia.

Ante la majestad risueña y gentil de la Emperatriz del Toboso, D. Quijote hincó la rodilla, cogiéndole la mano para besarla, y Bartola cayó de hinojos, cruzando las manos y rezando un Padre Nuestro, por si era alma del otro mundo.

Mandóles levantar Dulcinea, y D. Quijote dijo que aquel era su nuevo escudero, por causa de la exaltación de Juan Panza al trono, y que ya le llevaba prestados muy buenos servicios: por lo que le destinaba á gobernar otro reino, luego que hubiera perdido ciertos resabios de Alcalde.

Dulcinea le dió el parabién, y el Nigromante dijo á Tragaldabas que le acompañara al salón de al lado, donde quería oir de él el relato de las aventuras de su amo, mientras éste y la Emperatriz del Toboso celebraban su entrevista.

Así lo hicieron, y en una de las estancias se solazó el Nigromante con las referencias de Tragaldabas, y en la otra quedó á su sabor Dulcinea con D. Quijote, para hacerle hábilmente salir de Zaragoza.

Por su parte, Tragaldabas contó al Nigromante todo lo acaecido y aun le expuso sus dudas sobre la razón de D. Quijote, por tantos desvaríos como en él había visto, entre ellos tanto hablar de encantamientos, hadas y magos en que él no creía; pero éste le dijo que no dudase de ello, y que ya había visto por sus propios ojos cómo había hecho él venir, por arte de hechicería, á Dulcinea, desde el otro extremo de la ciudad en que se hallaba, y en menos de diez minutos: con lo que Tragaldabas quedó convencido de que no era necedad lo que había leído de brujas y brujos y de que Don Quijote tenía más facilidad de comunicarse con ellos y de ser víctima á veces de sus diabólicas artes.

¿De suerte, dijo Tragaldabas, que no es tampoco imaginación eso de poder mi amo conquistar un reino, y dármelo como me tiene ofrecido?

De ningún modo, respondió el Nigromante, y la prueba es que ya tiene y rige uno Juan Panza, conquistado y donado por aquél muy prestamente.

La entrevista en el otro aposento era aún más sabrosa é interesante; pues, viendo D. Quijote la hermosura y gentileza de Dulcinea, y no teniendo ya la más leve duda de que no era ver-

dad lo que de ella imaginó por causa del cabrito, le reiteró su esclavitud amorosa y le preguntó sino debían tener ya término sus ansias; puesto que era acabada la guerra de la Patagonia y él también había dado cima á su empresa de la conquista de Andorra, que era lo que les tuvo alejados, aunque no en espíritu y devoción.

¡Ah! mi noble caballero, exclamó Dulcinea, que había pensado la nueva dilatoria que tenía que proponer. Tales sucesos han acaecido en esta última etapa de nuestra forzosa separación, que no puedo sino llamarme la más desgraciada reina del mundo. ¡Juradme que habéis de mantener en secreto cuanto os diga, y preparáos á hacerme otros más graves y solemnes juramentos y sacrificios!

Por vos, Señora, dijo D. Quijote, seré para vuestros secretos una sima, y me aprestaré á los más arriesgados juramentos y empresas, seguro de sellarlos y cumplirlos si fuera necesario con toda mi sangre. Hablad, que ya siento grande interior desasosiego; pues al haberos llamado vos misma la más desgraciada reina del mundo, me habéis confirmado en ser yo el más desventurado caballero del globo terráqueo.

¿Juráis, dijo Dulcinea en tono solemne, no encolerizaros conmigo aunque os diga lo que os diga? ¿Juráis creerme siempre en lo que os afirme? ¿Juráis obedecerme en lo que yo os mande?

¡Sí, juro! respondió D. Quijote con la mano puesta sobre el pecho.

Pues bien, prosiguió aquélla: vais á saber la negra historia de mi desdicha, y así hablóle, sin plegar los llorosos ojos.

En las breves horas que pasé en casa del Nigromante, á vuestro lado, dejando mi guerra de la Patagonia, á pesar de la pericia de mis generales y bravura de mis ejércitos, todo cambió, sufriendo reveses mis armas y enseñoreándose los enemigos de nuevo de muchas de las ciudades que les hube conquistado; y es que echaban de menos el peso de mi brazo y andaban á sus anchas. Torné, y, al hallar aquel estado de cosas, volví con más bríos al com-

bate y recuperé lo perdido en cosa de algunas semanas; y ya descansaba yo en mi tienda de campaña, sobre mis nuevos laureles, de las fatigas de mi viaje y de aquellos supremos esfuerzos, cuando la traición y la felonía por poco dan otra vez al traste con todo.

Figuráos que el rey de los Patagones, que tanto me perseguía, de acuerdo con varios magos de su reino, adormeció por medio de sortilegios y brebajes á mis centinelas, penetró por las avanzadas de mi ejército invisible y sigilosamente, atravesó de igual modo el grueso de mis huestes, sumió en profundo sopor á los guardias que me custodiaban, entró en mi tienda de campaña y me sorprendió dormida, abusando de mi abandono. Despierto en aquel instante, á pesar de sus hechicerías para que permaneciese aletargada, y me hallo con aquel patagón de cincuenta pies de alto, tremendo y fornido. A duras penas logro desasirme de él, porque el letargo en que me sumió me privaba de la mayor parte de mis bríos; y cuando voy á herirle en el corazón, se convierte en humo negro y desaparece, tan leve y sutil como había llegado, dejándome iracunda y llorosa.

No para aquí mi infortunio; sino que, á poco, comienzo á sentir síntomas de maternidad, y á la vez principio á maldecir y á amar aquel nuevo sér que va en mis entrañas. Por último, ve éste la luz del día, que fué igual que caer yo en las más hondas tinieblas, y ya el impulso de la naturaleza me hace recoger aquel fruto de aquella infamia: sér inocente y tierno, que reclama con débiles quejidos mi amparo.

A todo esto, desde el lecho del dolor, con mis órdenes y planes, la guerra de los patagones ha terminado, quedando éstos destruídos y tomadas todas sus ciudades; resultando pocos con vida, que pasan por la frontera y huyen.

Dejo, pues, mi ejército de ocupación en el reino conquistado, y vuelo presurosa con mi hijo, como Agar, á través de desiertos y mares, para ir en busca de mi caballero D. Quijote, que me acorra y aconseje, y en medio del desierto de Sahara encuentro á un venerable anciano, que iba á pie, con su báculo. ¡Parad,

buena mujer! me dice, ¿qué os ocurre que vais tan agitada y dolorida? Le cuento mi cuita y entonces añade: Grave es el suceso, y conociendo como conozco de fama y renombre á vuestro caballero D. Quijote, posible veo que se enfurezca, creyéndoos culpable, y haga más estragos que Orlando furioso; pero, aunque tiene vuestro caso difícil solución, cabe dársela; pues las huríes mahometanas quedan constantemente como nuevas, y no han de ser menos las cristianas Emperatrices; que ese creo es vuestro rango. ¿Cómo podrá hacerse eso? le pregunto, y él me contesta: Eso puede hacerse por la fé de un caballero que os ame y os crea inocente, y tendrá lugar luego que realice tres hazañas maravillosas, á saber: recomponer la unión de Portugal y España, arrancar de Gibraltar la bandera inglesa, y reconquistar para la patria española sus perdidas Américas. Y, diciendo esto, me dejó pensativa, continuando su viaje.

Corro en vuestra busca para reintegrarme á tan costoso precio á mi primitivo estado, y en esto un encantador enemigo me transformó en no sé qué, y pierdo sentidos y potencias, estando con mi hijo en los brazos, hasta que al cabo de no sé cuánto tiempo vuelvo en mí y despierto sin él, decidiéndome á buscaros y á buscarle por todas partes, y viniendo á Zaragoza, donde el concurso de tantas gentes puede proporcionarme el hallazgo, y en donde, no por solaz, sino por afán, corro á los sitios en que se reunen las mayores muchedumbres, para encontraros, y efectivamente os encuentro.

Y ahora os pregunto, si me amais tan rendidamente como siempre me lo demostrásteis; si tenéis fé en mi inocencia é inculpabilidad en tan horrible suceso, acometed sin dilación, en virtud de los juramentos que me hicísteis, aquellas tres arriesgadas empresas, para que pueda yo volverme íntegra á mi estado anterior; y á la vez buscad, inquirid el paradero de mi hijo, y sacadle de donde se halle, para devolvérmelo.

Dulcinea se llevó el pañuelo de encaje á los llorosos ojos, enterneciendo el corazón del Hidalgo de la Mancha, que durante toda esta relación fué pasando por las mayores emociones,

angustias y sobresaltos, hasta que no pudo menos de exclamar:

¡Reina de mi albedrío! ¡Señora de mi alma! ha tiempo sospechaba yo algo de vuestras cuitas, y mi ánimo se hallaba acongojado y perplejo por ciertos barruntos de ellas; pero ni mi amor ha desmayado por vos, ni mi fé en vos ha desaparecido. Pura os amé y pura os amo. Creo, á pesar de ese brutal atropello, y mantengo y confieso vuestra inocencia, y siendo mía vuestra ánima, el corporal ultraje no es para vos ni para mí, infidelidad ni deshonra. Pero, si aún cabe tornaros á vuestro prístino estado, como tornan las huríes del Paraíso á cada momento, porque no sois menos que ellas, y para lograrlo hay que acometer aquellas tres hazañas que dijo el viejo del desierto, ahora mismo partiré á realizarlas, para disipar esa sombra y secar las lágrimas de vuestros ojos; tanto más que, sin saberlo, ya me tenía yo propuestas esas tres grandes obras, para ensanchar vuestro imperio del Toboso y restaurar el lustre de mi patria, que ahora corre parejas con el vuestro, y con la que parecéis ser idéntica y una; con la sola diferencia de que por vos ha pasado un solo patagón, y sobre ella muchos sucesivamente.

¡Sí, partid al momento, dijo Dulcinea, y pedidme lo que queráis por vuestros inauditos favores! Y D. Quijote se arrodilló y sólo pidió para besarla aquella blanca mano que olía á esencia de heno y que halló tersa y suave como hoja de rosa.

Por última vez la estrechó entre sus manos huesudas, y yendo donde estaban el Nigromante y Bartola, dijo á éste que se aprestara á partir en aquel instante de la ciudad, y se despidió con mucha cordialidad de aquél y de Dulcinea de nuevo acongojadamente; bajando á grandes zancadas la escalera, como si fuera medio loco, sin dar vado ni tregua á sus suspiros.

¿Qué ocurre? preguntó Bartola, ya en la calle á su amo y señor.

¡Silencio! dijo éste: nada puedes saber porque he jurado guardar secreto profundo. ¡Pronto! vamos al alcázar en que nos hospedamos y par-

tamos hacia Portugal, donde nos reclama una arriesgadísima y difícil empresa. Y con paso acelerado se encaminaron al parador, en que Bartola pidió y pagó la costa de la posada, y de donde se encaminó con D. Quijote á la estación del ferro-carril, ayudado de un mozo que condujo y facturó el equipaje y la lanza.

Conforme iban andando, dejando las calles iluminadas de la ciudad del Pilar y sus gentíos y ruidosas fiestas, Tragaldabas procuraba inquirir de mil maneras lo que había pasado en aquella entrevista de su amo y Dulcinea; pero aquél seguía encerrado en la más profunda pena y reserva.

Ya cerca de la estación, D. Quijote dió otro largo suspiro. ¡Ahí queda, dijo á su escudero, la retina de mis ojos, el faro de mis navegaciones, la estrella polar de mi cielo, y el Norte fijo de mi brújula! ¡Por ella voy á acometer las más increíbles cosas, de que ya hablará la Historia en su día! ¡La suerte nos favorezca y Dios nos guíe!

Pero en fin, Señor, volvió á insistir Bartola ¿aclaró Usía aquello de la maternidad y del cabrito? Dígamelo, por los clavos de Cristo; que yo también deseo quedar tranquilo de todo recelo de antropofagia.

¡Ay, Bartola! respondió D. Quijote, en cuidado me lo tengo; pero sobre ese punto y sin aclararte nada de lo demás, sólo puedo asegurarte una cosa, mal que nos pese, y es que, sin duda alguna, nos hemos comido al hijo de Dulcinea!



CAPITULO X

Del viaje de D. Quijote á Portugal.

¿Iremos en el Dragón? exclamó D. Quijote al ver el tren que, con humeante locomotora y larga ristra de vagones resoplaba y se estremecía, próximo á arrancar.

En el tren, dijo Tragaldabas, y ya he tomado dos billetes de tercera; porque no estamos para despilfarros.

Subieron, pues, al dragón, muy sorprendido D. Quijote de que en el estómago de aquel mónstruo hubiera también asientos de primera, de segunda y de tercera.

Por fortuna, el departamento aquel iba vacío; pero no dejó de sentir el caballero la dureza de aquellos bancos de madera, que él creía huesos, articulaciones ó vértebras de la cola del hipógrifo.

La noche pasó en frialdad y lobreguez; pero el caballero no quiso empeñar nueva batalla con aquellas legiones infernales que formaban, al huir en montón rápidamente, las nubes de arriba y las sombras de abajo, los postes del telégrafo y las trincheras de la vía, las luces de las estaciones y las masas de los pueblecillos, los bosques de encinares y las abruptas montañas. Nó: ya conocían todos ellos su valor y el esfuerzo de su brazo, cuando la otra vez les acometió á tajos y mandobles. Además no le atacaban, como antes, sino que huían, enterados sin duda de que él iba allí; y en fin, él no debía entretenerse en estas escaramuzas, teniendo prisa de realizar otras empresas superiores.

Zarandeados por los movimientos del mónstruo, acabaron por dormirse amo y servidor, y allá despertaron, cuando la mañana de azules ojos y rosada tez abría, con permiso de la primavera, los cálices de las flores.

Habían atravesado medio Aragón, un rincon-

cillo de Castilla la Vieja, y otra mitad de Castilla la Nueva, así en un sueño. ¡Milagros del hipógrifo! Sólo se detuvieron en la estación del Mediodía de la villa del Madroño, para proseguir el viaje á Ciudad Real, campamento de D. Gil; la Villa real fundada por Alfonso el Sabio; la émula en sus albores, de la feudalísima Calatrava.

Allá dejaron á la derecha la almenada Toledo, con sus inmóviles reyes de granito á la subida, representando las series de sus monarcas visigodos. Atravesaron los célebres montes, donde aún parecían bullir los colmeneros y ballesteros y los golfines de la Xara; pasaron el Guadiana, ese duende de los ríos, que erróneamente se creía jugaba al escondite, apareciendo y ocultándose; y vislumbraron aquellos campos de Montiel, teatro de las antiguas hazañas de D. Quijote.

Esa es nuestra Mancha, dijo éste á Tragaldabas; esos los campanarios de sus distantes villorrios; esa su estepa y esos sus molinos de viento, que me atribuyeron haber yo creído gigantes. Atrás quedan el Toboso y Argamasilla, pueblo en que nací y resucité; y dígote, en verdad, que no puedo mirar todo ese pedazo de tierra árida sin emoción. Será un desierto; pero de los desiertos han salido los precursores y los Bautistas; en ellos se formaron los Santos y los Profetas, y nacieron ó se acrisolaron las Religiones. Por eso salí yo de un desierto, á mantener y renovar la orden de Caballería; que es á la vez religión y profecía, bautismo y redención del mundo. Y el caballero animábase y aun exaltábase con estas ideas, creyendo como todos á su patria centro del Universo.

Volando, volando, iban ya cerca de Almadén, cuando de pronto sintieron que los vagones saltaban, como si el mónstruo de vapor sacudiera sus vértebras; y, sin tener tiempo los viajeros de decir ¡ay! sobrevino un descarrilamiento espantoso. La locomotora se había salido de la vía y rodado por un terraplén; los vagones arrastrados cayeron unos encima de otros hechos astillas; la caldera del vapor estalló con terrible estruendo. No se sabe cómo D. Quijote y su

escudero se encontraron ilesos fuera de su coche, con sólo chichones insignificantes; mientras los ayes de los heridos y de los sepultados entre los montones de maderas rotas, salían tristemente de aquel hacinamiento.

Ya me imaginaba yo, exclamó D. Quijote, que este mónstruo no estaría tan domesticado que no tratase de digerirnos, llevándonos en su estómago; y ya noté en los movimientos bruscos de sus paredes abdominales que íbamos á ser destruídos. Por suerte pude darle un golpe en el nudo vital, y ahí le tienes tendido y sin vida. Pero acudamos á socorrer á los magullados y maltrechos, que no me dió tiempo á salvar á todos de la voracidad de este dragón. Y en aquel punto mismo D. Quijote y Bartola pusiéronse, con algunos viajeros también ilesos, á auxiliar á los heridos y moribundos.

De Almadén llegaron socorros, y algunas brigadas de mineros que estaban en huelga acudieron generosamente á trabajar en el salvamento, ora separando montones de astillas, ruedas rotas y hierros torcidos; ora levantando vagones volcados; ora extrayendo cuerpos muertos, miembros mutilados y viajeros heridos, que eran trasportados en camillas.

Entre los viajeros salvados por D. Quijote de una muerte cierta, pues estaba bajo uno de los coches, en un hueco que formaban las astillas y próximo á ser aplastado, había cierto caballero portugués llamado Oliveira, el cual se deshizo en muestras de gratitud á su salvador, abrazándole y besándole las manos; pero, cuando le preguntó su nombre y su patria, para guardarle reconocida memoria y él dijo que se llamaba D. Quijote y que su tierra natal era la Mancha y que iba como caballero andante desfaciendo agravios y enderezando entuertos, Oliveira pensó que aquel salvador suyo no se había salvado á su vez de algún fuerte golpe en el cráneo, que, repercutiéndole en los sesos, le había trastornado el juicio.

Oyó luego á Bartola asegurar que, en efecto, él como escudero de D. Quijote y á su servicio le acompañaba en sus aventuras, y que se di-

rigían á la sazón á Portugal para conquistarlo; con lo que el asombro de Oliveira creció de punto, viendo á otro loco, cuya locura concordaba con la del primero.

Pero como no hay locuras que concierten, ó al menos no se han visto nunca, por ser esta harmonía propia de la razón que tiene sus leyes discursivas y no del insano juicio, que descarría sin orden ninguno, pensó Oliveira que algún misterio guardaban aquellos dos extraños personajes y determinó de no abandonarles; ya que él era, además de miembro del Parlamento portugués y candidato para Ministro, hombre muy dado á las ciencias y las letras. Agregóse, pues, á D. Quijote y Bartola, y todos tres se dirigieron al pueblo andando, por no haber allí vehículo, ni carretera, ni camino practicable.

¿Te parece, dijo D. Quijote á su escudero, pasando ante la locomotora, que corte yo esa volcada cabeza del mónstruo que aun humea y que la lleves tú á cuestas, para presentársela á Dulcinea del Toboso?

Lo creo innecesario, respondió Tragaldabas; porque mi señora Dulcinea sabe ya sobradamente el valor y la temeridad de Usía, y no há menester nuevas pruebas; y en cuanto á mí, no sé si podría llevar á cuestas esa cabeza, que debe pesar mil toneladas.

¡Pero es que cree vuesa merced que este es un mónstruo y no un tren correo! preguntó Oliveira á D. Quijote.

Un mónstruo y de los más temibles, respondió él: tanto que aquel hipógrifo de Rugiero que le llevó á la isla de Alcina, se queda á su lado hecho una lagartija insignificante. Reparad esa cabeza de que hablo, que aun lanza resoplidos; esos huesos y esa rota columna vertebral, y decidme si eso no es un dragón de los más colosales. Por mí no ha devorado á todos cuantos en su vientre llevaba, y es que en el punto en que noté que nos digería, le acerté con un golpe en la nuca y quedó muerto instantáneamente.

El caballero portugués, que no era finchado ni fanfarrón, como suelen pintarles, quedó atónito de la extraña locura de su salvador y del

buen Tragaldabas, y preguntó á aquél si era cierto que se dirigía á Portugal y con qué fines.

A Portugal voy, respondió D. Quijote; mas no á conquistarlo por las armas, como dijo mi escudero erróneamente; tanto que dejé mi caballo Babieca en Zaragoza, donde por cierto tuvo mal fin, y mi lanza y espada ahí quedan perdidas é imposibles de encontrar, entre las humeantes entrañas y palpitantes miembros de ese mónstruo difunto. Ya las recobraré después; que Urganda me las colgará de un ramo de un árbol, sin que nadie sino yo pueda verlas, como hizo con la espada de D. Galaor; pero ahora no las hé menester, porque no quiero se sospeche que voy por la fuerza á unir dos reinos, que sólo deban ayuntarse por amor y fraternidad.

¿Ignoráis por ventura, dijo Oliveira, nuestras antiguas querellas?

¡Riñas de hermanos, respondió el caballero, que deben ser olvidadas! Yo no me acuerdo ni quiero acordarme de esas discordias; sólo tengo presente nuestros vínculos. Una misma ibera sangre llevamos en nuestras venas; griegos, latinos, visigodos y árabes, por igual nos trajeron vida y espíritu; vuestra lengua nos suena como las Cantigas del Rey Sabio; católicos en religión somos todos; unidos vencimos á la morisma en las Navas y el Salado; entre todos rodeamos el mundo con expediciones y bajeles; vosotros descubrísteis el Africa y nosotros las Américas; vosotros saludásteis al Pacífico por el Cabo de las Tormentas y nosotros por el Golfo de San Miguel, y una misma porción de tierra nos sostiene desde los Pirineos á los mares, y en esa misma florida cuna nos mecimos.

Miraba Oliveira á D. Quijote, asombrado de su exaltación, pero hallando que no era tan insensato como creyó al principio, limitóse á decir que había obstáculos insuperables que impedían la unión de los dos reinos.

¿Obstáculos? replicó el caballero. De raza nó, ni de nobleza, ni del genio, ni de lengua, ni de hazañas; tampoco realmente de historia, y menos de naturales barreras que los aparten. ¿Qué cordilleras los separan? ¿Qué mares los distancian? ¿Qué río caudaloso los divide? Riachue-

los ignorados, que salta un pastorcillo, hay entre ellos; iguales montes y aguas amorosos les abrazan, y hasta el Tajo, que es la arteria descendente de Castilla, busca el corazón de Portugal, para aportarle su sangre hidalga y valerosa.

¡Razón tenéis! exclamó Oliveira estrechando la mano de D. Quijote. ¡Hermanos somos y sólo viles recelos nos desunen! Y esto diciendo, casi se sintió contaminado con la locura de aquel visionario, que llegaba con sus delirios á alcanzar las más altas y nobles ideas.

En tal conversación pasaron sin sentir el camino, que sólo se hizo pesado y triste para Tragaldabas; quien, conforme los oía en silencio, iba pensando que nada ganaría él con la unión de Portugal y España, por amor y fraternidad, como no fuese que le hicieren cacique de alguna de las provincias portuguesas, del distrito del alto Duero, por ejemplo, que era uno de los más ricos, en que podía garbear mejor que en su alcaldía de la Mancha.

Señor, se atrevió al fin á decir á D. Quijote; si se realiza esa unión, ¿podré yo contar á lo menos con el gobierno de alguna parte de ese territorio, en que haya buenos olivares y viñedos y en que pueda cobrar buen sueldo y adealas?

En ese nó, respondió D. Quijote secamente; que bien me acuerdo me dijo el Príncipe, hablándome de las Cortes de Tomar, en que Portugal juró al Rey D. Felipe II, que por aquello de *tomar* se había producido la separación y pérdida de esa región, hermana nuestra.

No hay que tomar nada, en grande ni en pequeño, á un hermano consanguíneo; sino ayudarle y darle de lo nuestro cuanto haya menester. Es el afecto y el corazón los que hemos de ganarle; no la corona, ni los territorios, ni los bienes, por violencia, botín ni merodeo. Ya viste cómo yo dejé allá mis armas, para entrar en ese Reino; bueno será que dejes tú también tus tragaderas.

Contristóse más Bartola, y como Oliveira se enterase de que D. Quijote había prometido á su escudero un Reino ó imperio, ganado por la conquista, y comprendiera que éste no los de-

seaba para gobernarlos en justicia, sino en su personal provecho, dijo á D. Quijote que bien podía dar á su servidor alguno de esos reinos de la India, hoy necesitados de hábiles gobernantes, en que sucede que por la mucha población y el poco grano se mueren las gentes de hambre y se ven los pueblos y las aldeas llenos de esqueletos humanos, sin fuerzas siquiera para moverse, hacinándose como cadáveres salidos de los sepulcros.

En uno de estos tales reinos, añadió Oliveira, podría ejercitar vuestro escudero sus dotes de gobernante, acorriendo á tantas miserables tribus y dando todo género de buenas disposiciones para mitigar esas calamidades, incluso quitarse el alimento de su mesa y ponerse á cuarto de ración.

¡De esos reinos no quiero yo! dijo Tragaldabas; que para ese viaje no necesito de alforjas, y bien me estaba en la Alcaldía de mi pueblo, donde no hay semejantes plagas.

Pero D. Quijote pensó que ningún reino era mejor que uno de esos para Bartola, si es que estaba contrito y arrepentido de sus antiguas maneras de administrar, y sólo deseaba ocasiones de derramar beneficios sobre sus súbditos; así que *in péctore* determinó de proporcionarle uno de esos Estados, luego que él acabara sus tres difíciles empresas.

Al pasar por las minas de Almadén, vió Don Quijote las turbas de trabajadores declarados en huelga, cadavéricos, extenuados, cubiertos de un polvo encarnado que daba á sus figuras el aspecto de los Pieles rojas.

Esos son mineros, dijo Oliveira, que reclaman aumento de jornal. Muchos de ellos mueren azogados, y su trabajo es muy fatigoso, en los antros de esos subterráneos profundos. Según oí, también están en huelga los que trabajan en las minas de carbón, y han venido algunos batallones de tropa para reprimirles.

¿Reprimirles, porque piden más jornal para vivir, ó porque mueren de hambre y enfermedades? preguntó D. Quijote. Ese sí que es otro agravio, que yo no puedo consentir, y he de es-

torbar que esas huestes armadas lleven á término tal desaguisado.

Oliveira se afirmó más en la creencia de que su acompañante era un loco de veras: pues quería él solo detener á las fuerzas del ejército y proteger á los huelguistas.

Pero ¿y la tasa de los jornales? dijo D. Quijote, ¿Y las leyes que la establecen para que cada cual tenga el producto de su trabajo? ¿Y los gremios que amparan desde el capataz al último aprendiz, en sus derechos y en sus necesidades?

Todo eso está abolido, replicó Oliveira, y se conoce que vuesa merced no vive en este mundo. Ahora no hay gremios, ni tasas, ni leyes suntuarias, sino libertad, mucha libertad, para que el rico acumule riquezas como quiera, y el pobre abandonado muera sin auxilio. El jornal es precio que resulta de una lucha, de un tira y afloja del que ofrece sus brazos y del que les utiliza, y como éste puede esperar y aquél nó; como éste aguarda con la mesa puesta y aquél sin pan en su casa; y como los que ofrecen así son muchos y los que les demandan menos y mejor aprovisionados, los obreros han tenido que asociarse para defender su pan, y de aquí las huelgas para imponerse y los llamados conflictos sociales.

Esto es nuevo para mí, exclamó D. Quijote; pero mi oficio me obliga á ponerme del lado de los menesterosos. Y avanzando hacia uno de los grupos de obreros, les dijo:

Yo soy el noble y esforzado caballero D. Quijote de la Mancha, y enterado de vuestras cuitas vengo á ponerme de vuestra parte. Ahora voy en derechura á Portugal, y después á las Américas. Avisadme, donde quiera que esté, si llegan esas legiones de soldados que dicen son enviadas contra vosotros, é incontinenti volveré en vuestro auxilio á defenderos y á poner en vergonzosa fuga á los que atentasen á vuestros derechos. Pero al oir estas palabras los del grupo, comenzaron con burlas y luego con silbidos y pedradas, tales, que alcanzó una al caballero en el brazo izquierdo, dejándoselo contuso.

Recordó D. Quijote aquella frase suya de antaño, cuando el suceso de los galeotes y se volvió encolerizado donde estaban Oliveira y Bartola, presenciando de lejos la singular escena.

Os han creído un burgués, dijo Oliveira; y como D. Quijote no entendiera esta palabra, le explicó su significado y el odio de clases que entrañaba.

No piden pan solo, exclamó el portugués; que en esto de defender su derecho á la vida y al fruto de su trabajo, les asiste la razón. Piden también el poder, la gobernación del Estado, la facultad de hacer las leyes, el abatimiento de la burguesía y la entronización de ellos solos. Para todo eso se juzgan capacitados.

¡Recibiendo á pedradas á los caballeros andantes! exclamó D. Quijote; ¡medrado estaría el mundo!

Acababan de entrar en Almadén y allí reposaron un poco, mientras en un nuevo tren de empalme preparábanse á tomar el camino hacia Extremadura. Así lo hicieron, volviendo D. Quijote animoso y prevenido á montar en el otro dragón; y allá dejaron las cuencas mineras con sus agitaciones, y pasando por largos túneles las sierras Morena y del Pedroso, en cuyas abruptas montañas espaciaba sus ojos el caballero, singularmente en las de la primera, buscando la sombra de Cardenio, entraron al fin por el antiguo país de los turdetanos, de inmensas llanuras y de pueblos históricos, donde saludaron las moles del castillo de Magacela, el condado de Medellín y las famosas ruinas de Mérida, sobre las cuales parecía vagar, coronado de laurel, el poeta Detiano, y con la palma del martirio la virgen Eulalia.

No se detuvieron hasta Badajoz, y, siguiendo el curso del Guadiana, vislumbraron los restos del monasterio de Cauliana, donde D. Rodrigo vencido y destronado se ocultó hasta buscar su tumba en Pedermeira, y fueron dejando atrás Garrovilla, Montijo, Lobon y Talavera; no queriendo Oliveira recordar sobre aquellos lugares las batallas y las querellas de españoles y portugueses, de que fueron mudos testigos.

Así llegaron á la «Civitas Pacis» de los roma-

nos, y en su viejo nombre creyó el caballero oir una voz que desde el fondo de los siglos imponía la unión y la concordia á los dos Reinos limítrofes.



CAPITULO XI

De la entrada de D. Quijote en Portugal, y de cómo fué llamado en auxilio de la Princesa Beatriz.

Tras una noche de descanso, volvieron á tomar el tren para dirigirse á Lisboa, abandonando la amurallada y guerrera Badajoz; mal avenida con sus pacíficos nombres latinos. Y, yendo un poco distraído el caballero, entraron sin notarlo en Portugal, que á él le pareció ser por aquella parte continuación natural de Extremadura, y no un reino diferente.

¡Este es Portugal! dijo Oliveira orgulloso. Y cielo y suelo parecían exclamar á la vez, con sus colores y sonrisas y la elocuencia de sus campiñas y de su sol: Sí, Portugal... ¡otro pedazo de la Iberia!

Por todas partes brillaban campos y sierras, con el mismo esplendor que los de España. Las cordilleras de ésta penetraban allí, como en un mismo solar geológico; y los ríos nacidos en nuestras fuentes, menos rencorosos que los hombres, entraban y discurrían por aquel reino como suyo, y fraternizaban con las corrientes de sus aguas, y juntas iban todas al mar, sin distinción de españolas y portuguesas; como hijas de una madre común, para llamarse iberas únicamente al desembocar en el Océano.

El más elocuente y más fraternal de aquellos ríos era el Tajo, arteria común de ambos reinos; por cuyas márgenes encantadas siguieron los viajeros hasta Lisboa, aspirando en Cintra las auras de Aranjuez y oyendo por doquiera en sus ondas la profecía de Fray Luis de León.

En Lisboa se separaron Oliveira y D. Quijote, no sin proponerse aquél no perder á éste de vista, para saber por donde resultaban sus descabellados propósitos.

Sucedió en aquel entonces que la Princesa Beatriz, hija del Rey y heredera de la corona,

había caído en una profunda melancolía. Era doncella de extraordinaria hermosura; blanca como las gardenias, rubia como las espigas y de negros ojos como las huríes. Todo le sonreía en su palacio y en sus quintas, en la plenitud de sus gracias y de sus encantos, en el verdor de sus años y de sus ilusiones, y en el amor y admiración de su pueblo; y nadie sabía por qué inclinaba la cabeza pensativa y semillorosa, y se negaba á participar de las alegrías y festivales de la Corte, prisionera siempre de sus nostalgias.

¡La Princesa está triste! decían los palaciegos sin adivinar el motivo. ¡La Princesa está enferma! añadían los doctores de la Real Cámara. ¡La Princesa está enamorada! murmuraba el vulgo, creyendo en alguna inclinación de ella, contrariada por razones de Estado. Y, sin embargo, nadie acertaba con la verdadera causa de sus tristezas.

Lleváronla á Cintra, sin conseguir que la belleza de sus pensiles, ni lo salutífero de sus bosques la animasen; propináronle drogas, sin que su supuesta dolencia física desapareciese; y llegaron á pensar en casarla, siendo el candidato á su linda mano cierto sobrino del rey de Inglaterra, alto y desgarbado como un caballo de Normandía.

La Princesa ofreció para éste sus excusas, rayanas en desvíos. No quiso drogas ni doctores cerca de ella; y pidió abandonar á Cintra y volverse á su Palacio real, donde solía entregarse á lecturas, que la tornaban más pensativa, y le daban más melancólico aspecto.

Sus padres la seguían y observaban, y un día, después de muchos, viéronla sonreir, lo que fué para ellos un iris de bonanza, en tan larga tormenta de tristezas. ¡La Princesa había sonreído, mientras leía uno de aquellos libros! Y la noticia se esparció rápidamente por la ciudad y por el reino todo.

Los Reyes continuaron en acecho, y al siguiente día notaron que su hija, leyendo el mismo libro, sonreía también; lo que les confirmó más en sus venturosas esperanzas.

Por fin, siempre que la Princesa hojeaba aquel

libro misterioso, y con él se entretenía, salía de su abatimiento y tristeza, para dejar ver en sus bellos labios aquella sonrisa, que hizo á sus padres desear saber cuál libro era aquél, que poseía tan maravillosa virtud.

Una tarde, la Princesa, que siempre guardaba el libro consigo, lo dejó olvidado sobre su rica mesa de marfil, y entonces aquéllos, sigilosamente, se acercaron y vieron escrito en letras de oro sobre la cubierta de tafilete del volumen: «El Ingenioso Hidalgo D. Quijote de la Mancha; por Miguel de Cervantes Saavedra.»

Abrieron el tomo, por el registro de seda estampada en colores que tenía, y hallaron aquel pasaje en que, tratando de la llegada de Sancho á la casa de Dulcinea, exclama D. Quijote: «¿Qué hacía aquella reina de la hermosura? A buen seguro que la hallaste ensartando perlas, ó bordando alguna empresa con oro de cañutillo, para este su cautivo caballero.» Contestando Sancho: «No la hallé sino ahechando dos hanegas de trigo en un corral de su casa.»

Bendijeron los reyes á aquel buen castellano Cervantes que, con su ingenio y donaires, á través de los siglos, no sólo llenaba los espacios de su renombre, «lectores delectando», sino que ofrecía mejores drogas y específicos que todas las farmacopeas para curar hipocondrías de Princesas neuróticas. Así que, en vez de reprimir, dieron pábulo á las lecturas de la hermosa Beatriz, que se pasaba las horas muertas en su dorado camarín, siguiendo al generoso Hidalgo Manchego, á través de los campos, en sus imaginarias empresas y donosas aventuras, y en sus entretenidas pláticas con aquel escudero panzudo, medio desconfiado y medio crédulo, tipo de la gramática parda castellana.

No era ya sonreir solamente, era á veces reir del todo y de veras, lo que hacía la Princesa á sus solas con aquel libro de caballerías; tanto que los doctores, avisados de esto, la declararon sanada de su mal, y los reyes lo celebraron con júbilo y la Corte toda lo supo con sorpresa.

Pero cuando la real é interesante doncella, después del capítulo de los azotes de Sancho, que tanto la regocijaron, llegó al de la vuelta del

caballero á su villorrio y los agüeros que allí tuvo, según los que no había de ver más á Dulcinea, se le entristeció nuevamente el semblante; y mayormente cuando vió á D. Quijote recobrar la razón y quedar en Alonso Quijana, y luego morir de una calentura, como cualquier hidalgüelo de gotera.

Hubiera querido ella que no muriese tan pronto el valeroso caballero; que continuara con sus imaginaciones y fantasías, y saber mejores nuevas de Dulcinea y de los amores platónicos de su cautivo admirador; así que, cuando se enteró de que un noble portugués llamado Oliveira contaba en los altos Círculos de Lisboa, como había topado con D. Quijote en persona, ó al menos con uno que se creía tal y que éste se hallaba en el Reino continuando sus empresas, rogó al Rey su padre se hicieran indagaciones de ello, y no se pararon hasta que se dió con D. Quijote y su nuevo escudero, y se les invitó á ir al Palacio real, para presentarse á la Princesa heredera.

Hallábase á la sazón D. Quijote meditando por cuáles artes, no guerreras sino diplomáticas, empezaría su obra de unión de los dos Estados, y estaba más que nunca convencido Bartola de la impotencia de su amo para aquel propósito y de sus desvaríos, cuando el aviso de que se personaran en el Palacio real, de parte de la Princesa Beatriz, les sacó de sus reflexiones. En eso sí que no cabía embeleco ni falsía de ninguna clase; allí no había cita quimérica, como en el castillo de Loarre; ni dama imaginaria; ni alucinación posible. La Princesa Beatriz les llamaba, y pronto iba á ver Bartola, por sus propios ojos, que subía por las escaleras de un verdadero Palacio real, que pisaba sus ricas alfombras, y que se hallaban su amo y él en presencia de una princesa de carne y hueso, no encubierta por encantamiento ninguno.

Todavía dudaba el escudero si serían objeto de alguna burla y no habría tal llamada al real Palacio; pero, cuando compuestos y aderezados se dirigieron á él, y viéronse recibidos por el Mayordomo y reverentemente saludados por guardias y servidores y conducidos con gran so-

lemnidad á través de aquellas galerías de mármoles y jaspes, al departamento de la Princesa heredera, ya le entró á Tragaldabas el convencimiento de que en eso de la caballería andante ocurrían las cosas más impensadas y estupendas, y que bien podía ser verdad que, unas veces por la fuerza de las armas, otras por el influjo del renombre y altas hazañas de los caballeros, ó por su palabra solamente, ganaran reinos ó los ayuntaran á su talante, haciendo partícipes á sus escuderos de los beneficios y gajes de estas trasmutaciones.

Cuando fueron presentados á la Princesa, Don Quijote hincó la rodilla y le besó la mano, y Tragaldabas de hinojos como delante de una Virgen rezó devotamente una Salve. La hermosísima D.ª Beatriz, fijándose en ellos con gran atención, halló la figura del caballero idéntica á la que campeaba por las páginas del libro que



tanto le había distraido: pero distinta la del escudero, que parecía menos rústico que el otro.

Quiero saber, dijo con dulce y pausada voz, si es verdad que sois el caballero D. Quijote de la Mancha, y si ello es así, deseo aclarar dos dificultades: cómo pudísteis resucitar, habiendo muerto según cuenta vuestra famosa historia: y cómo podéis haber tornado á vuestras empresas después de renegar de Amadís de Gaula y de toda la infinita caterva de su linaje, y abominar de la andante caballería, en aquella última ocasión en que al despertar de un sueño de seis horas, os sentísteis cuerdo.

Alta y soberana Señora, respondió D. Quijote; yo soy ese mismo que decís, y cuantos lo dudaron en esta mi nueva salida al mundo de las aventuras, quedaron convictos y confesos, luego que les dí con los hechos testimonio de mis palabras. Cómo pude resucitar, es cosa de difícil explicación, cual si se pregunta cómo pudo volver á la vida, no una, sino tres veces, el caballero normando de mi tiempo Francisco de Civille, soldado de Enrique IV de Inglaterra, que se firmaba *tres veces enterrado y tres veces resucitado*; ó en qué manera pudo levantarse Lázaro, estando difunto. Si esto ocurrió por permisión divina, yo creo que lo mío también: que más falta hacía yo en el mundo que Lázaro. Con todo, más fácil fué mi caso que el de éste: porque él estaba ya muerto y putrefacto, y yo sólo estuve aparentemente muerto y según creen todos cataléptico, por no haber sido bastante á matarme aquella insignificante calentura. Y eso de haber yo renegado de Amadís de Gaula y de toda su casta, y abominado de la caballería andante, por haber tornado á la razón antes de morir, téngalo Vuestra Alteza por apócrifo: porque mal podía por un sueño de seis horas despertar mudado de las ideas de toda mi vida, habiendo otras veces dormido seis y siete sin interrupción, y sin ocurrirme ese fenómeno. Y si es que se alega que en él recobré la razón y que estaba loco antes, más en mi abono: porque loco tenía que seguir, durmiera ó velase: ya que es cosa averiguada que de locura no se cura jamás. Sea, pues, loco

ó cuerdo, soy como era y seguiré siendo como soy, y vea Vuestra Alteza que más quiere mandarme, que en todo aquello ya está fiel y verazmente servida.

¿Y este vuestro escudero, preguntó la Princesa, fué también resucitado al mismo tiempo?

Nó, Serenísima Señora, respondió D. Quijote; que no era menester sin duda, siendo yo lo principal y él lo accesorio, y pudiendo encontrarse otro, aunque no de igual genio y condición. Por lo mismo creo que no resucitaron Rocinante, ni el rucio, ni el barbero, ni el cura, ni mi ama y sobrina, ni el bachiller; que esos hubieran sido muchos milagros juntos. Pero, en cambio, Dulcinea no murió, ni cayó siquiera en catalepsia; sino que siguió incorruptible, fresca y hermosa como estaba, ensartando perlas y bordando, para este su rendido caballero, empresas con cañutillo de oro.

Sonrió la Princesa nuevamente, y los Reyes, que ocultos en el inmediato salón lo oían y veían todo, tuvieron por buen augurio la vuelta de aquella sonrisa, y determinaron de retener á D. Quijote y á su escudero en Palacio, para que con sus imaginarios relatos alegrasen las horas de la melancólica heredera del trono.

Magníficos y suntuosos fueron los alojamientos que se destinaron á ambos allí, tales que hicieron á D. Quijote preguntar á Tragaldabas si jamás los vió iguales en el mundo; y éste no salía de su asombro, al considerar que en aquello no había figuración ninguna; sino que todo era verdadero, incluso la Princesa, que en su presencia, ademanes y palabras estaba pregonando ser de sangre real.

Al día siguiente, á la hora de audiencia, volvió ésta á pedir que comparecieran en su camarín D. Quijote y Bartola; y, renovados los homenajes, preguntó la Serenísima D.ª Beatriz á éste, cómo se había determinado á ser escudero de D. Quijote, sabiendo los percances, molimientos y fatigas de Sancho Panza; á lo que Bartola confesó con ingenuidad, que estas y otras cosas había arrostrado, porque su amo le proporcionara un reino, ó alguna opulenta

provincia que gobernar; á lo que tenía gran afición.

Dirigiéndose entonces á D. Quijote, inquirió aquélla cuál era el objeto de su nueva salida: porque, si se circunscribía á proporcionar reinos ó provincias á sus escuderos, no parecía tener la alteza de miras que la orden de caballería llevaba en sí.

Señora, respondió él, mi salida no obedece á eso, que es accidental y como quien dice migajas del banquete que el servidor recoge, cuando puede y las hay. Mi nueva salida viene á completar mis hazañas y propósitos de caballero andante, que quedaron interrumpidas con aquella calentura y catalepsia. Porque, si ha Vuestra Alteza leído la transcripción que Miguel de Cervantes hizo de la crónica de Cide Hamete, habrá notado que allí todo lo dejo á medias y por acabar; pues salgo, batallo con gigantes, deshago ejércitos, sufro rigores de encantamientos, habito castillos, realizo proezas, sigo á Dulcinea, sin llegar á verla desencantada, doy á mi escudero una ínsula, resisto seducciones de Altisidora, extiendo hasta Barcelona la fama de mi nombre y después de otras aventuras y desventuras me vuelvo á mi aldea, donde acabo de muerte vulgar é impensada. Esto no podía ser así: porque mi batallar era para algo, mis empresas habían de tener algún resultado y objetivo, y mi dama no había de quedar encantada por los siglos de los siglos, ni yo privado de su luz y favores; sino que debían terminar con ella en bodas mis amorosas solicitudes, como las de tantos otros caballeros con sus damas, entre ellos Rugiero, que después de mayores desdichas y obstáculos consiguió al fin la mano de Bradamanta. Por eso el cielo ha permitido que yo despierte y haga esta nueva salida, en que ya resultará completado el plan de mis andancias y en que sigo más de cerca y voy casi alcanzando á Dulcinea; esperando he de conseguir llevarla al tálamo, haciéndola feliz, grande y poderosa, como es dulce, hermosa y digna de todo linaje de venturas.

La Princesa, que anhelaba precisamente saber algo más de la Emperatriz del Toboso que

lo que refería el libro, quedó muy complacida de poder adquirir estas noticias del caballero; y él le refirió, punto por punto, la continuación de su historia, desde que la Emperatriz de Villacañas le dió nuevas de estar aquélla su colindante en guerra con los patagones, hasta que la pudo ver y hablar en casa del Nigromante; y desde que partió de nuevo Dulcinea á ultimar su guerra de la Patagonia, hasta la cita del castillo de Loarre y el suceso de su transformación en cabra, y luego su desencantamiento y encuentro en Zaragoza; pero esquivó aclarar el estado sospechoso de la cabra aquella, y todo lo referente al cabrito; así como el secreto del audaz asalto del rey de los Patagones, y de las tres empresas que el caballero había de acometer para anularlo y reintegrar á Dulcinea á su estado primitivo.

Mucho se deleitó la Princesa con estos relatos, singularmente con el episodio de la cabra encantada, y por mejor saborearlo dijo á D. Quijote que no se podía explicar cómo una hermosa y arrogante dama, cual sería Dulcinea, pudiese ir reduciéndose de volumen hasta quedar trocada en cabra; á lo que el caballero respondió que eso no era por arte natural sino sobrenatural, en que entraba la hechicería en funciones; y que bien se pudo reducir á cabra Dulcinea en el castillo de Loarre, cuando, retornando él con Sancho á su aldea, vió convertida á la dama de sus pensamientos en tímida liebre, según refiere la crónica de Cide Hamete.

Ya me acuerdo de ese suceso, dijo la Princesa, y lo que me sorprendió al leer este pasaje es que, sospechando vos que Dulcinea estaba convertida en liebre, se la diérais sin más ni más á los cazadores que la pidieron, y que seguramente la harían guisar en la cazuela.

Ese es otro error de mi cronista, respondió vivamente D. Quijote; que nunca hubiese yo consentido tal desaguisado, ó guisado; y lo que pasó fué que, negándome yo á dar la liebre y próximo á entrar en batalla con ellos, ésta se escapó de manos de Sancho, ó él le dió libertad adrede, y no volvió á ser hallada.

Eso es otra cosa, dijo la Princesa, y ya me

explico que la Emperatriz del Toboso no fuera á parar á la sartén y quedara en disposición de desencantarse y de ir á la guerra de la Patagonia. Bien dicen, que no hay mejor manera de escribir la historia que yendo á la fuente y origen de los sucesos y á testigos idóneos, presenciales de ellos.

De todas suertes, Serenísima Señora, añadió el caballero, hay que convenir en que, si la liebre se fué, el gazapo se quedó en ese pasaje de mi cronista, y no había menester que me lo hubiera consultado él, para no cometerlo: porque también es regla que la historia y aun la novela han de escribirse con verosimilitud, y no la tenía ni remota que un tan rendido caballero de Dulcinea como yo, por verla reducida á humilde liebre, fuera á entregarla tan impía y tranquilamente á sus cazadores y verdugos.

Sonrió más la Princesa con estas discretas razones, viendo el efecto que había hecho en el ánimo de D. Quijote la idea de que podía haber entregado á Dulcinea al brazo secular del cocinero, para ser adobada ó hecha pastel, y así acabó la audiencia de aquel día, durándole á la Serenísima D.ª Beatriz en todo él, el regocijo.

¿Qué te parece Bartola? preguntó D. Quijote á su escudero cuando, retirados á su departamento del Palacio, estábanse los dos á la mesa, devorando ricas viandas, servidas por criados de frac. ¿Has visto tú jamás mutación semejante á la nuestra? Ayer entre gitanos y rufianes, que me birlaron mi caballo, y hoy entre Reyes y Príncipes, que nos consideran y regalan. Fíjate y verás cómo hasta nos sirven la mesa caballeros de la Tabla Redonda: lo que es más que aquello de «Princesas cuidaban de él, doncellas de su rocino.»

Todo lo otro es cierto, Señor, respondió el escudero, en un intervalo en que dió tregua al engullir; pero no paso por que éstos que nos sirven sean caballeros, sino criados del Real Palacio, bien vestidos como cuadra al lugar en que lo hacen.

Dígote que son caballeros de la Tabla Redonda, replicó D. Quijote; y sino, repara cómo van

vestidos de cuervo, en consideración al Rey Arturo, que se convirtió en esa negra ave.

Pues yo les tomaría mejor por golondrinas, objetó Tragaldabas: porque en lo negro de sus plumajes se destaca su blanca pechuga. Pero sean lo que sean, sí es la verdad que nos sirven á la perfección, nos traen estos ricos manjares, nos escancian estos vinos de Falerno y de Chipre, y que estamos aquí como el pez en el agua y aún mejor; porque no hay otros peces mayores que nos traguen. Aunque lo que se ve de todo esto es que Usía no ha anexado Portugal á España, como se proponía, sino que Portugal nos ha anexado á nosotros.

Todo se andará, replicó D. Quijote, que sino se ganó Zamora en una hora, no voy yo á ganar á Portugal en daca las pajas; tanto más cuanto que no vengo como el Duque de Alba en son de guerra, ni con armas ni caballos.

Calló Bartola, pensando que su amo se reservaba como secreto de Estado la manera de hacer la conquista de aquel reino, sin disparar un tiro; cosa maravillosa, pues antes con ejércitos y cañones sólo temporalmente se había logrado.

Cuando llegó la noche, los dos huéspedes durmieron lindamente en sus doradas camas de cortinajes de damasco y colchones de pluma, dispuestas seguramente para Príncipes.



CAPITULO XII

En que se dá razón de los trabajos de D. Quijote para la unión de Portugal y España y de haber dado cima á esta dificultísima empresa.

Poco duraban á la Princesa Beatriz sus mejorías; pues cuando no se deleitaba con los relatos sabrosos del caballero, tornaba á caer en sus abatimientos y tristezas.

De cuantos interesábanse por su suerte, palaciegos, doctores y vulgo, éste era el único acertado al sospechar la causa de su mal, murmurando que la Princesa estaba enamorada.

Así era realmente; pero en lo que se equivocaba ese vulgo, que todo lo sabe, era en suponer que esos amores serían contrariados por alguna razón de Estado. Había contrariedad; mas no por ese motivo, sino por la imposibilidad de la propia naturaleza, que no permite pueda doncella alguna tener amorosas pláticas, entrevistas y requiebros, ni verse desposada, con un sér imaginario.

La Serenísima D.ª Beatriz estaba enamorada de una sombra, de un fantasma de Príncipe, al que había visto en sueños y al que miraba propiamente como de carne y hueso, en sus neuróticas alucinaciones. Aquel gallardo, apuesto y valerosísimo doncel, era el que ella quería; no al inglés, alto y destartalado como una yegua normanda.

D. Quijote, que supo las solicitudes del sobrino del Rey de Inglaterra, creyó malogrado su plan si no se anticipaba al de éste, y un día, después de haber llegado á relatar á la Princesa la última parte de sus aventuras, hasta su llegada á Portugal, ella misma le dió pie, sin sospecharlo, para que le descubriese sus pensamientos atrevidos.

Quisiera saber ahora, dijo la Princesa, por qué cuando os despedísteis esa segunda vez de Dulcinea, os encaminásteis á este reino de mis

padres; y si es que os proponéis conquistarlo, como el de Andorra, y destronar á mi dinastía.

Lejos de mi ánimo, respondió el caballero, y la prueba es que vine sin caballo, sin lanza, y sin espada pendiente de mi tahalí. A buen seguro no hubiese entrado inerme y desprevenido en vuestros poderosos Estados, de proponerme su conquista; pero si tal hubiera pensado, declaro soberana Señora que vuestra sola contemplación y el interés que tomáis en el relato de mis hazañas, hubiéranme disuadido de tal empeño. Era el mío todo lo contrario: aumentar el brillo de vuestra corona, la grandeza de vuestro pueblo, el poder de vuestras armas y los timbres de vuestro escudo. Por eso vine á Portugal y bendigo al cielo que ha deparado para mis intentos una Princesa de vuestras prendas.

Dejáisme, dijo ella, confusa y atónita; porque si es como lo decís, no sé por qué tardáis tanto en exponerme vuestros propósitos, que yo he de secundar; ya que todo lo que sea el bien de mi pueblo y el lustre de mi dinastía, ha de ser acogido por mí con satisfacción. Pero ved si en esto hay algún embeleco ó encantamiento, como muchos de los que me habeis referido; que ello se ha de examinar con detención y pasar por delgado tamiz.

No hay ficción ni encantamiento alguno en esto que os voy á decir, respondió seria y formalmente D. Quijote. Yo vengo con una secreta misión á vuestro reino, y vuestra Alteza es la primera que ha de saberla y meditarla.

Quedó la Princesa sorprendida, creyendo que todos los novelescos lances y aventuras relatados por aquel caballero eran un medio habilísimo de captarse la voluntad de ella, y que tal vez se habría hecho pasar por D. Quijote, para ir así de incógnito y disfrazado á cumplir su misión diplomática, y rogóle le dijera con claridad y verdad cuál era ésta, pues que se trataba de altos asunto de Estado.

Serenísima Señora, dijo D. Quijote inclinándose reverente; soy embajador de un Príncipe esclarecido, de sangre imperial, al que pronto han de admirar por sus hazañas todas las naciones políticas del mundo. En él se cifran y resu-

men todas las virtudes y prendas varoniles. Es gentil en la apostura, valeroso en el ánimo, temerario en los combates, prudente en los consejos. De su madre trae la belleza y gallardía; de su padre el arrojo y fortaleza; de los dos la nobleza y el discurso; y es presunto heredero de un trono que tuvo á la Cruz por egida de sus empresas, y al sol por remate de su corona. Este noble Príncipe, amigo de vuestro pueblo y enamorado de vuestra Alteza, me envía á vos y á vuestros Estados, para pediros en matrimonio, y unir así dos naciones en úna poderosa y fuertísima.

Estremecióse la Princesa Beatriz, pensando si podría ser ese Príncipe el que ella había visto en sueños, y preguntó cuya era su patria y cuya su estirpe; demandando al embajador le mostrase algún retrato de aquel egregio pretendiente.

Ese Príncipe esclarecido, dijo D. Quijote, vale más que Amadís y D. Galaor, es español, de familia real reinante y oriundo de Castilla. Cuanto á su retrato, no lo traigo en lienzo ni cartulina; pero sí os lo puedo hacer de palabra, que es tan exacto como si fuera á pincel. Y os diré que es de regular estatura, más bien alto y erguido; de rostro inteligente, ojos vivos y obscuros, nariz aguileña, finos labios, apenas sombreados por el bozo; brazo fuerte, lo mismo para llevar las riendas del gobierno que para enristrar la lanza; consumado jinete en las justas, ardoroso campeón en las lides; y une á lo afable de su trato que cautiva, lo firme de su voluntad que doblega, llevando el sol de España en su frente y el amor á vos en su corazón.

Pensativa quedó la Princesa Beatriz, porque entre todos los aspirantes á su mano no figuraba éste en los datos de la Cancillería, y se confirmó en su sospecha de que ese Príncipe era el que ella secretamente esperaba; pues todas sus señas coincidían con las visiones que de él tuvo.

¿Por qué no había de suceder, á pesar de la frialdad de relaciones de ambos países, que un Príncipe heredero de la corona de España se prendase de una Princesa heredera del trono

de Portugal? Y esto ¿no venía á confirmar las palabras del supuesto D. Quijote, de aumentarse el brillo de ambos cetros, la fuerza de las dos naciones y los timbres de sus escudos? ¿Por ventura no se reunieron así en el discurso de la historia muchos Estados, llegando á la mayor prosperidad y grandeza? ¿Qué eran Castilla y Aragón, antes de juntarse en D.ª Isabel y Don Fernando, y qué fueron después, cuando reunidos terminaron en las vegas de Granada la epopeya de la Reconquista, y, hallando estrecho el mundo conocido, enviaron sus carabelas con los Pinzones y Colón, para ensancharlo con otro nuevo continente? La Princesa Beatriz, que en medio de sus neurosismos era muy discreta, no dejaba de adivinar la gran obra de la unidad ibérica que se llevaría á cabo con que ella sola pronunciase una sílaba afirmativa, al requerimiento del Príncipe español.

¡Ah! nó, no opondrían sus padres dificultades, ni la nobleza y el pueblo portugués tampoco, cuando ella, Beatriz, el ídolo de todos, expresara su voluntad, y se supiera que con eso cesaban sus dolencias y nostalgias. Así que la real doncella determinó de ceder al amoroso requerimiento y empeñar su palabra y su corazón á aquel Príncipe, que tan delicada y secretamente y por medio de tan hábil Embajador había querido explorar su ánimo.

Contestó sin embargo al caballero que meditaría aquel asunto y le daría respuesta categórica, y asegurándose de que sus padres no habían escuchado aquel día la conversación mediada, se retiró, menos triste que otras veces, pero más preocupada y confusa.

Aquella conferencia habida sólo entre ella y D. Quijote, hizo su efecto en D.ª Beatriz. Toda la noche la pasó en vela dando vueltas á la imaginación, y confrontando la pintura hecha del Príncipe con sus propias figuraciones; comparándole con el desgarbado inglés que la cortejaba, y sacando la cuenta de las ventajas de aquella unión dispuesta por el cielo, que prepara á todo lo bueno y grande las inclinaciones de las criaturas.

Por supuesto, que la Princesa se adjudicaba

en aquella fusión de Estados y gobiernos la mejor parte. Ella sería otra Isabel la Católica. Tendría con su esposo la mancomunidad en el gobierno, sin que saliera á disputarle su trono ninguna Beltraneja. Reformaría las leyes, desterraría las corruptelas, ensancharía sus dominios, y si es preciso vendería sus joyas para reconquistar aquellos pedazos de Africa perdidos, de que un tiempo el Reino de Portugal se ufanaba. Desaparecería el humillante protectorado británico; Iberia sería Iberia, y volverían á surgir sus guerreros, sus escritores, sus poetas y sus navegantes, para admirar al mundo con sus obras. Lo único que no haría, como la Reina Católica, era aquello de estudiar latín, que contaba Lucio Marineo.

La Princesa dió su respuesta afirmativa á D. Quijote. Ella aceptaba los galantes ofrecimientos de aquel Príncipe español y prometía aguardarle para que oficialmente formulara su demanda; pero, entre tanto, el Embajador nada debía proponer al Rey de Portugal, sino volverse á dar al Príncipe aquellas nuevas, mientras ella preparaba el ánimo de su padre y allanaba toda suspicacia en el Reino. Podía, pues, el caballero marchar con igual incógnito, y asegurar al regio pretendiente que la Princesa heredera de Portugal sólo á él daría su mano y su corazón.

Grande fué el júbilo de D. Quijote, viendo á tan felice término conducida su empresa, y, desistiendo de comunicar su propuesta al Rey, determinó de partir en seguida; diciendo á la Princesa que, cuando fuera avisado de su oportunidad, se haría la proposición oficial, por medio de una Embajada extraordinaria, y luego vendría el Príncipe en persona, y que estaba seguro de que en toda España se recibirían estos esponsales con regocijo, por fundir en dos almas muchos millones de almas iberas, que andaban desacordes, desunidas y debilitadas, por resquemores antiguos que no tenían razón ninguna.

De nada de esto se enteró Bartola, que después del segundo día no asistió más á las audiencias de la Serenísima D.ª Beatriz; no sólo

por la humildad de su rango, sino por haber trabado amistad con algunos servidores del Rey, con los que se entretenía ponderándoles el valor de su amo y refiriéndoles algunos de los sucesos de que fué autor con él; pero no dejaba de andar á caza de noticias de los planes y labor de D. Quijote, que éste le reservaba absolutamente.

Luego que estuvieron prontos para partir, la Princesa entregó un retrato suyo, con un cerco de brillantes, á D. Quijote, para que lo llevara secretamente al Príncipe, y además hizo regalo al caballero de un magnífico caballo castaño, con un lucero blanco en la frente, que era signo de buena estrella, y también le donó una antigua y valiosa armadura, que se suponía fuese de alguno de aquellos esforzados capitanes portugueses, que recorrieron el mundo asombrándolo con sus hazañas.

A Bartola hizo donación el Tesorero de Palacio, de parte de la Princesa, de una bolsa llena de oro y de otro caballo; cosas que le enloquecieron de alegría: y prometiendo D. Quijote al Rey que tan pronto como un nuevo y veraz cronista escribiera la historia de su última salida, enviaría un ejemplar á Palacio, partiéronse el caballero andante y Bartola, tan contentos y satisfechos que el júbilo que les salía del corazón les rebosaba por los ojos.

Cuando volvían hacia Badajoz, no en humilde vagón de tercera, sino en un coche salón, dispuesto adrede, con gran asombro de D. Quijote que no comprendía que en el estómago del dragón aquel hubiese muebles, camas, tocador y fonda, Bartola iba perplejo, pensando cómo habría dado su amo cima á la conquista de Portugal, tan suave y tranquilamente; pues sin duda lo había conseguido cuando tan contento y alborozado estaba.

Señor, rompió á decir al cabo de sus reflexiones; por quien Dios es, le suplico me aclare este misterio de haber Usía dado término en tan breve tiempo á la ganancia de Portugal, y eso en tal manera que su Rey y su Princesa, que han de dejar de serlo, nos colmaron de be-

neficios, y su Corte, que se ha de disolver, nos despidió gozosa.

Ya lo viste, respondió D. Quijote, y habrás notado que soy tan esforzado en la guerra como hábil en la diplomacia. No por conquista, sino por sutiles políticas artes, he conseguido mi empeño, y ahora nos volvemos no más que á poner en ejecución lo convenido, para que quede consumada la unión íntima y amorosa de Portugal con España.

Reconozco el mérito de Usía, replicó Bartola: aunque yo ignoraba que los caballeros andantes usaran artes diplomáticas, en vez de espada y lanza, y creí que, á punta de ésta, es como Usía hubiera de ganar ese Reino.

Te equivocabas, interrumpió D. Quijote, que todos los grandes conquistadores han sido á la vez consumados políticos. Así fué Alejandro, que formó, no sólo por las armas, sino por su genio y habilidad, un colosal imperio: así fué Aníbal, que por el hábil trato de países enemigos pudo atravesar España, las Galias y parte de la Italia, para caer frente á Roma; así fué Julio César, que, no tanto por el valor como por el espíritu sagaz, sojuzgó los más remotos países hasta la Bretaña. Y esos eran verdaderos caballeros andantes de su tiempo, ó por lo menos, grandes capitanes y figuras inmortales de la Historia.

Pero en suma, insistió Tragaldabas que ardía en deseos de saberlo; ¿cuál ha sido el medio diplomático y no guerrero con que Usía ha conseguido tan señalado triunfo? Dígamelo, que yo le guardaré el secreto, si lo hay, y aun creo que, salidos de Portugal, no habrá inconveniente en hacerlo público.

Vas á saberlo, respondió el caballero; pero cállalo en algunos días, hasta que la Princesa deje al Rey su padre conforme, de lo que ella responde por el amor que él la tiene. Dejo concertado con esa Princesa el matrimonio de un Príncipe español, que ha de heredar la corona de España. Ambos consortes gobernarán así los dos países, como los Católicos Reyes gobernaron á Aragón y Castilla; y de esta suerte se fundirán las dos coronas en una mayor y más alta; pues

como de ese matrimonio surgirá otro Príncipe heredero, en él se habrán ya definitivamente unido los dos Estados, para su mayor prosperidad y grandeza.

Pero ¿cuál es ese Príncipe heredero de España ni cómo Usía se ha comprometido en nombre de él y sin su voluntad á ese matrimonio? ¿O es que también los caballeros andantes pueden disponer del ánimo y albedrío de los Reyes y de sus herederos? dijo Bartola.

Imposible parece no lo hayas adivinado, hombre de poco seso, respondió ufano D. Quijote. ¿Había yo de tratar en nombre de ese Príncipe, sin autoridad para tanto? Ese Príncipe es el que ha de nacer de mi matrimonio con Dulcinea, y ya ves tú qué mejor negociador que su propio padre. ¿Es ó no Dulcinea Emperatriz del Toboso? ¿Es ó no el Toboso la capital y centro de todos los Reinos de España? ¿Será ó no heredero de esos Reinos el hijo de Dulcinea? ¿Seré yo ó no padre de tal hijo, cuando le haya de mi matrimonio con esa soberana señora? ¿Tendré ó no sobre él la patria potestad y representación, para tratar y contratar aun sobre su casamiento, como es costumbre entre familias reales? Pues si todo ello es así, afirmativamente, y traté con la Princesa y ella empeñó su mano y su real palabra á este Príncipe, mi propósito está conseguido, y la unión definitiva de España y Portugal es un hecho, pasado en autoridad de cosa juzgada.

Bartola se llevó las manos á la cabeza y no sabía si dar suelta á las lágrimas ó á la risa; pero, comprendiendo por la exaltación de su amo, que toda réplica era peligrosa, se contentó con dolerse de nuevo íntimamente de haber puesto su hacienda y esperanzas en un loco tan incurable.

Cuando húbose sosegado un poco, el escudero se atrevió á decir que le parecía harto arriesgado aquel pacto y compromiso: porque bien pudiera ser que Dulcinea fuera estéril, ó que hasta los sesenta años no diese á luz hijo alguno como Sara, y que, ó no hubiera Príncipe con quien casar á la heredera de Portugal, ó

cuando éste llegara á mozo fuera aquélla vieja ochentona.

Calla, calla, dijo D. Quijote, que siempre te pones en lo peor. ¿Ha de esperar Dulcinea á los sesenta años, para darme un hijo, cuando no aguardó nada con el Patagón? Y, ¿cómo hemos de suponerla estéril cuando tenemos testimonio de su fecundidad en nuestros propios estómagos, con aquellos trozos de cabrito que adobaste? Medita en esto y verás que, para ser buen argumentador lo primero es ser buen memorioso.

Dióse por vencido Tragaldabas; pero á la vez se dió por perdido también en sus esperanzas de algún reino ó al menos del gobierno de alguna rica provincia: porque si D. Quijote había de ganar los reinos así en adelante, él se quedaría tan defraudado como entonces: pero el oro recibido de parte de la Princesa le consoló sobradamente, y, llegada la noche, se durmió estrechando la bolsa contra su pecho, mientras el caballero acariciaba fantasías y veía realizada la unión tenida por imposible de aquellas dos coronas reales.

CAPITULO XIII

e las pláticas de D. Quijote y Bartola, y la llegada de ambos á Sevilla.

Señor, voy meditando, dijo Tragaldabas conrme regresaban á Badajoz, cuán cierto es aquel frán de que no hay mal que por bien no ven-: porque hé aquí que el mal que hicimos con uel cabrito, que por poco nos lleva á sepulrnos en aquel monasterio de la Trapa, y aquel rrendo festín que tanto me reprendió Usía, n redundado en bien de Usía mismo y de sus cesores; pues, si por ventura no llegamos á mernos aquel choto, éste y no el hijo de Usía ubiera sido el Príncipe heredero de los reinos España, como primogénito de Dulcinea, y, ra unir á España con Portugal, aquél hubiera nido que casarse con la Princesa Beatriz.

¡Qué disparatadas cosas se te ocurren, Barla! exclamó D. Quijote. ¿No ves ¡oh bellaco tre los bellacos! que aquel cabrito era un stardo y que los bastardos no heredan las conas de los reinos, como no sea que muevan erra á los sucesores legítimos y por derecho conquista se los arrebaten, como sucedió á Enrique de Trastamara con D. Pedro, á quien no llamo el Cruel, sino el Justiciero?

Tiene Usía razón, y yo no había caído en la enta, respondió Tragaldabas; mas ya que con texto de las leyes me ha convencido Usía en e punto, voy á someterle otro en que la ley e yo me sé le quita la razón. ¿Cómo no siendo cido aún ese Príncipe heredero de España, podido Usía tratar y contratar en su nome, ni ha de tener validez lo que concertó?

También aquí te gano el pleito, replicó el callero: porque has de saber que el póstumo se nsidera como nacido para todo lo que le beficia, y así pude yo tratar y contratar en beficio de éste.

No lo entiendo, respondió Bartola, y lo que mí se me alcanza es que aquí no hay Prínci-

pe nacido, ni póstumo siquiera, y que para largo va lo proyectado por Usía, que da ya por hecho y concluído.

Malhumoróse D. Quijote, exaltándose de nuevo, y sosteniendo que había póstumo y Príncicipe y matrimonio convenido y unión positiva de los dos reinos, y Bartola se calló como antes, por temor de algún argumento contundente.

Al cabo de una hora larga de ir en silencio, lo rompió de nuevo, y pidiendo perdón á su amo dijo que le había venido otra duda al magín y que no podía resistir á la tentación de exponérsela.

Di lo que se te antoje, repuso más benévolo D. Quijote, que de la discusión sale la luz, y como te aclaré todo lo demás te desvaneceré también la duda esa.

Mi señor y dueño no se enoje, insinuó Tragaldabas; pero la duda es tal que yo no le encuentro salida, ni sé cómo la ha de hallar Usía. Concedido que Dulcinea no aguarde como Sara á los sesenta años para dar un vástago; otorgado que no sea estéril, pues ya tenemos tasajos, digo pruebas de ello; y dado de barato también que Usía represente á ese póstumo para su beneficio, y sean válidos esos esponsales. ¿Y si en vez de varón pare hembra mi reina y señora y sigue dando en el filón de las hembras, como suele acontecer á algunas mujeres? ¿Cómo se va á llevar á cabo el matrimonio de lo que nazca, con la Princesa de Portugal?

Preocupóse D. Quijote, viendo que esa sí podía ser contrariedad grandísima; mas dándose una gran palmada en la frente recordó que el Nigromante había hablado de hijos sacados de incubadora, y de ciertos libros en que se explicaba la manera de tenerlos varones ó hembras á voluntad, respondiendo que, si Dulcinea daba en el filón de las hembras, él añadiría esas artes sutiles para desviarla hacia el criadero de los varones, y que como regía la ley Sálica, por la cual sólo el varón heredaba el Reino, siempre tendría un Príncipe, que sería el prometido de aquella Princesa.

No quiso Tragaldabas formular nuevo cuestionario; pero sí se convenció definitivamente

de que había hecho un mal negocio con seguir á aquel caballero, que si bien tenía buen discurso y lógica, era para mantener y demostrar los absurdos y quimeras que él mismo se forjaba y que ponía como punto de partida de sus disquisiciones. Unicamente le daba en qué pensar el Imperio de Juan Panza, base y fundamento real de todos sus sacrificios, por esperar con mayor derecho otra corona igual ó superior. Así que deseaba llegar á Badajoz, donde tendría carta de su mujer, que había escrito á Panza Alegre felicitándola por su exaltación al trono, y que habría recibido noticias seguras de ella sobre el sueldo, gajes y emolumentos que gozaba su dinastía.

En Badajoz no se detuvieron, sino que cambiando de dragón quiso D. Quijote á todo trance tomar el camino á Gibraltar, donde iba á cumplir la segunda parte de lo requerido para la recomposición de Dulcinea; así que Bartola no pudo saber si su mujer le había escrito ó nó, y tuvo que ponerle un telegrama, para que le escribiera de nuevo á Algeciras sobre todo lo que deseaba saber, singularmente sobre la lista civil del Emperador Panza I.

Como el viaje era largo y monótono, y ya D. Quijote habíase habituado á las velocidades y sacudidas de aquel mónstruo que llevaba á cuantos en él subían, á sus respectivos destinos, sin hacerles daño alguno, sanos y salvos, cuando no los trituraba ó aplastaba por algún descarrio, torcimiento ó vuelco de su fantástico genio, Bartola volvió á sus preguntas sobre lo tratado y contratado con la Princesa: pues no podía convencerse de que ésta fuera tan ilusa como el caballero andante, dando su mano y comprometiendo su palabra para un Príncipe *non nato* todavía.

Para que te convenzas de tu error, replicó D. Quijote al oirle, voy á enseñarte una prueba palpable de que la Princesa Beatriz consiente en ser mi nuera y quedó comprometida con el Príncipe mi hijo, y es un retrato que ella misma me dió para él y que llevo entre mi ropa en esa maletilla. Y diciendo esto, abrió el saco y enseñó á Bartola aquel rico presente, en que no

se sabía qué admirar más, si la hermosura de D.ª Beatriz allí retratada, ó la de los brillantes que formaban el marco de aquel busto gentilísimo.

Lo miró y remiró Bartola y quedó tan confuso de que aquel retrato fuese para el hijo que D. Quijote había de engendrar, como del valor inestimable de aquellas luminosas piedras. En Dios y en mi ánima, pensaba, que sólo habiendo dado este loco de mi amo con otra loca más rematada que él, puede tener explicación este caso; pero tampoco, porque, aun estando loca una mujer, sabe medir la edad de sus pretendientes, y no es capaz de regalar su retrato y empeñar su palabra á un niño con chichonera, ni menos no nacido aún y sí de mera imaginación y conjetura.

¡Si vieras, continuó D. Quijote, qué pintura le hice del Príncipe, tan exacta y acabada, ya que no pude mostrar miniatura ninguna de él!

Le pintaría Usía como á un angelito de esos que sólo tienen una cabeza y dos alas, que es la manera más aproximada con que los pintores ponen en los lienzos á los espíritus puros, dijo Bartola.

¿Quieres callarte, hombre?, replicó D. Quijote. ¡Nada de eso; que no se trataba de un espíritu puro, sino de un Príncipe casadero! ¿Acaso nos pintan á Adán recién nacido en el Paraíso, como un niño andando á gatas? No tal, sino que ya le presentan hombre hecho y derecho, capaz de comerse la fruta del árbol prohibido. Pues así pinté yo al Príncipe, anticipando un poco su natural desenvolvimiento; pero con entera fidelidad, como tiene que ser y seguramente será en su sazón: alto, bien erguido, de rostro hermosamente viril, de marcial continente, de negros ojos y nariz aguileña, de finos labios sombreados por el bozo, de corteses maneras, valeroso en el combate y prudente en el discurso.

¡Válame Dios, exclamó Bartola, y qué compromiso para Usía y para el éxito de su empresa, si sale pequeño ó jibado ó de nariz roma ó tuerto de un ojo!

Dígote que no sale y basta, respondió D. Qui-

jote encolerizado; que esas son faltas que ó se heredan ó se adquieren, y ni el Príncipe ha de poder heredarlas de sus padres que son cabales y apuestos, ni ha de adquirirlas por el exquisito cuidado que con él se ha de tener. Será como dije y nada más: presto has de verlo tú como la Princesa. Y desde ahora quiero que hables con más comedimiento de este Emperador de Iberia, que se llamará Alonso como yo, y siempre que le nombres has de decir Su Majestad D. Alonso I de Iberia, rey de Castille, de Aragón, de los Algarbes, de Sicilia, de Nápoles, de los Países Bajos, de las Indias Orientales y Occidentales, etc. etc.

Bartola hizo ánimo de no nombrarle ya más, para evitarse alguna omisión, y entonces cayó en la cuenta de que no había preguntado á Don Quijote á qué iban á Gibraltar; pues le interesaba saberlo, por si era cosa de algún contrabando en que él pudiera tomar parte, empleando el dinero que le regaló la Princesa. Hizo, pues, la pregunta, y entonces el caballero le declaró seria y formalmente que iban á Gibraltar á quitar la bandera inglesa de aquella plaza fuerte, desterrando así por siempre jamás la intrusión de Iglaterra en ese pedazo de la península ibérica.

Aterróse grandemente el escudero, al oir con tal lisura expuesto tamaño desatino, y dijo á D, Quijote que lo mirase y considerase bien; que esa bandera estaba allí mantenida, sin razón desde luego, pero por la fuerza de muchas bocas de fuego de que estaba erizado el Peñón, y por no pocas tropas inglesas que á la plaza guarnecían, y por numerosas más que podían arribar, y por muchos barcos de combate que Inglaterra tenía en los mares y algunos anclados allí en aquel mismo puerto.

¡Pues yo te aseguro que nada de eso ha de valer! exclamó D. Quijote, y que he de arrancar esa bandera de allí y hollarla con mis pies, hasta hacerla trizas, por la sinrazón con que ondea ahora, cuando yo al dormirme dejé allí la de España tremolando. Si se han aprovechado de mi sopor, ahora sentirán el influjo de mi

despertar; á más de que en ello va empeñado el honor de Dulcinea.

Yo le pido y suplico á Usía que desista de esta aventura, replicó el escudero, que es peor que la de los leones de antaño y que la de los Mallos ó Riglos de ogaño. Mire que esos ingleses son hoy los dueños y señores de los mares con sus barcos; que en ese Peñón tienen su mejor guarida, y que apenas intentemos lo que Usía se propone, nos acribillarán y ya puede Usía llorar por muerto á su Príncipe *non nato*, y por frustrado el matrimonio de él con la Princesa Beatriz, y todo eso del Imperio Ibérico, que va Usía á comprometer y perder en esta sola jugada.

¡Inglesitos á mí! exclamó D. Quijote; déjame con ellos; que ya verás cuán presto doy fin de todos los que en ese Peñón anidan. ¡Barquitos á mí!; déjalos venir que mientras yo tenga á mano hojas de oliva y palmera, como Astolfo, les opondré en un abrir y cerrar de ojos ciento por uno. No te apoques y vamos á Gibraltar en derechura, á realizar esta hazaña, que cuanto más dificultosa sea, más honra y prez ha de proporcionarnos.

Señor, preguntó Bartola ideando un supremo recurso para disuadir á su amo. ¿Y no se podrá quitar la bandera de ese Peñón, por las artes diplomáticas, ya que tanto éxito han proporcionado á Usía en Portugal?

Nó, amigo, respondió D. Quijote: hay que aplicar á cada caso el medio apropiado, y con estos que en el Peñón anidan no valen aquellas artes sutiles. Aves de rapiña son y no habrás tú visto jamás que á ninguna de estas se le pueda quitar su presa por persuasión, ni por medios suaves y amistosos. Es preciso la fuerza: sorprenderlas en el mismo nido, y allí rematarlas. A eso vamos y no me repliques.

Siguieron, pues, marchando, pero Bartola determinó de no arriesgar él su pellejo en tamaña aventura, sino de mantenerse dentro de la línea española, hiciera su amo lo que hiciera, y aconteciérale lo que le aconteciese.

Habían pasado largo camino en todas estas pláticas y no poco en silencio, meditando Tra-

galdabas qué haría para sustraerse á los peligros y desastres que presentía; cuando después de atravesar el Sur de Extremadura con sus estepas y la Sierra Morena con sus bosques y madroñares y el Guadalquivir con sus mansas corrientes, llegaron á Sevilla, que en plena primavera alzábase sobre sus verdes campos y naranjales, ceñida de flores, con su Torre del Oro mirándose en las aguas y su Giralda gentil pintándose en los cielos.

Señor, dijo Bartola, para toda empresa grande es preciso preparación y descanso, y pues tanto venimos batallando y moviéndonos desde Aragón, que ya lleva Usía conquistados dos reinos, el de Andorra y el de Portugal, y hecho un Emperador, y vengada la muerte del Rey D. Favila, y realizadas otras muchas proezas, le propongo que descansemos dos días en esta Sevilla de Fernando el Santo, antes de ir á Gibraltar.

Con tal de que no sea otra Cappua y no pase de esos dos días accedo, respondió D. Quijote, y así me probaré esa armadura, regalo de la Princesa Beatriz, y montaré el caballo que me dió y tú el tuyo, y, ejercitados en su manejo, iremos ya sin dificultad á combatir á esos ejércitos y escuadras de Inglaterra.

Apeáronse, pues, y desencajonados los dos caballos, vió D. Quijote que eran muy buenos, el suyo singularmente magnífico, y con ellos y el bagaje de la armadura, escudo, espada y lanza, que iban bien embalados, se dirigieron á una hospedería de la calle de la Cuna, donde había además cuadras buenas y caballos á pupilo.

Son y han sido siempre los sevillanos muy dados á burlas y chanzonetas, y más todavía las sevillanas, que en cada palabra ponen un grano de sal; así que la extraña catadura de Don Quijote, aun no llevando sus armas, y la figura grotesca de Bartola, dieron pie en la hospedería á risas, algazaras y frases picantes.

Había hospedados allí ganaderos cordobeses, toreros de cartel, jugadores de ventaja, mocitos que escupían por el colmillo, guapos que peinaban tufos y se echaban á la cara sombreros anchos, algún que otro militar de baja gra-

duación, dos ó tres estudiantes rasgueadores de guitarra, y una compañía de malos cómicos, entre los que descollaba una tiple nacida en Sevilla, graciosa y hermosísima, que no había más que ver.

La mesa redonda era una algarabía, y allí cayeron D. Quijote y Bartola, produciendo un tiroteo de dichos, retruécanos y amenazadas, en las dos filas de comensales que cruzaban sus fuegos sobre los recién llegados, sin que ellos lo notaran.

Ten mucho comedimiento, Bartola, le decía D. Quijote en voz baja; que esto que ves es un banquete de Príncipes y magnates que nos obsequian por nuestra llegada, enterados sin duda de mis hazañas pasadas y de las presentes y sabedores de mis empresas futuras.

Había tocado á D. Quijote su cubierto al lado de la tiple y con este motivo cambiáronse entre ellos las primeras frases de cortesía.

Vuestra Alteza será servida de gustar de este manjar, dijo primero él, ofreciéndole un queso de bola; y ella que se oyó llamar Alteza y pensó sería por donaire, respondió en el mismo tono:

Doy muchas gracias á Su Magestad y le cortaré una rebanada.

¿Oyes, dijo D. Quijote á Bartola, cómo me tratan ya como persona de la realeza? Y volviéndose á la tiple, respondió: No soy Majestad todavía, Señora; pero hago majestades, porque no há mucho que conquisté el Imperio de Andorra para mi escudero Panza, y ahora vengo de celebrar los esponsales de mi hijo el Rey de las Españas con la Princesa heredera de Portugal.

Quedóse la tiple, sino con un palmo de boca abierta, porque la tenía chiquita, lo menos con una pulgada, y coligió que aquello no era broma ya, sino falta de algún tornillo en la cabeza; pero D. Quijote la sacó de dudas manifestándole quién era y cómo estaba en Sevilla de paso para Gibraltar, de donde había de arrancar la bandera inglesa, por el solo esfuerzo de su brazo.

Contó la tiple á los de la compañía la con-

versación del caballero, que se creía en su locura ser D. Quijote de la Mancha, y todos determinaron de vestirse de sus trajes de reyes y personajes é ir á hacerle una visita; con lo que él quedó más convencido de que estaba entre gentes de alcurnia y de sangre real.

La tiple, que había leido las graciosas escenas de Altisidora, y la pudibundez y castidad del caballero, quiso ver si flaqueaba ó mantenía su fidelidad á Dulcinea, y con tiernas miradas, con picarescas sonrisas y con fingidos suspiros, hizo comprender á D. Quijote que estaba prendada de su persona y le descubrió ser la Emperatriz del Brasil, enseñándole grandes riquezas en coronas y pedrerías de aquel Imperio, todas de talco, con diamantes americanos y esmeraldas y rubíes artificiales.

D. Quijote no pudo menos de revelar á Tragaldabas aquel suceso. La Emperatriz del Brasil se le venía á las manos con su Imperio, sin más ni más: pero él seguiría fidelísimo á Dulcinea, evitando sus seducciones. Vé tú si puedes, dijo á Bartola, ganarte el ánimo de esa Emperatriz brasileña en mi lugar, y cátate ahí con el Imperio que deseabas, cuando menos podías imaginarlo; mas Bartola, mirándose al espejo, se declaró incompetente para esa conquista.

Tanto asedió la Emperatriz á D. Quijote, que estuvo varias veces éste á punto de rendirse: porque la pícara era más astuta que Altisidora y tenía más sandunga, y no hay caballero que resista en casos tales, por mucho que sea el amor á su dama. Por último, se rindió y prometió acudir á la cita, que en su cámara real le dió la persistente y enamorada Reina.

Media noche era por filo, cuando dejó sigilosamente su cuarto D. Quijote para acudir al cebo de la encantadora tiple; entornada halló la puerta de la real estancia, y todo obscuro, sin el menor rumor. Otro que no hubiera sido él, hubiese vacilado, pero quien llevado había á término tan atrevidas empresas no iba en esa ocasión á temer ni á titubear. Entró pues, con el corazón sereno, y lenta y pausadamente se dirigió á tientas á lo más denso de la sombra. Allí, sobre un canapé, estaba esperándole la

Emperatriz, y él rodeó su talle, le dijo ternezas, sintió el roce de la seda de su vestido, y casi el perfume de su boca. Pero su cuerpo estaba exánime y al primer movimiento cayó como muerta en sus brazos.

En esto oyó que cerraban con llave la habitación, y él quedaba allí en las tinieblas con aquel cadáver. Pensó en un regicidio. La Emperatriz había sido asesinada y él, todo un caballero andante, iba á ser sorprendido con el cuerpo del delito, creyéndosele el matador de aquella Reina infortunada.

No sabía qué hacer, ni era caso de tirar de la espada, sino de guardarla limpia en la vaina, para que no se manchase de aquella sangre real. Gritó pues desaforadamente: ¡Acudid! ¡Asesinos! ¡Han matado á la Emperatriz! Los cómicos y muchos de la hospedería, que estaban en el secreto, llegaron, abrieron la habitación fingiendo violentar la puerta, entraron con hachones y hallaron á D. Quijote con los cabellos erizados y sosteniendo en sus brazos á un maniquí, muy bien vestido con uno de los trajes de la tiple, con su falda, su cuerpo bien ajustado y su cabeza con peluca.

La burla fué general; pero la Emperatriz, que apareció, lo explicó todo, diciendo que, habiendo sabido que trataban de asesinarla aquella noche, había hecho poner en su lugar aquel maniquí, y dió muchas gracias á D. Quijote por haber acudido á salvarla. Tranquilizóse éste, felicitáronse todos, y se alegró Tragaldabas de no ser el de la cita, por haberse ahorrado el susto del regicidio y del cuerpo muerto.



CAPITULO XIV

De la salida de D. Quijote de Sevilla y sus aprestos guerreros ante el inglés enemigo.

Habéis de saber, dijo la tiple á D. Quijote, que por causa de mi inclinación á vos, es por lo que han mandado del Brasil asesinos para que acaben con ambos: por lo que conviene estar muy sobre aviso, y lo mejor será que vos vistáis siempre esa armadura que decís traer, regalo de la Princesa de Portugal, porque llevándola siempre puesta y durmiendo con ella no seréis víctima del puñal alevoso, y yo por mi parte usaré cierto cosmético que untado por todo el cuerpo hace invulnerables á las personas.

Parecióle bien el consejo á D. Quijote, y mientras fué la tiple á frotarse con el cosmético, hizo él desembalar la pesada armadura, y con ayuda de Bartola comenzó á ponérsela y ajustársela; y así que estuvo bien encerrado en ella, parecióle que era Sísifo, y que tenía sobre sus espaldas todo el peso de una montaña, y con gran dificultad echó á andar, como un antiguo guerrero que de improviso hubiera quedado paralítico; pero, no queriendo dar á entender que aquella era para él carga pesadísima, soportó la gravedad de aquellos hierros, y así estuvo parte del día consumiendo sus energías en sostener aquel casco y aquel coselete, que parecían hechos para Hércules.

Tantas fueron las burlas de los huéspedes, que aparentemente alababan la marcialidad y desenvoltura de D. Quijote, y tanto lo que éste sudó en sostener su negra honrilla de esforzado campeón, que la tiple doliéndose de él no quiso siguiera llevando á cuestas aquellas arrobas de acero y díjole que mejor que ir siempre encerrado así, lo que le privaba á ella de ver su rostro y demás prendas de su persona, sería que usara él también aquel cosmético que hacía invulnerables los cuerpos, y que ella le da-

ría unos cuantos frascos, para que se untara, pues era precisamente el que usaba Aquiles, para que no pudieran herirle espadas ni lanzas.

Eso agradó á D. Quijote, y desembarazándose de la armadura aquella, que vió no le era conveniente para la agilidad en los combates, tomó y guardó los frascos que le dió la Emperatriz del Brasil, que no eran sino tarros de inofensiva pero ricamente olorosa pomada: muy contento de poder emplearlos en su empresa de Gibraltar, y seguro de que, untado con ellos, no harían mella en su persona los machetes ingleses, ni los proyectiles de los acorazados.

No era de esa opinión Tragaldabas, á quien ofreció D. Quijote untarle también para entrar en aquella guerra, y que no se convenció de que con un frote de pomada se embotase la punta de una bayoneta, ni retrocediese un proyectil de á tonelada de aquellos barcos de la fiera Albión: pero casi llegó á dudar al oir á la Emperatriz asegurarlo y decir que á ella le hicieron blanco cien cañonazos de aquellos, y que por estar prevenida y untada de aquel cosmético tan sólo le marcaron en el rostro algunas pequeñas señales como pecas, que se le borraron muy pronto, y que sólo sintió como picaduras de mosquito.

La tiple y el tenor llevaron á D. Quijote á pasear por Sevilla y solazáronse mucho oyendo contar á éste sus proezas, sobre todo la del salvamento de Desdémona.

Cuando D. Quijote vió aquella Plaza Nueva adornada de naranjos, aquel paseo de las Delicias, cercado también de ellos y trasminando á azahar, aquel cielo riente y aquel río bellísimo, y tanta barca surcándole y tantos poderosos navíos anclados en él, y tantas engalanadas gentes y lujosos trenes y troncos de caballos andaluces por los magníficos paseos, creyó que estaba en una ciudad fabricada en medio precisamente del jardín de las Hespérides, y casi no se engañaba, si como supone la leyenda aquel jardín situábase en España, que de eso se llamaba Hesperia; en cuyo caso su centro debió ser Andalucía y su río el Guadalquivir.

Visitaron el Alcázar, y allí sí que creyó el caballero que habían tenido las hadas labor para mucho tiempo, tejiendo tan maravillosamente los encajes de aquellas paredes. No era posible que toscos alarifes hubieran fabricado aquello, sino manos finísimas de sílfides. Sus arcos parecían levantados por genios para sostener tantas blondas de hilos de oro, grana y azul; y aquellos zócalos de azulejos semejaban pedrería de fantásticos orfebreres, ajustada y engastada allí primorosamente.

Este es el Patio de la Montería, decía un *cicerone* que les acompañaba. En él tenían sus moradas los Monteros de Espinosa. Este es el sitio en que se cree formaba su Tribunal el Rey D. Pedro, añadió; y D. Quijote echó de menos la adusta figura de aquel Rey, para meter en cintura á todos los Tragaldabas de España. Esta es la Sala de Justicia, continuó el *cicerone*; y al hallarla vacía el caballero pensó que así andaba sin aras y sin culto el templo de la diosa Thémis, entre nosotros.

La sombra del Rey D. Pedro volvió á pasar ante él, en aquella estancia, recordando haber leído el escarmiento que hizo allí en unos jueces prevaricadores, cuando presentándose ante ellos iracundo les hizo cortar en el acto las cabezas y colocarlas para enseñanza en aquel sitio. ¡Ese era un Rey, exclamaba D. Quijote, contando la historia á la Emperatriz: y si hoy hubiera uno de esos, qué pocas cabezas de jueces y de oidores quedarían sobre sus respectivos hombros!

Cuando llegaron al Patio de las Doncellas, Don Quijote, que en materias históricas estaba siempre pronto á dar más crédito á la fábula que á la verdad, lamentóse de que hubiéramos pagado el tributo de las cien á los califas de Córdoba, por aquella cobardía de Mauregato; y dijo que, de haber vivido él entonces, nos hubiera libertado de ese baldón, y entrando espada en mano en aquel recinto y aun en el mismo dormitorio de los reyes moros, hubiese vencido y aherrojado á éstos y libertado á aquellas cien vírgenes, que hubieran salido incólumes de aquel Alcázar, para ir á rodear el trono de Dulcinea.

Así recorrieron varias y bellas estancias, recordando y comentando el caballero leyendas y tradiciones, y al llegar á los baños de las sultanas, antes rodeados de naranjos, refirió aquella novela de beber el Rey y los caballeros el agua en que se bañaba la favorita María Padilla, después de haber salido ella del agua, pues tan rica y olorosa la dejaba; á lo que respondió la Emperatriz del Brasil que eso sería en días en que no se enjabonase, asintiendo desde luego D. Quijote, porque no podía creerse otra cosa.

Todo lo miraba embobado y en silencio Bartola, que iba detrás del *cicerone*, formando parte del séquito, y gustóle tanto Sevilla y sus palacios, que no comprendía que su amo no quisiera pasar más de dos días allí, cuando él se hubiera estado toda la vida.

Señor, le dijo cuando se vieron solos, ¿no será mejor que nos quedemos en esta ciudad tan hermosa y rica, y que Usía se contente con esta Emperatriz del Brasil, que tan graciosa y bella es, y nos dejemos ya de ir á Gibraltar ni de correr en pos de Dulcinea? Mire Usía que yo siempre oí decir que más vale pájaro en mano que buitre volando, y no es mal pájaro este que podemos cojer, vos de una Emperatriz tan poderosa, y yo siendo su tesorero.

Cáppua tenemos, exclamó D. Quijote. Seguramente que Aníbal, en aquella famosa campaña súya, tuvo al oido ótro escudero como tú, que al acampar en Cáppua le hablaría con tan insinuante lenguaje. Déjame á mí, que mejor que seguir á aquel enervado púnico en lo de entregarme á las delicias de la ociosidad y del placer, quiero imitar á Eneas, que se arrancó de los brazos de Dido y puso á la vela sus bajeles, para cumplir su misión providencial, llevando sus Penates á Italia, aun dejando en amargura y sollozos á aquella reina de Cartago, que se dió muerte por su abandono. Este Eneas fué llamado el piadoso, y celebrado por su deserción, en versos inmortales; que la piedad no consiste en dejarse ablandar de lágrimas como aquellas, que derramará también por mí la Emperatriz brasileña cuando me parta de su lado; sino

en no ocasionar mayores males y catástrofes cediendo á llantos por debilidad y compasión mal entendida. A esta piedad superior me atengo: que entre que llore y aun se dé muerte la enamorada Emperatriz del Brasil ó que Dulcinea gima esperándome, y se queden sin realizar mis altas empresas, y perezcan España y el Imperio Ibérico, prefiero aquéllo y opto por evitar esto último; con lo que, además de triunfador, podré ser llamado pío como Eneas, y felice como Trajano.

Esto dicho, D. Quijote mandó á su escudero preparar las jarcias y velas de sus bajeles para partir, como el héroe de la Eneida, sigilosamente; y creyendo Tragaldabas que deseaba ir por mar á Algeciras, tomó billetes en uno de los vapores que salía aquella madrugada, y embarcó los dos caballos y la impedimenta, pagando la cuenta de la hospedería.

Llegada la hora, salió D. Quijote de su habitación de puntillas, para que no lo notara la Emperatriz, y con Bartola se dirigió al muelle, donde creía que toda una flota como la de Eneas estaría desrizando sus velas para darse á la mar; así que quedó maravillado cuando sobre el puente del vapor, sin desplegarse vela ninguna, vió que soltaba las amarras el barco y salía navegando como movido por fuerza invisible.

¿Qué es esto, Bartola amigo? exclamó el caballero. ¿También hay duendes en los ríos y mares, que impulsan los navíos, haciendo el velamen inútil? ¿O es que vamos sobre el lomo de un mónstruo marino que bate á flor de agua sus aletas?

Señor, este es un barco, dijo Tragaldabas, y no necesita velas porque el vapor le mueve por donde quiera, sin obedecer al viento. Dicen que son caballos de vapor los que lleva, y que ellos le empujan.

D. Quijote recordó la explicación de Panza sobre los caballos de vapor del mónstruo con el que tuvo el primer encuentro, y pensó que el mismo dragón, vencido y sojuzgado por los hombres para sus viajes terrestres, tendría similares en el mar, que también domeñados permitían á placer el cruce de las olas. Debieron ser muy

esforzados los andantes caballeros Stephenson y Fúlton, para conseguir el vencimiento y domesticidad de esas fieras. Verdaderamente habían hecho un gran servicio á la humanidad trashumante, ahorrándole caballerías de sangre y piezas de lona.

Aun no había amanecido, y entre las sombras que envolvían á la morisca Sevilla, brilló de pronto una hoguera, acaso algún pequeño incendio en algún viejo caserón de sus barrios, y enseguida que lo notó D. Quijote dijo á Bartola:

¡Ahí tienes ya encendida la pira de la Emperatriz del Brasil! Loca de dolor por mi ausencia, la ha hecho preparar con leños resinosos. Mira á la nueva infeliz Dido, haciendo sacrificios y ofrendas, invocando á las estrellas y á Hécate, con un pie descalzo, el cabello suelto y el manto desceñido; oye sus imprecaciones contra mí, y cómo pide en su furor que me acontezcan mil desastres; mírala en fin subir á la alta hoguera con desenfado y clavarse la espada rodando moribunda. ¡Reina infeliz! ¡Triste destino el de los mortales que no pueden ser piadosos como Eneas, sin dejar tras de sí rastros de sangre y lágrimas!

Bartola, que nada había visto sino aquel lejano resplandor, y que no conocía el poema virgiliano ni por el forro, quedóse á obscuras de toda aquella palabrería; pero, viendo pensativo á D. Quijote, quiso animarle, diciéndole que se volverían á Sevilla desde San Lúcar de Barrameda, si es que la partida le apenaba.

¡A qué he de volver ya, exclamó el caballero, si todo se ha consumado allí, y no encontraré más que aquel cadáver real colocado sobre su negro túmulo? Sigamos, y el cielo quiera acoger con misericordia el alma de esa Reina desdichada, y desoir sus imprecaciones: que si nos alcanzan nos convertirán en papilla las carnes y en polvo de carbón los huesos de nuestro cuerpo. Di al piloto ahora que esté alerta sobre el timón, y á los remeros que se aseguren en los bancos; que tengo los mismos agüeros que el fugitivo troyano, sobre una inmediata tempestad, que puede poner la quilla del barco hacia las nubes.

El manso Guadalquivir desengañó á D. Quijote de sus agüeros, y cuando amaneció sobre aquella campiña, donde pastan las toradas, y se descubrieron sus blancos puebleci1los y se tiñeron de sol aquellas sierras llenas de robledales y olivares y se pintó la luz en la cinta de oro de aquel Betis, por donde iba deslizándose el buque sin movimiento ni ruido, recobró el caballero la calma y abrió su corazón y sus sentidos á nuevas y más suaves emociones.

Por fin divisaron la torre de Lebrija, luego San Lúcar, con sus promontorios de casas blancas, que parecían montones de sal, y pasaron la barra y entraron en el Océano, cuyas ondas verdosas y soberbias levantaron el buque y le mecieron como negra pluma de cuervo caída en sus aguas. Vieron Chipiona de lejos, Cádiz, y pasando por el cabo de Trafalgar y reparando D. Quijote que el capitán del vapor se descubría respetuoso, supo con asombro nuestra gloriosa derrota allí, y vió en ademanes guerreros frente á la sombra de Nelson las de Gravina y Churruca.

Anclaron en la gran bahía de Algeciras y desembarcaron, y allí á la vista de Gibraltar dispuso D. Quijote acampar, para acometer su temeraria é increíble empresa.

Ahí tienes el enemigo, ¡oh Bartola! exclamó aquél, señalando el Peñón, como Napoleón un día mostraba á sus ejércitos en Egipto las moles de las Pirámides. ¿Quién ha de decir á esa formidable plaza con todos esos navíos y con esos innumerables cañones y con tantas provisiones de boca y guerra, que un caballero seguido de su escudero no más ha de arrancar la bandera odiosa que en ella ondea y devolver al suelo ibero ese pedazo de tierra, en mal hora de él desgajado? Ya verás tú si yo imito ó no á D. Galaor, cuando él solo ganó el castillo de la Peña de Galtares, á aquel gigantazo Gaitán, rematándole valerosamente. Limpia mi espada y lanza y tráeme esos botes del unto maravilloso que me regaló la Emperatriz brasileña, que bien frotado de él seré invulnerable; y frótate tú también, si lo deseas, por si hicieran blanco en tu abdomen los cañones enemigos. Ya

ves que unas picadas de mosquito, que es lo más que podrán hacernos, cualquiera las sufre, y en cambio nuestros nombres pasarán á las generaciones venideras en mármoles y bronces esculpidos.



Limpias están sus armas y aquí tiene Usía los untos, dijo Bartola dándoselos á su amo; pero yo le ruego y suplico no fíe en su brazo, ni en la salvaguardia de estas pomadas; que una sola de las granadas de esas bocas de fuego es capaz de hacernos volar en pedazos tales, que luego al caer á la tierra no puedan recogerlos ni las hormigas.

¡Quítate allá! replicó el caballero. ¡Bien se conoce que no estuviste á mi lado en la batalla de los Cuervos, donde vencí yo solo á cinco cuerpos de ejército de á cien mil hombres cada uno, de infantería, caballería y artillería como esa! Dígalo Panza, que lo presenció todo tendido boca abajo y con la nariz pegada á la

tierra, tanto que se hizo en ella un buen desollón. ¿A qué le debió su Imperio sino á esa victoria mía? ¡Pueden estos del Peñon hacer más fuego que aquéllos hicieron sobre mí? Y sin embargo, quisiera que hubieses visto la carnicería que les hice y la fuga en que les puse. No hayas miedo y ven agarrado á la cola de mi caballo y resguardado con él, si no quieres montar en el tuyo; pero ven, que quiero que presencies y puedas dar testimonio de esta soberbia victoria.

Tragaldabas, que creyó poder disuadir á su amo de aquel disparate, viéndole tan aferrado á él, escogitaba cómo sustraerse á la hecatombe que tenía por segura; pero en últimas, fingiendo ceder, propuso una dilatoria, para probar si, pasando una noche por medio, iluminaba Dios las tinieblas é imaginaciones de aquel cerebro trastornado.

Señor, dijo, sólo pido á Usía una tregua para que entremos en ese combate. Tengo mujer, nada sé de ella, y ha debido escribirme á Algeciras. Aquí estará su carta y por si muero, porque yo no fío en el unto ese, quisiera poder contestarle esta noche y hacer testamento en favor de ella, de lo que me toque del botín de esa victoria y de lo que Usía quiera recompensarme; Usía también necesita descansar de su viaje marítimo; los caballos se tambalean del mareo y de los tumbos del barco. Reposemos esta noche siquiera, y mañana con la luz del día puede Usía atacar á esa plaza fuerte; que ya se ha puesto el sol y pronto anochecerá y yo he leído que Usía dijo en cierta ocasión que no es bien que los caballeros hagan sus fechos de armas á obscuras, como los salteadores y rufianes.

Cedió D. Quijote ante el argumento de sus propias palabras, de que era gran guardador, y determinó que al siguiente día de mañana atacaría al Peñón aquel, como se había propuesto.

CAPITULO XV

De la fuga de Tragaldabas y de cómo llevó á feliee fin D. Quijote su empresa de Gibraltar.

Lograda la breve tregua, Tragaldabas corrió á ver si tenía carta de su esposa, como así era en efecto, y ansiosamente la abrió porque de ella dependía su resolución, en aquel grave trance en que se hallaba.

La carta decía de esta manera:

«Querido Bartola: mucho siento no te hayan llegado mis anteriores y te deseo cabal salud, avisándote que sigo bien; pero no así mi madre, que con los disgustos que hemos tenido no está buena.

»Te contaba en mi primera la sorpresa que nos había causado tu determinación de ceder nuestra casa, huerta, viñedos y secano á este común de vecinos, y de hacerte escudero de caballero andante, para ganar un reino ó alguna rica provincia, por lo acontecido á Juan Panza, y te avisaba mi sospecha de que no iba á salirnos la cuenta, quedándonos ahora á pan pedir, con la esperanza de estar luego ahitos.

»No fiándome de mi parecer, ni del de mi madre, que era el mismo, acudí á nuestro Diputado, que estaba aquí de elecciones, contándole el caso, enseñándole tu escritura de cesión y pidiéndole consejo; y él muy maravillado, me dijo que no la presentase al Concejo; sino que la rompiera ó quemara, porque lo contrario era sentar un mal precedente en la política.

»No recibiendo contestación tuya sobre este particular, determiné de guardarla y escribir al Imperio de Andorra á Panza Alegre, para saber qué era aquello de su encumbramiento, y si sería fácil que tú encontraras con D. Quijote en breve plazo una suerte semejante. La carta de Panza Alegre, que acabo de recibir, me confirma en mis sospechas y en el prudente consejo de nuestro Diputado, que por algo habla con tanta autoridad en las Cortes y va camino de Ministro. Panza Alegre me dice que no hay tal Impe-

rio; que todo ha sido una locura y una fantasía de aquel caballero andante, capaz de trastornar el juicio al mismísimo Séneca. Me cuenta que, fiado Juan Panza en ciertas apariencias de batallas y de victorias y de falsas cesiones de la corona de Andorra, se encaminaron él y ella y su hija Pancica á tomar posesión de aquel reino, malvendiendo sus tierras y aperos de aquí, y que se encontraron chasqueados: porque no había reino siquiera, y sí una comarca pobre de pastores y labriegos, gobernada por dos Vegueres, que dijeron ser apócrifo y disparatado todo aquello de la conquista de tan chica nación. Añade Panza Alegre que, gracias á que uno de los Vegueres se enamoró de Pancica y se casó con ella, no han vuelto tristes y miserables á este lugar de la Mancha; y que, si viven allí, es merced á su trabajo y al del Veguer su yerno, que es un labrador de aquellos, algo más acomodado que los otros.

»Abre, pues, el ojo y no fíes en esa conquista de provincias ni de Estados, que son de novela, ó mejor de cuentos, y perdona si no entregué la escritura al Concejo, desobedeciéndote; pero fué por precaución, que tú verás ahora, con estas noticias, si está ó no bien tomada.

»Por Dios te ruego que te vuelvas á casa; que el Diputado me ha prometido olvidar tu escapatoria y hacerte de nuevo Alcalde, y déjate de andantes caballerías que no son de estos tiempos, ni conducen á nada como no sea al manicomio.»

La despedida era muy cariñosa, y Tragaldabas, que había leído atónito todo lo referente al chasco del Imperio de Andorra, se enterneció al final y mojó de lágrimas brotadas entre sollozos la carta de su carísima cónyuge.

¡Ay, mujer mía, exclamó, y qué bien hice en casarme contigo! ¡Lo que vale tener una mujer prudente y un Diputado de sano juicio! Ella refrena el ímpetu de mi irreflexión, y él ha impedido una catástrofe en su distrito electoral! ¡Esos son una mujer avisada y un diputado celoso! ¡Tenía éste razón en que mi escritura sentaba un mal precedente en la política, y yo, dentro de mi modestia, debo someterme á esa

razón de Estado! ¡Ya he abierto por fin los ojos y veo la verdadera luz!

Y esto diciendo, arregló apresuradamente su maleta; sacó de la de D. Quijote el retrato de la Princesa, quitándole el marco y dejando la cartulina; contó y puso en su cinto el oro regalo de D.ª Beatriz; salió á la calle y negoció con unos tratantes la venta de los dos caballos, en cinco mil reales; cobró el precio, y picó de soleta en el vapor que salía para Cádiz, con el propósito de alcanzar allí el tren para Sevilla y Ciudad Real, y volverse á su pueblo á hacer la felicidad del común de vecinos.

Pasó D. Quijote la noche en su alojamiento, sin saber nada, y al despuntar el día se despertó muy ufano, como siempre que tenía que realizar alguna proeza, comenzando á llamar á Bartola, que á la sazón estaba más allá del estrecho de Gibraltar, dando vista á Tarifa; y, al ver que no acudía, saltó de la cama y se vistió apresuradamente, buscándole sin resultado. Pidió su caballo, pero el mozo de la hospedería dijo que los dos los había sacado el escudero la tarde anterior, con unos tratantes que con él estaban.

Apuesto á que le han engañado otra vez y los ha vendido ese bellaco á seis duros cada uno, dijo D. Quijote. Y como registrara la cuadra y no los hallase, y luego viera que en el cuarto de Bartola no estaba su maleta, y que le faltaba á él en la suya el marco del retrato de la Princesa de Portugal, cayó en la cuenta de que Tragaldabas había vuelto á sus mañas antiguas y había hecho copo redondo, marchándose y dejándole sin escudero ni palafrén, y juro picarle y desollarle vivo donde le hallase. Pero, como el sol se levantaba más cada vez y se malograba la ocasión en que se propuso realizar su hazaña de Gibraltar, encaminóse diligentemente hacia la Línea, á pie y con sólo su espada, después de untado bien todo el cuerpo con la pomada de la Emperatriz brasileña.

Cuantos le veían, alto y flaco, pasar á largas zancadas, con aquella ropilla de comedia y aquel capacete y aquella espada al cinto, creíanle algún militar inglés, que se dirigía á

los cuarteles de Gibraltar á inspeccionar los servicios, y que había pasado la noche en Algeciras, sin permiso de sus jefes. Otros juzgábanle un loco y se burlaban de su catadura, y nadie sospechaba ciertamente que iba á ganar para España aquel pedazo de territorio usurpado por la codicia británica desde hacía más de doscientos años.

Al llegar á la Línea y al límite de la zona neutral, D. Quijote vió la bandera roja inglesa clavada un poco más allá, y que, sacudida por el viento, parecía una mano sangrienta que azotaba su rostro. ¡Allí, bajo el cielo azul español, pintábase como mancha de vergüenza indeleble, y el caballero, sin reparar más, salvó la distancia que mediaba, llegó, arrancó el asta, derribó el trapo rojo, lo pisoteó y lo hizo trizas; sin que los centinelas, que, algo beodos, estaban descuidados, pudieran evitarlo al acudir, logrando solo á duras penas prender y desarmar al animoso Hidalgo.

¡Malandrines! gritaba él; soltad, que no es esta manera de combatir á un valeroso caballero. Tomad vuestras armas y venid á medirlas con las mías: que á cada uno y á todos juntos os reto. ¡Ya es Gibraltar por España! Y ahora estoy pronto á daros el desquite, á pie ó á caballo, con lanza ó con tizona. Pero los soldados ingleses, que no entendían nada de esto, lleváronle preso al Gobernador, y después á los calabozos militares de la plaza, corriendo velozmente la noticia, y formándose consejo de guerra incontinenti al osado caballero andante.

Encerrado en su calabozo D. Quijote, con esposas y grillos que le mantenían sin movimiento, echó de menos la compañía de Juan Panza, que en la cárcel de Villacañas dulcificó sus horas; atribuyendo á la defección de Tragaldabas, que descubriría sus planes estratégicos al enemigo, el que después de la conquista y toma de posesión de la plaza le hubieran aherrojado aquellos jayanes; pero consolábase pensando que ya había arrancado definitivamente la bandera inglesa de aquel peñasco, librando á Iberia de su afrenta y realizando el segundo prodigio que Dulcinea necesitaba para su restauración.

Tenía la seguridad de romper sus hierros en sazón oportuna, y de salir libre de aquel cautiverio, como salió del otro, y entre tanto el Consejo de guerra en funciones recibía declaraciones á los soldados de la Línea, y le mandó comparecer cargado de sus grillos y esposas; lo que verificó diciendo que no tenía cómplices, ni se consideraba delincuente, ni como prisionero de guerra tampoco; sino como cautivo de jayanes y de bellacos mal nacidos, que no habían osado frente á frente medir sus armas con las de él, como cumple á caballeros, y que por la espalda le habían sujetado y maniatado; todo lo que fué traduciendo el intérprete y escribiéndose en la sumaria.

Quiso el Juez militar averiguar el nombre, vecindad y oficio del preso, y éste sin vacilar declaró llamarse Alonso Quijana, pues así le pusieron en la pila; pero ser conocido por el Hidalgo D. Quijote de la Mancha, caballero de la Triste figura, de los Leones y de la Buena Estrella, Vengador de D. Favila, andante de profesión, nacido en la Mancha y domiciliado en toda la redondez del globo terráqueo, que debía recorrer de contínuo desfaciendo agravios, enderezando entuertos, acorriendo viudas y doncellas menesterosas y ayudando al buen orden y distribución de la justicia.

Mandó el Juez que le reconocieran peritos médicos, y tales fueron las corteses razones con que les habló y la acertada manera con que respondió á todas sus preguntas, que le declararon en su sano juicio, salvo aquello de creerse D. Quijote y porfiar que había despertado de un sueño de trescientos años para dar cumplimiento á su alta misión, que se le quedó á medias en tiempos del Rey D. Felipe II.

El Cónsul de España interpuso sus buenos oficios, asegurando que se trataba de un demente, y el Consejo quedó aplazado hasta allegar nuevos antecedentes, pues se sabía que había estado hospedado y considerado en el palacio de los Reyes de Portugal, lo que daba singular realce y significación á su persona, y demostraba que no sería tan loco, ya que de

serlo, no se le habría recibido y considerado así.

Mientras estos y otros datos se aportaban á la sumaria, el caballero seguía aherrojado en su calabozo sin luz; pero en desquite celebrábanse en España las fiestas del tercer centenario de la aparición del Quijote, y honrábase al egregio cronista de aquel héroe, que alanceaba solamente manadas de carneros, porque en su siglo no podía acometer otras empresas, estando ya conquistado el mundo para su patria por otros guerreros y capitanes anteriores.

Levantada la incomunicación, supo D. Quijote en su mazmorra el júbilo del pueblo hispano por la aparición del libro de sus hazañas antiguas, los festivales, los certámenes y los panegíricos que en honor de su persona se hacían; pero no veía que vinieran á sacarle de su prisión, ni á libertarle de manos de los jayanes aquellos que le abrumaban.

¡Menos palabras y más hechos! murmuraba el caballero á sus solas. ¡Menos fiestas y más aprestos bélicos! ¡Menos plumas y más espadas! Pero sus frases entrecortadas y nerviosas quedaban ahogadas allí, sin que nadie las escuchase.

Terminada la sumaria, se abrieron las sesiones del Consejo de guerra. D. Quijote no creía que iba á ser juzgado por sus poco valerosos adversarios; sino por un Tribunal de Príncipes de todas las naciones de Europa, que estaban allí para averiguar y decidir si acometió con razón aquella empresa del abatimiento de la bandera enemiga y la reconquista de aquel pedazo de territorio.

La Sala del Consejo hallábase repleta de concurrencia distinguida; los generales del Tribunal lucían sus uniformes y sus cruces, y D. Quijote compareció vestido de su ropilla harto estropeada, como un viejo hidalgo pobre y linajudo.

Cuando después de las preguntas de rúbrica se entró de lleno en el hecho y se demandó á Don Quijote por qué causa había acometido á la plaza y derribado de ella el pabellón inglés, haciéndolo pedazos, el reo se levantó de su asiento

nerviosamente y con viril palabra y nobles ademanes dijo:

¡Reyes y Príncipes aquí reunidos! yo soy, como declaré en la sumaria, el caballero D. Quijote de la Mancha y vine al mundo á desfacer agravios, y deshice cuantos se me presentaron en tiempos del Rey Felipe II, y ahora me encontré con otros más graves y difíciles de enmendar. Entre ellos estaba el de ese pabellón. clavado sobre tierra que es y yo me dejé siendo española, y que me encontré al despertar en estos días retenida y usurpada por extranjeras manos. ¿Cómo había yo, profesando la orden de caballería, de consentir en tamaña ofensa, aun que le hubieran prestado la diplomacia y los tratados su sanción, si por derecho divino no pueden sancionarse las infamias, ni desmembrarse los territorios de la madre Iberia, que es una y única desde los Pirineos á los mares? Por fuerza tenía que restituirle ese peñón, como el hermano de Amadís restituyó el suyo á Gandalac! Me han instruido de cómo cayó esa plaza en poder de la pérfida Albión, y de cómo la mantuvo cuando quisieron los españoles recuperarla. Fué lo primero por sorpresa, cobardía y falacia: porque cincuenta y un buques, con cerca de tres mil cañones y con más de quince mil guerreros, atacaron de improviso á sesenta soldados y seis artilleros que la guarnecían, y no es mucho que hicieran capitular á su general Diego Salinas, al que tampoco se le respetaron los pactos de la capitulación; á más de que esa plaza fué tomada para el Archiduque Carlos y para España de cuyo trono era pretendiente, pero no para Inglaterra; pues, de ser esto, acaso no hubiera Salinas capitulado tampoco. Y lo segundo, la conservación de ese territorio, se hizo entre otras cosas batiendo con armas prohibidas por los Tratados, como eran las balas rojas, las baterías flotantes del duque de Crillón. Plaza no ganada por derecho de conquista, sino por hurto y sustitución alevosa de bandera; poseída de mala fé y sin justo título, y mantenida por artes impropias de la guerra leal, no constituye dominio; y cuando el Parlamento inglés condenó la alevosía de

Roocke de la sustitución de la bandera austriaca por la inglesa, bien pude yo desfacer ese agravio, arrancando ésta y pisoteándola, por vil y usurpadora.

Miráronse adustos y confusos los miembros del Tribunal, ante el texto que D. Quijote exhumaba de las mismas declaraciones de la Cámara inglesa, y dieron por vista la causa; retirándose á deliberar y formular su sentencia.

El fallo se notificó al preso; se le condenaba á ser pasado por las armas, y D. Quijote oyó la sentencia sin inmutarse, diciendo que bien le podían asesinar aquellos jayanes; pero que él siempre quedaría honrado y caballero.

Pusiéronle en capilla y destináronle un sacerdote para que le prestara su religiosa asistencia, y cuando él le vió entrar en aquella celda enlutada, donde ardían dos amarillas velas sobre un negro altar ante un pálido Crucifijo, repitió aquellas palabras del comunero Padilla, exclamando: ¡Padre, ayer fué día de luchar como caballero; hoy lo será de morir como cristiano!

Así es, respondió el sacerdote, y os pido os arrepintais de vuestras culpas y del delito por el que se os condena.

¡De mis culpas, sí, Padre! respondió D. Quijote. ¡De lo otro nó; que si mil veces volviera á la vida, otras mil arrancaría ese pabellón y reintegraría á mi patria en lo que es suyo!

En aquel momento se abrió la puerta de la celda y penetró un hombre jadeante y sudoroso. Era el inglés de Cardiff, á quien había salvado D. Quijote de las garras del oso de Don Favila.

¡Mi Señor D. Quijote! exclamó, y se abrazó á él diciéndole: ¿No me conocéis? Os debo la vida y vengo á pagaros. Un comerciante inglés paga siempre sus letras; hasta las giradas sobre la eternidad.

El inglés, agradecido, traía el indulto del caballero. Habíase enterado de su hazaña, de las deliberaciones y fallo del Consejo, y siendo como era hermano del General gobernador de la plaza de Gibraltar, le había contado los desvaríos

de D. Quijote, la vida que le debía y la locura incurable del caballero. Llevó testimonios, adujo pruebas y entre otras presentó el oso disecado y refirió el viaje á la Patagonia en busca de la imaginaria Dulcinea; todo por las alucinaciones y fantasías de aquel andante hidalgo, que soñaba despierto.

Entonces se firmó el indulto, y el General quiso que su hermano fuera el mensagero, para que pagara aquella obligación que en descubierto tenía y que quedara en buen lugar su crédito; y D. Quijote dió por buena la paga, y salió de la capilla á la libertad, entre dos filas de soldados ingleses que le contemplaron maravillados, llevando el animoso hidalgo alta la frente, arrogante la apostura, y prendido al pecho, como cinta de cruz laureada, un gironcillo de trapo rojo, de la bandera abatida.



CAPITULO XVI

De las conversaciones de D. Quijote y el inglés de Cardiff, del encuentro con el Poetilla y resolución de ir con él á las Américas.

El inglés de Cardiff y D. Quijote se embarcaron para Cádiz, muy ufano éste de su hazaña, pensando tomar rumbo ya para las Américas, y muy satisfecho aquél de haber pagado su deuda y de estar en paz con el caballero; pero deseoso al propio tiempo de tomar más notas y apuntes de tan extraño personaje.

Cuando volvísteis de la Patagonia, le preguntó D. Quijote, ¿qué os pareció aquel reino conquistado por la Emperatriz Dulcinea? ¿Cómo hallásteis á esta soberana Señora? Seguramente estaba todavía en campaña, al frente de su ejército, persiguiendo y rematando á tantos fieros enemigos, ceñida de luciente cota, con el casco fulgurante sobre la cabeza, mal contenidos por él los dorados rizos y con la espada teñida en sangre de patagón, que debe ser negra como la tinta.

No la hallé, respondió el inglés, y eso que entré por el Río Colorado y salí por el Estrecho de Magallanes. De lo demás os diré que es muy buen país, y que encontré ricas minas de carbón de piedra, que ya estoy explotando. El oso tuve que traérmelo, por no poder entregarlo, y aquí viene en el vapor con nosotros disecado y encajonado perfectamente.

¡Admirable guerrera! exclamó D. Quijote; cuando llegásteis á ese país, ya estaba de regreso ella por lo visto, después de haberlo conquistado. Seguro estoy de que no hallásteis ni un patagón que pudiera llevar sombrero ni casco, porque ni uno tendría cabeza. ¡Cuánto trabajo me ahorra esa Reina del valor y de la hermosura, dejando anexado á su corona ese territorio americano!

¿Pero es que vais á América á conquistarla también? preguntó el inglés.

A América voy, pero distingamos en eso de conquistas: porque hay pedazos de América, como ese de la Patagonia, ó salvajes ó mal explorados y dominados, que deben ser reducidos por la fuerza, que es lo que hizo Dulcinea; y hay otros que son naciones ricas y civilizadas, que tienen sangre y habla española, y á esas no hay más que tenderles la mano amiga y decirles unas cuantas palabras al oído, para que como buenas hijas se junten en torno de la madre España, y se aprieten todas contra su seno y formen una manada de jóvenes leones, reunidos con la vieja leona que les dió el sér, para defenderse mejor de rapaces águilas y de traidores leopardos.

¿Y qué comercio vais á entablar con esas naciones; qué productos á venderles ó á comprarles para llegar á esa fraternidad? inquirió el inglés.

¡Comercio! exclamó D. Quijote asombrado; yo no soy mercader, sino guerrero y diplomático, y nada vendo ni compro. ¡Comercio de ideas y de sentimientos, eso es lo que yo entablaré con aquellas repúblicas, y bastará seguramente!

El de Cardiff se encogió de hombros, y Don Quijote se quedó pensando en la disparatada ocurrencia de unir naciones de una misma raza, en una gran familia, comprándoles y vendiéndoles pacas de algodón, vituallas ó manufacturas.

Antes de divisar las blancas casas de Cádiz, el buque, aprovechando una mar bella, volaba lanzando por su chimenea largas bocanadas de humo.

Por mí vamos tan velozmente, dijo el inglés á D. Quijote. Ya lo veis, es mi carbón de Cardiff el que os lleva. Y como D. Quijote preguntara si no era el gigante vapor con sus misteriosos caballos, el que en vez de arrastrar empujaba á la nave haciéndola volar sin velas ni remos, su interlocutor le explicó que aquel gigante vapor era agua mansa, que por las calorías de su carbón de piedra recibía grandeza y póder, rugiendo en la caldera, silbando en la sirena y batiendo las olas en la hélice.

Bajó el inglés á las carboneras y trajo y enseñó á D. Quijote un pedazo de hulla.

¡Este es nuestro pan! dijo dejando atónito al caballero, que lo veía tan negro y bituminoso. De él se surten las industrias; lo devoran en sus hogares las máquinas; por él se mueven los músculos de acero de las locomotoras; sube el agua de los ríos á fecundar las mesetas; la sembradora deposita el grano y la trilladora lo recoge; los hombres se comunican y cambian sus productos; vive la humanidad y la civilización se difunde.

Tomó D. Quijote aquel pedazo de pan en sus manos y lo olfateó, haciendo un gesto de repugnancia, muy asombrado de que alguien pudiera hincarle el diente.

¡Este es el *Deus ex machina* de nuestro mundo moderno, añadió el inglés; la energía que todo lo empuja, la fuerza vivificadora, el movimiento fecundo, la luz radiante! Este es un pedazo de sol dormido, que al contacto de la llama despierta. Y D. Quijote lo miró y remiró, no acertando á comprender cómo, tan obscuro, podía, á pesar de su sueño, ser un pedazo de sol esplendente.

¡Miradlo, sí, miradlo, que merece vuestra atención! continuó el de Cardiff. Este es el diablo negro que fué proscripto por la Edad media, execrado por Enrique II de Francia, y que convertido en diablo rojo en nuestras fábricas, da á las ciudades la estrella de gas que las ilumina, sus caballos de vapor á los trenes y á los navíos, y su vigor á las industrias fabriles, ahorrando brazos humanos y redimiendo de sus brutales esclavitudes á los siervos del trabajo antiguo. No le llamé por hipérbole pedazo de sol: porque es el sol de remotísimas edades, que condensó sus energías en seculares bosques, fijando en ellos el carbono de la atmósfera; bosques que luego caídos y petrificados y encerrados en las más hondas capas terrestres, nos devuelven ahora, desde el fondo de las minas, la energía de aquel sol, para suplir nuestra debilidad en el portentoso trabajo de los pueblos.

El inglés acabó ofreciendo á D. Quijote muestras y precios del producto de sus cuencas mi-

neras de Cardiff, después de haber hecho el reclamo de su mercancía.

Llegaron á Cádiz y desembarcaron, separándose para no verse más; muy preocupado el caballero de los milagros de aquel diablo negro, que se convertía en rojo, y que ya era pan, ya movimiento y calor, ya pedazo de sol dormido y pronto á despertar á la menor chispa, ya estrella de luz en las ciudades.

Cuando iba D. Quijote solo y á la ventura, sin saber á dónde, tropezó con un campesino que le pareció ser y era realmente aquel pastor que él armó caballero en la majada, y que llevaba el sobrenombre de el Poetilla. Conocióle éste y fué á él, dándole las manos; recibióle D. Quijote muy alborozado y contento, y ya se dirigieron juntos á una hospedería á que aquél guió y en que se alojaron ambos.

¿Cómo es eso, preguntó D. Quijote al recién hallado, que yo te creía en el valle de Josafá, con los quinientos mil soldados del Obispo de Urgel, á quienes derroté y destruí y ahora te veo sano y salvo sin un rasguño? ¿Cómo es que en aquella batalla de los Cuervos no quedó de ti más que la mochila, y ahora aparece todo el resto de tu persona? Y viendo que el Poetilla no entendía nada de tales preguntas, le refirió lo sucedido desde su llegada á Urgel, su parlamento con el Obispo, la batalla habida con el ejército de éste, la derrota y el hallazgo de la mochila, con los versos del Poetilla, que le hicieron suponer que éste era soldado de aquel ejército desbaratado, y que fué muerto y hecho trizas en aquel combate.

Todo es una equivocación, dijo el Poetilla, y si hubo esa batalla que Usía dice y esa tan increíble derrota, quien debió ir en el ejército del Obispo era un paisano mío, que tenía gran afición á los versos, que esa es enfermedad incurable y pegadiza; y que copiaba de su mano algunos míos y coplas que yo le dictaba y que, por no apropiárselos, siempre les ponía debajo el sobrenombre de El Poetilla, para significar de quién eran. Sin duda los guardaba en su mochila, y por eso fueron encontrados en ella, sin

que yo haya tenido novedad por causa de aquella tremenda batalla.

Huélgome de ello, dijo D. Quijote; pues quedé muy pesaroso pensando habías tenido la mala ocurrencia de ponerte contra mí y de parte del Obispo, que aun siendo quinientos mil contra uno, no tardé un cuarto de hora en deshacerlos, y testigo es mi escudero Panza, que por mérito de ello se encuentra de Emperador de Andorra.

Miróle el pastor estupefacto, y comprendió que la locura de D. Quijote había ido en aumento desde que no se veían; y como éste le preguntara qué hazañas había realizado él desde que le armó caballero y le deseó las profecías de Urganda, el Poetilla le respondió que á muchas y muy peligrosas aventuras había dado cima; pues primeramente yendo con su ganado, se le quedó encantada una oveja en la vereda de un tajo, sin poder ir adelante ni atrás, y él acudió y la salvó del peligro y del encantamiento. Otro día, se le presentó un caballero andante disfrazado de lobo, y él con ayuda de los mastines lo remató á palos, sacándole la piel, de que se hizo un zurrón; y así fueron ocurriéndole lances hasta que pensó emigrar á América, para ventilar cierta herencia, que es lo que le llevaba.

Lo de la oveja encantada pase, dijo D. Quijote; pero lo de que un caballero andante se disfrazara de lobo no lo hallo posible: porque ó no sería lobo, ó no sería caballero.

Pues créalo Usía, replicó el Poetilla, y entre el hatillo de mi ropa llevo ese zurrón, hecho de piel de ese caballero, que tiene pelo de lobo sin duda alguna.

Mira no fuera el disfrazado mi escudero Tragaldabas, que tenía grandes aptitudes para ese oficio de lobo, y que se llevó como presas dos caballos míos y un marco de diamantes que valía un tesoro, después de haber devorado cuantas ovejas formaban el común de vecinos de su pueblo, dijo D. Quijote; y contó al Poetilla lo ocurrido con Bartola y cómo estaba sin escudero.

Sino fuera porque tengo tomado pasaje para

América, exclamó éste, yo haría de escudero de Usía, que creo que bien puede un caballero andante de menor cuantía serlo de otro de mayor y más alta fama.

Así lo pienso yo igualmente, respondió Don Quijote: porque el Doncel del Mar tuvo por escudero á Gandalín, que era caballero también; y no es impedimento ese viaje tuyo á las Américas, porque á ellas me encamino yo igualmente á realizar la obra más grande que han visto los siglos; mayor que la de los Corteses y Pizarros, y eso que la de ellos pasa por épica.

Paróse el pastor con extrañeza, y para satisfacer su curiosidad, prosiguió aquél diciéndole:

Sabrás, Poetilla amigo, que después de aquellos descubrimientos y conquistas de los españoles en el Nuevo Mundo, y cuando yo me lo dejé todo engarzado y unido á la corona imperial de España, me despierto há poco y me cuentan que ya no tenemos allí ni un palmo de tierra, y que no hay nada de lo dicho en la Historia: porque, de las diez y ocho Españas que en extensión poseíamos y á las que dimos nuestra sangre, nuestra habla, nuestra civilización y nuestros tesoros, las unas se separaron de la madre patria por errores y malas artes de nuestros gobernantes, las otras por espíritu de imitación ó por probar cómo les iba sueltas é independientes, y las otras por viles usurpaciones de ciertos carniceros, que por allá han hecho guarida y merodean, y que ahullan que los corderos de América deben ser para los lobos americanos.

Todo esto es forzoso arreglarlo, porque he visto en Madrid, en un sitio cerca del llamado Rastro, las Américas que nos han dejado, y te aseguro que da grima mirarlas; mientras aquellas que teníamos, hijas vivas y robustas de la vieja Iberia, debieran volver á reconciliarse con su madre y formar todas una grande y poderosa familia, que desafiara impunemente á todos los lobos anglo-sajones habidos y por haber.

A eso me dirijo al Nuevo Mundo, con el ramo de oliva en una mano para nuestras hermanas consanguíneas, y con la espada en la otra contra los rapaces que las rodean, y que ya nos

arrebataron pedazos de carne nuestra, que he de arrancar de sus garras, por quien soy. Con que ya ves si esta no es obra más grande que la de aquellos aventureros que vencieron á Moctezuma, Atahuálpa y Aráuco, siendo como es más difícil recuperar lo que se perdió, que ganar lo que no se tiene.

Sí que es grande y difícil cosa lo que Usía se propone, dijo el Poetilla, y no sé cómo va á salir adelante con ello, ni en qué pueda yo ayudarle, como no sea que por mi condición de pastor pueda avisar á Usía las mañas de los lobos esos, si lo son verdaderos y no de retórica.

Vaya si puedes ayudarme en todo y por todo, replicó D. Quijote; contra los lobos, apaleándolos como sabes, mientras yo los ensarto en mi lanza, y á favor de la deseada unión de esta ibérica familia, con tus versos: que yo he oído siempre que por el comercio de las humanas Letras se propagan las ideas y se entienden y fraternizan las almas. Ayer mismo me sostenía un inglés de Cardiff que, para unir á los pueblos con lazos de fraternidad, no había como comprarles y venderles carbón, hierro, algodón y otras manufacturas, y yo pienso que, si el comercio de cosas inanimadas puede contribuir á esa unión, más lo hará el comercio de cosas animadas, como son los frutos del espíritu, las ideas, el arte y la poesía.

Agrégate pues á mí, que de un lado la diplomacia y las armas y de otro las Letras, han de conseguir la ardua empresa que me propongo, sin necesidad de pacas de algodón ú otras mercaderías; y vamos á Méjico, que está en el golfo aquel en cuyas riberas Colón plantó el primero la bandera de Castilla como un semidiós, viendo prosternadas á sus pies sus salvajes gentes.

Enhorabuena, respondió el Poetilla, que á Méjico iba yo, no sólo para mejorar mi condición buscando aquella herencia que os dije, sino para mejorar mi corazón, hallando olvido. Porque he de declarar á Usía que sigo enamorado de aquella elevada señora, dueña mía, que quedó viuda en Villacañas, y á la que dedicaba y vengo dedicando mis versos sin ablandarla. Verdad es que

yo tampoco me atreví nunca á nombrarla en ellos, ni á decirle que eran para ella: tanto es el respeto que me infunde.

De Villacañas he conocido yo á la Emperatriz, que es una viuda soberanamente bella, un tantico fantástica y muy bien relacionada con hadas y duendes, dijo D. Quijote. Por cierto que ella me salvó del cautiverio en que caí, por sorpresa de cuatro caballeros andantes, y me alojó en su Palacio, y me regaló obsequiosamente, dándome cartas para su tío el cervantófilo D. Lucas Gómez, con el que tuve una acalorada disputa.

¡D. Lucas Gómez! exclamó el Poetilla: pues si es precisamente tío de la señora de mi alma y lo sé por haber llevado muchas veces regalos de ella para él, principalmente muy ricos quesos de oveja, que hacíamos en las majadas.

Entonces, replicó el caballero, es á esa Emperatriz á quien amas, y veo que para pastor no dejas de picar alto; si bien como poeta puedes picar donde quieras, pues más alta está la cumbre del Parnaso é hijas del dios Apolo, son las Musas y se dignan bajar á tí para concederte sus favores.

Eso digo yo, interrumpió el Poetilla, que siento en mí dos naturalezas: la de pastor, que me hace humilde é incapaz de osar á aquella elevada señora, y la de poeta que me remonta á su altura y me coloca á su nivel y me empuja á ponerla como objeto de mis sentimientos y de mis trovas.

Añade la de caballero andante, pues ya te armé tal, y tienes completado tu derecho á elegir por dama de tus pensamientos á esa Emperatriz, concluyó D. Quijote; y si haces mayores proezas que esas que me contaste de salvar á una oveja en un mal paso y de matar con ayuda de los mastines á un lobo, creo yo que la Emperatriz de Villacañas acabará por rendirse á tus requerimientos amorosos, siempre que se los declares tú mismo; que no es cosa de que ella vaya á hacerte la declaración ó á sacártela con pinzas.

El Poetilla rogó á D. Quijote le contara todo lo que le aconteció con aquella, que él creía

Emperatriz de Villacañas, y éste se lo refirió, punto por punto, hasta llegar al suceso del festejo de su victoria de los Cuervos y de la lectura de los versos hallados en la mochila, no omitiendo el caballero que la Emperatriz, á quien agradaron mucho aquellas poesías, las retuvo y guardó con interés; lo que causó gran emoción al pastor al saberlo, por entender que ella conocía el sobrenombre con que iban suscritos esos rollos de versos suyos.

Ahora voy á decirte otra cosa, añadió D. Quijote, y es que no busques olvido sino gloria y renombre en esas Américas á donde vamos; que con éstos conseguirás al volver el logro de tus afanes, y el olvido no lo hallarás en parte alguna: pues no sé yo que el río Leteo, cuyas aguas tenían la virtud de producirlo, esté en América, ni en Europa, ni en ningún continente ni isla conocidos, sino más allá de las fronteras de la vida, en las riberas de la muerte, por donde boga cargada de almas la barca de Carón, lenta y silenciosa.

Callaba el Poetilla, inclinando la cabeza sobre el pecho, y salido al cabo de un rato de su melancolía, dispuso todo lo necesario para embarcarse con D. Quijote para el Nuevo Mundo, subiendo los dos á bordo de un trasatlántico que ya estaba haciendo vapor para salir de Cádiz lleno de pasajeros, que parecían gentes de un pueblo flotante, que todas sobre cubierta se despedían de familias, amigos y conocidos, agolpándose á las barandas del buque y agitando sombreros, gorras de viaje y pañuelos mojados en lágrimas.

CAPITULO XVII

En que se refiere el viaje de D. Quijote á Méjico, y sus aventuras en la travesía con unas sirenas.

Luego que hubieron perdido de vista á Cádiz, dijo D. Quijote al Poetilla:

Vamos enseguida á preparar nuestros medios para esa unión que proyecto de los pueblos americanos de origen ibérico con la madre Patria. Yo voy á meditar un discurso de persuasivas razones, que moverán y resolverán el ánimo de esas gentes hermanas nuestras, que pronto visitaremos, y tú ayuda á mi empresa preparando alguna oda ó canto épico que las atraiga.

Señor, dijo el Poetilla, por odas no ha de quedar, ni creo que por discursos tampoco; que están llenos los ámbitos de sus ecos y declamaciones; pero si Usía lo desea, haré una más, y componga Usía también otro discurso más, que tales pueden ser las nuevas razones que se nos ocurran, que produzcan á la postre el deseado efecto.

La razón es una, exclamó D. Quijote, como la verdad, y sólo el error es múltiple y vario; pero aquélla por sí no se impone, si no va acompañada del calor del sentimiento y de la voluntad perseverante. Bien pueden haberse escrito odas y lanzado discursos sobre el caso; pero hay diferencia de que eso se haga friamente y por retórica, sin que haya un pecho generoso que acuda á poner en tal empresa sus latidos, á que yo me lo proponga por divisa y en ella empeñe hasta la sangre de mis venas. Ya dijeron los sabios antiguos «amaos», «perdonad las injurias», y otras verdades morales semejantes, y sin embargo éstas no tuvieron realidad, hasta que Cristo puso en ellas su amor y las afirmó con su martirio. Créeme, no es la verdad lo que importa, sino su efectividad por las obras y por el amor fervoroso.

Si la verdad bastara por sí, una vez conocida,

añadió D. Quijote, holgaría la orden de caballería que profeso: porque verdad inconcusa es que se debe hacer el bien, practicar la justicia, socorrer la indigencia, ayudar al débil y abatir al soberbio; y sin embargo hay que ir recorriendo el mundo lanza en ristre para que todo esto se cumpla, enderezando cuanto lo tuerce y desfaciendo cuanto lo agravia.

Nada objetó el Poetilla á tan acabados razonamientos, y estábanse mirando distraídos las verdosas ondas del Océano, cuando llegó á Don Quijote un caballero, llamándole por su nombre, y haciéndole volverse con la mayor sorpresa.

Era el Príncipe, hermano de la Emperatriz de Villacañas, y ambos se holgaron mucho de encontrarse: de ser compañeros de navegación, y de ir al mismo punto de América.

Estuvo el Príncipe un momento receloso, sobre si D. Quijote sabría lo apócrifo de su conquista de Andorra: pero apenas aquél le contó algo de sus aventuras, desde que dejó el imperio á Juan Panza, y le preguntó nuevas de éste, comprendió que nada conocía de ello y que podía hablar con desembarazo.

Refirióle el caballero cómo había llevado á felice fin las dos magnas empresas de unir á Portugal con España y de arrancar definitivamente la bandera inglesa de Gibraltar, y cómo iba á la sazón á las Américas españolas, para dejarlas unidas con la Metrópoli; diciéndole el Príncipe que con lo hecho ya bastaba para acreditarle del mayor caballero andante de los siglos, y con lo que se proponía además, haría subir su fama á las estrellas. Precisamente, añadió, caéis en Méjico como anillo en el dedo: porque, según tengo oído, pronto va á reunirse y celebrarse allí un Congreso de representantes de todos los pueblos de la América latina, para tratar ciertos asuntos que les importan, en vista de que la América del Norte, que es principalmente sajona, trata de ir absorviéndolos y anulándolos; de modo que, presentándoos de improviso y diciendo quién sois y á lo que vais, es seguro seais recibido con palmas y se logren vuestros deseos, ahorrándoos una peregrinación por toda la América del Sur; puesto que toda ella

va á concentrarse en un solo punto, que es Veracruz, donde ese Congreso se celebra y á donde vamos á desembarcar.

Alegróse D. Quijote, y como era ya la noche bien entrada, bajóse el Príncipe á su camarote, muy satisfecho de tener entretenimiento durante el viaje, y el caballero refirió al Poetilla la oportunidad que se les ofrecía para su empeño y le dijo que no dejara de preparar la oda aquella, bien entonada y viril, aprovechando los ratos de inspiración; aconsejándole que no la elaborase intrincada y trabajosamente de modo que oliera á aceite de la lámpara y se descubriese la vigilia y el pulimento del artista: sino que la fundiese en los moldes del corazón, y la vaciase de ellos directamente en las estrofas, que es lo que levantaba los ánimos.

Señor, dijo el Poetilla, mañana me dedicaré á la oda; que ahora estoy preocupado con el encuentro de ese caballero que se le acercó, que es el hermano de la dama de mis pensamientos: pues, aunque él no me conoce, siento á su presencia cortedad y apocamiento, y quisiera que Usía no le dijera quién soy, ni nada alusivo á mi sècreta pasión.

Nada diré, respondió D. Quijote, y puedes irte descuidado á fabricar esa oda, para la que quiero yo darte alguna idea, y es que has de empezar remontándote á la Creación del mundo; que cuanto más alto se sube el poeta, como el águila, más espacios abarca. Presentarás á Adán y á Eva en el Paraíso, y á la serpiente arrastrándose para perderlos; luego la caída, con los ángeles armados de espadas de fuego, que no quiero se te olviden, pues son de mucho efecto decorativo; en seguida á Caín y Abel, que son la humanidad en pequeño, donde una mitad arremete contra la otra en guerra fratricida; y de ahí ya puedes pasar á la familia iberoamericana, en que hermanos fueron contra hermanos, quedándose desavenidos, unos allende el Océano y otros aquende. Ahí encajará una loa muy fogosa á la fraternidad, y luego una invitación á que sean todos unos y hagan las paces: y por fin, si quieres, pintas á España como anciana decrépita, muy andrajosa y triste, por verse

sola y [illegible] mparada: pero con tal viv[illegible] de colorido en [illegible] pintura, que den ganas á todos de ir á abrazar[illegible] y á darle vestidos nuevos.

Me p[illegible] ce bien, dijo el pastor, y esta misma noche [illegible] me dormiré sin tener empezada esa poesía, [illegible] la Creación del mundo, que veremos como [illegible] ale, por no haber yo sido testigo presen[illegible] de ésta.

Ib[illegible] ya á sus camarotes, cuando el caballero le detuvo y le dijo:

¡Sal[illegible] que creo nos siguen las sirenas, porque [illegible] como un canto suave y una música delici[illegible] Mira ahí, hacia atrás, si en esa cinta de [illegible] mas que deja el barco vienen ó no nad[illegible] criaturas, que de medio cuerpo abajo [illegible] y de cintura arriba mujeres hermosísi[illegible].

No [illegible] nadie, respondió aquél. Pero como la luna ri[illegible] en las olas, D. Quijote creyó divisar, [illegible] cabrilleo, rostros y bustos nacarinos, con flotantes cabellos rubios adornados de algas [illegible], y siguió oyendo aquel canto suave.

¡No hay duda, exclamó, son las sirenas que quieren atraernos hacia Caribdis y Scila, donde es fama que tienen sus principales grutas y llevan á los barcos para estrellarlos y devorar á los navegantes! Pero, déjame á mí con ellas, que ya me verás resistir á sus seducciones y deshacer sus hechizos, para librar á la nave y tripulantes de todo riesgo. Y poniéndose sobre la popa en la parte más alta, exclamó:

—Es en vano, fantásticas y marítimas criaturas, que intentéis seducirme con ese cántico harmonioso. Conozco la naturaleza de vuestro sér, y no he de sentirme atraído y embelesado por vuestras canciones. Huid del alcance de mi bien templado acero, que tampoco quiero herir vuestros rostros y pechos de mujeres hermosas, por ser en nosotros los caballeros religión la galantería con las damas, aunque sean mitad atunes. Huid y refugiaos en vuestras grutas de coral, y ceñid vuestras frentes melancólicas de algas y de perlas; y si es que un encantamiento os convierte en esos seres andróginos, y sois realmente doncellas sujetas á un maleficio, decid-

lo, que yo haré por desencantaros y volveros á los palacios de vuestros padres, sacándoos del poder de mónstruos y de tritones.

El canto seguía oyéndose realmente, tal que el Poetilla llegó á creer que habría algo de verdad en aquello de las sirenas, que él también había leído; y era tan dulce y melodiosa la voz, que los dos aplicaron los oídos para distinguirla entre los vagidos del mar. Por fin, todo quedó en silencio; la obscuridad sobrevino, y Don Quijote aseguró que las sirenas habían atendido su orden, temerosas de ser heridas en sus rostros y senos albísimos.

Durmieron caballero y poeta al suave vaivén de las olas; despertáronse de madrugada, y subieron á ver salir el sol por el mar, y como viese D. Quijote saltar los delfines, pensó que eran las sirenas del día anterior, siguiendo al buque velocísimas. A la tarde, sentados ambos á la puerta de la cámara, quedóse D. Quijote sorprendido de oir la misma voz harmoniosa: y reparando en que salía de aquel salón, donde en efecto una hermosa dama cantaba al piano extasiando á los pasajeros, dijo al Poetilla al oído y como comunicándole un grave descubrimiento: ¡Ay amigo, que la sirena se nos ha metido dentro del barco! Tengamos cuidado con lo que hace; que ésta no puede venir entre nosotros para nada bueno.

Señor, no es sirena esa, respondió el Poetilla, sino una dama muy bella y que viene viajando con todos.

No te fíes, respondió el caballero, y si no, escucha su canto y verás que es el de anoche. Y era que la noche anterior había cantado muy primorosamente la dama aquella, haciendo las delicias del pasaje en la cámara, mientras Don Quijote sobre cubierta, oyendo la voz distante, la creía salida de las olas.

Levantóse éste para mirar y considerar más despacio á la peligrosa dama del mar, y quedó estupefacto cuando pudo contemplar de frente su rostro. Era aquella infortunada Reina que él salvó; era Desdémona, á la que él arrancó de las garras del morazo Otelo, en aquella noche memorable. Así que quedóse perplejo y sin sa-

ber qué pensar; si aquella sería Desdémona venida á parar en sirena, ó sirena disfrazada de Desdémona, para mejor engañarle.

Cuando el Príncipe vió á D. Quijote á la entrada del salón, corrió á su encuentro y le hizo pasar, sin acordarse ya de que aquella tiple del Real, que con ellos viajaba, y que así les entretenía y deleitaba con su divino canto, había hecho de Desdémona la noche del escándalo dado por D. Quijote.

Al entrar éste, todos que ya tenían noticias de su locura y de varias escenas de su vida aventurera, se levantaron, y la *prima donna* volvióse hacia él, y D. Quijote, saludando cortesmente, llegó cerca de ella y le dijo:

Perdonad, Señora mía; pero quisiera aclarar una duda, y es si sois sirena de estos mares, que ha venido á habitar con nosotros.

La *prima donna*, que creyó eso una frase de galantería, respondió con una sonrisa encantadora; y viendo D. Quijote que sus dientes eran perlas de Golconda, y sus labios corales finos, no tuvo duda de que sería sirena, mirándola y remirándola para ver si le asomaba, bajo la falda del vestido, la cola de atún que debía tener.

Quedóse mirando la sirena también á D. Quijote, como si le recordara de alguna parte, y preguntó al Príncipe quién era aquel extraño y singular viajero, y cuando éste se lo dijo, entonces cayó ella en la cuenta de que fué el loco que saltó las candilejas del Real, queriendo libertarla de ser ahogada por el moro de Venecia.

Parece imposible, dijo la *prima donna* á Don Quijote, ya instruida del caso, que me hayais creido sirena de estos mares, cuando soy aquella Desdémona á quien libertásteis de las garras del feroz Otelo, y ando corriendo el mundo en busca vuestra, para daros testimonio de mi gratitud.

Os he conocido antes, exclamó D. Quijote, y ví que erais la reina Desdémona, en quien empleé mi oficio de caballero; pero como anoche oí vuestro canto en las olas, os creí sirena que ha-

bíais entrado disfrazada, para encantarnos y perdernos á todos.

Es verdad, respondió ella, que venía bogando y cantando detrás del barco este; pero era para que se detuviese y pudiera yo entrar en él, porque había olfateado que en él veníais.

Estaban los circunstantes maravillados de este coloquio, y cuando supieron su clave y la escena de la salvación de Desdémona, hubo regocijo general, y se alabó la discreción de la *prima donna*, rogándole que hiciera algún otro paso con el tenor, que iba también, para ver qué hacía D. Quijote; pero ella no quiso, recordando las tres heridas recibidas en el antebrazo por Otelo, y el verdadero furor del caballero andante en perseguirlo.

Entre tanto D. Quijote, que había salido de la cámara, volvió con guantes de esgrima puestos, lo que provocó estallidos de risa por todos lados, y como Desdémona le preguntase que por qué se enguantaba así y que si era para ir á algún torneo, él le dijo secretamente que era promesa hecha á su Señora Dulcinea, que había cobrado celos por haber cogido él sin guantes á la víctima de Otelo para impedir su sacrificio; de lo que Desdémona y cuantos por ésta lo supieron se regocijaron y rieron doblemente.

Decidme, Señora mía, ¿qué fué de Otelo? preguntó D. Quijote á Desdémona en uno de aquellos coloquios. ¿Se arrepintió de sus celos con vos? ¿Aclaró lo del pañuelo, de modo satisfactorio? ¿Dejó de rechinar ya dientes y muelas? ¿Volvió á vuestro hogar, convertido en esposo sumiso y amante?

Sí tal, Señor caballero, dijo Desdémona: la lección que le disteis fué de manera que quedó curado como por ensalmo. No tuvo más celos injustos; se le pasó aquel antojo del pañuelo como si tal cosa; se le cariaron los dientes y las muelas y no pudo rechinarlos más, y aun yo creo que del susto perdió el color negro que tenía y se volvió blanco y rubio.

Y para probarlo á D. Quijote, Desdémona hizo que su esposo saliera de su camarote, pues era precisamente el que había hecho el papel

de Otelo, y éste reconoció á su agresor, y él vió á un hombre muy bien portado y afable, rubio y blanco como un alemán, pero con las mismas facciones del Otelo á quien él atacó y venció; holgándose grandemente de haber convertido á aquel furibundo morazo en marido correcto. y convenciéndose más del poder é influjo de la orden de caballería, que trueca los tigres de Bengala en mansos corderos, y hasta los feroces negros de Guinea, en finos ejemplares de la raza caucásica.

El resto de la compañía italiana de ópera iba en la cámara de segunda; pero pronto llegó á sus oidos todo lo ocurrido con D. Quijote, y que éste era el de la escena del Real con Desdémona, y el coro de señoras imaginó disfrazarse de sirenas, vistiendo sus trajes de malla, con sólo corsés azules, que dejaban al descubierto bustos, brazos y piernas, y una vez así todas, encargóse un partiquino de ir á avisar á D. Quijote de que en una red de gruesas mallas, que habían echado al mar, habían cogido y sacado un copo de sirenas, que tenían aprisionadas allí.

Fué D. Quijote á verlas, y como nunca había contemplado coros semejantes, quedó atónito de la hermosura de ellas, y quiso que les hicieran cantar; lo que consiguió el que oficiaba de pescador, entonando tan harmoniosamente ellas uno de los trozos de ópera que mejor sabían, que ya no tuvo duda alguna el caballero de que eran sirenas realmente.

. En estos y otros lances pasaron muy divertidos varios días de navegación, admirado Don Quijote de estar como en un pueblo flotante. No dejó de preguntar al Príncipe por su tío D. Lucas, y entonces él le refirió que éste se hallaba muy pesaroso, porque había dedicado toda su vida al Quijote y á hacer pasar como de Cervantes un nuevo Buscapié, que es á todo lo que había osado, teniendo por imposible la continuación de la inmortal obra, y ahora cierto obscuro escritor y poeta, con los datos de la nueva salida del caballero andante al mundo de las aventuras, había escrito la primera parte de un libro, en que se daba razón de las



nuevas proezas del héroe cervantesco, disponiéndose á terminar la segunda parte, como continuación y acabamiento de la magnífica creación de Cervantes.

Si lo hace con fidelidad y en sus páginas se me vé tal cual soy y no se omite nada de mis nuevas hazañas, dijo el caballero, no hallo motivo para la pesadumbre de D. Lucas; pues que él no había de pasar de su Buscapié apócrifo y anodino. Y la obscuridad del autor de mi nueva crónica no es razón ninguna en contra; pues tiempo han tenido otros escritores preclaros para lo mismo, y si no lo han hecho no iba yo á quedar sin cronista en esta etapa. No lo deseo pulido, ni melindroso, como los puristas: ni desatinado como ciertos modernistas de ahora de que me han hablado; sino que escriba liso y

claro, aunque no borde con la pluma, ni cincele. Lo que sí exijo como condición esencial es que no sea moro, sino cristiano como yo, para que podamos entendernos.

Eso de cristiano sí lo es, dijo el Príncipe, y antes de ahora, pero no há mucho, ha escrito y dado á la estampa una novela, donde cierto caballero Espárrago, cristianísimo y muy lleno de buenas y grandes ideas, acomete la regeneración de España, sin espada ni lanza, pereciendo en la demanda, por supuesto.

De buena gana leería ese libro, respondió Don Quijote, y el Príncipe sacó de su maleta los dos volúmenes de la novela susodicha, y los entregó al caballero; quien los leyó aquella noche sin dejarlos hasta verles el fin. Por la mañana los devolvió al Príncipe, y como éste le preguntara qué le habían parecido, respondió que le habían interesado grandemente, y que aquel señor Espárrago merecía haber ingresado en la orden de la caballería andante, trocando la palabra y la pluma por el caballo y el lanzón, para poder eficazmente librar á España de tanto nuevo folloncico, de que él no había tenido noticia hasta hacía poco, y eso en muy pequeña parte, por su escudero Tragaldabas.

Y el Salomón de esa novela, dijo el Príncipe, ¿qué juicio os ha merecido?

El de un pícaro redomado, respondió D. Quijote: buitre togado, peste de la moral y de la gramática, Judas Iscariote, capaz de vender á su patria por treinta dineros, con tal de que éstos tengan la efigie de su República. ¡Ah! prosiguió el buen Hidalgo, bien se han aprovechado los reptiles de mi sueño y de la guerra en que estaba empeñada Dulcinea en la Patagonia, para esparcirse y propagarse por la Península; pero después que yo deje acabada mi última empresa de las Américas, ya volveré como nuevo Hércules á cortar la cabeza á esas hidras, y á dejar á mi país limpio de alimañas.

¡Tarde és! exclamó el Príncipe, y D. Quijote mirándole fijamente replicó con sequedad: ¡Siempre es hora!



CAPITULO XVIII

De cómo emplearon su tiempo D. Quijote y el Poetilla en el resto de la travesía, y de su entrada en Veracruz.

Dos días de navegación quedaban no más, y D. Quijote, que tropezó con la pequeña biblioteca del trasatlántico, quiso enterarse, aunque fuese someramente, de lo que había sucedido en el mundo, y sobre todo en España y sus dominios, desde que él cerró los ojos hasta que los abrió de nuevo á la luz solar; pues no podía comprender que tuviera que hacer tantas recomposiciones en el regio manto de Iberia, ni cómo había podido desgarrarse de él todo el gran pedazo de las Américas, que iba animoso á zurcir.

Por fortuna entre los libros había una Historia Universal y otra de España, y aunque los volúmenes eran muchos los hojeó por el índice, que es lo que suelen hacer los eruditos, para buscar la substancia de los hechos que deseaba conocer, y así fué pasándolos y registrando sus páginas culminantes.

Lo primero en que se paró fué en aquello de la expulsión de los moriscos, llevada á cabo por decreto del Señor Rey D. Felipe III; maravillándose de la sangría que propinó á España, por una ligera fiebre que hubiera tenido otro remedio menos debilitante. Halló muy razonable la propuesta del Consejo de Castilla, para remediar las calamidades del país en aquel reinado, sobre todo aquello de que se obligara á los grandes señores á salir de la Corte é irse á labrar sus tierras, y se suprimiera el lujo y se mandara á todos vestir telas y paños del Reino, y se protegiera á los labradores, y no se diera licencia para nuevos monasterios; limitándose el número de religiosos; cosas que no se hicieron ni atendieron. Sobresaltóse al saber la rebelión de Cataluña, en tiempos del Rey

D. Felipe IV, y que pidiera aquélla socorro á Francia, y la pérdida ocasionada del Rosellón y los daños que sobrevinieron; así como al leer el levantamiento y emancipación de Portugal, y la guerra de Flandes, y la rebelión de Nápoles, y la pérdida del Franco Condado, y los hechizos y malandanzas de Carlos II, y la guerra de Sucesión y la de Italia. Enteróse, pasando muchas hojas, de la Revolución Francesa y de las hazañas de Napoleón, sintiendo muy de veras no haber estado despierto para poder medir con él sus armas; pero viendo con regocijo que habían salido en ese tiempo á la pelea otros caballeros andantes, llamados Palafox, Castaños, el Empecinado, Mina, Eroles, y muchos más, y tal cual doncella andante como Agustina Zaragoza, que con su hazaña había sobrepujado á Marfisa y á Bradamanta, y á aquella Clorinda, amamantada en su niñez, según cuentan, por una tigre de Bengala. Por último, también llegó á conocer la insurrección de las Américas, la emancipación de Buenos Aires, la independencia de Chile y Perú, la guerra en Nueva España, y el total derrumbamiento de aquel poderío colonial, que significaba para nosotros la mitad del mundo. Y por un apéndice de un autor anónimo supo igualmente la última pérdida de Cuba y Puerto Rico y de mil trescientas islas, con las Filipinas, y por consiguiente la del otro medio mundo, lo que nos dejó reducidos al solar patrio.

El Príncipe, que le vió engolfado en lecturas, pensó que serían de libros de caballería, y Don Quijote le dijo que sí: porque á su entender no había mayor ni más inacabable libro de caballería que la Historia, tal como solía escribirse, con biografías de reyes, capitanes y magnates, y relaciones de disputas, guerras y conquistas; en lo que vió el Príncipe que D. Quijote tenía razón: porque en esos relatos quedaba olvidada la vida interior, laboriosa y fecunda, de los pueblos.

Había estado en todo este tiempo retraído el Poetilla, esquivando el encuentro con el Príncipe, y en esa tregua escribió y rompió muchas epístolas para la viuda de Villacañas, como ha-

con los enamorados ausentes. Quería declararle su pasión, por carta enviada desde América, pensando quizás que una respuesta desabrida perdería fuerza y acidez con la distancia, como las balas homicidas pierden violencia mortífera, y por último compuso unos renglones tan llenos de sinceridad, amor y tristeza, que D. Quijote, cuando los oyó, le dijo que á excepción de aquella carta que él escribió á Dulcinea desde su soledad de Sierra Morena, y que le envió con Sancho Panza, no conocía nada tan tierno y rendido.

Pero como el caballero le recordara la conveniencia de tener preparada aquella oda que le dijo, el Poetilla volvió á su cámara y se puso á escribirla de puro pasatiempo, con el pie que le había dado su señor, comenzándola por el principio del mundo, según le aconsejó; resultándole no del todo mal, para haberla hecho de burlas, aunque semejando que era de veras.

¡Magnífico! exclamó D. Quijote al oírsela, y le cogió el papel y con alta voz y grandes ademanes comenzó él á recitarla: no tanto para saborearla mejor, como para ver de retener de memoria sus estrofas.

Los versos decían de esta manera:

ODA.

Dios hizo el globo de la esteril nada,
por ser la inmensa soledad su tedio;
pero á medias no más, pues olvidada
se le quedó la America, y osada
con Colón hizo España el otro medio!
Perdió Adán, por que quiso,
un feliz Paraíso;
bajaron de las nubes
con sus ígneas espadas dos querubes,
para cerrarle su mansión perdida;
pero España potente,
otro Edén floreciente
dió á los hijos de Adán en la Florida!
Caín y Abel de sangre son hermanos;
surgen odios livianos
y así la guerra fratricida empieza
que ennegrece los fastos de la Historia:
Hijos de igual realeza,
unidos por la sangre y por la gloria;
hermanos de ambos mundos,
que la ibera nación crió á su pecho,
no debeís alentar odios profundos;
para fines fecundos,
daos un abrazo fraternal, estrecho!
Mientras fué grande España

pudisteis olvidarla; ya caída,
es la madre afligida
que solo de sus hijos se acompaña!
La América sajona es la ramera
que se introduce en el hogar ageno....
¡Vuelve en tí!, raza ibera!
acójete á tu madre verdadera,
y arroja el áspid que te muerde el seno!

Sábete, dijo D. Quijote al Poetilla, después e haber leído por tres veces estos versos, que on ellos ya tenemos ganada la mitad por lo ienos de esas Américas. Porque, ¿cómo ha de esistirse la Florida, cuando se la llame otro Edén; ni han de dejar de ablandarse aquellos erritorios que pisó Colón, y que se dice se quedaron á Dios en el tintero cuando escri-ió el gran poema universal, que enmendó y dicionó España? Guarda esa oda para la oca-ión propicia; que tú mismo no sabes lo que as hecho, y aun creo sin vanagloria que sólo usiste en ejecución métrica el pensamiento que infundí; por lo que te han resultado esas es-rofas tan acopladas al objeto que me propongo. añadió, después de una pausa; ahora sí que veo disparatada ocurrencia de aquel inglés, de uerer que hicieran más efecto, para unir á esos ueblos hermanos, el algodón manufacturado ó carbón de Cardiff.

Divisábase tierra en lontananza, y todos los asajeros subieron á la toldilla, para ver pin-ada en el Oriente la divina costa, saludándola lborozados. Entonces el tenor, á ruego de mu-hos, cantó el *¡Oh paradiso!* y luego la prima onna la *Casta diva* y D. Quijote comenzó á re-tar algunas estrofas del Tasso, traducidas en erso español en sus mocedades por el bachi-er Sansón Carrasco, con mezcla y relleno de ien ripio, extraído de la cantera panasiana.

Cuando ya estuvieron á la vista del puerto de la ciudad, D. Quijote dijo al Poetilla: Esta la ocasión, intrépido amigo, de que yo re-eve el famoso rasgo de Hernán Cortés; así e, tan luego hayamos desembarcado, quemaré ta nave y cuantas hay en esas playas, hasta jar acabada la empresa de unir todos esos ritorios á su madre patria.

Señor, respondió el Poetilla, paréceme que será jor no quemar nada; sino entrar sosegada-

mente, dejando íntegras estas naves, para regresar cuando nos parezca: con tanta más razón cuanto que no son iguales las circunstancias: pues Usía viene á conquistar estos territorios con odas y discursos, y Hernán Cortés llegó con espadas y arcabuces.

Cierto, replicó D. Quijote: pero eso de quemar las naves lo hizo él para obligar á su gente y quedar obligado á conseguir su objeto, ó perecer en la demanda, sin salida ni escape ningunos: y si él peleó hasta vencer con la espada, yo quiero que nosotros no podamos regresar tampoco, sino triunfantes y luchando hasta morir, con las nuevas armas esas de las odas y los discursos. Con que prepara unas cuantas teas que ardan bien, y en cuanto echemos pie á tierra dediquémonos á la heróica tarea de prender fuego á éste y todos los demás navíos.

Otra objeción se me ocurre, dijo el Poetilla, que acaso haga volver á Usía de su acuerdo, y es que Hernán Cortés quemó sus naves, porque como dueño de ellas podía hacer lo que se le antojara; pero lo que Usía quiere es quemar las naves que no son suyas, sino de otros, y eso ya es diferente.

¡Qué mal discurren en prosa los poetas! exclamó D. Quijote. Ven acá, hombre: si siendo suyas las naves las quemó ¿qué no hubiera hecho siendo ajenas? Quemarlas y requemarlas, hasta no dejar de ellas ni ceniza. No tengas duda, pues, de que interpreto bien y sigo su ejemplo.

Fondearon en el puerto por fin, frente al castillo de Ulua, y D. Quijote recordó al Poetilla la expedición de Juan de Grijalba, y el nombre de Veracruz, originado de haber Hernán Cortés llegado á aquellas riberas el Viernes de la Cruz. El golfo de Méjico brillaba espléndido, bañado por el cálido sol, como un charco de oro; la ciudad aparecía risueña en el fondo de la rada, y los declives de la Sierra Madre, con sus pomposas vejetaciones, resultaban decoraciones fantásticas del escenario de aquel Nuevo Mundo: inmenso coliseo abierto por el genio de España á los dramas y tragedias de la Historia.

Grandísima concurrencia de gentes llenaba y

henchía la pequeña y blanca ciudad, que estaba engalanada y de fiesta, y D. Quijote creyó que era para recibirle á él, y tuvo por buen agüero de su empresa tanto público regocijo. El Congreso latino-americano, que había de celebrarse allí, era el que atraía tanta muchedumbre de todas las repúblicas del Centro y del Sur, y discutíase acaloradamente en círculos y reuniones la trascendencia de aquel acto, en que la América latina había de afirmar su personalidad, frente á las rapacidades de los descendientes de los Puritanos.

Recorrió el caballero la ciudad, de incógnito con el Poetilla, pues no quería que se le reconociese hasta el solemne momento en que se revelara como tal D. Quijote, y pudo admirar los altares de oro y plata de la iglesia de la Asunción, y los parques y los jardines, rebosantes de flores.

Como oyera hablar español por todas partes, llegó á creer que había sido una especie de ensueño su largo viaje á través del Océano, y que estaba todavía en España, en alguna población cercana á Sevilla: porque aquel sol y aquella tierra parecían andaluces, y aquel habla era la suya propia. Quiso ir á la campiña, á las llamadas sábanas, y no halló diferencia entre ellas y las dehesas españolas; vió serranías como la de Córdoba, que hasta llevaban este nombre de su tierra, y ríos y albuferas le recordaban el Guadiana y Guadalquivir y las lagunas de Ruidera, con sus encantos. Halló en fin que hasta en los bosques los pájaros charladores, los loros, los guacamayos, las cotorras y las chalabacas, gritaban modulando palabras castellanas, trasmitidas de unos en otros y aprendidas por sus progenitores de antaño, de oirlas á los descubridores de aquel mundo.

Como nunca había conocido aves semejantes, afirmó al Poetilla que aquellas de tan pintados plumajes, que tenían voz humana y habla de Castilla, debían ser las almas de los grandes capitanes, soldados y gobernantes españoles trasmigradas á formas de volátiles, que permanecían allí para afirmar la integridad de la antigua región española y sus vínculos con la

metrópoli, y no quiso en manera alguna que el Poetilla con su mosquete derribara herido ó muerto ninguno de aquellos auxiliares de su misión fraternal; diciéndole que más bien cogería cuantos pudiese, sin hacerles daño, y los echaría á la sala de sesiones del Congreso latino-americano, para que se oyeran allí sus discursos, que no podían menos de ser favorables á la causa de España.

Divertíase el Poetilla con tan extrañas imaginaciones del caballero, y no le llevaba la contraria, por no exasperarle; pero no quiso alentarle en aquella idea, por temor de que la pusiera por obra y echara á volar en medio de las deliberaciones del Congreso alguna docena de loros y guacamayos; así que le manifestó que, si bien era buen auxilio el de aquellos oradores de tan vistoso uniforme, no era menester siquiera, pues bastábase y sobrábase D. Quijote para llevar á cabo su empeño; pero éste dijo que por lo menos un loro tenía que llevar consigo de orador, ya que también llevaba un Poeta; pues él iba á título sólo de caballero andante.

Cayó en la cuenta entonces de que se le había olvidado quemar las naves al bajar á la ciudad, atribuyendo al encanto y atracción de aquel mundo nuevo su olvido. Pero como atardecía y se pintaba sobre Veracruz uno de esos crepúsculos de los países tropicales, que más parecen incendios y llamaradas, el Poetilla dijo á Don Quijote que no se preocupase: que él mismo había puesto una tea al costado de cada barco, y que aquellos resplandores eran del incendio de las naves todas, que ya se había prendido y propagado sin duda; de lo que D. Quijote se regocijó, pues se quedaban irremisiblemente allí, hasta dar cima á su proyecto de reconquista.

Cuando á la mañana siguiente vió el caballero en la rada multitud de navíos, creyó que le había engañado su nuevo escudero y montó en cólera contra él; pero el Poetilla con suaves razones le convenció de que aquellas eran otras naves recién llegadas, y que él no podía quemar más que las que se hallaron en el puerto á su arribo; pero no las que sucesivamente fueron viniendo, que eran continuamente muchas.

Con ello se apaciguó D. Quijote, para quien hubiera sido gran contrariedad no emular en su hazaña á Cortés, y se libró el Poetilla de alguna puñada del nervioso y puntilloso caballero, que le hubiera derribado alguna muela, ó desencajádosela de su alveolo.

Era la sesión inaugural del Congreso al siguiente día. Habíase habilitado para ella el edificio de la escuela Nacional, y el Príncipe, siempre amigo de escenas burlescas, ofreció á Don Quijote billete de entrada para la mejor y más visible tribuna; aconsejándole fuera con anticipación y se colocara en primera fila, para poder desde allí levantarse y decir lo que llevara pensado, y recomendándole que no se turbara por cualesquiera rumores, ni menos si sonaba alguna campanilla; respondiéndole D. Quijote que ni una tempestad le acallaría, ni el son de la campana mayor de la Catedral de Toledo, tampoco.

Aquella noche se quedó haciendo apuntes el caballero para su discurso, y leyendo y releyendo la oda, por ver si encajaba en él; determinando que la pondría en medio, como piedra preciosa engastada en joya de oro. Levantábase de cuando en cuando y daba largos paseos, y otras veces ponía en hilera las sillas de su habitación y les dirigía la parte ya meditada de su arenga; creyendo ver que éstas hacían muestras de gran asentimiento á sus palabras. Entonces notó que la lengua era una espada también, que tenía su esgrima, y que las letras son tan necesarias como las armas; aunque él había puesto antaño en su discurso sobre ellas las armas, exclusión hecha de las letras divinas.

Oyéronle los huéspedes vecinos á su cuarto dar grandes voces, pero como ya sabían que era un loco, creyeron que estaría en un momento de excitación, y echaron bien los pestillos de sus puertas por si se le ocurría visitarles en aquel acceso. Pero allá de madrugada quedó en silencio todo, pues D. Quijote cayó rendido del sueño sobre sus cuartillas emborronadas, en la mesilla de trabajo, débilmente alumbrada por una bujía, que se consumió toda.

Por la mañana despertó y se encontró en aquella postura; se pasó la mano por la frente, co-

mo si le hubiera atormentado un tropel de sueños, y llamando al Poetilla, que aún dormía, se dispuso á acometer aquella última aventura de caer como enviado apocalíptico sobre aquella Asamblea de próceres y magnates latino-americanos, para soldar la rotura de dos mundos con una arenga feliz, que era igual que unir el Calpe y el Ábila con un persuasivo razonamiento.



CAPITULO XIX

Del famoso discurso de Don Quijote á los latino-americanos, y de su desafío con una Esfinge.

En el gran salón del hotel Juárez se hacían multitud de comentarios sobre los incidentes de la sesión de apertura del Congreso latino-americano, recién terminada.

Ha sido lo inesperado, decía un brasileño, miembro de aquella Asamblea.

Ciertamente, exclamaba un hondureño; eso no se había previsto en el programa, ni se nos advirtió.

Hizo mal el Presidente, interrumpió un representante de Nicaragua: el más rebelde á la proyectada unión de los pueblos americanos de origen latino.

Señores, replicaba un mejicano, hay que tener en cuenta las perplejidades que produce la sorpresa.

Pero, ¿qué es ello? preguntó el opulento jefe de un *trust*, que oía en silencio aquel tiroteo de frases que no explicaban lo ocurrido.

Si no estuvo en el Congreso, difícilmente se formará idea, contestó el representante del Perú, que hallábase á su lado; y mientras los demás siguieron sus disputas, él habló á su interlocutor de este modo:

Figúrese que entramos todos en el salón de sesiones, á la hora convenida, ni minuto más ni menos. Las tribunas reservadas y la pública rebosaban ya de gente; hacía un calor insoportable, y no había tampoco asientos bastantes en los escaños, para tantos congresistas. Los más afortunados ó más listos los ocuparon, y en un abrir y cerrar de ojos quedaron llenos; y los demás tuvimos que apiñarnos en derredor de la Presidencia, y en los pasillos laterales, estrujándonos con la posible cortesía. El Presidente hizo un buen discurso, correcto, sencillo, fervoroso y entusiasta, abogando por la

concordia de los Estados de la América latina. Hablaron muy bien varios miembros representantes de algunos Estados del Centro y del Sur, y todos fueron grandemente aplaudidos; pero iba ya á cerrarse esa primera sesión, cuando de una de las tribunas de preferencia se levantó un hombre que parecía vuelto á la vida, del otro mundo.

¡Próceres y magnates! dijo. Y cuando el Presidente, aun presa del estupor por la ingerencia de tan exótico sujeto, fué á cortarle la palabra, prosiguió aquél: ¡Soy el alma de la España del siglo XVII, que viene á vosotros!

Al oir el nombre de España, todos se volvieron al orador, y el Presidente no tuvo ánimos para tocar la campanilla. Creyó tal vez que aquel hombre era el esqueleto de la vieja España, salido de su tumba, y que al llamarle al orden, hubiera parecido que tocaba á muerto. Verdaderamente España no tenía representante ninguno en aquella Asamblea. ¿Quién podía asegurar que aquél no fuera algún enviado oficioso de la vieja metrópoli, que elegía aquel momento para recabar su derecho á ser escuchado?

Todos se dispusieron á oir, y entonces el esqueleto de la España antigua, habló noble y reposadamente, con un lenguaje cervantino, tan pulcro y harmonioso que nos traía á la memoria aquel discurso sobre la Edad de oro, que empieza: ¡Dichosa edad y siglos dichosos aquellos.....!

Aplaudimos los primeros párrafos por su estilo; los demás fueron aplaudidos también por sus ideas. Traía á nuestra memoria recuerdos de nuestra madre común; renovaba con sencillez y sin declamaciones los votos de ella por la prosperidad de sus hijos; recordaba que todos éramos oriundos de su viejo solar, y venidos aquí como injertos á las razas aborígenes; que gozábamos los frutos de la hispana civilización; su cultura, sus artes y su idioma; y decía que toda el agua del Océano que mediaba entre la vieja madre y sus hijos del Nuevo Mundo, no era bastante á borrar la corriente de sangre íbera que circulaba entre ellos.

Hay un hecho, añadió; que todas forman

con España las ramas sólidas de un gran árbol. Podrán no abrazarse, no conocerse, no amarse; pero son una gran familia. Y si lo son realmente, ¿por qué vivir desunidas y discordes, alimentando recelos y desconfianzas? Ved, añadió, lo que un pastor poeta de mi patria ha escrito no há mucho sobre este asunto. Y leyó una oda, que fué también estrepitosamente aplaudida.

Ea, pues, dijo, uníos como hermanas vosotras las naciones del Centro y del Sur de América; pero no olvidéis, en el día de vuestro júbilo, á vuestra anciana progenitora: recibid la amorosa efusión que de ella os traigo, y dadme la seguridad de que sois con ella unas en sangre y en espíritu.

Esto fué aplaudido frenéticamente también, y el esqueleto aquel parlante se declaró satisfecho; dijo que así quedaba constituída la gran familia Ibero-americana, y señaló como ideal de la marcha futura de la Historia la condensación de las diferentes razas en familias de pueblos, igualmente hermanos y concordes, para preparar, ya formadas estas grandes colectividades, el día de la aparición de la humanidad verdadera constituída por todas ellas juntas para el bien, la paz y el progreso.

Las ovaciones se repitieron al terminar y todos pidieron el nombre de aquel ilustre mensajero de España; pero el entusiasmo se convirtió en asombro cuando el orador declaró firme y resueltamente que era el Ingenioso Hidalgo D. Quijote de la Mancha, caballero de la Triste figura, despertado de su sueño de tres siglos para enderezar los nuevos entuertos que padecía el mundo, y aquél sobre todo, el más grande é increíble de la Historia.

¡Era un loco? ¡era un visionario? ¡era un genio? Estas preguntas se hacía la muchedumbre al salir del Congreso sacudida por tantas emociones, añadió el peruano; y como parecía haberse evaporado y disuelto entre la multitud el extraño personaje, cual un brujo, y nadie le ha visto más, todavía hay quien duda de que haya sido un sér real, y no un fantasma que tuviera hipnotizados á los congresistas mientras duró su aparición.

El representante del *trust* del tocino, que sonreía durante toda esta narración, dijo al peruano que necesariamente tenía que ser un loco el que tal hizo y de tal manera disparató: porque eso de la humanidad era cosa imaginaria, y utópica la constitución de las razas en familias de pueblos unidos; y en verdad que un gerente de aquel *trust* no podía pensar de otra manera.

Pero, ¿qué hacen los anglo-sajones? preguntó el peruano. ¡Por ventura no forman su Imperio Británico y sus Estados Unidos una duple alianza, para defender sus intereses? ¿No invocan también sus lazos de sangre y de historia? A pesar de la guerra de la independencia americana y de las rivalidades mercantiles que les separaron, ¡no se unen en apretado haz contra los otros pueblos?

El ilustre tocinero iba á responder, cuando entró en el salón un periodista limpiándose el sudor y diciendo muy agitado y en voz ala: ¡Señores! ¡noticia! Callaron todos y el recién llegado arrellanándose en uno de los divanes exclamó: He averiguado la verdad; no he parado hasta dar con ese hombre, con ese representante de la vieja España, que ha hablado inopinadamente en el Congreso. He celebrado con él una *interview* y estoy convencido de que es Don Quijote de la Mancha en persona. Primero le había yo enfocado, sacando de él una instantánea, y había cotejado su fisonomía con todos los dibujos y grabados que poseemos del Ingenioso Hidalgo en las más antiguas ediciones del Quijote, hechas en todos los países del mundo, y he visto que es el original indudable de aquellas copias. Es el mismo aspecto del que aparece en las ediciones ilustradas hechas en Madrid en 1706, en 1771 y 1819; de la impresa en Sevilla en 1854; de la edición inglesa de 1617, y de la de Leipzig de 1780. Sólo difieren las ediciones flamencas de 1662 y 1695, que le presentan gordo como un holandés fabricante de manteca de Flandes. Además del vivo parecido con los más auténticos retratos, su tipo coincide con el que Cervantes nos describió; y, por último, su locura de caballero andante, sus aventuras nuevas, que él mismo relata á poco que se le

ruegue, su talante, y su plena convicción de ser D. Quijote y de haber despertado ahora de un largo sueño en que ciertos encantamientos le han tenido, persuaden de ser su personalidad la de aquel Hidalgo manchego que aun va rodando por el mundo.

También he averiguado, añadió sin dejar que objetasen sus oyentes, cuál es el autor de aquella breve oda que nos leyó en mitad de su discurso. Es un pastor de la Mancha; le llaman el Poetilla, y viene á Méjico en pos de una rica herencia de un pariente suyo fallecido. Mandó desde España sus documentos, presentándose como aspirante, y entre otros le disputan el mejor derecho D.ª Luscinda Garríguez, viuda de Altamira, domiciliada en Villacañas, que igualmente remitió los justificantes de su pretensión.

Quedamos enterados, dijo bruscamente el del *trust*.

Muy bien lo del autor de la oda y aspirante á esa herencia; pero no puede ser lo otro de D. Quijote, replicaron algunos de los circunstantes; y sobre ello cargó la discusión, que sostenía valerosamente el periodista, contra casi todos los congresistas y huéspedes del hotel que en el salón estaban.

A todo esto el Príncipe había ido en busca de D. Quijote. Estaba maravillado del éxito de su discurso, cuando creyó echar al caballero como gladiador á las fieras de aquel circo, para que lo devorasen y divertirse á costa suya, viéndole rodar por la arena.

Dadme un abrazo, dijo al encontrarle disponiendo su viaje de regreso. Sois un luchador invencible, en toda clase de terrenos. El éxito de vuestro discurso es inmenso, y todos los periódicos de América lo copiarán íntegro.

¿Qué periódicos son esos? preguntó D. Quijote admirado.

La Prensa, la gran Prensa; unas hojas de papel que publican todas las noticias del mundo, los actos de los Parlamentos y de las Asambleas, las leyes que diariamente se promulgan, los discursos que los oradores pronuncian, las palabras y hasta los gestos de los gobernantes y hombres públicos, y todo el mismo día de ha-

ber sucedido, á la hora, al minuto; como si tuviera un inmenso oído para recogerlos, una prodigiosa memoria para retenerlos, y una voz potente para divulgarlos haciendo llegar sus relatos á todas las ciudades de la tierra, á todos los rincones del globo, hasta al albergue del campesino y la choza ignorada del pastor, dijo el Príncipe.

Nunca, exclamó D. Quijote, tuve noticias de tamaño gigante. Sabía de Argos, que tenía cien ojos para verlo todo, pero á cierta distancia; de Mercurio que calzaba alas en los pies para ir de una parte á otra rápidamente; pero no que existiese esa semidiosa que con un gran oído lo escucha todo en el planeta, que con prodigiosa memoria todo lo retiene y que con voz potente todo lo cuenta, y eso en el instante y simultáneamente por las cuatro partes del mundo. Llevadme á visitar á esa gloriosa Reina, que tal debe ser, añadió. Y el Príncipe prometió conducirle á un palacio donde sólo oiría rugidos de vapor, estremecimientos de ejes y tornillos, letras como las lenguas de un Pentecostés cayendo sobre fríos moldes para darles vida y palabra, y tiradas de papel infinito de inacabables cintas, que sacaban impresas todas aquellas noticias diarias del mundo.

D. Quijote dejó su tarea y se fué á visitar con el Príncipe á aquel noble gigante que tan buenos servicios prestaba á la humanidad; y cuando entró por la imprenta del Noticiero de Veracruz, la mejor montada de Méjico y vió llover aquellas letras de plomo, correr aquellos galerines y como rios entrar en aquellas prensas gemidoras, funcionar aquellas grandes rotativas, salir aquella inacabable cinta, partirse en hojas y mostrar en sus columnas cosas tan variadas, artículos, defensas, telegramas, noticias, miscelaneas, discursos y entre otras novedades el relato del Congreso hispano-latino, y palabra por palabra su discurso, quedóse maravillado y se descubrió con respeto, diciendo que rendía homenaje á la más grande maravilla del siglo; que era al libro que él conocía, lo que el hipógrifo de vapor, á la tarda carreta.

Entonces se enteró de los elogios que de él

se hacían, y vió que los aplausos que en el Congreso se le prodigaron repercutían en aquellas columnas, que semejaban, aunque modestas, las del templo de la Fama. Saludó á los obreros, salieron á despedirle los redactores, por haberle conocido algunos de ellos, que se hallaron en la tribuna de la Prensa durante la sesión memorable, y volvió á su habitación con el Príncipe, á tiempo que por la calle voceaban ya el Diario de Veracruz con las noticias del Congreso latino-americano, y el gran discurso de D. Quijote de la Mancha.

¿Está ó no acabada mi obra? preguntó éste al Príncipe. ¿Está ó no hecha la unión definitiva de los pueblos ibero-americanos con la vieja Hesperia? Y el Príncipe, sonriendo, respondió: Sí, mi Señor D. Quijote, completamente hecha y acabada, sin faltarle el más mínimo detalle.

Ahora ya puedo partir, dijo el caballero, y exclamaré cómo César, *veni, vidi, vici;* pero su interlocutor le objetó que aun nó; pues quedaban dos pedazos de América Española, que eran Cuba y Puerto Rico, y todo el imperio de España en Oceanía, usurpados por un gigantazo, que allá á la entrada de Nueva Yorck estaba, y que sólo por su ferocidad era comparable con la Esfinje de Tebas.

Pues yo seré su Edipo, respondió D. Quijote, y si se halla lo más á ocho ó diez mil leguas de aquí, iremos en unas cuantas horas y le desafiaré y venceré, declarando por España también esos territorios, que se nos arrebataron inicuamente.

No se halla tan lejos, dijo el Príncipe; pero os advierto que, como la Esfinje tebana, sólo se dará por vencido del caballero que adivine la respuesta de su enigma, que á todos propone, y que es el siguiente:

Fuí primero flor,
también pez sutil,
luego redentor,
y acabé en reptil.

Nadie ha dado aún con la contestación; así que el mónstruo devora al osado que se le acerca, aunque sea más forzudo que Teseo.

Ya daré yo con la clave de ese enigma y con

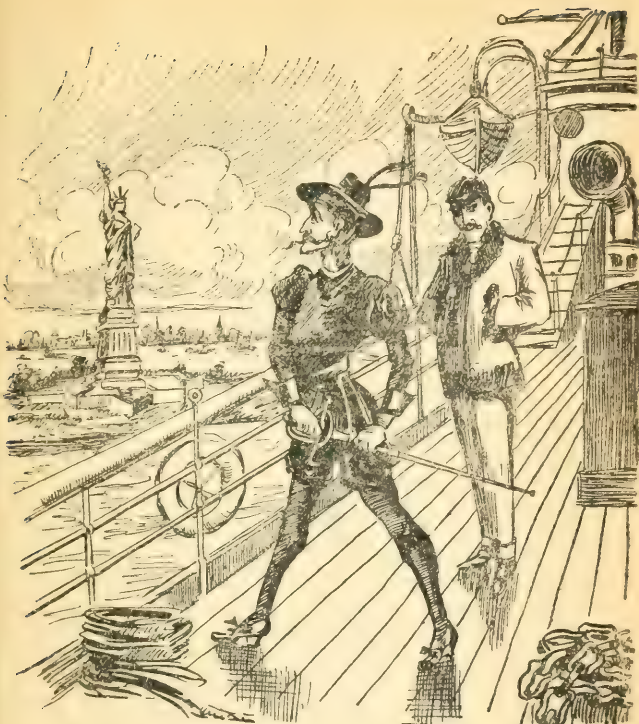
su desentrañamiento, dijo D. Quijote, y veréis enmudecer al vestiglo y quedar sin vida hecho piedra, como los tres magos que hallé en el camino de Jaca y que se convirtieron en montañas cuando los acometí.

Preveníos, pues, de espada y de ingenio y vamos hacia la Esfinge, exclamó el Príncipe, deseoso de nueva aventura. Y ambos tomaron pasaje para Nueva Yorck, llevando el caballero su espada al cinto, porque *no sabe ome lo que avenir puede*, y avivando el seso en todo el viaje, para dar con el significado del enigma del mónstruo, que le pareció tendría algo que ver con la historia de la Edad moderna, que había hojeado durante el viaje.

Llegados á Nueva Yorck, llevó el Príncipe á D. Quijote ante la *Estatua de la Libertad iluminando el mundo*, y al verla el caballero tan alta y colosal, con aquella frente coronada de rayos que parecían hojas de pita, y con aquella antorcha que creyó ser maza de Fraga, quedó un tantico suspenso y como encogido, por lo inmenso de la mole y la dificultad de acometerla, estando sobre un pedestal tan fuera de su alcance; pero el Príncipe le animó y le dijo que serían devorados de no resolver la adivinanza en seguida, y D. Quijote, cuadrándose ante la estátua exclamó:

¡He descifrado tu enigma, Esfinge espantable! ¡Date por muerta! Primero fuiste Flor, porque el navío «Flor de Mayo» trajo á los primeros de tu ralea á este continente; también pez sutil, porque como pez surcó aquel navío las olas, desde el viejo al nuevo mundo; luego redentor, porque de tu raza salió un Lincoln, que redimió á los esclavos de sus cadenas; y hoy eres reptil, porque has sustituído á tus generosidades las insidias y malas artes hipócritas de los reptiles, y con ellas has arrebatado á España lo que era suyo y la has desahuciado del Mundo que descubrió.

Y como la estátua callara y no bajase del pedestal á devorar á D. Quijote, éste se persuadió de que había dado con la respuesta, y de que el coloso había quedado muerto instantáneamente.



Ahora, díjole cara á cara, si te restan alientos para luchar, baja de ahí, jayán furibundo, con esa maza formidable; que aquí te espera espada en mano un solo caballero; pero si ya eres no más que ese reptil abominable en que la «Flor de Mayo» de los puritanos ha venido á parar, seguramente no bajarás aunque hayas quedado con vida; porque los reptiles, más ó menos gigantescos, sólo saben enroscarse traidoramente y no luchar con los caballeros frente á frente.

Como temiera el Príncipe que la gente del barco se agolpase, dijo á D. Quijote que la aventura estaba concluida, y que el gigante vencido ha-

llábase ya rígido y hecho bronce; por lo que era indudable que quedaban recuperados por el caballero, como botín de aquella victoria y devueltos á España, aquellos territorios usurpados; y D. Quijote con gran ufanidad, envainó la espada y para más provocar al coloso, por si se fingía de piedra y bronce á fin de esquivar la batalla, le retó de nuevo, y se retiró lentamente diciéndole al volverle la espalda: ¡Miserable!



CAPITULO XX

Del viaje triunfal de D. Quijote por la sojuzgada América y de los territorios que allegó al Imperio del Toboso.

Vencida la Esfinge, entró D. Quijote triunfante con el Príncipe en la gran ciudad de Nueva Yorck. Aquel nuevo coloso de Rodas que la defendía, aquella giganta Erifila que la guardaba, habían quedado convertidos en estátua inerte, y su aureola de hojas de pita no daba resplandor ninguno y su antorcha, con que pretendía nada menos que iluminar al mundo, no alumbraba siquiera lo que una cerilla de Cascante.

Dijo el Príncipe al caballero, que convenía recorrer de incógnito aquel Imperio sojuzgado y sobre todo aquella capital, por evitarse las continuadas muestras de acatamiento de tantas gentes, con que se retardaría el regreso de ambos. Y como D. Quijote viera que en efecto eran grandes las muchedumbres de aquella ciudad, determinó de no darse á conocer entre ellas, para mejor considerar la nueva Babilonia en que había entrado como otro Ciro, aunque sin legiones y sin desviar el curso de aquel río Hudson, que le pareció ser el Eufrates.

Lo primero que sorprendiólo fué que tales multitudes se le hubiesen entregado con sólo haber vencido él á aquel coloso de la entrada; pero el Príncipe le aclaró que así como un enjambre de abejas se disuelve en matando al rey de ellas, así quedaban enervadas é incapaces de resistir todas aquellas muchedumbres, que eran de mercaderes, al ser vencida su única defensora la giganta aquella de la isla de Bedloer.

D. Quijote consideró largo rato aquellos bosques de mástiles de navíos y de humeantes chimeneas, que se alzaban á lo largo de los muelles; aquellas inmensas vías rectas y espaciosas

donde se ostentaban magestuosos edificios y la grande y rica barriada de Val-Street, donde el Príncipe le señaló, explicándole su funcionamiento, los Bancos, las Compañías de Seguros, la Aduana y la Tesorería, que él hubiera creído un templo griego, á juzgar por su pórtico de soberbias columnas. Aquellos monumentos de piedra, aquellos palacios de mármol blanco, le deslumbraron. ¡Y todo era obra de mercaderes, sin más ideal que el negocio, según el Príncipe refería! El caballero no quería dar crédito á sus sentidos.

Fueron á la Bolsa, en que tantos millones de dollars se cruzan á diario, y subieron á la galería desde donde señaló el Príncipe aquel mundo de negociantes, entre los que circulaban los mil y más corredores de número que intervienen las operaciones. Aquella era la masa cerebral de aquel pueblo, y el Príncipe fué diciendo á D. Quijote cómo se cotizaba allí todo, desde las deudas de las cien naciones del mundo, hasta las acciones de todos los hipógrifos de vapor que recorrían la tierra y los mares; quedando estupefacto el caballero de que sobre aquellos hipógrifos hubiera constituídas poderosas sociedades de explotación, y no menos de que los Reinos y los Imperios tuvieran deudas y trampas que se negociaran.

Al pasar por la calle de *Nassau* vió grandes librerías, y aproximándose por curiosidad á sus escaparates halló en todos ellos su retrato y el libro de sus hazañas, escrito por Miguel de Cervantes, y el Príncipe le dijo que esa era la demostración de su victoria sobre aquel gran Estado; pues sólo á los victoriosos se les sacaba allí en efigie, y se les exponía á la admiración del pueblo; cosa con que se había sustituido á los antiguos carros y arcos triunfales caídos en desuso. Y como, siguiendo en derechura, viera D. Quijote el *Tribune Building*, con su torre gigantesca, y preguntara qué fuese, el Príncipe le respondió que era el Palacio de la Prensa donde se imprimía uno de los grandes periódicos neo-yorckinos, recordando el caballero la colosal dama aquella que todo lo veía, escuchaba, repetía y comentaba, por la redon-

dez del globo terráqueo, y creyendo que en aquella altísima torre tendría su puesto de acecho.

No dejó de pararse también ante la casa de Correos, soberbia construcción de granito, hierro y cristal; quedando aturdido por el gentío y el inmenso número de carruajes que allí paraban, y el Príncipe le dijo de qué modo aquellos buzones tragábanse todas las cartas de aquel sinnúmero de gentes, incesantemente renovadas, para circularlas por todo el mundo en alas de los hipógrifos de vapor.

El río humano, que iba en sentido contrario al de D. Quijote y que tiene según las horas en Broadway sus flujos y sus reflujos y aun sus corrientes encontradas, dificultaba la marcha del caballero y de su acompañante; pero á pesar de ello, lograron llegar á la gran *Plaza de la Unión*, donde están las estátuas de Lafayette, Lincoln y Washington, y como D. Quijote fuése hacia ellas, creyendo que le miraban con altanería, el Príncipe le manifestó que no se enfadara; que aquellos grandes capitanes habían quedado petrificados también, cuando fué vencido el coloso de la entrada; viendo D. Quijote por sus propios ojos que así era la verdad, y que las tres esfinges no parpadeaban siquiera.

Obscureció y en un abrir y cerrar de ojos se encendieron los cientos de miles de arcos voltáicos de la gran Babel, y el paseo de *Madison Square* ofreció un aspecto fantástico, con tantos brillantes carruajes, muchedumbres elegantísimas, jardines y fuentes, iluminado todo con luz de claro día por aquellas potentes lámparas; tal que D. Quijote dijo al Príncipe que, por lo que veía, en aquella ciudad debían residir hermanadas las dos hadas Electricidad y Lúmen, y que de allí mandarían á los otros pueblos sus mensajeros; respondiendo el Príncipe que era rigurosamente exacto, y que el Hada Electricidad vivía allí, en un soberbio Palacio: porque había contraído nupcias con aquel famoso mago llamado Edisson, de quien ya le tenía hablado en otra ocasión; el cual Mago conseguía las mayores diabluras, ayudado de ella, y había inventado aquellas lamparitas incandescen-

tes que el caballero había visto en casa de la Emperatriz de Villacañas, y aquellos fonógrafos que le habían maravillado en la mansión del Nigromante.

Lo que más sorprendió al buen Hidalgo fué la diversidad de templos de diferentes religiones, viviendo en paz todas ellas, sin luchas, hogueras, Saint Bartelemyes, Indices expurgatorios, ni Inquisiciones, cuando él recordaba las de su época. Allá estaba la Catedral de San Patricio, con sus botareles góticos, presidiendo muchos templos católicos; y, codeándose con ellos, multitud de capillas evangélicas, las diez y seis sinagogas judías y hasta el llamado templo masónico. Aquella gran tolerancia le admiró; pero el Príncipe recordóle que se trataba de una población de mercaderes, en que el negocio era lo primero, y que para comprar y vender, no había que reparar en que los que acudían fueran cristianos ó turcos, y sí dejarles entera libertad de adorar á Cristo ó al zancarrón de Mahoma.

A la mañana siguiente, fueron á visitar el *Parque central* con sus lagos, su terraza sobre el más hermoso, y sus paseos adornados de bustos de hombres célebres, que también halló Don Quijote petrificados por consecuencia del vencimiento del coloso; deteniéndose ante el gran monolito regalo de Ismael Bajá, colocado en pie, altísimo y esbelto, cubierto de geroglíficos egipcios, que en vano quiso el caballero descifrar. Y como preguntara al Príncipe qué monumento era aquél y éste respondiese que era *la aguja de Cleopatra*, D. Quijote quedó muy sorprendido de que aquella famosa Reina de Egipto, amante de Marco Antonio, hubiera usado en sus labores femeniles tamaña aguja.

El puente de Brookling le pareció un atrevimiento diabólico; visitó las fundiciones de hierro, creyendo haber bajado á las mismas fraguas de Vulcano, mejoradas maravillosamente por una serie de ferrerías y artefactos, que debían ser también infernales maquinarias; vió los diques flotantes, contemplando cuán fácilmente quedaban allí en seco los más poderosos navíos, y sobre armazones inmensos íbanse construyendo

otros; y en fin, el Príncipe le hizo montar en los hipógrifos de vapor que vuelan por cima de la ciudad, asombrándose el valeroso Hidalgo manchego de que aquellos mónstruos, domeñados por la mano del hombre, no corrieran sólo rapidísimamente á ras de tierra y debajo de las montañas por agujeros abiertos por geniales topos, sino que volaran también por cima de las ciudades con toda su inmensa pesadumbre.

Su asombro rayó en estupefacción al reparar en la multitud de automóviles que marchaban por calles y plazas, como si fueran tirados por fogosos caballos invisibles; y aquella noche, desde el *puente de Brooklin*, mirando encendidas todas las luminarias de la población y contemplando en conjunto aquella Babel, cuajada de portentos y maravillas, se creyó trasportado á un país fantástico, á la ciudad de un cuento; del cuento de la *Noche mil y dos*, que tuvo por absolutamente increíble, falso y disparatado el Sultán de las Indias, haciendo por ello degollar á Dinarzada, según el relato de Edgard Poé.

D. Quijote salió aturdido de aquella nueva Caldea, pero el Príncipe no quiso hacerle volver á Veracruz, sin llevarle á visitar otras gigantescas poblaciones de la América sajona: Chicago entre ellas, con sus doscientos hoteles, sus cuarenta y una línea férreas, sus novecientos trenes diarios, y sus grandes mataderos. El Príncipe explicó á D. Quijote que en aquella ciudad un incendio más grandioso que el de Troya y mucho mayor que el de los suburbios de Roma, á cuyos resplandores cantó Nerón con su cítara, había destruído de una vez diez y ocho mil casas, diciendo el caballero que era gran lástima que para apagar aquel incendio de un soplo, no hubiera estado allí el Obispo de Urgel.

En su viaje por tales emporios de la riqueza y de la industria, D. Quijote tuvo ocasión de ver los bosques descuajados, los campos maravillosamente cultivados, las máquinas agrícolas movidas por el vapor, los saltos de agua convertidos en dóciles esclavos del hombre, las fábricas de electricidad, los grandes ríos trocados en líquidos caminos del comercio y de la civilización, la actividad febril de aquellas gen-

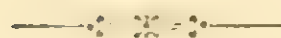
tes laboriosas, y volviéndose por la Florida, Paraíso cantado por el Poetilla, recordó al Príncipe el arribo á sus costas, de Ponce de León, congratulándose de que otra vez hubiera vuelto á poder de España esta región privilegiada, por su victoria conseguida contra la esfinge yanckée.

Ya lo veis, exclamó el Príncipe, todo os ha servido sumiso y obediente en aquella Tebas de las cien ciudades: los carros de vapor, los navíos, los hipógrifos voladores, los puentes que se han tendido á vuestro paso sobre ríos caudalosos, los palacios que os han abierto sus herradas puertas, las Hadas Lúmen y Electricidad, que la han iluminado en las noches para recreo de vuestros ojos. Los grandes capitanes que defendían á esa moderna Babilonia, quedaron convertidos en estátuas de mármol, bronce y granito, como el coloso de *Bedloer*. Vuestra es, pues, esta Florida de Ponce de León, hasta aquel gran río Missisipí que gentes españolas vieron las primeras, y en cuyo fondo yace el cadáver de su descubridor Hernando de Soto. Vuestras son ya para España nuevamente aquellas islas del Mar de las Antillas, descubiertas también por españoles, entre ellas la felice en que el gran Colón clavó el morado estandarte de Castilla. Vuestras son las mil trescientas de Oceanía, usurpadas en guerra traidora por el coloso que dejais vencido, perlas arrancadas de su florón á la corona de España: y en cuanto á la América latina fusionada queda por vuestra arenga fascinadora, y estrechamente unida al Imperio del Toboso.

Eso me satisface, respondió D. Quijote, y como añadiese el Príncipe que, al saber las proezas del caballero, sin necesidad de intimación, se habían rendido también y anexado al Imperio ibérico, Orán, Bujia y Túnez, Milán, Sicilia y Nápoles, el Franco Condado, el Rosellón y los Países Bajos, y aquel imperio de Alemania que rigió á la par Carlos V, refirió D. Quijote la necedad de su escudero Tragaldabas de haber huído de su lado, robándole un caballo y el cerco de brillantes del retrato de la Princesa de Portugal, por premura y afán de merodeo,

cuando de haber sido fiel, honrado, valeroso y sufrido podía haber elegido en aquella sazón cualquiera de esos Estados para gobernarlo con prudencia y comedimiento, como Panza lo hacía del Reino de Andorra.

Tomaron en el primer puerto ambos viajeros pasaje para Veracruz, y en él trayecto fué el Príncipe marcando con lápiz rojo, en un Mapamundi de que hizo minuciosa explicación al caballero, los contornos de todos los países de que quedaba definitivamente formado el Imperio Ibérico, con sus territorios é islas adyacentes; viendo D. Quijote con entusiasmo que constituían gran parte del mundo, y que podía ya sin temor de dejar á medias su obra, volver al sueño de su cripta, si algún encantador le suministraba algún filtro para aletargarle; pero proponiéndose no dejarse sorprender de nuevo y sí mantener con vigilancia, prudencia y fortaleza, aquella colosal herencia que halló perdida, y que había recobrado milagrosamente, desfaciendo los mayores agravios y entuertos de la Historia.



CAPITULO XXI

De la grande alegría llena de tristeza que tuvo el Poetilla y de su reencuentro con D. Quijote y su regreso á España.

Mientras D. Quijote recorría la Pensylvania con el Príncipe, maravillado de tantas grandezas y ufano de sus positivas conquistas, el Poetilla, que había estado todo ese tiempo ocupado en los asuntos que le llevaron á Méjico, buscó lleno de júbilo al caballero, para noticiarle su feliz resultado; cosa que le hizo no pensar en el Congreso latino-americano, ni en el éxito de su oda, ni en los relatos de la Prensa, ni en las fantasías y locuras de su señor.

Habíale sido adjudicada la rica herencia de sus lejanos parientes, que reclamaba, y veíase de la noche á la mañana convertido de pastor en millonario; y como la lechera con el cántaro sobre la cabeza, saltaba de alegría pensando que con aquella fortuna dejaría los campos manchegos y compraría hermosas fincas de pan llevar, y levantaría un grande y soberbio palacio, y entonces obtendría la mano de la esquiva viuda de Villacañas, y la llevaría consigo á habitar, alegrar y embellecer aquella suntuosa morada. En todo lo que no había más quiebra sino que el cántaro se rompiese contra el corazón de risco de aquella huraña señora, y no la pudiera llevar consigo al palacio aquel, y le resultara éste así sombrío y odioso, y todas las fincas de pan llevar muy buenas sólo para la labor y las rentas, y el dinero útil para dar satisfacciones á la ruín materia; pero no á los anhelos de su alma.

La ausencia de D. Quijote alarmó al flamante millonario, y echóse á buscarle por toda la ciudad; pero, como el que busca su mal halla, tropezó con una noticia que él ignoraba, respecto á la herencia que se le había adjudicado, y consistía en que uno de los aspirantes á ese cau-

dal, desfavorecido por el fallo, era precisamente la viuda de Villacañas; que acaso al saber que se desestimaba su pretensión, por causa del Poetilla, le cerraría más las puertas de su querer, abriéndole las de su rencor.

Con tal pesadumbre olvidóse el Poetilla de nuevo de D. Quijote, y se puso á escribir una sentida epístola á su dueña; pues, aunque él pensaba regresar á España enseguida, sabía que las malas noticias corren mucho y quería prevenir el ánimo de Luscinda, para cuando le llegara aquella mala nueva.

La carta era portadora de estas discretas razones:

«Señora mía del corazón: como la suerte nunca ha de ser colmada para mí, hoy que salgo de la pobreza por la herencia que se me adjudica de un pariente fallecido en Veracruz, viene á enturbiárseme la alegría, con saber que á la par os privo de esos bienes á que aspirábais.

»Si mi primera carta llegó á vuestras manos y os dignasteis pasar los bellos ojos por ella, veríais cómo todo sin vos me es indiferente en el mundo; y os digo en verdad que, más que indiferente, odiosa ha de serme esta fortuna de ahora, si por causa de ella puede nublarse un instante el cielo de vuestros deseos.

»Pobre era de riquezas, pero rico de esperanzas, cuando en vos pensando vagaba por los campos manchegos, ó sentábame sobre los peñascos con mis libros, dejando discurrir vuestros rebaños, que por ser vuestros me eran queridos.

»Si ahora he de quedar pobre de esperanzas, por ser rico de riquezas, malhaya la herencia que pretendí, y pronto estoy á abandonarla para volverme á mi oficio de pastor, y poder, señora mía, apacentar vuestras ovejas como antes, pensando en vos y escribiéndoos versos á mis solas.

»Pídoos, Señora, que al menos sólo sienta los rigores de vuestro desvío de entonces, mas no agravados por mi involuntario agravio de ahora; y la que dispone de mi alma entera, disponga á su talante de esa herencia y de mi suerte

futura; que todo lo rindo amante y fervoroso á sus pies.»

Cerró el Poetilla la carta, mandándola al buzón de la casa postal, y quedóse melancólico y ensimismado, leyendo y releyendo el borrador; pesaroso de no haber acertado á verter en aquellas líneas todo el raudal de su devoción y de su tristeza.

Sacó un retrato de Luscinda, que había hurtado una vez que estuvo en su casa, pues en estas bagatelas se hace para los amantes una excepción en el séptimo mandamiento, y se puso á considerar aquel rostro agraciado, aquel busto gentil y aquellos vivos ojos negros, que parecían mirarle semi-burlones. Como nadie le veía, besó mil veces la efigie y se la apretó contra el corazón, y luego la puso en su mesa sobre la escribanía, de modo que estuviese en pie, y se hizo traer hermosas flores, rodeándola como en un altar.

En esta contemplación hallábase, cuando Don Quijote, de regreso de su viaje, entró en el cuarto del enamorado pastor, y sacándole de sus abstracciones, le dijo que ya podían partir hacia España, pues dejaba concluídas y finiquitadas sus empresas, y que el Príncipe también se volvía con ellos, porque le habían salido mal las suyas.

¡Ay, Señor! exclamó el Poetilla; ¡cómo quisiera yo que al Príncipe le hubieran salido bien, aunque á mí me hubiesen resultado rematadamente mal! Y le contó el suceso, que interesó grandemente al caballero, por ver cómo la fortuna se complace en burlarse de los míseros mortales, no haciéndoles beneficio cumplido, sino siempre con mezcla de sinsabores.

No te apures, dijo D. Quijote, pues quién sabe si eso que miras como causa de animadversión de la Emperatriz de Villacañas, no será sino motivo para inclinarla á tu persona. Porque, antes ella era una Reina que tenía grandezas y esperaba otras mayores con esa herencia cuantiosísima, y tú un pobre pastor, aunque armado caballero, sin blanca; mientras hoy ella es una Reina cuya hacienda debe estar empeñada como suele acontecer á muchas, y tú un caba-

llero opulento, y ya no hay tanta distancia para que podais hacer buenas migas.

Vámonos, pues, á nuestra tierra, tú cargado de millones y yo de laureles, y descansemos algo de nuestras correrías; que ya siento que los huesos me piden algún reposo.

Accedió el Poetilla á salir en el primer trasatlántico, aun yendo el Príncipe, pero rogando á D. Quijote que no le descubriera ni le señalara como el gananciosa de aquella pingüe fortuna; y allá quedó Veracruz con su castillo de Ulúa, mientras el barco magestuoso salía á las rizadas olas del golfo mejicano, llevando otro mundo de viajeros sobre el puente, que suspiraban ó se despedían con ojos lacrimosos de aquella encantada tierra.

¿Pues no parece que había echado yo raíces en el Nuevo Mundo? dijo D. Quijote á su opulentísimo escudero. ¿Qué sensación es esta de vacío que me embarga? ¡Ayer pena, por abandonar la madre patria y Dulcinea; pena hoy también por dejar este suelo al que nada me liga!

Será, dijo el Poetilla, que tendremos los hombres algo de plantas ó arbustos, pues á mí me sucede lo mismo. ¿Quién sabe sí, como leí en cierto libro, traeremos nuestro origen del reino vejetal, y habremos llegado á hombres por transformaciones innúmeras, y á la vez que conservamos algunos instintos de las fieras, por cuyas formas ha pasado la humana progenie, guardaremos también condición de plantas parasitarias?

Todo puede ser, respondió D. Quijote: porque hombres y mujeres suelen tener parecidos con árboles y flores. Así una que es alegre y espléndida, semeja al naranjo con sus redondas pomas; otra blanca y delicada es como la flor del celindo; este robusto se parece al roble; aquel raquítico y rastrero á la cucurbitácea y cuenta que de estos son los más.

Y yo, exclamó el Poetilla, me parezco al sauce; que cuanto más riqueza de agua tiene y goza para alzarse risueño y feliz, más deja caer sus ramas tristes á la tierra, para besar enamorado el ampo de la luna.

¿Nos seguirán las sirenas? preguntó D. Quijote, variando de conversación.

No lo creo, respondió el Poetilla; pues la principal que se nos entró en el buque á la venida, trocada en Desdémona, quedóse allí en Veracruz, en una compañía de ópera de que forma parte. Esta noche representaban Aida, y me alegro de que no la haya Usía visto: porque no hubiera consentido que muriese enterrada viva.

¡Pobre mujer, exclamó D. Quijote, qué triste sino el suyo! ¡La liberté de ser extrangulada y ahora la entierran viva, por lo que te oigo!

¡Ah, Señor, respondió el Poetilla, dejando dibujar una sonrisa; ayer como Desdémona la extrangulaban, hoy como Aida la emparedan, mañana como Lucrecia la envenenarán, y pasado como Traviata morirá tísica!

D. Quijote se quedó pasmado de que una sola mujer sufriera sucesivamente tan diversos géneros de muertes, no acabando del todo sino por la tisis galopante.

¿Sabes que te digo? exclamó como síntesis de sus reflexiones: que de todo puedo yo salvarla, á fuer de caballero andante: del veneno, acudiendo y rematando al que se lo prepare; del emparedamiento, derribando los muros que la aprisionen, y de la extrangulación, arrancándola de manos de su verdugo; pero de la tisis galopante nó, que eso cae fuera de los dominios de mi profesión y aun de físicos y doctores.

No tal, dijo el Poetilla, que hoy hay unos nuevos duendes, que también vencen á ese sutil enemigo de la tuberculosis y á otros semejantes que se nos entran en el cuerpo y nos traen la muerte tan callando, como decía Jorge Manrique. Porque ha de saber Usía que el hombre, después de haber sojuzgado tantos mónstruos, hadas y genios visibles é invisibles, como son el vapor, la electricidad, el éter y en general las fuerzas universales, incluso la del sol, que ya parece vá á condensarse y mover máquinas y aparatos, ha descendido también al mundo de lo pequeño, y allí ha sorprendido la lucha de unos geniecillos contra otros, y ha procurado introducir por fáciles inoculaciones en el organismo humano, aquellos geniecillos antitéti-

cos á los que se nos entran para matarnos; de mode que ha llegado á poder destruirlos dentro de sí por la acción antitética de los otros, salvando á la humanidad del garrotillo, de la viruela, de esa tuberculosis que creíase fuera de todo poder, y hasta de la rabia que era antes incurable y terrible; triunfo hermoso de esos caballeros andantes del laboratorio y de la ciencia, más esforzados que Hércules, que sólo pudo luchar con tifones y mónstruos visibles, y no con los infinitamente pequeños y traidores.

¿Cómo sabes todo eso? preguntó D. Quijote. Ese sí que es el mayor cuento de hadas que he oído en mi vida, y si tú hubieses sido Scherarzada y yo el Sultán, no hubiera perdonado á Dinarzada ya por lo desatinado de tu invención.

Cuento parece y no lo es, dijo el Poetilla, y he de decir á Usía, que yo lo he leído con mis propios ojos; pues, no sólo me dediqué á devorar libros de versos y de historia, sino también de otras ciencias y artes; que todos me los prestaba el médico de mi pueblo, y en años enteros de guardar rebaños me he sorbido sus lecturas á la sombra de las peñas, que han sido mis asilos, bajo la bóveda azul del cielo, que ha sido mi maestro, y ante la libre Naturaleza, que fué mi Universidad.

Pues si no es cuento, dijo D. Quijote, declaro que es la mayor hazaña llevada á cabo en todos los siglos, y de buena gana estrecharía la mano de esos caballeros andantes, que por diversos lados la acometieron.

Aquí hay uno, dijo el Príncipe que estaba cerca y había oído la conversación; y presentó á D. Quijote cierto médico y bacteriólogo famoso, que con él iba bajo la toldilla en que se hallaban, y que era un anciano venerable de larga y blanquísima barba.

Saludóle el Doctor, y como D. Quijote le refiriese lo que él creía cuento del Poetilla, aquél se lo ratificó diciéndole que esos duendecillos invisibles pululaban por todas partes; pero que el microscopio los hacía visibles y clasificables, y el cultivo los mantenía en el laboratorio, atenuando su virulencia, y en suma, todo consistía en conocer al enemigo y base de su rival

que lo destruyese, explicándole de un modo accesible á su inteligencia las toxinas y antitoxinas.

Hay entre nosotros, dijo el bacteriólogo que ya sabía algo de las imaginaciones caballerescas de su interlocutor, una doncella andante más esforzada que Bradamanta, más hermosa que Marfisa y más andariega que Angélica. Ella sube á los astros y los mide y pesa con exactitud; nos da en el espectro de su luz la enumeración de sus componentes; nos saca la fotografía de los planetas y nos traza sus órbitas y sus movimientos; ella baja á las profundidades del mar y nos trae sus medidas, punto por punto, y la descripción de sus mundos, de sus abismos y de sus madréporas; ella recorre la tierra entera y nos forma el catastro de sus floras y fáunas; ella sojuzga las fuerzas físicas del globo y las pone obedientes á nuestro servicio; ella en fin vence á los enemigos visibles é invisibles del hombre, y hasta levanta la punta del velo que encubre el arcano de su pensamiento y de sus destinos.

Señor mío, dijo D. Quijote con ingenuidad; sed portador de mi homenaje de admiración para esa doncella andante, y decidme siquiera su nombre, por si alguna vez me la tropiezo, poder conocerla y respetarla.

Se llama, respondió su interlocutor, la Ciencia, y es la Minerva antigua despojada de su inútil casco de guerrera, y de su lanza inservible para esas batallas: armada del telescopio, del microscopio, de la dinamo y del escalpelo.

Calló D. Quijote pensando que acaso esa poderosa Minerva sería la que había tendido aquellos puentes admirables que vió en la Pensylvania, la que había alzado aquellas torres de Babel que se llamaban casas en Nueva Yorck, y hecho correr los hipógrifos de vapor por cima de sus calles y edificios, ó por bajo de éstos, y movido aquel aparato maravilloso que ensayaba Marconi, para hablar con buques que navegasen lejanos y con playas remotas, sin necesidad de alambres trasmisores, y entonces sintió pena de que Dulcinea hubiera quedado muy atrasada en todo esto por causa de su guerra con

la Patagonia, que sin duda no le había dejado tiempo de estudiar estas nuevas nigromancias.

¡Cuán irresistible hubiera sido su poder, de haber llegado á reunir, á su hermosura y corazón valeroso, aquel tesoro de sabiduría, que sojuzgaba á toda clase de mónstruos invisibles! Pero, desgraciadamente, no se había curado de ello, ni aun del buen régimen de sus Estados, y en vez de nobles caballeros andantes, instruídos de esas maravillosas ciencias ocultas, sólo habían salido en sus Reinos, como mala yerba, ignorantes y ambiciosos Panzas, ó ladinos y aprovechados Bartolas.

Estas reflexiones amargaban las victorias del caballero y la alegría de las reconquistas llevadas por él á cabo de tantos territorios, para recomponer la imperial corona ibérica: pues ¿de qué servirían, si luego no eran mantenidas por la virtud de aquella Minerva novísima, huida de nuestro suelo, y habituada ya á vivir y prestar sus beneficios á otros pueblos menos valerosos, pero más sabios, trabajadores y hábiles?

Durante todo el viaje fué pensando cómo atraería á esa semidiosa á los alcáceres de su patria; cómo la sentaría en sus cátedras y la llevaría á sus campos y á sus talleres, para infundirles el mágico soplo regenerador. Pero esa no era hazaña suya: para ello sentíase sin fuerzas y sin elementos. Se lo recomendaría á su hijo: al Príncipe aquel que había de nacer de Dulcinea: al prometido de la Princesa Beatriz.

Yo soy ya viejo, pensaba, para ese nuevo orden de empresas. Acostumbrado á los combates y á las aventuras, me abruman los libros y los estudios. Sólo el hojear aquellos tomos de Historia, me produjo vértigos. Después de la batalla de los Cuervos, no sentí el cansancio que me dejó aquel discurso de Veracruz. Volvamos á la patria manchega, con los laureles guerreros, y dejemos algo que realizar á nuestra gloriosa descendencia; no queriendo yo hacérselo todo.

De esta opinión fué también el Poetilla, á quien la comunicó D. Quijote, y que deseaba apartar al buen caballero de nuevas fatigas, viéndole muy demacrado y macilento. Y así lle-

garon á Cádiz, donde al ver D. Quijote una división de la armada inglesa, con aquellos barcos de formidables cañones y torres blindadas, que parecían castillos de acero flotantes, preguntó si no había hojas de higuera por allí, para echarlas al mar y hacer que se convirtiesen en acorazados españoles, como en urcas y bajeles las hojas de palmera y oliva del guerrero Astolfo.

En Cádiz no hay higueras, dijo el Príncipe; ni siquiera palmeras ni olivos. Y D. Quijote lo lamentó mucho, por perderse aquella ocasión de haber opuesto una nueva Armada Invencible, á aquella británica que orgullosa se balanceaba en los mares.

Apenas había pisado Cádiz, D. Quijote hallóse manos á boca con el Nigromante. En su excursión de recreo con Dulcinea, había llegado á la ciudad de las murallas blancas, como la llamó Byron, y allí vivía hacía meses. Grande fué su contrariedad al ver al caballero, que no parecía ser sino su sombra; peró disimuló como antes, y le saludó fingiendo contento y satisfacción.

Todo lo hice, como Dulcinea me lo pidió, dijo el de la Triste figura: la soldadura de Portugal con España, la reconquista de Gibraltar y la unión de los pueblos ibero-americanos con la Península. Vencí además al coloso yankée, y recuperé Cuba, Puerto Rico y Filipinas. España vuelve á ser grande como era cuando caí en mi sueño letárgico, y el sol que no se ponía en sus dominios, saliendo ahora por el extremo Oriente ilumina sus tierras de la Oceanía, estando suspenso en el cénit su Imperio Ibérico, y poniéndose por Ocaso sus inmensas colonias de América. Pero necesito de vos un nuevo prodigio: haced venir á Dulcinea, para que pueda darle cuenta de estos triunfos y concertar ya con ella definitivamente mis bodas.

El Nigromante se lo prometió, y dijo que, como se hallaba ella de nuevo en la Patagonia recomponiendo sus ciudades y arreglando su gobierno, tardaría algunas horas en llegar: por lo que le señaló el hotel allí próximo en que él vivía, y le dijo que volviera á la tarde á aquel

palacio, donde llegaría ella á las cuatro en punto.

Holgóse mucho de ello D. Quijote, y el Nigromante le dejó, corriendo á noticiar á Dulcinea la nueva aparición del caballero, y el enjambre de sueños disparatados que traía como realidades.



CAPITULO XXII

Del matrimonio de D. Quijote y Dulcinea y los consejos que dió á ella y al Principe heredero *non nato*, y otros desvaríos que se le ocurrieron.

La entrevista fué cordialísima entre D. Quijote y la Emperatriz del Toboso, que llegó á la hora en punto señalada, magníficamente vestida, con su estrella de brillantes sobre la frente y su sonrisa inefable en los labios.

Alzad, valeroso caballero, dijo al de la Triste figura, que como siempre le rindió acatamiento hincando la rodilla. Ya he sentido los efectos de vuestras proezas maravillosas, y de haber dado cima á las tres empresas que el viejo del desierto de Sahára me ponía por condición. Nueva estoy, flamante y rejuvenecida, tal que todo lo del patagón me ha parecido una pesadilla tétrica. Hasta aquello del hijo nacido de mí lo creo una fábula.

D. Quijote se estremeció, pensando si podría ser un nuevo y temeroso obstáculo para sus ansias el descubrirse que él se había comido la tercera parte del hijo de su dama; pero, consultando al Nigromante sobre el caso en un momento en que aquélla salió á traer un valioso regalo para su campeón, enterado de todo, aquél le descubrió que nó y que el cabrito desollado por Tragaldabas era una mera figuración ó fantasma, de los muchos que suelen forjar y presentar como realidades los encantadores.

Recibid, dijo Dulcinea á D. Quijote, volviendo con un estuche, estas insignias de la más alta orden de mis Estados; y abriendo la caja de terciopelo y raso, echó al cuello del caballero una cadena de oro con muchos dijes y zarandajas, que solían llevar las damas á la sazón, y en que había un cuernecito, una calabacilla y un borreguillo del mismo metal. Es el toisón de oro, añadió: y D. Quijote lo recibió como la más alta merced de aquella soberana Señora.

¿De modo, preguntó ella, que ya está hecha la unidad ibérica; que ya es nuestro Gibraltar, y todas las naciones americanas de origen ibero también forman con nosotros una gran confederación de Estados hermanos?

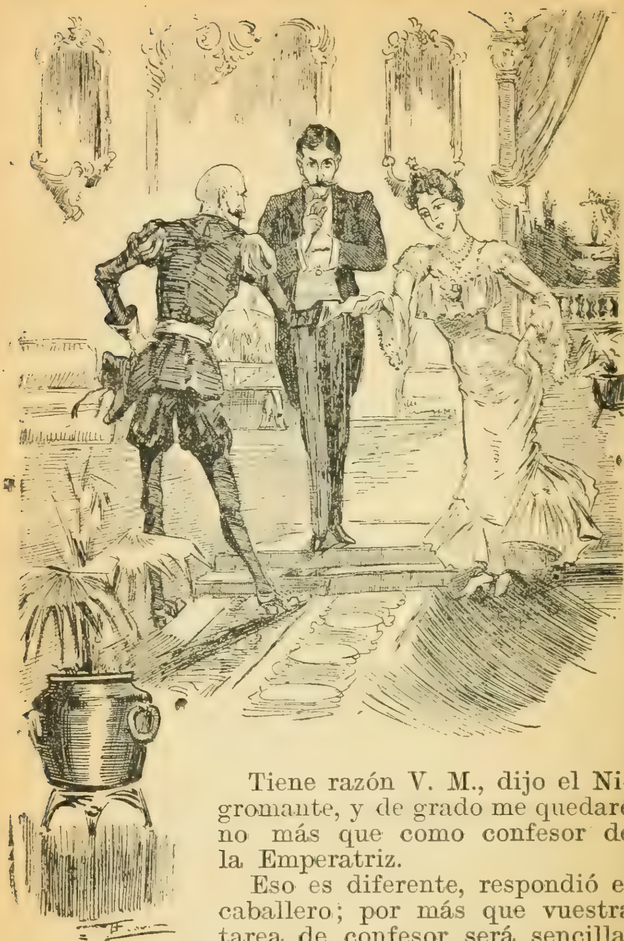
Completamente, respondió D. Quijote; y refirió á Dulcinea y al Nigromante cómo llevó á felice fin aquellas al parecer difíciles conquistas, unas veces con la diplomacia, otras con la espada y otras con el discurso. Ahora, Señora mía, le suplicó, espero ver colmadas mis ansias y que os dignéis conceder ya á vuestro cautivo caballero la mano y el corazón.

Este vuestro era, es y será, dijo Dulcinea; mi mano va tras él como corderilla. Sea el señor Nigromante testigo de nuestros esponsales, y pues él tiene las órdenes sacerdotales recibidas, aunque está algo retirado de la Iglesia porque no le hicieron Obispo, él mismo bendiga aquí nuestra unión.

Pues lo queréis lo haré, exclamó el Nigromante con tono solemne; é instándoles á arrodillarse, les recitó algo que parecía la Epístola de San Pablo, les pidió el sí respectivo, y les echó las bendiciones.

Quijote, dijo Dulcinea; pues que ya eres mi esposo y Emperador consorte de mis dominios, nada quiero sin ti hacer ni disponer en ellos, y lo primero en que te pido consejo es en si hacemos al Sr. Nigromante primer Ministro, ó mejor Canciller de nuestro Imperio, sin que su condición sacerdotal sea obstáculo; puesto que ya tuvieron igual categoría en Francia Richelieu y Mazarino, y en España el Cardenal Jiménez de Cisneros.

Altos méritos, dijo D. Quijote, lleva contraídos el Sr. Nigromante para ese elevado cargo; cuanto más que conviene á un Imperio que su Canciller posea esa oculta ciencia de la nigromancia, que todo lo conoce y escudriña, para dirigir mejor la nave del Estado y precaverla de escollos; pero ya sabes Dulcinea las corrientes de opinión que hay en estos días y dirían los enemigos del Estado, al ver un ordenado *in sacris* de Canciller, que te habías entregado en brazos del clericalismo.



Tiene razón V. M., dijo el Nigromante, y de grado me quedaré no más que como confesor de la Emperatriz.

Eso es diferente, respondió el caballero; por más que vuestra tarea de confesor será sencilla, porque sabiendo todos los sucesos por medio de esa ciencia oculta, en cada instante podéis tener conocimiento de los pecados de la Emperatriz, sin ella declararlos, y, con absolverla de cuando en cuando, se simplifica la operación.

No tal, objetó aquél; que el bien de la confesión no está en eso, sino en la humilde declaración de las culpas y el propósito de la enmienda, y faltarían estos esenciales elementos.

D. Quijote lo reconoció, como buen cristiano, y el Nigromante quedó con este cargo de director espiritual.

Otra cosa me ocurre consultarte, Quijote mío, dijo Dulcinea; y es qué organización daremos á nuestros reinos: si me declararé Reina absoluta, ó constitucional, con Ministros responsables de mentirijillas y Cámaras de sempiterna charlatanería.

No me hables de Constitución, replicó Don Quijote, que en mis tiempos no se estilaba eso y todo iba á maravilla. El Rey ha de ser Rey, responsable él mismo ante Dios, ante la Historia y ante su pueblo de los actos de su poder y de sus decretos soberanos. No hay más que dos maneras de gobernar útiles y verdaderas: ó esa, ó la del pueblo mismo, haciendo las leyes por sí y rigiéndose por sí propio, como en la República de Atenas. Fuera de ello, todo es mentira y farsa; y esa república ilustrada y no representativa, de gobierno directo del pueblo por el pueblo, no será conveniente todavía, mientras haya tantos Tragaldabas en tus dominios. Entonces D. Quijote contó lo acaecido con su tercer escudero, y dijo que el primer decreto que esperaba refrendase su consorte la Emperatriz, era el de mandar ahorcar á Bartola.

Así lo haré, dijo ella, y servirá de ejemplar castigo.

Será justicia, respondió D. Quijote, y ahora pasemos á otro asunto.

Ya sabes por lo que te he contado, que nuestro hijo el futuro Príncipe de Asturias, es el prometido de la Princesa Beatriz. Hay que mandar una embajada extraordinaria á Portugal, á pedir la mano de esa Princesa al Rey su padre, y debemos escribirle unas cartas autógrafas, si te place.

Dulcinea asintió placentera, y la concordia de voluntades de los regios cónyuges, en aquellos primeros negocios, dijo el Nigromante que era prenda segura de paz y de prosperidad para la Nación.

Acabados por aquel día los asuntos interiores, trataron de los exteriores, ó sea de las relaciones que convenía mantener con los pueblos. Y Don

Quijote opinó que con Portugal, hecha la unión, no debía haber sino unidad de gobierno, de administración y de leyes; pero con gran libertad de régimen municipal para todas las ciudades; pues aun en tiempo de los Césares romanos, existía esta vida libre de los municipios. Las Américas y Filipinas debían gozar de autonomía; gobiernos suyos, administraciones suyas, leyes peculiares de sus usos y costumbres; pero dependencia con la Metrópoli, para la guerra y la paz, y la gloria y el poder de la gran familia hispano-colonial. Respecto á colonias atrasadas, como las africanas y otras de Oceanía, opinó por un régimen tutelar. Y con todas las naciones extranjeras aconsejó paz y harmonía, para que el carro de la civilización no se atascase ni volcara.

Ahora, añadió el caballero, cómo si lo tuviera vivo y en la edad de la razón á su lado escuchándole, quiero dar á mi hijo algunos consejos. Tú, hijo mío, estás llamado á regir este Imperio colosal, que recompuse y que era de mis mayores. Te lo encuentras rehecho casi todo, incluso la formación de la gran familia iberoamericana. La noble obra de tu reinado debe ser la unión de las varias familias latinas, para que esta gran raza no se vea privada de su glorioso cetro en la cultura del mundo. La raza latina debe sentirse y reconocerse, juntarse y amarse, y tú has de ser el campeón de esta idea, proponiéndola á los demás pueblos en algún Congreso, como yo hice con los de la América española. Procura que algún poeta te haga alguna gran oda, alusiva al asunto, y con ella tendrás andada la mitad del camino; que la poesía es suave voz que en las almas se introduce. De todas las familias latinas, la nuestra es la mayor y la más extendida. Sin embargo, si todas quieren hacer de Roma su Metrópoli, y firmar las paces en sus altares, no te opongas; que ella es la más antigua de la raza, y la que á eso tiene más derecho.

Permítame V. M. una interrupción, dijo el Nigromante, y es que sin duda no ha caído en la cuenta de que ahora Roma es la capital de Italia, porque perdió el Santo Padre el dominio

de ella y de todos sus Estados Pontificios, en tiempos de cierto Rey galanteador de doncellas, que se atrevió hasta con la cúpula de San Pedro. Siendo esto así ¿qué se hará con el Papa, y qué papel jugará en estas bodas de los pueblos latinos?

Él las consagrará, dijo D. Quijote; pero como no será conveniente ir á romper ahora la unidad de Italia, ni dejar á ese Pontífice prisionero en una iglesia, ni en un palacio, aunque éstos sean San Pedro y el Vaticano, le darán todos los pueblos otros nuevos Estados Pontificios, para que desde ellos gobierne con independencia la Cristiandad, y serán tales que no los rehusará ciertamente, y se habrá realizado otra aspiración histórica y cristiana de esos pueblos, que se levantaron un día á la voz de Pedro el Ermitaño.

¡Cómo! exclamó el Nigromante curioso de saber esta quimérica solución.

Sencillamente, añadió el caballero. Reconquistarán esos pueblos el Santo Sepulcro, y de todos los Sagrados Lugares, en mal hora dejados en poder de gentes infieles, se harán los nuevos Estados del Papa, poniendo la Cátedra de San Pedro al lado del Monte Calvario, del Huerto de las Olivas y de los más memorables parajes de nuestra Redención. Palestina, arrasada por las guerras y las desidias, florecerá de nuevo. Suntuosos templos se alzarán en ella; ciudades portentosas y cristianas surgirán. Inmenso número de peregrinos afluirá á Jerusalén, y la voz del Vicario de Cristo resonará, como si fuera la del Mártir mismo del Gólgota, extendiendo su influjo por el mundo. El Cisma griego se acabará; se reconciliarán las dos iglesias de Oriente y de Occidente, y las herejías de Lutero, Calvino y demás viles reformadores, quedarán aisladas, retorciéndose en la impotencia, con la cabeza como la serpiente del Paraíso aplastada por el calcañar de la Iglesia católica.

El Nigromante, apesar de sus burlas, no pudo menos de quedar admirado ante aquel portentoso soñador, que recomponía pueblos y razas, y arreglaba á su placer la labor futura de los siglos.

No os admiréis, prosiguió el caballero, viendo la estupefacción del confesor de la Emperatriz; yo también tengo algo de ciencia oculta, para la adivinación de lo futuro, y veo claro como si se copiara en un espejo, todo lo que ha de suceder en las nuevas etapas de la Historia. ¿Creéis, por ventura, que todo ha de quedar como hoy está? Viendo las mutaciones que ha sufrido el mundo desde que me dormí hasta que me desperté, colijo las que han de sobrevenir, mayores cada día. Se hará cuanto he dicho, y mucho más, sobre todo cuando ya están doblegados por el hombre y le obedecen sumisos los gigantes, hadas y fuerzas ocultas del universo.

Los pueblos, agrupados en familias, se unirán en razas grandiosas, como los señoríos y baronías minúsculas se unieron en fuertes nacionalidades. Repartido el globo en cuatro ó cinco razas, como quien dice, en las descendencias de Sem, Cam y Japhet, estas grandes agrupaciones pactarán la paz universal y la alianza definitiva de todos los Estados del mundo, y cesarán las guerras y conquistas. Sobrevendrá en el interior de cada Estado el imperio de la justicia, de la fraternidad y de la razón, y los caballeros andantes colgarán sus armaduras y espadas, no habiendo ya agravios que desfacer, ni entuertos que enderezar, y descolgarán los laúdes para cantar sólo amorosas penas. Las ciudades quedarán aisladas, como inmensas galerías de máquinas que trabajarán solas y sin ayuda del hombre, dando para todos gratis el alimento y el vestido; y en los campos las zagalas en trenza y en cabello y los hidalgos hechos pastores con sus zampoñas, renovarán la edad de oro ensalzada de los poetas, y recobrarán el Paraíso perdido por nuestros padres. La tierra seguirá dando frutos para regalo y flores para ornamento; apagaránse los volcanes temibles, y se convertirán en auras suaves los ciclones; las mismas montañas se achatarán, perdiendo sus asperezas, y se bajarán al hombre obedientes, como dromedarios que se arrodillen para recibir su carga; los ríos fecundarán los desiertos y templarán los rigores de los simounes, y el globo será un inmenso y deleitoso

jardín, teniendo por lagos los mares, por macizos los bosques olorosos y por cisnes las góndolas en que pasarán las hermosas, coronadas de flores, cantando.

Dulcinea quedó también maravillada de esos sueños suaves de bienandanza y de la imaginación inagotable de su caballero; orgullosa desde luego, como mujer, por haber cautivado de veras á un espíritu semejante.

Casi no hubiera querido dejarle partir; quizás deseaba mantenerle cerca de ella, oyéndole ese dulce delirar; pero aquello no podía pasar de una hora de divertimiento, y el Nigromante ya la miraba impaciente.

Fué preciso fingir que la llamaban de la Mandchuria, en ayuda de Rusia contra el imperio del Sol Naciente, y que, teniendo que partir ella, debía quedarse de Gobernador general en sus Estados de la Mancha, su consorte D. Quijote; así que, muy á pesar suyo, con las lágrimas en los bellos ojos, que entristeció como actriz consumada, despidióse de su esposo, haciéndole muchos encargos de que velara por sus súbditos, y de que él mismo se cuidase de mandar ahorcar á Tragaldabas y á todos los de su ralea.

D. Quijote se afectó grandemente con aquella forzosa separación, y preguntó á Dulcinea qué conflicto era aquel de Rusia y el Imperio del Sol, y ella le refirió muy por cima la guerra que mantenían aquellos rusos rubios, de largas melenas, con aquellos ejércitos del Mikado, compuestos de hombres de color de aceituna sevillana, de ojos oblícuos y pómulos salientes; diciendo que era tal el pánico en Europa por los triunfos de éstos, que ya constituían lo que se llamaba *el peligro amarillo*, que hacía á las gentes blancas mirar con horror hasta la bayeta amarilla y todo lo que tuviese color semejante.

Si és así, dijo D. Quijote, parte en auxilio de los blancos, que son nuestros iguales y no dejes un aceitunado en todo el haz de la tierra; pues sería cosa triste y fea que nos arrollaran, vencieran y exterminasen, y quedaran imperando sobre el planeta como prototipos de la fuerza, del talento y de la belleza, esas caras amarillas

y melancólicas, de abultados pómulos y de ojos perpendiculares. Dios mismo, al ver así contrahecho á su Adán, mandaría algún diluvio para que volviese á empezar la especie humana, por una pareja blanca y bella, la historia del mundo, y no se dejase arrebatar la supremacía por ninguna desviación de su tipo.

Y como le objetara el Nigromante que todos eran hijos de Dios y tenían derecho al planeta en que vivían, no lo negó D. Quijote, como no negó que los tuertos y los jorobados y los cojos fueran también hermanos nuestros; pero añadiendo que, no obstante, sería una gran desgracia que no llegara á haber en el mundo, más que tuertos, ó cojos, ó jorobados; lo mismo que resultaría horrible que, por estas luchas y preponderancia de una raza inferior, pero más prolífica, no llegara á haber sobre la tierra más que negros ó aceitunados.

Ellos mismos, añadió el caballero, tendrían en tal caso que procurar la reconstitución de la raza blanca para ornamento de la tierra, para nobleza del arte y para deleite estético de los sentidos: porque, decidme, por ejemplo ¿con qué Venus aceitunada y de cara dificultosa podrían sustituir la blanca y harmoniosa de Fidias, ni con qué estátuas de su tipo japonés el Apolo de Belveder, ni con qué rostros las vírgenes de Murillo? Por lo demás, concluyó, cuando esas razas inferiores, aceitunadas ó negras, levanten un Parthenón, tengan un Dante, canten como un Petrarca, den vida á un Colón, cuenten con un Newton, ó reciban el beso de la predilección divina, encarnando en ellas un Verbo, entonces tendrán derecho á hombrearse con la raza nuestra y á disputarle su hegemonía.

Miróse Dulcinea al espejo, arreglóse un poco los ricillos dorados, se puso más saliente la estrella de brillantes sobre el promontorio de su cabellera, y vió que D. Quijote tenía razón y que esa estrella era el símbolo del triunfo indispensable de su raza, hermosa y gentil, inteligente y espiritual, suprema expresión de belleza del celeste escultor, que modeló las formas de las criaturas.

En seguida se colocó su sombrero de amazona,

cogió el látigo de montar, é hizo como que partía hacia aquellas remotas regiones, á dar en la cara á todos los ejércitos del Mikado. Don Quijote la abrazó, la dejó salir de la estancia, y se quedó un momento con el Nigromante, que procuraba consolarle y animarle, para que partiese incontinenti á su Regencia de la Mancha.

Cuando el caballero partió para tomar el camino de su tierra manchega, Dulcinea salió de su escondite; dejó el látigo, se quitó el sombrero de amazona, y se colgó al cuello del Nigromante, diciéndole con mimo: ¿Te has enojado de que haya hecho tan á lo vivo mi papel?

No hija, respondió éste; así como así, á ese pobre sonámbulo le pasa lo que á cierto perro flaco de un labrador de secano, que yo conocí, que tan débil y desmedrado estaba que hasta para ladrar tenía que arrimarse á la pared.

Sonrió Dulcinea; no hablaron más del caso, y se vistieron para bajar al comedor del hotel, porque ya había sonado la tercera campanada.



CAPITULO XXIII

De la vuelta de D. Quijote á su solar manchego y de sus aventuras con la dama cautiva y después en el alcazar encantado.

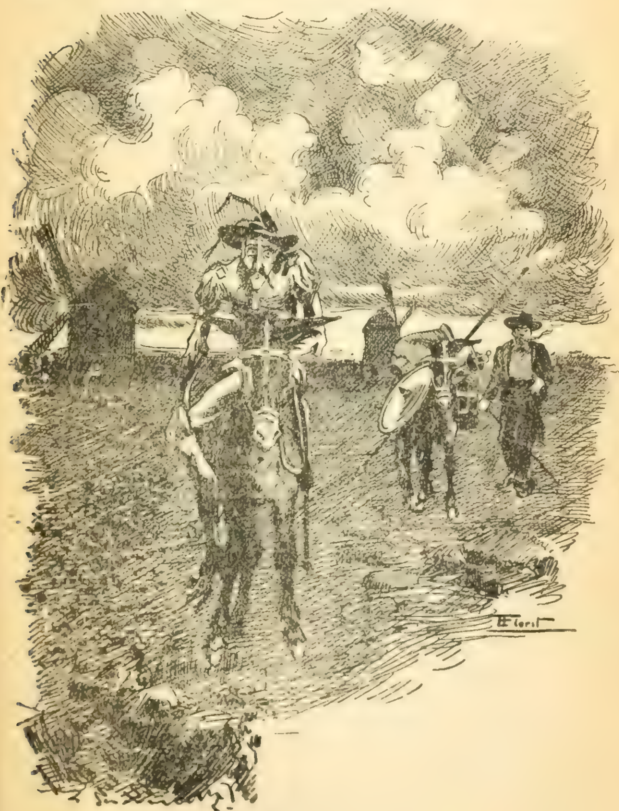
Por todas partes se extendía el triste yermo de la Mancha, sin una mata ni un árbol. Por la llanura polvorosa iba un hombre montado á la mujeriega sobre una borrica, y detrás otro con el equipaje, también en caballería menor, más chica y falta de pienso. Era D. Quijote el primero y un arriero el segundo. El Emperador consorte habíase resignado á ir de aquella humilde manera á sus Estados por no haber otro medio de locomoción, ni tener con qué pagarlo tampoco.

Sin el Príncipe y el Poetilla, que le costeaban antes sus viajes y á los que perdió de vista por sus devaneos con Dulcinea; no sabiendo dónde andaría el Ministro de Hacienda de su Imperio, y habiendo agotado sus últimas monedas, la noche anterior á aquella mañana no había podido cenar. No lo tuvo á mal, sin embargo, acordándose de que D. Enrique el Doliente también se pasaba sin cena algunas noches, por sus mercedes y descuidos; pero la sensación de vacío del estómago, y la melancolía del paisaje le amortiguaban el espíritu, de modo que ya no tenía ánimos de acometer aventuras. Viera lo que viera, él seguiría adelante hasta llegar á Argamasilla.

Pasó un rebaño de carneros y lo dejó ir como si tal cosa, aunque allí podían marchar Pentapolín y Alifanfarón; vió en sendas mulas dos traginantes, y por no reparar entornó los ojos; pintáronse ante él las aspas de cuatro ó seis molinos agitadas velozmente por el viento, y no aceptó el reto que parecían lanzarle aquellos gigantes desaforados.

Acompañaba con el cuerpo decaído los movimientos de la caballería, y así marchaba á

paso tardo, tal vez comparando aquel despoblado Imperio suyo con la populosa Pensylvania; aquella borrica con los hipógrifos de vapor, aquellos campos yermos con los otros de cultivo prodigioso, donde las sembradoras y trilladoras se cruzaban centuplicando la labor de los hombres, que no tenían brazos bastantes para recolectar. Y sin embargo, no había duda de que él venció á la Esfinge de aquella Tebas de cien torres y de que anexó á su querida Mancha inmensos y fértiles territorios, ciudades industriosas, multitudes inteligentes, un mundo nuevo de actividades y maravillas.



Su tristeza provenía acaso de pensar cómo se conservaría todo aquello anexado á su desolado reino; pues mientras el mundo entero habíase transformado desde Felipe II acá, la Mancha continuaba inmóvil é igual, con sus páramos, su pastoreo y sus molinos de aspas. Ni una vena de agua recibía que apagase su sed; ni una iniciativa que transformase su suelo; ni una maquinaria que lo removiese; ni un invento que sustituyera á aquellos gigantes de las aspas perezosas. Por no haber, tampoco había ni un árbol, cuyas hojas arrojadas al mar pudieran convertirse en navíos que oponer á las flotas de acorazados extranjeros, que allá en las playas españolas había visto pavonearse orgullosos.

Mientras él viviera, todo lo sostendría el esfuerzo de su brazo; sería Atlante manteniendo sobre sus espaldas el peso del mundo; pero él no podía ser inmortal, y al cerrar los ojos, ¡adiós! el triunfo sería de los más fuertes, de los más numerosos, de los más industriosos y pujantes, y ese mundo se escaparía de nuevo, y sus luchas y sus empresas habrían venido á ser inútiles.

¡Ah, nó! él llamaría á los sabios de su reino, á los genios, á los talentos privilegiados y les diría: amigos míos, en esta nueva era de mis aventuras he visto muchas cosas; he salido de nuestras fronteras; he reparado en el progreso de otros pueblos. Todo marcha fuera de aquí, y todo aquí permanece estacionario. Si los demás caminan adelante y nosotros no andamos, nos quedaremos solos, atrasados y débiles, y ellos se llevarán la palma del triunfo, el fruto de la civilización, el cetro del poderío. Venid, reuníos, estudiad, trabajad: traedme aguas para estos campos, máquinas para estas industrias, fomento para estas riquezas, vida, ciencia y actividad para estos hombres. ¡Se mueren, se mueren somnolientos, mirando como budhistas el cielo del nirvana! ¡Sus mismos carneros enflaquecen, y hasta enmohécense las aspas de sus molinos y sus casas terrosas van hundiéndose poco á poco!

D. Quijote dejó caer la cabeza sobre el pecho, anonadado, y cesó de hablar mentalmente; pe-

ro á poco la levantó por un ruido y por una nube alada que se alzó, obscureciendo el sol.

¡La langosta! dijo: estos son los invencibles ejércitos de mis Estados: allá van, hambrientos también, á devorar los cardos y pitas que respetó la sequía. A falta de cantos de aves, contentémonos con ese rumor confuso de hélitros. Sigan, sigan marchando los cordones de mosquitos, más numerosos que los soldados de Xerjes. ¡Adelante, luchadores de la vida: vosotros también peleáis por el sustento, y pues sois más activos y resueltos que nuestros hombres, merecéis acorralarlos y sitiarlos por hambre!

Abatióse la nube, negreando por aquel campo, y D. Quijote volvió á inclinar la cabeza sobre el pecho, decaída y triste.

De pronto, reparó en una pequeña polvareda que se alzaba por el camino. Era la de una calesa, tirada de dos mulas, que venía por la curva de la carretera, y con la que indefectiblemente se encontraría, á causa de ir él por medio del campo, aprovechando una senda más corta, que con el camino empalmaba.

El caballero se acordó de su aventura de antaño con el vizcaino: quizás iba también en aquella calesa, cautiva y llorosa, alguna principal dama, y sería ocasión de libertarla, librando otro terrible combate con su forzador. Se animó con esta idea, y se puso á horcajadas sobre la pollina, por ser impropio de caballeros ir á la mujeriega; taconeó á su pacífica hacanea, y pronto llegó cerca de la calesa tirada por aquel par de mulas sudorosas.

¡Mi Señor D. Quijote! dijo asomando la rubia cabeza un doncel, que dentro del carruaje iba. Y como el caballero no reparó en él, porque escudriñaba el sitio de la cautiva dama que debía ir allí, volvió á decir el viajero más fuertemente: ¿No me ha conocido Usía? ¡Soy el Poetilla!

Acercóse entonces al estribo el de la Triste figura; paró el carruaje, y hallóse en efecto con el Poetilla, y oculta á su derecha en el mismo asiento á la Emperatriz de Villacañas; lo que le produjo gran sorpresa.

¡Señora! dijo saludándola cortesmente; y lue-

go, dando la mano al Poetilla, le preguntó en voz baja: ¿qué es esto?

Es, mi Señor D. Quijote, respondió aquél en voz alta, que soy el hombre más feliz de la tierra; que lágrimas ablandan peñas, más que dádivas todavía, y las muchas que he derramado de mis ojos, los suspiros de mi pecho y las ternuras y amor de mi corazón, ablandaron al fin á mi dulce señora y dueña, que ha consentido en ser mi esposa y que como tal tengo el gusto de presentaros.

Sea para bien, y el cielo colme á la Sra. Emperatriz y á su consorte de toda clase de venturas, exclamó el caballero. Y la dama le dió las gracias, con aquel picaresco mohín, que solía usar, preguntándole muchas cosas de sus últimas empresas.

Dejad esa borrica, dijo el Poetilla, que ni propia es de caballeros andantes, y subid á nuestra carroza, donde todo el asiento de enfrente está desocupado; que los tres podemos ir dentro muy holgados, y pasar el camino en explicaciones, en vez de estar parados aquí para ellas. Apoyó la Emperatriz de Villacañas esta invitación, y D. Quijote, bajándose de su burra parda, montó en el vehículo, tomando asiento al vidrio, frente á los dos esposos.

Holgóse mucho de ello la Emperatriz, y renovó sus preguntas, que aquél iba satisfaciendo, contándole sus aventuras últimas, menudamente y por sus pausas; hallándole ella más desmedrado y débil y con el rostro más demacrado y triste. Como le vieran, en medio de su relato, bostezar sin poder contenerse, preguntáronle si había almorzado y respondió que no, ni cenado tampoco: porque esperaba para eso llegar á Argamasilla de Alba.

Sacó entonces el feliz matrimonio la cesta de las viandas, y poniendo cada uno en sus rodillas una servilleta por mantel, repartiéronse un pollo asado, unos trozos de carne mechada, sendas ruedas de merluza frita, dulces y pastas, y una botella de vino de Burdeos, con lo que se reanimó el nuevo D. Enrique el Doliente.

¿De modo que vais á Argamasilla? dijo la hermosa Luscinda; casualidad es que podáis ve-

nir todo el viaje con nosotros: porque también á esa villa nos dirigimos, á tomar posesión de una extensa labor que hay en las afueras, y que tiene un caserón antiguo cerrado desde que empezó el pleito de la herencia de nuestro pariente el mejicano.

Para D. Quijote no haya reservas, interrumpió el Poetilla. Ya que Usía tenía cabales noticias de mi pasión, téngalas también del resto de su historia. Volví como sabe Usía de Méjico; antes escribí á mi señora y dueña, renunciando á la herencia y á todo si había de aumentar contra mí sus rigores. Llegué á Cádiz donde se me evaporó Usía; me encaminé á Villacañas, y cuando yo creí encontrar en Luscinda enconos y desdenes, me recibió con agrado, me dió el parabién por mi suerte y sólo me impuso el castigo de hacerle una colección de mis versos. Cumplí la grata penitencia, para lograr la absolución de mi culpa, y entonces, leyéndoselos yo un día, tan enamorado como Pablo á Francesca, pero más honesto y respetuoso, los dos nos miramos, comprendimos que nos queríamos, y nos juramos amor.

El hermano de Luscinda, el Príncipe D. Juan, como Usía le llama, tomó á mal nuestras relaciones y quiso ponerles valla. Amenazóme furioso y yo le respondí sereno que al talante quedaba de su hermana y no de él. Quiso obligarla á desistir y no cejó, y por último para evitar una grave colisión, que yo sentía sólo por ella, contrajimos matrimonio en secreto y salimos de Villacañas, sin ser vistos del indignado Príncipe, que contaba sin duda con el patrimonio de su hermana para derrocharlo en el Veloz-Club y en sus correrías, viajes y diversiones. Ahí tiene Usía por qué nos venimos á la pacífica y oculta Argamasilla, donde él ignora se halla esa hacienda y ese antiguo palacio cerrado, del que pronto haremos morada alegre y feliz; que los nidos son tristes ó alegres según los pájaros que los ocupan.

Satisfecho quedó D. Quijote de este relato, enojándose por la terquedad é injusticia del Príncipe D. Juan, y dijo que él iba á ocupar el palacio que tendría á su vez allí la Emperatriz del

Toboso; pues también había logrado la inefable ventura de contraer con ella matrimonio según el Santo Concilio Tridentino, y ella le había dejado de Gobernador general de sus Reinos, mientras iba á prestar cierto auxilio á los blancos contra los aceitunados, en una guerra que mantenían en el extremo Oriente.

Regocijóse mucho Luscinda con la relación de todo esto, que el caballero le hizo punto por punto, y díjole que, puesto que se hallaban en territorios del Imperio del Toboso y tenía ella noticias de que el Palacio real de Dulcinea estaba en obras de decorado y reforma, se dignara su Emperador consorte irse á habitar con ellos al otro alcázar de la finca aquella de las afueras de Argamasilla, y pasar unos días en reunión; á lo que D. Quijote accedió, con tal de que no se turbase con su presencia la dicha de los jóvenes Emperadores de Villacañas, en honor de quienes, después de pasado algún tiempo y de lograr se aplacase el Príncipe D. Juan, haría solemnes fiestas en toda la Mancha.

Durante estas conversaciones, seguía la calesa carretera adelante con su tiro de mulas, y las dos borricas iban detrás con el arriero y el fardo en que llevaba D. Quijote su ropilla, la armadura regalo de la Princesa Beatriz, y demás chirimbolos de su oficio de caballero.

Al atardecer, divisaron á Argamasilla de Alba, y antes de llegar á ella vieron el gran campo cubierto de eriazo en la finca á que iban, y el caserón que solitario alzábase en medio, como antiguo granero, convento ó palacio de duendes, habitado por aviones. Salieron los guardas y colonos á recibir á sus amos; echaron éstos pie á tierra, así como D. Quijote; y los criados, que ya habían limpiado las habitaciones y preparado la comida, fueron enseñando á los señores las estancias aquellas, que aún olían á humedad, y de las que habían sacado carros de basura y quitado telarañas horrendas.

Abajo, á la derecha, estaba la capilla con los dorados de los arcos desconchados, los pisos destrozados, los altares medio derruídos, los cristales de las ojivas rotos, los techos carcomidos y los santos apolillados, manteniéndose en equi-

librio inestable en sus hornacinas. A la izquierda hallábanse trojes vacías, graneros y almacenes y pajares con restos de granzones; además las habitaciones de los labradores, y detrás las cuadras con las pesebreras deshechas y el suelo apisonado de repodrido estiércol. Arriba grandes salones con vigas, cuyas cabezas corroídas por el tiempo sustentábanse por modernas correderas; alcobas lóbregas, con lechos sin ropas que parecían tumbas; un comedor grandísimo, con las paredes llenas de pinturas, paisajes y episodios cinegéticos, apenas descifrables; una ancha cocina de campana, fría como si en ella no se hubiera encendido lumbre en dos siglos; y en la mayor parte de las habitaciones mesas antiguas que fueron doradas y que la humedad y los años dejaron verdes; estrados cuyas vestiduras de damasco resultaban rotas y deshilachadas; sillones de baqueta, con madera de encina y de roble que resistieron mejor los embates de las centurias; y sobre la chimenea de amarillento mármol, una caja de rapé abandonada, testimonio de una época en que nadie nos tosía y nosotros estornudábamos á placer; recuerdo dejado allí por algún viejo castellano, que se entretenía en relatar á sus deudos y contertulios sus hazañas y proezas de la batalla de San Quintín.

Luscinda y el Poetilla lo hallaron todo á pedir de boca. ¡Qué importaba el nido, si ellos eran los pájaros y sentíanse jóvenes y felices? D. Quijote, por su parte, no pudo menos de comparar aquel viejo caserón con las casas magníficas y modernas de Nueva York, que él había visto; con las alegres de Veracruz; con aquellos parques y jardines y palpitaciones de vida nueva.

Reparó en la tabaquera, la cogió y le pareció la caja de Pandora. Estaba abierta; de su minúsculo recipiente habían salido todos los bienes y los males de un siglo pretérito; pero en su fondo no se encontraba *la esperanza*. Tampoco él la hallaba dentro de sí mismo: veíase agotado, y tenía como Alejandro el presentimiento de que sus funerales serían desastrosos.

La comida fué alegre para los novios, que co

mentaban sus detalles y las deficiencias del lugar y el servicio, con sátiras y bromas. En el amplio comedor estaba la mesa que cojeaba: al rededor de ella los tres comensales, en sillas no muy seguras; en el centro, para alumbrarles, un velón monumental de cuatro mecheros, con pantallas, despabiladeras, apagaluces y todos los adminículos de su época, lleno de aceite, con las cuatro torcidas encendidas y humeantes. Primero apareció la gran paila de azofar con el arroz; después todo el séquito de fuentes, asadores y cuajaderas de la batería de cocina antigua, conteniendo las ensaladas, los asados y las frutas de sartén, ahumadas por haberse hecho en la cocina de los labradores; y, por fin, vino el viejo servicio de thé, de porcelana de Sèvres, con piezas desportilladas por la incuria y lamentable ignorancia de los que las manejaron, ostentando en las ochavas de sus tazas y en sus platillos, pintados de azul y oro, figurillas de damas y caballeros, resaltantes con los más vivos colores, que parecían tomar, por la trasparencia de la porcelana, el tinte dorado de la caliente infusión.

D. Quijote miraba por primera vez con tristeza el velón fúnebre, con sus cuatro luces siniestras de mal agüero. Comió poco y desganado, y sintió escalofríos. La velada la pasó melancólico, y llegada la hora de dormir, fué á la amplia alcoba que le destinaron en el ala derecha del edificio, mientras Luscinda y el Poetilla, despidiéndose, se retiraron á la suya del ala izquierda. Allá fué á parar con el caballero, á su dormitorio, el siniestro velón, de que apagó tres luces, dejando una sola. Cerró la puerta con el pestillo, y reparó en el confortable lecho de mullido colchón y recias mantas, que convidaban al reposo. Acostóse dando tiritones y sopló á la luz aquella, dejando en absoluta obscuridad la alcoba, donde había además un viejo estrado, una cómoda y un antiguo ropero. Cerró los ojos y no pudo dormir; los apretó más aun, pero nada: parecía que, como Macbhet, «había asesinado al sueño». En esto oyó en la habitación un extraño y leve ruido. *Tic, tic, tic,* sonó sin saber á donde, y pasó un instante y

volvió á resonar *tic, tic.* El caballero encendió con la pajuela la luz del velón, incorporóse en la cama y miró á todas partes. *Tic, tic, tic,* volvía á sonar de cuando en cuando, y nada veía que produjera este extraño martilleo. Durante una hora, con cortos intervalos, no dejó de escuchar aquel misterioso *tic, tic.*



¡Duende ó diablillo maléfico, exclamó el de la Triste figura desencajado, incorporándose en el lecho; muéstrate corporal y tangible, para que yo pueda ser contigo en singular batalla! Pero como si el invisible enemigo, al que retaba, se riera de su desafío, volvía á sonar imperturbable el desesperante *tic, tic.*

D. Quijote saltó de la cama, dispuesto á buscar por todos lados al duendecillo burlador; registró sábanas, cómoda y ropero; miró debajo del lecho y aun de las sillas, pero nada. A sus requisas callaba el enemigo implacable, y cuando el caballero se acostaba, creyéndole ahuyentado, volvía á escuchar el golpe de su pequeño y sonoro martillo.

Así estuvo hasta la madrugada, en que la luz empezó á clarear entrando por las rendijas de los postigos y por alguna que otra grieta del paredón de la fachada. Arrebujado en sus mantas, D. Quijote se tapaba los oidos, por no percibir el odioso martilleo y deseaba la venida del sol para dejar aquel dormitorio encantado.

Por fin fué de día, y se vistió presurosamente; pero el ruido no sonaba ya, y él se propuso no decir nada al Poetilla ni á Luscinda, por temor de que le creyesen vencido y anonadado por aquel duende insignificante.

Salió á los corredores de la casa, preguntó á los criados por los señores y le dijeron que era muy temprano y que dormían sosegadamente. Entonces se asomó al campo y respiró el aire frío de la mañana. Allá iban las yuntas con los aperadores, á labrar una de las cuatro hojas del secano; mientras reposaban somnolientas las otras tres. La tierra necesitaba descanso para producir, y por eso cada hoja reposaba tres años, para trabajar por el hombre uno sólo. ¿Por qué no descansaban de igual manera las otras tierras que él vió en otros países, en que con abonos, irrigaciones y cultivo intensivo, unían unas á otras las cosechas? ¡Ah, era que allí los hombres no descansaban tampoco!

Dió un corto paseo por la llanura, pisoteó unas cuantas manchas de grillos apegotados por el entumecimiento de la helada, y se volvió al caserón entrando en la capilla. Allí rezó un Padrenuestro; miró aquellos Santos estropeados, que parecían momias egipcias, y curioseó un viejo retablo, que tenía un letrero ilegible.

Al cabo de más de dos horas, Luscinda y el Poetilla se levantaron y salieron regocijados á su encuentro.

¡Buenos días! ¡muy buenos días! le dijeron, y él les saludó con afabilidad; pero notaron que estaba más amarillo y que tenía grandes ojeras.

¿Se ha dormido bien? preguntaron.

Regular, contestó el caballero sin querer hablar para nada del *tic, tic;* y les devolvió la pre-

gunta, á que contestaron también picarescamente: ¡Regular!

Ahora al desayuno, exclamaron, y cogiéndole los dos, cada uno de un brazo suavemente, lleváronle al comedor, donde estaba preparado el café, en el servicio de porcelana desportillado, cuyas figurillas burlonas parecían mirarse y sonreir.

¿Serían ellas las del *tic, tic?* ¿Tendrían la virtud de desprenderse durante la noche de sus ochavas de porcelana, para correr libres y endiabladas por el caserón y dar aquellos golpecitos siniestros?

D. Quijote estuvo mirándolas y se persuadió de que ellas eran las que, inmóviles y petrificadas durante el día en aquellas tazas de Sèvres, lograban romper su prisión en las sombras y en el silencio nocturno, y saltaban y se escondían para acometer alguna labor infernal. Una de ellas tenía efectivamente un martillito en la mano. Sus golpes serían los causantes del aterrador *tic, tic.*

Sin embargo, sin saber por qué, presintiendo otras causas siniestras, temía que llegase la noche. El, que había desafiado al coloso de la Libertad iluminando al mundo, no se atrevía á lanzar igual reto á la figurilla aquella del martillito minúsculo. Habría dado algo por romper aquella taza, sin que Luscinda lo notara.

A la tarde le entró, como en la anterior, el extraño escalofrío. No tuvo ganas de comer, y por más que Luscinda y el Poetilla le instaron, apenas probó un poco de sopa. Estaba contrariado también, al ver que había llegado á la Mancha como Emperador consorte y Gobernador de aquellos Reinos, y no habían aparecido por allí para saludarle los magnates, próceres, personajes y autoridades de sus Estados. Además, pensaba con tristeza en la ausencia de Dulcinea.

Antes de acostarse, cogió con disimulo la taza de la figurilla del siniestro martillo, y en un descuido de Luscinda se asomó al balcón del comedor y la arrojó al campo con toda la fuerza de su brazo, muy lejos, cerrando enseguida las maderas.

Acostóse aquella noche confiado, aunque tré-

mulo por los tiritones y con la frente abrasada por un extraño fuego. Apagó el velón; cerró los ojos, y ya iba á dormirse cuando dentro de la habitación volvió á sonar el odiado *tic, tic.* ¡Dios mío! murmuró tembloroso; ya está aquí. Y pasó la noche entera arrebujado en las sábanas y las mantas, tapándose la cabeza y los oídos, para librarse de aquel temeroso ruido.



CAPITULO XXIV

De la inesperada y nunca bien sentida muerte del caballero andante.

Al día siguiente, apenas pudo levantarse, debilitado por la fiebre y por el insomnio. La mañana era fría y húmeda; el cielo estaba nublado, y una menuda lluvia caía como velo de nieblas por el dilatado campo manchego. Allá, á lo lejos, apenas podían distinguirse los grupos de casas de Argamasilla y su cementerio de tapias terrosas.

D. Quijote se sentó á la ventana en un viejo sillón de baqueta, y se arrebujó con una manta los pies, helados como el granizo. Abrigóse la cabeza con un gorro de dormir que solía usar, y dejó abierto el pestillo de la puerta de su cuarto.

Un criado antiguo de la casa le trajo el desayuno y lo puso á su lado sobre una mesilla. El caballero preguntó por los señores, y aquél dijo que como la mañana era desapacible habían encargado que no se les despertase hasta las diez.

No se sintió con apetito y dejó íntegros el café y el bollo de leche. Echó la cabeza sobre el respaldo, y comenzó á dormitar, más bien en sospechoso letargo, que en sueño benéfico.

A las once entraron el Poetilla y Luscinda y alarmáronse mucho de verle así; pero se despertó, y entonces le hablaron cariñosamente y él respondió á sus preguntas. El Poetilla le tomó la mano y sintió que le ardía.

Mi señor D. Quijote tiene un poco de fiebre, dijo; es preciso cuidarlo, llamar al médico y que le recete. Sí, ahora mismo, exclamó Luscinda: pero el caballero con un ademán la detuvo.

Nó, balbuceó; no es nada: que he dormido poco y me siento algo trastornado, pero pasará. ¡Ese *tic, tic*, lo tengo metido en el cerebro: es un martilleo que me golpea el cráneo; un punzón que me horada las sienes y que parece que va llegándome al centro de la vida!

Los dos novios se miraron estupefactos, sin comprender nada.

¡Sí, continuó D. Quijote: parecía el golpe de un péndulo invisible; el de una gota de agua que á fuerza de caer repetida agujerea una piedra; dientecillo de un duende que roe un esqueleto, para deshacerlo!

¡Bah! interrumpió el Poetilla, viendo tan desencajado al caballero; figuraciones no más, tintineo de oídos, que no ha debido preocuparos.

Muchas veces me sucede á mí eso, añadió Luscinda; sobre todo cuando cambia el tiempo, cuando amenaza lluvia, como ahora.

¡Nó, respondió el caballero, no era eso: sonaba por aquí dentro de la alcoba, y por más que he buscado y registrado nada he visto! ¡Es lo invisible que da sus traidores golpes: mi encantador enemigo que ha adoptado contra mí el peor y más temible de los disfraces, y que me ataca en la forma más alevosa!

No lo penséis, interrumpió el Poetilla, deseoso de librar á D. Quijote de aquella alucinación. Usía ha vencido á todos sus enemigos: á los encantadores que dejó trocados en piedras; á los gigantes adelgazados que cayeron con estrépito; á los mónstruos de vapor que le condujeron sobre sus espaldas obedientes: á Suero de Quiñones y á sus caballeros que le atajaban el paso; á las fieras del Retiro, al temible Otelo, á los ejércitos episcopales de Andorra, al oso de D. Favila, á las baterías de Gibraltar y á la esfinje de Nueva York. No puede Usía pensar que aun quede un enemigo en pie, que le ataque de esa manera.

¡Y sin embargo, le hay! insistió D. Quijote. Ya te avisaré, Poeta amigo, cuando oiga que se aproxima, para que tú mismo lo sientas. De día calla, de la luz huye, ampárase de la obscuridad, cobra alientos en la sombra, de la noche silenciosa se proteje. Barrena misteriosa, va entrando á la sordina y parece agujerearme la frente, sin que pueda arrancarla de mi cráneo.

Ea, interrumpió Luscinda; para que el señor D. Quijote se tranquilice, yo vendré también á oir ese martilleo misterioso, y he de dar con el

duende y aplastarlo, ó pierdo la corona de Villacañas.

¡Aplastarlo! murmuró D. Quijote con amargura. ¿Y si es la muerte misma, que viene silenciosa á tocar con la punta de su guadaña mi cerebro ó mi corazón? ¿Quién aplasta á la muerte, que es lo único inmortal que hay en la vida?

Ya la ha desafiado Usía y vencido mil veces, replicó el Poetilla, y demostrado no temerla.

¡Y no la temo en realidad! exclamó D. Quijote, haciendo un esfuerzo por incorporarse. ¡Y la desafío ahora mismo! ¿Por qué arredrarse? No hay más que tres soluciones: ó nos dormimos para siempre en eterno reposo, lo que no puede ser un dolor: ó despertamos á otra vida material semejante á la presente y tampoco parecerá esto un mal, aunque traiga los azares de la nuestra; ó pasamos á disfrutar vida de espíritu, y eso sería positivamente un bien. A todo estoy pronto: pero soy cristiano, y este bien es el que espero.

Entonces, replicó el Poetilla, fuera penas; sonriamos como los gladiadores en el Circo, y venga cuando quiera á herirnos la invisible guadaña.

¡Sí! pero no de ese modo, dijo el calenturiento caballero; que no se la sienta venir y hacer sonar anticipadamente sus golpes; que no oiga yo ese *tic, tic,* implacable del reloj de la eternidad.

Cayó, al acabar estas palabras, en una especie de estupor, y el Poetilla y Luscinda resolvieron que fuese un criado volando á avisar al médico de Argamasilla. Por si D. Quijote despertaba, se rogaría al Doctor que echase una excusa, y que dijera ser el médico de la Real Cámara de la Emperatriz del Toboso, que iba á ponerse á disposición del Emperador consorte. Se le referiría sustancialmente la manía de D. Quijote, para que la secundara: porque más paniaguados ha de tener la locura que la discreción, y así podría observarle, diagnosticar y recetar.

Hubo un momento en que los dos novios temieron que el caballero se les muriese, como quien dice, en las manos: pero salió del letargo, y se reanimó merced á un caldo que le hicieron beber con una copa de vino generoso.

Habíase despejado el cielo, y el sol de la tarde iba buscando, mojado y como lleno de lágrimas, los cerros distantes del Occidente. Don Quijote lo miró, se volvió al Poetilla y á Luscinda, y señalando al astro fúlgido con la amarilla mano, les dijo:

Vedlo ahí; va á buscar las Américas; paseará el Pacífico; asomará por Oceanía, y volverá mañana á Iberia, para quedar suspenso sobre sus reinos. ¡Por todas partes alumbrará de nuevo tierras españolas! ¡Es el Imperio que lego á mi hijo, para que lo sostenga hasta perder la última gota de su sangre: el que teníamos y que nos fué quitado á pedazos; el que debimos siempre mantener! ¡El cielo ha querido que vea yo, como Carlos V desde las ventanas de Yuste y como Felipe II desde el Escorial, ese sol, engarzado como topacio giratorio á la corona de España!

Luscinda y el Poetilla no pudieron contener las lágrimas, al oir estas palabras de un alma ilusa, pero patriótica y ferviente. Volvieron el rostro para disimular la emoción, y no intentaron articular ni una frase.

¿Para qué? ¿No era un crimen quitar su visión magnífica al caballero; sobre todo en esos últimos instantes, en que las sombras por sí mismas se encargarían de borrarla?

¡Sigue, sigue tu camino, girasol inmenso de las alturas, continuó D. Quijote; esclavo enamorado de mi patria! ¡Tú no te pondrás ya para ella; para mis ojos sí, muy pronto! ¡Mañana retornarás á derramar tus rayos sobre sus montes; pero yo no te veré! Y se agarró una congoja al pecho del enfermo, que más parecía un ataque de disnea.

En esto vinieron á avisar á Luscinda que había llegado el médico, y ella, llorosa y sobrecogida, salió á advertirle lo que pasaba.

D. Quijote, tranquilizado de su fatiga, había caído en su modorra, y cuando entró el Doctor aun estaba con ella. Le examinó, le tomó el pulso, sin que él lo notara, y movió la cabeza con un movimiento de mal agüero.

Está muy mal, dijo: se les muere á ustedes; este anciano tiene una lesión del corazón; el

gran músculo no funciona bien; se le acaba la cuerda; se apaga poco á poco.

¿Qué se hace? preguntó Luscinda.

Reanimarle en los síncopes, respondió el galeno: ponches, vino generoso; y aproximando un tarrito de éther al enfermo, éste comenzó á volver en sí.

Señor, dijo el médico al verle en su conocimiento; he venido á ponerme á las órdenes de V. M.; soy el médico de Cámara de la Emperatriz del Toboso, y he sabido vuestra llegada.

¿De la Emperatriz? dijo D. Quijote. ¿La habéis visto há mucho? ¿Está bien? ¿Cuándo volverá del extremo Oriente?

Pronto, muy pronto, contestó el Doctor. La he dejado muy buena, comprándose por cierto en Golconda un collar de riquísimas perlas.

¿Y de su empresa con los rusos en la guerra esa que sostienen con el Imperio del Sol naciente? preguntó D. Quijote.

El médico no sabía qué contestar y como no entendía las señas que le hacía el Poetilla, interpretando al revés sus deseos, respondió:

Esa guerra está ya para terminar. No quedará pronto un ruso para un remedio. Sus acorazados vuelan por los aires en pedazos; sus puertos son bombardeados y destruídos; su ejército de tierra se repliega sin lucha y sin gloria.

D. Quijote, que había ido palideciendo aún más de lo que estaba, hizo un supremo esfuerzo y se levantó.

¡Nó! dijo; ¡no lo puedo consentir! ¡Pronto: mi lanza y mi caballo; voy en socorro de la Emperatriz, para conjurar ese *peligro amarillo!* ¡No faltaba más sino que la raza aceitunada se enseñorease del mundo!

El médico comprendió que había dicho una tontería y no sabía cómo salir del embrollo; pero el Poetilla acudió en su auxilio y explicó que las noticias del Doctor eran atrasadas; pues se referían á su salida del extremo Oriente y á la llegada de la Emperatriz del Toboso; desde cuya fecha todo había cambiado, y lo que no quedaría en el mundo era una aceituna sin escabechar.

Apaciguóse D. Quijote, y el médico, para no

cometer otro lapsus, se marchó, hablando reservadamente con Luscinda en los corredores, y diciéndole que no había esperanza, y que aquellos súbitos arranques del enfermo, eran las últimas y mayores claridades intermitentes de una luz que se extinguía.

Con esta dolorosa certeza, derramó nuevas lágrimas ocultamente Luscinda, y se arrepintió de las burlas tenidas con D. Quijote; máxime cuando veía que era un espíritu noble y generoso, perturbado solamente en aquello de la caballería andante.

Se hizo cuanto el médico dijo, y se avisó á prevención al cura del pueblo, que no estaba allí, sino visitando unos majuelos; por lo que no pudo ir en seguida.

Lo temible para el caballero era la noche. Al obscurecer le entró mayor disnea, y volvieron sus alucinaciones siniestras.

Habíanle acostado, y al lado de su lecho estaban los dos novios, consagrando á la piedad las horas que creyeron destinadas á la felicidad y al amor.

D. Quijote hallábase incorporado en el lecho, sobre tres almohadones; pues no podía estar de otro modo por la fatiga. Había obscurecido del todo, y el agorero velón de los cuatro mecheros alumbraba la escena sobre la mesa de la alcoba.

Hubo un momento en que todo callaba, y en que parecía más tranquilo el caballero. De pronto sonó en la habitación el terrible *tic, tic.*

D. Quijote salió de su modorra, abrió desmesuradamente los ojos, cogió con su descarnada mano el brazo del Poetilla, y le dijo con voz apagada.

¿Oyes? ¡Ya está aquí! Escucha sus siniestros golpes. Y conteniendo el aliento el Poetilla y Luscinda, oyeron efectivamente *tic, tic, tic.*

Señor, exclamó el Poetilla repuesto de la impresión; ya sé lo que es; descanse Usía por piedad, que no es nada. Una polilla que roe la madera de ese armario, ó de esa cómoda tal vez... Nada, en suma.

Luscinda se había también sobrecogido.

¡Una polilla! dijo D. Quijote. ¡Terrible guar-

no! ¡Es el colaborador del tiempo que nos destruye, de los siglos que todo lo truecan en polvo! ¡Le tengo miedo! ¡Matadlo que sino él me matará!

Callaron afectados los novios y cesó en aquel instante el *tic, tic.*

Era verdad; aquel imperceptible ruido resultaba más temible que los golpes de la piqueta, que los cortes del hacha, que los chisporroteos del incendio y el bramido del huracán. Estos



derribaban, arrasaban de una vez; aquél era el chirrido de la barrena inexorable que mina y destruye todas las cosas. Y el Poetilla y Luscinda se miraban, pensando que también á ellos les advertía que su dicha y los latidos de su corazón tenían que acabar.

Tic, tic, tic, volvió á oirse en el silencio de la alcoba, y ya no tuvo D. Quijote fuerzas para articular más que confusas palabras. Abrió los pesmados ojos; hizo un esfuerzo de terror, y dejó caer pesadamente la cabeza y los brazos, durmiéndose para siempre.

Habíase acabado la cuerda de aquel corazón valeroso. Luscinda y el Poetilla se arrodillaron

á los pies de la cama y rezaron fervorosamente.

A poco llegó el sacerdote; pero ya era tarde, y se concretó á rezar con los dos jóvenes por aquel muerto inmortal.

Retiraron á Luscinda, presa de una congoja. El Poetilla y el sacerdote amortajaron al difunto. Estaba consumido: hecho un esqueleto.

Sus últimas palabras, antes de acabar, fueron: ¡Pobre Imperio! ¡Pobre Dulcinea! Se durmió soñando todavía en la salvación de su patria y en el ideal de su amor.

Sin más acompañamiento que los labriegos de la finca y presidiendo el duelo el Poetilla, condujéronle al cementerio fronterizo y allí fué colocado en la bóveda de los Quijanas.

Luscinda vió enlutada su luna de miel con aquel inesperado suceso. Cobró miedo á aquel edificio, donde también desvelada en su alcoba oía el temeroso *tic, tic.*

Decidieron, pues, dejar el caserón en que la sombra del caballero se les aparecía triste y azorada, sobrecogida de pavor, ante aquel enemigo invisible, y volvieron á Villacañas, arrostrando el enojo del irritado Príncipe D. Juan.

La familia Panza permaneció en su imperio de Andorra, tan feliz y contenta. Desdémona continuó muriéndose á diario en todas las capitales de América y de Europa, unas veces ahogada, otras envenenada, otras emparedada y otras tísica de remate. A Bartola no hubo quien le ahorcara, y siguió de Alcalde perpétuo de Argamasilla. Y en cuanto al cervantófilo D. Lucas Gómez tuvo un ataque de parálisis, á causa del soponcio que recibió al saber que existía en España un folloncico que, sin sus méritos ni sus títulos, había osado adicionar la obra de Cervantes, no ya con un ligero Buscapié, sino escribiendo una nueva y última salida del valeroso Hidalgo.

Por supuesto, que ésta dió que hablar á los críticos y no poco; pues aparte de lo temerario del intento, la tuvieron por falsa y apócrifa, objetando ser imposibles la resurreción ó el despertar del caballero al cabo de tres siglos, y que se levantase con fuerzas para tantas hazañas; pero otros sesudos sostuvieron que bien

podía ser verdad todo lo relatado en esta historia, con la sencilla explicación de que el D. Quijote de ella no fuera el mismo héroe de Cervantes, sino algún nuevo loco encariñado con ese personaje y posesionado de su papel, que hubiera salido por el mundo á continuar sus aventuras. Y hay que convenir en que esta fué la opinión que prevaleció; si bien muchos siguieron creyendo que el generoso acometedor de estas empresas era el verdadero y auténtico de la crónica de Cide Hamete Benengeli.

FIN

ÍNDICE

LIBRO SEGUNDO



COMPÚSOSE ESTE LIBRO CON MÁQUINA
"TYPOGRAPH" EN LOS TALLERES DE LA
CASA EDITORIAL LEZCANO DE BAR-
CELONA Y SE IMPRIMIÓ EN PAPEL
DE LA "GERUNDENSE" BAJO
LA DIRECCIÓN TIPOGRÁFI-
CA DE D. PEDRO ORTE-
GA Y ACABÓSE DE
IMPRIMIR Á 1.º
DE MAYO DE
1905




UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 12 12 01 11 005 2